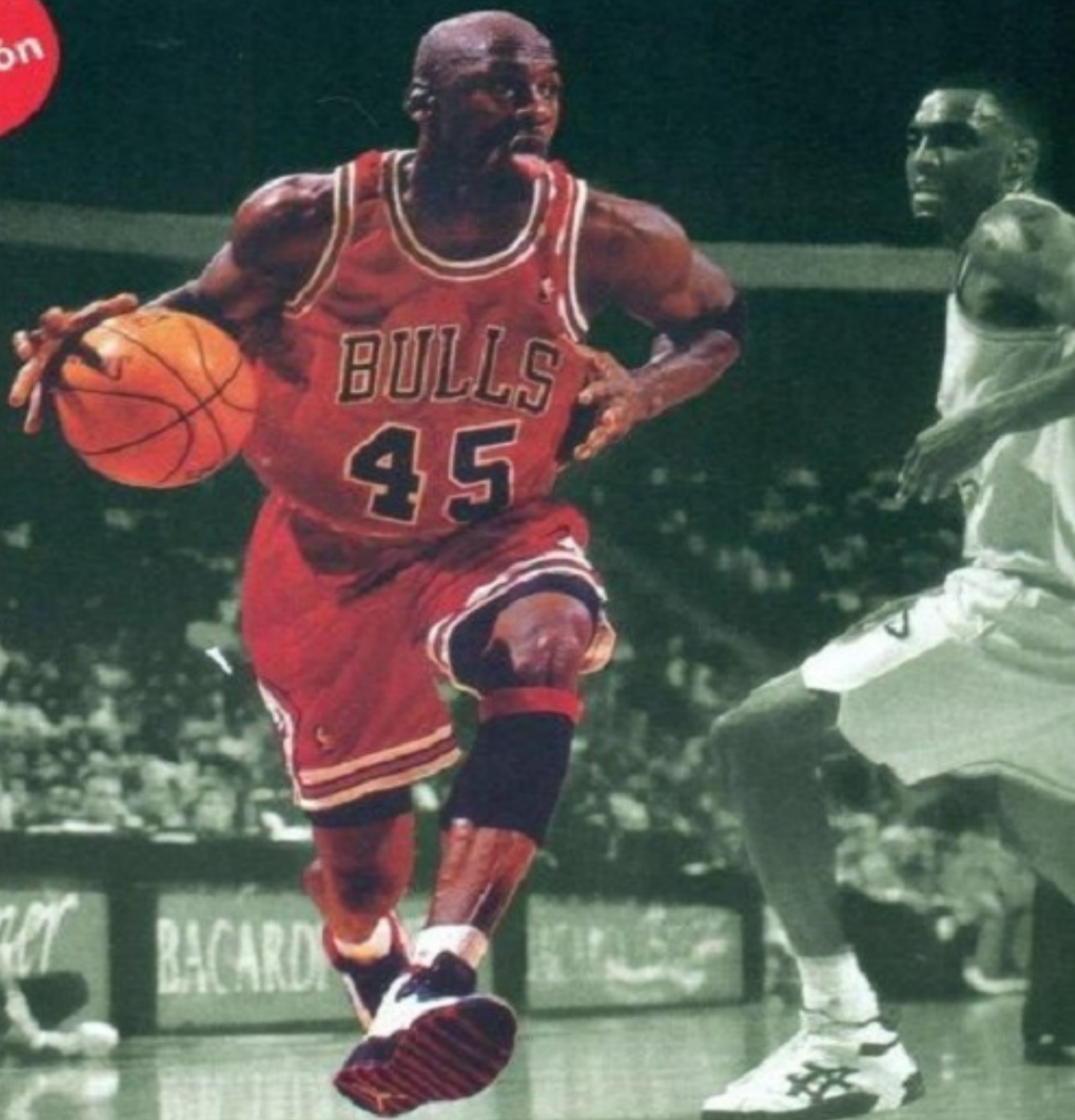


MICHAEL JORDAN

El rey del juego

2^a
Edición



Máximo José Tobias
Prólogo Tim Shea

Máximo José Tobías

MICHAEL JORDAN

El rey del juego



Colección **Baloncesto para leer**
EDICIONES JC

CONTENIDO

Portada

Portadilla

Prólogo

Wilmington, 1963-81

Wilmington a Chapel Hill, 1980

Chapel Hill, 1981

Chapel Hill, 1982

Chapel Hill, 1983

Indiana, 1984

Chicago, 1984

Chicago, 1985

Chicago, 1986

Chicago, 1987

Chicago, 1988

Chicago, 1989

Thalassa, 1990

Chicago, 1991

Barcelona, 1992

Chicago, 1992

Purgatorio, 1993-95

Chicago, 1993-95

Chicago, 1995

Chicago, 1996

Chicago, 1997-99

Washington, 2000-03

Lo que hoy es presente

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

Créditos

Prólogo

Tim Shea

En primer lugar, me sorprendió que Máximo me pidiera que escribiera un prólogo sobre el gran MJ, pero...soy una de las pocas personas que ha llegado a “trabajar” con él (no a jugar, desgraciadamente, sólo a trabajar), así que allá vamos.

Este libro trata de TODAS las cosas que no sabías de Michael Jeffrey Jordan. Desde Wilmington, NC, en 1963 al presente te acerca a sus pensamientos, a su vida y experiencias profesionales, a sus amigos y enemigos y a muchos detalles que hasta ahora han sido poco conocidos o nunca puestos por escrito. No creo que todos los libros y artículos sobre él merezcan la pena leerse, pero si quieres conocer a MJ y de dónde procede, entonces debes leer este libro.

Sobre todo, y esto puede parecer obvio, Michael Jeffrey Jordan como jugador, en este mundo, pertenece al reducido grupo de deportistas a los que, como Pelé, Maradona, Tiger, Ali, Beckham, se los reconoce con varios nombres. Es MJ, *His Airness*, Michael o (Be like) Mike. Aparece en páginas web de todo el mundo y es universalmente considerado como el mejor jugador de la historia del baloncesto. Cuando jugaba era el rey, y sus rivales en la NBA llegaron a denominarlo un dios. No hace falta decir más.

La historia de MJ es la de un hombre que cambió la manera en la que se juega y se concibe el baloncesto. Michael fue un puente desde el pasado, desde la época del “juego en equipo” a la actual época de “be like Mike”, creada partido a partido, temporada a temporada, con esos uno contra uno, *crossover*, pivotes y mates que sólo él podía hacer y que nos volvían locos. Incluso ahora, cuando veo a Kobe con sus expresiones, sus posturas o dando órdenes a sus compañeros, veo a MJ. La imitación ES la forma más sincera de alabanza. También yo saludo a *His Airness*.

Como jugador, MJ estaba obsesionado con superar obstáculos. Trabajó sin descanso para mejorar en cada faceta, cada entrenamiento y cada partido. Cada vez que oía una crítica a su juego, trabajaba para demostrar que esa crítica era errónea. Cuando los expertos dijeron que no era un buen defensor, consiguió que lo incluyeran en el NBA All Defensive Team. Cuando dijeron que era un mal tirador exterior, que sólo era un saltarín con buen físico, se convirtió en un excelente tirador. Se convirtió en Michael Jordan porque es lo que esperaba de sí mismo.

“Su ambición no se puede describir con una lista de números en un libro de récords. Quería ser, en cualquier temporada, en cualquier ciudad, en cualquier día, en cualquier estadio – en cada partido, en cada jugada, sin importarle quién más estuviera presente – el mejor jugador en la cancha. Quería ser el jugador en cuyas manos estuviera el destino del partido. Esperaba entregar la victoria en ese partido, en cada partido, a su equipo. Esperaba dominar, no por hacer algo bien sino por hacerlo todo bien...Su ambición era aún más asombrosa: quería ser perfecto, no en algo sino en todo; comportarse, en otras palabras, como un dios.”

Estas líneas no se escribieron sobre Michael Jordan, pero ¡qué bien se le aplican! Proceden del libro *Joe DiMaggio: The Hero's Life*, de Richard Ben Cramer, que describe el primer héroe deportivo estadounidense, la estrella del béisbol Joe DiMaggio de los NY Yankees. Joe también era conocido por varios nombres...“DiMag” era uno de ellos. Cincuenta años después y en una nueva era de las telecomunicaciones, MJ se convirtió en el nuevo DiMag y mucho más, aunque a diferencia de Joe no se casó con otro icono americano, como Marilyn Monroe.

Al final, la palabra que los define a ambos es Ganador.

Durante el cálido y húmedo verano de North Carolina del 2006 yo formaba parte de los Charlotte Bobcats como director de *scouting* internacional. En primavera MJ se había incorporado a la franquicia en calidad de *managing partner*, después de un período en el que sólo había actuado como “consejero” del orgulloso propietario de los Bobcats, Bob Johnson. Pasamos tiempo en la *war room* y probando jugadores, codo con codo, pero nunca aparecía sin un acompañante o alguien que le sirviera de asistente. Su vestimenta diaria de trabajo era siempre hecha a medida y rematada con una

camisa o chaqueta deportiva de seda y lino (lo pregunté) cuyo valor superaba ampliamente lo que yo pago de hipoteca. ¡Y eso por no hablar del calzado! Además, MJ cultivaba un aire de divinidad que parecía el del Papa. El poder y la elegancia que su presencia aportaba a esa sala del *draft* color gris sucio era tremenda. Hacía que comprendieras la frase “es bueno ser el Rey”.

Así que, ¿cómo puedo describir a un icono? ¿Cómo se juzga a un icono?

Cada uno de nosotros tiene su propia escala personal de valores, esas cualidades que usamos para medirnos a nosotros mismos y a los demás, pero...¿cómo puedo yo, un simple ser humano, describir a un hombre que vive en un mundo muy diferente al del resto de nosotros? ¿Se pueden aplicar las virtudes de la castidad, moderación, caridad, diligencia, paciencia, amabilidad y humildad a Michael Jordan? Pensaba, ¿se pueden aplicar los pecados de la ira, avaricia, pereza, orgullo, lujuria, envidia y gula a *His Airness*?

Mi experiencia con MJ fue breve y tuvo un Comienzo y Final definidos. El Comienzo se produjo cuando me encontré cara a cara con él, a distancia suficiente para estrecharnos las manos. Bernie Bickerstaff, que le estaba sirviendo de asistente, me presentó diciendo: “Éste es Tim Shea, nuestro hombre en Europa”. El Final llegó cuando MJ miró brevemente hacia mí y dijo: “Sí, ya sé quién es”, y apartó la mirada. Sin apretones de manos ni saludos, y sí ¡OUCH! Es lo que hay, como se suele decir. No guardo rencor y le deseo suerte.

El resto es historia: “Nosotros” elegimos a Adam Morrison con el número 3 del *draft*. “Nosotros” descartamos elegir a Brandon Roy (nº 6), Rudy Gay (nº 8) y Tyrus Thomas (nº 4). Sigo sin saber por qué. Fue el mismo *draft* en el que Sergio Rodríguez fue elegido con el número 27 (me gustaba Sergio, pero no para el nº 3).

Dentro de algún tiempo, cuando todo haya terminado, el legado de Michael Jordan estará dividido en dos partes, una como jugador y la otra como ejecutivo; en ésta última sin duda su elección de Kwame Brown en Washington pesará en su contra (aunque muchos otros *general managers* de la NBA tenían también una gran opinión de Kwame entonces), igual que la elección de Adam Morrison. Por otra parte, contratar al entrenador Larry Brown contará como un acierto.

Ahora MJ es un propietario en la NBA. Es el gran salto. MJ anunció que convertirse en propietario de los Bobcats era “un sueño hecho realidad”. Sin embargo, quedan preguntas por resolver. ¿Demostrará el mismo compromiso y la misma capacidad de trabajo que tuvo como jugador? ¿Estará dispuesto a afrontar los desafíos del *scouting*, los viajes, el tiempo, el control financiero del día a día, los compromisos del equipo, los eventos cívicos y sociales, las relaciones internas en el club y la plantilla, etcétera? ¿Fomentará sus relaciones comerciales con los demás ejecutivos de la NBA? ¿Irá a vivir a Charlotte? Son muchas preguntas.

Ya veremos.

Disfruta de este libro y recuerda: el deseo de muchos es “Be like Mike” (yo también). Pero diría que tengas cuidado con lo que desees...porque quizás sea sólo envidia.

Disfrútalo.

Tim Shea

Wilmington, 1963-81

Cuando me ves jugar a mí, ves jugar a Larry.

Si hay dos arquetipos clásicos en el baloncesto estadounidense son, sin duda, el negro atlético procedente de un barrio marginal y el blanco tirador originario

de alguna recóndita comunidad rural. Quizá no sea sorprendente, entonces, que el jugador que logró superar cualquier barrera racial o social tenga un origen familiar tan corriente que roza lo vulgar.

Michael Jeffrey Jordan nació el 17 de febrero de 1963 en el Cumberland County Hospital de Brooklyn, Nueva York, hijo de James y Deloris Jordan. Nada quedó en él de la gran ciudad, sin embargo; sus padres procedían de la Carolina del Norte agraria y a ella volvieron en cuanto tuvieron oportunidad, convertidos en una de tantas familias afroamericanas pertenecientes a la generación que logró dar el salto de mano de obra del campo a sólida clase media de toda la vida.

Sus padres se conocieron a mediados de la década de los cincuenta¹, y como no podía ser de otra forma fue gracias a un partido de baloncesto. James Jordan jugaba de base en el equipo del instituto Charity High de Wallace, la diminuta ciudad de Carolina del Norte en la que había nacido. Enfrente, el instituto Pender County High School donde jugaban Edward y Eugene Peoples de Rocky Point. Un pequeño grupo de amigos y familiares entre los que se encontraba su hermana Deloris había acudido a animarlos, y después del partido algunos jugadores de Wallace se ofrecieron a llevarlos de vuelta a casa en sus coches. James Jordan llevó a Deloris y a uno de sus primos, pero no le llamó la atención hasta que llegaron a su destino. “No te había visto, eres muy bonita.” “Y tú eres muy descarado”, le contestó Deloris. “Puede, pero algún día me casaré contigo.” Inicialmente, Deloris Peoples rechazó sus avances (“sabía que estaba saliendo con otra”), pero James Jordan no se dio

por vencido. Cortó inmediatamente con la otra chica y no cejó hasta conseguir una cita. Aunque el pretendiente era del agrado de los padres de Deloris, éstos opinaban que su niña era demasiado joven para comprometerse en serio, y que James (de dieciocho años, tres más que ella) iba demasiado rápido. Afortunadamente, pensaban, él terminará pronto el instituto, se marchará y seguirán cada uno con su vida.

James Jordan no quería trabajar en el campo como sus padres, sino en la fábrica de General Electrics situada en Wallace. Para ello, tomó uno de los caminos clásicos en EE.UU. para los miembros de las minorías que buscan salir de su pueblo y adquirir una formación: el Ejército. James Jordan se alistó en la Fuerza Aérea, y fue destinado a la base de Langley (Virginia) donde lo adiestraron como mecánico. Al marcharse le dijo a Deloris que volvería para casarse con ella, pero en ese momento no parecía demasiado probable. Ella también se iba a marchar, ya que se había matriculado en el prestigioso Tuskegee Institute (Alabama). Pero la distancia y la nostalgia fueron excesivas para Deloris, que abandonó sus estudios y volvió a casa después de sólo un semestre. Allí se reencontró con James, de permiso, y él le pidió que se casaran. Sus padres tendrían que aceptar que su niñita se había hecho mayor.

El matrimonio tuvo un total de cinco hijos, en dos tandas: primero llegaron Ronnie (1957) y Deloris (1958), mientras James Jordan aún estaba en el Ejército; luego vinieron Larry (1962), Mike (1963) y Roslyn (1964). Para entonces, James ya había completado su período de alistamiento, y se disponía a buscar la manera de aprovechar su preparación en el sector civil, que ofrecía mejores oportunidades que la vida militar. Así fue como nació Michael Jordan en Brooklyn, donde residía temporalmente la familia mientras James Jordan pasaba las noches en cursillos de mecánica (hidráulica y transmisiones automáticas) ofrecidos por General Electrics, y de día se ganaba la vida conduciendo un camión.

La intención de los Jordan había sido volver a su Carolina del Norte, y así lo hicieron cuando Michael tenía apenas dos años. Su padre se incorporó al trabajo que siempre había buscado, como operario de maquinaria en la fábrica de General Electrics en Wallace, y la familia vivió de alquiler hasta que pudieron comprar una parcelita para construirse una casa. Esa vivienda de dos plantas situada en el barrio de Weavers Acres de Wilmington, la ciudad más

importante de la región, fue el hogar definitivo de los Jordan. Trabajando por las tardes y los fines de semana, James Jordan la construyó en la calle Gordon Road para que tuviera todo lo que deseaban: una casa grande, de dos plantas, para una familia numerosa; un gran patio (*the Rack*, lo llamaron) en el que los niños pudieran practicar cualquier deporte; enfrente la iglesia, y a pocos kilómetros la playa. Parecía el guión de la telecomedia de ambiente familiar más corriente y vulgar.

Incluso los varones de la familia Jordan parecían hechos en serie sobre el modelo del padre: no demasiado altos (alrededor de 1,70 m) pero fuertes y atléticos, hábiles con las manos en cualquier labor mecánica, independientes y trabajadores desde muy jóvenes, y atraídos por la disciplina de la vida militar. Bueno, al menos dos de los tres. Ronnie y Larry disfrutaban ayudando a su padre en cualquier arreglo o chapuza (empezaron trayendo los ladrillos para la casa), y desde muy jóvenes fueron buscándose trabajos para ganarse un dinero extra, recogiendo tabaco o conduciendo el autobús del instituto; también se inscribieron en el Reserve Officer Training Corps, una especie de milicia de instituto para los interesados en una futura carrera militar (Ronnie se alistó en el ejército en 1975 y en 2005 se retiró con honores después de treinta años de servicio).

Mike parecía hecho de otra pasta. Eludía cualquier labor doméstica, llegando al extremo de gastar su asignación pagando a otros para que cumplieran sus tareas, y prefería pasar el tiempo tumbado en el sofá viendo la televisión. Tampoco mostraba inquietudes militares, y el trabajo no le atraía lo más mínimo: probó a recoger tabaco como sus hermanos y duró un día, su madre le buscó un trabajo en un hotel y no aguantó una semana en una de las experiencias más vergonzosas de su infancia (primero pasó horas en el vestíbulo del hotel esperando al encargado sin que nadie le avisara de que se había marchado, y luego el trabajo consistía en barrer la acera con el miedo de que algún conocido le viera). No es que la familia necesitara el dinero, más bien al contrario; James Jordan iba ascendiendo en la fábrica hasta alcanzar el cargo de supervisor, también contaba con su pensión militar y Deloris empezó a trabajar en un banco en cuanto todos sus hijos estuvieron escolarizados. Pero en casa de los Jordan se valoraba la independencia y la capacidad de buscar recursos propios. El pecado cardinal del joven Mike a ojos de su padre, sin

embargo, era su torpeza. “Creía que yo nunca llegaría a nada porque no tenía ninguna habilidad manual, ninguna habilidad mecánica”, escribiría Michael Jordan años después. Para James Jordan, cualquiera capaz de trabajar con sus manos tendría siempre un empleo asegurado; pero era más que eso, esa capacidad manual y mecánica formaba parte intrínseca de lo que significaba ser un hombre, especialmente en la familia Jordan. Era la herencia que había transmitido a sus otros hijos, pero no a éste. En las reuniones familiares en las que James intentaba compartir alguna tarea con sus hijos, pronto llegaba la sentencia: “Vete a la cocina con las mujeres”. Posteriormente, Michael Jordan ha declarado que se sentía mucho más cómodo fregando platos con las mujeres que trasteando herramientas con los hombres. Al fin y al cabo, ¿a qué hijo le ha pesado decepcionar a su padre?

Como buen hijo menor, entre los varones, el pequeño Mike era más inquieto y travieso que sus hermanos. Algunas biografías han presentado la infancia de Jordan como una serie de dramáticos encuentros con la muerte, empezando por la amenaza de aborto que sufrió Deloris cuando su madre falleció durante el embarazo. Quizás el accidente más grave se produjo cuando tenía dos años y echó mano a los cables con los que su padre había llevado una luz hasta el coche para repararlo; el calambrazo se quedó en un susto, pero pudo ser peor. En realidad, la mayoría de los incidentes carecen de especial dramatismo y parecen las travesuras normales de un niño de su edad. Siendo un bebé se quedó encajado entre su cama y la pared, con cinco años se rebanó el dedo gordo del pie con un hacha cuando intentaba cortar leña como sus hermanos, con doce, él y su hermano Larry cogieron la motocicleta de su padre e intentaron imitar las acrobacias del famoso Evil Knievel, y terminaron en una zanja con la boca llena de tierra. Pero había una actividad de las que gustaban a su padre en la que el pequeño Mike no era ni perezoso ni torpe: el deporte.

James Jordan había construido una pista de tierra para que sus hijos pudieran jugar bajo la supervisión de sus padres, y fue el mejor regalo que pudo hacerles. La genética había sido generosa con la transmisión de sus virtudes atléticas, y así por ejemplo Ronnie completaría con 36 años el durísimo curso de adiestramiento como paracaidista, mientras compañeros suyos con la mitad de esa edad no podían resistirlo. Pero el gran atleta de esta

familia de deportistas era Larry: fútbol, béisbol, baloncesto, atletismo... Su salto era aún mayor que el de Michael, y tenía la capacidad atlética y la ambición de un deportista profesional atrapada en un cuerpo imposible para la élite. “Larry era tan intenso y tan competitivo”, diría su entrenador de instituto, “que si hubiera medido 1,90 m en lugar de 1,70 estoy seguro de que Michael habría sido conocido como el hermano de Larry, y no al revés”. Larry Jordan llegó a jugar profesionalmente en los Chicago Express de la WBL, la liga para jugadores de menos de 6-4 (1,90 m), pero su fichaje fue por motivos publicitarios, ya que el equipo era propiedad de los Bulls. Era el último jugador de la plantilla, al que el público reclamaba cuando el partido estaba sentenciado, y después de dos temporadas se retiró.

Pero en Wilmington Larry era el rey y Mike el aspirante al trono. A pesar de que era más alto, el joven Michael no podía competir con las superlativas capacidades atléticas de su hermano mayor, que le derrotaba una y otra vez en las canastas de *the Rack* en cientos de “uno contra uno” jugados durante años. Sin embargo, esta lucha constante por la victoria deportiva (y quizá por el aprecio paterno) no generó una enemistad entre los hermanos. Antes al contrario, Mike profesaba por Larry una admiración sin límites. Incluso años después en la universidad seguía hablando de las hazañas de su hermano a la menor ocasión, llevando el número 23 en referencia a su 45, imitándolo inconscientemente ante sus amigos. A pesar de que Michael Jordan ha declarado varias veces que nunca tuvo ídolos, es más que probable que hubiera un tiempo en el que su ídolo era su hermano Larry, y sus enfrentamientos un largo rito iniciático. Porque la admiración y el cariño nacían de la lucha sin cuartel de dos jóvenes deportistas incapaces de aceptar la derrota.

Eso no significa que fueran los únicos que jugaban en esa cancha de tierra, ni que sólo hubiera baloncesto. En cualquier momento podían encontrarse allí una o dos docenas de chiquillos jugando, y el entretenimiento favorito era el deporte nacional: el béisbol. Wilmington era, como toda Carolina del Norte en esta época, un auténtico hervidero de tensión racial; en febrero de 1971 se produjeron gravísimos disturbios durante los cuales grupos de activistas negros y de supremacistas blancos se enfrentaron en las calles, con el resultado de dos muertos, seis heridos y varias tiendas y locales arrasados. La

Guardia Nacional tomó la ciudad, y un discutido juicio envió a la cárcel a un grupo de activistas conocidos como “los diez de Wilmington”. En medio de este ambiente, el matrimonio Jordan abordó la difícil tarea de enseñar a sus hijos a tratar a los demás con absoluta indiferencia hacia su color de piel, y también a saber que el racismo era un signo de ignorancia y ellos no debían rebajarse a ese nivel. Que su innegable éxito permitiera en el futuro a Michael Jordan moverse con comodidad en cualquier ambiente es quizá lo menos importante.

El primer amigo del pequeño Mike fue Dave Bridgers. Sí, era blanco. Y no, no importó. Como los Jordan, los Bridgers eran recién llegados a la ciudad (desde Dakota del Sur, en su caso) y eso unió a los niños. Pero, sobre todo, lo que hizo fue que Dave Bridgers huyera de la tensión del inminente divorcio de sus padres y pasara todo el tiempo que podía en casa de los vecinos jugando al béisbol con Mike. Con doce años, el apodo de Mike Jordan era *Rabbit* (conejo), y su ídolo no era David Thompson de N.C. State sino Reggie Jackson de los Oakland A's. Aunque jugaban al baloncesto y al fútbol americano, la principal actividad de Jordan y Bridgers era el béisbol. Formaron parte de varios equipos destacados a nivel estatal, y llegaron a jugar (y perder) la final regional que daba acceso al mayor campeonato nacional, la Little League Baseball World Series. Pero su primer éxito deportivo fue la victoria de su equipo (patrocinado por una tienda de alimentación local) en el campeonato estatal de la Babe Ruth Baseball League, en el que además fue designado Mr. Baseball por la Dixie Youth Baseball Association. “Fue la primera victoria, y siempre recuerdas la primera.” Especialmente cuando adquirió cierta notoriedad local después de un partido en el que hubo de hacer de *catcher* porque el titular estaba sancionado y el suplente lesionado. Jordan se ofreció para cubrir el puesto, pero cuando los rivales comprobaron que a duras penas podía lanzar la bola a segunda base, amenazaron con pasarse el partido robando bases. Durante mucho tiempo se recordó su respuesta: “You run and I'll gun”.

En Wilmington existía una ley no escrita: los jóvenes blancos jugaban al béisbol y los jóvenes negros jugaban al baloncesto. Bill Billingsly, el entrenador de su equipo de béisbol en DC Virgo Middle School, recuerda que “Rabbit” Jordan no tenía problemas con sus compañeros, pero al final sólo

quedaban tres o cuatro afroamericanos en el equipo, y el campo de béisbol estaba en medio de un barrio predominantemente blanco. Michael Jordan y David Bridgers ya habían tenido algunos pequeños incidentes de corte racial: Michael le estampó un polo en la cabeza a una niña que lo llamó “negro”, a David lo llamaban *white trash* o “amigo de los negros”, y en una ocasión se vieron involucrados en una pelea cuando estaban trazando las líneas del campo de béisbol antes de un partido y un chico blanco los insultó. Nada serio ni preocupante, pero que ayuda a imaginar por qué el joven Mike se fue acercando más a los *playgrounds* de baloncesto de su ciudad. Fue allí donde conoció al que sería su mejor amigo, Adolph Shiver, un descarado base que botaba el balón con un palillo entre los dientes mientras mantenía una inagotable corriente de *trash-talking* con los rivales. A pesar de que con los 12-13 años pasó una fase rebelde y de “sentimiento racial militante” (generado en parte por la famosa serie de televisión *Raíces*), Jordan no era un adolescente problemático. Pero tampoco estaba dispuesto a tolerar las ofensas, vinieran de blancos o de negros: el día que Shiver insultó a la novia de Bridgers, éste no tuvo ocasión de usar el palo que agarró antes de que Jordan estampara a Shiver contra una pared y le explicara en términos concluyentes la naturaleza inequívoca de su error.

También fue el momento en el que comenzó a superar a su hermano Larry, algo que sin duda tuvo que ver en su mayor afición por el baloncesto. A pesar del temor de Michael a no crecer, que le llevó a realizar estiramientos durante meses, su 1,80 de estatura ya superaba ampliamente a su hermano (y al resto de miembros de su familia). Con esa ventaja de altura sumada a una velocidad relampagueante, el joven Mike por fin alcanzó y superó a su hermano en la cancha de juego y pudo empezar a practicar los espectaculares mates de David “Skywalker” Thompson que veía en televisión. En 1978 él y su compañero de clase Harvest Leroy Smith se matricularon en la Emsley A. Laney High School, y ese verano acudieron al campamento de baloncesto ofrecido por su entrenador, Clifton “Pop” Herring. El potencial de ambos jugadores era evidente y el entrenador Herring los animó a presentarse a las pruebas para el equipo de baloncesto. Lo que sucedió a continuación es uno de los incidentes más famosos de la carrera de Michael Jordan, y sin embargo nunca ha llegado a aclararse del todo ya que existen varias versiones contrapuestas.

El resultado final es hartamente conocido: Michael Jordan fue cortado en favor de Leroy Smith. Incluso puede verse al entrenador Fred Lynch admitiendo ser quien cortó a Jordan en el vídeo comercial *Come Fly With Me* (1989). Sin embargo, Lynch había sido su entrenador de baloncesto en la DC Virgo; en Laney era sólo el ayudante, y tampoco puede llamarse realmente un “corte”. A pesar de que el instituto había sido inaugurado apenas dos años antes, ya tenía un muy buen equipo de baloncesto que terminaría la temporada 78/79 con un balance de 15-7, fuera del torneo estatal en el último momento. El base y escolta titulares serían incluidos en el equipo ideal y recibirían becas deportivas universitarias para baloncesto, mientras que otro recibiría una para fútbol americano. Además de tener ya ocho jugadores para los puestos de base y escolta, once *seniors* y tres *juniors*² repetían del curso anterior para una plantilla de quince plazas. Sólo había sitio para uno más, y no era otro base lo que necesitaban. Según el otro asistente, Ron Coley, “la única cuestión era qué íbamos a hacer con Leroy Smith”. Tanto Smith como Jordan eran *sophomores*, y como la mayoría de entrenadores de la época, “Pop” Herring era contrario a incluir jugadores jóvenes en el equipo antes de tiempo por miedo a que la diferencia física los abrumara, ya que a esas edades un par de años se notaban demasiado. Pero Leroy Smith era enorme, y con sus dos metros superaba en diez centímetros al jugador más alto que tenían (por no hablar de Jordan, al que le sacaba la cabeza). Smith tenía más posibilidades de aguantar el rigor de la competición, y fue elegido sin mucho debate. Se trataba de seleccionar al último jugador del banquillo, que prácticamente no pisaría la cancha. ¿Qué trascendencia podía tener?

Michael Jordan no lo vio así. Si uno de sus rasgos conocidos es la marcada diferencia entre los hechos que le suceden y el efecto emocional que ejercen, quizás este día fuera el ejemplo más claro: durante décadas usó el alias “Leroy Smith” para registrarse en los hoteles, en un gesto mitad venganza pueril y mitad “memento mori” para recordar el sabor del fracaso. Durante dos semanas había estado esperando el día que se anunciaba el equipo, y cuando llegó a la lista de admitidos reaccionó con la incredulidad y la racionalización fallida en la que todos hemos caído en circunstancias similares: la lista era alfabética, y cuando no se encontró en la j volvió a comprobarla entera, a ver si era una errata y estaba en la i, o en la m, si

faltaban nombres y la lista no estaba completa, si había otra página. Jordan presume de poder evocar momentos pasados como guía para el presente, y ése fue el día que mostró esa capacidad. Para colmo, tuvo que pasar horas en el instituto hasta que terminaron las clases y pudo volver a casa. “Me metí en mi cuarto, cerré la puerta y me puse a llorar. No podía parar. Aunque no había nadie en casa dejé la puerta cerrada. Para mí era importante que nadie pudiera verme u oírme.” Era la humillación definitiva, ser descartado en lo que creía hacer mejor, en lo que podía convertirlo en alguien. Aunque Michael Jordan era muy sociable y hacía amigos con facilidad, también era dolorosamente tímido con las chicas. Ninguna se sentiría atraída por un chico a quien todos gastaban bromas por su corte de pelo y sus grandes orejas, llamándolo “calvito” o “cacahuete”. Le gustaba una niña mayor que él llamada Angela West, y siempre le guardaba un asiento libre en el autobús; pero ella prefería apretujarse con sus amigas y sólo tenía ojos para los jugadores del equipo del instituto, siempre rodeados de chicas. El joven Mike, que asistía a clases de cocina y hogar porque pensaba que tendría que vivir solo, sentía que había perdido la oportunidad de ser alguien atractivo y admirado en el instituto. Decidió dejar el baloncesto.

No era ese el plan del entrenador. “Pop” Herring era muy consciente del nivel de Jordan, y le insistió para que se inscribiera en el equipo *junior varsity*³ que entrenaba Fred Lynch. Fueron sus padres quienes convencieron a Jordan, y muy especialmente su madre. Deloris no estaba del todo convencida de que fuera positiva la creciente obsesión de su hijo por el baloncesto y temía que afectara a sus estudios. Michael Jordan terminaría siendo sancionado con un día de expulsión por salir sin permiso del instituto para irse a entrenar, y para su madre los estudios eran sagrados; Michael pasó el día haciendo deberes en el coche de su madre, aparcado delante de la ventana del puesto de trabajo de ésta. Pero aún más importante para ella era enseñar a sus hijos a no huir ante las dificultades, como Deloris había hecho al volverse de la universidad. “Mi madre debió montarme directamente en el primer tren de vuelta”, decía, y no iba a cometer el mismo error. Si lo habían asignado al *junior varsity*, su obligación era ser el mejor del *junior varsity*.

La reacción de Michael Jordan a este contratiempo, objetivamente menor, estableció el patrón que seguiría ante todos los desafíos y obstáculos de su

vida, sin posibilidad de variación: en primer lugar, la decepción personal se transforma dentro de él en humillación pública, que genera sentimientos de vergüenza. Jordan, consciente de su imagen, no quiere que nadie lo vea llorar para que no lo vean retratado de fracaso. Cuando afirma que pocos son conscientes de hasta qué punto lo impulsaba lograr atraer a las chicas, lo relaciona con el convencimiento de que esa falta de éxito amoroso viene de una imagen poco respetada o admirada, y saber que resulta simpático no es suficiente. Por muy privada o intrascendente que sea esa decepción, Michael Jordan la siente grabada a fuego en su frente ante los ojos de los demás. “Quería demostrarle a ese tipo que yo valía para el equipo”, dirá del entrenador que lo cortó, el mismo entrenador que fue el primero en reconocer su capacidad y en trabajar con él de manera especial. Entonces esa humillación, muchas veces inexistente, sustituye en sus pensamientos al contratiempo personal; no tiene que superar un obstáculo, sino vengar una afrenta. Y finalmente esa venganza será por definición desproporcionada, tan excesiva que borre casi la propia existencia del ultraje. No basta con quedar por encima, ha de quedar a una altura desde la que no se pueda vislumbrar al otro; y no hablar nunca del tema sin señalar la penitencia eterna del trasgresor: “[Lynch] trabaja ahora para mí en mis campamentos de baloncesto. Siempre le encargo los trabajos más desagradables”. Eso escribe veinte años después el jugador más laureado del baloncesto moderno, que sigue usando el apodo “Leroy Smith”. Perdonar nunca, olvidar jamás.

Michael Jordan decidió que su madre tenía razón, y tomó al asalto el equipo *junior varsity* (*jayvee*, en el argot). Los *jayvees* no participan en ninguna competición, sino que hacen de “teloneros” de los mayores: antes de cada partido del equipo oficial se juega un amistoso entre los *juniors* de cada escuela, al que normalmente sólo asiste la familia de los jugadores ya que no despierta demasiado interés. Pero cuando se empezó a correr la voz de que un base rapidísimo apodado “Magic Jordan” había llegado a anotar 40 puntos, los aficionados locales empezaron a llegar antes al pabellón para comprobar qué había de cierto. Y no sólo los aficionados; Ron Coley, el otro entrenador asistente, ni siquiera recordaba haber visto a Jordan en las pruebas para el equipo, pero la segunda vez ya no lo olvidó: “Llegué al pabellón cuando estaba terminando el partido de los *jayvees*. Nueve de los jugadores sobre la

cancha estaban pasando el tiempo, pero había uno que se estaba dejando la piel. Por su manera de jugar pensé que iban un punto abajo quedando dos minutos, pero cuando miré el marcador vi que iban perdiendo de veinte en el último minuto. Era Michael, y pronto supe que siempre jugaba así”. Jordan promedió alrededor de 25 puntos, pero el éxito del equipo *varsity* sin él le seguía escociendo. Aún quedaba una última oportunidad: antes del torneo estatal que culminaba la temporada se abría un plazo en el que los equipos podían inscribir a algún jugador procedente del *junior varsity*. Después de su espectacular rendimiento con los *junior*, Michael Jordan tenía esperanzas de ser convocado.

“Ni siquiera se discutió”, recuerda Coley. En un gesto inimaginable en el Jordan adulto, el joven Mike suplicó viajar con el equipo. El resultado bastó para convencerle de no volver a recurrir a las súplicas nunca más y de que lo que deseara se lo tendría que ganar a pulso: la única posibilidad que le ofreció el entrenador Herring fue como *team manager*, un cruce entre utillero y ordenanza. “Lo hice. Entré en el pabellón llevando los uniformes de los jugadores que sí estaban en el equipo. Lo que me hizo sentir peor fue que mis padres habían venido a ver el torneo, y cuando me vieron llevando los uniformes creyeron que me habían dado la oportunidad de jugar.” La decepción fue mayúscula y Jordan no olvidó la mirada de sus padres. Una vez más, la decepción personal como humillación pública. “Lo bueno es que me hizo saber cómo se siente el fracaso. Y supe que no quería volver a sentirlo nunca más.”

Cuando Michael Jordan volvió al instituto después del verano, se había operado en él un cambio que lo hacía casi irreconocible. Lo más evidente era el estirón que había pegado, entre cinco y diez centímetros, que provocaron su pase al puesto de ala-pívot; pero el cambio en su juego era aún más dramático. “No había sido capaz de superar a los *seniors* jugando uno-contra-uno hasta el final de su año *sophomore*”, recordaría Michael Bragg, uno de los jugadores del equipo que pudieron comprobar esa mutación de un año a otro: “Se pudo ver una diferencia enorme. Mostraba una mayor determinación, y también más capacidad”. Eso no pudo impedir el debilitamiento inicial del instituto; once jugadores de la temporada anterior se graduaron y el equipo pasó a depender de jóvenes menos experimentados. Con Adolph Shiver como base y Leroy

Smith y Mike Jordan por dentro, el equipo pasó del 15-7 de la temporada anterior a un mediocre 13-10 ese año. Pero no había nada de mediocre en el juego de un Jordan que se convirtió en el proyecto personal de su entrenador: “El entrenador Herring fue el primero en ver en mí lo que yo veía en mí”.

“Pop” Herring vivía cerca de los Jordan, y los convenció de que si recogía al joven Mike todas las mañanas y lo llevaba al instituto, él podría entrenar antes de clase y sus padres tendrían la tranquilidad de que llegaba puntual. También convenció a Michael Jordan de que dejara el equipo de fútbol americano del instituto para concentrarse en el baloncesto, algo que Deloris agradeció, ya que siempre había temido que se hiciera daño. “Me recogía a las 6:30. Practicábamos tiro, hacíamos uno-contra-uno y ejercicios de manejo de balón porque yo no tenía manejo alguno. Trabajábamos una hora, y después yo me duchaba para ir a clase. Hizo un enorme cartel con todos los ejercicios, y cada mañana los hacíamos todos.” Jordan anotó 35 puntos en su primer partido oficial y terminó la temporada 1979/80 con una media de más de 20 puntos por partido.

El mundillo del baloncesto descubrió a Mike Jordan en el verano de 1980. Acudió al campus de Bobby Cremins, luego al de Dean Smith y, finalmente, al Five-Star Camp de Howie Garfinkle. Hasta entonces sólo se habían puesto en contacto con él pequeñas universidades de la zona como North Carolina-Wilmington, con equipos de baloncesto de segunda o tercera fila. Pero ahora se interesaban universidades de primer nivel nacional, y la posibilidad real de una carrera deportiva se abría ante Jordan. “Pop” Herring decidió echar el resto. Le dijo a Michael que se centrara más en hacer sus números en ataque, y cuando éste se resistió (quién lo iba a decir) pidió a James Jordan que interviniera para convencer a su hijo. Insistió también en que Michael Jordan mantuviera un récord impoluto de asistencia a clase y que mejorara unas notas que no pasaban de correctas para hacerlo más atractivo a las universidades. La naturaleza competitiva de Jordan vino aquí en su ayuda, ya que si Larry era el desafío deportivo en su familia, su hermana Roslyn era sin duda la mejor estudiante, hasta tal punto que había adelantado un curso y compartía clase con su hermano mayor. Inmediatamente empezó una competición por sacar las mejores notas, y aunque Michael no pudo alcanzar el nivel de su hermana, sí que mejoró sus calificaciones. Por último, “Pop” Herring sacrificó la

oportunidad de optar al torneo estatal de baloncesto al tomar la decisión de pasar a Jordan al perímetro: su altura (algo más de 1,90 entonces) podía ser suficiente en un jugador interior de instituto, pero no para la universidad. Laney se pasó toda la temporada en el primer puesto de la clasificación y terminó con un balance final de 19 victorias y sólo 4 derrotas, pero fueron eliminados del torneo tras ser derrotados 52-56 por el instituto de New Hannover, donde jugaba otro futuro NBA como Kenny Gattison. El entrenador de New Hannover declaró posteriormente que la derrota se había debido a la preocupación de Herring por el futuro de Jordan: “Podía haberlo puesto a jugar dentro y habría ganado el campeonato estatal, pero no lo hizo. Lo único que le importaba era prepararlo para la universidad”.

Fue el principio del fin de su vida en Wilmington. Volvió muchas veces, por supuesto: sus padres aún vivieron allí varios años y él mantiene celosamente las amistades de su infancia. Cuando Michael Jordan recibió la noticia de que “Magic” tenía el VIH y necesitó hablarlo con alguien, llamó al remolque donde vivía un tendero llamado David Bridgers. Adolph Shivers sigue siendo uno de sus mejores amigos. Con Leroy Smith, convertido en representante de una marca de ropa deportiva, mantuvo el contacto durante años. Pero fuera de ese círculo de íntimos, pocos de quienes conocieron a Michael Jordan en el instituto quieren hablar de ello, y por eso circulan infinitos rumores y leyendas como si fuera la muerte de Liberty Valance. Algunos dicen que el número 23 que usó Jordan no representaba la mitad del número 45 de su hermano Larry, sino que simplemente cuando se inscribió en el equipo sólo quedaban disponibles el 23 y el 33. Algunos presumen de haberlo humillado en la pista y otros de haberlo visto humillar a los anteriores. Algunos dirán que Fred Lynch se atribuyó la decisión en el vídeo movido por el afán de notoriedad, pero otros dicen que se interpuso entre el escarnio público y un amigo. Cuando Clifton Herring recuerda esos días, lo último que quiere es hablar de ello. No es frecuente; lo normal es que no sea capaz de recordarlo, igual que es incapaz de reconocer a sus familiares o amigos, debido a una enfermedad mental hereditaria que lo obligó a dejar su puesto en 1982. Sus antiguos compañeros y discípulos lamentan que el único recuerdo que quede de un buen entrenador y mejor educador sea el de haber sido “el inútil que cortó a Michael Jordan”. Sabiendo lo doloroso que es, los

periodistas que han intentado localizarlo a través de sus amigos se han visto frustrados una vez tras otra. No tuvieron más éxito quienes probaron a través de Jordan.

En 1997, un reportero le preguntó directamente a Michael Jordan. “No tengo tiempo para hablar de ‘Pop’ Herring”, contestó.

¹ Parece existir cierta confusión relativa a las fechas. Suele decirse que James y Deloris Jordan se conocieron en 1956, cuando él tenía 18 años; pero James Jordan nació en 1936. Cuando fue asesinado en 1993 se dijo que el matrimonio iba a cumplir su 34 aniversario, pero su primer hijo nació en 1957.

² En EE.UU. los estudiantes de instituto y universidad tienen un apodo dependiendo del curso en el que se encuentren: *freshman* (primer año), *sophomore* (segundo), *junior* (tercero), *senior* (cuarto y último).

³ En deporte colegial estadounidense existen dos tipos de equipo: el oficial llamado “varsity” y una especie de equipo juvenil llamado *junior varsity*, que sólo juega amistosos.

Wilmington a Chapel Hill, 1980

Voy a ir a donde no ha ido nadie de mi ciudad.

Dicen que en Carolina del Norte ni un gorrión cae en una cancha de baloncesto sin el consentimiento de Dean Smith, el todopoderoso entrenador de la universidad de North Carolina. En febrero de 1980, el director de deportes del condado de New Hanover (Wilmington) descolgó un teléfono y marcó el número del asistente Roy Williams. El mejor deportista que había visto nunca, dijo el informante, y las ruedas de la maquinaria de los Tar Heels⁴ se pusieron en marcha. Uno de los entrenadores asistentes acudió a Wilmington a ver un partido, y no volvió excesivamente impresionado. Tiraba demasiado de fuera y estaba totalmente por hacer, pero parecía tener la capacidad física y atlética para jugar en la exigente liga universitaria de la ACC (Atlantic Coast Conference): archívese para referencia.

Michael Jordan ha dicho que hoy en día sería imposible que hubiera pasado tan inadvertido, pero lo cierto es que incluso en 1980 ya se consideraba altamente improbable que un jugador con futuro fuese a entrar en su último año de instituto habiendo sido objeto de tan poca atención. En cierto sentido, Jordan tiene razón cuando piensa que en realidad fue positivo, ya que lo motivó a trabajar más duramente en lugar de considerarse una estrella; por otro lado, un absoluto desconocido como él tenía imposible acceder a los mejores campamentos de baloncesto, tales como el Dapper Dan de Sonny Vaccaro o el B/C *All Star* Basketball Camp. “Pop” Herring intentó tirar de contactos y logró que entrara en el campus de Bobby Cremmins, prestigioso entrenador entonces en la Appalache State University, pero nadie lo conocía y pasó sin pena ni gloria. Y lo invitaron al campamento de Dean Smith, claro.

A pesar de su reputación de incluir sólo a los mejores, no se trataba de una distinción tan exclusiva. Ese año fueron invitados unos 400 jugadores procedentes de todos los institutos del estado, en la mayor parte de los casos

más por interés publicitario que por auténtico valor deportivo: la preocupación de los monitores era comprobar que todos pasaban en algún momento por la pista del Carmichael Gym, para que cada chaval pudiera volver a su pueblo presumiendo de haber jugado en el mítico pabellón de los Tar Heels. Pero los responsables se aseguraban también de que no faltaba ninguno de los jugadores auténticamente destacados, como “Buzz” Peterson o Lynwood Robinson, para reiterar el interés de la universidad e ir sembrando las semillas que germinarían en una carta de compromiso firmada. Finalmente, era la ocasión ideal de examinar en un entorno controlado a aquellos jugadores cuyo potencial despertara curiosidad. Roy Williams no había olvidado el soplo recibido meses antes, y llamó al entrenador Herring.

Así fue como Jordan llegó a Chapel Hill sin ser ni un absoluto desconocido ni tampoco parte destacada de los planes de la universidad, y fue asignado a unas habitaciones que iba a compartir con “Buzz” Peterson y Randy Shepherd, de Asheville...y con Leroy Smith. Eso no significaba que existiera la posibilidad de que se repitiera la historia de su primer año en el instituto; en realidad, Smith y Shepherd habían sido invitados más como acompañantes que como jugadores, para facilitar la integración de sus compañeros más capacitados. Pero el campamento de Dean Smith no sólo interesaba a North Carolina, y ambos jóvenes sabían que si ofrecían una buena imagen era muy probable que recibieran ofertas de universidades de menor nivel. Incluso los padres de Jordan cifraban sus esperanzas en una oferta de ese tipo, que permitiera sufragar los elevados costes de una educación universitaria. Sólo el propio Michael creía poder llegar a tener una carrera deportiva de alto nivel, como la de ese nuevo compañero con el que compartía el baño.

Robert “Buzz” Peterson sí era uno de los dos objetivos destacados (o *blue chips*, en el argot) para Dean Smith, junto con el base Lynwood Robinson, que venía de ganar el torneo estatal. Su nombre ya era conocido en todo el país, y su buzón estaba lleno de invitaciones a los mejores campamentos de verano y de ofertas de universidades de primerísimo nivel. Para más inri, jugaba en la misma posición que Jordan, con lo que el contraste entre uno y otro se hacía más evidente. No es necesario poseer la legendaria competitividad de Michael Jordan para comprender que la viva imagen de lo que quería llegar a ser estaba en el cuarto de al lado, y prácticamente lo sometió a un interrogatorio

para averiguar qué invitaciones había recibido, cómo se conseguía entrar en esos campamentos, qué era lo que le faltaba. Durante varios años, Jordan y Peterson chocaron de manera tan repetida como inevitable, al coincidir en numerosas competiciones, partidos *allstar*, campamentos de baloncesto y finalmente en el mismo equipo universitario. Y desde el primer día que compartieron dormitorio, se convirtieron en más que amigos. Casi hermanos, como en los tiempos de Larry contra Mike.

Como Larry, “Buzz” Peterson partía con ventaja. Había empezado antes a jugar en serio y su preparación había sido mucho más cuidadosa, así que en esta época estaba por encima de su amigo y rival. Después del verano, en el último año de instituto, Peterson fue elegido Mr. Basketball y mejor deportista del estado; Jordan fue el finalista en ambas categorías. Peterson fue titular en el McDonalds *All Stars*, y Jordan su suplente. Pero como sucediera con Larry, Michael fue recortando la ventaja hasta que finalmente no hubo discusión posible sobre quién era superior. Al igual que sucediera en el patio de la casa de sus padres, esa competición encarnizada sólo sirvió para cimentar una amistad en apariencia eterna: años después, de pie junto al altar el día de su boda, “Buzz” Peterson le ganó diez dólares a su hermano apostando que Jordan aparecería en la iglesia masticando chicle a pesar de ser el padrino. “Lo hace siempre que está nervioso.”

Ese primer día sólo eran unos chicos procedentes de los dos extremos del estado, que habían conectado apenas conocerse. Mientras, Roy Williams apenas podía dar abasto para organizar los entrenamientos de centenares de chavales. Los tenía que llevar al pabellón en grupos de treinta para que jugaran tres partidillos simultáneamente, pero aún tuvo un momento para echarle un ojo a ese tal Jordan. Cuando terminó el partido de su grupo, Williams le pidió que se quedara con el grupo siguiente. Más tarde, el propio Jordan consiguió colarse para una tercera sesión, lo cual era el tipo de comportamiento que buscaban los entrenadores. Pero lo que más llamó la atención de Roy Williams fue la desorbitada exhuberancia atlética del joven Mike, esa velocidad y ese salto, esa intensidad y ese olfato para el balón. Parecía demasiado bueno para ser verdad, una de esas historias que se oyen, la gran promesa que de alguna manera ha permanecido escondida. “Creo que acabo de conocer al mejor jugador de instituto de 1,90 que he visto en la

vida.”

A pesar del elevado número de asistentes, el campamento de Dean Smith hacía honor a su nombre y podía presumir de una perfecta organización y una total atención a los fundamentos baloncestísticos. Fue allí donde Jordan se vio expuesto por primera vez a una preparación de auténtico nivel. Hay que tener muy presente que Michael Jordan supone un caso muy extremo de evolución como jugador, ya que sus circunstancias físicas y personales hicieron que su trabajo de aprendizaje fuera muy por detrás de su desarrollo atlético. A pesar de que la genética evidente en su padre y sus hermanos no era desdeñable, la manera en la que en el plazo de pocos meses pasó a convertirse en un espécimen atlético de primera magnitud fue una sorpresa completa. Su estatura se disparó de lo normal a lo adecuado para una carrera profesional, pero mantuvo su velocidad y capacidad atlética. Su desarrollo muscular se salía de cualquier escala, y antes incluso de llegar al deporte de élite su porcentaje de grasa corporal era ridículamente bajo. Cuando años después se le realizaron pruebas de velocidad de reflejos, agudeza visual y otros elementos de percepción, los resultados fueron extraordinarios. Fue como si apareciera de repente en un instituto un atleta de élite, desprovisto casi totalmente de preparación. El trabajo estajanovista al que lo sometió el entrenador Herring apenas si pudo bastar para familiarizar al Mike Jordan adolescente con su nuevo cuerpo y para desarrollar unas capacidades básicas de resistencia, colocación y desplazamiento. Virtualmente, la única habilidad propiamente baloncestística que podía mostrar Jordan en aquel momento era el tiro. Todo el resto de su juego se basaba en lo atlético, hasta el punto que su jugada habitual era capturar el rebote en defensa, hacer el “costa a costa” y finalizar en el aro. Lo que deslumbró a sus compañeros y a los entrenadores de North Carolina fue su desarbolada capacidad atlética, tanto en velocidad y salto como en control de su propio cuerpo. Randy Shepherd, que había sido asignado al mismo grupo que Jordan, volvió al dormitorio casi en estado de shock: “Buzz, tú y yo no hemos visto nunca a nadie así. Creo que podría jugar en la NBA”.

Dean Smith no era muy aficionado a los mates, y los ejercicios de su campamento hacían hincapié en el desarrollo de los fundamentos del juego. No era el entorno ideal para desplegar todos los recursos atléticos de un Michael Jordan, pero de vez en cuando se escapaba algún destello: “Buzz, no te puedes

imaginar lo que es jugar con él, sólo tienes que lanzar el *alley-oop* y se acabó. No le gusta mucho jugar por fuera, pero por dentro es mortal con lo rápido que es y cómo salta”. Finalmente, “Buzz” Peterson pudo verlo, aunque fuera sólo en una pachanga; como era costumbre, varios antiguos Tar Heels andaban por la universidad, y organizaron un partidillo que completaron con algunos de los chavales. Michael Jordan fue invitado, al igual que su inseparable Leroy Smith, y pudo jugar con auténticas estrellas universitarias, como Mike O’Koren, Dudley Bradley o Al Wood. Al verlo, Peterson tuvo la revelación del futuro que les esperaba: ese tal Jordan jugaría en la NBA, pero por más que se esforzara él nunca podría. Era Peterson el que estaba mirando entonces la viva imagen de lo que querría llegar a ser. Cuando terminó el campamento, Shepherd y Smith estaban en el buen camino para ser becados por *colleges* subordinados de la UNC (Asheville y Charlotte, respectivamente). Después de pasar por el “ABC Camp”, Peterson recibió la oferta en firme de los Tar Heels. Pero el secreto mejor guardado del baloncesto universitario era que Michael Jordan había adelantado a Lynwood Robinson y “Buzz” Peterson para convertirse en el objetivo número uno de North Carolina.

“Al terminar la semana, decidimos que si sólo pudiéramos reclutar a un único jugador de todo el país, ese jugador sería Michael Jordan. Nos esforzamos mucho para disimularlo, porque aún era casi desconocido y queríamos que siguiera siendo así”, recordaría Roy Williams. A pesar de que Dean Smith le otorgó la distinción de comer dos veces con él (algo reservado a los *blue chips* de máximo nivel), los entrenadores de la UNC no terminaban de creer que hubieran tenido tanta suerte y que Jordan fuera tan bueno como parecía. Roy Williams decidió inscribir a Michael Jordan en el Five Star Camp de Howie Garfinkle en Pittsburg. Desde su punto de vista, era la mejor opción: el entrenador Herring podría decir que uno de sus jugadores había llegado a, quizás, el mejor campamento de baloncesto del país, Jordan recibiría el entrenamiento de alto nivel que tanto necesitaba y la universidad podría comprobar el auténtico nivel de ese proyecto de jugador. Dean Smith, sin embargo, montó en cólera al enterarse de que su arma secreta se iba a exhibir ante los ojos de los principales entrenadores del país: “¿Cómo se te ocurre hacer eso? Para nosotros sería mejor no enviarlo para allá a que todo el mundo lo vea”. Williams sólo pudo defenderse argumentando que lo hecho,

hecho está; y que a fin de cuentas Jordan no iba a seguir siendo un secreto eternamente.

Cuando Howie Garfinkle recibió la llamada solicitando una plaza para un tal Michael Jordan, decidió hacer alguna pequeña comprobación por su cuenta y llamó a su entrenador de instituto. “La única manera de entrar en el Five Star Camp era ser uno de los jugadores mejor valorados del país, y yo no aparecía en ningún ranquin. El entrenador Herring les dijo que yo estaba promediando 35 puntos, 20 rebotes y ocho asistencias, o algo por el estilo. Así es como pude entrar.” En realidad, Jordan había promediado “sólo” 20,8 puntos por partido, y ni siquiera alcanzaría esos números al año siguiente (sus promedios como senior fueron 29,2 puntos, 11,6 rebotes y 10,1 asistencias).

Michael Jordan llegó a Pittsburg acompañado de su inseparable Leroy Smith, y en apenas un solo día dejó de ser un secreto. El Five Star Camp empezaba con la celebración de una especie de *draft* en el que los entrenadores seleccionaban al equipo con el que trabajarían durante la semana. Uno de ellos, Brendan Malone de Syracuse, no podía asistir a dicho *draft* y dejó instrucciones precisas a un amigo para que lo reemplazara. Malone había insistido en que eligiera a Aubrey Sherrod, un escolta que era una de las grandes promesas en aquel momento, pero se encontró con que su amigo había decidido seleccionar a un absoluto desconocido. “¿Quién demonios es ese Mike Jordan?” Confía en mí, respondió su amigo, y después de jugar solamente tres posesiones del primer partido obtuvieron la respuesta: Jordan robó el balón, corrió la pista y dejó suavemente la bandeja (los mates estaban prohibidos por temor a las lesiones). Howie Garfinkle había acudido discretamente a ver quién era ese jugador que le habían colocado, y quedó boquiabierto. Michael Jordan era el jugador más atlético que Garfinkle había visto en toda una vida dedicada a ojear talentos; no sólo poseía un salto y una velocidad fuera de lo común, sino que además lo combinaba con un control de sus movimientos impropio de su edad y de su escasa preparación. No había precedentes de una situación como esa, en la que un jugador desconocido apareciera con esa combinación de exuberancia atlética y control del juego.

Ese mismo día, Howie Garfinkle llamó a su amigo Dave Krider, de *Street & Smith's*. Esta publicación editaba un anuario que estaba considerado como una especie de “quién es quién” del baloncesto de base estadounidense, y

Krider era el encargado de elegir a los jugadores de instituto que formarían los tres quintetos ideales. “Dave, estoy viendo algo extraordinario. Tengo aquí a un jugador tremendo. Se llama Mike Jordan. Es increíble. ¿Lo tienes en tu lista?” Krider contestó que ni siquiera había oído hablar de él, y que era demasiado tarde para incluirlo: la revista ya estaba en imprenta. Garfinkle no pudo convencerlo, y nadie olvidaría jamás que la *Street & Smith's* salió a la calle con la lista de los jugadores de instituto más prometedores sin incluir a Michael Jordan. Posteriormente, Dave Krider tuvo firmes sospechas de que detrás de ese error hubo algo más que mala suerte, ya que a su ojeador en Carolina del Norte lo unían fuertes lazos con Chapel Hill y a la universidad no le desagradaba que Jordan permaneciera fuera de la prensa nacional. El brazo de Dean Smith era muy largo.

Cuando “Buzz” Peterson llegó al campamento Five Star una semana más tarde, Michael Jordan ya era una auténtica estrella. Había sido elegido MVP de la primera semana, y Brendan Malone se moría de ganas de reclutarlo para Syracuse. Pero era demasiado tarde; Jordan siempre estaba acompañado por alguien de North Carolina, normalmente Roy Williams, que bloqueaba cualquier intento de aproximación. Sólo había surgido un problema: el coste del campamento era considerable, incluso para una familia de clase media como los Jordan, y no podían pagar otra semana más. Michael tendría que dejar el campamento.

Howie Garfinkle se subía por las paredes, intentando explicar a los padres de Jordan que habían subestimado las capacidades de su hijo. Que no estaban hablando de un Leroy Smith, un buen jugador que podría usar el deporte para conseguir una educación que no podría pagar de otra manera. Que no estaban hablando de un futuro en la CBA o en el baloncesto europeo. “Gané cinco trofeos la primera semana. Así que antes de que viniera mi padre a recogerme, le llamaron para preguntar si podía quedarme otra semana. Howard Garfinkle, el que llevaba el campamento, le dijo a mi padre: ‘Señor Jordan, si le deja quedarse le garantizo que recibirá una beca completa para cuatro años. Podría llegar a ser elegido McDonald’s All-American. Económicamente sería muy beneficioso para ustedes que se quedara otra semana’.” Los padres de Jordan respondieron que simplemente no tenían dinero para otra semana, y Garfinkle llegó a su límite: “Lo pago yo”. Pero los Jordan no podían aceptar caridad de

un desconocido, y así se lo hicieron saber. Sin embargo, el gesto les impresionó lo suficiente como para que aceptaran buscar una solución, y finalmente se decidió que Michael Jordan cubriría el coste de la segunda semana limpiando mesas y fregando platos (en realidad, Garfinkle usaba este truco para disimular el hecho de que no se cobraba a las grandes promesas). Estuvo igual de impresionante que la semana anterior, y volvió a ser elegido MVP. Él y Peterson terminaron de hacerse amigos, y hablaban de ir juntos a North Carolina, compartir dormitorio y ganar un campeonato. Se intercambiaron los números de teléfono, y durante ese año se llamaron constantemente.

Curiosamente, North Carolina no había despertado las simpatías de Michael Jordan hasta su primera visita, un viaje escolar con su instituto antes de convertirse en promesa del baloncesto. Walter Davis le había parecido un gran jugador durante su paso por los Tar Heels, pero su ídolo era David Thompson de North Carolina State. Para cuando se fue acercando la hora de que Jordan eligiera universidad, N.C. State estaba sumida en un proceso de reconstrucción y acababa de despedir al entrenador. UCLA, que le atraía por su historial de éxitos, no respondió a su solicitud; y Virginia, que ofrecía la posibilidad de jugar con Ralph Sampson, le envió un impreso genérico. De las demás posibilidades, “Buck” Williams de Maryland anunció que se iba a presentar al *draft*, y South Carolina (que incluyó una visita al gobernador del estado) no poseía suficiente nivel. Cuando Malone intentó sugerir una visita a Syracuse, Jordan fue tajante: “Entrenador, he disfrutado jugando para usted, pero ya he decidido ir a otro sitio”.

No fueron pocos los que creyeron que Michael Jordan estaba cometiendo un grave error al intentar abrirse hueco en North Carolina en lugar de aceptar la oferta de la Air Force Academy. En una universidad menor como esa tendría la titularidad garantizada y podría sacarse el título. Ningún deportista de Wilmington había triunfado en la Division I (la máxima categoría del deporte universitario), y en North Carolina permanecería atornillado al banquillo como suplente del famoso “Buzz” Peterson. Acabaría perdiendo la beca, o simplemente tirando la toalla para regresar con el rabo entre las piernas. “Terminarás volviendo a Wilmington a trabajar en una gasolinera si no vas a la Air Force Academy”, le dijo el director de su instituto. Pero

Michael Jordan ya había hecho su elección, y sus padres le apoyaban. James Jordan creía que uno debía siempre aspirar a lo más alto, y si terminaba en el banquillo por lo menos estaría sentado en el banquillo entre los mejores. Deloris Jordan había quedado muy impresionada con el ambiente familiar y de estudio de North Carolina, y con su entrenador. Dean Smith era el clásico entrenador de la vieja escuela que compensaba su absoluta falta de carisma mediante una sinceridad a toda prueba. Se limitaba a ofrecer atención personalizada, una educación académica del máximo nivel y la mejor preparación deportiva. Podía perder a algunos aspirantes por no prometerles la titularidad o un trato especial, pero a estas alturas la reputación de la universidad hacía que fueran los menos; y cuando trataba con familias como los Jordan, que se enorgullecían de mantener unos valores, se convertía en una ventaja. Además, su oferta estaba calculada para apelar al orgullo del jugador: sólo te garantizo, decía, que los cinco mejores jugadores del equipo serán titulares; depende de ti ser uno de ellos. ¿Qué joven estrella de instituto se iba a considerar menos? Dean Smith poseía un valor añadido a los ojos de la comunidad afroamericana, que no había olvidado su compromiso personal con la causa de la integración racial. Desde los tiempos en que había sido un recién llegado sin fama ni renombre, Smith se había distinguido por integrar diversos establecimientos locales por la vía ejecutiva, mediante el procedimiento de aparecer con estudiantes y profesores de cualquier raza y pedir la carta. Fue él quien reclutó a los primeros jugadores negros en la historia de la universidad, y Charlie Scott no olvidaría la imagen de Dean Smith el día que un espectador llamó al jugador “chimpancé” e hicieron falta tres personas para impedir que el entrenador saltara a la grada. Esa reputación basada no en sus palabras sino en su propia vida había atraído a jugadores como James Worthy, la gran estrella del equipo en esa época: “Mi padre sabía lo que Dean Smith había hecho en Chapel Hill, y cómo había tratado a Charlie Scott, no sólo poniéndolo a jugar sino apoyándolo, y era el tipo de persona para quien quería que yo jugara”.

North Carolina no dejaba cabos sueltos, y durante todo el último año de Michael Jordan en el instituto los entrenadores asistentes se fueron dejando caer periódicamente por Wilmington para comprobar qué tal iban las cosas, y recordarles el interés de la universidad. El más habitual era Roy Williams,

que consideraba a Jordan algo así como su gran hallazgo, y que se convirtió poco menos que en un miembro más de la familia. “Le caes muy bien a Ray [Deloris siempre llamaba así a su marido] porque ve que te ganas la vida trabajando duro, y eso siempre le gusta. Es como él ve su propia vida.” James Jordan era consciente de que Williams estaba empezando su carrera de entrenador y cobraba un salario minúsculo, pero aun así estaba dispuesto a atravesar medio estado para echarle un ojo a un jugador de instituto. Decidió hacerle un regalo como reconocimiento de ese sacrificio, pero sabía que resultaría ofensivo ofrecerle dinero; así que a mitad de curso, James Jordan apareció en la puerta de la casa de Roy Williams con una chimenea que le había fabricado con sus propias manos y por la que no estaba dispuesto a aceptar pago alguno: “Entrenador, ya vengo cansado de hacerla, transportarla hasta aquí y traerla a la casa. Si tengo que volver a llevármela a Wilmington, entonces sí que voy a terminar cabreándome”. Durante el otoño de 1980, Michael Jordan visitó Chapel Hill junto con otros candidatos (entre ellos “Buzz” Peterson), y luego Dean Smith descendió del olimpo para visitar la casa de los Jordan, acompañado de dos de sus ayudantes. Cuando llegó, Michael estaba en el patio con su padre hurgando en las tripas de un coche, y durante la reunión permaneció en silencio, sentado en un sofá manoseando un balón mientras los adultos hablaban de su futuro. La decisión estaba tomada mucho antes de la rueda de prensa de noviembre de 1980 en la que Michael Jordan anunció oficialmente que había firmado la carta de compromiso para asistir a la Universidad de North Carolina.

Porque fue una rueda de prensa. El jugador anónimo de pocos meses antes se había convertido en noticia a nivel estatal, a pesar de que su anuncio coincidió con el de Lynwood Robinson. “Había periodistas en nuestro patio, y se negaban a marcharse hasta que les hubiéramos concedido una entrevista”, recordaría Deloris Jordan. Y eso no era nada comparado con el tumulto vivido en casa de los Peterson, donde el padre de “Buzz” llegó a perder los nervios y se encaró con la nube de reporteros que intentaban obtener confirmación del rumor de que “Buzz” Peterson, elegido Mr. Basketball de Carolina del Norte y mejor deportista del estado por la marca Hersch, se había comprometido verbalmente con la Universidad de Kentucky. Al final ese compromiso quedó en nada, después de que el equipo de gestión de crisis de North Carolina

interveniera para evitar la “fuga”. Peterson recibió primero la llamada de su entrenador del instituto y posteriormente la visita del propio Dean Smith, y terminó firmando su compromiso con la UNC. Pero no antes de haber recibido una llamada de Michael Jordan que contribuyó a su, digamos, vuelta al redil.

“Me comprometí verbalmente, en privado, con la Universidad de Kentucky. Michael me llamó y me dijo: ‘Eh, creía que íbamos a ir a la misma universidad, a compartir habitación y ganar un campeonato’.” Posteriormente, “Buzz” Peterson reflexionó sobre hasta qué punto fue una buena decisión asistir a North Carolina: “Ahí estaba yo, comprometiéndome con una universidad a la vez que otro jugador que ocupaba mi misma posición. Supongo que se podría decir que no era una buena decisión de cara a conseguir minutos de juego”. Aunque esto no era exactamente como lo explica Peterson (en realidad, North Carolina era una de las pocas universidades que no tenían a un veterano para su puesto, ya que el escolta titular acababa de graduarse), provoca una reflexión a la inversa: ¿Por qué lo llamó Jordan? ¿Qué llevó a Michael Jordan a llamar a Peterson, decepcionado y dolido, pidiéndole que fuera con él a Chapel Hill? ¿Acaso no era consciente de que sin Peterson sus opciones de juego se multiplicaban? Es más que improbable que Jordan desconociera este extremo, cuando le habían estado recomendando que eligiera otra universidad precisamente para evitar coincidir con el mejor jugador del estado. Pese a ello, Michael Jordan le pidió que fueran juntos.

Porque para Michael Jordan lo único más importante que su carrera era sentirse arropado por personas que gozaran de su intimidad y su confianza. Antes de aceptar comprometerse con North Carolina, necesitó la seguridad de que con él acudirían su amigo Adolph Shiver y su hermana Roslyn (que se graduó con un año de adelanto para poder matricularse a la vez que Mike). Incluso si la ausencia de “Buzz” Peterson suponía una ventaja objetiva en sus perspectivas deportivas, eso no compensaba perder al único amigo que iba a tener en el equipo. La necesidad de sentirse rodeado por personas de su confianza sería una constante en la vida de Michael Jordan, y por ello el problema de equilibrar la barrera que suponía ese círculo de fieles con su integración en un equipo sería una constante en su carrera. En caso de conflicto, Jordan optaría siempre por el mismo bando que eligió en 1980: por encima del baloncesto, los suyos.

Tras finalizar el curso y graduarse en el instituto, Michael Jordan acudió a varios torneos *All Stars* como el Capital Classic de Washington o el National Sports Festival de Syracuse. Tal y como predijera Howie Garfinkle, Jordan fue invitado al McDonald's All-American Game, aunque fuera como suplente de "Buzz" Peterson. Y fue en ese partido en el que se pudo comprobar que ya había superado a su amigo; Peterson jugó bien y anotó diez puntos, pero Jordan batió el récord de anotación del torneo con treinta puntos en una serie de 13/17 tiros de campo. Sin embargo, el galardón de mejor jugador fue para Adrian Branch, un anotador superlativo que posteriormente jugaría en Maryland (y en el Caja de Ronda) y que había hecho 24 puntos y 8 rebotes para decidir el partido. Fue quizá la primera ocasión en la que pudo verse en acción a ese círculo de fieles que rodearía siempre a Michael Jordan: los entrenadores de North Carolina tuvieron que formar un cordón humano para proteger a los jueces de la ira de Deloris...y de la madre de Peterson, que ya consideraba a Michael como parte de su propia familia. Jordan tendría siempre muy claro en quiénes podía confiar.

⁴ Apodo del equipo universitario y, en general, de los habitantes de Carolina del Norte.

Chapel Hill, 1981

*Tu vida no volverá a ser la misma después de ese tiro,
hijo.*

Uno de los rasgos de Michael Jordan que resultan más contradictorios con su personalidad futura es la manera en la que mezcla arrogancia e inseguridad durante la primera etapa de su carrera deportiva. El mismo Jordan que se pasea ante las barbas de todo un James Worthy presumiendo de ir a marcar una época en la universidad es el que luego llega atenazado por el miedo a no dar la talla, a salir a jugar y hacer el ridículo delante de Dean Smith y los suyos. “Temía llegar y estrellarme, porque todo el mundo esperaba muchísimo de mí.” Aún era demasiado humano.

En cualquier caso, esa inseguridad le duró hasta la primera pachanga. En North Carolina era tradición *the Wall*, el muro de ladrillo que rodeaba a la biblioteca en el que se sentaban las antiguas estrellas de los Tar Heels cuando venían de visita, y desde el que desafiaban a los universitarios a jugar unos partidillos. En teoría servían para proporcionar un sentido de continuidad, de historia y de familia a los jugadores, que veían simultáneamente el historial glorioso de la institución y también el éxito que esperaba a quienes siguieran el camino recto. A Jordan le sirvieron, además, para ponerse a prueba ante sus mayores mediante el enfrentamiento directo en la pista. “Al Wood me estaba defendiendo, estábamos empatados y el que metiera la siguiente canasta ganaba. Yo tenía el balón. Todos me miraban y yo estaba nervioso porque no estaba seguro de estar a la altura. Remonté la línea de fondo y él me siguió. Cuando fui a tirar, Geoff Crompton vino a la ayuda. Me levanté con el balón pensando que me habían encerrado. Pero cuando volví a bajar, me dije: ‘¿Realmente he hecho eso?’.” Jordan acababa de machacar por encima de Wood, número 4 del *draft*, y de Crompton (de natural paquete, pero un paquete

de siete pies que jugaba en la NBA), y supo que estaba preparado. Sólo faltaba que lo supieran los demás.

En contra de lo que muchos habían anticipado, el principal competidor de Michael Jordan en su nuevo equipo no era “Buzz” Peterson. Es cierto que en este momento de sus carreras respectivas Peterson llevaba clara ventaja en el tiro exterior, manejo de balón, bote y pase, colocación defensiva y ofensiva, preparación, fundamentos...pero Dean Smith ya tenía a un jugador así, con la ventaja añadida de llevar dos temporadas en el equipo. Se trataba de Jim Braddock, el base suplente del equipo que perdiera la gran final de la NCAA el año anterior frente a la Indiana de Bobby Knight e Isiah Thomas. Braddock era el mismo tipo de jugador y podía aportar lo mismo que Peterson (tiro, manejo de balón, colocación) pero sumando una mayor experiencia, conocimiento del juego y de los compañeros e integración en el equipo. Era difícil que Dean Smith optara por “Buzz” Peterson cuando tenía una versión mejorada a su disposición. En cambio, Michael Jordan se presentaba como un tipo de jugador diferente cuya aportación no se parecería en nada a la de los demás candidatos.

North Carolina venía de jugar la finalísima en 1981 y eran los grandes favoritos para la temporada 81-82 antes incluso de saber quién reemplazaría al escolta Al Wood, su gran estrella. El punto más fuerte de los Tar Heels era su pareja interior, James Worthy y Sam Perkins, considerada la mejor del país y sabiamente alimentada por Jimmy Black, uno de esos grandes bases universitarios que no tiraban sin receta médica, pero que eran la auténtica prolongación del entrenador sobre la cancha. La última plaza fija en el quinteto titular era para Matt Doherty, un alero blanco similar en líneas generales a Braddock o Peterson: grandes fundamentos, sin ninguna habilidad sobresaliente pero capaz de aportar en cualquier área (tiro, rebote, defensa, circulación de balón) sin cometer errores. El único punto débil de este equipo era la falta de estatura; los pívots grandes como Pat Ewing campaban por sus respetos en la liga universitaria, y aunque Worthy y Perkins eran rápidos, móviles y atléticos, ninguno de ellos pasaba del 2,05 de altura. Y no podían esperar auxilio desde el banquillo, ya que los hombres altos suplentes destacaban más por su buena disposición y voluntad de sacrificio que por su calidad. Dean Smith temía que completar el quinteto con un escolta con cuerpo

de base, como Braddock o Peterson, sólo agravaría el problema. Tampoco la aportación de éstos parecía tan necesaria con Black y Doherty.

Michael Jordan ofrecía la posibilidad de jugar con un escolta grande, con estatura de alero universitario y mucho salto. Ningún rival podría tirar por encima de él, y sería de gran ayuda en los tableros si Perkins y Worthy se veían en apuros. Lo que quedaba por ver era si ese antiguo ala-pívot era capaz de jugar en el perímetro de una universidad de primera fila. En ataque, Jordan no mostraba ni el bote ni el pase normalmente asociados al puesto de escolta, pero por lo menos su tiro de media distancia cubriría las necesidades del equipo (cuando lo vio por primera vez, Sam Perkins no se sintió especialmente impresionado por el novato; al menos tiene buen tiro, pensó). En defensa las dudas eran aún mayores, pero después de varias pruebas tanto en entrenamientos como en partidos de preparación, Dean Smith decidió que le inspiraba la suficiente seguridad como para confiar en él desde el arranque. Michael Jordan no era ni de lejos un defensor del nivel exigible a un titular de North Carolina, pero sí era intenso, activo y rápido de pies y manos. Tendría que valer.

Especular es ocioso, pero es imposible no preguntarse qué efecto habría tenido la decisión contraria para la carrera de Michael Jordan. Aunque Smith era un partidario declarado de las plantillas largas y las rotaciones en la temporada, su poca confianza en un banquillo compuesto casi exclusivamente por jugadores de primer año lo llevó a exprimir al límite a su quinteto titular. Dado que aún no se había implantado el reloj de posesión, el ritmo de juego del baloncesto universitario no hacía imprescindibles los cambios. Además, Dean Smith contaba con su famosa *four corner offense* (las “cuatro esquinas” de toda la vida), en la cual el balón circulaba por el perímetro sin buscar la canasta para dejar pasar el tiempo y descansar a los titulares. Los Tar Heels jugaron toda la temporada con una rotación de seis jugadores, los cinco titulares más Braddock, condenando a los demás a un exilio del que emergían esporádicamente para disputar algún minutillo de relleno. La mayoría de los suplentes lo aceptaron como resultado inevitable de la diferencia de nivel entre unos y otros, pero resultó muy duro para quienes llegaban con vitola de estrella y aspiraban a una carrera relevante. Lynwood Robinson y “Buzz” Peterson se encontraron con que después de ser los fichajes más sonados del

verano quedaban relegados al ostracismo más absoluto, y no llegaron a aceptarlo. Robinson terminó pidiendo el traslado a otra universidad de menor nivel donde tuviera minutos garantizados, y el estado anímico de Peterson se deterioró tanto que estuvo a punto de tirar la toalla y volverse a su casa. Si Braddock hubiese sido elegido como titular, ¿se habría encontrado Jordan en la misma situación que Robinson y Peterson? Quién lo sabe. Por una parte, Michael Jordan era un jugador con características atléticas que destacaban por encima del nivel medio de la liga universitaria, mientras que sus compañeros habían llegado a su tope físico. Por otra parte, Jordan no dejaba de ser un *freshman* (jugador de primer año). Y en North Carolina lo único bueno de ser *freshman* era que se terminaba curando con el tiempo.

El sistema que había implantado Dean Smith en su universidad se basaba en dos estructuras jerárquicas superpuestas: una gerontocracia y una meritocracia. El entrenador cumplía a rajatabla su compromiso de otorgar tiempo de juego y relevancia atendiendo exclusivamente al rendimiento de cada jugador, pero los aspectos no deportivos se regían por el principio de antigüedad. En Chapel Hill los *seniors* (jugadores de último año) eran tratados como adultos responsables, y el entrenador podía consultar con ellos la hora de salida para acudir a un partido, por ejemplo. El último partido en casa de la fase regular de la liga ACC era denominado el *seniors game*, ya que era tradición que todos los jugadores que estuvieran en último curso salieran de titulares independientemente de su nivel, como homenaje a su contribución al equipo. Los *freshmen*, en cambio, ocupaban el último escalafón del equipo, por detrás incluso de los *team managers*: si un balón salía despedido durante un entrenamiento, el *manager* no iba a recogerlo sino que llamaba a un *freshman*. Las pausas de un minuto para beber agua eran escalonadas por cursos en cuatro intervalos (los *seniors* disponían del minuto entero, los *freshmen* sólo de los últimos quince segundos). Cada año, los *seniors* elegían por votación cuál era el *freshman* más descarado y bocazas, al cual se premiaba con la tarea de trasladar el pesado proyector utilizado para visualizar partidos de los rivales. Huelga decir que el agraciado fue Michael Jordan, aunque “Buzz” Peterson le ayudaba con el altavoz.

Esa estratificación se hacía especialmente evidente en las facetas más públicas. Como casi todas las universidades, el equipo de baloncesto de North

Carolina publicaba cada año su *media guide*, un librito con información básica de referencia que como su nombre indica estaba dirigido a la prensa. La guía correspondiente a la temporada 1981-82 llevaba en portada la foto de los tres *seniors* de la plantilla, sin importar que a excepción de Jimmy Black los otros dos jugadores tuvieran un papel marginal. En su interior, la guía dedicaba una página a cada miembro del equipo...excepto a los *freshmen*, claro, que eran despachados en un párrafo cada uno; tres por página, ya fueran *blue chips* o jugadores sin beca que se limitaban a completar los entrenamientos. El incidente más conocido se produjo cuando Michael Jordan quedó fuera de la portada de la revista *Sports Illustrated* por orden directa de Dean Smith. “*Sports Illustrated* nos había elegido como favoritos n° 1 en pretemporada, debido a nuestros veteranos, y quería poner el quinteto titular en la portada de su número especial de la temporada. Accedí a que fotografiasen a James Worthy, Sam Perkins, Jimmy Black y Matt Doherty, pero me negué a incluir al quinto jugador”, recordaría el entrenador. A la revista sólo se le dijo que aún no se había tomado una decisión: “No voy a incluir a un *freshman* cuando ni siquiera estoy seguro de que vaya a ser titular”. En realidad, Jordan sí que había sido elegido después de un par de partidos *Blue vs White*, titulares contra suplentes, aunque no se anunció hasta dos días antes de comenzar la temporada. La razón oficial fue una norma del equipo según la cual ningún *freshman* (cómo no) podía conceder entrevistas antes de su debut. Las normas eran las normas, y el mismísimo James Worthy tuvo que afeitarse para la foto porque estaba prohibido que los jugadores se dejaran barba. Había conseguido una dispensa especial debido a un problema dermatológico que tuvo que acreditar mediante un certificado médico, pero ni siquiera eso lo salvó cuando llegó el fotógrafo de la revista. Fuera cual fuese la razón, no fue la que se le dio personalmente a Michael Jordan como explicación. Dean Smith tenía mucha más experiencia que los entrenadores de Laney, y supo darle la noticia de forma que el jugador no sólo se ahorra una humillación, sino que además se veía desafiado a reivindicar su valía: “Michael, no has hecho nada para merecer ser portada de una revista. Aún no. Pero ellos sí. Por eso creo que no deberías aparecer en la foto”.

Michael. No Mike, como había sido conocido hasta entonces y como aparecía en la *media guide*. Dean Smith insistía en tratar a sus jugadores como

adultos, quizá para remarcar que ya no eran adolescentes a pesar de un cierto infantilismo asociado al deporte, y no le gustaba usar diminutivos. Eso había provocado una pequeña crisis un par de años antes, cuando los técnicos se dieron cuenta de que iban a coincidir en el equipo tres jugadores llamados James: Worthy, Black y Braddock. Sus compañeros no tenían problemas ya que entre ellos usaban sus apodos (“Stick”, “Boss” y “Daddy”, respectivamente), pero el entrenador Smith no iba a dirigirse a un jugador llamándolo *daddy*. Finalmente alcanzaron una solución intermedia, y quedaron como James Worthy, Jimmy Black y Jim Braddock. Jordan era Mike para la mayoría de sus compañeros, pero Dean Smith lo llamaba Michael y varios jugadores también empezaron a hacerlo. Mediada la temporada, el jefe de prensa de los Tar Heels sugirió eliminar esa confusión y elegir un nombre definitivo. Como al jugador le era indiferente, el jefe de prensa se decidió por Michael Jordan.

¿Qué hay en un nombre? En toda la historia de North Carolina, sólo tres jugadores habían sido titulares en su primer partido *freshman*. Michael Jordan, con cualquier otro nombre, estaba destinado a ser el cuarto. Su actitud desafiante no le granjeó la simpatía de los veteranos, para quienes un recién llegado que presumía de los mates que les iba a hacer era lo más opuesto a las tradición del equipo y la universidad. El propio “Buzz” Peterson confesaría que más de una vez y más de dos estuvo a punto de perder los nervios ante los piques constantes de Jordan, pero igual que los demás también fue aprendiendo a respetar al novato, aunque fuera a regañadientes, porque sus bravatas estaban respaldadas por su juego. Worthy sabía reconocer el talento cuando le golpeaba entre los ojos, y durante mucho tiempo recordó el momento en el que comprendió que ese *freshman* era especial. Fue en un entrenamiento, cuando Jordan penetró a canasta frente a Sam Perkins. Perkins perdió movilidad muy pronto, y en su larga carrera profesional dejó la imagen de jugador poco atlético que apenas despegaba las zapatillas del parqué; pero en sus primeros años era un jugador con un salto prodigioso y un *timing* perfecto, que lo convertían en uno de los mejores taponadores de su categoría. Cuando Jordan lo vio venir, tuvo que cambiarse el balón a la mano izquierda para eludirlo, pero eso lo dejó totalmente expuesto a un James Worthy que venía a la ayuda. Worthy saltó dispuesto a taponar el tiro de ese novato

bocazas, cuando de alguna forma Jordan logró girar su cuerpo, interponerlo entre el balón y el defensor, y soltar una bandeja altísima que entró limpiamente en el aro. James Worthy era en ese momento el mejor jugador universitario del país (o poco menos) gracias a la velocidad y el control de sus movimientos, pero nunca había visto algo así.

Y eso no era todo. Más allá de sus acrobacias cerca del aro, el auténtico rasgo distintivo del debutante Michael Jordan era su capacidad de trabajo y aprendizaje. “Sinceramente, no había visto a nadie entender el juego tan rápido. Michael no comete el mismo error dos veces”, declaró Worthy. En uno de sus primeros entrenamientos, Dean Smith le explicó la manera en la que defendían una “puerta atrás”, contraria a como él lo había aprendido en el instituto; al día siguiente, Jordan ya estaba defendiendo en la postura correcta. Eso era especialmente importante para remediar el retraso acumulado en su preparación. “Yo no aprendí fundamentos hasta llegar a la universidad”, escribiría posteriormente. “Recuerdo mi primer error. Remonté la línea de fondo e intenté hacer un aro pasado, y me gritó: ‘¿Dónde te crees que estás? ¿Crees que sigues en el instituto Laney? Pues no. Estás en la universidad. ¿Crees que eso era un buen tiro?’.” (Jordan no contestó; en una ocasión parecida, Jimmy Black respondió con un sí y el equipo entero fue castigado.)

No es fácil reconocer en este Michael Jordan al jugador que posteriormente dominaría su deporte. Algunos gestos estaban ahí, como la lengua o el arremangarse las calzonas al encarar a un rival en defensa, el *double pump* o rectificado, la finalización alrededor del aro. Pero en su primera temporada en un entorno verdaderamente competitivo, el juego de Jordan sufría de unas limitaciones alarmantes, sobre todo con el balón; botarlo más de una vez era meterse en problemas, y en el juego de pases de North Carolina era un defecto insoslayable. Su área de juego estaba definida claramente: el lateral desde la esquina hasta la prolongación del tiro libre, a ser posible en el lado débil, y nunca en la cabeza de la zona. En defensa presionaba las líneas de pase y era rápido en el robo, pero con frecuencia no lograba mantener la concentración y perdía su posición y la referencia de su par. Durante muchos minutos, Michael Jordan vagaba por la pista sin influir en el juego ni dejar recuerdo en el espectador.

No en todos los minutos. Eran sus limitaciones, pero enfrente estaba todo

lo que Jordan aportaba al equipo desde el mismo momento de su debut. Sus virtudes no son más fáciles de reconocer, más allá de los vuelos para el mate o la bandeja ya mencionados, pero estaban ahí. Michael Jordan se reveló como un muy buen reboteador, y especialmente como un gran reboteador ofensivo. Su tiro desde el lateral era un tanto irregular y de mecánica lenta, pero martilleaba al rival cuando intentaba cerrarse en una zona alrededor de Worthy y Perkins. En defensa era una preocupación constante para el rival, amenazando permanentemente con el robo o el tapón gracias a su rapidez y su salto. Pero, sobre todo, era el único jugador de la plantilla, además de Worthy, capaz de crearse sus propias canastas. Sam Perkins podía presumir de una muy buena mano, pero se encontraba mucho más cómodo finalizando que creando, mientras que Black, Braddock y Doherty se centraban más en apoyar al equipo que en la aportación individual. James Worthy había dado el salto al estrellato y era quien se echaba el equipo a las espaldas noche tras noche y lo llevaba a la victoria. Pero eso también lo sabían los rivales, y en los momentos decisivos lo rodeaban de un cinturón de defensores para intentar que no le llegara el balón. Lo cual no era precisamente una sorpresa para los Tar Heels.

Durante años, Dean Smith había sido criticado por no lograr que el éxito de su programa se tradujera en campeonatos. La opinión cada vez más generalizada era que su estilo de juego rígido y reglamentado garantizaba un buen número de victorias, pero se convertía en un obstáculo al llegar a los partidos de máxima exigencia. En esos momentos, los rivales veían facilitada su tarea al poder predecir las opciones que tomaría el equipo y centrarse en defenderlas eficazmente. Dean Smith rechazaba públicamente las críticas, y sostenía que el éxito de un programa como el suyo no se podía medir por el resultado de un puñado de partidos finales. Además, ya había ganado un campeonato (como jugador, algo poco conocido entonces) y afirmaba no sentir esa supuesta presión. Al menos la plantilla sí que la sentía: bajo el liderazgo de Jimmy Black, auténtico corazón del equipo, el vestuario hizo suya la tarea de redimir a su entrenador de una injusta etiqueta de perdedor, y durante la temporada su grito de guerra sería “¡uno, dos, tres, TREINTA!” para recordar que cuando llegara el día 30 de marzo serían campeones. En realidad, el propio Dean Smith había terminado por escuchar a sus críticos, aunque no le gustara. El año anterior había invitado a un amigo suyo a ver sus

entrenamientos y ofrecer una opinión externa, y el veredicto había sido que efectivamente el equipo jugaba de manera demasiado predecible. Semanas después, North Carolina eliminó contra pronóstico a Virginia en la Final Four de 1981, y su entrenador tuvo que reconocer que Dean Smith le había pillado totalmente por sorpresa al abandonar los esquemas y dar libertad ofensiva a Al Wood. Algo parecido se esperaba de Michael Jordan y de su capacidad aún embrionaria de finalizar las jugadas de maneras diferentes. En los momentos apurados, Jordan optaría por salirse de los esquemas y entrar desde las alas, bien por la línea de fondo o bien hacia el corazón de la zona, y resolver confiando en su superioridad atlética, levantándose por encima de defensores menos dotados o aguantando con el *double pump*, una especie de rectificador que se convertiría en uno de sus recursos más típicos.

Dean Smith decidió no jugar amistosos de pretemporada, y eso sólo sirvió para aumentar la expectación por ver a Michael Jordan. La agencia Associated Press también había elegido a North Carolina como gran favorita para la victoria, y eso significaba que Jordan debía de ser muy especial para haber sido designado como titular siendo *freshman*. Algunos comentaristas como Al McGuire eran un tanto escépticos, subrayando la dificultad de alcanzar el campeonato con un novato como titular, y otros muchos no sabían exactamente qué esperar. Se hablaba de que iba a ser el nuevo David Thompson o Walter Davis, pero esas comparaciones sólo hacían referencia a su origen geográfico y no a un juego que pocos habían visto. Jordan debutó el 28 de noviembre de 1981 en el Charlotte Coliseum contra Kansas, precisamente la antigua universidad de Dean Smith. Se le veía nervioso, sin encontrar su sitio. Falló su primer tiro, una suspensión desde el mismo lugar que la canasta famosa en la final contra Georgetown, y luego anotó la primera canasta de North Carolina en la temporada después de remontar la línea de fondo. En el primer minuto capturó un rebote, corrió el contraataque y dio un pase picado para que Worthy encestrara un mate espectacular. La jugada fue anulada por personal del defensor, pero Jordan fue recorriendo la pista animando a los compañeros. Estaba excitado, y el equipo buscó jugar con el nuevo en los primeros minutos. Kansas no tenía un gran equipo, y se encerró en una zona numantina que resistió tenazmente hasta desmoronarse a mitad de la segunda parte. Michael Jordan anotó 12 puntos y dejó una buena impresión, aunque falló varios

lanzamientos exteriores. Fueron escasos los destellos del jugador que sería en el futuro, pero estaban ahí: un palmeo entrando al rebote demostrando su coordinación y capacidad de salto; una penetración interrumpida para frenarse en un palmo de terreno, librarse del defensor y anotar la suspensión; una entrada cerca del final del partido, en la que un estallido de velocidad lo llevó desde medio campo hasta el aro y sólo lograron frenar en falta. “Cuando llegué, pensaba que todos eran superestrellas y que yo sería el último mono. Después del primer partido me di cuenta de que era tan bueno como los demás.”

Dos días después, contra la universidad de South Carolina de Wayne Carlander, Michael Jordan realizó su primer mate en la liga universitaria. Sumó de nuevo 12 puntos en otro partido de anotación muy repartida y colaboró de manera decisiva en el arreón final que terminó rompiendo el partido en la segunda parte. Ya en esos partidos se iba viendo lo que serían las líneas generales que marcarían la temporada del equipo: anotación muy baja, la más baja de la carrera de Dean Smith, pero muy repartida y con altos porcentajes de acierto; gran defensa y ventajas en el marcador cortas pero imposibles de remontar. Eso hacía aún más destacable el hecho de que el novato pudiera anotar cómodamente en doubles dígitos cada partido. En la práctica, el gran debut de Jordan se produjo el 3 de diciembre, cuando por fin jugaron su primer partido en casa. El público de Chapel Hill estaba deseando ver por fin jugar a ese equipo del que tanto se esperaba, y muy especialmente al *freshman* que tan buena imagen había dado por televisión. Y Michael Jordan se convirtió en la gran estrella del partido contra Tulsa, anotando 22 puntos con una serie de 11/15 en tiros de campo (además de 5 rebotes, 3 asistencias y 4 robos) y provocando el entusiasmo de los espectadores con varias jugadas espectaculares. Después de Navidad llegó la primera gran prueba de la temporada, el partido contra la Universidad de Kentucky de Mel Turpin. Aunque Kentucky había sufrido la baja por lesión de Sam Bowie (sorpresa), era un buen equipo que ocupaba el puesto n° 2 en los rankings, justo detrás de North Carolina, y el enfrentamiento entre ambos serviría para comprobar cuál presentaba las aspiraciones más sólidas. Después de una primera parte igualada en la que James Worthy mantuvo a su equipo por delante, los Tar Heels rompieron el partido tras el descanso con tres canastas

casi consecutivas de Jordan y terminaron barriendo al rival por 82-69. A pesar de que tuvo un comienzo pésimo en el tiro, Michael terminó con 21 puntos y 5 rebotes. Los Tar Heels sólo perdieron dos partidos en toda la temporada y apenas pasaron apuros en otros tantos. La imagen de fortaleza del equipo era incluso mayor de lo que indican los números, ya que en realidad sólo Virginia (el otro gallito de la ACC) les había plantado cara: una gripe provocó la baja de Perkins en la derrota contra Wake Forest, y Clemson hizo su mejor partido del año; North Carolina batió cómodamente a esos rivales en los partidos de vuelta.

Las tendencias apuntadas en los primeros partidos se fueron confirmando a lo largo de la temporada. El equipo conseguía las victorias en defensa, y en ataque aprovechaba la inexistencia del reloj de posesión para buscar pacientemente el pase interior que ofreciera las mejores opciones de canasta. Los rivales se encerraban en la zona y los desafiaban a batirlos mediante tiros exteriores, y el resultado más habitual era un partido lento, elaborado, de marcador bajo y ventajas cortas pero controlado en todo momento por los Tar Heels con un James Worthy espectacular y un Jimmy Black totalmente centrado. En el plano individual, Michael Jordan había sido elegido mejor debutante de la ACC después de una magnífica temporada. En una época con menos cobertura televisiva que la actual, corrían de boca en boca historias sobre las jugadas que el amigo de un primo le había visto hacer en un entrenamiento o en una pachanga. Se lo comparaba con Phil Ford por su precocidad, y se hablaba ya de que el sistema rígidamente estructurado de Dean Smith estaba limitando su desarrollo, otra crítica que tampoco era nueva (los ojeadores profesionales se habían quejado en el pasado que el reparto de responsabilidades en los equipos de Smith hacía difícil identificar a las auténticas estrellas o descartar a los jugadores más limitados). “Hace de todo”, declaraba Jimmy Black, “anota, defiende, lidera al equipo, rebotea, tapon. ¿Qué más se le puede pedir?” Por contra, había otras opiniones menos favorables. El propio Ford llamó a su antiguo entrenador para preguntarle en broma si estaba siendo chantajeado para mantener de titular un escolta cuyo tiro era tan irregular, cuando precisamente lo que necesitaba el equipo era anotación desde el perímetro. Y no era el único, especialmente porque Jordan pasó un cierto bache en su acierto en el tiro durante el tramo final de la

temporada. “Las defensas han cambiado. Antes los rivales me concedían el tiro en suspensión contra la zona, pero ahora me salen en cuanto toco el balón. No tengo tanto tiempo para armar el tiro.” Intentó resolverlo mediante un truco usado por Walter Davis, que consistía en quedarse después de los entrenamientos hasta conseguir anotar el número de lanzamientos en suspensión correspondiente al año, 82 en este caso.

Otro inconveniente añadido fue la amigdalitis contraída en el momento más inconveniente. La competición universitaria se dividía en dos partes, primero una fase regular y luego los torneos de postemporada. En la fase regular los equipos se enfrentaban a ida y vuelta contra sus rivales de conferencia (en este caso, la Atlantic Coast Conference o ACC), y contra otros equipos según dispusieran. Luego, los equipos mejor clasificados de la ACC jugaban ese torneo, y finalmente se disputaba el torneo de la NCAA a nivel nacional. Los médicos recomendaban extirpar las amígdalas mediante una operación menor que lo tendría de baja sólo unos días, pero esos días coincidían con las primeras rondas del torneo final de la ACC. Jordan decidió que las amígdalas tendrían que esperar.

Y menos mal, porque sin él las cosas podrían haberse complicado tontamente para North Carolina en la primera ronda contra Georgia Tech, un partido espeso de ínfima calidad en el que ninguno de los equipos dio una a derechas y que Jordan sentenció con sus 18 puntos. En semifinales vencieron con facilidad a la North Carolina State de Chuck Nevitt, y se plantaron así en la final contra sus archienemigos de Virginia. El equipo de los Cavaliers, que así se apodaban, se había convertido en el mayor rival de los Tar Heels en la lucha por la supremacía en la ACC gracias a la presencia de Ralph Sampson. Con sus 2,24 de estatura y su gran movilidad, Sampson era uno de los jugadores más determinantes del baloncesto universitario del momento, y el único por el que Dean Smith cambiaba su defensa. Además, una de las pocas carencias de North Carolina era la falta de altura, así que provocaba serios desequilibrios defensivos en sus enfrentamientos. Durante la liga regular, los Tar Heels habían conseguido remontar en el último momento un partido muy complicado en casa (en el que Smith había tomado el micrófono para pedirle al público que recuperara la compostura), y luego habían sido derrotados con claridad en Virginia. Con ambos equipos ocupando los puestos números 1 y 2

del ranquin nacional y con la elección conjunta de Worthy y Sampson como “mejor jugador universitario del año”, muchos anticipaban la final de la ACC como una especie de final universitaria no oficial, en la que se enfrentarían los dos mejores equipos del país.

El partido respondió a la expectación, aunque más en términos de emoción que de buen juego. En un extraño gesto premonitorio, Sampson se lanzó a taponar los lanzamientos de los rivales aunque varios de sus taponos fueran considerados ilegales y se concediera la canasta. James Worthy tuvo un arranque espectacular y puso a su equipo cómodamente por delante, pero los Cavaliers remontaron de la mano de Ralph Sampson hasta terminar la primera parte sólo 3 puntos abajo, a pesar de la ausencia por lesión de su segundo mejor jugador. Las posesiones se alargaban y el ritmo se volvía más espeso conforme los Tar Heels buscaban mantener su ventaja, pero Virginia consiguió ponerse por delante. Michael Jordan había hecho una mala primera mitad, en parte debido a su tendencia a cargarse de faltas, y apenas llevaba dos puntos, pero en el momento decisivo tomó el mando del partido. Su equipo llevaba una sola canasta en casi diez minutos e iba tres puntos por detrás en el marcador cuando Jordan anotó dos tiros exteriores consecutivos, seguidos de otras dos suspensiones en rectificado. En un momento había sumado ocho de los diez puntos que llevaba su equipo en la segunda parte, y Matt Doherty anotó tres de cuatro tiros libres finales para alzarse con el campeonato de la ACC.

Michael Jordan había jugado su primera final, había identificado el momento decisivo del partido y se había hecho con el control. Acababa de decidir el primer título de su carrera, aunque pocos prestaron atención a ese hecho: Dean Smith había ordenado que su equipo congelara el juego durante los últimos 7:45 de partido, optando por las “cuatro esquinas” en lugar de buscar canasta. Virginia sólo llevaba una personal de equipo, y su entrenador decidió de manera un tanto sorprendente mantener la defensa atrás y no presionar la circulación exterior. El resultado fueron minutos y minutos de pases en medio campo, mientras los espectadores abucheaban desde la grada y los comentaristas televisivos no sabían qué decir. La táctica del entrenador Smith de congelar el balón en caso de ventaja ya había sido criticada en el pasado, pero el convencimiento de que una repetición de semejante

espectáculo causaría un daño irreparable al baloncesto universitario llevó a la adopción inmediata de medidas correctoras. A mediados de esa misma temporada, la NCAA había remitido una circular a sus miembros pidiendo su opinión sobre la posibilidad de introducir el uso del reloj de posesión y la línea de tres puntos, y la respuesta fue negativa por amplia mayoría. Después de la final, el teléfono del responsable de reglamentos de la NCAA sonó ininterrumpidamente durante tres días y la ACC aprobó urgentemente ambas medidas, con el voto favorable del propio Dean Smith, a quien no daba miedo experimentar.

Nada de eso preocupaba a los jugadores de North Carolina, que disfrutaron de su victoria sin preocuparse de lo que pensarán los demás. Sin embargo, Jimmy Black puso rápido fin a la euforia. Aún no habían ganado nada, la universidad acumulaba muchos trofeos como ese en sus vitrinas y su auténtico objetivo era otro. No había margen de error en eliminatorias a partido único y la confianza podía ser fatal. Era el rol de Black, y así por ejemplo había convocado una reunión de jugadores después de perder en Virginia para que cada miembro de la plantilla admitiera un fallo y se comprometiera a resolverlo. La combinación de la cerradura del vestuario seguía siendo 1-2-3-30. “¡No hemos terminado!”

La primera en la frente. North Carolina estaba clasificada directamente para segunda ronda de los *playoffs* regionales que daban acceso a la Final Four de la NCAA, aunque Dean Smith hubiese preferido una primera ronda facilitada para ir calentando. Con razón, ya que los Tar Heels estuvieron a punto de verse sorprendidos por los “Dukes” de James Madison con Linton Townes. James Madison era una pequeña universidad con jugadores poco destacados, pero con reputación de “matagigantes”. Durante todo el partido tuvieron contra las cuerdas a North Carolina hasta que unos tiros libres de James Worthy les concedieron la victoria por un apurado 52-50. “No nos los tomamos en serio”, reconocería Worthy. “Se merecieron la victoria, porque nos tenían controlados.” Pasado el susto, vencieron a Alabama en semifinales y luego ganaron cómodamente la final regional contra la Villanova de John Pinone. Cuando los jugadores subieron a cortar las redes de las canastas, como es habitual después de ganar un campeonato, uno de ellos permaneció en el suelo. Desde el parqué, James Worthy levantó la vista hacia sus compañeros: “Ésas

no son las redes que quiero”.

Por fin, el 30 de marzo. La fase final se jugó en el mastodónico Superdome de Nueva Orleans, un enorme estadio de fútbol americano en cuyo centro se había instalado la cancha de baloncesto (entre los jugadores circuló el chiste de que el equipo con mejor fondo físico sería el campeón, debido a la distancia entre los vestuarios y la pista). Suponía la séptima Final Four de Dean Smith, y eventualmente su tercer partido final, pero era la primera vez en la que acudía como favorito. La semifinal contra los Houston Cougars de Clyde Drexler reforzó esa opinión, aunque el marcador final fuera un engañoso 68-63. En realidad, Drexler hizo un partido discreto en su primer encuentro con Michael Jordan, y aunque hizo sus números no puso en peligro la victoria. El otro puntal de Houston, el alero Michael Young, estuvo desconocido, y los Tar Heels tomaron una cómoda ventaja inicial de 14-0 que ya no cedieron con un magnífico Sam Perkins. La aparición desde el banquillo de un prometedor *freshman* llamado Olajuwon junto con la aportación de Larry Micheaux hizo reaccionar a su equipo, pero sólo sirvieron para dejar un resultado final honroso. Por el otro lado del cuadro, una pequeña universidad (Alabama-Birmingham) dio la campanada al eliminar sucesivamente a Indiana y Virginia. Sin los favoritos, los Georgetown Hoyas aprovecharon la oportunidad tras derrotar a Louisville en semifinales. Los Hoyas podían no ser los finalistas anticipados, pero daban sobradamente el nivel. La característica más destacada del equipo de Georgetown era una notable presencia física encarnada en el pívot Patrick Ewing. Su juego buscaba abrumar a los rivales mediante una presión constante en todas las áreas del campo, aprovechando la velocidad de sus jugadores de perímetro. Incluso su entrenador, “Big John” Thompson, había sido pívot suplente de Bill Russell en los Celtics campeones (después de ser descartado con polémica para la selección olímpica de 1964), y se decía que usaba su casi 2,10 de estatura para intimidar a los árbitros. Por si fuera poco, Thompson era un muy buen entrenador, y había sido asistente de Dean Smith en la selección olímpica de 1976. North Carolina apostaba por su mejor circulación de balón y la velocidad de sus hombres altos, pero nadie esperaba una victoria fácil.

El comienzo del partido es uno de los más recordados en la historia del baloncesto colegial: cumpliendo la orden de no dejar pasar ningún tiro, Pat

Ewing se lanzó a por el balón como una pantera. En los primeros minutos tapó todos los lanzamientos de los rivales, sin prestar atención a si se encontraban en trayectoria ascendente o descendente, o si habían tocado tablero. Los árbitros le señalizaban tapón ilegal una y otra vez, y de hecho las cuatro primeras canastas de North Carolina vinieron de cuatro tapones ilegales, mientras Ewing se volvía hacia su banquillo no se sabe si buscando apoyo ante el acoso arbitral o queriendo confirmar que efectivamente estaba haciendo lo que le había ordenado John Thompson. Esa táctica desconcertó incluso a los comentaristas de televisión, pero sobre todo sembró de dudas a los atacantes. A pesar de que los puntos habían subido al marcador, la presencia de Ewing provocó tal inseguridad que el propio Jordan fue incapaz de levantar un balón fácil debajo del aro. El único jugador que mantuvo la compostura fue el incombustible James Worthy, que atacó el aro una y otra vez frente a la amenaza del inmenso pívot rival. A pesar de sus 18 puntos, la estrategia de Georgetown fue un éxito y les permitió llegar por delante al descanso (32-31). Ninguno de sus compañeros había apoyado a Worthy, y sólo la tradicional fortaleza mental de los equipos de Dean Smith había evitado males mayores ante el acoso de Ewing y del base Eric “Sleepy” Floyd.

Michael Jordan empezó la segunda parte mucho más activo. No siempre acertado (uno de sus primeros tiros se quedó cortísimo), pero con una mayor participación en ambos lados de la pista. Anotó una suspensión y dos tiros libres, y luego forzó una pérdida de balón del rival. Voló hasta el aro para meter una canasta espectacular reboteando el fallo de Black y poner a su equipo con tres puntos de ventaja. Georgetown volvió a remontar, y el partido se mantuvo con ventajas mínimas. La fatiga empezó a hacer acto de presencia ya que Dean Smith sólo confiaba a los suplentes unos pocos segundos de juego, pero aun así North Carolina apostó por el juego en transición para intentar recuperar la delantera a base de mates de James Worthy. Conforme el partido se acercaba a su recta final, Michael Jordan iba teniendo una presencia cada vez mayor en el juego. Ya era el máximo reboteador, y a pesar de no estar considerado como un gran defensor su velocidad lo estaba convirtiendo en una amenaza para las líneas de pase; si en la primera parte Ewing había provocado la inseguridad en los tiros rivales, en la segunda Jordan y sus compañeros hicieron vacilar a los jugadores exteriores de Georgetown

robando algunos pases y llegando a tocar muchos más. El enésimo rebote ofensivo de Jordan provocó un mate de Worthy, y en la jugada siguiente robó el balón y dio la asistencia en contraataque para otro más, poniendo a North Carolina otra vez por delante en el marcador y provocando el tiempo muerto de un John Thompson que amenazaba con comerse a los árbitros. Dean Smith ordenó las “cuatro esquinas” para proteger su ventaja y descansar a los jugadores, algo que no entusiasmó al público hasta que Michael Jordan la remató con su mejor jugada del partido: a falta de tres minutos y medio recibió el balón pegado a la banda, a la altura del tiro libre, y con uno de esos estallidos de velocidad que empezaba a mostrar se escapó de su defensor, marcó dos botes agresivos y delante de Pat Ewing dejó una bandeja tan alta que Roy Williams llegó a temer que se perdiera por encima del tablero. Para Dean Smith, ése fue el auténtico *the shot* en el partido por delante de la canasta final, en parte porque Jordan la anotó con la mano izquierda. “No sé por qué hice una bandeja con la izquierda, odiaba usar la izquierda. Mi mano izquierda era la parte más floja de mi juego, pero la usé en ese momento. No podía creerlo. Le dio la vuelta al partido.” Si en la final del torneo de la ACC Jordan identificó por primera vez el momento decisivo y tomó el control, la final de la NCAA Jordan manifestó su capacidad para finalizar la jugada con la mejor opción posible, incluso si suponía emplear un recurso poco frecuente y tomar esa decisión en el último momento. En palabras de algunos aficionados, cuando empezó la penetración era aún “Mike”, pero cuando el balón pasó por el aro ya era “Michael”.

A pesar de ir otra vez tres puntos abajo, Georgetown no iba a ceder. Una canasta de Ewing y un rectificando de “Sleepy” Floyd volvieron a ponerlos por delante, y North Carolina pidió tiempo muerto a falta de 35 segundos. Con otro entrenador hubiera sido rutinario pedir tiempo para organizar la última jugada, pero Dean Smith era famoso por atesorarlos y sólo hizo la señal después de decidir que no le gustaba la disposición del equipo en ataque. Smith creía firmemente que el baloncesto universitario permitía un grado especialmente alto de control del partido por parte de los entrenadores, debido a normas tales como la inexistencia del reloj de posesión o el 1 + 1 en tiros libres si la personal no se producía en acción de tiro. Mientras la desventaja no alcanzara los dobles dígitos, un entrenador que hubiera conservado sus tiempos muertos

aún tenía una oportunidad de remontar (el caso más famoso se produjo en 1974, cuando remontó a Duke 8 puntos en 17 segundos y ganaron en la prórroga). Uno de los ejercicios en los entrenamientos consistía en definir escenarios en los que el equipo se encontraba por debajo en el marcador en los últimos minutos, y debía remontar ejecutando al pie de la letra las instrucciones que le daba el entrenador. “Aquí es donde queremos estar. Esto es lo que queremos. Prefiero estar en nuestra situación que en la de ellos. Somos los que vamos a decidir quién gana el partido.” No era más que una aplicación de su filosofía, según la cual el futuro dependía de ellos mismos. En tu mano estaba ser titular, portada de *Sports Illustrated*, campeón. “El plan era en primer lugar que James se metiera al poste y que Sam cortara por detrás de él”, recordaría Dean Smith. “Sabía que a John Thompson le gustaban mucho esos dos jugadores, en especial Worthy. No dejaría que ninguno de ellos los derrotara. Así que sabía que James no iba a poder recibir, pero pensaba que Sam podría tener un tiro fácil.” Ordenó la jugada número 2, corte desde el lado débil de Worthy seguido de Perkins. Si ninguno de ellos podía recibir... “Podíamos buscar a Jimmy Black, o a Doherty, o a mí”, en palabras de Jordan. Las dos claves eran que tirara el primero que tuviera tiro, y cargar el rebote. Un ataque rápido, para que en caso de fallo aún se pudiera hacer personal y recuperar el balón. “Si te llega, Michael, métela.”

“Cuando saqué de banda faltando 32 segundos, mi primera idea era buscar a James o Sam”, escribiría Jimmy Black en su libro. “James cortó por la zona, con Sam detrás. Lo busqué, pero nada. Georgetown no dejaba espacios, con Ewing y su enorme cuerpo teniendo tanta presencia en el centro de su defensa en zona 1-3-1. Tendríamos que hacer algo distinto.” El balón circulaba entre Black, Doherty y Jordan, buscando un pase interior que no llegaba mientras Dean Smith se impacientaba. “Hice un bote rápido a la izquierda, amagando con la penetración, y la zona se cerró un poco hacia mí. Eso era lo que necesitaba. Lancé un pase picado a Michael en el lado izquierdo, a unos cinco metros de la canasta. Realizó el lanzamiento inmediatamente, sin dudar.” Después del partido, Worthy comentó que estaba bien colocado para el rebote y que la hubiera palmeado en caso de fallo; Dean Smith, en cambio, señaló que los pivots de Georgetown se cerraron tanto sobre él que dejaron libre a Perkins en el lado débil. Jordan ha declarado después que había soñado con

ese tiro pero no quiso ni mirar para ver si entraba, aunque las imágenes sugieren lo contrario. “Nadie podría quitarme eso. Estuve en esa situación, y respondí. Ahora, cuando me veo en una situación parecida, no sopeso los pros y los contras y espero que pesen más los aspectos positivos. Simplemente, retrocedo a mis éxitos pasados, doy un paso al frente y respondo.”

Pero en aquel momento, sus pensamientos eran otros: “Aún quedaban ocho o diez segundos. Tenía que bajar a defender”. Aunque John Thompson no había podido guardar tantos tiempos muertos como su rival, todavía le quedaba el último. Sin embargo, el entrenador de Georgetown prefirió no darle a North Carolina la oportunidad de montar su defensa, e intentó aprovechar que Worthy se había retrasado. “Bajé a defender todo lo rápido que pude porque sabía que Patrick Ewing se metería al poste, pero de repente vi a Ed Spriggs, el otro pívot de Georgetown, a mi derecha. Y Ewing estaba justo delante de mí. ¿Cómo se suponía que iba a defenderlos a los dos? ¿Cómo los bloquearía en un rebote?”, declaró Sam Perkins después del partido. “No sabía qué iba a hacer.” El mayor peligro lo representaba “Sleepy” Floyd, que era muy capaz de repetir la penetración con la que había anotado su última canasta. El escolta Fred Brown tenía el balón, e intentaba buscar a Floyd o Ewing frente a la defensa de Jordan. “Dejé de botar y ése fue mi error. Debería haber pedido tiempo muerto.” En opinión de Jimmy Black, el mérito de la jugada defensiva tenía un responsable: “Jordan hizo una jugada tan sutil que nadie la comentó después del partido. Michael dio un paso rápido a la izquierda. Fue parte de una serie de buenas defensas por parte de Michael y fue la primera vez en su carrera universitaria que nuestros entrenadores le concedieron el título de “mejor defensor del partido”. Con ese pasito de Michael, a Brown se le cerraron de golpe las líneas de pase y le entró el pánico.” Al dejar de botar, Brown había amagado el pase en corto, y Worthy se interpuso; intentó buscar a “Sleepy” Floyd junto a la línea de fondo, pero Jordan lo estaba tapando. Ambos defensores habían aprovechado su velocidad para robar varios balones en los últimos minutos, y Brown intentó asegurar. “Todos estaban tapados, así que intenté pasársela a Eric Smith. Pero no era él.” Posteriormente algunos especularían con que era el primer partido que Georgetown jugaba con camiseta oscura, y eso pudo contribuir a la confusión. En cualquier caso, Brown le entregó el balón a James Worthy, situado apenas a

un par de metros, y no pudieron frenarlo en falta hasta que quedaban dos segundos. Se acabaron las esperanzas de Georgetown, a pesar de que Worthy falló los tiros libres. En medio de la pista, el entrenador de North Carolina se fundía en un abrazo de lágrimas con Jimmy Black, para quien reclamaba el último pedazo de red. En el vestuario, Dean Smith sorprendió al senior Jeb Barlow al disculparse por no haber podido sacarlo a jugar en el que era su último partido. “Al séptimo intento, Dean Smith creó al equipo campeón”, titularía el periódico universitario.

Para Michael Jordan la final de la NCAA fue el siguiente eslabón de una cadena que había empezado compitiendo con su hermano en el patio de su casa, y había seguido en el instituto y hasta llegar una universidad de primer nivel. “Lo vas haciendo a menor escala hasta llegar al último partido de la final de la NBA. Lo haces en la liga infantil cuando tu equipo necesita un *home run* y la sacas del parqué. Después en el instituto necesitas una canasta para ganar el torneo de navidad y pum, ahí está. Después llegas a la universidad. En cada nivel, la confianza se va volviendo más y más fuerte, hasta que llegas al nivel más alto, donde estoy ahora, y piensas ‘Pasadme el balón. Yo lo tiro. No hay problema’.”

Sus compañeros no lo veían así. “Ganamos de un punto, y yo anoté un punto,” explicaba el suplente Chris Brust. “Sin mí aún estaríamos jugando prórrogas.” Matt Doherty iba más lejos: “Yo estaba solo en la línea de tiros libres, y fíjate, si me hubiera pasado el balón, yo habría metido la canasta y ahora todo el mundo hablaría de ‘Air’ Doherty”.

Chapel Hill, 1982

Nunca había visto una mejora como ésta en un jugador.

En el verano de 1982, ABAUSA (la entidad responsable de la gestión de las selecciones estadounidenses de baloncesto) apenas podía dar abasto. Además de la selección nacional que podríamos denominar *senior*, es decir, que acudía a competiciones oficiales, dicho organismo también se ocupaba de una serie de equipos que asistían a diferentes torneos internacionales. Esos equipos, denominados *Select Teams* para diferenciarlos, tenían una naturaleza semioficial, ya que eran seleccionados por ABAUSA pero sólo acudían a torneos amistosos normalmente por invitación.

En 1982 había no menos de tres equipos (masculinos, más otros tantos femeninos) circulando por el globo casi simultáneamente. Estaba la selección nacional que iba a acudir al Mundial oficial de la FIBA en Colombia; también se había enviado a un equipo para participar en la Copa William R. Jones en Taiwán; finalmente, un tercero había sido invitado a los actos en conmemoración del 50 aniversario de la FIBA para jugar contra una selección europea. Además, los calendarios respectivos no se limitaban a esos partidos, sino que antes del Mundial la selección iba a participar en un cuadrangular en la Feria Mundial de Knoxville, el equipo de la Copa William Jones acudiría después a un torneo en Seúl, y el combinado que se enfrentaría a la selección europea jugaría después contra Yugoslavia. Como se puede imaginar, no era fácil encontrar jugadores suficientes para todos esos partidos, especialmente porque muchas estrellas universitarias no tenían interés en acudir a torneos no demasiado prestigiosos. El entrenador C.M. Newton de Vanderbilt iba a dirigir al equipo que viajaría a Europa, del que formaban parte algunos jugadores que acudirían al Mundial, como Jeff Turner o Earl Jones, que jugó en el Joventut años después. Sus mayores estrellas eran, sin embargo, Michael Jordan de North Carolina y David Russell de St. John's.

Si “Buzz” Peterson había representado lo que Jordan quería llegar a ser, se puede decir que Russell representaba lo fácil que era que un jugador así terminara encasillado. David Russell, que curiosamente había nacido en Carolina del Norte pero se había criado en Nueva York, era un muy buen jugador que como segundo espada de Chris Mullin convertía a su universidad en número uno del ranquin, pero sus limitaciones le impedirían dar el salto a la NBA. Al igual que Jordan, se trataba de un alero de dos metros dotado de una capacidad atlética sobresaliente que lo convertía en un gran finalizador alrededor del aro; pero a diferencia de Jordan, no consiguió desarrollar un tiro exterior fiable ni un manejo de balón que le permitiera jugar en el perímetro. Exhibió su calidad en Estudiantes como uno de los primeros mitos de la ACB, pero sus intentos en las ligas de verano de los Knicks nunca fructificaron. Michael Jordan ya estaba por encima de Russell como jugador, pero el peligro de limitarse a un estilo de juego que no podría aplicar en profesionales era muy real.

La gira comenzó con dos partidos contra una selección europea entrenada por Antonio Díaz-Miguel y en la que participaron jugadores de primer nivel: Epi, Corbalán y De la Cruz de España, Dalipagic y Jerkov de Yugoslavia, Tkachenko y Myshkin de la URSS, Marzorati de Italia, Berkowitz de Israel y Kropilak de Checoslovaquia. La selección europea se apuntó dos victorias holgadas, la primera el 18 de junio en Ginebra por 111-92 y la segunda el 20 de junio en Budapest por 103-88. El desarrollo de los dos partidos fue similar, con un combinado estadounidense que ofreció su mejor cara en las primeras mitades pero que tras el descanso terminó viniéndose abajo (especialmente en el segundo encuentro, en el que llegaron a ir perdiendo por 26 puntos). Destacaron como anotadores Dalipagic, Myshkin, Berkowitz y Epi. Aunque Díaz-Miguel en *Mi Baloncesto* hace hincapié en la inexperiencia y poca coordinación del joven equipo americano, es probable que la carencia de pivots de calidad también les pasara factura. Russell y Jones aportaron anotación interior, pero el equipo no consiguió dominar el rebote ni tampoco frenar a Tkachenko, un defecto que también sufriría la selección mundialista un par de meses después. Michael Jordan fue el mejor jugador de su equipo en palabras de Díaz-Miguel, y obligó a buscar cambios de defensa que pudieran frenarlo. Aun así, anotó de manera consistente unos 20 puntos cada partido a

pesar de las constantes rotaciones, y mostró un tiro exterior muy mejorado. La primera experiencia de Jordan en su selección, y su primer viaje a Europa, se completaron con una gira por Yugoslavia, durante la cual se enfrentaron tres veces con esa selección nacional. Fueron partidos más competidos, en los que el equipo estadounidense logró dos victorias frente a una derrota, siempre con Jordan en sus números. Pero quizás el incidente más memorable se produjo en el primer encuentro, que ganaron por 92-90: un joven base de la universidad de Notre Dame recibió el último balón y anotó el tiro decisivo con total sangre fría. Se llamaba John Paxson, y hubo quien lo guardó en la memoria.

La mejora en el tiro exterior era sólo uno de los aspectos que Michael Jordan se esforzó en trabajar durante ese verano. Dean Smith no tenía intención de que su titularidad como *freshman* se quedara en simple anécdota, sino que debía suponer el primer paso hacia el estrellato. James Worthy había dejado el equipo para dar el salto a la NBA, así que quedaba disponible una plaza de estrella. Al terminar el curso anterior, el entrenador Smith había hecho que Jordan viera un montaje con errores defensivos cometidos durante la temporada. “Michael, ¿te das cuenta de lo bueno que podrías llegar a ser en defensa?” Como deberes para el verano le pusieron el tiro de tres (la ACC iba a experimentar con el triple a una distancia de sólo 5,80 metros), el bote con la mano izquierda y la defensa. Cuando volvió ese otoño, Dean Smith hizo una lista: “Defensa, confianza, rebote, posición, pase, manejo de balón”. Eran los aspectos del juego en los que mostraba una mejora significativa. “No estábamos preparados para el salto exponencial que dio.” Como todos los años, antes del comienzo de la pretemporada se jugaban esos tradicionales partidillos con antiguos jugadores del equipo, y ahí Michael Jordan mostró un marcado cambio de actitud. Esa tendencia de la temporada anterior a desaparecer durante fases enteras de juego había desaparecido por completo, y se había convertido en una presencia constante durante todos sus minutos en cancha. Jordan dominó los partidos de cabo a rabo a pesar de que muchos de sus rivales venían de la NBA, y manifestaba una fe absoluta en sus posibilidades. Creía que podía ganar siempre, con independencia de quién tuviera delante, y con frecuencia así era. Billy Cunningham, una de las primeras estrellas de la universidad y entonces entrenador de los Philadelphia 76^{ers}, se atrevió a la herejía: “Va a ser el mejor jugador que haya pasado por

Carolina”. Dean Smith reaccionó inmediatamente: “¡No! ¡Hemos tenido muchos grandes jugadores, y Michael es uno de ellos, nada más!” Como postura pedagógica era impecable, pero no convenció a sus interlocutores y, posiblemente, ni siquiera al propio Smith.

La pretemporada empezaba todos los años con una serie de pruebas físicas generales, entre las que destacaba la carrera de 40 yardas. En su primera temporada en la universidad, Michael Jordan marcó un tiempo de 4:55. Era una buena marca, pero quedó tercero por detrás de James Worthy y de “Buzz” Peterson. Perder contra Worthy (siempre el más rápido, a pesar de su estatura) era una cosa, perder contra Peterson otra muy diferente. Durante todo el curso tuvo que soportar que su compañero de cuarto le recordara el resultado de la carrera cada vez que Jordan presumía de su éxito deportivo, y había llegado la hora de terminar con ello. El 15 de octubre de 1982, Michael Jordan mejoró su marca hasta un 4:39, la mejor del equipo. También había vuelto a crecer hasta alcanzar su altura definitiva de 1,98 m (oficial; descalzo es 1,95), y se podía ver en sus hombros que había añadido más de 5 kg de músculo. Pero fue en los ejercicios con balón en los que Jordan mostró el alcance real de su progreso, y también que se había convertido en la parte del baloncesto que más le llenaba, por encima incluso de los partidos. En su primer año, Roy Williams había pasado infinidad de horas con él haciendo ejercicios individuales, hasta que el jugador terminó harto. Era sin discusión el mejor de los *freshmen*, y su recompensa era más trabajo. Cuando Williams le exigió aún más esfuerzo, Jordan le respondió que estaba trabajando tanto como los demás (que evidentemente lo necesitaban más que él, aunque no lo dijera). “Pero Michael, eres tú el que ha dicho que quieres ser el mejor. Si quieres ser el mejor, tienes que trabajar más duro que todos los demás.” Jordan guardó silencio durante un momento. “Entrenador, lo he comprendido. Ya lo verá. Fíjese.” No volvió a plantearse ese problema, ni apareció en ningún momento del futuro.

En North Carolina Jordan desarrolló esa pasión por los entrenamientos que le acompañaría toda su carrera. Dean Smith organizaba su trabajo de manera meticulosa, ya que consideraba que durante ese tiempo los jugadores le pertenecían y por tanto era necesario aprovecharlo al máximo. Además de aspectos disciplinarios y morales, como sancionar a los compañeros y no al

jugador que recibiera una técnica, o la prohibición absoluta de usar palabrotas, Smith hacía hincapié en la planificación de cada momento y en su ejecución. Las normas, los conceptos y el programa de actividades debían ser explícitos, y se esperaba que todos los jugadores lo conocieran y lo siguieran al pie de la letra, no sólo para inculcar un sentido de la disciplina sino también para que fueran conscientes en todo momento del proceso del que formaban parte. Durante cada ejercicio había un *team manager* en la banda indicando cuántos minutos faltaban para cambiar al siguiente; sumado a los escenarios de finales de partido, servían para que los jugadores sintieran que el futuro no les guardaba ninguna sorpresa, que lo que iba a suceder ya había sido organizado y explicado por los entrenadores. Pero también había hueco para la espontaneidad de los jugadores, como el “ejercicio de explosividad”: un uno contra uno en el que el atacante recibía el balón a media pista y encaraba al defensor. Jordan adquirió la costumbre de ir a la pizarra al terminar los entrenamientos, y escribir una lista de rivales con el número de mates que le había clavado a cada uno.

Esta competitividad agresiva no era precisamente una novedad. Si este año el base Steve Hale se sorprendió al ver a la estrella del equipo tirarse por el suelo a pelear un balón suelto con un *freshman*, el año anterior había sido el veterano Jimmy Black el que se había sorprendido al encontrarse a un novato enzarzado en idéntica situación con un *senior*. Lo cierto era que en la primera temporada Michael Jordan iba a por todas igual que en la segunda, y muy probablemente igual que había disputado su primer balón con Larry años atrás. Dean Smith empezó a aprovechar ese rasgo de Jordan para motivarlo en los entrenamientos, poniendo sistemáticamente a Jordan a jugar con los suplentes contra los titulares como desafío. Pero esa competitividad parecía ir en aumento, y empezó a hacerse evidente en aspectos cotidianos alejados del baloncesto, como cualquier tipo de juego o competición. A finales del año 2007 un periodista le recordó a Jordan la anécdota de que en el año 1982 el entrenador Roy Williams le había ganado una partida al billar, lo que había provocado que el jugador abandonara el local de mala manera protestando de que la mesa no era reglamentaria; a pesar de haber transcurrido ya 25 años, Michael Jordan no pudo evitar repetir varias veces durante la entrevista que posteriormente había mejorado mucho y que había conseguido derrotar a

Williams varias veces jugando al billar. Uno de los incidentes más notables tuvo lugar durante una vulgar partida de Monopoly en su primer año: Peterson iba ganando y, cuando se hizo imposible remontar, Jordan tuvo un arranque de furia durante el cual revoleó el tablero, las fichas y el dinero de juguete por la habitación, y terminó marchándose de un portazo. Esa noche se quedó a dormir en el cuarto de su hermana Roslyn, ya que cuando se enfrió, la vergüenza no le permitió volver a la habitación que compartía con “Buzz” Peterson: “No era capaz ni de mirarle a la cara”.

North Carolina iba a necesitar toda la competitividad y capacidad de mejora de Michael Jordan. Aunque como vigentes campeones eran los grandes favoritos para la temporada 1982-83, el equipo había perdido su mejor jugada: “puño cuatro”, balón interior de Jimmy Black a James Worthy. El primero había completado sus cuatro años en universidad y el segundo había dado el salto a la NBA como número uno del *draft*, y no estaba del todo claro cómo se iba a sustituirlos. El puesto de base no planteaba en teoría demasiados problemas, con un Jim Braddock listo para saltar a la titularidad y “Buzz” Peterson asentado en el equipo, pero completar un juego interior de garantías era otro cantar. La gran incorporación al equipo de este año era Brad Daugherty, un pívot de calidad al que habían seguido desde que tenía 16 años y que permitiría por fin a los Tar Heels tener un “siete pies” que oponer a los Sampson, Olajuwon o Ewing; pero Daugherty estaba muy verde incluso para lo normal en un *freshman*, y procedía de un pequeño instituto con el que no se había enfrentado a rivales de entidad. Dean Smith temía que forzarlo a dar el salto directamente a la titularidad en una conferencia tan dura como la ACC podría ser contraproducente para un jugador cuya resistencia física y mental aún no se había puesto a prueba. De manera temporal se decidió apostar por el *smallball*, es decir, un quinteto titular pequeño formado por Braddock, Peterson, Jordan, Doherty y Perkins. Nominalmente, Matt Doherty sería el ala-pívot ya que era el alero más alto, pero en la práctica se contaba con la ayuda de Michael Jordan en el rebote y la anotación interior mientras se iba introduciendo a Brad Daugherty poco a poco.

Una temporada de transición suponía demasiados cambios para un equipo basado en la ejecución precisa del juego colectivo, especialmente cuando ya tenía que adaptarse al nuevo reloj de posesión (que para mayor confusión se

aplicaba sólo en los partidos de la ACC, y no contra otros equipos). Para colmo, Michael Jordan se rompió la muñeca izquierda en un entrenamiento a finales de octubre, y tuvo que llevar una escayola durante varias semanas. Los Tar Heels empezaron aún peor de lo que anticipaban las peores predicciones, y a punto estuvieron de encadenar tres derrotas consecutivas. El primer partido fue el 20 de noviembre en Springfield, nada menos que el “Tip Off Classic” a beneficio del Hall of Fame. El rival era la Universidad de St. John’s de Chris Mullin, que ofrecía el aliciente de ver el reencuentro de Jordan con David Russell (y con su futuro compañero Bill Wennington). Antes de comenzar, un periodista le dijo a Mullin que iban a empezar la temporada con un partido especialmente difícil. “Bueno, contestó el jugador, ellos también”. No le faltaba razón, y North Carolina pudo comprobarlo a lo largo de un partido muy competido, de ventajas mínimas y constantes alternancias, que no se decidió hasta la prórroga. Michael Jordan anotó 25 puntos y dejó algunas acciones memorables, como un robo de balón en medio campo a Chris Mullin culminado con un mate, pero sus fallos en el tiro libre (quizá como consecuencia de la escayola) fueron decisivos con un marcador tan ajustado. Fue Russell el que dominó la recta final del partido, primero con un espectacular costa a costa a falta de quince segundos que prácticamente forzó la prórroga, y luego anotando en el tiempo extra para darle la victoria a St. John’s por 78-66.

Una semana después salieron derrotados de Missouri, y a punto estuvieron de perder también en su debut en casa. A priori, la Universidad de Tulane de Paul Thompson no era rival peligroso, pero a falta de cuatro segundos North Carolina iba dos puntos abajo cuando le señalaron a Michael Jordan personal en ataque por empujar a su defensor. Dean Smith pidió tiempo muerto mientras los jugadores de Tulane se abrazaban celebrando la victoria. En palabras de Peterson: “El entrenador Smith sacó papel y lápiz. Me dijo: ‘Buzz, tú tienes que ir para allá; Michael, tú aquí; Matt (Doherty), tú allá.’ Dibujó un montón de líneas que iban para todas partes. Yo pensaba: ‘Vaya, entiendo lo que se supone que tengo que hacer yo, pero fíjate en todas esas líneas.’ Salimos del tiempo muerto y le pregunté a Matt: ‘¿Sabes qué es lo que se supone que tienes que hacer?’ Me dijo que sí, y yo pensé: ‘Bueno, si cada uno de nosotros sabe lo que tiene que hacer, supongo que lo conseguiremos.’ Lo único que recuerdo

es que yo me concentré en negarle el pase a mi defendido, y cuando sacaron el balón pasó sobre mi cabeza. Me di la vuelta, y ahí estaba Michael haciendo el tiro. Y pum, a la prórroga”. Doherty y Peterson negaron el pase, el saque de fondo quedó corto, Jordan robó el balón y anotó un tiro de siete metros a la media vuelta que forzó la prórroga. La primera, en realidad, porque aún necesitaron tres prórrogas para anotarse la victoria y evitar ponerse 0-3 en la temporada. Cuatro días después, North Carolina venció a LSU, pero para ello tuvo que remontar un parcial de 21-9 al descanso. “Es la mitad de partido más bochornosa que hemos hecho en mis 21 años al frente del equipo”, declaró Dean Smith.

“Nos acostumbramos a perder”, diría Jordan. “Lo odiaba. Empiezas a hacerte preguntas, como cuándo terminarán las derrotas.” Tenían problemas. Con suerte, algunos serían temporales, como las carencias del juego interior. Brad Daugherty estaba progresando a ojos vista, y a mitad de temporada era ya el pívot titular junto a Sam Perkins (con lo que “Buzz” Peterson volvió al banquillo). Otros eran más preocupantes, como el rendimiento en el puesto de base donde Jim Braddock no lograba hacer olvidar a su predecesor. El equipo no mostraba la fluidez en ataque ni la precisión que aportaba Jimmy Black, y sus problemas en la dirección hicieron que Braddock perdiera incluso la confianza en el tiro, que había sido una de sus grandes virtudes. Pero algunos defectos eran atribuibles directamente a Michael Jordan. La mejora exponencial de varios aspectos esenciales de su juego hacía olvidar que en realidad aún se encontraba muy por detrás de lo esperado en un jugador que era ya una de las estrellas de la liga universitaria. Es cierto que había dejado de ser un riesgo en la circulación de balón y que ahora se sentía tan cómodo en el perímetro que se produjo un cierto debate en los medios sobre si los pasos de salida que le señalaban eran una violación o sólo un producto de su velocidad, pero su capacidad de bote y pase no había alcanzado a sus compañeros de *backcourt* y le hacía cometer demasiadas personales en ataque. Una de sus grandes mejoras se había producido en defensa, y se hicieron habituales sus taponés en la ayuda y los robos de balón al base rival. Los entrenadores le concedieron una docena veces el título honorífico de “mejor defensor del partido”, pero su búsqueda constante del “dos contra uno” y del corte de las líneas de pase provocaba en ocasiones desequilibrios en su

propio equipo. Incluso su renovado tiro exterior tenía un aspecto negativo, ya que sumado a la introducción de la línea de tres, a su lesión inicial y a la notable repercusión de la canasta de la final del año anterior, trajo como resultado lo que el propio Jordan describiría como “enamoramamiento” del tiro de tres, extensible a todo el equipo.

Claro que no resultaba fácil hacer objeciones al juego ofensivo de Michael Jordan cuando estaba haciendo unos números impresionantes. Años después se puso de moda un chascarrillo molesto según el cual el único capaz de dejar a Jordan en menos de 20 puntos era Dean Smith, ya que su promedio de anotación oficial en esta temporada estuvo unas décimas por debajo de esa cifra. “Mucha gente me dice que Dean Smith me dejó en menos de 20 puntos por partido. Dean Smith me aportó el conocimiento que me permitiría anotar 37 puntos por partido [en la NBA], y eso es algo que la gente no entiende.” El propio entrenador iba más allá y negaba la mayor, señalando que las estadísticas oficiales no incluían los puntos extras de los triples y que con ellos el promedio quedaba algunas centésimas por encima de los veinte puntos. En cualquier caso, sus cifras de anotación servían para disimular las carencias del equipo y por tanto no resultaban fáciles de criticar. North Carolina encadenó una serie ininterrumpida de victorias durante los dos meses siguientes hasta volver al nº 1 del ranquin, un éxito algo engañoso debido a la poca entidad de algunos de sus oponentes. Mientras el equipo siguiera ganando pocos iban a prestar atención a las señales de alarma, como cuando necesitó de una actuación superlativa de Michael Jordan (27 puntos, siete en el último minuto) para vencer a un rival inferior como la pequeña Universidad de Tennessee–Chattanooga liderada por Gerald Wilkins.

La temporada de la ACC empezó con otra victoria apurada, un partido en casa contra Maryland decidido en la última jugada cuando el entrenador “Lefty” Driesell puso en cancha a su hijo para que se jugara el último tiro. “Chukie” Driesell, que no había jugado ni un minuto, intentó una bandeja que Michael Jordan taponó de manera espectacular con la ayuda de Sam Perkins. “Me parece bien que un padre tenga confianza en su hijo, pero tanta...”, comentó Smith tras el partido. North Carolina parecía haber enderezado el rumbo después de vencer con autoridad a Virginia y encadenar siete victorias en la ACC, pero los signos preocupantes no terminaban de desaparecer. En

casa contra la Georgia Tech de Mark Price no se pudo asegurar la victoria hasta el último minuto, a pesar de que los visitantes llegaban con la baja por lesión de John Salley, su gran bastión interior. Entonces llegó el partido de vuelta contra Virginia el 10 de febrero, quizás el punto más alto de la temporada.

Los Cavaliers aplicaron una buena defensa sobre Jordan y Perkins para terminar la primera parte igualados, y empezaron la segunda con un parcial de 11-0. A falta de nueve minutos Virginia dominaba en el marcador por 42-58 y el partido parecía decidido, pero una racha de 7-0 entre Jordan y un renacido Braddock volvió a meter a North Carolina en el partido. Virginia aún iba por delante 53-63, pero no volvería a anotar ni un punto. En el último minuto Michael Jordan decidió el partido, primero palmeando un triple fallado de Braddock y luego robando el balón al base Rick Carlisle para el mate que supuso el definitivo 64-63 y que provocó una vez más el delirio en la grada. Al día siguiente, Dean Smith lo llamó a su despacho y le reprendió por no haber asegurado la bandeja en vez de arriesgar con el mate; Jordan le respondió: “Entrenador, no tenía previsto fallar.” Fue una remontada épica de las que hacen afición, pero que también oscurecía el hecho primero de que Virginia había tomado una ventaja casi decisiva sin necesidad de una gran actuación de Ralph Sampson.

Las malas noticias no esperaron siquiera al final del partido. Un minuto antes del descanso Othell Wilson salió al contraataque, enfilando el aro defendido por “Buzz” Peterson y Steve Hale. Éste se plantó en la zona para forzar la falta en ataque, y Wilson intentó frenarse y tirar por encima del defensor evitando la personal. Esa hazaña atlética estaba fuera de sus posibilidades, más aún cuando Michael Jordan llegó por detrás y le colocó un espectacular tapón. El base de Virginia arrastró al defensor en su caída como si fueran bolos en una bolera, con tan mala fortuna que Steve Hale cayó sobre la pierna derecha de “Buzz” Peterson. Algunos aficionados recordarán una imagen parecida en la liga española, cuando Biriukov cayó encima de Romay con resultados similares. Peterson sufrió la rotura de los ligamentos de la rodilla, se perdió el resto de la temporada y virtualmente puso fin a su carrera como jugador. Con el tiempo, sin embargo, Michael Jordan llegó a pensar que el efecto más negativo de esta lesión en su amigo no había sido físico sino

mental. Durante sus dos primeras temporadas universitarias, la rivalidad con “Buzz” Peterson había sido uno de sus grandes alicientes para mejorar, igual que antes lo fuera con su hermano Larry. Pero incluso cuando “Buzz” se recuperó de su lesión, esa competitividad no volvió: “Te falta algo”, le dijo Jordan. “Siento que si te diera con el puño en el lugar donde está tu corazón, saldría por la espalda.” Es posible que fuera un miedo residual a volver a romperse, o quizás fuera la excusa ideal para aceptar de manera subconsciente que no podría alcanzar el nivel de Jordan, pero lo cierto es que Peterson estaba acabado como jugador relevante.

En cualquier caso, a la baja de “Buzz” Peterson hubo que sumar la lesión de Brad Daugherty, que se rompió un hueso del pie y tuvo que jugar sensiblemente disminuido durante la recta final de la temporada. North Carolina perdió los tres partidos siguientes, y aunque volvió a levantar cabeza y terminó la liga regular en primer puesto después de apalazar a Duke, las sensaciones no eran tan buenas como la temporada anterior. En semifinales del torneo de la ACC llegó la primera decepción: Jordan volvió a cargarse de faltas y fueron eliminados por North Carolina St. en un partido que tenían ganado. Iban 80-74 a dos minutos del final de la prórroga, y Dean Smith ordenó hacer faltas para evitar encajar triples. Pero NC State anotó los tiros libres, los Tar Heels fueron incapaces de encestar ni un tiro y encajaron un parcial de 4-11 que les costó el partido. Aun así se clasificaron para el torneo de la NCAA, donde volvieron a encontrarse con la Universidad de James Madison (a la que esta vez derrotaron con holgura) y llegaron a la final regional contra Georgia.

Este partido se vio mediatizado por unas muy desafortunadas declaraciones de Sam Perkins, que ante las preguntas de los periodistas reconoció no saber nada del rival ni de la conferencia a la que pertenecía. Sólo el legendario despiste de Perkins podía explicar semejante olvido, ya que los aficionados de North Carolina recordaban perfectamente que uno de los partidos más competidos de la temporada anterior había sido contra los Bulldogs de Georgia, resuelto en el último minuto después de un espectacular mano a mano entre James Worthy y la estrella rival, Dominique Wilkins (que, en una curiosa acumulación de circunstancias, resultaba ser un acrobático alero nacido fuera pero criado en Carolina del Norte, e hijo de un militar de la

fuerza aérea; no está mal como coincidencia). Wilkins había dado el salto a la NBA, y sin él se suponía que Georgia no tenía suficiente potencial como para acceder a la que sería primera Final Four de su historia, pero venía de dar la campanada al eliminar a la Universidad de St. John's, que a priori era una de las favoritas. Michael Jordan intentó limitar los daños declarando a periodistas y rivales que él sí tenía constancia de la adscripción de Georgia y de quiénes eran sus mejores jugadores, pero ya era demasiado tarde: los Bulldogs utilizaron las declaraciones de Perkins como motivación añadida, y liderados por el base Vern Fleming eliminaron a los Tar Heels. La derrota rozó la humillación al llegar a los 15 puntos de diferencia a falta de minuto y medio, antes de que una remontada final maquillara el resultado hasta el definitivo 77-82.

A pesar de que la eliminación no era una sorpresa completa después de una temporada tan irregular, el hecho de haber sido derrotados por un rival inferior levantó ampollas en el equipo. De vuelta a Chapel Hill, Dean Smith recordó a los jugadores que había llegado el momento de centrarse en los estudios (el año anterior ni siquiera el campeonato impidió que al día siguiente los entrenadores fueran por los dormitorios levantando a los jugadores para que llegaran puntuales a clase). Michael Jordan le pidió a Roy Williams unos días de descanso, pero por la tarde se lo encontró de nuevo en la cancha con el balón: “No puedo permitirme parar, entrenador”. Jordan había sido incluido en los quintetos *all-american* (es decir, miembro del equipo ideal) de las dos agencias de prensa de EE.UU. “No hemos ganado, así que tengo que seguir trabajando.” La revista *The Sporting News* le había nombrado mejor jugador universitario del año. “Tengo que mejorar.”

Desde luego, Michael Jordan parecía refrendar la tesis de que el cansancio es un estado mental. Durante sus tres años en North Carolina no paró ni en invierno ni en verano, encadenando la competición universitaria con sus participaciones en la selección nacional estadounidense. Si el año anterior había acudido a la celebración del aniversario de la FIBA, ahora llegaba el turno de los IX Juegos Panamericanos celebrados en Venezuela. El objetivo último de ABAUSA era llevar a cabo una preparación tan cuidadosa como fuera posible para encarar los Juegos Olímpicos de 1984 con las mayores garantías de que la selección de EE.UU. haría el papel que cabía esperar de

los anfitriones. Para ello, a finales de mayo de 1983 se convocó una preselección en Colorado Springs, de donde saldrían los equipos nacionales que acudirían a los Panamericanos y a la Universiada de ese año. La idea era usar a esos equipos como ensayos, y probar a la posible base de la futura selección olímpica. Además, era bien sabido que el comité olímpico no se olvidaría de los jugadores que habían sacrificado sus veranos en competiciones menores. Michael Jordan coincidió en Colorado con antiguos rivales como Pat Ewing, y fue allí donde conoció a cierto alero bocazas de la Universidad de Auburn llamado Charles Barkley. Después de una semana de entrenamientos se anunciaron los equipos seleccionados, y Jordan quedó encuadrado junto con Ewing en la selección para los panamericanos, que era una especie de “selección A”. Barkley, en cambio, quedó relegado al equipo que acudiría a la Universiada, considerado como más débil.

Estados Unidos acudía como gran favorito, pero el seleccionador, Jack Hartman de Kansas State, no las tenía todas consigo. En julio, la selección estadounidense de la Universiada había sido objeto de fuertes críticas después de quedar relegada a la medalla de bronce, y en agosto el equipo nacional acudía a los Pan-Ams seriamente debilitado debido a la renuncia de Pat Ewing, a la lesión de Chris Mullin y a la ausencia de Michael Cage por problemas familiares (aún pudo ser peor, si el golpe que sufrió Mark Price contra Argentina le hubiese dislocado la mandíbula como se temió en un primer momento). El público venezolano demostraba con su hostilidad que no habían olvidado los incidentes protagonizados cuatro años antes por Bobby Knight, futuro seleccionador olímpico, y el desarrollo de la primera fase no invitaba precisamente a la tranquilidad. En el partido inaugural, México desbarató la defensa individual estadounidense y tomó una ventaja de 20-4 antes de que EE.UU. remontara gracias a la zona. Contra Brasil fueron perdiendo todo el partido, hasta que Jordan se echó el equipo a las espaldas y anotó 19 de los últimos 27 puntos para ganar por un apurado 72-69. Después de cerrar esta primera fase con otra victoria apurada sobre los locales, las críticas ya arreciaban. EE.UU. había vuelto a enviar a una selección de segunda fila, igual que a la Universiada; tres victorias, pero ninguna cómoda. “La gente tiene que hacerse a la idea de que esos días se han terminado”, contestaba el seleccionador. Y quedaba la fase final.

El perímetro funcionaba, pero el juego interior no ofrecía el mismo rendimiento, y para colmo Hartman tenía que afrontar la aparente pasividad de Sam Perkins. Michael Jordan tranquilizó al entrenador asegurándole que esa actitud era engañosa, y tenía razón. *Spam & Michel* (apodo que recibieron Perkins y Jordan debido a una errata en la publicación oficial) eran los dos bastiones de la selección, el primero gracias a su regularidad y el segundo con sus acciones espectaculares y sus estallidos anotadores, y con la colaboración de Wayman Tisdale la selección de EE.UU. fue elevando su nivel de juego. Vencieron con holgura a Canadá, otra de las selecciones favoritas, en un extraño partido plagado de confusiones y errores de los árbitros y cronometradores, y luego otra vez a México y a Argentina. Otra victoria sobre Brasil aseguró el oro, y la selección cerró el torneo imbatida con un partido intrascendente contra Puerto Rico.

Michael Jordan disfrutó plenamente de la experiencia y declaró que este viaje le había influido a la hora de elegir especialidad académica: como muchos otros grandes baloncestistas, Jordan estudió la carrera de Geografía. Parece una decisión lógica, ya que en octubre estaba otra vez fuera del país, en una gira por Grecia del equipo de North Carolina. Pero esos viajes no eran nada comparados con el que le esperaba, el salto a la NBA.

Chapel Hill, 1983

Pero yo creía que nos graduaríamos juntos.

En 1983, North Carolina tenía quizás la plantilla más potente de estos años. Eran los grandes favoritos para el campeonato, con mayor claridad que en 1982. Sin embargo, durante esta temporada la atención de los aficionados y sobre todo de los miembros del equipo se vería dividida entre lo que sucedía dentro de la pista y lo que podía estar sucediendo fuera de ella. Todos hablaban de la triunfal marcha de los Tar Heels, desde luego, pero el auténtico tema era otro: ¿qué va a hacer Michael Jordan? ¿Será éste su último curso universitario? Perkins era senior y completaría su ciclo al acabar la temporada. Si Jordan optaba por dar también el salto a la NBA, sería el fin de la generación que había conquistado el campeonato de 1982.

Uno de los principales argumentos a favor de la permanencia de Jordan en North Carolina era la forma en la que se había adaptado a la vida en el campus. Se sentía integrado, gozaba de la fama y admiración de los estudiantes y por fin vivía como había imaginado al matricularse. Después de compartir habitación con Brad Daugherty el curso anterior, este año volvió a alojarse junto a su amigo “Buzz” Peterson. El declive deportivo de Peterson y el hecho de que Steve Hale lo hubiera reemplazado como *sparring* de Jordan en los entrenamientos no enfrió en lo más mínimo su amistad. Mantenía estrecho contacto con su hermana Roslyn (que era quien se encargaba de que tuviera ropa limpia) y su amigo Adolph Shiver, y a veces recibía la visita de Dave Bridgers. Además, Jordan amplió su círculo de amistades durante su etapa universitaria. Primero fue Fred Whitfield, a quien conoció el verano de 1981 justo antes de incorporarse a North Carolina. Whitfield se acababa de licenciar en el Campbell College, y ambos coincidieron como monitores de baloncesto en el campamento de esa universidad. Su amistad se afianzó durante el año *freshman* de Michael Jordan: a North Carolina le gustaba

asignar estudiantes más mayores para que “tutelaran” a los recién llegados y facilitaran su aclimatación; Fred Whitfield se había matriculado en derecho para continuar sus estudios, y como ya conocía a Jordan fue el elegido. A ellos dos se unió un tercero, Fred Glover, que también había pasado por el campamento del Campbell College. Esta red de amigos permitía a Michael Jordan moverse por la universidad disfrutando de sentirse al fin admirado gracias a sus proezas deportivas, y de gozar de la clase de vida social reservada a las estrellas. Sin embargo, su disfrute consistía en el placer de disponer de esa vida, no en ejercerla. “De vez en cuando se tomaba una cerveza, pero en general no le gustaba el alcohol. Otras veces le apetecía algún cóctel, pero no era frecuente” recordaría Peterson. Acudía a muchas fiestas y actividades, pero no permanecía demasiado tiempo. Hacía acto de presencia, disfrutaba del efecto de la atención y se marchaba. Prefería ocupar sus ratos de ocio en todo tipo de juegos, desde cartas a golf, o en el cine. “Era la persona más competitiva que he conocido”, declaró posteriormente Kenny Smith. “Billar, ping pong, videojuegos. Se esforzaba al límite. Se pasaba todo el rato sudando y discutiendo cada punto. Era divertido.” Su vida amorosa también parecía más propia de un estudiante corriente que de una estrella deportiva. Según Peterson, tenía una novia formal con la que iba en serio. La joven del agua.

Uno de los pocos rasgos personales conocidos de Michael Jordan es su aversión al agua. No sólo no ha aprendido nunca a nadar, sino que se siente incómodo en las cercanías de piscinas o ríos. Ese desagrado estuvo presente desde su infancia, pero parece haberse ido acentuando con los años, ya que algunos de los incidentes relacionados que se han comentado partieron de un intento del joven Jordan por superar esa inseguridad: con Bridgers se coló de niño en la piscina de unos vecinos, en el instituto se metió subido en una pelota hinchable durante la celebración de una victoria en béisbol (hasta que otro niño se zambulló y Jordan se cayó de la pelota), jugando a pillar durante un campamento de verano persiguió a un rival hasta el interior de una piscina, y en North Carolina insistió en intentar completar una prueba de natación, con resultados hilarantes. En cambio, como adulto, cuando ha de participar en algún acto público próximo al agua intenta mantenerse lo más lejos posible, y sólo sube en embarcaciones de gran tamaño. Los intentos de Michael Jordan

por explicar el origen de esta antipatía nunca han llegado a ser plenamente coherentes. Inicialmente, el jugador la puso en relación con un trágico incidente de su infancia, según el cual un día estaba nadando en la playa con un amigo que fue arrastrado por la corriente y se ahogó. En su famosa entrevista para la revista *Playboy* en 1992, Jordan aportó detalles de este suceso (ocurrido cuando tenía siete u ocho años) que aumentaban su carga dramática: “Un día fui a nadar con un amigo muy cercano, y estábamos saltando las olas que venían. La corriente era tan fuerte que lo arrastró, y él se agarró a mí. Lo llaman “el abrazo de la muerte”, cuando saben que están en apuros y se van a ahogar. Casi tuve que romperle la mano. Me iba a llevar con él.” La historia dio otro giro con la publicación del libro “For the Love of the Game” (Michael Jordan y Mark Vancil, 1998), en el que hace su aparición la novia y la historia del amigo vuelve a sus proporciones originales: “Cuando estaba en la universidad, mi novia fue arrastrada por una inundación y se ahogó. En otra ocasión, estaba nadando con un amigo cuando una fuerte corriente nos arrastró mar adentro. Yo pude liberarme y volver a tierra. Él no lo consiguió.”

El hecho de que hasta entonces nadie hubiera mencionado el dramático fallecimiento de la novia de un deportista universitario que ya era famoso a nivel nacional, sumado a los cambios en la historia de la playa, no puede menos que despertar cierta suspicacia. Especialmente cuando se considera que algunos de los intentos de Jordan por superar su reticencia al agua se produjeron en fecha posterior a la que se atribuye a estos accidentes. Es posible que todo sea cierto, por supuesto; también es posible que al menos partes de estas historias hayan sido exageradas para explicar una limitación atlética en uno de los deportistas más grandes de todos los tiempos. A pesar de que Michael Jordan ha afirmado que no lo considera una vergüenza, el detalle de que se empeñara en realizar una prueba de natación para no aceptar que había una disciplina que no dominaba, o su especial incomodidad cuando tuvo que realizar ejercicios de rehabilitación en la piscina de un gimnasio abierto al público sugieren que en realidad sí lo percibe como una limitación que no puede superar. Puede volar como Superman, pero no puede nadar como un niño de seis años. La manera en la que estas historias convierten una debilidad vulgar en una tragedia es quizás indicativa de la manera en la que Jordan

afronta los desafíos y los fracasos reelaborando los hechos y llevándolos a términos extremos. Si sus sentimientos son desproporcionados, quizás haya que adaptar los recuerdos a esos sentimientos y no al revés.

Curiosamente, el mismo empeño que pone en diferenciarse del común de los mortales en los aspectos que pueden compartir, lo pone también en aproximarse a la cotidianidad en lo que lo hace superior. Convertido al fin en la estrella del equipo, Michael Jordan simultaneaba sus esfuerzos por demostrar su superioridad con su afán por seguir siendo parte del grupo, uno más de los muchachos. Volvió a la universidad en septiembre, prácticamente sin haber descansado (su madre le requisó las llaves del coche para obligarlo a dejar de jugar durante al menos dos semanas), dispuesto a redimir el fracaso de la temporada anterior y a enseñar a los nuevos quién era el mejor: “Los *freshmen* ya habían empezado con el *trash-talk*⁵. Tenía que ver si tenían lo que hay que tener”. Pero lo hacía desde un plano de igualdad en la condición: “Ejercía de ejemplo más que de crítico. Creo que era su mayor virtud como jugador”, recordaría años después Kenny Smith.

Ese año el equipo sí parecía tener lo que hay que tener. De entre los *freshmen* destacaban Smith, un velocísimo base neoyorquino, y Joe Wolf, un pívot grande y con buena mano. Con Dave Popson, un proyecto de hombre alto por hacer, la plantilla de North Carolina era quizás la más potente de esta etapa. Jim Braddock se había graduado, pero no faltaban candidatos para cubrir su plaza: además de Smith estaba Steve Hale, un base poco espectacular pero que organizaba muy bien el juego colectivo, y “Buzz” Peterson, que estaba intentando adaptarse a esa posición. Una vez más, el entrenador esperó a dos días antes del debut oficial para anunciar su decisión; gracias en parte a su buena actuación en un amistoso contra la selección yugoslava, Kenny Smith sería el quinto *freshman* que debutaría como titular. Por dentro, Brad Daugherty estaba ya listo para tomar un papel protagonista, y la llegada de Wolf y Popson permitiría a Dean Smith efectuar las rotaciones necesarias. Con la presencia de los veteranos Jordan, Perkins y Doherty, los Tar Heels eran los grandes favoritos para el campeonato y volvieron a la portada de *Sports Illustrated*. Esta vez Michael Jordan pudo aparecer con todo merecimiento, aunque fuera con Perkins.

Los cambios producidos durante el verano no se limitaban al resto del

equipo. También Jordan volvió muy cambiado, de manera menos dramática que el curso anterior pero aun así muy significativa. Su desarrollo físico era notable, y se había extendido desde los hombros para mostrar unos brazos mucho más musculados, y también unas piernas más fuertes. Su manejo de balón había mejorado para reducir los excesivos riesgos que provocaran el nerviosismo de Dean Smith la temporada anterior. También había añadido nuevos recursos, como una media vuelta en suspensión desde el poste que con el tiempo iría desarrollando hasta convertirla en una de sus principales herramientas. Por fin se empezó a ver al Michael Jordan que luego asombraría en la NBA, e incluso su apariencia fue incorporando los rasgos distintivos que mantendría durante su carrera. Ya hacía un año que había empezado a usar su característica muñequera subida a mitad del antebrazo (según Rick Telander, en homenaje a Peterson cuando se lesionó; en realidad empezó a llevarla antes), y en esta temporada *junior* añadió unas calzonas dos tallas más grandes de lo necesario. Después de empezar con los problemas de tendinitis en su rodilla izquierda en el arranque de temporada, una rodillera elástica negra completó el conjunto.

Si su apariencia era ya la del jugador que arrasaría en la NBA, no se puede decir lo mismo de su juego en el arranque de la temporada. Aunque North Carolina ganó cómodamente los torneos Stanford Invitational y ECAC Holiday Festival, la actuación individual de Jordan fue muy pobre. Sus problemas de faltas y de pérdidas de balón oscurecieron sus aciertos ocasionales, y su mal porcentaje de tiro lo dejó fuera del quinteto ideal de ambos torneos. “No te preocupes por las expectativas de los demás”, insistía Dean Smith. Varios periodistas habían elegido a Michael Jordan como el jugador universitario más destacado del momento, y la presión de estar a la altura hizo mella en el jugador. “Michael está jugando al mejor nivel de toda su carrera. Es sólo que no está tirando bien”, intentaba explicar su entrenador. Lo cierto es que tenía gran parte de razón, porque a pesar de los comentarios negativos de la prensa y los aficionados, el equipo seguía ganando y con holgura. Sin embargo, algunos temían una repetición de la temporada anterior, en la cual los resultados ocultaron las graves carencias del equipo hasta que fue demasiado tarde. Matt Doherty apenas tiraba, Michael Jordan acumulaba errores y el equipo no terminaba a adaptarse a la dirección de Kenny Smith, ya

que era un tipo de base muy diferente al habitual en los Tar Heels. Había sido apodado “Jet” con buen motivo, ya que su rasgo más destacado era la velocidad con la que encaraba la zona rival buscando la canasta. El equipo seguía estando demasiado acostumbrado a bases del estilo de Jimmy Black, de estilo pausado y poca anotación; muchos pensaban que el ataque era más fluido cuando estaba en cancha el base suplente, Steve Hale, que sí encajaba en esa descripción. Por otra parte, Smith aportaba una agresividad y un desequilibrio al rival del que habían carecido sus predecesores. Si Doherty estaba lanzando menos a canasta, al menos en parte se debía a que con Kenny Smith y Brad Daugherty la anotación estaba mucho más repartida. También debían adaptarse a un nuevo cambio de normas, ya que la ACC había decidido abolir el tiro de tres después de sólo una temporada, además de modificar el reloj de posesión a 45 segundos. En enero de 1984 North Carolina había ganado sus diez partidos, la mayoría con ventajas cómodas y derrotando a rivales de entidad como St. John’s o el vigente campeón North Carolina State. Entonces llegó Maryland.

Los Terrapins de la Universidad de Maryland siempre habían sido un buen equipo y un rival correoso, gracias al buen hacer de su entrenador “Lefty” Driesell. Pero ahora habían dado un paso más con el progreso de un espectacular alero llamado Len Bias⁶, y se habían convertido en la gran alternativa a North Carolina en la ACC después de que Sampson diera el salto desde Virginia a la NBA. Los enfrentamientos entre los Tar Heels y los Terrapins habían sido tradicionalmente muy competidos debido al estilo físico y de contactos de estos últimos, y el hecho de disputarse el liderato de la competencia aumentó su interés. Además, estos partidos suponían una motivación especial para Michael Jordan: la otra estrella de Maryland era Adrian Branch, el prolífico anotador que le arrebatara el galardón como mejor jugador del partido McDonalds All-American en 1981. Jordan no lo había olvidado, y muy probablemente ese recuerdo tuvo una influencia decisiva en el famosísimo final del partido que jugaron el 3 de enero de 1984. El día del *rock-a-bye baby dunk*.

El encuentro fue más interesante que bueno, con más tensión competitiva que acierto. Jordan hizo una mala primera parte, y Perkins tuvo que multiplicarse para evitar que Branch y Bias rompieran el partido. Pero como

tantas otras veces, Jordan resurgió en la segunda parte (“sentí la tensión acumularse dentro de mí conforme se acercaba el final del partido; me gusta ese momento”) y tuvo una racha anotadora que puso definitivamente a su equipo por delante. Con el partido ya decidido, North Carolina robó el último balón a falta de pocos segundos y Jordan se dirigió como una exhalación hacia el aro rival para realizar el mate más importante de su carrera. En términos puramente competitivos, ese mate realizado sobre la bocina en un partido ya sentenciado ocupa el otro extremo de la escala presidida por *the shot*, la canasta final contra Georgetown en 1982. En términos emocionales y artísticos, el mate contra Maryland elevó a Michael Jordan a la categoría de estrella. La victoria había establecido que era un buen jugador, pero este mate, un mate que prácticamente nadie había visto antes y cuyo origen no supo describir el propio Jordan, reveló que se trataba de un jugador diferente. Que asistir a un partido suyo supondría no sólo una alta posibilidad de que ganara su equipo, sino de contemplar algo nuevo y especial. Algo que no aparecería en el marcador, y que después no se podría explicar a los ausentes más que con la frase “tendrías que haberlo visto”. Lo inefable, en un sentido literal.

Como descripción aproximada, este mate era una variación sobre el clásico *windmill* o “molinillo”, al que se añadía un balanceo del balón sujeto entre la muñeca y el antebrazo. Era ese movimiento el que le dio nombre por su semejanza con el acto de mecer a un bebé en la cuna, y periodistas o aficionados le pusieron apodos como *rock'a baby* o *rock the cradle*. Por supuesto, nada es completamente original; en una entrevista posterior, Jordan afirmó haberse inspirado en los movimientos que viera hacer a Al Wood en sus partidillos veraniegos, y el Dr. J ya había realizado mates similares. Pero en un mundo mucho menos televisivo que el actual ni compañeros, ni rivales, ni espectadores lo habían visto antes, y por tanto se trataba de pura creación. La prensa intentó que el jugador aclarara de dónde le había venido la idea de rematar el partido con una jugada así, y cuando Jordan sólo acertó a explicar que para él había sido una culminación natural y no consciente de la jugada pasaron a especular con la posibilidad de que hubiera intentado mandar algún tipo de mensaje a uno de sus rivales, quizás a Branch. “No es ningún mensaje”, declaró Jordan. “No estaba intentando lucirme, sólo quería celebrar la victoria.” Incluso el normalmente impávido Dean Smith se vio obligado a

comentar la jugada con él: “Michael, ¿no te diste cuenta de que Kenny Smith estaba desmarcado?”.

El efecto de esta jugada fue un cambio permanente en la actitud del público y en la del propio jugador. La crisis quedó olvidada y Jordan recuperó su juego atlético y espectacular cerca del aro, después de una larga etapa de lo que él mismo definió como “enamoramamiento” del tiro exterior. Por su parte, los espectadores empezaron a mostrar un interés aún mayor hacia él, anticipando las acciones espectaculares que sin duda iba a realizar y respondiendo a las mismas. Maryland se dio de bruces con esa nueva situación apenas un mes después, en el partido de vuelta que Michael Jordan dominó mucho más allá de lo que indican los 25 puntos que anotó con una serie de 10 de 14 tiros. Ben Coleman, un musculoso pívot que posteriormente pasaría por la ACB, era el encargado de intimidar físicamente a los rivales, y en un momento de distracción golpeó a Matt Doherty sin que lo advirtieran los árbitros. La reacción normal hubiera sido el contraataque por parte de uno de los hombres altos de North Carolina, pero fue Jordan quien respondió al desafío en sus propios términos. Con el partido ya decidido, Michael Jordan encaró a Coleman y anotó un espectacular mate dejando en evidencia al pívot rival. “¡No vuelvas a tocar nunca a uno de nuestros jugadores!”, dijo señalándole a la cara. Después, Dean Smith y Roy Williams contemplaron estupefactos cómo Jordan botaba el balón tranquilamente mientras los aleros de Maryland discutían a voces en medio de la pista quién debía defenderlo. “¿Quieres que lo marque? Pues mueve el culo y márcalo tú”, gritó Herman Veal a Adrian Branch. Nadie recordaba una quiebra semejante de la disciplina de un equipo de la ACC.

Desgraciadamente, Jordan había adquirido esa agresividad en circunstancias no muy afortunadas: un par de semanas antes del segundo partido contra Maryland, Kenny Smith se había lesionado de gravedad. Fue cerca del final de su enfrentamiento contra LSU, cuando Smith robó un balón y se dirigió a toda velocidad hacia el aro rival. Cuando iba por el aire, un jugador de LSU llamado John Tudor le metió el brazo y lo desequilibró, y Kenny Smith sufrió una aparatosa caída. Fue entonces cuando Jordan llegó para defender agresivamente a su compañero, y mandó a Tudor a la grada de un empujón. Los árbitros intervinieron para impedir que la situación fuera a

más y Jordan terminó disculpándose con el rival, pero nada de todo ello cambió el hecho de que Kenny Smith se había fracturado la muñeca izquierda. Inicialmente no parecía un problema insoluble, al fin y al cabo muchos opinaban que el equipo jugaba mejor con Steve Hale. También “Buzz” Peterson había jugado de base en la gira por Grecia en pretemporada, y podría ayudar desde el banquillo. Michael Jordan subió su aportación anotadora para compensar la baja de Smith, y con el magnífico rendimiento de Hale como titular el equipo continuó su buena marcha. La serie de victorias se quedó en 21 después de perder en Arkansas por un punto, pero a continuación empezaron una nueva racha que llegó a las siete victorias. Rival de entidad como Maryland o NC State fueron derrotados con holgura, y North Carolina se afianzó en el n° 1 del ranking nacional.

Pero Dean Smith no las tenía todas consigo. Pensaba que el equipo necesitaba la velocidad de Kenny Smith, y el jugador estaba dispuesto a volver a las canchas llevando una especie de escayola flexible. En retrospectiva, el entrenador admitió que cometió un error: “No debería haberlo sacado a jugar. No podía botar con la izquierda. Estábamos jugando bien pero no muy bien, y lo hice volver. Creo que afectó a la química del equipo, y no era ni de lejos el jugador que había sido.” Posteriormente, Kenny Smith coincidió con él: “No podía botar mucho con la mano izquierda, así que fintaba a la izquierda; daba un par de botes con esa mano y luego volvía a la derecha. Eso limitaba el juego que podía desarrollar.” A pesar de terminar la temporada de la ACC como líderes imbatidos, algo que nadie había conseguido en décadas, North Carolina empezaba a mostrar señales de vulnerabilidad.

Kenny Smith volvió en el penúltimo partido de la fase regular, una fácil victoria en la que jugó pocos minutos. Pero menos de una semana después, contra Duke se pudo ver el problema que había surgido en el puesto de base para los Tar Heels: Smith no estaba al cien por cien, y al volver a la suplencia la aportación de Steve Hale disminuyó de manera alarmante. El base de Duke, Johnny Dawkins, aprovechó la circunstancia para anotar 25 puntos y a punto estuvo de lograr la victoria. A falta de ocho segundos North Carolina iba dos puntos abajo, pero Duke se obcecó tanto en defender a Jordan y Perkins que permitieron a Matt Doherty subir tranquilamente el balón y anotar un tiro

cómodo de cinco metros. Michael Jordan falló la canasta que les hubiera dado la victoria al final de la primera prórroga, pero en la segunda Duke se desmoronó y el marcador final fue un engañoso 96-83 que no reflejaba lo que había sido el partido.

A pesar del esfuerzo de Jordan, el rendimiento ofensivo de su equipo se había desplomado como consecuencia de la inestabilidad en el puesto de base. Sin contar prórrogas, los Tar Heels estaban anotando unos 10 puntos por debajo de la media de la temporada justo cuando empezaba la fase decisiva y las eliminatorias a partido único. Pasaron la primera ronda del torneo de la ACC sin excesivos agobios, pero en semifinales volvieron a encontrarse con Duke. Sus dos enfrentamientos en la temporada se habían decidido por márgenes muy estrechos, y este tercer partido no fue una excepción. El juego ofensivo de North Carolina se desplomó en la primera parte, y se convirtió en un festival de pérdidas de balón y tiros fallados que propiciaron innumerables contraataques del rival. Pillados una y otra vez en transición, los hombres altos se fueron cargando de faltas, y Duke tomó una cómoda ventaja que rondaba los 10 puntos. Michael Jordan martilleaba incansablemente el aro de los “Blue Devils”, pero ninguno de sus compañeros lo apoyó. En la segunda parte el equipo de North Carolina reaccionó, y gracias a la aportación de Matt Doherty pudo remontar e incluso ponerse por encima. Sin embargo, una racha de errores de Perkins volvió a poner por delante a Duke, y los tiros libres finales certificaron la derrota. Jordan aún logró una canasta a falta de 5 segundos que ponía el 75-77 e incluso recuperaron el balón, pero Doherty no logró conectar con Jordan en el saque y el marcador no se movió.

No fue agradable quedar eliminados del torneo de la ACC (que terminó ganando Maryland), pero el objetivo importante seguía siendo el campeonato nacional de la NCAA, para el que estaban clasificados. A pesar de la derrota, seguían siendo los máximos favoritos; “Carolina ha reunido el mejor equipo de la historia del baloncesto universitario”, declaró el entrenador de Virginia, y numerosos medios daban por segura su presencia en la Final Four. Sin embargo, ya el partido de segunda ronda contra Temple aumentó las dudas generadas por Duke. Los Owls de Temple eran un buen equipo que venía de eliminar a St. John’s, pero de un nivel decididamente inferior al de North Carolina. Su estrella era Terence Stansbury, cuyo brillante paso por los

concursos de mates de la NBA ha hecho que se lo recuerde como el típico alero atlético, pero en realidad era un base muy completo con un mortífero tiro en suspensión. El resto de la plantilla era poco destacable, con la posible excepción de Granger Hall, un pívot de mucha clase pero limitado por una grave lesión de rodilla (que no le impidió desarrollar una larguísima carrera en la ACB). Sin embargo, el partido resultó más complicado de lo que cabía esperar y no se decidió hasta los últimos minutos, después de un memorable mano a mano entre las dos estrellas de cada equipo. Michael Jordan desarmó la zona de Temple y se fue a los 27 puntos con una serie de 11 de 15 tiros de campo, pero Terence Stansbury abusó de los bases de North Carolina y anotó 26 puntos, 18 de ellos en la primera parte. Dean Smith tuvo que modificar sus asignaciones defensivas y poner a Matt Doherty sobre Stansbury para detener la hemorragia, y por fin los Tar Heels lograron despegarse en los últimos minutos.

Han pasado veinticinco años desde el partido contra Indiana, pero sigue siendo un recuerdo doloroso para quienes participaron en aquel equipo de North Carolina. En principio, el equipo de los Hoosiers aún estaba en construcción y su potencial era limitado. Contaban con la anotación del *freshman* Steve Alford, un magnífico tirador, y con el inmenso Uwe Blab, un torpe pívot alemán que a base de trabajo había adquirido algunas habilidades. Pero Bobby Knight, el polémico entrenador de Indiana, había analizado correctamente las limitaciones ofensivas de su rival y su dependencia de la anotación de Jordan. Después de discutir las posibles variantes defensivas con Pete Newell, una auténtica leyenda de los banquillos, Knight tomó una de esas decisiones que hacen famoso a un entrenador, y encargó la tarea a Dan Dakich. Dakich era un especialista defensivo que destacaba por su fuerza y no por su velocidad, pero nadie pretendía que igualara el nivel atlético de Jordan. Las instrucciones de Knight eran claras: “Tienes que impedir las puertas atrás y las penetraciones para lograr canastas fáciles, y negarle el rebote. Que no tenga jugadas fáciles. Si hace falta, concédele el tiro exterior”. Con el tiempo, Dan Dakich creó un pequeño negocio basado en recorrer el país dando conferencias en las que explicaba cómo al recibir la noticia de que tenía que defender a Jordan su primera reacción fue correr al baño y vomitar, pero luego reaccionó y supo salir airoso de una misión casi imposible. Incluso tiene

ensayada una pequeña broma: “A veces uno se tiene que enfrentar a alguien que es más alto, más fuerte, más atlético, más duro, tira mejor, es más rápido...desgraciadamente, ese día Michael se tuvo que enfrentar a ese alguien”. Sin embargo, Jordan cree que con los años se fue exagerando la aportación individual de Dakich: “No quiero desmerecer lo que hizo. Creo que consiguió hacer exactamente lo que el entrenador Knight quería que hiciera. Pero fueron los medios los que lo convirtieron en un uno contra uno”.

El plan de Knight iba mucho más allá de que a Dakich le dieran arcadas. En defensa debían cerrarse atrás e impedir las penetraciones y los balones interiores a costa de conceder el tiro exterior. “Rodearon a Perkins y Jordan, y no les importaba pagar el precio. Podríamos haber hecho todos los tiros de cinco metros que quisiéramos, pero tendrían que ser con los jugadores a los que ellos decidieran dejar tirar”, declaró Dean Smith tras el partido. En ataque, Bobby Knight abandonó su tradicional *motion offense* (estrategia basada en el pase y el movimiento constante) para evitar los dos contra uno, y dio luz verde a Alford para tirar todo lo que le llegara a las manos. “Hizo un gran trabajo convenciéndonos de que podíamos hacerlo”, recuerda el jugador. Indiana tomó las primeras ventajas, y Michael Jordan en particular parecía desconcertado por la manera en la que lo flotaba Dakich: “Yo permanecía a tres metros de distancia hasta que se levantaba para tirar, y entonces me acercaba a puntearlo.” Para terminarlo de arreglar, Jordan sumó su segunda falta cuando no se llevaban diez minutos de juego. Cuando se daba esa situación, Dean Smith tenía la costumbre de sentarlo hasta la segunda parte ya que conocía su tendencia a cargarse de faltas. “Todo el mundo pensó que el entrenador Smith se equivocó al dejarme en el banquillo, pero incluso sin mí teníamos un equipo potente.”

Gracias a Sam Perkins, North Carolina consiguió llegar al descanso con sólo cuatro puntos de desventaja, 28-32, y cabía esperar la remontada con la vuelta de Jordan a la cancha. En lugar de eso, Indiana fue aumentando su ventaja: “Cuando volví en la segunda parte, me sentí como si estuviera intentando comprimir 40 minutos en 20. No pude encontrar mi ritmo”. A falta de cinco minutos y medio, Steve Alford anotó la bandeja que ponía a su equipo 12 puntos arriba; era la primera vez en la temporada que North Carolina se veía con esa desventaja. No hubieran sido un equipo de Dean

Smith si no hubieran remontado: empezaron a hacer faltas deliberadamente, y gracias a cuatro fallos consecutivos en los tiros libres Indiana encajó un parcial de 10-0 que puso a los Tar Heels a sólo dos puntos quedando dos minutos. Pero tampoco los Hoosiers hubieran sido un equipo de Bobby Knight si se hubieran hundido bajo la presión, y Steve Alford anotó seis tiros libres consecutivos para terminar con 27 puntos y sellar la victoria de su equipo por 72-68. Michael Jordan se quedó en trece puntos y un rebote, con una serie de 6/14 en el tiro.

“Era la última oportunidad para Sam y Michael”, recordaría Kenny Smith. “A mí me quedaban tres cursos por delante, así que no comprendí la trascendencia de la derrota hasta que llegamos al vestuario y vi lo duro que era para ellos. Sentí que les había fallado.” No era el único; era la segunda vez que Dean Smith creía tener el mejor equipo del país y no lograba conquistar el campeonato (la primera fue en 1976). “Pensábamos que, con ese equipo, si nos enfrentáramos diez veces contra cualquier rival de todo el país, les ganaríamos nueve”, dijo Steve Hale. La sensación de fracaso fue aún mayor cuando Indiana fue eliminada al siguiente partido por Virginia con el ridículo marcador de 50-48. “Me habría sentido mejor si después Indiana hubiera ganado el campeonato”, comentaría Jordan.

Muchos estudiantes de North Carolina comprendieron las lágrimas de Matt Doherty en televisión. Al día siguiente, Michael Jordan estaba de nuevo en la cancha, intentando mejorar; pero esa mejora ya no tendría lugar vistiendo el uniforme de los Tar Heels. Hacía semanas que la decisión de presentarse al *draft* de la NBA estaba tomada. Claro que es más fácil sacar a un chico de Chapel Hill que sacar a Chapel Hill del interior de un chico. Durante toda su carrera, Michael Jordan llevó debajo de su uniforme las calzonas celestes de los Tar Heels como símbolo tangible de su identidad.

Varios años después, durante la retransmisión de las finales de la NBA de 1991 la televisión estadounidense entrevistó al entrenador Dean Smith, que tenía a cuatro jugadores en esa final (Worthy y Perkins en Lakers, Jordan y Scott Williams en Bulls). Al entrar en el vestuario, Michael Jordan lo vio casualmente en un televisor y se paró en seco. “¿Es el entrenador? ¿De qué está hablando?”, preguntó a Williams, que estaba siguiendo la entrevista. “De ti”, le contestó. “No, venga, en serio”, dijo el jugador que acababa de recibir

su segundo MVP. “¿De qué está hablando?”

⁵ Se conoce como *trash-talking* a la costumbre de dirigirse a los rivales durante un partido de manera desafiante o provocativa para descentrarlos o resaltar los aciertos propios.

⁶ La muerte de Len Bias por sobredosis justo después de ser *draftado* por los Boston Celtics en 1986 sigue siendo una de las mayores tragedias del baloncesto estadounidense.

Indiana, 1984

El día que decidí presentarme al draft sabía que iba a Philadelphia.

Uno de los aspectos más comentados de la rectitud moral de Dean Smith era su compromiso con los deberes y responsabilidades del formador. Si por un lado exigía obediencia en los aspectos deportivos y sus jugadores debían poner sus carreras en las manos del entrenador, éste a su vez debía corresponder con una lealtad igual y esforzarse al límite para que esas carreras alcanzaran el éxito. Normalmente, ese esfuerzo suponía tirar de su red de contactos para conseguir mejorar las opciones de sus jugadores: Mitch Kupchak podía invitar a probar con los Lakers a un “prospecto” de poco renombre o George Karl podía ofrecer cobijo temporal en la CBA a un jugador cortado; Doug Moe presumía públicamente de que mientras él estuviera en una franquicia, ningún graduado de North Carolina se quedaría fuera del *draft* (en esta época el número de rondas era casi infinito).

Pero ese compromiso incluía que el entrenador no pondría su propia conveniencia por delante de los intereses del jugador. “Aquí tenemos una norma: hacemos lo que es mejor para el jugador después de la temporada, y lo que es mejor para el equipo durante la temporada.” La regla dorada era que si un jugador tenía la seguridad de salir en una de las cinco primeras elecciones del *draft*, era el momento de presentarse; especialmente si era para incorporarse a una buena franquicia. Así había ocurrido en 1982, cuando James Worthy se encontró con la posibilidad de ser el número 1 del *draft* y, en lugar de caer en algún equipo mediocre como suele suceder, llegó a los Lakers campeones. En 1983 fue Sam Perkins el que se lo planteó, pero el ínfimo nivel de las franquicias que poseían las primeras elecciones desaconsejó el salto. En 1984, sin embargo, se producía una circunstancia poco habitual:

prácticamente todos los puestos altos del *draft* proporcionaban opciones interesantes. Equipos lastimosos como los Pacers, Clippers o Cavs habían traspasado sus opciones, y en su lugar aparecían los potentes Sixers o los prometedores Mavs.

El deporte profesional vive de vender esperanzas futuras para sobrellevar decepciones presentes, pero incluso en la historia de la NBA es difícil encontrar otro año en el que hubiera tantas esperanzas puestas en el *draft* como en 1984. “El año pasado, Ralph Sampson de Virginia era la única superestrella del *draft*”, escribió David Dupree en el *Washington Post*. “Este año, sin embargo, hay no menos de 10 jugadores que según los expertos están destinados a hacer una carrera próspera en la NBA.” Las dos mayores estrellas universitarias del momento eran los pivots Pat Ewing, de Georgetown, y Hakeem Olajuwon de Houston. Dado que ambos optaban al primer puesto sin competencia, se daba por hecho que uno se presentaría este año y el otro al siguiente para no coincidir. Durante meses se especuló sobre cuál daría el paso al frente, y esa incertidumbre estuvo a punto de arruinar a los Portland Trail Blazers (que aspiraban a disponer de una de las primeras elecciones del *draft*): los Blazers contactaron con ambos jugadores a través del propietario de los Clippers, para explicarles la situación creada por el nuevo tope salarial que acababa de implantar la NBA y en qué les iba a afectar. La liga consideró que se trataba de contactos ilegales previos al *draft*, y por un momento se temió que fueran sancionados con la pérdida de su elección. Finalmente todo se quedó en una multa considerable, pero ilustra claramente la importancia que daban los equipos al *draft* de junio de 1984. Por detrás de Ewing y Olajuwon se encontraba una lista de jugadores de los que se esperaba mucho: el primero era Jordan, pero también estaban Sam Bowie o Perkins, pivots menos esplendorosos que los dos “grandes” pero aun así valiosos, o jugadores exteriores muy completos como Leon Wood, Lancaster Gordon o Alvin Robertson. También había apuestas más arriesgadas, como Mel Turpin o Charles Barkley, que podían terminar siendo estrellas o fracasos; y por detrás una sucesión de nombres menos conocidos como Michael Cage, Terence Stansbury o John Stockton, pero de entre quienes se anticipaba que saldrían jugadores interesantes. Fue precisamente el convencimiento de encontrarse ante todo un bufet de talento lo que espoleó a

muchos equipos a intentar mejorar sus posibilidades de cara al *draft*.

En principio, los cuatro peores equipos de la NBA en la temporada 1983-84 eran los Chicago Bulls, los Indiana Pacers, los Cleveland Cavaliers y Los Angeles Clippers. Pero sólo los Bulls conservaban los derechos de su elección de *draft* para 1984, ya que el resto los habían intercambiado con los Portland Trail Blazers, los Dallas Mavericks y los Philadelphia 76ers, respectivamente. Sin embargo, conforme avanzaba la temporada las posiciones fueron cambiando. Los Cavaliers acababan de cambiar de dueño gracias a la intervención de la NBA para liberarlos de la tiranía de Ted Stepien, el enloquecido propietario que con sus absurdas maniobras había llegado a poner en peligro a la propia liga. Para convencer a los posibles compradores, la NBA había ofrecido el regalo de varias rondas de *draft* que vinieron a reforzar la plantilla. Los Cavs mejoraron lo suficiente como para que su elección, propiedad de Dallas, cayera hasta el número 4. Por su parte, los Chicago Bulls estaban pasando por su propia travesía del desierto, y el enfrentamiento entre su entrenador Kevin Loughery y su estrella Reggie Theus había terminado con el traspaso de éste. Sin Theus, los Bulls empezaron a perder más partidos de la cuenta, lo que provocó sospechas generalizadas de que estaban dejándose ganar deliberadamente para escalar posiciones en el *draft*. Claro que en ese terreno los mejores eran los Houston Rockets de Bill Fitch, que ya lo habían hecho el año anterior para conseguir a Ralph Sampson. El equipo no terminaba de levantar cabeza a pesar de la aportación de Sampson, así que a mitad de temporada la gerencia tomó la decisión de dar el año por perdido e intentar volver a pescar algo en el *draft*. En esta época sólo se sorteaba el orden de las dos primeras elecciones, a cara o cruz entre los dos peores equipos; el resto se realizaban en orden inverso a la clasificación final. Pero el lamentable espectáculo de la temporada 1983-84, con espectadores abucheando a sus equipos y entrenadores cruzando acusaciones de dejarse ganar, obligó a la NBA a intervenir de manera inmediata y establecer un sistema de lotería en el que se sorteaban las primeras elecciones. Pero ese sistema no se empezaría a aplicar hasta 1985. En 1984 la única duda era si el número 1 sería para los Rockets o para los Blazers, y por detrás irían Bulls, Mavs y Sixers.

Los jugadores no eran ajenos a esas maniobras, y también entre los futuros

drafteados se producían movimientos orientados a alcanzar una mejor posición. Para ello, la principal herramienta eran las pruebas que Bobby Knight efectuó en Indiana para seleccionar al equipo que iba a acudir a los Juegos Olímpicos de Los Ángeles. Casi todos los jugadores universitarios relevantes fueron invitados, y muchos acudieron buscando no conseguir una plaza en la selección olímpica, sino promocionarse ante la nube de entrenadores que rodeaba a las pruebas. Para quienes procedían de universidades menores o poco prestigiosas suponía la gran oportunidad de mostrar que podían jugar de tú a tú con los mejores. El caso más exagerado fue el de Charles Barkley, que en las semanas previas al *draft* se esforzó al límite para demostrar su auténtico nivel y que su rendimiento en la Universidad de Auburn no había sido casual...sólo para dar un giro copernicano cuando supo que se había convertido en el objetivo predilecto para ese número 4 que poseían los Sixers. El nuevo tope salarial hacía improbable que esta franquicia pudiera ofrecerle el dinero que estaba buscando, así que Barkley se embarcó en una orgía gastronómica para confirmar los rumores sobre su falta de disciplina y tendencia al sobrepeso, bajar posiciones en el *draft* y recalar en otro equipo.

Michael Jordan pudo agradecer a Dean Smith el poder mantenerse al margen de ese chalaneo. “Cuando terminé mi temporada *junior*, el entrenador Smith hizo unas llamadas a la NBA para ver en qué puesto me cogerían si me presentara al *draft*. Era a finales de marzo o principios de abril, y los 76^{ers} le dijeron que me escogerían con la segunda o tercera elección, dependiendo de la que tuvieran. Pero conforme pasaron las semanas, Chicago fue perdiendo partidos y subiendo puestos en el *draft*.” La regla de oro sobre ser elegido en uno de los cinco primeros puestos había quedado asegurada mucho antes, ya que Philadelphia (con la elección correspondiente a los Clippers) no caería más allá del quinto lugar en ningún caso, y su entrenador era Billy Cunningham, un miembro destacado de la fraternidad de los Tar Heels que había expresado varias veces su admiración por el juego de Jordan. En general, Dean Smith fue recibiendo respuestas muy parecidas de todas las franquicias: si los rumores se confirmaban y Olajuwon se presentaba al *draft*, sería elegido con el número uno fuera quien fuera el que dispusiera de esa elección; pero si Ewing no se presentaba al *draft*, el número dos sería para Michael Jordan, ya que ningún

otro de los pívots disponibles ofrecía un potencial similar. Sólo hubo un equipo que manifestó una intención diferente, y fueron los Portland Trail Blazers. “Nos encanta Jordan”, le contestó el *general manager*⁷ Stu Inman, “pero creemos que necesitamos un hombre alto. Cogemos a Olajuwon si tenemos el número uno y a Bowie si tenemos el número dos”. Dean Smith intentó convencer a Inman de que se estaba equivocando, pero los Blazers estaban más que servidos en anotación exterior. No sólo tenían ya a un escolta atlético y espectacular como Clyde Drexler, sino también a un tirador como Jim Paxson; incluso habían tenido que traspasar al base “Fat” Lever para aliviar su superpoblación de jugadores de perímetro. Mientras, su único jugador interior de cierta relevancia era Mychal Thompson, un pívot correcto pero lejos del nivel de estrella. Ni siquiera Bobby Knight pudo convencerlos después de entrenar a Jordan en las pruebas para la selección olímpica. “Necesitamos un pívot”, insistía Inman. “¡Pues *draftealo* y ponlo de pívot!”, le contestó Knight.

Michael Jordan supo que sería el número dos o el número tres del *draft* mucho antes, pero eso no significa que se librara de dudas, controversias y decisiones difíciles. Dean Smith o James Worthy podían recomendarle que diera el salto ya, pero en último término era el propio Jordan el que tenía que tomar esa decisión. Durante meses le estuvo dando vueltas de manera constante, sopesando pros y contras y pidiendo opinión a personas de su confianza. No era fácil para Jordan cambiar de rutina, especialmente cuando se encontraba tan a gusto. Le atraía disfrutar por fin del grado de *senior*, y la derrota frente a Indiana le hacía sentir que dejaría cabos sueltos. Muy especialmente, su madre se oponía a que abandonara la universidad sin haber terminado la carrera: “Pueden quitarte la ropa, pueden quitarte los zapatos, pero lo que no pueden quitarte es lo que tienes dentro de tu cabeza”, decía Deloris. Su sueño era ver a Michael y Roslyn graduarse el mismo día, pero tenía en contra a su marido, a su hijo y a Dean Smith: “Los tres pensaban que ya estaba listo. Me dijeron: ‘¿Y si el año que viene no se presentan las mismas oportunidades que este año?’”. Finalmente, Dean Smith la convenció al explicarle que el único requisito que ponía a sus jugadores para dar el salto a la NBA era comprometerse a volver y terminar la carrera cuando pudieran: “Señora, no le estoy pidiendo que renuncie a su carrera universitaria, le estoy

pidiendo que renuncie a su elegibilidad universitaria”.

La tensión era excesiva, y Michael Jordan buscó un pasatiempo que lo alejara del baloncesto y de las especulaciones sobre su futuro, y lo encontró en el golf. “Eso sí que es una adicción”, reconocería posteriormente. Jordan lo había aprendido en 1983, cuando jugó una partida con su compañero de cuarto contra la pareja formada por “Buzz” Peterson y Matt Doherty. Jordan logró la victoria con un difícil golpe final, que provocó las alabanzas de su compañero. “En realidad, no golpeé la bola. La cogí y la arrojé al *green*”, confesó. No era algo infrecuente en Jordan, a quien Peterson sorprendió una vez haciéndole trampas a su madre en una partida de cartas, pero como afición quedó en eso hasta un año después. “Empecé a jugar el verano de 1984”, recordaría. “Fui con un buen amigo mío, John Simpkins, que estaba en el equipo de golf de entonces con Al Wood, y jugamos 18 hoyos con Davis Love III, que también estaba en North Carolina. Hice par en uno de los hoyos, y llevo enganchado desde entonces.” Con el tiempo, el golf fue convirtiéndose para Michael Jordan en el desafío definitivo, en el cual se enfrentaba al propio terreno representado por el par del campo. “Buzz” Peterson era compañero de clase de Davis Love III y empezaron a quedar regularmente para jugar acompañados por John Inman, que posteriormente se convertiría en el entrenador del equipo de golf de North Carolina. Davis Love era una figura del golf *amateur* y con el tiempo se convertiría en una estrella del circuito profesional, pero Jordan era incapaz de admitir que un deportista como él no pudiera golpear la bola con tanta potencia como Love. Debe de ser cosa de los palos, pensó, y aprovechando un momento de distracción cogió uno de sus *drives* y golpeó la bola con tan poco acierto que rompió la cabeza del palo. A Davis Love no le hizo demasiada gracia, y posteriormente comentó a Dean Smith que Jordan no podría llegar a ser un buen jugador de golf debido a su estatura.

Es posible que esos ratos sirvieran para aliviar su conciencia de la sensación de estar traicionando al equipo, a la universidad y a sus compañeros, pero la fecha del *draft* se acercaba inexorable y la prensa especulaba abiertamente con la posible inscripción de Michael Jordan. El 26 de marzo volvió de las primeras pruebas para la selección olímpica y ofreció una rueda de prensa en la que negó haber decidido su marcha: “Mi plan es

quedarme aquí, estoy ilusionado pensando en la temporada que viene”. Los periodistas le preguntaron por Olajuwon, Ewing y los 76^{ers}, aunque a estas alturas ya se sabía quién se presentaría y quién no, y que si Jordan se presentaba al *draft* sería elegido antes de que llegara el turno de Philadelphia. “No me gustan los Sixers”, respondió. “Me gustan los Lakers.” A pesar de que Dean Smith confirmó sus palabras (“Ya ha dicho que seguirá aquí”), en realidad ya estaba trabajando para la inminente carrera profesional de sus jugadores. Ese mismo día se reunió con el agente Donald Dell, para quien trabajaba un ejecutivo llamado David Falk, y poco después vino Dick Motta de Dallas para hablar con Sam Perkins. La decisión había sido tomada semanas o meses antes, pero Jordan aún era incapaz de admitirlo.

El sábado 5 de mayo de 1984 estaba convocada una rueda de prensa a las 11 de la mañana, en la que Michael Jordan anunciaría su decisión irrevocable (el plazo para presentarse al *draft* expiraba a medianoche). Mientras se vestía, le dijo a Peterson que “aún no sé lo que voy a hacer”. Kenny Smith aún creía que no daría el salto, que si tuviera un pie en la NBA no seguiría estudiando para los exámenes; “Buzz” Peterson tenía la intuición de que ya había decidido marcharse. Hakeem Olajuwon y Charles Barkley ya se habían presentado formalmente al *draft*, Pat Ewing había anunciado que seguiría en Georgetown, sólo faltaban Jordan y Wayman Tisdale. A la hora en punto, Dean Smith declaró de manera oficial lo que ya todos suponían: “Anunciamos en este momento que Michael renunciará a su elegibilidad universitaria”. El 22 de mayo los Trail Blazers escogieron cruz y salió cara; mientras los representantes de los Rockets celebraban haber ganado el número uno, su entrenador Bill Fitch telefoneaba a Dean Smith para darle la noticia. “Si Portland hubiera ganado, iban a elegir a Hakeem Olajuwon. Yo habría ido a Houston y Sam Bowie habría terminado en Chicago” recordaría Jordan años después. “¿No es increíble? Un simple cara o cruz.”

Así, las seis primeras elecciones habían quedado definidas con tanta claridad que la prensa pudo publicarlas en detalle con antelación. “Un antiguo jugador de fútbol de siete pies procedente de Nigeria, un universitario de quinto año y 2,15 de estatura que se ha perdido dos de las tres últimas temporadas por una fractura en la pierna, y un dinámico *junior* que dicen que es la reencarnación de Julius Erving serán los tres primeros elegidos”,

publicaba el *Washington Post* junto con unas declaraciones del entrenador de Chicago: “¿Cómo se puede no elegir a un Jordan?”. El 19 de junio de 1984 se celebró la ceremonia del *draft*, que por primera vez tuvo lugar en el Madison Square Garden. El público asistente abucheó la elección de Sam Bowie con el número dos (siete horas de exámenes médicos habían asegurado a los Blazers que estaba completamente recuperado de sus lesiones) y aplaudió la de Michael Jordan con el número tres. El momento tuvo mucho de anticlimático, ya que ninguno de sus protagonistas hizo acto de presencia: los Chicago Bulls estaban representados por dos ejecutivos de bajo nivel que recibían órdenes del *general manager* Rod Thorn por vía telefónica, y Jordan estaba en Bloomington (Indiana) entrenando con la selección olímpica. Bobby Knight se negó a interrumpir los entrenamientos para que los jugadores pudieran seguir el *draft*, así que no supieron lo que había pasado hasta después. Al fin, Michael Jordan apareció en directo desde Indiana para agradecer a los Bulls la confianza depositada en él y pronunciar las típicas generalidades sobre su futuro: “No me importa jugar de alero o escolta, lo que necesite el equipo”, afirmó (uno de los pocos defectos mencionados antes del *draft* era que carecía de una posición de juego definida). “No estoy pensando en ir y estar a la altura de las expectativas, sino de hacerlo lo mejor que pueda. Tengo muchas ganas de conocer al entrenador Loughery, y muchas expectativas en su capacidad como entrenador. Espero poder contribuir a levantar al equipo.” Eso sería en otoño. De momento, Michael Jordan tenía bastante con sobrevivir a Bobby Knight y su preselección en Bloomington.

El Comité Olímpico de EE.UU. (USOC) había afrontado los preparativos de los XXIII Juegos Olímpicos de 1984 en Los Ángeles como una especie de reválida del modo de vida americano, después de los JJ.OO. de Moscú 1980. La preparación debía ser tan cuidadosa que rozara lo paranoico, y el boicot del bloque comunista⁸ hacía aún más necesario no sólo triunfar, sino arrasar de forma que dicha ausencia no restara valor a la victoria. Y si hablamos de llevar un método de trabajo hasta la obsesión entonces no cabe duda de que Bobby Knight era el entrenador idóneo. De hecho, la primera vez que Knight oyó hablar de Michael Jordan fue antes de que llegara a la universidad, y precisamente a través del programa preolímpico. Como parte de la preparación para 1984, el USOC creó el National Sports Festival en 1978. Se

trataba de una especie de miniolimpiada juvenil de ámbito nacional donde se enfrentaban equipos por regiones, y sus dos primeras ediciones se celebraron en Colorado Springs. El baloncesto fue uno de los deportes más destacados del III National Sports Festival (Syracuse, 1981) debido a la presencia del joven Patrick Ewing, pero no fue el único jugador que llamó la atención. Tim, uno de los hijos de Bobby Knight, formó parte de la organización del festival, y le dijo a su padre que había visto al que iba a ser el mejor jugador universitario del país: “Un chaval que se llama Michael Jordan, que acaba de firmar con North Carolina”. Bobby Knight llamó a Dean Smith para obtener más información, pero éste prefirió echar balones fuera: “Es de aquí cerca, de Wilmington; sólo lo hemos escogido porque es de la zona”. En uno de sus párrafos majestuosos, David Halberstam cuenta cómo en 1984 ambos entrenadores estaban examinando candidatos para la selección y se encontraron con un informe firmado por Tim. “No sé si conoces a Tim Knight”, dijo Dean Smith, “pero si él dice que estos jugadores no valen, es que no valen.”

También las competiciones internacionales de años anteriores habían servido como ensayos para los juegos: el seleccionador nacional de EE.UU. en el Mundial de 1982 en Cali fue un antiguo ayudante de Knight y el de los Juegos Panamericanos de 1983 se había incorporado al *staff* técnico de la selección olímpica. Bobby Knight estableció un sistema casi darwiniano para elegir a los miembros del equipo, según el cual se invitó a 73 jugadores universitarios que fueron pasando por una serie de cribas hasta llegar a los 12 que formaron parte de la plantilla definitiva. Teóricamente la selección debía realizarse basándose en los entrenamientos y partidillos realizados entre los candidatos, lo cual fomentaba la competitividad de los jugadores, especialmente tan cerca del *draft*. En la práctica, sin embargo, se aplicaba una combinación de criterios diferentes. Las estrellas como Michael Jordan o Pat Ewing tenían plaza virtualmente asegurada, mientras que en otros casos contaban los servicios prestados en el pasado por jugadores que habían sacrificado sus veranos acudiendo a competiciones de menor repercusión. Eso sucedía con el base Leon Wood, por ejemplo, que había corrido al rescate cuando fue convocado en el último momento para incorporarse a los Panamericanos de 1983 en sustitución de un lesionado. El comité de selección

no lo había olvidado, y sin duda tuvo mucho que ver en su inclusión en el equipo olímpico (al igual que su brillante defensa sobre Steve Alford durante la preparación). En general, el criterio más importante fue la opinión del propio Bobby Knight, al que gracias a la necesidad angustiosa de alcanzar la victoria se le otorgó un grado de autoridad y autonomía casi sin precedentes en la historia de la selección estadounidense de baloncesto, nido tradicional de camarillas y politiqueos. Así Knight pudo incluir a una serie de pivots grandes y toscos como los que solía tener en Indiana, y también a la pareja exterior formada por Vern Fleming y Alvin Robertson, dos buenos defensores pero que inicialmente no entraban en las quinielas (“del estilo de Bobby”, dijo textualmente uno de los presentes). Sobre todo, el entrenador de los Hoosiers pudo permitirse el favoritismo de convocar a Steve Alford a pesar de que sólo era un *freshman*.

La decisión más polémica de todas fue cortar a Charles Barkley. Buscando ascender puestos en el *draft*, Barkley había tomado la cancha al asalto, y junto con Jordan se había convertido en la sensación de las pruebas para el equipo. Después de ver cómo partía un tablero al hacer un mate sobre un rival, pocos pudieron entender que no formara parte de la lista final. Aún menos fueron los que creyeron las explicaciones “oficiales” sobre necesidades tácticas o carencias de tiro, ya que la sospecha generalizada es que el auténtico motivo era la incompatibilidad entre el carácter autoritario de Bobby Knight y el espíritu contestatario de Charles Barkley. Los modales del entrenador habían levantado ampollas a casi todos los jugadores; Jordan prefería destacar las similitudes entre Knight y Dean Smith (aunque puntualizando que el segundo no usaba palabrotas), pero Wayman Tisdale declaró que después de la experiencia sentía la necesidad de volver a Oklahoma, buscar a todas las personas a las que había considerado groseras y darles un abrazo. Bobby Knight había decidido sacrificar el talento puro a la disciplina y al trabajo en equipo, y Charles Barkley fue la “víctima” más conocida pero no la única. Después de uno de los últimos cortes, una furgoneta llevó a los seis jugadores descartados al aeropuerto de Indianápolis: Terry Porter, John Stockton, Karl Malone, Joe Dumars, A.C. Green y Charles Barkley. Todos ellos llegarían a la final de la NBA como titulares. Stockton miró a su alrededor: “Me gustaría poder coger a los seis que vamos aquí y enfrentarnos a seis jugadores de los

que vayan a la selección”.

Para Michael Jordan y el resto de los doce elegidos el día 14 de julio, la preparación continuaba. Bobby Knight había programado una serie de partidos contra jugadores de la NBA y había pedido especialmente a los profesionales que fueran agresivos para que la selección estuviera preparada para enfrentarse a rivales como los yugoslavos o los argentinos. En realidad, los combinados NBA no suponían un desafío real, ya que la denominación de *allstars* ocultaba el hecho de que apenas contaban con dos o tres estrellas y el resto eran suplentes o marginales; además, llegaban en baja forma física y sin la menor conjunción (Billy Cunningham, que actuó de entrenador de uno de esos combinados, se encontró totalmente solo en el pabellón a la hora a la que se había fijado el entrenamiento). La selección olímpica los venció con facilidad, pero ese mismo hecho sirvió para sacar a la luz una cierta competitividad entre los profesionales, a quienes no gustó en absoluto ver que un puñado de universitarios los dejaban en evidencia. Los partidos tuvieron momentos de tensión cuando los NBA sacaron los trucos de los veteranos, y a punto estuvieron Jordan e Ewing de llegar a las manos con sus rivales. En un curioso avance del futuro, “Magic” Johnson e Isiah Thomas parecieron no tener la mejor opinión de la actitud descarada de ese joven Michael Jordan al que gustaba exhibirse haciendo mates.

En comparación, el torneo oficial resultó casi tedioso. La superioridad de los anfitriones fue tan evidente que la revista *Sports Illustrated* otorgó al baloncesto el título de “Aburrimiento Oficial de los Juegos Olímpicos de 1984”. El convencimiento generalizado de que las demás selecciones competían por la plata quedó ilustrado en un famosísimo artículo del entrenador Aíto García Reneses escrito en 1999: “La primera vez que me impresionó Michael Jordan fue en San Diego (California) unos días antes del comienzo de los Juegos Olímpicos de Los Ángeles en 1984. Una selección de los jugadores profesionales de la NBA que estaban jugando una Liga de Verano se enfrentó a la selección olímpica de Estados Unidos. Faltando dos minutos para terminar el partido Jordan penetró junto a la línea de fondo y cuando iba a tirar, ante el peligro de un tapón, continuó su vuelo para hacer un tiro a canasta pasada. A pesar de ser frío como espectador, terminé el partido sin volver a sentarme en mi asiento, asombrado, como muchos de los allí

presentes. Recuerdo que antes de acudir a Estados Unidos le había comentado a Antonio Díaz Miguel, por entonces seleccionador español, que se debía acudir a los Juegos con la ambición de ganar a todos. ‘¿Por qué no se puede ganar a Estados Unidos si el equipo estará compuesto por jóvenes de 21 años que es posible que se pongan nerviosos?’. Menos mal que tuve ocasión de verle el día anterior al comienzo de los Juegos para decirle que se olvidase de mi comentario: no les íbamos a ganar.” Eso no impidió que Bobby Knight invocara la justicia divina ante los atropellos que se veía obligado a superar, por supuesto, pero sí hicieron que se le prestara menos atención. El entrenador estadounidense protestó por haber sido encuadrado en el grupo más difícil (a pesar de que antes del torneo había dicho que los rivales más peligrosos eran Yugoslavia e Italia, que estaban en la otra parte del cuadro), se enfrentó con todos los árbitros con los que se cruzó y obligó a Michael Jordan a disculparse ante sus compañeros por su mala actuación contra Alemania aunque se le saltaran las lágrimas. Pero cuando Bobby Knight giró la pizarra en la que iba a anotar sus últimos comentarios antes de la final, se encontró con una nota escrita por el jugador: “Entrenador, después de toda la mierda que hemos tenido que pasar, no hay forma de que perdamos hoy”.

No era arrogancia. La selección estadounidense arrasó a casi todos sus rivales a pesar de que Bobby Knight mantenía un férreo control del juego y se negaba a dar libertad o continuidad a sus mejores anotadores. Incluso el marcador del partido contra Alemania fue engañoso, ya que para remontar hasta una diferencia honrosa los germanos se limitaron a encerrarse y abdicar de cualquier intento de ir a por la victoria. Sólo España pudo plantarles cara, y llegó incluso a ir por delante en la primera parte de su enfrentamiento en la fase de grupos. Pero Bobby Knight arengó a sus “tropas” durante el descanso, y con un dominio abrumador del rebote destrozaron a los españoles en la segunda parte. En la final no hubo partido, ya que la selección española se lo tomó como una celebración de su medalla de plata, aunque Díaz Miguel intentó protestar por un arbitraje que, en su opinión, se había amedrentado después de señalarle una técnica al incendiario técnico local. Bobby Knight había intentado inculcar a sus jugadores una perspectiva histórica sobre lo que significaba representar a su país, y para ello había recurrido a grandes figuras del pasado como Pete Newell (entrenador de la legendaria selección de 1960

en Roma) o a los primeros medallistas de 1936 en Berlín. Cuando terminó la final y sus jugadores intentaron alzarlo en hombros, señaló a uno de sus asesores: Hank Iba, seleccionador nacional de Munich'72.

⁷ El *general manager* de una franquicia es normalmente el responsable de las decisiones relativas a los fichajes o traspasos de jugadores.

⁸ Según Alexander Wolff en *Sports Illustrated*, los seleccionadores soviético y estadounidense se encontraron en el preolímpico de París en mayo de 1984. Bobby Knight, furibundo anticomunista, escribió en su libreta las palabras “Moscú” y “Los Ángeles” unidas por una flecha: “Esto ha llevado a esto. Nos culpo a nosotros más que a vosotros”.

Chicago, 1984

Dios sabe que ¡vaya si necesitamos refuerzos!

Los Chicago Bulls eran una franquicia cuya mejor época se remontaba a mediados de los setenta con Dick Motta, cuando llegaron a aspirar al anillo de la mano de Chet Walker, Norm Van Lier y Jerry Sloan. Pero una combinación de malas temporadas y peores elecciones en el *draft* los habían atrapado en un ciclo de derrotas que duraba ya diez años. El mejor ejemplo de la mala suerte que parecía perseguirles se produjo en 1979, cuando participaron en el cara o cruz que determinaría el número uno del *draft*. Los Lakers ganaron y escogieron a “Magic” Johnson, los Bulls perdieron y se quedaron con David Greenwood, un ala-pívot de fama universitaria pero rendimiento mediocre. Algunas elecciones fracasaron debido a lesiones, como Ronnie Lester; otras por problemas de disciplina, como Quintin Dailey, y la mayoría por no ser capaces de dar el salto al baloncesto profesional, como Greenwood, Ennis Whatley o Sidney Green. Para colmo, una de las pocas que sí rindió como se esperaba también trajo más disgustos que alegrías. Reggie Theus era la estrella del equipo, un escolta anotador de talento indudable pero también indisciplinado y poco defensor, que prefería pasar la pretemporada exigiendo una mejora de contrato en lugar de trabajar. El entrenador Kevin Loughery se enfrentó con el jugador, y a pesar de que éste contaba con el apoyo de los propietarios y de la grada primero lo relegó a la suplencia y luego terminó traspasándolo. Algunos lo interpretaron como una señal de que el equipo buscaba el remedio del *draft*, ya los únicos jugadores destacados que quedaban eran el acrobático alero Orlando Woolridge y el escolta Quintin Dailey, que pasaba más tiempo de baja que en la cancha.

Irónicamente los Bulls terminaron viéndose beneficiados de estar en peor situación que Sixers o Blazers, ya que en su caso necesitaban refuerzos en casi todas las posiciones y sólo debían buscar al mejor jugador a su alcance. Eso

no significa que no fueran agudamente conscientes de que el equipo necesitaba un pívot desde la marcha de Artis Gilmore y que la colección de jornaleros que tenían no daba la talla, pero el *general manager* Rod Thorn tenía pocas esperanzas de encontrar alivio en el *draft*. Incluso si Olajuwon y Ewing decidieran presentarse a la vez en ningún caso caerían hasta la elección de los Bulls, y los demás hombres altos disponibles no le ofrecían confianza. Sam Bowie no le parecía una futura estrella y la mala experiencia con Lester le hacía desconfiar de seleccionar a universitarios con historial de lesiones; Turpin y Barkley amenazaban con repetir los problemas extradeporativos de Dailey, y la actitud de Perkins recordaba demasiado a la de Sid Green. Los Bulls intentaron usar su elección de *draft* para conseguir a un buen pívot en un intercambio, pero los Sonics rechazaron la oferta por Jack Sikma. Una posibilidad que estuvo a punto de realizarse estuvo relacionada con Terry Cummings, un alero de gran nivel al que una cardiomiopatía había puesto en el mercado. En principio iba a venir a cambio de Dailey y Greenwood, pero la gerencia de los Bulls tuvo dudas y fue entonces cuando se habló de un traspaso a tres bandas por el cual recibirían al alero Terry Cummings y al pívot James Donaldson a cambio de la primera ronda del *draft*. Los Bulls se salvaron en el último momento cuando los Clippers se echaron atrás al recibir una oferta de nada menos que Julius Erving. Los Bulls siguieron buscando incluso después del *draft*, e intentaron sin éxito conseguir a “Tree” Rollins de los Hawks o contratar al agente libre Joe Barry Carroll.

La situación dio un giro radical después del cara o cruz, cuando se hizo público que los Blazers optaban por Bowie y que por tanto Michael Jordan estaría disponible para unos Bulls que ya habían puesto proa al número 3 sentando a Woolridge por una supuesta lesión y perdiendo 14 de sus últimos 15 partidos. No es que no existieran dudas sobre Jordan, en particular sobre su posición (le faltaba tiro para jugar de escolta y altura para jugar de alero, se decía) o la dificultad de evaluarlo viniendo de un sistema tan estructurado que hacía que algunos jugadores parecieran mejores o peores de lo que eran en realidad. “Había jugado en North Carolina con Dean Smith, y su talento quedó oculto allí”, intentarían explicar Stu Inman. “Incluso en la selección estaba tapado. Nunca dudamos de que era muy bueno, pero yo me preguntaba ¿dónde va a jugar?” Rod Thorn tenía la ventaja de ser amigo de Billy Cunningham y

conocía su opinión al respecto. De hecho, Thorn y el entrenador Kevin Loughery pertenecían al reducido grupo de individuos que habían sido invitados a North Carolina en varias ocasiones a pesar de no pertenecer a “la familia”. Si Dean Smith había considerado a Chicago como un buen destino para Jordan era porque creía que una franquicia situada en una de las principales ciudades del país terminaría repuntando antes o después, especialmente con gente como Thorn. Smith le proporcionó cintas de partidos de los Tar Heels y su visionado tuvo un efecto similar al de una máquina del tiempo. Volvía a ser 1973, Kevin Loughery era el entrenador de los New York Nets de la ABA y Rod Thorn su ayudante, y acababan de conseguir a Julius Erving, el Dr. J. A pesar de que no estaban seguros de que Jordan fuera a convertirse en una estrella de ese calibre, sí que quedaron convencidos de que era un jugador especial, que atraería al público y podría sacar a los Bulls de la oscuridad. Aún no sabían que los propietarios de la franquicia habían alcanzado un acuerdo secreto para vendérsela a un millonario llamado Jerry Reinsdorf, pero los ejecutivos sabían que la situación era desesperada y no tenían tiempo de seleccionar a un proyecto de hombre alto que no cuajaría hasta que todos ellos hubieran sido despedidos.

Fue ese convencimiento el que llevó a Rod Thorn a rechazar todas las ofertas que recibió por los derechos sobre Michael Jordan, por muy tentadoras que fueran. Y lo eran, ya que Dallas ofrecía a Mark Aguirre, una estrella local de Chicago que venía de ser el segundo máximo anotador de la NBA. “Rod nos dijo: ‘Es una oferta más que justa, pero tengo una intuición especial sobre Michael Jordan’”, declaró Rick Sund, entonces *general manager* de los Dallas Mavericks. “Rod ni siquiera dudó. Estaba seguro.” Los Sixers de Billy Cunningham también fueron a por Jordan, y ofrecieron a Andrew Toney más su propia elección de primera ronda. Toney era un escolta *allstar* que aún no había empezado con las lesiones que acabarían con su carrera, y con ese número 5 del *draft* permitiría que los Bulls se reforzaran con dos titulares. Pero cada nueva oferta hacía que Thorn se aferrara con más fuerza a su elección, convencido de que demostraban que Michael Jordan valía aún más de lo que pensaban. “Mi opinión y la opinión generalizada era que Michael sería un muy buen jugador, pero nunca imaginé que sería tan bueno. Queríamos a Olajuwon. Ése era el que queríamos”, recordaría. Quizá la clave de su

“heroica resistencia” residiera en un rumor de la prensa tejana según el cual los Rockets se podrían plantear ofrecer a Ralph Sampson (redundante con la llegada de Olajuwon) a cambio de Jordan. Rod Thorn admite que hubiera aceptado de inmediato, pero no pasó de ser una especulación que Houston no llegó a considerar en serio.

Los Sixers hicieron un último intento, poniendo sobre la mesa una oferta próxima a la desesperación. Poco antes del *draft* se había filtrado a la prensa que estaban en tratos con los Clippers para cambiar a Terry Cummings por Julius Erving, y la reacción popular había sido tan negativa que les obligó a dar marcha atrás. El Dr. J era un mito en Philadelphia, aún jugaba a nivel de estrella y cambiarlo por otro jugador sólo porque fuera más joven era inaceptable. Pese a ello, pocos días después el propietario de los Sixers se arriesgó a incurrir de nuevo en la ira de la ciudad cuando se puso en contacto con el de los Bulls para ofrecerle a Erving más una futura primera ronda a cambio de Jordan. En términos deportivos al Dr. J sólo le quedaban un par de temporadas, pero en términos publicitarios se trataba de una de las estrellas con mayor tirón. No está claro si fue Rod Thorn el que rechazó la oferta o fueron directamente los propietarios de la franquicia, pero la respuesta fue inequívoca: Michael Jordan jugaría en los Bulls. En cambio, la elección de segunda ronda no llegaría a firmar con el club; curiosamente, se trataba de un viejo conocido de Jordan, el pívot Ben Coleman de Maryland, con el que tuviera más que palabras. Coleman terminó en Italia, aunque la causa más probable fue la baja definitiva de Ronnie Lester y la necesidad de fichar un base.

La actitud inicial de la franquicia reflejaba la mezcla de miedo y esperanza que representaba la llegada del jugador y el temor de levantar unas expectativas irreales que aún no estaba preparado para sobrellevar. “Nos gustaría que midiera siete pies, pero no los mide. Sencillamente, no había ningún pívot disponible. ¿Qué podíamos hacer?”, declaró Rod Thorn, intentando mantener un tono de normalidad. “Si hubiéramos podido elegir entre Bowie y Jordan, aun así hubiéramos escogido a Jordan. Pero el gran premio era Olajuwon. Jordan es muy bueno en ataque, pero aún no es determinante.” Esa llamada a la cordura contrastaba con la campaña publicitaria a toda página que lanzó el equipo, basada en una antigua película

titulada *Aquí llega el Sr. Jordan* (conocida como *El cielo puede esperar* en un *remake* posterior). Michael Jordan llegó a Chicago sin saber más que era una gran ciudad, desconocida y amenazadora para un chico de pueblo como él. Su madre tuvo que venir los primeros meses para prepararle la casa, y posteriormente vivió durante una temporada con su primer amigo en Chicago, George Koestler. Koestler era el propietario y chófer de un diminuto negocio de limusinas que recogía viajeros del aeropuerto y que tuvo la fortuna de que un cliente lo dejara colgado una noche. “Fui al aeropuerto a recoger a un cliente y no se presentó. Recibí una llamada para esperarlo en el vuelo de las 5 y luego en el de las 7:30. Cuando salió el piloto del avión de las 7:30 pregunté si quedaban más pasajeros. Me dijo que sólo quedaba uno.” Esperó a ver si era su cliente, pero resultó ser ese jugador de baloncesto del que hablaban las noticias. “Eres Larry Jordan, el *rookie*⁹ de North Carolina, ¿verdad?”. Michael, le corrigió, no Larry. “Estaba esperando a un cliente que no se ha presentado. Te llevo a donde quieras por \$25.” Jordan aceptó, y al despedirse George Koestler le dejó su tarjeta por si necesitaba sus servicios. Unas semanas después Michael Jordan lo llamó para que fuera a recoger a su madre al aeropuerto, y Koestler terminó convirtiéndose en una mezcla de chófer, guardaespaldas y amigo, cuya labor era servir de separación entre Jordan y la nube de desconocidos que intentaban aproximarse a la estrella.

La pretemporada estuvo llena de sorpresas para Michael Jordan, como el famoso hotel Lincolnwood Hyatt (“Nunca antes había visto un edificio púrpura”) o las miserias de la NBA de la época, como los entrenamientos en el Guardian Angel High School, un orfanato transformado en instituto. La mayor sorpresa pudo ser que apenas llegar fue designado como estrella del equipo. Durante el resto de su carrera, después incluso de ganar anillos de la mano de Phil Jackson, Jordan siguió diciendo que el mejor entrenador que había tenido en la NBA era Kevin Loughery¹⁰: “Me dio la confianza necesaria para jugar a este nivel. En mi primer año me dio el balón y me dijo ‘chico, sé que sabes jugar, sal y juega.’ No creo que hubiera pasado lo mismo con otro entrenador”. Al igual que en la universidad, Jordan llegó a la NBA inseguro de sus capacidades y agradeció esa confianza por parte de su entrenador. También le sorprendió cómo sus compañeros más veteranos aceptaron ese reconocimiento de un recién llegado, especialmente Orlando Woolridge o

Steve Johnson. Jordan llegaba de North Carolina donde la veteranía era un grado, pero aprendió que en la liga profesional lo único importante eran las habilidades y el rendimiento. Desde el primer día Kevin Loughery aplicó un sistema diseñado para que Michael Jordan recibiera el balón cada jugada, aunque también tuvo que bregar con la desbordante competitividad del recién llegado. Después de cada sesión, entrenador y jugador se quedaban jugando al “burro” para mejorar su tiro exterior, pero las partidas se eternizaban porque normalmente ganaba Loughery, que había sido un muy buen tirador, y Jordan se negaba a irse hasta remontar. Los primeros días hubo que dar por terminado el entrenamiento antes de hora porque Michael Jordan imprimía un ritmo que los dejaba agotados. Para alargar los entrenamientos Loughery recurrió a un truco que otros entrenadores habían usado: cambiar de equipo a Jordan cuando estaba a punto de ganar para que tuviera que remontar la ventaja que acababa de conseguir. Eso enfurecía al jugador, pero enfocaba su ira para terminar ganando. “Si le pongo con los titulares, ganan. Si le pongo con la segunda unidad, ganan. Si le pongo en el quinteto atacante, anotan. Si le pongo en el quinteto defensivo, frenan a los atacantes. No importa lo que haga con Michael, su equipo gana siempre.” Años después, durante un partido contra un equipo entrenado por Kevin Loughery, Jordan lideró la remontada para llevarse la victoria. “Es como estar de vuelta en Guardian Angel ¿verdad, entrenador?”, dijo al pasar por delante del banquillo.

Incluso los compañeros menos predispuestos a aceptar su llegada, como Quintin Dailey, tuvieron que rendirse a la evidencia. Dailey venía de ser el escolta titular y veía cómo ese recién llegado iba a mandarlo al banquillo, así que durante los entrenamientos se empleó a fondo intentando usar su fuerza y experiencia para castigar físicamente al novato. Lo único que consiguió fue que la reputación de Jordan saliera reforzada después de superar el desafío a base de jugadas brillantes, como saltar y machacar su propio tiro fallado. Una de ellas fue un avance del movimiento que se convertiría en su canasta más publicitada: Michael Jordan volaba hacia el aro para el mate cuando recibió el contacto de la defensa, así que hizo un giro de 180° y anotó la bandeja en aro pasado. “Michael es buenísimo”, declaró Dailey, “pero no le contéis que os lo he dicho.” Por su parte, Jordan intentaba rebajar las expectativas de la prensa: “Me gustaría llegar a jugar al menos un *All Star*”.

A pesar de que la llegada de Jordan había disparado las expectativas entre los aficionados que seguían al equipo, la atención de la ciudad estaba centrada en los *playoffs* de béisbol de los Chicago Cubs. Apenas 2.100 fans acudieron al debut de Michael Jordan en el primer partido de pretemporada, jugado en el Peoria Civic Center frente a los Indiana Pacers. Jordan empezó en el banquillo y terminó jugando 29 minutos alternando las posiciones de base, escolta, alero y ala-pívot. Kevin Loughery le pidió que se centrara en ayudar en los tableros, y terminó con unos números interesantes pero “terrenales”: 18 puntos y 8 rebotes en una victoria por 102-98. Fue en el segundo partido de exhibición, en St. Louis contra los Kansas City Kings, en el que se produjo el primer avistamiento del Michael Jordan que había llegado a la NBA. Anotó 10 de sus 11 tiros de campo, y terminó con 32 puntos para derrotar a los Kings por 107-100. “No lleva ni un mes en la liga y los árbitros ya lo tratan como si fuera un dios”, protestó el base Larry Drew en referencia a una supuesta tolerancia arbitral para con sus pasos de salida. La vuelta a Chicago después de esa exhibición desató la jordanmanía. Una muchedumbre de aficionados asistió a los dos partidos contra los Milwaukee Bucks jugados en el instituto East Chicago Washington High School (ganaron el primero y perdieron el segundo). A continuación vino la gira por Nueva York contra los Knicks, primero en Glens Falls ante 6.500 espectadores y luego en el Madison Square Garden con 16.000 aficionados en las gradas, para terminar con el debut en el Chicago Stadium con una decepcionante derrota contra los Kings. “Lo que diferencia a Michael Jordan es su elevación, la capacidad de pasar el balón estando en el aire”, declaró el entrenador de los Knicks, Hubie Brown. “En los doce años que llevo en la liga no había visto a nadie capaz de pasar el balón desde esa altura.” Durante los Juegos, Bobby Knight había intentado corregir su costumbre de saltar primero y decidir después, hasta que comprobó su capacidad de pase en el salto.

Para entonces ya importaba poco si Jordan había jugado bien como frente a los Knicks o mal como frente a los Kings. Prensa y aficionados se habían rendido a sus pies, y cada partido y entrenamiento suponía encontrar a una nube de chavales pidiendo autógrafos y una cola de periodistas esperando turno. Un día era un fotógrafo del *Washington Post*, al siguiente la portada del número de *The Sporting News* dedicado a la NBA y al otro un reportaje con el

que la CBS inauguraría las retransmisiones de la temporada. Luego había que encontrar un momento para filmar un anuncio o recibir su nuevo y flamante BMW, y siempre las masas de aficionados a la entrada del hotel, a la salida del pabellón o alrededor del autobús. “Escolta policial, cámaras de televisión...es como formar parte del *tour* de Michael Jackson, él es Michael y nosotros los otros Jacksons”, declaró Orlando Woolridge después de la gira por Nueva York. Esta situación fue aumentando el distanciamiento entre Jordan y sus compañeros que había estado presente casi desde el comienzo. Después del primer amistoso que jugaron contra los Pacers, Jordan fue invitado a una fiesta en la habitación de hotel de uno de los miembros de la plantilla. El ambiente que se encontró, con jugadores borrachos consumiendo cocaína a plena vista, le repelió hasta el extremo de no volver a intentar socializar con sus compañeros. Michael Jordan consideraba ese comportamiento como la mayor falta de profesionalidad de un deportista, una ausencia de compromiso con la búsqueda de la victoria que debía presidir sus vidas. No se trataba de un prejuicio moral (Jordan no ponía reparos a la promiscuidad sexual, por ejemplo), sino del convencimiento de que incluso vicios socialmente aceptados como el alcohol y el tabaco suponían un abandono para un deportista, una deserción en la lucha por el triunfo. Para sus compañeros esa actitud suponía asumir una especie de superioridad moral cercana a la hipocresía. Admiraban su actitud en los entrenamientos y su superioridad era incontestable, pero en lo personal sus compañeros sentían que la lejanía aumentaba con cada entrevista, contrato publicitario y autógrafo. Jordan parecía presumir hasta de su apariencia diferente, con sus estafalarias zapatillas Nike y su costumbre de llevar las calzonas de North Carolina debajo del uniforme de los Bulls. “Tanto rojo es el color del diablo”, bromeaba. “El azul es el color del cielo.” El rojo era también el color de su nuevo equipo y el de sus compañeros.

Tampoco ayudaba la presencia constante de Howard “H” White, un ex jugador asignado por Nike para proteger su inversión. Su trabajo (al que posteriormente se sumaría el chófer George Koehler) era servir de intermediario entre Jordan y todos aquellos que intentaban aproximarse a él, especialmente quienes venían a pedirle dinero o a solicitar su participación en empresas de resultado dudoso. White era el encargado de poner mala cara y

ser cortante si era necesario, haciendo preguntas directas y comprobando la solidez de los proyectos. La popularidad inesperada agobiaba a Michael Jordan, aunque también tenía aspectos más agradables, como por ejemplo su éxito entre las mujeres. Ya había descubierto su atractivo durante los Juegos Olímpicos, cuando tuvo que esconder a la medallista Kim Gallagher en un armario para evitar que Bobby Knight la descubriera en su cuarto, pero no estaba preparado para la vida nocturna en la NBA. “Estamos hablando de que te persiguen algunas de las mujeres más hermosas del mundo”, explicaba Howard White. Jordan empezó a tener que organizarse antes de los partidos para comprobar que las chicas a las que había invitado recibían entradas para zonas diferentes del pabellón, y en un famoso incidente que provocó chistes durante meses una joven se tumbó delante de su coche exigiéndole un beso.

Sin embargo, sí hubo un jugador de los Bulls que atravesó la barrera formada por la insistencia de los fans, el favoritismo de los medios y la presencia de Howard White. Lo primero que llamó la atención de Rod Higgins fue lo mismo que había sorprendido a los demás: la actitud de Jordan en los entrenamientos. “No podías evitar darte cuenta de que era diferente de los que ya formábamos parte de los Bulls. Sus hábitos de entrenamiento no tenían parangón.” Rod Higgins era un alero suplente elegido en segunda ronda del *draft*, así que había tenido que ganarse su presencia en la plantilla a base de trabajo y constancia. También era una persona con profundos valores religiosos que lo mantenían al margen del ambiente de desenfreno que había hecho famosos a los Bulls, aunque le gustaba el billar y había instalado una mesa en el sótano de su casa. Eran almas gemelas. A pesar de la pompa y circunstancia que lo rodeaba, Higgins veía a Jordan como una persona normal a la que aún no le había afectado la fama y la riqueza. Por su parte, Jordan veía a Higgins como un jugador de talento limitado pero dispuesto a entregarse, con el que derrotaba a los titulares en los partidos de entrenamiento. En menos de una semana Rod Higgins lo había invitado a cenar con su familia, un gesto poco habitual en el entorno profesional. “Lo que más necesito ahora mismo es una cena casera”, confesó Michael Jordan. Buscó su primera casa en la misma zona residencial que Higgins y se compró también una mesa de billar.

Por fin, la NBA. El 26 de octubre de 1984 Michael Jordan jugó su primer

partido con los Chicago Bulls, en casa contra los Washington Bullets (posteriormente cambiaron su nombre a Wizards, la franquicia en la que terminaría su carrera). Al igual que en su debut universitario, Jordan parecía nervioso, con ganas de agradar hasta el extremo de pasar el balón en varias ocasiones cuando tenía posición de tiro. Como en tantas pachangas jugadas en Chapel Hill, enfrente estaba Dudley Bradley, un ex jugador de North Carolina con fama de gran defensor. Entre los nervios y el rival su actuación no pasó de mediocre, con demasiados fallos en el tiro (5 de 16) y cinco pérdidas de balón para terminar con 16 puntos y 6 rebotes. La jugada más destacada fue una penetración frenada en falta por el rocoso pívot Jeff Ruland¹¹, que lo dejó tendido sobre el parqué mientras el estadio entero contenía el aliento. Jordan se levantó, anotó los tiros libres y en el siguiente ataque volvió a encarar a Ruland. Los Bulls ganaron cómodamente por 109-93 gracias a Orlando Woolridge y Steve Johnson, pero después del partido vieron cómo todos los aplausos del público y las alabanzas de los periódicos fueron para Michael Jordan, que notó que cuando Ruland lo derribó, ninguno de sus compañeros dio un paso adelante para defenderle.

La noche siguiente en Milwaukee empezó como había terminado el primer partido, con un Jordan dubitativo buscando más el pase que la canasta y viéndose superado por el rival, en este caso Sidney Moncrieff. Hasta que en el segundo cuarto se produjo una jugada que cambió totalmente su actitud: Michael Jordan capturó un rebote en defensa, corrió el contraataque y penetró a canasta ejecutando una serie de cambios de mano que dejaron clavado al defensor. La bandeja no entró, pero los Bulls recuperaron el rebote y el balón volvió a Jordan, que remontó la línea de fondo y anotó de manera espectacular a aro pasado. Esa jugada no sólo puso en pie a los espectadores, sino que además hizo despertar al mejor Michael Jordan. A partir de entonces se sucedieron las bandejas, los mates y los *alley-oops* hasta sumar 21 puntos. Aunque los Bucks remontaron de la mano de Terry Cummings y terminaron venciendo por 106-108 cuando el último tiro de Jordan no tocó ni aro, todos los presentes pudieron comprobar que el *rookie* había desembarcado en la NBA. En el último cuarto, con el marcador en un puño, Jordan robó un balón en defensa y voló hacia el aro sin oposición. En el banquillo local estaba Mike Dunleavy¹², un veterano escolta que apuraba los últimos momentos de su

carrera como jugador antes de dar el salto a un puesto como técnico (en la primera final de los Bulls, 1991, contra Lakers, el entrenador rival sería precisamente Dunleavy), y cuando vio que Jordan saltaba casi desde el tiro libre le comentó a un compañero: “Va a cometer su primer error de novato”. El espectacular mate que culminó la jugada le hizo plantearse que quizás el error no lo había cometido el novato.

Estos dos partidos fueron el prólogo del auténtico debut de Michael Jordan el 29 de octubre, de vuelta en Chicago y otra vez contra los Bucks. Se había corrido la voz de su vistosa actuación en Milwaukee y estaba prevista la asistencia nada menos que de David Stern, el flamante nuevo comisionado de la NBA, a quien entrevistó el comentarista Johnny “Red” Kerr en el descanso. “¿Que para qué he venido a Chicago?”, declaró Stern, “para lo mismo que los demás, para ver a Michael Jordan”. El partido no decepcionó, y la primera parte fue un constante toma y daca entre Woolridge y Jordan por parte de los locales, frente a Cummings y Moncrieff por los visitantes. Pero en el tercer cuarto Jordan hubo de irse al banquillo para protegerse debido a sus cuatro faltas personales, y los Bucks tomaron la delantera. A pesar de su vuelta a la cancha en el último cuarto, a falta de cinco minutos la desventaja de los Bulls oscilaba entre los seis y ocho puntos. Fue entonces cuando Michael Jordan tomó el control absoluto del partido por primera vez en su joven carrera profesional; empezó a multiplicarse en defensa usando su velocidad para robar pases y su salto para capturar rebotes, y en ataque comenzó a bajar para recibir el balón directamente del saque, subirlo y hacer jugada. “Vi que Sidney Moncrieff estaba cojeando un poco, y eso me daba la oportunidad de penetrar y anotar”, declaró tras el partido. Sumó la friolera de 18 puntos en esos últimos cinco minutos, y dos jugadas muy parecidas en el último minuto provocaron una explosión de entusiasmo del público de Chicago: estando dos puntos abajo, Jordan atravesó todo el quinteto rival, recibió bajo el aro la sexta falta de Alton Lister (un inmenso pívot taponador de siete pies) y anotó de manera acrobática para sumar un 2+1 que ponía a los Bulls por delante; en la jugada siguiente Jordan volvió a atravesar la zona a pesar de que los cinco jugadores de los Bucks se cerraron sobre él, recibió la falta y consiguió anotar ante la desesperación de Don Nelson, el entrenador de Milwaukee. Una crónica del partido describiría este último minuto como una rueda de

reconocimiento por la que Nelson hizo desfilar a toda su plantilla buscando un quinteto que fuera capaz de frenar a Michael Jordan. Al final, victoria por 116-110 con 37 puntos, 5 rebotes, 4 asistencias y 2 tapones de un Jordan que había batido el récord de la franquicia al anotar veintidós puntos en un cuarto.

Más allá de los fríos números, superados dos semanas después con 45 puntos frente a los Spurs, la trascendencia del partido vino del dominio que había exhibido Jordan, tomando el control del juego sin que pudieran hacer nada ni Sidney Moncrieff (elegido mejor defensor de la NBA pocos meses antes), ni todos sus compañeros juntos. “No pudimos hacer nada con él”, se lamentaba Nelson. “Intentamos hacerle un dos contra uno y saltaba por encima de la defensa.” El propio Jordan lo recordaría posteriormente como el momento en el que anunció que los días de aceptar las derrotas como inevitables habían terminado para los Chicago Bulls. “Cuando vine a Chicago para el examen físico, Rod y Orlando me hablaron de la actitud derrotista del equipo. Decían que cada vez que lograban una ventaja de 10-12 puntos empezaban a pensar que el rival les iba a remontar”, recordó Jordan. El partido contra los Bucks era de ese tipo. “Íbamos nueve puntos abajo en el último cuarto, y todo el mundo daba el partido por perdido. Entonces Loughery me puso a prueba igual que en los entrenamientos, para ver si yo era capaz de aplicar ese mismo nivel de energía a un partido que parecía estar fuera de alcance. Empezó a marcar todas las jugadas para mí, y se podía sentir que el partido estaba cambiando. Los fans empezaron a animarse, y los nueve puntos se convirtieron en seis, y los seis en dos. Antes de darte cuenta estábamos por delante, y terminamos ganando por seis puntos. Puedo decir con sinceridad que es cuando sentí que me había ganado los galones y la ciudad de Chicago empezó a creer que podíamos cambiar la suerte de los Bulls. Ningún partido estaba perdido mientras yo estuviera en la cancha.”

El fugaz liderato de los Bulls en la NBA era una anécdota, pero esa costumbre de ganar partidos no. Habían pasado del segundo peor récord de la liga la temporada anterior a verse firmemente atrincherados en el 50% de victorias. La franquicia no tardó en lanzar una campaña en televisión basada en la figura de Jordan avanzando hacia el aro con el eslogan “Una nueva raza de toros” para indicar la nueva etapa, y la presencia del equipo en los medios se multiplicó debido al florecimiento de la televisión por cable en el país.

Además del nuevo contrato que había firmado la NBA con la TBS y que cubría casi el doble de partidos que el anterior, en Chicago se había iniciado una extraña aventura televisiva llamada SportsVision. Esta televisión de pago era *casualmente* una creación de Jerry Reinsdorf, el propietario del equipo de béisbol que había acordado ya la compra de los Bulls, y ambos equipos figuraban de manera destacada en su programación. De hecho, fueron los locutores de esta cadena quienes pusieron a Jordan su primer apodo en la NBA: *captain marvel* (afortunadamente no llegó a cuajar y el lanzamiento de las *air jordan* de Nike zanjó el tema). Aunque la aventura de SportVision tuvo un final poco satisfactorio, durante su existencia sirvió para que estos “nuevos y mejorados” Bulls llegaran a una audiencia considerable. No era un caso aislado, sino que por todo el país estaban arrancando iniciativas similares que apostaban por las retransmisiones deportivas como reclamo. Por ejemplo, para el debut oficial de Michael Jordan en el Madison Square Garden la cadena local de cable preparó un programa especial que incluía un reportaje sobre su carrera universitaria y una entrevista que se emitió durante el descanso. Eso provocó que el comisionado David Stern pidiera a la TBS que modificara su planificación para incluir más partidos de los Bulls y competir así con las emisoras locales. La asistencia al Chicago Stadium se duplicó, aunque considerando las cifras anteriores tampoco era tan difícil; incluso con Jordan, el pabellón sólo se llenaba cuando jugaban los grandes de la NBA, y a veces ni siquiera se llegaban a cubrir las promociones en las que se ofrecían obsequios o descuentos a los primeros 10.000 asistentes. Pero aun así suponía una mejora dramática en comparación con la temporada 83-84, y además el signo más esperanzador era el cambio de actitud de los aficionados, que de la resignación y la desesperanza habían pasado al entusiasmo y a la aclamación.

Esa respuesta de la grada no se limitaba a Chicago. Su primera visita a Detroit supuso un espectacular mano a mano entre Isiah Thomas y Michael Jordan que terminó con victoria para los Bulls por 122-118, y lo más llamativo fue la manera en la que el público local terminó aclamando las acciones más brillantes del *rookie* incluyendo un salvaje tapón sobre Isiah. “Después del mate sobre Terry Tyler”, comentó el *trainer* de los Bulls, “úos en chaqueta y corbata se levantaron para chocar los cinco.” La noche siguiente fueron 33 puntos en una paliza a los Knicks, y el tercer cuarto terminó con el

público del Garden puesto en pie después de que Jordan rematara su gran actuación con su ya famoso *rock-a-bye-baby dunk* (este mate era tan conocido que Jordan lo llamaba su *magazine dunk*). En Oakland los aficionados corearon el nombre de Jordan para que su entrenador lo volviera a sacar a la cancha mientras los Warriors intentaban, y el 30 de noviembre en Los Ángeles fue lo nunca visto: a pesar de que los Bulls visitarían a los Lakers sólo 48 horas después, Jack Nicholson fue incapaz de esperar y desertó del Forum de Inglewood (donde jugaban George Gervin y los Spurs) para asistir al partido de Jordan contra los Clippers. No fue una de sus mejores actuaciones y se vio superado en ambos lados de la cancha por Derek Smith, que se fue a los 33 puntos. Pero Nicholson no se vio decepcionado cuando Jordan empezó el partido con una bandeja a tablero por encima de Bill Walton, y lo sentenció en el último minuto con una jugada marca de la casa, en la que culminó un contraataque con una bandeja a pesar del abrazo de Smith para sumar así un 2+1. Después de eso, tuvo que salir del pabellón en una furgoneta para esquivar a la muchedumbre de fans que rodeaba el estadio. Dos días después los Bulls vencieron a los Lakers de “Magic” Johnson y Abdul-Jabbar en su propio pabellón, y Jerry West declaró: “Es el único jugador que me recuerda a mí”.

A principios de diciembre de 1984 los Chicago Bulls iban 13-9 empatados con los Milwaukee Bucks en la cabeza de la División Central. El equipo explotaba su velocidad en todas las posiciones, y en estático recurrían a la jugada número 1, llamada “cuatro abajo”: un aclarado en la cabeza de la zona con los otros cuatro jugadores alineados cerca de la línea de fondo. Los más veteranos la recordaban como una de las favoritas de Kevin Loughery desde sus tiempos en la ABA, cuando el espectacular “Super” John Williamson la usaba para encarar a su defensor. En los Bulls la podía ejecutar cualquiera de los exteriores ya que todos penetraban bien, pero normalmente el elegido era Michael Jordan. Podía atacar el aro y culminar el mate si la defensa no le cerraba el paso, o aguantar el contacto y aun así soltar una bandeja que con frecuencia suponía un 2+1 (según el comentarista “Red” Kerr, Jordan usaba el truco de darse una palmada en el muslo con la mano izquierda mientras dejaba el balón con la derecha, para que el sonido engañara al árbitro si no tenía buena visión de la jugada). Y si el rival se cerraba sobre él, aun quedaba su

notable capacidad de pase en el aire. Stan Albeck, entonces en los Nets y pocos meses después entrenador de los Bulls, reconocía su sorpresa por esta faceta de Jordan: “Es capaz de aguantar en el aire para superar el dos contra uno, y tiene una habilidad innata para hacer llegar el balón al jugador desmarcado sin importar dónde se encuentre. Apenas se habla de esta parte de su juego”. La mayor sorpresa residía en su tiro exterior, que superó las dudas con las que llegó a la liga y resultó ser un arma casi infalible desde cinco metros. A pesar de que Olajuwon prometía llegar aún más lejos de lo que esperaban los Rockets y de que Bowie se había adaptado bien a los Blazers, nadie discutía que Chicago había sido el gran triunfador del *draft*.

El sueño terminó ahí. Cinco derrotas consecutivas cercenaron las esperanzas de disputarles a los Bucks el título de la División y devolvieron a los Bulls a la lucha por mantener el 50% de victorias. Esta racha negativa no era casual, y se debía en buena parte a que los rivales habían tenido tiempo para reponerse de la sorpresa inicial e ir explotando los puntos débiles de Chicago. Loughery había estado jugando con fuego al apostar por el juego rápido y los marcadores abultados con un equipo que no destacaba por su defensa ni por su fortaleza reboteadora. La idea era maquillar esas carencias mediante una defensa presionante que buscara los robos de balón y evitara depender del juego en estático, pero que los demás equipos se dieran cuenta era cuestión de tiempo. Especialmente dramática era la situación de los Bulls en la zona, que llegó a provocar un desafío público por parte de Michael Jordan cuando anunció a la prensa que iba a intentar liderar al equipo en rebotes en un intento de sacar a la luz el amor propio de los hombres altos de la plantilla. Pero no era una cuestión ni de táctica ni de amor propio, sino de falta de mimbres: el veterano Caldwell Jones, un especialista en rebotes y tapones que había sido titular en tres finales de la NBA, se partió la mano y fue baja muchos partidos; Steve Johnson era un buen anotador interior, pero apenas tenía presencia en la zona y se cargaba de faltas demasiado rápido; en el banquillo, Sidney Green era un jugador extremadamente irregular, David Greenwood se pasó la temporada entrando y saliendo de la lista de lesionados con una tendinitis en el tendón de Aquiles, y Jawann Oldham tenía físico y recursos para brillar si no se lo impediera una cabeza llena de pájaros. Eso dejaba a David Corzine, un clásico gran armario blanco con buena muñeca.

Jordan respetaba a Corzine, un honrado trabajador que daba la cara todos los días, pero seguía siendo un jugador limitado que ocupaba espacio en defensa aunque no dominaba el rebote y carecía de movilidad. “Big Dave” era un secundario cumplidor, pero como gran argumento interior sólo servía para dar testimonio de los problemas de los Bulls.

Como suele suceder, con las derrotas llegaron los problemas internos. El rápido ascenso de Michael Jordan había sido difícil de asimilar para sus compañeros, y no sabían cómo reaccionar. Un ejemplo era Orlando Woolridge, que era consciente de estar haciendo la mejor temporada de su carrera gracias en buena medida a las asistencias de Jordan y al hecho de que las defensas rivales se centraban sobre él. Nadie dudaba de que su admiración era sincera: “Se me queda mirando muchas veces”, declaraba Jordan, “a pesar de ser capaz de hacer los mates que él hace, se asombra de los que hacemos los demás”. Pero por otra parte era evidente que nadie prestaba la menor atención a la gran temporada de Woolridge. Cuando quiso describir la influencia de la actitud competitiva de Jordan, sus palabras fueron “un cáncer, pero en bueno”. Michael Jordan seguía intentando ser aceptado como “uno de los muchachos” e intentaba atribuir el liderazgo a los veteranos del equipo, pero la situación escapaba a su control. El gran damnificado era Quintin Dailey, máximo anotador de la temporada anterior y relegado al banquillo por el *rookie*. A finales de enero un periódico local publicó una entrevista a Dailey en la que éste se quejaba de su situación en el equipo y de la actitud del entrenador. Aunque no atacaba a Jordan sino a lo que describía como favoritismo de Loughery, el artículo sacó a la luz la mala disposición del vestuario, en el que algunos jugadores se sentían ensombrecidos y otros estaban molestos con el entrenador. Era de temer que esa reacción negativa no se limitara a su propio equipo, algo que Jordan ya anticipó cuando la revista *The Sporting News* le pidió que posara vestido de cirujano para una portada con el título “El nuevo Dr. J” antes de su primer enfrentamiento con los Sixers. Le parecía presuntuoso ser comparado con una leyenda del baloncesto cuando apenas llevaba unas semanas en la NBA, pero la elegancia con la que Julius Erving aceptó las comparaciones dejó una marca indeleble en el joven Jordan.

Desde luego, no era el ambiente que hubiera deseado para su primera presencia en un *All Star*. Michael Jordan había sido votado por los aficionados

para ser titular en el equipo del Este para el partido del *All Star* que se iba a jugar en Indiana el 10 de febrero de 1985. “Vine con mi familia a Indianápolis y lo único que tenía planeado era disfrutar del ambiente, conocer a otros jugadores y jugar el partido.” Además del éxito que suponía ser titular en el partido de las estrellas siendo *rookie*, quizá la mayor expectación se centraba en su participación en el concurso de mates que se iba a celebrar el día anterior. La NBA había terminado por copiar a la ABA en 1984, celebrando una primera edición en la que Larry Nance dio la sorpresa al batir al Dr. J, el gran favorito. No tenía aún el renombre que alcanzaría posteriormente (por ejemplo, se emitía en diferido), pero había resultado un rotundo éxito entre los aficionados. Para esta segunda edición habían invitado a seis candidatos pertenecientes a la “nueva generación de matadores”, como Darrell Griffith (apodado “Dr. Dunkenstein” en la universidad), Clyde Drexler (de la fraternidad “Phi Slamma Jamma”) o el propio Woolridge. En una primera ronda se clasificarían dos de esos seis jugadores, que pasarían a la semifinal contra Nance y Erving, los finalistas del año anterior.

Esa primera ronda sirvió para que Dominique Wilkins presentara formalmente su candidatura al triunfo, basada en su poderosa batida con ambas piernas. Aunque ya se podía percibir que la variedad de Jordan era mayor, la descomunal potencia de Wilkins lo ponía claramente por encima de sus rivales. La gran sorpresa fue Terence Stansbury, un *rookie* de los Pacers anfitriones convocado en el último momento para cubrir la renuncia de Charles Barkley. Stansbury fue el único que obtuvo el máximo de 50 puntos en la primera ronda, gracias a un espectacular mate de 360°, y sólo un error en el tercer mate permitió que Jordan le empatara. La ronda terminó de manera confusa debido a unos supuestos “problemas informáticos” no especificados; hubo un desempate entre Jordan y Stansbury que ganó este último, pero finalmente se decidió que ambos pasaran a la siguiente fase. En semifinales Nance y Erving se limitaban a cumplir de manera un poco anticlimática, mientras que Michael Jordan iba por detrás de Wilkins y Stansbury antes del tercer y último mate. Sin embargo, ese tercer intento se convirtió en su primer momento de gloria en un *All Star*: en la primera ronda Griffith había marcado con cinta el punto cercano a la línea del tiro libre desde donde iba a saltar y luego Stansbury intentó retrasarlo sin éxito; Erving los superó a ambos aunque

sin llegar a su mejor marca, y finalmente fue Jordan el que puso un trozo de cinta sobre la misma línea de tiros libres. Ese mate, tan superior a los intentos de otros, clasificó a Jordan para la final y se convirtió en la imagen de su temporada de novato. Fue el ejemplo perfecto de su capacidad para conjurar momentos únicos que permanecieran en la memoria de los espectadores como representación de un momento y un lugar. El *All Star* de 1984 sería para siempre la vez que Jordan puso un trozo de cinta en el tiro libre y saltó desde él.

En la final Wilkins no dio opción, aunque Jordan aprovechó para dejar otra gran imagen con su último mate del concurso, un *rock the cradle* pletórico de fuerza y autoridad. El premio y el trofeo fueron para Dominique Wilkins, pero Michael Jordan había cumplido con las expectativas; era el primer avance de una serie de duelos que configurarían la edad de oro del concurso de mates de la NBA. Al día siguiente, su participación en el partido de las estrellas sólo fue destacable por el reconocimiento que suponía su titularidad. Jugó 22 minutos y anotó sólo 7 puntos con un 2/9 en tiros de campo, aunque dejó algún detalle de espectacularidad en forma de mate o de un tapón a Ralph Sampson. Con todo, el balance global del fin de ese primer *All Star* fue más que positivo. “Fue el peor de todos. En el momento creí que me lo estaba pasando bien, pero después se convirtió en algo desagradable.” Michael Jordan había vuelto a Chicago satisfecho, pero cuando terminaba el entrenamiento en la bicicleta estática un periodista se acercó para preguntarle sobre los rumores de una supuesta conspiración para “enseñarle modales” al novato. La ira y la vergüenza atraparon a un Jordan que iba pedaleando más y más rápido conforme le explicaban los detalles de la historia. “Quería meterme en un agujero y no volver a salir.”

Una vez más, la realidad de la historia es múltiple y contradictoria. El origen primero se encuentra en el Dr. Charles Tucker, un psicólogo escolar que había aprovechado su posición como consejero de “Magic” Johnson para convertirse en agente de jugadores, entre ellos Isiah Thomas. El Dr. Tucker habría presumido delante de algunos periodistas de la manera en la que los veteranos habían conspirado para poner en su lugar a ese *rookie* presumido, y algunos rumores sin confirmar hablaban incluso de una reunión en el aeropuerto en la que Tucker, “Magic” y Gervin se habrían estado riendo de

Jordan a la vista de todos. “Me contaron que Isiah, George Gervin y otros jugadores se estaban riendo sobre cómo habían intentado dejarme en evidencia mediante un *freeze-out*, es decir evitando pasarme el balón.” Específicamente, el rumor establecía que Isiah Thomas había convencido a sus compañeros de no pasarle el balón a Jordan; a partir de ahí las acusaciones se hacían más difusas y menos creíbles, como un supuesto plan para no ir en su ayuda cuando Gervin le atacara en el uno contra uno o una orden de “Magic” para que el equipo del Oeste defendiera al novato con especial intensidad. Los implicados lo han negado siempre, y con el tiempo la supuesta participación de otros jugadores se fue olvidando para centrar las acusaciones en Thomas. “Nunca ocurrió”, ha declarado muchas veces Isiah. “Si alguien se ha dejado manipular por David Falk para creerse esa historia, es cosa suya.” Muchos años después, convertido ya en entrenador de uno de los equipos del *All Star*, ofrecía una grabación del partido a quien quisiera comprobarlo. “Podéis verlo por vosotros mismos.”

Es difícil saber en realidad qué sucedió. El periodista Jack McCallum creyó percibir cierta renuencia en Isiah Thomas hacia Michael Jordan, pero es posible que se debiera más al mantenimiento de una cierta jerarquía aceptada de manera implícita (los veteranos debían disfrutar de más minutos y tiros que los novatos, por ejemplo) que a una conspiración contra un jugador concreto. Algunos periodistas señalaron que nadie, incluido el propio Jordan, se dio cuenta de nada durante el partido, hasta que Charles Tucker filtró el rumor a la prensa. Uno de los supuestos “desplantes” de Jordan que habrían provocado el incidente consistía precisamente en rechazar los consejos del psicólogo metido a representante, así que cabe preguntarse si los jugadores estaban molestos o si es posible que en realidad el Dr. Tucker hubiera intentado en vano captar a Jordan y estuviera buscando venganza. Cuando un par de años después tanto “Magic” como Isiah cambiaron de representante, una de las razones sugeridas fue precisamente que Tucker había sido incapaz de evitar que se vieran superados por Jordan en presencia publicitaria. En el fondo daba ya igual, porque para Michael Jordan la historia era muy real. Aunque en ocasiones prefirió un tono conciliador, cada vez que se extendía sobre el tema su opinión quedaba bien clara: “Si miras la grabación, puedes ver que realmente Isiah lo hizo”, afirmó durante su famosa entrevista a la revista

Playboy en 1992. Tampoco “Magic” Johnson escapó a su ira: “No tengo nada contra él. Creo que sencillamente no le gustan los jugadores de North Carolina”, declaró en referencia al rumor sobre un posible intento de “Magic” por conseguir que los Lakers traspasaran a James Worthy a cambio de su amigo Mark Aguirre (según Jordan, porque Worthy había resultado ser “demasiado bueno” y amenazaba su posición dominante en el equipo). “Magic organiza un partido benéfico en Los Ángeles cada verano al que me ha invitado, pero no acudiré.” Sin embargo, finalmente sí que acudió, ya que se trataba de uno de los principales acontecimientos del mundo del baloncesto, y tuvieron ocasión de hacer las paces. “Resolvimos nuestras diferencias en el vestuario, en privado, y empezamos de cero nuestra relación”. Con Isiah Thomas, en cambio, nunca llegó la reconciliación.

Una vez más, Michael Jordan cortó el nudo gordiano de una realidad compleja y la reescribió en blancos y negros. La traición era un hecho y sólo quedaba la venganza. El primer paso era identificar o atribuir las causas de ese resentimiento provocado según decían por su actitud. “Yo era muy joven cuando llegué a la NBA, y para mí el éxito significaba tener un cochazo, joyas y un abrigo de pieles”, recordaría mucho después. “Así que el primer año hice todo eso. Me compré un abrigo de pieles, de perro mapache, y llevaba todos esos collares y cadenas.” De hecho, el primer consejo que le dio el asesor de imagen de Nike fue precisamente que se deshiciera de ese disfraz de “imitador de Mr. T”¹³. “Yo creía que era el aspecto que debía tener alguien de éxito. Veía a los demás jugadores, a los veteranos, la ropa y el aspecto que tenían, e hice lo mismo. Abrigos, anillos, collares.” Se repetía el temor a no verse aceptado a pesar de su esfuerzo para integrarse y ser como los demás.

Había un cierto grado de autocompasión en ello, porque Michael Jordan sabía que el problema no era su abrigo ni los llamativos collares que exhibió en el *All Star*. Ni siquiera su actitud durante los partidos, en los que celebraba cada acción destacada con una exuberancia que contrasta con el gesto hermético que se convertirá en su *game face* cuando alcance la madurez. Es cierto que precisamente Isiah Thomas había reaccionado con especial desdén ante esa efusividad tanto en los amistosos contra la selección olímpica como en los partidos de la NBA, pero no era un caso único; al deportista millonario el atuendo estrafalario y la actitud displicente se le presuponen como el valor

al militar. La ropa que había provocado comentarios era otra: “Hice la presentación del primer chándal Air Jordan de Nike durante el concurso de mates, y algunos jugadores como Isiah Thomas, Dominique Wilkins y otros consideraron que era una falta de respeto”. La imagen de Jordan realizando la primera ronda del concurso vestido con las llamativas prendas de Nike en lugar de la vestimenta oficial de su equipo supuso recordar a los demás jugadores que el recién llegado había tomado una porción del pastel publicitario mucho mayor que la de la mayoría de las estrellas consagradas de la liga. “Llevar las prendas de Air Jordan, los collares, el concurso de mates, todo parecía muy inofensivo desde mi punto de vista. Pero parece que sí fue un problema para los veteranos.” Por ejemplo, el segundo mayor fabricante de balones de baloncesto (después de Spalding) era Wilson Sporting Goods, con sede en Chicago. Dicha empresa basaba sus campañas publicitarias en estrellas locales, y en 1984 sus dos principales contratos publicitarios eran con Isiah Thomas y Mark Aguirre; pero cuando los Bulls ficharon a Michael Jordan, Wilson decidió no renovarles y contrató a Jordan en lo que suponía un duro golpe para el orgullo de un Isiah Thomas, nacido y crecido a la sombra del Chicago Stadium. “Hubo otros incidentes, si quieres llamarlos así”, recordaría Jordan más adelante. “Alguien dijo que yo no había saludado a Isiah en un ascensor.” En la revista *Playboy* ofreció más detalles: “Sólo salí de mi habitación una vez, para acudir a una reunión de la liga, y coincidí con Isiah en un ascensor. Era la primera vez que coincidía con él. Le dije ‘hola, qué tal.’ Es lo único que dije. Me intimidaba porque no lo conocía y no quería agobiarlo. No quería parecer un novato, ¿sabes?, o parecer estúpido. Así que me quedé callado en una esquina. Cuando entramos en la sala para la reunión tampoco dije nada. Después del fin de semana, oí que decían que yo era tan arrogante y presumido que ni siquiera había querido dirigirle la palabra a Isiah.” Quizás el mayor peso de este incidente, desmentido por Isiah Thomas, era cómo incidía en inseguridades del propio Jordan cuando se había negado a convertirse en el líder del vestuario de los Bulls por delante de los veteranos a pesar de que se lo pidiera el entrenador. Es posible que el jugador estuviera siendo consciente de que recibía una atención de los medios, aficionados y patrocinadores que no estaba en proporción con la que recibían estrellas consagradas de la liga, y estos rumores confirmaban sus miedos. Además, esta

interpretación concedía la superioridad moral a un Jordan cuyo error habría sido involuntario y fruto de la inexperiencia, frente a la reacción vengativa, deliberada y desproporcionada de Isiah Thomas y su camarilla. Con la nube de rumores e inseguridades reducida así a términos simples y directos, ya sólo quedaba responder. “No olvidaré lo que ha pasado ni quién me lo ha hecho.”

No habría tiempo para olvidar: el martes 12 de febrero, sólo 48 horas después del *All Star*, los Pistons visitaban el Chicago Stadium en plena fiebre de rumores. La prensa especulaba con una posible venganza del novato, y la retransmisión televisiva comenzaba preguntando por este tema a Dave Bing, antigua estrella de Detroit que había estado en Indianapolis para participar en el partido de las leyendas. Sobre el parqué, Michael Jordan e Isiah Thomas conversaron brevemente. Oficialmente se dijo que el tema había quedado resuelto, pero Jordan fue tajante en un comentario a periodistas de su confianza: “Ha sido un paripé”. Así lo manifestó desde el salto inicial, cuando persiguió el balón como una pantera y a continuación presionó hasta forzar una pérdida. Michael Jordan parecía poseído, yendo a por cada rebote y atacando el aro rival sin contemplaciones. Enfrente, Isiah Thomas se veía limitado por una lesión en el muslo, que le hacía fallar una bandeja solo o le impedía salir a los tiros de Wes Matthews. Varias veces quedaron emparejados, y parecería que fue a petición de los interesados. Jordan atacaba a Isiah una y otra vez, y tanto el primer como el segundo cuarto terminaron con espectaculares penetraciones hasta el aro rival. Los Bulls tomaron clara ventaja en la primera parte y los Pistons tuvieron que sentar a Isiah Thomas para conseguir remontar de la mano de Vinnie “microondas” Johnson y John Long. En la prórroga un Jordan visiblemente fatigado dio la ventaja definitiva a los locales con uno de sus clásicos contraataques en los que consiguió anotar la canasta a pesar del abrazo desinhibido de Vinnie Johnson. De ahí al final, un carrusel de errores por ambas partes y algunos tiros libres para certificar la victoria de los Bulls por 139-126. Grandes titulares en prensa destacaban la venganza de Michael Jordan con 49 puntos, 15 rebotes, 5 asistencias y 4 balones robados, pero el jugador prefirió no echar leña al fuego: “Me pareció que a Isiah le afectaba la lesión”, declaró. Pocos prestaron atención a un detalle del último ataque de los Pistons, cuando con el partido ya sentenciado Bill Laimbeer montó un bloqueo ciego y sacó la cadera para dejar a Jordan doblado de dolor.

Archívese para referencia, parecía decir.

Pero después de la venganza y de la victoria épica sobre los Pistons, los Bulls encadenaron cuatro derrotas consecutivas y se fueron alejando más y más de la marca del 50% de victorias. A pesar de las carencias al pívot, de los problemas con Dailey y de la inestabilidad de Kevin Loughery, parte de la responsabilidad correspondía también a Michael Jordan. Durante los primeros meses, Jordan se había sorprendido por las inexactitudes contenidas en el *scouting* que le hacían los rivales, tales como que era incapaz de salir a la izquierda o que se le podía conceder el tiro de cinco metros sin miedo. Desconocían casi totalmente el peligro de su primer paso o su capacidad de asistir en el aire, y Jordan había aprovechado esas semanas de licencia para sumar victorias y asegurarse el galardón de “*rookie* del año”. Pero los rivales habían terminado por ajustar sus defensas y se habían dejado sentir en su rendimiento. Cuando le empezaron a defender el tiro exterior su porcentaje de acierto se desplomó, y en las penetraciones se encontraba rodeado de defensores que cerraban las líneas de pase. También intentaban aprovechar sus limitaciones defensivas, que el entrenador de los Bulls ya había identificado: “Tiende a flotar demasiado en defensa, porque en la universidad hacían muchos dos contra uno”. Los rivales descubrieron que atacarle en defensa era una buena manera de sumar puntos y de explotar su tendencia a cargarse de faltas. Loughery intentó facilitarle el juego de ataque, realizando cambios constantes en la rotación e introduciendo una nueva jugada en la que Jordan salía desde el poste bajo hacia la línea de tiros libres aprovechando el bloqueo del inmenso Dave Corzine, pero estos cambios tuvieron un efecto limitado. Además, el cansancio empezaba a hacer mella en el novato. Mark Pfeil, el *trainer* de los Bulls, había intentado convencer a Jordan para que dosificara sus minutos, pero el jugador se había burlado de esas consideraciones. “Pensábamos que tendría que reducir a mitad de temporada, y cuando seguía igual dijimos que cuando llevara tres cuartos le pesarían las piernas, pero a tres cuartos de temporada parecía aún más fuerte”, declaró Sidney Green. “Michael Jordan es la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, con la ayuda de Dios.”

Sin embargo, el cansancio llegó. Su entrenador afirmaba públicamente que lo veía fatigado, algo que Jordan achacaba a la frustración de las derrotas. Por

primera vez en su carrera estaba en un equipo que perdía y ante unos espectadores que en ocasiones abucheaban a sus propios jugadores (en particular a Corzine). El 11 de marzo contra los Bullets, Kevin Loughery decidió dar descanso a Jordan y Woolridge cuando se vio 17 puntos abajo en lugar de intentar la remontada, y eso provocó las primeras críticas públicas por parte del jugador. “Es su decisión y no la discuto, pero yo no me rindo”, declaró Jordan. “De donde yo vengo me enseñaron que uno intenta ganar todos los partidos que juega. Lo único que quería era volver a la pista, no estaba contento en el banquillo.” Esa frustración se acentuó durante las últimas semanas de competición, cuando unos Bulls en caída libre lograron a duras penas entrar en *playoffs* con un balance de 38 victorias por 44 derrotas. Con todo, el equipo afrontaba con cierto optimismo la eliminatoria de primera ronda contra Milwaukee a pesar de la diferencia en la clasificación, ya que durante la temporada regular habían empatado su serie particular con tres victorias y tres derrotas. Sin embargo, el resultado de la eliminatoria fue decepcionante.

La falta de experiencia le pasó factura a Michael Jordan cuando anotó 19 puntos en la primera parte pero sólo cuatro tiros libres en la segunda, permitiendo una victoria de los Bucks más cómoda de lo que el 100-109 final sugeriría. Milwaukee volvió a ganar en el segundo partido pese al intento de remontada de los Bulls, y la serie volvió a Chicago con los locales al borde de la eliminación. Milwaukee había tenido buenos porcentajes de tiro gracias a la débil defensa de los Bulls y a frenar a la estrella rival en momentos decisivos. Jordan consiguió salvar el primer *match-ball* con 35 puntos, siete de ellos en los últimos tres minutos, en un vibrante mano a mano con Terry Cummings que decidió una canasta de Jordan desde la esquina a falta de veinte segundos para ganar por un apurado 109-107. La primera participación de Michael Jordan en *playoffs* terminó en el cuarto partido, cuando Cummings anotó 15 puntos en el primer cuarto y los Bucks se escaparon antes del descanso. Una remontada desesperada en los dos últimos minutos llegó a poner a los Bulls a sólo un punto, pero les faltó tiempo para culminar la hazaña. En su primera rueda de prensa en Chicago se había metido a los periodistas en el bolsillo con una broma que hacía referencia a su último año en North Carolina y su imbatibilidad en la ACC: “No creo que esta temporada

terminemos imbatidos”. Pero después de perder más partidos de los que habían ganado la broma ya no le parecía graciosa. Que los Bulls no lograran plantar cara a un rival contra el que habían demostrado poder competir durante la fase regular supuso el remate de la escalada de frustración que estaba experimentando Michael Jordan. Con gran esfuerzo había logrado superar a la estrella de los Bucks, el base Sidney Moncrieff, y sólo había servido para ver cómo Terry Cummings tomaba el control del partido una y otra vez sin que nadie fuera capaz de frenarlo. Enfadado, Jordan abandonó Chicago con tanta precipitación que cuando la NBA lo designó oficialmente “novato del año”, tuvo que traerlo en avión a toda prisa desde Chapel Hill (donde continuaba con sus estudios) para que recibiera el trofeo correspondiente.

Es posible que Michael Jordan se hubiera sentido más optimista si hubiera pensado que el cambio de propietario en febrero de 1985 iba a significar una mejora, pero la opinión generalizada era que no suponía más que otro giro del carrusel de un equipo sin continuidad. Esa visión se veía confirmada por el despido de Rod Thorn como *general manager* del equipo el 26 de marzo sin esperar a que terminara la temporada y su sustitución por un Jerry Krause cuyo principal mérito parecía ser la amistad con el nuevo dueño. Al menos suponía el fin de la etapa de descontrol por la falta de un único responsable, ya que hasta entonces las decisiones habían dependido de un comité de propietarios. También cabía esperar una mejora de la situación económica que permitiera olvidar las pretemporadas en el Guardian Angel y miserias semejantes (los Bulls pasaron a entrenar en el Deerfield Multiplex, un gimnasio de alto nivel; pero por increíble que parezca lo hacían en calidad de clientes, es decir, compartiendo el uso de las instalaciones con los demás socios que podían encontrarse al lado de Michael Jordan en la ducha). La situación financiera de los Bulls era tan dramática que los anteriores propietarios prácticamente habían regalado la franquicia a cambio de librarse de sus deudas; Jerry Reinsdorf terminó pagando unos dieciséis millones de dólares a cambio de un paquete de acciones que le garantizaba el control absoluto de la empresa, pero con la condición de que los vendedores establecieran un fondo de garantía de trece millones para hacer frente a la compensaciones judiciales que había pendientes¹⁴.

La compra se formalizó el 9 de febrero, entró en vigor el 11 de marzo y el

día 13 Jerry Reinsdorf tomó posesión como nuevo presidente de la junta directiva. Su primer partido en el palco del Chicago Stadium fue contra los Detroit Pistons, una victoria épica marcada por una tangana que iniciaron Bill Laimbeer y Jawann Oldham y luego se generalizó. Bajo la mirada de Reinsdorf, Oldham levantó a Isiah Thomas sobre sus hombros en un movimiento más propio del *pressing catch* que fue una especie de metáfora de lo que estaba por llegar. “Supongo que se podría decir que de golpe nuestra rivalidad con Detroit tuvo unos cimientos. Durante los siete años siguientes yo hice todo lo que pude para construir sobre esos cimientos. Estoy seguro de que Isiah y Laimbeer tenían la misma idea.”

⁹ Los jugadores novatos de la NBA son apodados *rookies*.

¹⁰ Como dato curioso, Kevin Loughery fue entrenador de Julius Erving, Michael Jordan y Dominique Wilkins. Además fue quien le dio su primera oportunidad como asistente a Phil Jackson.

¹¹ Jeff Ruland jugó una temporada en el F.C. Barcelona antes de debutar en la NBA, donde llegó a *All Star* hasta que las lesiones lo obligaron a retirarse prematuramente. Junto a Rick Mahorn formó en los Bullets una durísima pareja interior apodada “McFilthy & McNasty”.

¹² Conocido como Mike Dunleavy Sr. para distinguirlo de su hijo, que debutó en la NBA en 2005.

¹³ Apodo por el que era conocido un famoso actor estadounidense de la época, cuyo mayor éxito fue su papel como M.A. en la serie de televisión *El Equipo A*.

¹⁴ En 1972 un hombre de negocios de Milwaukee llamado Marvin Fishman alegó que habían bloqueado su compra de la franquicia de manera ilegal. En 1985 el caso estaba a punto de resolverse a favor de Fishman, a quien iba a corresponder una compensación de entre doce y dieciséis millones.

Chicago, 1985

No creía que nadie le pudiera hacer eso a los Celtics.

Probablemente sea el autor estadounidense Roland Lazenby quien haya explorado en mayor detalle la ironía que subyace en la historia de los Chicago Bulls, que primero alcanzaron un dominio inimaginable en la NBA moderna y luego implosionaron gracias, en ambos casos, a la relación entre tres figuras con personalidades muy definidas, enfrentadas en un conflicto alimentado por una misma concepción del baloncesto. El jugador Michael Jordan, el entrenador Phil Jackson y el vicepresidente Jerry Krause compartían una misma idea sobre los rasgos que definirían a los Chicago Bulls si querían llegar a conquistar el campeonato, y esa coincidencia se manifestaba en una forma muy parecida de evaluar el talento y la aportación de los jugadores de la plantilla, o en que Tex Winter sigue disfrutando de la amistad de Krause y el respeto de Jordan mientras ejerce de mano derecha de Jackson. Por extraño que parezca, también fue esa coincidencia de ideas la que corrompió la atmósfera de los Bulls y provocó su separación. Pero en 1985 eso aún era un futuro no imaginado.

Es imposible no preguntarse cómo pudo suceder que personas marcadas por unos mismos esquemas fueran incapaces de percibir que eran compartidos de manera tan íntima por sus interlocutores. La necesidad que manifestaba Jerry Reinsdorf de rodearse de gente de su confianza a la que conociera desde mucho tiempo atrás recuerda a Michael Jordan, y también era el principal vínculo que unía a Reinsdorf con Jerry Krause, un *scout* de béisbol en cuyas manos puso con total confianza el destino de la franquicia. En el momento de anunciarse la venta del equipo, las declaraciones del nuevo dueño habían ido orientadas a garantizar la continuidad del personal, a quien se dijo que se le daría una oportunidad justa para demostrar su validez. En realidad se daba por hecho que casi todos los propietarios llegan decididos a colocar a gente de su

confianza en los puestos de responsabilidad, pero aun así el cese de Rod Thorn cuando el equipo todavía se estaba jugando el pase a *playoffs* por primera vez desde 1981 sorprendió por repentino. Y eso que según Reinsdorf fue una de las decisiones más desagradables de su carrera: “Obviamente, Rod Thorn es una magnífica persona, con mucha clase. Ojalá no me cayera tan bien. Entonces la decisión sería más fácil”. El despido de Thorn fue un momento doloroso hasta lo físico para el nuevo propietario, pero consideraba necesario hacerlo de manera inmediata y cara a cara. Afortunadamente a partir de entonces tendría a Krause para que se encargara del trabajo sucio.

Jerry Krause era un rollizo ojeador de béisbol y baloncesto que llevaba veinte años pateándose el país arriba y abajo en busca de jugadores poco conocidos (uno de sus chistes era que el título de su autobiografía debería ser “Un millón de himnos nacionales”, en referencia a todos los partidos a los que había asistido). No pertenecía al círculo de ex jugadores y ex entrenadores que podían encontrar un hueco gracias a sus contactos, así que la única manera de abrirse camino fue a base de trabajo. Así conoció en los sesenta a Tex Winter, entonces entrenador de Kansas State, y a un prometedor alero de Dakota del Norte llamado Phil Jackson. Fueron de los pocos que manifestaron simpatía hacia ese excéntrico hombrecito, y éste no lo olvidó. Cuando se creó la franquicia de los Chicago Bulls en 1966, Krause vino desde los Baltimore Bullets y fue ascendiendo dentro de la organización hasta ser nombrado *director of player personnel*, equivalente a *general manager*. Sin embargo, apenas tres meses después fue despedido en medio de un desastre mediático que hundió su carrera: su primer trabajo era contratar a un nuevo entrenador, y por un malentendido Ray Meyer, de la Universidad de De-Paul, anunció a la prensa que le habían ofrecido el puesto. Krause lo desmintió inmediatamente, y la imagen de la franquicia sufrió un serio descrédito. Meyer era una auténtica leyenda en Illinois, mientras que los Bulls eran un equipillo de tres al cuarto que apenas llevaba diez años en Chicago, así que la idea de que se permitieran jugar con las expectativas de uno de los entrenadores universitarios más prestigiosos provocó una avalancha de críticas que desembocó en el despido fulminante de Jerry Krause. En 1978 volvió a Chicago para ser ojeador de los White Sox, y fue allí donde lo conoció Reinsdorf cuando adquirió la franquicia tres años después. En 1985 Krause había logrado volver a estar al

frente de los Bulls, y su primer trabajo era contratar a un nuevo entrenador.

A diferencia de la salida de Rod Thorn de la franquicia, el despido de Kevin Loughery fue amargo y controvertido, algo que se repetiría con cada uno de los entrenadores siguientes. En principio no faltaban motivos, ya que Loughery no había logrado corregir el rumbo derrotista del equipo, tampoco había aportado estabilidad con sus cambios constantes de la rotación, y presentaba un largo historial de enfrentamientos con varios jugadores. Sin embargo, para Jerry Krause su sustitución se debía a la costumbre del entrenador de dejarse ganar, algo de lo que Jordan se había quejado (aunque en un sentido diferente) y que según rumores ya había sucedido en la temporada 1983-84 para mejorar la posición en el *draft*. En la temporada recién terminada los Bulls habían asegurado matemáticamente su puesto en *playoffs* tras ganar en Washington el 3 de abril, y a falta de cinco partidos estaban empatados con los Bullets en la sexta plaza de la Conferencia Este. Eran ocho los equipos que entraban en *playoffs*, y al sexto clasificado le correspondía emparejarse con el tercero, en este caso los Philadelphia 76^{ers}. Mientras, el séptimo clasificado se emparejaría con los Milwaukee Bucks, que ocupaban la segunda plaza. En teoría la idea es que cuanto más baja sea la clasificación, más difícil resulte ser el cruce; pero en este caso concreto los Bulls habían perdido sus cinco enfrentamientos contra los 76^{ers}, mientras que habían logrado un meritorio 3-3 contra los Bucks. Según los rumores, Kevin Loughery se habría planteado que si lograban caer a la séptima plaza entonces se cruzarían contra los Bucks, un rival más asequible a la luz de lo sucedido en la fase regular. Y el hecho fue que los Bulls perdieron esos cinco últimos partidos (incluyendo una humillante derrota en casa contra los Hawks en la que los aficionados abuchearon al equipo), fueron séptimos y se cruzaron con los Bucks.

Kevin Loughery tenía una explicación muy diferente, que se basaba en la época en la que coincidieron en Baltimore cuando uno era jugador y el otro *scout*. “El día que lo nombraron supe que estaba despedido. Lo sé todo sobre Jerry Krause y él sabe que lo sé, así que no podía dejar que me quedara.” Con independencia de la causa real, había que elegir a un nuevo responsable del equipo. Después de la desastrosa experiencia con Ray Meyer, Krause decidió que los experimentos se hacen con gaseosa y buscó un entrenador con

experiencia contrastada en la NBA: Stan Albeck, un técnico muy recomendado con un historial de buenas temporadas en San Antonio y New Jersey. No era particularmente del agrado de Krause, pero eso no le preocupaba ya que lo consideraba un entrenador de transición mientras se iba dando forma a la franquicia. Para alcanzar los objetivos a largo plazo, Krause confiaba en Tex Winter y esa filosofía de juego que el veterano entrenador le había ido enseñando a lo largo de los años en infinitas tardes de ver partidos grabados y charlar durante horas. Jerry Krause consideraba que el “triángulo ofensivo” de Winter era el estilo de juego que más se aproximaba a su ideal, y le intrigaban sus posibilidades si alguna vez se lograba aplicarlo con jugadores de primer nivel. Más allá de la táctica pura y dura, la inteligencia e integridad de Tex Winter dejó una marca indeleble en Krause, que años después dimitió del comité de honores del Hall of Fame de Springfield al considerar que su sistema de selección hacía virtualmente imposible otorgar a Winter el reconocimiento que merecía. “Yo siempre decía que iba a contratarlo como asistente y no me voy a preocupar de quién será el entrenador jefe”, recordaba Krause en 2008. “Quiero que vengas conmigo, quiero que enseñes a los hombres altos y que entrenes a los entrenadores.” Y lo hizo al margen del propio Albeck, que apenas llegar a la franquicia se encontró con un jefe que estaba eligiendo a sus asistentes sin contar con la opinión del entrenador que se suponía iba a tratar con ellos. A Tex Winter tuvo que aceptarlo ya que se trataba de una condición irrenunciable para Krause, pero lo de Phil Jackson ya era demasiado. Krause había conocido a Jackson cuando éste estaba en la universidad, y luego mantuvo el contacto mientras formaba parte de los Knicks, un equipo que representaba también el estilo de juego que Krause buscaba. Kevin Loughery fue quien convenció a Phil Jackson de probar la aventura de los banquillos, pero su reputación como “bala perdida” (a medio camino entre *hippie* que experimentaba con las drogas e intelectual obsesionado con las religiones) lo había relegado al infierno de la CBA. Allí había llevado a los Albany Patroons al campeonato con jugadores como Larry Spriggs o Ralph McPherson en plantilla, pero la NBA no prestaba la menor atención a los triunfos obtenidos en la liga comercial. Cuando recibió la llamada de Krause, uno de los pocos que habían mantenido contacto con él durante su viaje por el sótano del baloncesto profesional estadounidense, Phil

Jackson estaba entrenando en Puerto Rico y acudió directamente de allí a la entrevista con Stan Albeck. No fue una decisión acertada. “Cuando vives en el subtrópico vistes de cierta manera. Yo llevaba sandalias la mayor parte del tiempo. Usaba pantalones chinos debido a las normas sociales del lugar, y un polo. Llevaba un sombrero de paja de Ecuador. Como detalle excéntrico, en el sombrero llevaba una pluma de un loro que arranqué en un restaurante”, recuerda Phil Jackson. Según Krause, la entrevista fue breve y poco satisfactoria: “Stan vino a verme después de la entrevista y me dijo que no aceptaría a ese tipo bajo ninguna circunstancia”. Posteriormente, Phil Jackson sospechó que su aspecto había sido una excusa, y que el auténtico motivo por el que fue descartado era que Krause había rechazado al candidato de Albeck, John Killilea.

Después de dejar encaminado el tema de los entrenadores, era el momento de afrontar la renovación del equipo. Posiblemente el punto de mayor coincidencia teórica entre Jordan y Krause sea la configuración de plantilla, y también la causa de sus peores enfrentamientos a la hora de llevarla a la práctica. En palabras de un miembro de la franquicia, Michael Jordan estaba convencido de ser capaz de ganar cualquier partido acompañado de cuatro monjas de clausura, siempre que esas monjas jugaran con agresividad y confianza. Jerry Krause, por su parte, tenía muy claro que le importaba el carácter por delante de la calidad intrínseca: “Los comienzos fueron brutales. Tenía a nueve jugadores que no quería y a sólo tres que quería. Quería a Dave Corzine, a Rod Higgins y a Michael. Los demás no podrían darme más igual. Y tenían talento, todos tenían mucho talento. Pero no era una cuestión de talento”. En el libro *Good to Great*, un clásico en estrategia empresarial, el autor, Jim Collins utiliza, un autobús como metáfora de la clave para pasar de bueno a genial; lo importante no es decidir a dónde va a ir el autobús, sino asegurarse de que se han subido las personas correctas. “Jerry eliminó muchas cosas que esta franquicia no necesitaba”, reconoció Phil Jackson. “Este club no necesitaba a cierto tipo de jugadores. Tenía una idea definida del tipo de jugador que quería. Trajo jugadores con carácter o que él creía que tenían carácter. Gente sólida, dispuesta a trabajar.”

La limpieza del vestuario empezó inmediatamente. Jugadores que habían sido titulares la temporada anterior fueron cortados sin ceremonia, como

“Wild Wild” Wes Matthews (un errático base fichado por Loughery) o Caldwell Jones, un excéntrico pivot que afirmaba que sus mejores amigos eran Miller y Michelob (dos marcas de cerveza). Steve Johnson fue traspasado a cambio de Gene Banks, una antigua estrella universitaria que no había brillado en profesionales pero que era un alero rocoso y esforzado. Aprovechando que los problemas del base Ennis Whatley con el alcohol y las drogas aún no eran conocidos, Jerry Krause lo usó para escalar posiciones en el *draft* y seleccionar a Charles Oakley, un musculoso ala-pivot de una pequeña universidad. Oakley, inmediatamente apodado *oak tree* (roble) por sus compañeros, era el tipo de elección arriesgada que tendía a hacer Krause: un jugador poco conocido que según las proyecciones saldría al final de la primera ronda, pero que se convirtió en la apuesta personal del directivo de los Bulls cuando lo escogió con el número nueve. Quizá sea aún más revelador el fichaje de John Paxson, que había coincidido con Michael Jordan en aquella gira por Europa en 1982. Los Bulls querían aliviar la presión a la que se veía sometido un Jordan que había liderado al equipo en casi todas las categorías estadísticas, y para ello buscaban a un base tirador que impidiera que los rivales se cerraran sobre él impunemente. Paxson era ese tipo de jugador inteligente y con buena mano aunque poco atlético, y había demostrado buenas maneras en San Antonio antes de que la superpoblación en el perímetro de los Spurs lo dejara sin hueco. Krause se puso en contacto con su agente, pero durante las negociaciones se anunció que el equipo de Chicago había fichado a Kyle Macy, otro base blanco tirador con las mismas virtudes y defectos pero más experiencia en la liga. John Paxson asumió que eso significaba el fin del interés de los Bulls, ya que habían cubierto sus necesidades, pero para su sorpresa Krause mejoró su oferta garantizándole los tres años de contrato. Macy era un veterano que venía a cubrir una carencia del equipo, pero en Paxson tenían un interés a más largo plazo. Krause había creído ver en él la clase de jugador que buscaba, y fue contratado por delante de viejos conocidos (que no amigos) de Jordan como Aubrey Sherrod o Adrian Branch.

Michael Jordan tuvo sus dudas sobre esa supuesta nueva etapa de la franquicia desde el primer día, cuando hicieron caso omiso de su petición de que escogieran en el *draft* a “Buzz” Peterson. Aunque Peterson no tenía

posibilidades en la NBA y de hecho cayó hasta la séptima ronda, tampoco hubiera costado tanto tener un gesto para con la estrella del equipo; pero no fue el único incidente. “Trasparamos a Rod Higgins”, explicó Krause. “Aunque volvimos a contratarlo dos veces, eso molestó a Michael.” La raíz del problema fue Quintin Dailey, que en plena pretemporada ingresó de manera voluntaria en una clínica de desintoxicación para intentar solucionar sus problemas de drogas. Librarse de la distracción permanente de las circunstancias extradeportivas de Dailey era casi un alivio, pero necesitaban un anotador que saliera desde el banquillo. Jerry Krause tuvo que encontrar un sustituto a toda prisa, y traspasó a David Greenwood a los Spurs a cambio del veterano George Gervin. Fue un traspaso controvertido, ya que a los aficionados de San Antonio no les gustó ver que malvendían a “Iceman” Gervin sólo por tener ya cierta edad. En Chicago, Jordan no acogió de buen grado la llegada de uno de los jugadores que supuestamente habían conspirado contra él en el *All Star*, pero lo que más le molestó fue que para poder cuadrar el traspaso sin superar el tope salarial los Bulls tuvieron que cortar a su amigo Rod Higgins. Krause declaró repetidas veces que no fue una decisión fácil ni agradable, ya que Higgins era el tipo de jugador que le gustaba, y lo demostró volviéndolo a fichar desde la CBA con dos contratos temporales, pero los negocios son los negocios. Para Jordan la realidad era que dijera lo que dijera Krause, habían cortado a un jugador sacrificado y profesional para traer a una estrella anotadora en horas bajas. ¿Dónde quedaba lo del carácter por delante del talento? “No tengo ningún comentario que hacer sobre el traspaso”, declaró a la prensa. “Digamos solamente que no me ha hecho feliz.”

Pero el enfrentamiento que marcaría para siempre la relación entre Michael Jordan y Jerry Krause se produjo apenas comenzada la liga. Los Bulls no habían empezado con muy buen pie, perdiendo los ocho partidos de pretemporada y luego sufriendo la baja de Dailey, pero lo peor estaba por llegar. Michael Jordan tuvo un arranque esperanzador, anotando el tiro libre que permitió a los Bulls derrotar a los Cleveland Cavaliers en la prórroga del primer partido y sumando 33 en la victoria sobre Detroit en el segundo a pesar de una nueva tangana iniciada cuando Bill Laimbeer placó sin contemplaciones a la estrella de los Bulls en una penetración. “Yo iba hacia el aro y él no intentó taponarme, directamente me tiró al suelo”, declaró Jordan.

“Después se alejó. No intentó ayudarme a levantarme ni se disculpó. Creo que lo hizo intencionadamente.” La novedad fue que por fin uno de sus compañeros dio un paso al frente para apoyarle: “No se puede consentir que revoleen a tu mejor jugador. Le dije que me pondría delante de él para protegerle de cualquier cosa, excepto de una bala”, declaró Charles Oakley. Michael Jordan ya había tomado buena cuenta del temperamento y habilidades del novato, un fiero estajanovista del rebote, y Oakley se fue convirtiendo en ese amigo dentro de la plantilla del que carecía desde la marcha de Higgins.

En el tercer partido de liga, el 29 de octubre contra los Warriors, Jordan cayó en mala postura y se fracturó el hueso navicular tarsal del pie izquierdo. Era su primera lesión relevante, aunque inicialmente las radiografías no indicaron ningún daño y se hablaba de un par de partidos de baja. Sin embargo, una resonancia magnética (tecnología entonces muy novedosa) reveló la situación real y ese plazo se amplió primero a seis semanas y luego a enero de 1986. El pie no mostraba síntomas de mejora, y el 12 de diciembre el Dr. John Hefferon, médico de los Bulls, anunció que la baja se prolongaría al menos otro mes, quizás más. Se sugirió que podría regresar el 1 de febrero, luego el 13 de febrero y finalmente se reconoció que podría perderse toda la temporada. El propio jugador no entendía por qué no mejoraba y perdía la paciencia ante la falta de progresos. El *All Star* llegó y pasó con Jordan sentado en la banda de paisano recibiendo las condolencias de otras figuras de la liga, aunque por lo menos lo aprovechó para profundizar en su amistad con Charles Oakley. A pesar de su lesión Jordan había sido votado como titular para el partido de las estrellas, y como herramienta publicitaria la liga se había ofrecido a pagarle el viaje a él y a un acompañante. “Le dije que viniera conmigo y que no tendría que pagar nada”, declaró Jordan. “Es mi guardaespaldas, y yo voy a ser como su hermano mayor.” Lo cierto es que este período estaba provocando un aumento de la fricción entre Jordan y el equipo. Quizá fuera motivado por una cierta desconfianza hacia Mark Pfeil, el *trainer* de los Bulls, que tenía fama entre los jugadores de orientar sus dictámenes según el interés de la gerencia, pero el hecho fue que Jordan volvió a Carolina del Norte, primero a casa de sus padres en Wilmington y luego con Adolph Shiver a un piso que tenía en Chapel Hill. Además de la preocupación por el estado de su pie, que le llevaba a pasarse el día mirando radiografías e

informes, Jordan sufrió la inquietud adicional de ver a su padre ante un tribunal acusado de estafa. Según los documentos presentados en el juzgado, en 1983 James Jordan había gestionado una orden de compra por valor de unos \$11.000 a un proveedor local por materiales que no habían sido entregados, y dicho proveedor le había pagado \$7.000. Durante esa época los padres de Jordan habían recorrido el país asistiendo a todos los partidos de Michael y eso había despertado suspicacias, ya que su situación económica parecía desahogada pero no para tanto. La familia sostuvo que James Jordan se declaró culpable para proteger a otros, y al final terminó recibiendo una sentencia suspendida. Mientras, su ausencia de Chicago provocó críticas de la franquicia, que terminó por ordenarle que se reuniera con sus compañeros en Phoenix. Jordan se negó alegando que estaba siguiendo un programa de pesas que añadiría cinco kilos de músculo a su tren superior, y no volvió hasta después del *All Star*. A su vuelta aprovechó para criticar públicamente a sus compañeros, cuyo mal juego había hundido a los Bulls en la clasificación, y especialmente a Quintin Dailey. Cuando se lesionó Jordan, el club presionó a Dailey para que finalizara de manera anticipada su tratamiento antidrogas y se reincorporara al equipo, y a mitad de temporada el jugador sufrió una recaída que puso fin a su etapa en la franquicia.

Después de que tres especialistas recomendaran volver a retrasar su reaparición, Michael Jordan solicitó y obtuvo permiso para volver a Chapel Hill, con la excusa de completar los créditos que le faltaban para su licenciatura en geografía. Aunque Deloris Jordan pudo por fin ver terminar la carrera a su hijo, el auténtico plan de Michael era llevar a cabo su recuperación según su propia opinión. Michael Jordan estaba convencido de conocer su cuerpo mejor que ningún médico, y confiaba plenamente en unas capacidades de recuperación extraordinarias que ya había manifestado durante su año *rookie* cuando fue capaz de ganarle un partido a los Pacers con el tobillo hinchado como si fuera una naranja, y volver a jugar al día siguiente como si no pasara nada. Su plan consistía en esconderse en la Universidad de North Carolina, donde nadie revelaría su secreto, y ejercitarse en contra de la recomendación de los médicos aprovechando que la escayola había sido al fin reemplazada por una férula. Michael Jordan se empeñó en que George Koehler lo llevara al gimnasio para poner a prueba el pie. “Vamos, echemos

un uno contra uno”, le dijo a su chófer. “Michael, te han quitado la escayola hace hora y media. Ni siquiera deberías apoyar el pie.” Jordan insistió hasta convencerle de jugar a diez canastas. Koehler no había jugado al baloncesto desde el instituto, pero Jordan apenas podía moverse sobre un solo pie, y antes de poder reaccionar iba perdiendo 4-1. “Yo lo único que pensaba era en si se volvía a lesionar”, recuerda George Koehler. “Metí otra canasta y me puse 5-1 arriba. Me devolvió y me dijo: ‘Ni una más’. ‘¿Cómo?’ ‘No vas a meter ni una más.’ Le dije: ‘Tienes que estar de broma.’ Lo rodeé y me levanté para tirar. Pero él surgió de la nada y cogió el balón en el aire.” Koehler no metió ni una más, y Jordan ganó 10-5. Antes de terminar febrero ya circulaban rumores de que estaba jugando partidillos de cinco contra cinco.

El conflicto llegó cuando Jordan volvió a Chicago el 10 de marzo, recibió la noticia de que al fin su pie izquierdo daba señales de haberse recuperado y expresó su intención de volver a jugar. Una fractura ósea limpia como la que había sufrido no necesitaba de una rehabilitación demasiado compleja ni amenazaba con afectar a sus capacidades en el futuro (como sí lo habría hecho una lesión de ligamentos, por ejemplo); pero el riesgo es que se tratara de una debilidad estructural crónica, que sus pies demostraran ser incapaces de soportar la presión y fuera el principio de una serie de fracturas que terminaran poniendo un fin prematuro a su carrera como había sucedido con otros jugadores. Michael Jordan argumentaba que el peligro de una recaída hacía más aconsejable su retorno inmediato a las canchas, ya que si se reproducía la lesión y había que operar entonces podría aprovechar el verano para eso y empezar la temporada siguiente recuperado; si esperaba hasta entonces para volver y al final resultaba que tenía que pasar por el quirófano, eso supondría perderse dos temporadas casi enteras. La oposición de la gerencia tomó un cariz desagradable para el jugador cuando llegó a la conclusión de que la franquicia daba el año por perdido y prefería buscar un buen puesto en el *draft* antes que forzar sólo para terminar cayendo en primera ronda. En palabras de Jordan, estaban protegiendo su inversión ante una aventura que no ofrecía suficientes dividendos. “No quería pasar a la historia como el fulano que hizo volver demasiado pronto a Michael Jordan”, recordaba Jerry Krause. “Para mí, la proporción entre riesgo y recompensa no era aceptable. La recompensa era volver a un equipo que ya había hecho una

mala temporada. ¿Para qué ibas a arriesgar tu carrera por eso?”

Finalmente se convocó una reunión el 13 de marzo para zanjar el tema y participaron Jerry Reinsdorf y el otro principal accionista de los Chicago Bulls, Michael Jordan y David Falk, Jerry Krause, el entrenador Stan Albeck y los tres especialistas consultados sobre el caso. Los tres médicos señalaron que la resonancia aún mostraba daños en el hueso, coincidían en calcular que la probabilidad de recaída estaba entre un 10% y un 20%, lo que para la franquicia suponía un riesgo inaceptable (si esperaba a la temporada siguiente, el riesgo calculado descendía hasta un 1%). Jordan, en cambio, lo veía como casi un 90% de probabilidades de éxito. Reinsdorf intentó explicar su posición con poco acierto, mediante el ejemplo de un bote de analgésicos que contuviera diez pastillas, pero una de las cuales estaría envenenada. Si tuvieras una jaqueca, ¿aceptarías el riesgo de tomarte una de las pastillas del tarro? “Me parece un ejemplo muy desafortunado”, respondió Jordan, “pero supongo que dependería de lo malo que fuera el dolor de cabeza”. Resultaba evidente que el dolor causado por la ausencia de las canchas le había llevado a un punto en el que no seguiría aceptando las instrucciones médicas más conservadoras. “Si me hubieran dicho que no iba a jugar, aún estaríamos reunidos discutiéndolo”, declaró Jordan poco después. “Por si acaso, yo me había llevado el almuerzo a la reunión.” La discusión se centró en una frase que Michael Jordan siempre creyó haber oído y que Jerry Krause siempre negó haber pronunciado: ‘Eres propiedad nuestra y jugarás cuando nosotros lo decidamos’. Más allá de las palabras que se dijeran o se dejaran de decir¹⁵, el significado último de la posición oficial de la franquicia era ése y Jordan se sintió utilizado como una mercancía con un valor comercial definido. El contrato de Michael Jordan incluía una cláusula que le permitía tomar parte en cualquier partido de baloncesto que deseara sin necesidad de la aprobación previa de la franquicia, siempre que no se tratara de una actividad remunerada. Era la famosa cláusula *for the love of the game* (por amor al baloncesto), y después de esta experiencia tuvo buen cuidado de asegurarse de que se incluía en sus contratos siguientes. Pudo ver confirmada su importancia un par de años después, cuando Gene Banks sufrió una grave lesión mientras participaba en una liga de verano de Philadelphia y los Bulls cancelaron inmediatamente su contrato. Banks recurrió a los tribunales alegando que la

franquicia no sólo conocía sino que alentaba su participación en esa liga (normalmente, los equipos veían con muy buenos ojos que los jugadores tomaran la iniciativa de trabajar por su cuenta durante el verano), y consiguió que el tribunal fallara a su favor. Sin embargo, Banks descubrió que ningún otro equipo estaba interesado en contratar a un suplente ya entrado en años, que venía de una lesión y con fama de “problemático”. No volvió a jugar en la NBA, y los demás jugadores de la liga tomaron buena nota de lo que le había ocurrido.

Ante la imposibilidad de convencer a Jordan para que prolongara su baja, los Bulls tuvieron que ceder para no llegar a la ruptura total con la estrella del equipo. Se decidió que Michael Jordan podría volver a jugar, pero dentro de unos límites temporales estrictos: seis minutos en la primera parte y otros seis en la segunda. Al día siguiente, Stan Albeck recibió una carta firmada por Jerry Reinsdorf en la cual se le exponían las condiciones por escrito, y el entrenador supo leer entre líneas el inminente fin de su relación con la franquicia. Su contratación había resultado una auténtica decepción para Krause (“Supe que era un error prácticamente en cuanto lo hice”), ya que Albeck había ignorado las opiniones de Tex Winter y basaba su juego de ataque en aclarados y dos contra dos en lugar de imitar a los Knicks de Red Holzman como deseaban sus jefes. Varias veces durante la temporada se produjeron choques entre Krause y Albeck, que terminó expulsando al ejecutivo de los entrenamientos. Además, el entrenador había declarado públicamente su admiración por el intento de Jordan de volver a las canchas, algo que según Krause podría deberse a que un entrenador tendría más posibilidades de encontrar nuevo equipo cuando mejor fuera su porcentaje de victorias. Desde el punto de vista de Stan Albeck, la orden de limitar los minutos de juego de Jordan era absurda y además lo colocaba en el centro del conflicto entre el jugador y la franquicia. Era imposible salir airoso de esa situación.

Michael Jordan volvió a jugar el 15 de marzo de 1986 contra sus viejos rivales de Milwaukee. Anotó 12 puntos en 12 minutos, pero los Bulls perdieron en la prórroga. Jordan había pedido jugarla, pero Albeck se negó remitiéndose a las órdenes recibidas. El jugador recurrió a la gerencia, solicitando que se aumentara su tiempo de juego a diez minutos por parte, y

alcanzaron el acuerdo de ir aumentando medio minuto cada partido. Dos días después, los Bulls iban ganando cuando se terminó el tiempo de Jordan, y los Hawks encadenaron un parcial de 18-0 para llevarse la victoria. Algo parecido sucedió en los partidos siguientes, y el equipo de Chicago encadenó cinco derrotas consecutivas cuando venía de sumar tres victorias seguidas antes del retorno de Jordan. Durante su ausencia, los Bulls habían adoptado un estilo de juego deliberadamente lento, pero con él en cancha la tendencia era intentar correr, y varios de sus compañeros se perdían debido a la falta de continuidad. “Estoy estropeando la química del equipo”, tuvo que admitir. “Este reparto de minutos hace daño al equipo, que me dejen jugar el partido entero o que me prohíban jugar.” Sin embargo, la franquicia se negaba a ceder, y sus minutos de juego iban aumentando con cuentagotas. En un partido, Michael Jordan jugó cinco segundos más de lo estipulado, y en las estadísticas oficiales eso aparecía como un minuto completo. Jerry Krause llamó a Stan Albeck a su despacho y le comunicó que a partir de entonces el jefe de prensa Tim Hallam permanecería detrás de la mesa de anotadores con un cronómetro, y si volvía a superar el tiempo de juego asignado sería despedido de manera fulminante.

La situación se deterioraba a ojos vista, y terminó de estallar el 2 de abril con un cruce de declaraciones en las que Jordan afirmaba que los médicos le habían dado el alta definitiva mientras que Krause declaraba todo lo contrario. Al día siguiente contra los Pacers llegaron a ir perdiendo por 15 puntos, pero una espectacular remontada liderada por Michael Jordan puso a los Bulls por delante 107-106. Indiana anotó para recuperar la ventaja y Chicago pidió tiempo muerto a falta de 28 segundos. Durante el tiempo muerto, Stan Albeck informó a Jordan de que había gastado los minutos de juego asignado y no volvería a la cancha. “¡No puedes hacerme esto! ¡Tenemos que meternos en *playoffs!*”, bramó el jugador. Sentado justo detrás del banquillo, Jerry Krause estaba convencido de que se trataba de una maniobra del entrenador para poner en evidencia lo absurdo de las órdenes que había recibido: “Yo estaba justo detrás de él, y si se hubiera girado le hubiera dicho que lo sacara a jugar”. (Krause no parece ser consciente de lo que suponía para un entrenador veterano de la NBA tener que mirar por encima del hombro para saber si le dan permiso para sacar a un jugador o no.) Irónicamente, los Bulls ganaron

gracias a un tiro a la desesperada de John Paxson, pero el resultado final ya no era lo más importante. Después del partido Jordan declaró a la prensa que había quedado demostrado que la gerencia del club deseaba dar por perdida la temporada, mientras los periodistas acosaban al entrenador: “¿Cómo puedes hacerle esto?”. Cuando preguntaron a Jerry Krause, éste contestó que el único problema era que Stan Albeck no sabía contar. Su cese a final de temporada era un hecho, y ya se sabía incluso quién sería el sustituto: Doug Collins, una antigua estrella universitaria cuya carrera se había visto limitada por las lesiones. Collins acababa de incorporarse a la cadena de televisión CBS para aportar comentarios técnicos durante las retransmisiones y no ocultaba su intención de dar el salto a los banquillos en cuanto pudiera. Jerry Krause lo contrató como consultor externo y le encargó la elaboración de un informe sobre el equipo. Durante varias semanas Doug Collins viajó con la plantilla y asistió a los entrenamientos tomando notas, y Stan Albeck tuvo que trabajar bajo la mirada de quien lo iba a reemplazar.

A pesar de esta situación, los Bulls encadenaron tres victorias y empataron con Cleveland en la pugna por la última plaza de *playoffs*. El nivel de Jordan era aún irregular, pero promediaba más puntos que minutos de juego y el equipo se iba adaptando mejor a su vuelta. Los Bulls se jugaron el pase a *playoffs* el penúltimo partido, en casa contra los Bullets, y llegaron al descanso perdiendo 48-56. Por fin, antes del comienzo de la segunda parte Reinsdorf anunció que se eliminaban todas las restricciones a los minutos de juego de Michael Jordan. “Pues sí tiene corazón”, respondió el jugador. Aun a costa de forzar muchos tiros, Jordan anotó 31 puntos en la remontada de unos Bulls que terminaron ganando por 105-103 y certificando su pase a *playoffs*, donde los esperaban los Boston Celtics.

Ser aficionado a un deporte consiste sobre todo en hacer listas, y no se puede hacer una lista de candidatos a “mejor equipo de la historia de la NBA” sin incluir a los Boston Celtics de la temporada 1985-86. El *Big Three* compuesto por Larry Bird, Kevin McHale y Robert Parish antes de que los años y las lesiones les robaran su fortaleza; Dennis Johnson y Danny Ainge formando el perímetro más impenetrable de la liga; y en el banquillo una serie de infalibles tiradores blanquitos liderados por Bill Walton, recuperado lo suficiente como para recibir el galardón de mejor sexto hombre. Tenían

defensa, rebote, pase, anotación interior y tiro exterior, y atravesaron los *playoffs* como una apisonadora. Enfrente, los Chicago Bulls llegaban con 30 victorias y 52 derrotas, un entrenador que ya estaba haciendo las maletas y una estrella recién salida de una lesión. En cierto sentido Jerry Krause tenía razón: Jordan arriesgó su carrera a cambio de ser barrido en primera ronda sin opciones. Stan Albeck era consciente de que no podía competir con la profundidad de banquillo y la amplitud de recursos de los Celtics, así que decidió plantear la eliminatoria reduciéndola a un “dos contra dos”, Bird y McHale contra Jordan y Woolridge. Ralentizando el juego esperaba frenar el devastador contraataque bostoniano, y canalizar el ataque a través de sus estrellas limitaría los daños causados por la debilidad del juego interior de Chicago.

En otro sentido, Michael Jordan tenía razón aunque pocos recuerdan hoy que anotó 49 puntos en el primer partido de la eliminatoria. Los Celtics habían decidido marcarle con un único defensor, y el trabajo de Dennis Johnson fue irreprochable desde un punto de vista académico: en todo momento intentaba forzarlo a salir a la izquierda y negarle la penetración a cambio de concederle el tiro exterior. Sin embargo, Michael Jordan lograba superarlo una y otra vez, y los Bulls tomaron unas ventajas iniciales que rondaban los diez puntos. Incluso cuando los locales aprovecharon su paso por el banco para remontar, los de Chicago consiguieron mantenerse en el partido y llegar al descanso con una desventaja mínima (59-61). Pero Dennis Johnson anotó 16 puntos en el tercer cuarto y forzó a la defensa de los Bulls a abrirse, permitiendo a los pivots locales dominar la pintura. “DJ cogió la racha”, explicó Jordan. “Mi misión era bajar a doblar sobre los hombres altos, pero cuando cogió la racha eso cambió.” Los Celtics empezaron a correr el contraataque y mantuvieron una ventaja cómoda durante toda la segunda parte, aunque el marcador final de 104-123 era excesivo para los méritos de uno y otro. Larry Bird había elogiado la voluntad de Jordan por volver a jugar después de su lesión, pero a diferencia de sus compañeros fue muy crítico con su juego en este primer partido y con la manera en la que Chicago recurría constantemente al uno contra uno. Ya durante la temporada anterior se había creado una cierta rivalidad entre ambos equipos a pesar de la diferencia de nivel: los Celtics respetaban y admiraban los recursos del *rookie* Michael Jordan, pero no una

actitud que consideraban demasiado arrogante para una franquicia que no había ganado nada y a la que empezaron a denominar “los campeones Chicago Bulls” de manera irónica. La estrategia de Albeck les había cogido por sorpresa, Larry Bird había dado la apariencia de encontrarse incómodo al ver que la defensa prefería negarle el pase, y eso le pasó factura en algunas acciones (como un intento de robo en el que terminó cometiendo una falta un tanto agresiva sobre Jordan).

Esa rivalidad no era obstáculo para que los jugadores de ambos equipos se relacionaran de manera social; Michael Jordan y Danny Ainge jugaron una partida de golf con dos periodistas el día antes del segundo partido de la eliminatoria, y fue ahí donde se intuyó que algo especial iba a suceder. “Mañana te vas a llevar una sorpresa”, comentó Jordan. “La sorpresa no me la voy a llevar yo”, respondió Ainge, “porque el que te va a defender es DJ”. “Bueno, pues dile a DJ que se va a llevar una sorpresa mañana”, terminó Jordan. “Que procure venir bien descansado.” “DJ” era el apodo de Dennis Johnson, un base alto y fuerte que era fundamental para los Celtics al ser uno de los pocos jugadores capaces de defender a grandes estrellas exteriores como “Magic” Johnson o Andrew Toney.

Un día Stan Albeck le preguntó a Michael Jordan qué pasaba por su cabeza cuando el rival le hacía una defensa de ayudas. “Creo que tengo entre medio segundo y un segundo para tomar una decisión: botar el balón y rodear o dividir el dos contra uno, o efectuar el lanzamiento antes de que llegue el segundo defensor. Si divido la defensa puedo ir directo a la canasta. ¿Quieres saber qué pasa a continuación? Que hay un pívot de siete pies esperando para detenerme, pero voy a machacar por encima de él de todas formas.” Esta mezcla de razonamiento analítico y exceso de confianza ilustra a la perfección el que quizás sea su partido más famoso, inmortalizado por la frase de Larry Bird repetida hasta el hastío de “Dios disfrazado de Michael Jordan”. Periodistas y aficionados especulaban sobre si sería capaz de repetir la hazaña anotadora del primer partido y sobre qué habrían previsto los Celtics para impedirlo. En realidad, el comienzo del segundo encuentro fue muy similar al del primero, con los Bulls imponiendo su ritmo y tomando ventajas de unos diez puntos y unos Celtics que no terminaban de encontrarse cómodos. A pesar de que posteriormente se pretendería diferenciar este partido del

anterior haciendo énfasis en una mayor integración en el juego colectivo, esa diferencia no es demasiado evidente. Charles Oakley tuvo un comienzo brillante en ataque pero se cargó de personales muy pronto, y el resto oscilaron entre la impotencia y la irregularidad. Quizá la mayor contribución se produjo en defensa, donde Larry Bird terminó descargando sus frustraciones sobre Gene Banks. Como en el primer partido, los Celtics igualaron en el segundo cuarto aprovechando los minutos de descanso de Jordan, pero esta vez los Bulls no se desplomaron sino que volvieron a recuperar la ventaja cuando volvió a la cancha. En la segunda parte Larry Bird consiguió al fin entrar en juego, y el partido se convirtió en un toma y daca constante con acciones intensas y espectaculares como la canasta de McHale sentado encima de Corzine.

La figura de Michael Jordan iba creciendo conforme pasaban los minutos. En los primeros cuartos había intentado (demasiadas veces en vano) buscar a sus compañeros, o había recibido un descanso que le sería muy necesario más adelante; pero en el tramo decisivo asumió el control total del partido. Para evitar cansarlo en exceso, Stan Albeck alternaba las jugadas en las que recibía directamente el saque para subir el balón con otras en las que esperaba agazapado en el lateral, normalmente el derecho, o cortaba a través de los bloqueos. Los Bulls usaron durante muchos minutos un quinteto atípico, con Oakley como único hombre alto y los demás muy abiertos para dejar espacios en la zona rival. En cualquier caso, el juego de Jordan en ataque era más cerebral que espectacular, a pesar de incluir suficientes muestras de su capacidad atlética. Cuando Dennis Johnson intentó negarle el centro de la zona, atacó desde el lateral aprovechando las mismas ayudas de los hombres altos para forzar personales a base de velocidad y control del propio cuerpo. Pronto, los Celtics se vieron obligados a rotar incesantemente a sus jugadores, amenazados con la eliminación cuando aún faltaban muchos minutos. Danny Ainge había declarado socarronamente a la televisión que su plan para defender a Jordan era “hacerle falta para que fuera otro el que tuviera que encargarse de él”, y a punto estuvo de hacerse realidad. Más en serio, cuando Ainge tuvo que relevar a Dennis Johnson intentó atacar a Jordan en el otro aro, intentando anotar para obligarle a desgastarse en defensa. Nada parecía funcionar, los Celtics ejecutaban un juego de ataque brillante con aportaciones

de todos sus jugadores mientras los Bulls se encomendaban a lo que años después el entrenador Doug Collins describiría como *The Archangel Offense*: sálvanos, Michael. Sus canastas no eran espectaculares mates saltando por encima de los rivales, sino prodigios del control y la toma de decisiones, suspensiones a media distancia, *dribbling* cuando se quedaba emparejado con un pívot, penetraciones en contacto permanente con los defensores que no conseguían deformar la mecánica de su tiro. Al ver la estadística después del partido, Larry Bird se sorprendió del número de tiros que había fallado Jordan, al que creía recordar infalible.

En la última jugada del tiempo reglamentario, con el reloj descontando a cero y dos puntos abajo, Michael Jordan se levantó para un triple larguísimo mientras Kevin McHale saltaba a por él. No entró, pero los árbitros señalaron una discutidísima personal de McHale que el propio Jordan dejó entrever que consideraba más que dudosa. “Danny Ainge no paraba de decirme ‘diecisiete segundos’ para desconcentrarme, porque durante la partida de golf yo había bromeado con él algo sobre unos 17 segundos.” Anotó los dos tiros libres sin tiempo en el marcador, y abrió la puerta a una prórroga que sirvió de continuación al ritmo de juego y la igualdad que había presidido el último cuarto. De nuevo empatados, esta vez el último tiro de Jordan hubiera sido para ganar. Desde un punto muy cercano a donde anotara la canasta final contra Georgetown, un poco más cerca y con menos tiempo, el lanzamiento se estrelló contra el aro y los envió a una segunda prórroga que los Celtics terminaron ganando por cuatro puntos en el último minuto. Habían tocado con la punta de los dedos la gloria de ganar en el Boston Garden el año que los Celtics establecieron el récord (aún vigente) de 40 victorias y sólo una derrota, estaban empatados después de 57 minutos pero al final habían perdido. Muchos de los jugadores no fueron conscientes hasta después del partido de que Jordan había batido el récord de anotación en *playoffs* con 63 puntos, pero más allá de los números su presencia había terminado ocupando toda la pista, exigiendo el esfuerzo combinado de una de las mejores plantillas de la historia de la NBA para batir a un solo jugador. Al sonar la bocina final, Orlando Woolridge se acercó a Larry Bird para estrecharle la mano y darle las gracias por haber podido compartir ese partido. Para Michael Jordan, sin embargo, se quedó uno de sus tiros: el que falló al final de la primera

prórroga. Fiel a su creencia de que cualquier partido se podía ganar mientras estuviera él en pista, estaba convencido que de haber logrado esa victoria los Chicago Bulls habrían terminado eliminando a los Boston Celtics. Había visualizado el éxito, había llegado a sentir su presencia cercana, pero no lo había hecho real. Esta vez, no.

La serie volvió a Chicago en un ambiente de gran expectación. Los aficionados acudieron en masa al Chicago Stadium, y fue el día que Michael Jordan dejó de poder oír su nombre durante la presentación del quinteto titular: a partir de entonces, cada vez que se oyeran las palabras "... procedente de North Carolina..." de los altavoces, el rugido del público se tragaría todo lo demás. Sin embargo, Kevin McHale había llegado presumiendo de traer solamente unas zapatillas y una maquinilla de afeitar porque no iban a quedarse más tiempo, y el tercer partido supuso una seria decepción para los Bulls y sus seguidores. Los Celtics salieron decididos a enfriar las aspiraciones locales, tomaron ventaja en el arranque y se mantuvieron cómodamente por delante hasta el descanso de la mano de un Kevin McHale espectacular. El partido se rompió definitivamente en el tercer cuarto, con Bird distribuyendo desde el lateral para romper los dos-contra-uno, y los últimos dos cuartos casi íntegros fueron "minutos de la basura"¹⁶. Los Celtics habían aprendido la lección, y Michael Jordan se encontró con que las ayudas defensivas llegaban mucho antes que en los partidos anteriores. El dos-contra-uno se iniciaba en cuanto recibía el balón en la zona de ataque, y le obligaba a elegir entre intentar forzar la jugada individual o pasárselo a un compañero. Jordan anotó 14 puntos en el primer cuarto a base de forzar tiros en malas posiciones, pero sólo anotó 5 en el resto del partido, ya que los Bulls intentaron imprimir mayor velocidad a su juego para superar la férrea defensa de los Celtics. No funcionó nada, y esta vez fue el turno de que Jordan sintiera la frustración que antes había tenido que pasar Larry Bird. Se fue cargando de faltas con un juego cada vez más nervioso y apresurado, y la quinta personal vino acompañada de una técnica. A mediados del último cuarto Michael Jordan fue eliminado, y mientras el público le dedicaba una ovación en pie por los grandes partidos que había hecho en la serie, un desconsolado Jordan hundía la cabeza en la toalla. Se había quedado en unos mundanos 19 puntos, pero aún así estuvo al borde de otra hazaña estadística: con diez rebotes y

nueve asistencias sólo le faltó un pase de canasta para el triple-doble.

Muchos años después el segundo partido de la serie aún seguía siendo objeto de preguntas por parte de periodistas y aficionados. Sólo recuerdo que ganamos, decía Bird. Michael Jordan no lo incluía entre sus grandes partidos, y afirmaba que lo único que recordaba era ese tiro fallado y que habían perdido. No quiso verlo grabado porque sabía que siempre terminaba igual, en derrota. Era, en el fondo, la misma postura de Krause cuando intentaba convencer a Jordan de que apresurar su vuelta a las canchas era un esfuerzo inútil. Pero la misma persistencia de la memoria de los aficionados demostraba que existe otra forma de ver el baloncesto, paralela e independiente al marcador final. Y que puede que hoy hayas perdido, chico, pero no tiene por qué gustarte.

¹⁵ Hay que destacar que en numerosas ocasiones Krause realizó declaraciones polémicas que luego no recordaba en esos términos, y se negaba a admitirlo hasta escuchar una grabación; reconocía entonces para su sorpresa que sí había usado palabras que él creía recordar no haber pronunciado.

¹⁶ La expresión “minutos de la basura” (*garbage time*) describe los minutos finales de un partido cuando el resultado ya está decidido.

Chicago, 1986

Entrenador, no voy a dejar que pierdas tu primer partido.

Jerry Krause afrontaba otro verano con la necesidad de contratar a un entrenador nuevo. Esta vez sabía lo que quería, y el fracaso de una elección “convencional” como Stan Albeck lo convenció de seguir su propio criterio e ignorar las burlas que esperaba recibir por la contratación de un técnico de currículum inexistente. Doug Collins era un típico fichaje de Krause, un entrenador procedente de la televisión, sin experiencia pero con un conocimiento que nadie ponía en duda y sobre todo con una actitud positiva que contrastaba con el clásico veterano de vuelta de todo. “Yo era la clase de tipo que se arremanga y se pone a cambiar las cosas”, recordaría. Para muchos era otro giro de la ruleta en un equipo por el que habían pasado nueve entrenadores en diez años, pero dentro de la franquicia eran conscientes de que Collins podía ser un cambio en el rumbo de los Bulls. “Cuando me presentaron a Doug me pareció que no sabía de lo que estaba hablando”, recordaba Jordan. “Quiero decir, era muy joven. Pero cuando lo conocí mejor, me gustó mucho. Era inteligente, lo tenía todo controlado y sobre todo mostraba seguridad.” Aunque Krause ya había tomado su decisión era necesario seguir el proceso de selección, y pidió a Tex Winter que se encargara de la entrevista personal al nuevo entrenador. Winter quedó convencido de que Collins, al igual que Albeck, respetaba su táctica del triángulo ofensivo, pero dudaba de su aplicación a la NBA del momento y quería aplicar sus propias ideas (algo que Tex Winter consideraba totalmente legítimo). Recomendó su contratación, pero con el tiempo terminó arrepintiéndose de haber ocupado el lugar de Krause; ya durante la entrevista, Collins había expresado su temor de que negarse a aplicar el triángulo ofensivo significara su no contratación, y la presencia de Winter terminó de convencerlo de que era una especie de “representante” de Jerry Krause,

cuando no su espía. “No sé si es consciente de las interferencias que encontrará en su trabajo, y que intentarán manipularlo”, fue el recado que mandó Albeck a través de la prensa. Quizás uno de los motivos que llevó a Doug Collins a pedir a Johnny Bach como asistente fue traer a alguien que le vigilara la espalda y tuviera controlado a Tex Winter.

Johnny Bach tenía muchos puntos de contacto con Tex Winter: era un veterano en el amplio sentido de la palabra (jugador de los Boston Celtics en los albores de la NBA, soldado en la Segunda Guerra Mundial durante la cual su hermano gemelo desapareció en combate), y su carrera como entrenador universitario podía no ser tan legendaria como la de Winter, pero sí digna de respeto. Doug Collins lo había conocido cuando acudió a la famosa selección olímpica de 1972, en la que Bach era uno de los asistentes, y desde entonces se había convertido en su mentor. Johnny Bach era un especialista defensivo conocido por su retórica belicista, y frecuentemente servía como puente entre los entrenadores y unos jugadores que se sentían próximos a ese hombre directo y sincero. Bach se sintió fascinado por los recursos de un jugador como Michael Jordan y fantaseaba con la idea de verlo aplicar sus tácticas.

Resuelto el tema del banquillo, era el momento de continuar con la limpieza del vestuario. La eliminatoria contra los Celtics había trazado una línea divisoria entre quienes intentaron pelear los partidos con mayor o menor éxito (Oakley, Paxson, Banks) y quienes abdicaron de esa responsabilidad. El caso más evidente era el de un George Gervin que no logró adaptarse a la vuelta de Jordan y a quien Jerry Sichting de los Celtics no dejó ni lanzar a canasta a pesar de que el “Iceman” le sacaba la cabeza. Los Bulls intentaron aprovechar ese emparejamiento en vano y Gervin ni siquiera asistió al tercer partido alegando una gripe. Tampoco tuvo una salida airosa Orlando Woolridge, que terminaba contrato y se había pasado la temporada intentando presionar a la franquicia para que le renovaran. Woolridge se ausentó de varios partidos poniendo excusas poco creíbles que dejaban clara su intención, y esa falta de profesionalidad terminó de sentenciarlo a los ojos de Jerry Krause. Además, contra los Celtics su mayor aportación había sido una falta antideportiva sobre Sichting después de que éste empujara a Charles Oakley en la lucha por un rebote. Los Bulls también renunciaron a prorrogar el contrato del atribulado Quintin Dailey, y traspasaron a Kyle Macy y Sidney

Green, todos ellos de características ofensivas. A cambio llegaron al equipo especialistas defensivos como Earl Cureton, Elston Turner o el ínclito Granville Waiters (años después campeón de la liga ACB con el Barcelona), lo cual provocó que la prensa de Chicago describiera a los Bulls como un equipo formado por “Jordan más once pivots suplentes”.

Todo ello encajaba en el plan de Krause, que pretendía traer obreros mediante los traspasos y buscar la calidad y el talento en el *draft*. El candidato ideal ese año era Johnny Dawkins de Duke, un base al que Jordan respetaba después de haberse enfrentado a él en su etapa universitaria y cuyo agente era David Falk. Sin embargo, Jerry Krause se sentía fascinado por las posibilidades de Brad Sellers de Ohio State. Sellers era un alero altísimo con una muñeca de seda, y Krause creía que con su 2,13 de estatura y su capacidad para jugar en el perímetro podía convertirse en un jugador desequilibrante. Además, los Bulls ya habían fichado a un base, Steve Colter, y sin Woolridge necesitaban un tres capaz de anotar si los rivales intentaban doblar la ayuda sobre Jordan. Aunque el debate en la sede de los Bulls se prolongó hasta el último minuto, finalmente se impusieron los galones y el elegido fue Brad Sellers. Los Spurs cogieron a Dawkins con la elección siguiente, y casi inmediatamente se convirtió en un titular de nivel hasta que se rompió los ligamentos de la rodilla en una jugada desgraciada en 1990; no se puede decir lo mismo de la carrera de Sellers. Resultaba además irónico que Krause afirmara haber descartado a Dawkins porque dudaba de que tuviera el físico para aguantar los contactos en la NBA y luego seleccionara a un siete pies con el aspecto de un palillo al que podías derribar de un soplo. Cuando se argumentó la necesidad de un alero anotador para jugar a su lado, Jordan recordó que acababan de deshacerse de Orlando Woolridge, con el que había mantenido una muy buena relación. Michael Jordan no quería más hombres altos que rehuyeran el contacto y la elección de Sellers hizo que no volviera a confiar en las capacidades de Jerry Krause como ojeador.

Jordan sospechaba que esta selección ilustraba un rasgo negativo de Krause, que era su tendencia a tomar la decisión menos convencional. Si una elección evidente resultaba un éxito eso no suponía un mérito especial para el responsable, pero su inagotable necesidad de reconocimiento hacía que Jerry Krause prefiriera a jugadores menos conocidos cuyo éxito vendría asociado

necesariamente al visionario que había sido capaz de adivinar su verdadero valor. Además, las circunstancias que rodearon al *draft* fueron particularmente humillantes: Michael Jordan había coincidido con Dawkins en los *playgrounds* de North Carolina ese verano y le había dicho que los Bulls iban a apostar por él; igualmente, la noche antes del *draft* Doug Collins creyó que la elección era ya segura, y telefoneó a Mike Krzyzewski, entrenador de Duke, para comunicárselo. Cuando Brad Sellers fue elegido, indirectamente quedó en evidencia ante todo el mundillo del baloncesto la nula influencia que tenían Jordan y su entrenador en la toma de decisiones de la franquicia. Krause no tomaría jamás en consideración las opiniones del entrenador o de Michael Jordan a la hora de tomar una decisión sobre la plantilla. Su círculo de confianza era muy reducido y sólo prestaba atención a quienes había conocido en sus días de ojeador, como el entrenador Clarence Gaines o los jugadores Robert Parish de Boston y Brad Davis de Dallas. Mantenía ese hermetismo incluso con amigos y subordinados, a quienes no comunicaba sus intenciones hasta el último momento. Es corriente que muchos ejecutivos estadounidenses adornen sus oficinas con citas famosas que condensen su filosofía, y así Jerry Reinsdorf tenía sobre su escritorio una placa que decía “nada está escrito en piedra”; la que Krause había colocado en su despacho decía “verlo todo, oírlo todo, no decir nada.” El autor había sido omitido por prudencia, pero John Bach era un gran aficionado a la historia y el día que entró en el despacho se quedó helado. “Jerry, vaya cita has elegido para colgar de la pared siendo como eres un judío de Skokie.” La frase era del almirante Canaris, jefe de inteligencia de la Alemania nazi.

No se puede decir que Doug Collins y Michael Jordan empezaran con buen pie. En su primera reunión como entrenador de los Bulls, en junio de 1986, Collins intentó conectar con Jordan hablándole de su propio historial de fracturas en los pies y cómo volver a jugar sin estar del todo recuperado había arruinado su carrera. Jordan se limitó a responder: “Eso fue tu pie, éste es el mío”. Se negó a guardar reposo como deseaba la franquicia, y durante el verano siguió ejercitándose y jugando partidos amistosos. Ni siquiera quiso reservar fuerzas o protegerse de una recaída, sino que más bien parecía estarse poniendo a prueba cuando destrozó un tablero en un mate durante un partido de exhibición organizado por Nike el 25 de agosto en Trieste (Italia).

En el amistoso entre ex alumnos de North Carolina y Nevada-Las Vegas terminó como máximo anotador, y después del partido él y Collins cenaron juntos. Jordan le explicó que estaba harto de la gente que opinaba sobre su cuerpo o le daba consejos “por su propio bien” cuando en realidad estaban pensando en el interés de la franquicia. “En este tema no hablo en nombre de la directiva”, le respondió Collins. “Sólo soy una persona a la que le encantaba jugar y perdió gran parte de su carrera por esa misma lesión. No quiero que te pase lo que me pasó a mí.” De esa cena nació una conexión que aumentó después de que Jordan visitara a Collins y echaran unas partidas de golf.

Michael Jordan se incorporó al equipo en inmejorable forma física, con menos de un 3,5% de grasa corporal y capaz de correr una milla en menos de cinco minutos y medio. Y la iba a necesitar, considerando las carencias ofensivas del equipo. Como Loughery y Thorn, Doug Collins también había vivido lo que era compartir equipo con Julius Erving (en los Philadelphia 76ers, en su caso) y sabía reconocer la calidad trascendente cuando la tenía delante. Pero es que aunque no hubiera sido su deseo conceder libertad absoluta a Jordan, con ese equipo no tenía más remedio. Pocos les pronosticaban 30 victorias, y alguno las rebajó a 25 después de una pretemporada en la que fueron apalizados por Lakers o Blazers y terminaron con un balance de 3-5. Pero cuando empezó la liga, fue como si sólo hubieran pasado unos días desde la noche mágica de los 63 puntos. El primer partido era en el Madison contra unos Knicks que por fin habían recuperado de sus lesiones a Pat Ewing y Bill Cartwright, unas “torres gemelas” que Collins temía que aplastaran a su colección de pivots de saldo. Jordan empezó acelerado, y al descanso había anotado solamente tres canastas de doce intentos. Sin embargo, conforme el partido fue avanzando el nivel de juego de Jordan fue multiplicándose, anotando canasta tras canasta y poniendo a los Bulls por delante. A falta de dos minutos una remontada de los Knicks puso a los locales en ventaja 90-85, y los Bulls pidieron tiempo muerto. En el banquillo, un frenético Doug Collins intentaba trazar jugada tras jugada en la pizarra; el sudor le había atravesado la camisa, y se había mezclado con los restos de la goma de mascar que llevaba horas rumiando hasta convertirse en una especie de pasta blanca que le manchaba la cara. Parecía un enajenado

arrojando espumarajos por la boca, cuando Michael Jordan llenó tranquilamente un vaso de agua y se lo puso en la mano. “Entrenador, bébete esto y límpiame esa mierda de la cara. No voy a permitir que pierdas tu primer partido.” Jordan anotó 21 puntos en el cuarto, incluyendo los últimos 11 puntos de los Bulls en el partido, mientras el entrenador Hubie Brown ordenaba en vano que más y más defensores acudieran a la ayuda. A falta de 22 segundos superó a su defensor, anotó frente a Ewing y Cartwright, y sentenció el partido. Los Bulls ganaron 108-103, y Doug Collins declaró: “Nunca había visto nada como Michael Jordan. Nunca. Jamás”.

No fue un caso aislado. Al día siguiente le metió 41 puntos a los Cavs, dos noches después fue una canasta a falta de 19 segundos para derrotar a los Hawks, y 48 puntos a los Celtics. Luego anotó los últimos 18 puntos de su equipo para derrotar a los Knicks en los últimos segundos a pesar de los intentos por defenderle en dos contra uno. Cuando anotó 41 puntos frente a los Lakers el 28 de noviembre empezó una racha en la que superó los 40 puntos once veces en doce partidos (la excepción se produjo contra los Bucks, cuando sufrió una aparatosa caída y apenas jugó en la segunda parte). Después, 44 a los Pacers a pesar de la fiebre, 47 a los Pistons, 43 a los Rockets. Contra los Blazers, un rival que jugaba a correr, se fue hasta los 50 puntos a base de mates, suspensiones y aros pasados. Machacó por encima de Kareem Abdul-Jabbar, Mark Eaton, Pat Ewing, “Tree” Rollins. Fue elegido jugador del mes de noviembre, y en diciembre lideraba la tabla de anotadores con tanta ventaja que podría haber descansado cinco partidos y habría seguido primero.

A pesar de que el nivel del equipo había descendido, Jordan se encontraba a gusto. Además de gozar de una libertad comparable a la que había disfrutado con Loughery (y alejada de las limitaciones que tuvo que soportar después de la lesión), Jordan por fin se veía rodeado por unos compañeros en los que podía confiar. “Siempre he dicho que la plantilla con más talento en la que he jugado fue la de mi primer año en los Bulls, pero yo los llamaba los ‘dibujos animados’. Físicamente eran los mejores; mentalmente, ni de lejos.” En *Rare Air* escribió: “Si me dan a cuatro jugadores de talento medio pero con buenos fundamentos y gran corazón, puedo ganarle a cualquiera. Los grandes partidos se deciden en esos dos aspectos. El equipo que ejecuta mejor suele ser el que

es capaz de encontrar dentro de sí ese pequeño extra. Ésos son los jugadores que quiero a mi alrededor”. Los miembros de la plantilla de los Bulls eran conscientes de que su trabajo era defender e ir al rebote, y cumplían a rajatabla. El equipo empezó con siete victorias por tres derrotas, e incluso cuando se fueron perdiendo partidos lograron mantenerse en el 50%. Pocas derrotas fueron abultadas, excepto el 12 de diciembre cuando Dominique Wilkins alcanzó la mayor anotación de la temporada en un partido que los Hawks dominaron de principio a fin. Se fue creando una cierta rutina de empezar los partidos perdiendo para luego remontar en la segunda parte y acabar con un recital de Michael Jordan en el último cuarto. Con el tiempo terminaría convirtiéndose en el concepto de partido ideal para Phil Jackson, en el cual los secundarios debían mantener a los Bulls durante los tres primeros cuartos y luego dejar espacio libre a Jordan para tomar el control en la recta final.

Conforme avanzaba la temporada y se sucedían las exhibiciones anotadoras de Michael Jordan, empezó a surgir una cierta corriente crítica hacia la manera en la que toda la anotación se centraba en él. Larry Bird declaró que Jordan había dejado de jugar dentro del ritmo del equipo y que le parecía aburrido ver a un solo jugador tirar a canasta una y otra vez. Doug Collins se sentía cada vez más identificado con Jordan, y reaccionó recordando al propio Bird su papel similar durante su etapa universitaria en Indiana State. Es posible que algunas de las críticas estuvieran motivadas por la envidia, pero también era cierto que el juego de Jordan desafiaba las convenciones aceptadas de lo que constituía la manera correcta de jugar. “Es casi demasiado bueno, y con ello quiero decir que obliga a reevaluar muchas ideas que se han enseñado siempre en baloncesto, sobre todo relativas al concepto de equipo”, reflexionaba Tex Winter. “Yo mismo estoy cuestionándome estos aspectos, y llevo entrenando 40 años.” Jordan realizaba acciones descritas durante décadas como ejemplo de decisiones erróneas, como saltar sin haber decidido jugada y hacerlo en el aire, o efectuar el lanzamiento frente a una defensa de dos contra uno en lugar de buscar al hombre libre, o penetrar a canasta contra pivots de siete pies forzando el rectificado. Se suponía que ese juego era la receta perfecta para el fracaso, pero los Bulls obtenían unos resultados que superaban las previsiones más

optimistas y el público acudía en masa para ver al prodigio.

Michael Jordan volvió a ser votado como titular para el *All Star* del 8 de febrero de 1987 en Seattle, aunque su segunda participación en el partido de las estrellas pasó casi inadvertida. Tuvo que hacer de base ya que compartía perímetro con Julius Erving, que en su última temporada en activo figuraba nominalmente como escolta en los Sixers, y no tuvo una actuación destacada: sólo once puntos con 5/12 en tiros de campo, y ni siquiera hubo una triste polémica que llevarse a la boca. Pero en esta edición el partido quedó ensombrecido por el éxito que alcanzaron los eventos del día anterior, y el recuerdo que ha quedado del fin de semana de las estrellas de 1987 es el concurso de triples de Larry Bird y los mates de Michael Jordan. La victoria del diminuto “Spud” Webb sobre Dominique Wilkins el año anterior había disparado la popularidad del concurso de mates, de forma que en 1987 la TBS tomó la decisión de emitir el concurso de mates íntegro y en directo por primera vez, incluyendo además el uso de una cámara superlenta (*super slow motion* o SSM) que capturaba imágenes a tal velocidad que permitía reproducirlas a una velocidad muy baja sin perder definición o fluidez. Es posible que la cadena se planteara si esa apuesta se veía justificada cuando primero “Spud” Webb cayó lesionado y después Dominique Wilkins se retiró en el último momento alegando unas molestias de espalda. Sin los dos finalistas del año anterior, el único reclamo era la vuelta de Michael Jordan después de su lesión.

Su primera ronda fue decepcionante, dos mates bien ejecutados pero no destacables que hicieron que los comentaristas llegaran a poner en duda su clasificación. No fue el caso, ya que la mitad de los participantes se eliminaron ellos solos, pero despertó menos interés que un poderoso Jerome Kersey o incluso Clyde Drexler. Como en 1986, el gran aliciente era un Terence Stansbury que comenzó su participación anunciando su primer mate, una “estatua de la libertad” con giro de 360° que lo convirtió en el favorito del público y de los jueces, y continuó con una serie de mates variados e imaginativos. Sin embargo, ni la destreza de Stansbury ni la potencia de Kersey pudieron competir con la exhibición de Jordan en la semifinal, tres mates prodigiosos que virtualmente le aseguraron el trofeo antes de la ronda final. El primero fue una repetición del mate desde la línea de personal,

ejecutado desde menos distancia pero con una doble articulación sorprendente que destacaba aún más cuando Drexler intentó imitarlo con resultado mediocre. Los otros dos mates fueron casi simétricos, remontando la línea de fondo y elevándose hasta el aro para machacar en rectificado: el segundo una versión del *rock the cradle* y el tercero colocando el cuerpo casi horizontal a la altura del aro en un mate bautizado como *kiss the rim* (“beso al aro”, por la altura aproximada de la cara). Michael Jordan parecía haber diseñado sus mates pensando en la SSM, una tecnología que había conocido poco antes cuando se usó en la campaña publicitaria de las zapatillas Air Jordan II (*Imagination*). La cámara superlenta situada en el lateral de la cancha capturaba perfectamente los movimientos articulados de Jordan, que parecía subir por una escalera invisible como en el anuncio. Era la definición de la capacidad de volar, en la que mostraba una capacidad de movimiento autónomo después de elevarse que parecía desafiar a la gravedad. Hasta ver la repetición superlenta los espectadores no percibían en su totalidad la ejecución de los cambios y rectificados, la manera en la que el balón se acercaba y se alejaba del cuerpo hasta terminar en la canasta. Lo esencial era invisible para los ojos.

Después de esos tres mates, el concurso tenía ya ganador. La ronda final sólo sirvió para confirmar el despliegue visual que suponía el ejercicio por parte de Michael Jordan de esa capacidad para controlar simultáneamente sus diferentes extremidades, que resaltaba la falta de variedad de Jerome Kersey a pesar de toda su potencia. El gran triunfador del *All Star* no fue el MVP del partido, un afortunado Tom Chambers, sino Michael Jordan, cuyos tres mates de semifinales fueron reproducidos inmediatamente en vídeos, revistas y pósters. En un gesto de aprecio a sus compañeros, Jordan repartió el dinero del premio con los demás jugadores de los Bulls como reconocimiento a su contribución al éxito del equipo.

Eso no suponía que el vestuario del equipo de Chicago fuera una especie de jardín del Edén. No era fácil convivir con la intensidad de Doug Collins, y algunos jugadores no terminaban de adaptarse. Charles Oakley se había aficionado al tiro en suspensión de media distancia en vez de jugar cerca del aro como quería el entrenador, y eso generó fricciones. Pero Oakley era el segundo máximo reboteador de la liga y lo más parecido a un bastión en la

zona que tenían los Bulls, así que hubo que contemporizar. Cuando un secundario como Earl Cureton dio problemas, fue traspasado inmediatamente a cambio de Ben Poquette, un pívot al borde de la retirada con un largo historial de profesionalismo especializado en crear buen ambiente. Pero los problemas no sólo tenían que ver con el entrenador. El esfuerzo de Krause por limpiar el club hizo que sólo quedara David Corzine de la plantilla con la que debutó Michael Jordan apenas dos años antes. Jordan se había negado a ejercer un papel de líder como tal, ya que consideraba que correspondía a jugadores con más experiencia, pero la ausencia de esos jugadores hizo que se sintiera legitimado para tomar el mando del vestuario: “Cuando llegó un momento en el que me convertí en el veterano de los Bulls, el jugador que llevaba más tiempo en el equipo, empecé a ejercer mi liderato de manera verbal. Supongo que algunos dirían que me convertí en un tirano”.

Pese a su insistencia en que unos buenos fundamentos y una actitud competitiva eran más importantes que las habilidades físicas o técnicas, parecía manifestar cierto prejuicio para un determinado tipo de jugadores. Jordan podía burlarse de las limitaciones atléticas de Paxson o Corzine, pero consideraba que su empeño en jugar bien las superaba y los convertía en jugadores secundarios muy válidos. El pecado era, en su opinión, haber sido bendecido con grandes cualidades físicas y no aprovecharlas por falta de actitud. “Si yo tuviera un cuerpo como el tuyo”, le dijo a Orlando Woolridge en un entrenamiento, “los rivales saldrían volando cada jugada”. El prejuicio consistía en identificar falta de fortaleza física con ausencia de agresividad o de espíritu competitivo. Cuando los Bulls ficharon a Steve Colter, un primer vistazo bastó para convencer a Jordan de que con esas piernas como alambres no sería capaz de aguantar los contactos necesarios para triunfar en el baloncesto. A pesar de su aspecto desconcertante, Colter era un base rápido y con tiro, un buen profesional y una persona con profundos valores religiosos. No daba la talla como titular, pero durante toda su carrera demostró ser un suplente digno. Jordan ya se había formado su opinión, y durante los entrenamientos se dedicó a comprobar su teoría, anotando constantemente sobre la defensa de Colter y burlándose de él. “Eché de aquí a Steve Colter. Salió disparado. Colter no pudo aguantar a Jordan y tuvo que irse”, declaró Jerry Krause. “Lo fiché creyendo que Steve Colter sería lo bastante fuerte,

pero me equivoqué.” Sólo duró dos meses en el equipo, y en diciembre lo enviaron a Philadelphia a cambio de Sedale Threatt.

Fue sólo el primer caso. El más conocido fue Brad Sellers, otro jugador con piernas como palillos a pesar de su 2,13 de estatura y un aspecto aniñado que no inspiraba confianza. A diferencia de Colter, Sellers había sido la gran apuesta de Krause, lo cual significaba que la franquicia no se iba a deshacer de él a las primeras de cambio, pero aumentaba la inquina de un Jordan que no podía olvidar que habían pasado por alto a su amigo Johnny Dawkins para traerle a semejante espantapájaros como refuerzo. Sellers tampoco hizo mucho por ganarse el respeto, ya que al igual que Colter era de natural tímido y los desafíos de Michael Jordan le intimidaban. A veces dejaba destellos de su potencial en los partidos, especialmente cuando lograba encadenar un par de acciones positivas. Entonces parecía coger confianza, y mostraba su buena mano o sus capacidades taponadoras. Sin embargo, lo más habitual era verlo dubitativo y confuso, sin saber jugar sin balón y fallando tiros fáciles o cargándose de personales. Su paso por Chicago se fue convirtiendo en una tortura para él, una decepción para Collins y Krause, y poco menos que un insulto personal para Jordan. La situación de Brad Sellers quedó representada en una jugada contra los Knicks, en la que intentó impedir el avance del escolta Gerald Wilkins y el contacto lo derribó a pesar de que Wilkins medía veinte centímetros menos. Tuvo que venir Jordan desde el otro lado para colocar un espectacular tapón, y no es difícil imaginar lo que pasó por su cabeza al ver que además de su trabajo tenía que hacerse cargo también del gran fichaje de Krause.

Si un par de años después Michael Jordan se desesperaría por la lentitud del progreso de Scottie Pippen, la incapacidad de Sellers para hacer realidad su potencial le sacaba de sus casillas. Especialmente cuando coincidía con un momento en el que el propio Jordan comenzaba a trabajar algunas de las carencias que, por sorprendente que parezca, aún presentaba en su juego. Su primera temporada había sido de adaptación a la NBA y la segunda se la había pasado en blanco, pero ya era momento de retomar el trabajo con unos técnicos de categoría. El primer objetivo era mejorar la denominada “defensa estilo universitario” de Michael Jordan, que en realidad no era más que la típica “defensa de estrella”: vagar por la zona buscando el tapón o el robo

aprovechando su velocidad y salto, pero perdiendo la marca del rival asignado. Inicialmente no intentaron convencer a Jordan de que renunciara a esas vistosas acciones defensivas, y sobre todo a su costumbre de desafiar a los hombres altos rivales aprovechando los ángulos ciegos para sorprenderles con un tapón por detrás o un robo por la línea de fondo. En las primeras semanas de competición Ewing, Malone y Cartwright sufrieron en sus carnes las ansias taponadoras de Jordan.

El desafío era simultanear esas “excursiones” con una buena defensa de fundamentos en la que frenara al rival. El mérito de esa transformación se debía a Johnny Bach, que no sólo era un gran entrenador defensivo sino que además poseía un carácter competitivo y unos modos agresivos con los que Jordan conectó desde el primer momento. Doug Collins había llegado a remediar el relajo defensivo que había caracterizado a los Bulls de Kevin Loughery y Stan Albeck, y Bach vino a enseñarles el orgullo de una buena defensa. Esa clase de orgullo era el concepto que un jugador tan competitivo como Jordan podía comprender. “En mis primeros años me comparaba con Magic y con Larry. ¿Qué podía hacer para elevar mi juego a una altura superior a la suya? Eran grandes jugadores en todos los sentidos, pero nunca fueron considerados grandes defensores. Comprendí que la defensa podía ser la manera de diferenciarme de ellos. Decidí que quería ser reconocido como alguien capaz de influir en el juego en ambos lados de la cancha.” La lección de Roy Williams no había sido olvidada. Cuando *Sports Illustrated* le preguntó cuál era su partido favorito de la temporada, Jordan eligió el del 4 de marzo de 1987 en el que anotó 61 puntos frente a Detroit. “Porque ganamos. Y porque en los últimos minutos cambiamos y pasé a defender a Adrian Dantley, robé tres balones y no dejé que anotara ni una canasta. Una victoria de la defensa.”

Jordan tomó el control del partido en la recta final con 26 puntos en el último cuarto, pero lo más comentado no fueron sus 61 puntos sino su emparejamiento con el alero Adrian Dantley. La primera parte había sido un duelo anotador entre ambos, y poco antes del descanso se vieron emparejados cuando los Bulls pusieron a Michael Jordan a jugar de “tres” (algo que Doug Collins estaba haciendo cada vez con más frecuencia para usar a la vez a los bases John Paxson y Sedale Threatt). Jordan frenó en seco a Dantley, que no

volvió a coger la racha en todo el partido, y volvieron a emparejarse en diferentes momentos de la segunda parte. La secuencia que decidió el partido se produjo en el último minuto: Michael Jordan fintó a Isiah Thomas y anotó por encima de Laimbeer para empatar, y en la defensa siguiente interceptó el pase de Isiah a Dantley y forzó una prórroga que terminaron ganando los Bulls. Jordan e Isiah abandonaron juntos la cancha, y en la rueda de prensa posterior éste destacó lo divertido y emocionante que había resultado el partido. Una vez más se trataba de un intento de mostrar una imagen positiva cara el público, que no se correspondía con la rivalidad que seguía existiendo entre ambos jugadores y sus equipos respectivos.

No era la única rivalidad de Michael Jordan. Esos 61 puntos batieron el récord de anotación en la temporada, establecido por el propio Jordan poco antes con 58 puntos. Una combinación de lesiones y problemas extradeportivos habían diezmado a los Nets, y los Bulls publicitaron el detalle de Michael Jordan al pedir el cambio sólo un ataque después de batir el récord cuando aún quedaban casi tres minutos de juego. “Quería batir el récord de los Bulls, pero no ir más allá”, declaró. El entrenador Doug Collins afirmó que al pedir el cambio le había ahorrado tomar él la decisión: “Yo no lo dejaría seguir para que se batiera un récord cuando el partido ya está ganado. New Jersey lo está pasando mal, y algún día yo podría verme en su caso. Fue un gesto de mucha clase”. En realidad, Jordan, Collins y los Bulls ya se habían visto en ese caso un par de meses antes cuando Dominique Wilkins anotó 57 puntos contra los Chicago Bulls en diciembre. A pesar de los 41 puntos de Jordan los Hawks consiguieron romper el partido antes del descanso, pero los Hawks mantuvieron en el partido a Wilkins y siguieron haciendo jugadas para que engordara sus números hasta el último minuto. Michael Jordan sintió que a Dominique Wilkins le molestaba su fama, y como máximo anotador de la temporada pasada había querido darle una lección al advenedizo. Jordan no sólo quiso resaltar una supuesta superioridad moral en el partido contra los Nets, sino que en la última semana de fase regular igualó su récord endosándole a los Hawks otros 61 puntos, 23 de ellos de manera consecutiva para superar los 3.000 puntos en la temporada. Sin embargo, los Hawks remontaron en el último cuarto gracias a un gran marcaje de “Doc” Rivers, y a falta de 11 segundos Dominique Wilkins anotó por encima de

Jordan una suspensión larguísima que le dio la victoria.

Michael Jordan terminó la temporada como máximo anotador con unos números que se creían inalcanzables en el baloncesto moderno, ya que el único jugador que había sumado 3.000 puntos había sido Wilt Chamberlain 25 años antes. También fue incluido en el quinteto ideal de la NBA y quedó segundo en la votación para el MVP, pero sufrió la decepción de ver cómo Michael Cooper ocupaba su puesto en el quinteto defensivo del año. Cooper era un gran defensor especializado en impedir la recepción del balón, pero sus bajos números en taponos y robos hacían pensar a Jordan que había sido elegido por su reputación.

Los Bulls terminaron con un balance de 40 victorias y 42 derrotas, y volvieron a cruzarse con los Boston Celtics. Jordan empezó mal el primer partido de la eliminatoria, con un 0-6 en tiros que dejó a los Bulls 19 puntos abajo. En la segunda parte Chicago realizó una remontada épica de la mano de Jordan y Threatt, y consiguieron empatar en el último minuto antes de que un error del novato Brad Sellers, que cortó por la línea de fondo y recibió el pase sin darse cuenta de que seguía fuera de la cancha, hiciera perder a los Bulls la oportunidad de dar la sorpresa. En el segundo partido las diferencias no fueron tan destacadas, y a pesar de los constantes dos contra uno Jordan anotó 11 puntos seguidos en el último cuarto para poner por delante a los Bulls. Los Celtics terminaron remontando y llevándose la victoria a pesar de los 42 puntos de Jordan, y como sucediera la temporada anterior, cerraron la serie en Chicago con un decisivo 0-3. Los Bulls aprovecharon la ausencia del lesionado Kevin McHale para llevar la delantera durante casi todo el encuentro, pero en el último cuarto los Celtics aumentaron la intensidad defensiva y los frenaron en seco. Jordan anotó 30 puntos, pero no llegó a tomarle el pulso a un partido dominado por Larry Bird.

A pesar de la derrota, Jerry Reinsdorf estaba más que satisfecho. Habían superado lo peor de la reconstrucción manteniéndose al borde del 50% de victorias y la figura de Michael Jordan seguía creciendo. El *draft* traería los refuerzos que necesitaban, aunque en ese proceso se comprobaría si Danny Ainge tenía razón cuando ofreció su opinión sobre Jordan: “Es el jugador que prefieres ver en televisión, pero no sé si sería divertido jugar con él”.

Chicago, 1987

Michael Jordan lleva años aterrizándonos.

El *draft* de 1987 representó la mayor aportación de Jerry Krause al equipo que terminaría conquistando tres campeonatos consecutivos. Durante las negociaciones para prorrogar el contrato de Michael Jordan en septiembre de 1988, Krause intentó convencer a David Falk de que parte del éxito de Jordan se debía al apoyo de la organización. Cuando Jerry Reinsdorf adquirió la franquicia, Jordan se vio rodeado de las mejores condiciones para su lucimiento, desde los planes para unas nuevas instalaciones a un *staff* técnico de primer nivel dotado del equipo más moderno, pasando por un equipo de ojeadores que recorrían el país buscando jugadores. Aunque Falk le contestó que nada de ello habría servido para llenar el estadio sin Jordan, los dos jugadores elegidos en el *draft* de 1987 resultarían decisivos.

Scottie Pippen era el descubrimiento soñado para Jerry Krause, un jugador tan desconocido que la primera vez que fue citado en el *New York Times* lo presentaron como “Tony Pippin”. El entrenador de la diminuta Universidad de Central Arkansas se había puesto en contacto con Marty Blake, jefe de ojeadores de la NBA, pero el único equipo que mostró interés fueron los Bulls, que enviaron a Billy McKinney¹⁷. Pippen era un jugador de innegable potencial, con unos brazos larguísimos y un manejo de balón digno de un base, pero no era fácil evaluarlo debido a la poca entidad de su liga. Krause acudió a verlo al Portsmouth Invitational Tournament, el primero de los torneos anteriores al *draft*, y lo reconoció de inmediato por sus largos brazos. Scottie Pippen fue una de las estrellas del partido y logró ser invitado al Hawaii Classic. Allí se lució aún más, y fue invitado al “Chicago Combine”, donde fue el mejor jugador del partido. Para Pippen fue como si se abrieran las puertas del cielo, pero Krause creía estar viviendo una pesadilla. Por fin había descubierto un diamante en bruto, y lo iba a perder en el último momento, ya

que otros equipos se estaban dando cuenta de que ese tal Pippen podía ser toda una estrella de la NBA. Krause intentó convencerle de que no acudiera a más torneos ofreciéndose a prolongar su estancia en Hawai con cargo a los Bulls, pero el joven estaba disfrutando de poder competir al fin con los jugadores más destacados en los mejores pabellones, así que Krause intentó acordar con su agente que no acudiera a las entrevistas personales que se habían vuelto casi obligatorias después de la muerte de Len Bias (todas las franquicias exigían conocer personalmente a los jugadores para intentar asegurarse de que no estaban poniendo su futuro en manos de algún chaval problemático o descarriado). Scottie Pippen ofreció un rendimiento extraordinario en las pruebas físicas a las que fue sometido, y después de la entrevista con Doug Collins renunció a visitar más equipos, atraído por la posibilidad de jugar junto a Jordan y aspirar al anillo. Aún así, Portland y Sacramento seguían interesados, y fue necesario un traspaso para poder asegurar que lo elegirían con el nº 5.

Los Bulls disponían de otra elección de primera ronda gracias a la astucia de Krause, que la había conseguido de los Knicks a cambio de la eterna promesa Jawann Oldham, que fue la que provocó más discusiones. El jugador con más posibilidades de ser escogido era Joe Wolf, un ala-pívot blanco de North Carolina que había sido compañero de Michael Jordan. Fue Johnny Bach el que descubrió a Horace Grant, precisamente en un partido de North Carolina contra Clemson. Bach no se llevó la mejor opinión de Wolf, que era demasiado lento y parecía haber alcanzado su techo, pero estaba emparejado con un jugador que despertó su interés. Grant estaba totalmente por formar tanto física como técnicamente, le faltaba peso y se notaba que no había pasado por las manos de un entrenador como Dean Smith. Pero por otra parte parecía rápido, elástico y atlético, y su anchura de hombros sugería una espalda poderosa en el futuro. En las pruebas físicas antes del *draft*, Horace Grant demostró que era aún más rápido de lo que parecía, y también que tenía una muy buena mano de cara al aro. El único problema era Jordan.

Michael Jordan y Dean Smith se habían embarcado en una campaña para convencer a Krause de que el jugador que necesitaban para reforzar el endeble juego interior de los Bulls era Joe Wolf. En realidad, Jordan quería que las dos elecciones de primera ronda fueran para antiguos compañeros suyos, una

para Wolf y la otra para el base Kenny Smith, pero podía llegar a entender la apuesta por Scottie Pippen. Sin embargo, Grant le parecía el nuevo Sellers, otro jugador interior con aspecto de “tirillas”, sin músculo ni voluntad para pelear en la zona. El propio Jerry Krause tenía sus dudas al respecto, algo nada propio de una personalidad como la suya. Aunque aún mantenía la esperanza de que Brad Sellers terminara cuajando, su evolución hasta ese momento había sido decepcionante. ¿Y si Horace Grant tampoco llegaba a desarrollar su físico? Se habría opuesto a Dean Smith y ganado la enemistad de Jordan para nada. Pero había una diferencia respecto del año anterior: Krause había sido el único valedor de Brad Sellers, mientras que la apuesta por Horace Grant era unánime. Con la excepción de Jordan, claro; ignoró a Doug Collins cuando éste intentó transmitirle su entusiasmo por las dos jóvenes promesas que habían obtenido en el *draft*, y cortó de raíz a Krause: “Tú eres el que nos trajo a Brad Sellers, ¿no?”.

Justo antes de iniciarse la pretemporada se produjo otro pequeño cambio en los Bulls, casi intrascendente entonces. Los Charlotte Hornets ficharon al entrenador asistente Gene Littles, y hubo que reemplazarlo. Doug Collins propuso a Don Buse, una antigua estrella universitaria que había coincidido con él en la preparación de los Juegos Olímpicos de 1972 y que había sido asistente durante varias temporadas, pero Buse rechazó la oferta, ya que se había retirado. Entonces Jerry Krause sugirió el nombre de su viejo conocido Phil Jackson, que poco antes le había llamado ofreciéndose como *scout*. Doug Collins ya había tenido sus primeros roces con Krause, y quizá fue para mejorar su relación que aceptó incorporar a su equipo al amigo del vicepresidente. Jackson siempre ha agradecido la oportunidad que le dio Collins y su valor al integrar sin recelos a un posible rival; sin embargo, Tex Winter estaba seguro de que fue decisión exclusiva de Krause: “Sé positivamente que Doug no quería contratarlo”, declaró. “Yo conocía a Jerry lo suficiente como para saber que tenía algún tipo de plan cuando trajo a Phil. En realidad, estoy convencido de que Jerry consideraba a Phil su póliza de seguros por si Doug no cuajaba.”

Winter y Jackson se hicieron cargo del equipo en la liga de verano de Los Ángeles, que se jugaba en la Universidad de Loyola Marymount, y Phil Jackson descubrió el triángulo ofensivo de Tex Winter. Jackson era un

especialista en defensa que detestaba el juego de ataque de la NBA y buscaba algo parecido al sistema que habían aplicado los Knicks en sus días de jugador. Quedó convencido de que el triángulo era lo que había estado buscando, pero Doug Collins ya lo había probado y descartado definitivamente. Durante la temporada, Phil Jackson sustituyó a Johnny Bach como ojeador de rivales, y también se encargaba de los hombres altos. Eso significa que pasaba mucho tiempo con Pippen y Grant, que habían establecido una relación tan estrecha que eran casi hermanos. Buscaron casa uno cerca del otro, cada uno fue el padrino de la boda del otro y un día Bach recibió una llamada en la que Horace Grant le explicaba que no podían acudir al entrenamiento: el gato de Scottie Pippen había muerto, y Grant lo estaba consolando. Ambos se hicieron también muy amigos de Sedale Threatt, algo que Jerry Krause no veía con buenos ojos. Threatt gozaba de una bien ganada fama de juerguista, hasta el punto de que terminó emigrando a Australia para eludir el pago de la manutención de los catorce hijos que según parece tuvo con diferentes mujeres, aunque de alguna manera lograba que no repercutiera nunca en su trabajo (en Seattle dormía a veces en el coche de su compañero Gary Payton para asegurarse de que no llegaba tarde a los entrenamientos). De todas formas, no era la influencia que deseaban para los jóvenes del equipo, y en cuanto pudo, Krause se libró de él en un traspaso. En los entrenamientos Doug Collins representaba el papel de duro, presionándolos para mejorar y criticando sus errores, mientras Phil Jackson era la figura paternal que les daba ánimos y consuelo. Johnny Bach trabajó su defensa, y mejoraron hasta ganarse el apodo de “los Dobermans”. Al final de cada entrenamiento, Doug Collins pasaba media hora practicando tiro con Jordan, y después otra media hora con Pippen. Cuando terminaban, Jordan y Pippen se reunían con Paxson y echaban otro rato más compitiendo unos contra otros en ejercicios de tiro. A posteriori, Doug Collins recordaría que estos entrenamientos habían sido uno de los períodos más satisfactorios de su carrera.

A pesar de ello, los Bulls daban muestras de acusar la presión de las expectativas ya que se les exigía pasar a ser competitivos en *playoffs*. A Doug Collins le había sonado la flauta por casualidad, se decía, y Michael Jordan podía acumular todos los partidos de cincuenta puntos que quisiera, pero seguiría sin ser capaz de hacer mejores a sus compañeros. Aunque en general

el ambiente era bueno y las esperanzas estaban por todo lo alto, hubo momentos en los que esta presión sacó a la luz lo peor de cada uno. Doug Collins había tenido problemas desde el principio con Tex Winter, que se encaraba con los jugadores durante los tiempos muertos hasta que hubo que pedirle que dejara de sentarse en el banquillo. Luego, Collins lo retiró de los entrenamientos y lo envió a la grada, donde Winter tomaba notas con lo que él llamaba “críticas” de los sistemas del entrenador. Esto fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de Collins, que después de la entrevista inicial lo consideraba poco menos que un espía de Krause y exigió no volver a tratar con él. No podía despedirlo, así que lo reasignaron a ojeador de rivales en sustitución de Phil Jackson.

Al menos, esa confrontación tuvo lugar en privado. No sucedió lo mismo con el enfrentamiento entre Doug Collins y Michael Jordan en la pretemporada de 1987. La causa, una disputa sobre un punto más o menos en un partidillo, pudo parecer ridícula, pero para Jordan esas pachanguitas demostraban cada día a sus compañeros que no iba a rebajar su intensidad en ningún momento. Ya se había molestado con Loughery por cambiarlo de bando cada vez que estaba a punto de ganar, pero ese truco ponía a prueba su competitividad y suponía una especie de reconocimiento de su superioridad. “La gente puede creer que es una trivialidad. Pero cuando eres tan competitivo y te gusta ganar, nada es trivial”, declaró. “Siempre sé cómo va la puntuación en todo, pachangas, partidos, a las cartas o lo que sea, y sé que íbamos 4-4. Doug dijo que íbamos perdiendo 3-4. Sé que después de un duro entrenamiento, el equipo perdedor tiene que correr, y me pareció que estaba manipulando el marcador deliberadamente.” Jordan paró el entrenamiento y se encaró con Collins, la discusión fue subiendo de tono y finalmente Jordan abandonó el pabellón en un gesto de enfado. Al día siguiente el equipo tenía que tomar un avión, y Jordan los mantuvo en vilo hasta aparecer en el último minuto sin disculpa ni excusa. La franquicia le puso una pequeña multa, y Doug Collins tuvo que dejarlo pasar después de escenificar una reconciliación coronada con un beso del jugador a su entrenador. En realidad, el resultado de ese pulso entre ambos representó un punto de no retorno en la relación de Collins con su estrella y, por extensión, con toda la plantilla. A pesar de lo irreflexivo de su reacción, en el fondo Michael Jordan sabía que había actuado mal al

abandonar el entrenamiento y que, como dijo Collins, él nunca se habría atrevido a hablarle en ese tono a Dean Smith. Algunos jugadores son un poco como niños que se rebelan contra las normas, pero necesitan sentir que existen, y que Doug Collins tuviera que aceptar el comportamiento de Jordan supuso una pérdida de autoridad que no pudo volver a recuperar jamás, ni ante él ni ante el resto de jugadores.

Michael Jordan no perdonaba las muestras de debilidad, como bien sabían Sellers, Pippen y Grant. Jordan era implacable con ellos, y lo peor que podían hacer era dar muestras de que les afectaba. Scottie Pippen hubo de sufrir sus ironías y burlas hirientes como los demás, pero era casi el único jugador del equipo al que motivaba jugar con y contra Jordan. Normalmente era difícil encontrar a alguien dispuesto a marcar a Jordan en los partidillos de entrenamiento, ya que éste se empeñaba en quedar por encima hasta la humillación, pero a Pippen le motivaba y eso terminó ganándole el respeto de la estrella. Sin embargo, a Horace Grant no le sirvió de nada trabajar de firme en los entrenamientos, ni pedir a los entrenadores un plan de pesas para aumentar músculo, ni jugar bien desde el primer día: a Jordan no se le olvidaba que había llegado en lugar de Joe Wolf, un miembro de la “hermandad” de los Tar Heels. Michael Jordan era muy aficionado a poner motes ofensivos a los jugadores que no le convencían, pero con Horace Grant llegó al extremo de no usar su nombre durante la primera temporada que compartieron vestuario. Era simplemente *rookie* en el mejor de los casos, y según Krause en muchas ocasiones Jordan lo llamaba directamente “tonto” a la cara (además de su timidez, Grant tartamudeaba en momentos de tensión). La prensa hablaba de los Bulls como *Team Jordan*, y comparaba a su estrella con Dominique Wilkins, otro jugador capaz de sumar muchos puntos y dar espectáculo pero que no pasaba de media tabla. Se repetía que era incapaz de hacer mejores a sus compañeros, y Doug Collins hizo que Phil Jackson le hablara a Jordan de cómo “Red” Holzman, el legendario entrenador de los Knicks campeones, consideraba que ése era el baremo que separaba a los buenos jugadores de las grandes estrellas. Jordan lo escuchó educadamente, pero no pareció hacerle mucho caso. Consideraba injusto que se comparara los miembros con los que contaban unos y otros. “Magic” o Bird tampoco podrían hacer mejor a un Granville Waiters.

Michael Jordan inauguró la temporada con 36 puntos ante los Sixers, y cuando terminó el primer mes ya era máximo anotador de la NBA y había sido elegido mejor jugador de noviembre, a la vez que Collins fue elegido mejor entrenador. Una vez más los Bulls tuvieron un arranque espectacular, y después de ganar en Utah se pusieron con una marca de 12 victorias por sólo tres derrotas (dos de ellas por un solo punto, y la tercera en la prórroga). Precisamente contra los Jazz se produjo una de las anécdotas de la temporada, cuando pusieron al base John Stockton a defender a Jordan y éste pivotó para anotar un espectacular mate. “¡Métete con alguien de tu tamaño!”, gritó Larry Miller, el propietario de los Utah Jazz. En el siguiente ataque Michael Jordan encaró en velocidad a Mel Turpin, un inmenso pívot de siete pies, y anotó un mate aún más espectacular. Al bajar a defender, Jordan se volvió hacia Miller con sorna: “¿Es ése lo bastante grande para ti?”.

A pesar de las dudas de Michael Jordan, Horace Grant empezó a ayudar al equipo desde el primer día, y aunque de manera más irregular, también Scottie Pippen iba mostrando su calidad. Sin embargo, las carencias estructurales de los Bulls terminaron por aflorar, especialmente en los puestos de uno y de cinco. Habían fichado al veteranísimo pívot Artis Gilmore, una antigua estrella de la franquicia, esperando que aportara minutos de calidad, rebotes y anotación interior; pero Gilmore ya no estaba en disposición de ayudar y fue cortado antes de Navidad. También ficharon a Rory Sparrow, base titular de los Knicks durante varias temporadas, pero no terminó de convencer a Doug Collins y trajeron a Sam Vincent, un rapidísimo base que no había gozado de oportunidades en Boston. Como todos los años, al final fueron Dave Corzine y John Paxson quienes terminaron jugando en esas posiciones. Además, la baja definitiva de Gene Banks por lesión había debilitado el puesto de alero, donde el rendimiento de Brad Sellers se desplomó definitivamente después de un comienzo esperanzador. Los Bulls perdieron nueve de sus siguientes doce partidos, y la tensión explotó el partido del 16 de enero contra los Detroit Pistons: al comienzo de la segunda parte Rick Mahorn agarró a Michael Jordan y lo derribó, Charles Oakley se enfrentó a Mahorn, y la pelea se desplazó hasta el banquillo de los Bulls. Intentando separar a Mahorn de Johnny Bach, Doug Collins saltó sobre el ala-pívot de los Pistons por la espalda, y éste lanzó al entrenador de los Bulls sobre la mesa de anotadores.

Mahorn se estaba encarando con Phil Jackson cuando Collins volvió a saltar sobre él y revoleó en una de las secuencias más surrealistas de la temporada. “Entiendo que tenía que pararme, pero no hasta el extremo de derribarme sin importarme si me lesionaba o no”, declaró Jordan. Mahorn y Oakley fueron expulsados, y varios jugadores de los Bulls fueron multados. Michael Jordan pagó todas las multas de su bolsillo como muestra de aprecio a sus compañeros por haber salido en su defensa, pero quizá la consecuencia más negativa fue que Doug Collins alimentó su imagen de entrenador que no sabía controlar su temperamento.

A pesar de estos altibajos, gracias al espectacular juego de Jordan y a la aportación de Pippen y Grant los Bulls llegaron al *All Star* con un balance de 27 victorias por 18 derrotas. El *All Star* de 1988 se iba a celebrar precisamente en Chicago, y se convirtió en una auténtica celebración de Michael Jordan. El fin de semana de las estrellas empezó con una nueva exhibición de dominio por parte de Larry Bird en el concurso de triples, pero el gran aliciente era el concurso de mates que por fin iba a reunir a los campeones de las tres ediciones anteriores: Michael Jordan, Dominique Wilkins y “Spud” Webb, más otros matadores destacados como Clyde Drexler o Jerome Kersey. “Es la primera vez que tendremos la oportunidad de competir los tres”, destacó Jordan. “Spud” Webb no pudo volver al nivel que alcanzara antes de operarse la rodilla, y sumado a la ausencia de Terence Stansbury el resultado fue un torneo en el que la fuerza se impuso sobre la variedad. Hubo pocas novedades, y el propio Jordan repitió mates en el mismo concurso. Sin embargo, la potencia en la ejecución que demostraron los candidatos y la emoción del duelo mano a mano entre Jordan y Wilkins lo compensó de sobra, y el concurso de mates de 1988 pasó a la historia como quizás el más espectacular de todos a pesar de su polémico desenlace. Muchos pensaron (y con razón) que el último mate de Dominique Wilkins merecía bastante más que los 45 puntos que le concedió el jurado, pero en realidad las puntuaciones habían sido bajas durante todo el concurso. Parecía notarse una especie de consigna para evitar los entusiasmos calificadores de ediciones anteriores, y posiblemente se les fue la mano cuando sólo puntuaron con un 47 el segundo mate de Jordan en la ronda final. Wilkins había sumado 50 (la puntuación máxima) en sus dos primeros mates, así que sólo un golpe de tijera

podía dejar con opciones de triunfo a la estrella local. Es posible que la victoria de Jordan, obtenida mediante un mate desde la línea de tiros libres después de muchas vacilaciones, fuera merecida en términos globales, pero el propio ganador tuvo que reconocer que no se había alcanzado de la manera correcta. “Yo le habría dado un 50”, dijo Jordan sobre el mate de Wilkins. “Creo que si no hubiésemos estado en Chicago, habría ganado él.”

La fiesta continuó el domingo. Fue todo un espectáculo en el que “Magic” y Olajuwon se lucieron por el equipo del Oeste, mientras que Isiah Thomas se subordinaba al lucimiento personal de un Michael Jordan que sumó 40 puntos, 8 rebotes y 4 tapones, y fue elegido MVP (jugador más valioso) del *All Star*. Un público ansioso de ver a su estrella batir el récord de 42 puntos establecido por Wilt Chamberlain en 1962 pedía su vuelta a la cancha cada vez que se sentaba, pero Jordan se negó a tirar a canasta en los últimos segundos. “Todo el mundo había venido a ver el *show* de Michael Jordan”, dijo Isiah, “y yo sólo quise colaborar”. “No quería que me regalaran nada”, declaró Jordan. “Los primeros 36 puntos me los gané, los últimos 4 me los concedieron.” El *All Star* de 1988 fue el primero que se emitió en España en 1988, lo que le confirió un aura especial para los aficionados de *Cerca de las Estrellas*. Anécdotas intrascendentes como la del comentarista que antes del partido opinaba que “Fat” Lever era un jugador más completo que Jordan se convirtieron en leyenda. Creíamos que la NBA era eso todo el tiempo, y pasaría mucho tiempo antes de que se comprendiera que un espectáculo como ése era casi irrepetible.

Los Bulls salieron con una especie de resaca del fin de semana de celebraciones. Perdieron tres de sus primeros cuatro partidos después del *All Star*, y la racha negativa duró hasta principios de marzo. Una de las causas fue el descenso del rendimiento de Scottie Pippen, especialmente en ataque. Jordan seguía liderando la NBA en anotación, pero gracias a Grant y Pippen había aumentado mucho su número de asistencias, lo cual indicaba una mejora en el juego de ataque global de los Bulls. Sin embargo, conforme avanzaba la temporada Scottie Pippen fue notando unas molestias en la espalda que se fueron incrementando hasta limitar seriamente su movilidad. Como siempre, el fisio Mark Pfeil descartó una lesión, y como Pippen tenía fama de no estar acostumbrado a esforzarse, le conminó a trabajar más duro en vez de quejarse.

No sería hasta el verano cuando descubrieran que en realidad se trataba de una hernia discal que requería cirugía inmediata.

Doug Collins volvió a modificar la rotación, insertando a Sam Vincent en el quinteto titular y buscando descargar de trabajo a un fatigado Jordan, y el equipo reaccionó. Vincent imprimió un ritmo más rápido que encajaba perfectamente con el juego de Jordan, los Bulls recuperaron el camino del éxito y de nuevo las anotaciones espectaculares de Michael Jordan se convertían en victorias: 50 puntos a los Celtics, 49 a los Sixers, 44 a los Bucks y 47 a los Knicks, incluyendo un espectacular *alley-oop* que proporcionó otra de las imágenes de la temporada con las piernas de Jordan balanceándose sobre la cara de Pat Ewing. El 3 de abril en Detroit los Pistons intentaron por última vez marcarle en uno contra uno, y Chuck Daly tuvo que dar su brazo a torcer cuando llegó al descanso con 32 puntos. A pesar de que intentaron defenderle con ayudas, ya era demasiado tarde para evitar que Michael Jordan se fuera a los 59 puntos con 21 canastas y sólo 6 fallos. El partido iba empatado a falta de dos minutos con unos Pistons que no lograban anotar, pero recuperaban cada rebote ofensivo, y en ese plazo Jordan colocó un tapón a Adrian Dantley, otro a Isiah Thomas y finalmente le robó el balón decisivo a Bill Laimbeer para anotar los dos tiros libres de la victoria. Jordan tenía una racha imparable cada noche, y los Bulls terminaron la temporada con 12 victorias en los últimos 15 partidos, coronados por 46 puntos de Jordan a los Celtics.

Los Chicago Bulls alcanzaron las 50 victorias empatados con los Atlanta Hawks en el segundo puesto de la División Central, y volvieron a *playoffs* por la puerta grande. Su eliminatoria contra los Cleveland Cavaliers se anticipaba como el enfrentamiento entre dos de los equipos más prometedores de toda la NBA. La acertada política de fichajes de Wayne Embry había rescatado a los Cavs, y presentaban una plantilla inexperta pero repleta de buenos jugadores: por dentro tenían al pívot Brad Daugherty, un antiguo compañero de Jordan convertido en estrella profesional, acompañado de dos ala-pívots como Larry Nance y John “Hot Rod” Williams; por fuera a Mark Price, un base que sabía pasar, tirar, penetrar y defender, acompañado por un escolta atlético como Ron Harper (descrito como un “Michael Jordan de bolsillo”) y Craig Ehlo, un especialista defensivo. Su entrenador Lenny Wilkens disfrutaba de las

posibilidades que le concedía un equipo en el que había muchos jugadores distintos capaces de anotar, rebotear o defender, y que según “Magic” Johnson tenía todas las papeletas para dominar la siguiente década. Ambos equipos se habían repartido los triunfos en liga regular, así que se anticipaba una serie disputada. Los Bulls no habían ganado ningún partido de *playoffs* desde el año *rookie* de Jordan, pero jugaban contra un rival asequible y con el factor cancha a favor. Cabía esperar que cambiara su suerte.

Michael Jordan creía que sólo los perdedores confían en la suerte. Ambos equipos se habían enfrentado pocos días antes de terminar la fase regular y Cleveland había conseguido la victoria al dejar a Jordan en sólo 26 puntos, su peor anotación del mes. Lenny Wilkens creía haber encontrado la manera de frenarlo, cerrándole la línea de fondo para que tuviera que entrar por el centro ante sus pívots. Los Cavs jugaban muchos minutos con tres postes, y hasta Michael Jordan tendría problemas para anotar por encima de dos taponadores como Nance y Williams más un siete pies como Daugherty. Aunque el escolta titular, Ron Harper, iba a ser baja en el primer partido debido a unas molestias en el tobillo, su sustituto, Craig Ehlo, estaba considerado como aún mejor defensor, así que Wilkens confiaba en sus posibilidades. La estrategia pareció funcionar en principio, y los Cavs tomaron ventaja en el primer cuarto del partido inaugural. Pero Jordan comenzó el segundo con un *alley-oop* adelantándose a Ehlo, siguió con un mate remontando la línea de fondo y terminó con una explosión anotadora de 20 puntos en el cuarto. Los Cavs remontaron y el marcador permaneció igualado hasta mediados del último cuarto, cuando un parcial de 14-0 en favor de los Bulls rompió el partido. A punto estuvieron de pagar un alto precio por ello, cuando a falta de siete minutos Michael Jordan se desplomó sobre el parqué sujetándose la rodilla derecha. Jordan se había elevado en uno de sus espectaculares saltos para alcanzar un pase largo, y al caer sufrió lo que resultaría ser sólo un tirón en la rodilla, pero que puso el corazón en un puño a unos aficionados que se temían algo mucho peor. A pesar de que Jordan necesitó ayuda para llegar hasta el banquillo, pudo volver a la cancha gracias a su asombrosa capacidad de recuperación y siguió en el partido. Durante varios minutos se le vio falto de seguridad, y más tarde reconoció que el dolor de la rodilla le hizo dudar de su estado hasta que en la recta final consiguió por fin anotar una canasta con un

magnífico rectificado ante Larry Nance, que tranquilizó a los presentes. Michael Jordan terminó con 50 puntos, y los Bulls se adelantaron en la eliminatoria gracias al resultado final de 104-93.

Craig Ehlo también sufrió las consecuencias del incidente. Aunque el daño se lo produjo en el salto, antes de que Jordan sintiera el dolor de la rodilla Ehlo cometió personal sobre él, y el público atribuyó la lesión de su estrella a dicha falta. Aún peor, el jugador de los Cavs protestó la decisión arbitral y recibió una técnica, sin darse cuenta de que a sus espaldas Jordan estaba lesionado y lo estaban atendiendo. La grada tomó su comportamiento como una falta de deportividad, y durante el resto del partido fue abucheado sin misericordia. Visiblemente afectado, Craig Ehlo erró dos tiros libres y perdió un balón en los minutos siguientes, y el mismo Jordan se sintió obligado a pronunciar algunas palabras de apoyo: “Sentí un ligero empujón en la espalda, pero no fue la causa de la lesión”. También alabó el trabajo de Ehlo en defensa, que consideró mejor que el de Ron Harper a pesar de haberle anotado cincuenta puntos. Esas declaraciones cogieron por sorpresa a Harper, que había cenado con Jordan después de su último enfrentamiento y consideraba que mantenían una relación amistosa. No entendía por qué le hacía de menos, y no imaginaba que estaba ante uno de los trucos psicológicos que Jordan usaría durante toda su carrera. Quizá si lo hubiera sabido habría evitado echar más leña al fuego, pero cuando los periodistas le preguntaron por su opinión sobre las declaraciones de Jordan, el pobre Ron Harper se metió en la boca del lobo: “Bueno, Michael nunca me ha metido cincuenta puntos a mí”. “Para todo hay una primera vez”, sentenció Jordan. Lo siguiente que supo Harper fue que el segundo partido había terminado, y Michael Jordan había anotado 55 puntos.

Ron Harper empezó con ganas, anotando la primera canasta e impidiendo las penetraciones de Jordan. Después de los 50 puntos en el primer partido Lenny Wilkens se había visto obligado a cambiar su defensa, ya que al concentrarse en cerrar la línea de fondo le habían dejado vía libre hacia el aro. Michael Jordan no encontraba espacios para entrar en la zona, así que recurrió al tiro en suspensión. En los laterales de la cancha del Chicago Stadium estaban pintadas unas cabezas de toro, y desde ellas Jordan se dedicó a anotar de media distancia por encima de Harper. Pero aunque los tiros

entraban, eso significaba que los hombres altos de Cleveland estaban controlando ambas zonas y los Cavs se escaparon en el marcador para terminar el primer cuarto con una ventaja de 13 puntos. El interés se centraba en ver si Jordan sería capaz de repetir su estallido anotador en el segundo cuarto como hiciera en el partido anterior, y los espectadores no se vieron decepcionados: Michael Jordan penetró una y otra vez la defensa de Cleveland para anotar una serie de mates y bandejas que metieron a los Bulls en el partido. La secuencia que definió el partido vino en el tercer cuarto, cuando superó a Ehlo en un aclarado con un primer paso brutal para culminar en un mate, y en la jugada siguiente se escapó de Ehlo y Mike Sanders cuando intentaban cerrarlo contra la línea de banda y anotó la canasta más tiro adicional. Pese a todo, los Cavs aguantaban en el partido gracias a su poderoso juego interior, y llegaron empatados a los últimos dos minutos. Ahí fue cuando Jordan decidió el partido, primero con una canasta remontando la línea de fondo contra tres rivales, luego con un tiro exterior y finalmente capturando el rebote decisivo a falta de 14 segundos. Los Bulls ganaron 106-101 gracias a los 55 puntos de Jordan, y viajaron a Cleveland con la idea de cerrar la serie.

No eran pocos los que consideraban que el 2-0 de ventaja de Chicago en la serie no respondía al verdadero nivel demostrado por ambos contendientes en la cancha. Era cierto que, en palabras de Rick Barry (antigua estrella de la NBA convertida en comentarista de televisión), “quienes escribieron que todos los hombres nacen iguales no sabían que iba a aparecer Michael Jordan”, pero su aportación individual tapaba el hecho de que apenas había recibido apoyo de sus compañeros. Mientras, Cleveland practicaba un juego más equilibrado en el que la anotación se repartía entre Mark Price, Larry Nance y Brad Daugherty, y además había dejado indicios de tener muy estudiada la defensa sobre Jordan. Con todo su escándalo anotador, las diferencias en el marcador habían sido muy cortas.

Los partidos en Cleveland ratificaron estas intuiciones, y los Bulls mostraron sus carencias cuando Michael Jordan no era capaz de dominar el juego. Jordan anotó 38 y 40 puntos con buenos porcentajes, pero no logró reproducir esos momentos de control absoluto del partido que se habían visto en Chicago. Los Cavs seguían intentando cerrarle el camino hacia el aro y

lanzando pelotones de hombres altos cada vez que entraba en la zona (ayudados por un arbitraje que los Bulls consideraban casero y los Cavs describían como justo). Además, a las molestias en la rodilla derecha debido a la caída del primer partido hubo que añadir un tirón en la espalda que le hizo perder explosividad. Anotaba puntos pero no lograba imponerse, y Mark Price hacía el resto. Al igual que en los dos primeros partidos, los Cavaliers tomaron las ventajas iniciales, pero en esta ocasión los Bulls no lograron remontar. Jordan sólo conseguía mantenerlos dentro del partido, pero la ayuda de sus compañeros brillaba por su ausencia. El único que dio la cara fue, sorprendentemente, Brad Sellers, que despertó en el tercer partido con 12 puntos en el primer cuarto y 19 al descanso, pero que no volvió a dar señales de vida. Con Michael Jordan renqueante, Charles Oakley protestando por su falta de tiros y un banquillo casi inexistente, la serie regresó a Chicago.

La serie estaba ilustrando la paradoja de los Bulls, que Dave Corzine explicaba como el inconveniente de jugar con Michael Jordan: si perdías, la culpa era tuya porque él había anotado 40 puntos. Doug Collins suplicaba a los demás jugadores que acudieran en su ayuda (y de manera inconveniente también lo declaraba a la prensa), pero Oakley tenía su parte de razón cuando contestaba que era difícil que otros intervinieran cuando el ataque estaba focalizado en Jordan. Collins introdujo varios cambios en la rotación buscando mayor fluidez ofensiva, dando más minutos a Rory Sparrow en lugar de Paxson, pero la gran sorpresa se produjo pocos minutos antes de saltar a la cancha cuando anunció que Scottie Pippen sería titular en detrimento de Brad Sellers. La presencia de Sellers había pasado totalmente inadvertida excepto en el tercer partido, pero Pippen tampoco había dado muy buena imagen. A pesar de ello, Collins había notado su aportación en defensa y rebote, y confiaba en su versatilidad para ayudar a Michael Jordan. Durante un momento pareció que no iba a servir de nada ante unos Cavs que llegaron a ponerse 18 puntos por delante. Jordan seguía encontrando dificultades para penetrar en la zona y muchos de sus puntos tenían que llegar desde el tiro libre. Aun así, volvió a liderar la ya clásica remontada de los Bulls en el segundo cuarto y consiguió meter a su equipo en el partido. Sin embargo, no lograba coger el ritmo y tuvo que ser sustituido después de una cadena de errores en cuatro ataques consecutivos durante los cuales perdió tres balones y efectuó un

lanzamiento que no tocó aro.

Entonces llegó Pippen. Con Jordan en el banquillo y el partido igualado al final del tercer cuarto, Scottie Pippen interceptó un pase de Ron Harper, corrió el contraataque y anotó una bandeja para poner por delante a los Bulls por primera vez. En la jugada siguiente fue Sam Vincent el que robó otro balón, pero fue Pippen el que machacó al rebote. Aunque Michael Jordan terminó con 39 puntos, los que llevaron a los Bulls a la victoria en el último cuarto fueron Scottie Pippen (24 puntos, 6 rebotes, 5 asistencias, 3 robos) y Dave Corzine, con unos sorprendentes 14 puntos y 8 rebotes. Bulls 107-Cavs 101, y el vestuario de Chicago fue una fiesta en la que Johnny Bach exhibía un as de picas (el símbolo de los francotiradores para indicar enemigo abatido), Jordan aseguraba que siempre supo que Pippen era capaz de eso y más, y Jerry Krause iba de un lado a otro preguntando si alguien seguía creyendo que los Bulls eran “Jordan y otros cuatro”. La franquicia había encargado unas camisetas conmemorativas y los jugadores se las pusieron festejando el lema impreso: “¿Qué piensas de nosotros ahora?”. En segunda ronda les esperaban los Pistons, que habían ganado cuatro de los seis partidos que habían jugado en la temporada. Sin embargo, los Bulls habían demostrado ser capaces de ganar en Detroit y de competir hasta el final incluso en las derrotas, así que estaban convencidos de tener una posibilidad de dar la sorpresa.

Chuck Daly no quería sorpresas. Después del partido del 3 de abril, cuando Michael Jordan derrotó a los Pistons con 59 puntos en el Pontiac Silverdome, Daly había creado el concepto de *astro points*. Siempre habían existido grandes anotadores en la NBA, pero Jordan sembraba el terror por su capacidad de ganar partidos casi sin apoyo. La respuesta habitual ante ese tipo de jugadores era dejar que anotaran y centrarse en sus compañeros, pero como habían comprobado los Cavs contra Jordan eso era un desastre. En anteriores *playoffs*, Bucks y Celtics le habían negado el centro de la zona para empujarlo a los laterales hasta comprimirlo contra el fondo de la pista, pero ahí Jordan se encontraba muy cómodo y podía anotar en suspensión o remontar la línea de fondo para mates y bandejas en aro pasado. Había que negarle la línea de fondo aun a costa de dejarle camino hacia la zona, esperando que si llegaba hasta la pintura los pivots podrían acudir a la ayuda. Los técnicos de Detroit pasaban horas revisando vídeos intentando encontrar las claves para frenar a

Michael Jordan: en un despacho el asistente Dick Versace repasaba el último partido de los Pistons frente a los Bulls; en otro, Ron Rothstein estudiaba el quinto partido de la serie contra Cleveland; mientras, Chuck Daly dirigía la elaboración de un montaje de jugadas de Jordan frente a los Pistons. El objetivo era desarrollar una estrategia defensiva personalizada más elaborada de lo habitual, combinando las posibilidades de la amplísima plantilla de Detroit con los recursos que habían demostrado ser eficaces contra Jordan. Esta estrategia aún tardaría una temporada más en completarse, pero Daly, Versace y Rothstein habían establecido ya las bases: en primer lugar, el defensor principal debía mantener una presión constante (los Pistons contaban con Joe Dumars, un gran defensor en la posición de escolta). También se usarían constantes doscontra-uno, que para confundir a Jordan vendrían desde diferentes posiciones y con duración variable. Finalmente estaban los hombres altos, que se cerrarían sobre la zona en caso de penetración como habían hecho los Cavaliers, además de un taponador rápido (Rodman o Salley) que acudiría desde el lado débil al rescate. Además, también en ataque era posible desgastar a Jordan, obligándolo a esforzarse en labores defensivas. Michael Jordan había señalado a Jeff Malone de los Washington Bullets como uno de los jugadores que mejor lo defendía, y eso se debía al menos en parte a que Malone se pasaba los ataques cortando por la zona y llevándolo a través de un bosque de bloqueos de sus compañeros, mientras desde la banda el entrenador Wes Unseld bramaba “¡Dadle!”.

Michael Jordan se sintió como si el equipo entero de los Pistons cargara contra él desde el salto inicial. Joe Dumars no se despegaba de su camiseta, las ayudas venían unas veces del lado de Isiah Thomas y otras del lado de Billy Laimbeer, y si lograba llegar hasta la zona Dennis Rodman salía de la nada para taponarle. En defensa, Dumars lo dirigía constantemente hacia bloqueos donde Laimbeer o Mahorn aprovechaban para clavarle un codo, una rodilla, una cadera. Jordan no encontraba posiciones claras y se veía obligado a elegir entre forzar sus tiros o pasar el balón a sus compañeros. Pero Chuck Daly también había pensado en eso, no en vano uno de sus principios era que una defensa no se desequilibra en las ayudas, sino en las recuperaciones. Así que se cerraban sobre Jordan, pero cuando doblaba el balón rotaban rápidamente para recuperar sus posiciones. Los demás Bulls tenían fama de no

saber soportar la presión, y con los Pistons punteándolos apenas lograban anotar el 30% de sus tiros. Chicago se mantuvo en el partido gracias a la defensa, pero no pudieron impedir que los Pistons se anotaran la victoria por un cómodo 82-93.

La sorpresa que temía Daly llegó en el segundo partido. Michael Jordan ofreció un recital de mates y tiros en suspensión para alcanzar los 36 puntos, pero eso no era nuevo; la novedad fue que esta vez Sam Vincent entró en racha y empezó a anotar todos los balones doblados que le llegaban. Anotó 29 puntos en la primera parte y, aunque sólo pudo sumar una canasta más en el resto del partido, fue más que suficiente: los Pistons seguían negados cara al aro, especialmente en los tiros libres, y los Bulls robaron el factor cancha con una sorprendente victoria por 106-95. “No puedo entender lo que ha pasado”, se lamentaba Chuck Daly. La serie viajaba a Chicago, donde los Bulls contaban con aprovechar el apoyo de su público para ganar los dos partidos siguientes y ponerse 3-1 arriba.

Una de las claves de la rivalidad entre los Detroit Pistons y los Chicago Bulls, entre Isiah Thomas y Michael Jordan, residía en un rasgo común: la competitividad como desafío personal. Isiah convocó una reunión de jugadores en la que estableció que lo del segundo partido no se podía volver a repetir, y por si hacía falta remarcar la provocación tuvo un roce con Rory Sparrow antes del tercer partido. Durante el calentamiento Isiah Thomas estaba charlando con Ron Harper, que había acudido al partido como espectador, y Sparrow se acercó a ellos. Los tres jugadores intercambiaron las clásicas bromas sobre quién le había ganado a quién, pero Rory Sparrow cometió el error de decir la última palabra: “¿Sabes por qué no nos ganaréis? Porque tenéis demasiados egos en el equipo”. Isiah repitió sus palabras en el vestuario y los Pistons salieron a morder. No eran los únicos; en una de las primeras jugadas Michael Jordan se quedó atrapado en un bloqueo de Bill Laimbeer, y fue la gota que colmó el vaso. Se revolvió lanzando un puñetazo y Rick Mahorn lo apartó de un empujón mientras Isiah Thomas impedía que Charles Oakley cargara sobre Laimbeer. Después del partido Jordan admitiría sentirse avergonzado por iniciar una de las pocas peleas de su carrera, mientras Laimbeer sacaba a pasear su encanto personal: “Yo me limité a hacer un bloqueo, supongo que no estaría mirando”. Pocos minutos después, la lucha

por un rebote se convertía en otro enfrentamiento, y el veterano árbitro Earl Strom se veía obligado a convocar una conferencia de paz al más alto nivel: mientras los entrenadores discutían en la mesa de anotadores, los árbitros reunían a ambos equipos en el centro de la pista y ordenaban un inmediato cese de hostilidades. El partido se reanudó, puntuado por incidentes de menor calibre, pero los Detroit Pistons habían conseguido sacar a los Chicago Bulls del partido. “Las distracciones nos sacaron de nuestras casillas”, reconoció Doug Collins. Michael Jordan no anotó su primer punto hasta mediados del segundo cuarto, mientras Isiah Thomas lideraba a unos Pistons que se llevaron la victoria para recuperar el factor cancha. Los Bulls encajaron la peor derrota en casa de la temporada, 79-101, y aún fue corto para lo que se vio sobre el parqué.

El cuarto partido fue más de lo mismo para unos Bulls incapaces de atravesar la defensa de los Pistons. “Detroit está haciendo un gran trabajo”, reconocía Jordan. “No me dejan penetrar y me obligan a soltar el balón.” Collins probó a usar dos bases con Michael Jordan (que pasaba así a la posición de tres) para que buscaran devolverle el balón, pero tampoco funcionó. La frustración del equipo local era evidente, y a mediados del tercer cuarto una jugada poco clara culminó con el codo de Jordan impactando en el pómulo de Isiah en lo que parecía una acción involuntaria, pero bien podía ser producto de la impotencia. Isiah Thomas quedó tendido sobre la cancha y tuvo que retirarse, aunque la victoria de su equipo parecía asegurada. Sin embargo, en el último cuarto apareció John Paxson con un 2+1 más un triple que puso a los Bulls a tiro de piedra, 76-81 a falta de cinco minutos. Fue el canto del cisne de Chicago, y Isiah Thomas volvió al partido para sentenciarlo con 9 puntos consecutivos, camino de la victoria por 77-96.

Se acabó. Los Bulls no habían conseguido llegar a los 80 puntos en los dos partidos jugados en casa y habían puesto en evidencia su ausencia de anotación interior. Corzine, Oakley y Grant se sentían más cómodos tirando en suspensión desde el perímetro que trabajando el poste bajo, y esta vez Jordan no había podido compensarlo con sus penetraciones (se quedó en 23 y 24 puntos). Con un ataque anclado en el perímetro y serias dificultades para poner el balón en las manos de su jugador estrella, los Bulls no afrontaban el partido decisivo en la mejor disposición. No bajaron los brazos cuando Isiah

Thomas y Adrian Dantley dieron las primeras ventajas a los Pistons, y resistieron a rueda hasta el último cuarto. Michael Jordan volvió a quedarse muy por debajo de sus números habituales con 25 puntos, pero esta vez sus compañeros sí dieron un paso adelante e intentaron arrojárselo mejor que en otras ocasiones. Al final fue la variedad de opciones de Detroit lo que les dio la victoria, a través de Bill Laimbeer y sus 13 puntos en el último cuarto. 95-102 para los Pistons, que ponían fin a la temporada de los Bulls con un 1-4 en la eliminatoria.

A pesar de la derrota, particularmente dolorosa por sus circunstancias, la temporada se podía considerar un éxito para Michael Jordan. No sólo había vuelto a liderar la NBA en anotación, sino que habían ganado 50 partidos y llegado a segunda ronda en *playoffs*. Los tiempos de sumar estadística con más derrotas que victorias habían terminado, y así lo reconoció la misma liga concediéndole el mayor galardón individual: el título de jugador más valioso o MVP de la temporada 1987-88.

Sin embargo, ese premio no pareció entusiasmar a Jordan, que modestamente lo describió como una consecuencia natural de ser el mejor jugador de un equipo que había ganado más partidos de lo esperado. Era un reconocimiento, pero Michael Jordan dejó entrever su opinión de que estos galardones se otorgaban basándose más en la reputación que en el rendimiento real, y en cualquier caso se trataba de un trofeo que alguien decidía regalar. Como dejó claro durante el partido del *All Star*, Jordan estaba interesado en lo que podía conquistar, no en lo que otro decidía concederle. Muchos años después, cuando quería recordar a su interlocutor sus mayores éxitos individuales no citaba los MVPs ni las presencias en el *All Star*, sino sus grandes actuaciones como la vez que anotó 53, 50 y 61 puntos en tres partidos consecutivos. Esos sí eran éxitos de los que se podía sentir orgulloso, conquistados personalmente frente a un rival que intentaba negárselos. Jordan ya sabía que estaba a la altura de “Magic” o Bird, y no necesitaba que se lo dijera una estatuilla.

Más ilusión le hizo el título de Mejor Defensor de la NBA, probablemente porque suponía el reconocimiento a su afán de superación. Había decidido convertirse en un gran defensor, y ese galardón certificaba su éxito. “Así se demuestra la versatilidad de un jugador, al ser capaz de jugar en ambos lados

de la pista”, declaró. “Me gusta defender. Quiero que se reconozca mi defensa. Si a cambio hay que otorgar menos reconocimiento a mi anotación, perfecto.” (No llegó a explicar en detalle cómo otorgar menos reconocimiento a la anotación de un jugador que había promediado 35 puntos por partido con más de un 50% de acierto en el tiro.) La defensa había sido su objetivo porque era la gran carencia que incluso sus mayores fans reconocían en “Magic” y Bird. El MVP podía sugerir que estaba a su altura, pero el título de mejor defensor insinuaba que estaba por encima.

Así lo había reconocido la franquicia cuando le firmó una extensión de su contrato que lo convertía (fugazmente, al ritmo que crecían los sueldos de los jugadores) en el jugador mejor pagado de la NBA. Michael Jordan y su agente, David Falk, habían intentado conseguir cuatro millones al año, mientras que Jerry Reinsdorf ofrecía tres; finalmente firmaron veintisiete millones por ocho temporadas. Como sucedería con sorprendente frecuencia, los dos Jerries consiguieron encontrar una manera de firmar un contrato por el que iban a pagar una gran cantidad de dinero a un jugador, y ofenderlo en el mismo acto. Jerry Krause (elegido ejecutivo del año de la NBA) necesitaba sentir que salía ganando en todas las negociaciones, a veces en aspectos triviales, y en este caso se empeñó en la idea de anunciar la duración del contrato pero no su importe, para dar la imagen de que la franquicia había conseguido atar a Jordan durante el grueso de su carrera como jugador (ocultando el coste que había supuesto). David Falk se negó, y finalmente Reinsdorf decidió que o se informaba de todos los aspectos del contrato o de ninguno. Así que Jerry Krause dio una rueda de prensa en la que anunció que Jordan había firmado una larga renovación, y se negó a dar detalles. Hasta que la prensa le recordó su propio comunicado de prensa, en el cual había olvidado eliminar la referencia a la duración.

¹⁷ Billy McKinney llegó a ser ayudante de Jerry Krause, pero cuando fichó por otra franquicia Krause dejó de dirigirle la palabra por poner en su currículum que había colaborado en el hallazgo de Pippen.

Chicago, 1988

No voy a multarle, Mr. Embry. Ha tenido un día duro: he visto The Shot.

En 1988 los Chicago Bulls parecían preparados para dar el salto a aspirantes. Michael Jordan con su flamante MVP era una estrella incuestionable, Doug

Collins era admirado por la mejora del equipo, Pippen y Grant habían pasado de promesas a realidades. Sin embargo, la derrota ante los Pistons había puesto en evidencia los puntos débiles del equipo, y Jerry Krause estaba convencido de que tenían que resolver esas carencias. Una de ellas era el perímetro, donde había resultado difícil encontrar acompañantes que supieran hacer llegar el balón a Jordan y encestar sus tiros aprovechando los huecos de la defensa rival, pero el más preocupante era el puesto de cinco, ocupado por una serie de jornaleros esforzados como Dave Corzine incapaces de aportar anotación o defender a los grandes pívots rivales.

Krause había buscado sus principales refuerzos en el *draft*, pero el precio de la buena temporada que habían hecho era una elección muy baja para 1989. Los dos grandes proyectos de pívots que se presentaban ese año, Rik Smits y Rony Seikaly, no estaban al alcance de los Bulls y su número 19. El otro camino era un traspaso, y Krause tenía una pieza muy valiosa para negociar: Charles Oakley, segundo máximo reboteador de la NBA las dos temporadas anteriores (Michael Cage de los Clippers le arrebató el primer puesto por centésimas en la última jornada, cuando su equipo le cedió todos los rebotes del partido). Para Krause no era fácil traspasar a Oakley, ya que se trataba de su primer éxito en la franquicia, un jugador que había descubierto y que había resultado el tipo de jugador profesional e implicado que andaba buscando. Aún más importante, era el mejor amigo de Michael Jordan en la plantilla, el

único que acudía a defenderle de los Mahorn o Laimbeer de este mundo. La diferencia con Horace Grant había quedado ilustrada por una jugada durante la serie contra los Cavs: John Williams derribó a Jordan en una penetración, y mientras Oakley enseñaba los dientes a cinco centímetros de la cara de Williams, Grant acudía a levantar a Jordan como un buen samaritano. Sin embargo, deportivamente el progreso de Horace Grant había hecho prescindible a Oakley. Grant no era tan buen reboteador, pero con Jordan y Pippen podía cubrir ese aspecto; en defensa era un buen taponador, y en ataque era más eficiente y disciplinado. El baloncesto está lleno de jugadores interiores empeñados en jugar fuera, y Charles Oakley era uno de ellos. Desde su llegada al equipo Oakley había mantenido un pulso constante con los entrenadores reivindicando el aprovechamiento de su tiro exterior, que él consideraba una herramienta ofensiva básica, mientras que los técnicos veían como un recurso puntual. “Trabajo duro y nunca hacen jugada para mí. Soy el mejor reboteador de la liga, peleo en los tableros todas las noches y hago lo que sea por el equipo. Pero deberían hacer algo ellos por mí”, declaró durante los *playoffs*. Oakley era el único jugador que se atrevía a discutir públicamente la distribución de tiros en el equipo, y lo hacía criticando no a Jordan por aprovecharlo sino a Collins por permitirlo o favorecerlo.

Jerry Krause intentó ofrecer a Oakley a cambio de una elección de lotería que le permitiera *draftear* a Rik Smits, pero nadie estaba dispuesto a renunciar a un pívot de más de 2,20 de estatura con una muñeca de seda. Krause recurrió al mercado de traspasos, a pesar de que no era fácil encontrar a un equipo dispuesto a deshacerse de un pívot válido. De entre las escasas opciones disponibles destacaba la de Bill Cartwright, a quien Krause había conocido cuando era una gran promesa del baloncesto universitario. Su carrera profesional en los Knicks no había estado a la altura de las expectativas, y una racha de lesiones en los pies lo había mantenido alejado de las pistas durante dos años. Para cuando consiguió recuperarse, el equipo había conseguido a Pat Ewing, un pívot más joven y más prometedor que ocupaba su puesto. Durante un tiempo los Knicks jugaron con la idea de crear sus propias “torres gemelas” a imitación de los Houston Rockets que habían llegado a la final de la NBA con Ralph Sampson y Hakeem Olajuwon, pero no llegó a cuajar. Ewing no estaba interesado en reconvertirse a ala-pívot, y el

intento le costó el puesto al entrenador Hubie Brown. Rick Pitino probó a invertir el concepto, pero no tuvo más éxito con Cartwright como ala-pívot y era conocido que los Knicks llevaban meses intentando traspasarlo. En sus mejores temporadas Bill Cartwright había sido considerado un buen anotador interior, pero poco interesado en el trabajo sucio en defensa y rebote; sin embargo, a estas alturas de su carrera sólo buscaba un equipo en el que poder jugar lejos de la hiriente prensa neoyorquina. Krause apreciaba a Cartwright y pensaba que podía desempeñar el papel que necesitaban los Bulls, pero tenía dudas sobre su estado físico. Los médicos del equipo lo sometieron a una batería de pruebas para confirmar que estaba recuperado de sus numerosas lesiones, pero Krause no se atrevía a dar el paso sin algún tipo de respaldo.

Como parte del intercambio de Oakley por Cartwright los Bulls recibirían además la elección de *draft* de los Knicks (con el número 11) a cambio de su número 19. Krause soñaba con que eso le permitiera elegir a Rony Seikaly, cuyos recursos ofensivos eran evidentes, pero siendo realistas era muy improbable que el pívot de Syracuse cayera hasta ese puesto. El siguiente pívot en el *draft* era Will Perdue de Vanderbilt, a quien la mayoría de los ojeadores consideraba demasiado lento y torpe para llegar a ser algo más que un suplente en la NBA y que en principio no entraba en los planes de los Bulls. Sin embargo, cuanto más lo estudiaba Krause más se convencía que podía convertirse en el pívot de futuro del equipo, y la idea de descubrir a otro diamante en bruto iba tomando forma en su mente. A pesar del escepticismo de los entrenadores y de sus propios ojeadores, Jerry Krause hizo que Perdue viniera a Chicago para una sesión de entrenamiento tan secreta que el jugador se perdió al ser incapaz de recordar con qué nombre falso se tenía que registrar en el hotel (de esta anécdota surgió uno de los apodos de Krause, “el espía”). Para cuando terminó esa sesión, Krause se había convencido de que Will Perdue iba a convertirse en el futuro pívot titular de los Chicago Bulls gracias a su capacidad de pase y bloqueo.

La sorpresa en las oficinas de la franquicia fue mayúscula, ya que hasta poco antes Krause había pregonado a los cuatro vientos las capacidades de Dan Majerle, un explosivo alero apodado *Thunder Dan*. Uno de los defectos de Jerry Krause era su insistencia en alabar las virtudes del último jugador que estuviera intentando fichar, sin percibir que eso hacía que los jugadores

del equipo se sintieran minusvalorados. Krause había insistido tanto en la alabanza a Majerle que cuando Michael Jordan se enfrentó a él en la final de 1993 esperó al final del primer partido (en el que anotó 31 puntos) para detenerse delante de la fila de periodistas y exclamar un clarísimo *Fuck Thunder Dan*. Krause podría haber conseguido a Majerle con la elección que recibió de los Knicks, pero ya se había decidido por Perdue. Aún hizo un último intento, una idea descabellada que demostraba la nula capacidad de Jerry Krause para ponerse en el lugar de su interlocutor. Le dijo a Dan Majerle que los Bulls habían decidido elegir a otro jugador en primera ronda y no tenían elección de segunda ronda; pero si Dan Majerle se retirara de los torneos *pre-draft* alegando una lesión, era posible que cayera hasta tercera ronda y así los Chicago Bulls podrían seleccionarlo. El jugador apenas pudo creer lo que estaba oyendo y se negó en redondo.

Fue el final de cualquier posibilidad de entendimiento entre Michael Jordan y Jerry Krause. Para colmo, Jordan y Oakley habían ido con Charles Barkley a ver un combate de Mike Tyson, y el jugador sufrió la humillación de enterarse de que había sido traspasado cuando los periodistas le preguntaron por su reacción. “Creo que ‘Oak’ estaba en Atlantic City con Michael en un combate, y no pude localizarlo para decírselo”, recordaba Krause. “Se enteró cuando alguien se acercó a decírselo en medio del combate. Se lo contó a Michael, y Michael se volvió loco.” Jordan volvió inmediatamente a Chicago y celebró una reunión con Krause en la que exigió que nunca más se volviera a realizar un traspaso sin consultarle. Le resultaba especialmente doloroso que la prensa relacionara el traspaso de Oakley con sus quejas por el reparto de tiros y lo considerara una prueba de que criticar a Jordan en los Bulls era un crimen capital castigado con el destierro. Tampoco le convencieron los argumentos de los entrenadores de que Grant podría cubrir el puesto de Oakley. “Incluso yo puedo canear a Horace. ¿Se supone que él me va a proteger a mí?”, le espetó a Johnny Bach.

Michael Jordan nunca terminó de aceptar aquellas decisiones de Jerry Krause que no le gustaron en su momento. No llegó a reconocer que tuvo razón al *draftear* a Grant por delante de Joe Wolf, e incluso cuando racionalmente tuvo que admitir que el traspaso de Cartwright había sido un éxito, lo hizo remarcando que también la prensa lo criticó en su día. Dentro del equipo, eso

significaba que Jordan no aceptaba a los recién llegados. Siguiendo con su costumbre se refería a Perdue como “Will Vanderbilt”, ya que decía que era demasiado malo como para usar el nombre de una universidad prestigiosa, y cuando en un entrenamiento Jordan se fue al suelo por un bloqueo de Perdue, le arreó un puñetazo al pívot. “¿Por qué no pones bloqueos como ése en los partidos?”, le gritó. “No lo entiendo. Siempre le hago bloqueos cuando estoy jugado y sé que nadie más que Ed lo hace”, declaró Perdue, en referencia a Ed Nealy (un pívot marginal de dos metros de alto por dos de ancho). “Sé que Bill nunca lo hacía. Pero sé que Michael nos odiaba a mí y a Bill.”

Jordan reservaba sus dardos más afilados para Bill Cartwright, que había llegado a cambio de su amigo. Cartwright era un jugador de capacidades muy definidas, que necesitaba recibir el balón en un lugar y de una manera concreta para ser efectivo. Jordan estaba acostumbrado a levantarse del suelo y una vez en el aire decidirse por el tiro o el pase, y sus compañeros debían estar preparados para recibir el balón en cualquier momento y anotar, porque el primer mandamiento de Jordan era que el jugador que no aprovechara un pase no recibiría otro. Brad Sellers ya lo había experimentado en sus carnes cuando Jordan se cansó de verlo titubear, y sucedió lo mismo con un Bill Cartwright cuyas manos parecían de cemento. Perdía tantos balones que algunos sospechaban que Jordan le lanzaba deliberadamente pases que no podría controlar para dejarlo en evidencia, y se llegó a rumorear que había prohibido al resto de los titulares jugar con Cartwright. Si alguno se atrevía a darle un balón, Michael Jordan se aseguraría de que ellos tampoco recibían más pases. El rumor llegó a oídos de Bill Cartwright, que pidió los vídeos de los partidos para comprobar si era cierto que Jordan evitaba pasarle el balón. Hay diferentes versiones sobre lo que sucedió a continuación, aunque la base fundamental es que Cartwright abordó a Jordan y le informó de lo que podía pasarle al que jugara con el pan de sus hijos. Según algunos la amenaza fue velada y referida a los problemas que podía encontrar Jordan en su carrera futura, según otros fue muy específica y referida a la integridad de la estructura ósea de sus piernas. En cualquier caso, Cartwright había dado sin saberlo con la única manera de ganarse el respeto de Michael Jordan, que era plantándole cara sin miedo.

La situación interna de los Chicago Bulls se estaba complicando por

momentos. Con Pippen recuperándose de su operación y un juego más lento para aprovechar la presencia de Cartwright, los Bulls tuvieron un arranque de temporada por debajo de lo esperado. Fueron batidos cómodamente en casa por los Pistons en su debut, y en Navidades andaban por un triste 50% de victorias que a esas alturas suponía una decepción. Las derrotas trajeron tensiones en el vestuario, como la falta de confianza de Jordan en Grant o Cartwright, y también en el banquillo. Doug Collins y Jerry Krause habían tenido fricciones desde los primeros meses, en parte por ese talento que tenía el vicepresidente para la ofensa involuntaria. El deseo de Krause por sentirse parte del equipo le llevaba a estar presente en el día a día del equipo, y un entrenador tan nervioso como Collins no podía evitar reaccionar ante su falta de respeto hacia el espacio ajeno que llegaba a lo ridículo. Una anécdota relataba cómo en un viaje del equipo ambos subieron juntos en ascensor a la planta del hotel en la que estaban sus habitaciones, y mientras Collins abría la puerta Krause anunció que le había dado un apretón que no admitía espera. Ante la estupefacción del entrenador, Jerry Krause entró en su cuarto de baño y se alivió sin el menor reparo, dejando a Collins tan ofendido en su dignidad como en su olfato. Esas faltas de consideración fueron agriando el trato entre ambos, y Doug Collins empezó a reaccionar a la presencia fiscalizadora de Krause en los entrenamientos: “¿Qué haces aquí? ¿Qué estás haciendo en la pista?”. La situación en los entrenamientos se volvía cada vez más incómoda, con el entrenador echando de la pista al responsable del equipo y uno de los asistentes, Tex Winter, aislado en la grada sin poder tener contacto con los jugadores por orden de Collins. “Doug, para ser una persona tan inteligente”, le dijo Winter, “a veces me pregunto si sabes lo que estás haciendo.”

No todo eran defectos en Jerry Krause. Una de sus virtudes era la capacidad de soportar cualquier enfrentamiento personal mientras creyera que la franquicia se beneficiaba de la presencia de su enemigo. En la temporada 1988-89, sin embargo, se empezó a sospechar que la utilidad de Doug Collins estaba llegando a su fin. El mayor defecto de Collins era la ausencia de un estilo de juego definido, ya que había rechazado el triángulo y lo había reemplazado por un libro de jugadas en constante expansión que le había granjeado el apodo *A Play A Day* (“Una jugada al día”). Había convertido a los Bulls en uno de los equipos más peligrosos en finales de partido gracias a

su capacidad para diseñar jugadas, y los entrenadores rivales resaltaban que sus equipos anotaban casi invariablemente a la salida de un tiempo muerto. “Si se pudieran pedir veinte tiempos muertos, Doug jamás habría perdido un partido”, resumía Johnny Bach. Pero en el desarrollo normal del juego el equipo era incapaz de encontrar su ritmo con un entrenador que estaba permanentemente marcando jugada y ladrando instrucciones. Esa costumbre era especialmente incómoda para los bases, que debían jugar con un ojo en el balón y otro en la banda hasta que terminaban derrumbándose bajo la presión. Cada temporada fichaban a un base que se convertía en el ideal para Collins durante varios meses, hasta que caía en desgracia y era sustituido por un nuevo base revelación. Doug Collins había conectado con Michael Jordan debido a su afán competitivo, pero las victorias y las derrotas le afectaban cada vez más. Durante el *All Star* un grupo de jugadores estaban charlando, compartiendo las típicas quejas sobre sus entrenadores. “Vosotros podéis creer que tenéis problemas con vuestros entrenadores, pero es que el mío llora todos los días”, sentenció Jordan. En cuestión de días Doug Collins podía poner por las nubes a un jugador después de una victoria y exigir su traspaso después de una derrota. Jerry Krause empezó a negarse a fichar más bases que duraban tres meses, y sospechaba que Collins se vengó condenando a Will Perdue al ostracismo más absoluto. Krause reconocía que Perdue era un jugador aún por hacer, pero que su gran apuesta fuera el novato con menos minutos de toda la NBA parecía demasiada casualidad. Doug Collins llegó a intentar tratar directamente con el propietario, Jerry Reinsdorf, a pesar de que no podía ignorar que con ello le estaba obligando a elegir entre el entrenador y el ejecutivo.

Michael Jordan afrontó la crisis anunciando al resto de la plantilla que se iba a encargar personalmente de compensar la marcha de Oakley y pasando por alto las instrucciones de buscar un juego más estático apoyado en Cartwright. Había decidido afrontar lo que Bach definía como su incapacidad para jugar más allá del tiro libre, que había permitido que Detroit le negara el balón reiteradamente, y para ello era necesario que mejorara su manejo de balón y su lanzamiento exterior. Jordan había desarrollado el *foot jab*, una finta de primer paso que se convertiría en su movimiento característico, pero lo solía utilizar desde el lateral para desbordar cuando lo defendían sin

ayudas. El objetivo era transformarlo en la posición que se describiría como “la triple amenaza”, en la que Jordan podía amagar con la penetración por ambos lados y con efectuar el lanzamiento triple dependiendo de la respuesta del defensor. Si lo realizaba en la cabeza de la zona, en un espacio tan abierto que el rival no podía enviar a un segundo defensor, ese movimiento era imparable. Jerry Krause había encontrado al jugador capaz de enfrentarse a Jordan en los entrenamientos, un alero más conocido por su colaboración en numerosas obras sociales que por su buen juego llamado Charlie Davis. No era un prodigio físico ni técnico y a duras penas había conseguido mantenerse en la NBA cobrando el mínimo, pero Davis era un profesional que sabía que su trabajo era darlo todo en los entrenamientos para ayudar a Jordan.

El punto más bajo de la temporada se alcanzó justo antes de Navidades. Los Bulls apenas lograban mantenerse en mitad de la tabla mientras Pistons y Cavs competían por el mejor récord de la NBA, y Michael Jordan había perdido la paciencia con Sellers, Cartwright y Grant. Se reunió con Krause para pedirle el fichaje de algún refuerzo anotador, y éste le respondió que no tenían espacio salarial; entonces Jordan sugirió el traspaso de Horace Grant por Buck Williams, un jugador mucho más físico e intenso al que los Nets habían puesto en el mercado, pero Krause también se negó. En medio de esa tensión, el 17 de diciembre en Milwaukee los Bulls parecían encaminados a una nueva derrota cuando Doug Collins fue expulsado en los primeros minutos. Antes de abandonar el banquillo Collins dejó instrucciones detalladas a Phil Jackson sobre qué jugadas concretas debía ejecutar, pero Jackson decidió ignorarlas. Puso al equipo a presionar en defensa y dio libertad en ataque, y los Bulls remontaron para ganar el partido cómodamente. Mientras Doug Collins veía por televisión desde el vestuario cómo el equipo ganaba ignorando sus órdenes, la cámara enfocó a la zona de las gradas donde se encontraba sentado Jerry Krause. Junto a él estaba su esposa, y con ellos se encontraba June Jackson, la mujer de Phil. Al día siguiente, Collins acusó a Phil Jackson de conspirar con Krause para sustituirlo, y aunque una reunión de todos los implicados logró acordar una tregua, la relación entre ambos quedó muy deteriorada.

Apenas una semana después, un palmeo de Kurt Rambis en el último segundo certificó la derrota de los Bulls en Charlotte, uno de los equipos más

flojos de la liga al tratarse de una franquicia de nueva creación. Era el 23 de diciembre, y normalmente al día siguiente se permitía que los jugadores pudieran celebrar la Nochebuena con sus familias. Sin embargo, Collins estaba tan enfadado por la derrota que programó una sesión de entrenamientos para la mañana del 24. Al día siguiente el equipo estaba en el aeropuerto para coger el avión de vuelta a Chicago, y Michael Jordan no apareció. No contestaba al teléfono, y cuando el fisio fue a su casa Jordan le dijo que no pensaba volar a Chicago, entrenar y volver a Charlotte donde vivía su familia sólo porque el entrenador tuviera un berrinche. Doug Collins había perdido el control de la situación, ya que si la estrella no se presentaba el escándalo le costaría el puesto, mientras que si cedía sería imposible mantener la disciplina. Collins consiguió resolver la situación pidiéndole a Jordan que acudiera al aeropuerto con la promesa de que el entrenamiento sería cancelado y no tendría que subir al avión. “Sólo estaré cinco minutos”, exigió Jordan. Efectivamente, cuando apareció en el aeropuerto Doug Collins anunció que considerando el carácter familiar de la fiesta, el entrenamiento quedaba suspendido. El entrenador volvió a Chicago creyendo que su treta había dado resultado, pero en realidad toda la plantilla supo lo que había sucedido en cuanto se dieron cuenta de que Jordan se había presentado sin calcetines a pesar de la crudeza del invierno en Illinois. Nunca había tenido la menor intención de subirse a ese avión.

Entonces, con el vestuario dividido y el entrenador cuestionado, los Bulls empezaron a ganar. Primero tres partidos, luego un racha de 9-2, y finalmente 19 victorias en 27 partidos. Fue como si el año nuevo hubiera producido un cambio en varios jugadores que los hizo casi irreconocibles. Scottie Pippen volvió a la titularidad plenamente recuperado, John Paxson empezó a anotar mejor que nunca y en un traspaso llegó Craig Hodges, un escolta especialista en tiro de tres que solventaba una de las carencias de la plantilla. Pero quizás el mayor responsable de este cambio era Bill Cartwright, que por fin se había enfrentado a Jordan para reclamar su lugar en el equipo. Los jugadores más jóvenes apreciaban su presencia silenciosa en el vestuario y su ayuda en los entrenamientos, por lo que terminaron apodándolo “Teach” (profesor). Los más veteranos descubrieron que detrás de su apariencia estoica se escondía un luchador indomable con codos como punzones.

Desde sus primeras temporadas en la liga se había discutido si era casual el extraño magnetismo que parecía atraer los codos de Cartwright hacia el rostro de los rivales, como pudieron comprobar sucesivamente Greg Kite, Fred Roberts y Robert Parish en enero de 1989. Cartwright no era un prodigio de coordinación, pero se las arreglaba para tropezar siempre con los pómulos de los rivales. El 31 de enero Isiah Thomas se encontró con un bloqueo de Bill Cartwright y salió de él con una brecha en la ceja que necesitó seis puntos de sutura. Isiah estaba convencido de que había sido deliberado, y el asistente Brendan Malone tuvo que sujetarlo para evitar que volviera a la cancha a enfrentarse con el rival. El 7 de abril volvieron a jugar, y en una jugada en la que Isiah Thomas le robó el balón Bill Cartwright le encajó *accidentalmente* un codazo en la cabeza. Isiah ya había tenido suficiente y lanzó una serie de puñetazos a los que Cartwright respondió con fiereza. Mark Aguirre saltó sobre el pívot de los Bulls y la tangana se hizo generalizada. A pesar de la cascada de multas y suspensiones que la liga repartió entre los participantes en la pelea, el mayor perjudicado fue Isiah Thomas, que se había roto un hueso de la mano al golpear el rostro de Cartwright y corría el peligro de no estar recuperado para *playoffs*. Michael Jordan había encontrado al jugador capaz de infligir dolor a los Detroit Pistons.

Las victorias maquillaron las tensiones internas del equipo, pero no las hicieron desaparecer. El *Chicago Tribune*, un importante periódico local, informó del rumor de que algunos jugadores de la plantilla estaban conspirando para provocar una crisis que desencadenara el despido del entrenador, y esa noticia provocó el enfrenamiento de Doug Collins con el periódico. Los periodistas apreciaban a un Collins que siempre estaba dispuesto a atenderlos, pero en su estado de nervios no fue capaz de controlarse. Decidió no volver a dirigir la palabra a Sam Smith, el corresponsal del *Tribune*, y en respuesta éste no volvió a mencionar el nombre de Collins en sus crónicas. La situación del equipo se estaba volviendo ridícula por momentos, con un asistente apartado, el entrenador que no se hablaba con el principal periódico de la ciudad y una plantilla dividida. Algunos jugadores intentaron convencer a Michael Jordan de que interviniera en el asunto, ya que una simple crítica suya terminaría de sentenciar a Collins. Jordan se negó en redondo: aunque hubiera adoptado un papel de estrella muy

alejado de sus días en North Carolina, el entrenador seguía siendo sagrado. Además, Michael Jordan recordaba perfectamente que incluso un jugador tan popular como “Magic” Johnson había necesitado años y campeonatos para hacerse perdonar su rebelión contra un entrenador. Él no cometería ese error, ni con Albeck ni con Collins.

Lo que sí hizo fue asumir el papel de líder del vestuario. El 9 de marzo Michael Jordan celebró una reunión de dos horas con Doug Collins en la que ambos expresaron sus quejas e intentaron alcanzar un acuerdo para resolverlas. Jordan estaba descontento por la manera en la que el entrenador intentaba reservarle durante los primeros cuartos ya que le costaba más coger su ritmo, mientras que Collins necesitaba su apoyo para controlar el vestuario. También fue en esa reunión en la que diseñaron el experimento que sería conocido como “Jordan de base”. A pesar de que muchos entrenadores anunciaron inmediatamente que era una alternativa obvia que debiera haber sido explorada mucho antes, lo cierto es que el juego de Jordan como base y como escolta no era radicalmente diferente. Al fin y al cabo ya había jugado con un base más tirador que director como John Paxson, y en *playoffs* no era extraño ver a los Bulls sacar de fondo directamente a Jordan. Aun así, la apuesta por entregarle a Michael Jordan el balón en propiedad a tiempo completo era lo suficientemente diferente como para cambiar el estilo de juego. Jordan parecía encontrarse más cómodo con esa responsabilidad y empezó a sumar asistencias con una facilidad pasmosa: 9 o más asistencias en 19 partidos seguidos, 11 triples-dobles en el último mes de competición, 34 puntos, 17 asistencias y 6 robos a los Blazers, 47 puntos 13 asistencias y 11 rebotes a los Pacers. Jordan había renunciado al concurso de mates, que ya le había dado todo lo que podía sacar de él, Karl Malone había sido elegido mejor jugador del *All Star* y repetir MVP de la NBA parecía fuera de su alcance por la mala temporada del equipo. Pero esta cascada de triples-dobles, hasta entonces patrimonio de “Magic” Johnson, le ofrecían una última oportunidad de adelantar al base de los Lakers en la carrera por el título de jugador más valioso de la temporada. Cada interrupción del juego, Jordan se acercaba a la mesa de anotadores a consultar sus estadísticas, hasta que la NBA se vio obligada a prohibirlo. (Michael Jordan terminó segundo en la votación por el MVP, a poca distancia de “Magic”.)

Al principio el cambio de estilo de juego fue todo un éxito. Los Bulls ganaron tres de los cuatro primeros partidos con Jordan de base, y el rendimiento mejoró aún más cuando Doug Collins se sintió con la suficiente confianza como para poner de titular a Craig Hodges, un escolta tirador, en lugar de Sam Vincent, un base al que había mantenido por si Jordan necesitaba ayuda. Con Hodges anotando casi cuatro triples por partido los Chicago Bulls ganaron ocho de sus nueve partidos, y parecían tener las 50 victorias al alcance de la mano. Pero Hodges se lesionó en el tobillo a finales de marzo y se perdió las últimas semanas de liga. Una vez más, los Chicago Bulls insistían en que el tobillo estaba bien, y presionaron a Craig Hodges para que volviera a tiempo para los *playoffs*. En realidad, Hodges pasaría los siguientes dos años con molestias sin poder ofrecer su mejor nivel y terminó teniendo que pasar por el quirófano después de soportar durante meses que se insinuara que todo era invención suya. De cualquier forma, en 1989 la lesión de Craig Hodges reveló las limitaciones de la táctica de usar a Jordan como base. Los Bulls aún pudieron mantener la inercia ganadora algunos partidos más, pero en abril se desplomaron y apenas sumaron dos victorias por ocho derrotas. El objetivo de las cincuenta victorias y el factor cancha favorable en *playoffs* se desvaneció, y los Chicago Bulls parecían ir en caída libre.

En rumbo de colisión con los Cleveland Cavaliers, por segundo año consecutivo. Los Cavs tampoco llegaban en su mejor momento, ya que después de ser uno de los mejores equipos de la NBA durante casi toda la temporada las lesiones de jugadores básicos como Mark Price, Brad Daugherty y Larry Nance les habían hecho perder puestos y terminar con una racha de cuatro derrotas en los últimos seis partidos. Claro que esas dos victorias las habían logrado precisamente contra los Bulls, a quienes habían vencido en sus seis enfrentamientos. Chicago había sufrido la humillación de ser derrotado en casa en el último partido de la fase regular a pesar de que Cleveland dio descanso a tres titulares, y se daba por hecho que apenas podrían plantar cara a los Cavs. Incluso con varios jugadores claves tocados, los analistas predecían que Cleveland barrería a Chicago por un contundente 3-0.

Los Bulls usaron esas predicciones para hacer piña, y Brad Sellers sugirió que todo el equipo usara zapatillas negras como las que había llevado Jordan en el *All Star*. Como era de esperar, Michael Jordan se sentía especialmente

motivado, y declaró a los periodistas que estaban decididos a eliminar a los Cavaliers en sólo cuatro partidos. En privado, sin embargo, reconocía la gravedad de la situación: “Si no jugamos mejor, nos barrerán”. La prensa ya estaba acostumbrada a ese tipo de bravatas por parte de Jordan, pero tuvieron que rendirse a la evidencia cuando los Bulls ganaron el primer partido en Cleveland por 95-88. La sorpresa no fue la victoria, sino la manera de producirse: Michael Jordan anotó 22 puntos en la primera parte, Horace Grant controló el rebote y los Bulls dominaron el partido de principio a fin. En la segunda parte los Cavs intentaron remontar de la mano de Craig Ehlo y Larry Nance, pero tres triples de Pippen devolvieron a Chicago una ventaja que ya no perdieron. Con el partido sentenciado, Michael Jordan se detuvo delante de la zona reservada a la prensa: “Barrida por el culo”. Los Cavs esperaban tener mejor suerte en el segundo encuentro, ya que para entonces recuperarían a un Mark Price que había estado ausente en el primero por una lesión de abductores. Sin embargo, los Bulls volvieron a ponerse por delante en el arranque, y sólo un partidazo de Ron Harper (31 puntos y 11 rebotes, y gran defensa a Jordan) permitió a Cleveland salvar los muebles en la segunda parte.

La serie viajó a Chicago con unas perspectivas muy diferentes a las que tenía en un principio. Cleveland apenas había conseguido evitar un 0-2 en casa que prácticamente los hubiera sentenciado y la baja por lesión de Craig Ehlo obligaba a seguir usando a un Mark Price que apenas podía moverse. Enfrente, los Bulls estaban dominando el rebote y en defensa la movilidad de Pippen y Grant impedía que los Cavs aprovecharan su mayor estatura. Michael Jordan volvió a lucirse en el tercer partido con 44 puntos, 10 asistencias, 7 rebotes y 5 robos; los Bulls llegaron a tener ventajas de más de veinte puntos, pero Lenny Wilkens recurrió al triple poste con Daugherty, Nance y Williams, y los Cavs remontaron hasta ponerse a sólo tres puntos a falta de minuto y medio antes de que surgiera de nuevo Jordan para anotar canasta más tiro adicional y asegurar la victoria. Los Bulls tenían la oportunidad perfecta para hacer realidad la predicción de Jordan con el cuarto partido en casa, mientras que Lenny Wilkens optaba por sacar de inicio el triple poste para intentar compensar el rebote. La estrategia dio resultado, y esta vez fueron los Cavs los que se pusieron por delante de la mano de un Mark Price espectacular y un

Larry Nance que aprovechaba su ventaja en altura para anotar por encima de Pippen. Jordan no logró anotar su primera canasta en juego hasta mediados del segundo cuarto, pero sumaba puntos desde el tiro libre. El marcador se movió en ventajas mínimas durante todo el partido, y se llegó al último minuto con empate a 97. Jordan dispuso de cuatro tiros libres en ese último minuto, pero sólo logró anotar dos de ellos. Su fallo a falta de nueve segundos con los Bulls dos puntos arriba permitió a Brad Daugherty forzar la prórroga con dos tiros libres, y Cleveland derrotó a Chicago en el tiempo extra a pesar de los 50 puntos de Michael Jordan. Bill Cartwright perdió un balón decisivo a doce segundos del final de la prórroga, pero por una vez Jordan no tuvo palabras de crítica. “No le hecho la culpa a Bill, ni a nadie. Nadie tiene la culpa más que yo”, declaró. “Puse en juego mi credibilidad y no fui capaz de ganar el partido.” Estaba obsesionado con su tiro libre fallado, un error en un jugador con más de un 85% de acierto indicaba que no había podido superar la presión. Esa noche, con Howard White, Jordan miraba sin ver la pantalla de un televisor sintonizado en un canal muerto.

Michael Jordan volvió a Cleveland en busca de la redención en el quinto y definitivo partido. Un caballo llamado “Sunday Silence” acababa de ganar el Kentucky Derby, y Doug Collins intentó convencer a sus jugadores de que ese domingo ellos podrían silenciar a los aficionados locales. Michael Jordan no empezó el partido con el aspecto de quien va a hacer historia; visiblemente alterado, su primera parte tuvo más sombras que luces entre fallos en el tiro, balones perdidos y personales en ataque. El peor momento fue cuando estrelló contra el aro un mate franco y tuvo que soportar las burlas de los espectadores. “¡Agarra el balón!”, le gritó a Cartwright cuando éste no pudo controlar un pase a los pies. Jordan parecía reacio a buscar la canasta y prefería pasar el balón, en parte por decisión táctica y en parte por evitar que le hicieran falta. Con los aficionados locales gritando “*¡choke!*”, sus cuatro primeros tiros libres fueron cuatro tomatazos de los cuales entraron dos por pura casualidad, y llegó a cambiar su mecánica durante el partido colocándose muy por detrás de la línea. A pesar de ello, una buena primera parte de Cartwright y Pippen les permitió llegar al descanso sólo dos puntos abajo. Jordan salió en la segunda mitad decidido a tomar el control del juego. Anotó siete puntos consecutivos y empezó a buscar la canasta jugada tras jugada,

pero enfrente tenía a un Mark Price dándole réplica a golpe de triple, bandeja o asistencia. Fueron minutos en los que ningún otro jugador de los Bulls dio señales de vida y los Cavs se pusieron ocho puntos arriba en el último cuarto. Dos palmeos consecutivos de Horace Grant, que hasta entonces llevaba una noche espeluznante, dieron aire a los Bulls y les permitieron volver a empatar. Con Mark Price desfondado, el partido se convirtió en un duelo de escoltas para llegar a veinte segundos del final con Cleveland por delante 97-98.

Esa noche el baloncesto fue cruel con Craig Ehlo. Pocos recuerdan que anotó 15 puntos en el último cuarto, que estuvo pegado a Jordan como una segunda piel o que saltó con él a luchar un rebote decisivo que los árbitros concedieron a la estrella rival. A falta de seis segundos Michael Jordan desbordó a Ehlo (con un toque de codo a la barbilla) y anotó en suspensión por encima de una mano de Larry Nance que parecía estar rozando el techo del pabellón. Tiempo muerto de Cleveland, la hora de la pizarra. “Fue la única vez en mi carrera que una jugada ensayada funcionó demasiado bien.” La primera opción de la jugada era el propio Craig Ehlo, que sacaría sobre Larry Nance y luego intentaría cortar hacia canasta. Wilkens había preparado las alternativas dando por hecho que los Bulls defenderían una opción tan evidente, pero cuando sacaron de banda Craig Hodges dejó de presionar y se giró para seguir el balón. Ehlo cortó hacia el aro completamente solo, recibió el pase de vuelta de Nance y anotó una bandeja casi sin oposición. Fue la jugada perfecta, incluso demasiado perfecta. “Yo habría sido portada de *Sports Illustrated* si hubiera conseguido pararle en la jugada siguiente”, recordaba Ehlo, “pero cuando miré el marcador y vi que quedaban tres segundos me dije, oh-oh. Sabíamos que era demasiado tiempo”.

Craig Hodges no pensaba lo mismo, y estaba furioso consigo mismo por un error que podía costarles la eliminatoria. “No te preocupes”, le consoló Jordan. “Voy a meterla.” Cuando le preguntaron por la jugada en la rueda de prensa posterior, Doug Collins respondió entre risas que “esa jugada se llama dadle el balón a Michael y los demás quitaos de enmedio”. En realidad, Collins diseñó una jugada con dos opciones basadas en dobles bloqueos: Cartwright bloquearía al defensor de Jordan y éste faltaría con hacer lo mismo antes de abrirse, mientras en la línea de fondo Pippen y Hodges intentarían bloquear a sus marcadores recíprocos. Si Brad Sellers no encontraba hueco

para pasársela a Jordan, las alternativas eran Pippen en el lateral o Hodges en la esquina. Mientras, Lenny Wilkens decidió no presionar el saque y enviar a ese jugador a hacer el dos contra uno sobre Jordan. Por delante, Nance intentaría que no recibiera, mientras por detrás Ehlo puntearía el posible tiro. “Sabíamos que iba a tirar Michael, así que decidimos hacerle el dos contra uno desde el saque de lateral”, describió Ehlo. “Michael se escapó de Larry con la primera finta y yo me quedé solo con MJ. Mientras penetraba hacia el centro aún aguanté bien. Se frenó para tirar y yo levanté la mano, estirándome, intentando llegar al balón. Incluso le hice rectificar el tiro. Pero yo iba corriendo cuando salté, así que pasé de largo mientras él permanecía en el aire; si hubiera saltado en parada la historia podría haber sido distinta. Pareció que flotaba durante una eternidad y finalmente lanzó a canasta.”

Nike y Gatorade produjeron posteriormente anuncios que representaban artísticamente la manera en la que Michael Jordan gestionaba interiormente la presión y se absolvía de posibles culpas: el resultado de la jugada no era esencial, sino sólo un final parcialmente aleatorio de una cadena de acciones. No se era mejor jugador por anotar esa canasta, cuya celebración no recogió en directo la televisión y de la que se arrepintió por el gesto revelador y pueril contra los ruidosos aficionados de Cleveland. Lo importante había sucedido antes del tiro. Serías profesional según las horas echadas ejercitando la mecánica, y mejor jugador según tu capacidad de controlar el cuerpo y el balón. Llegado el momento, sólo quedaba concentrarse en buscar una posición equilibrada y una buena ejecución de la mecánica de tiro, y aceptar lo que sucediera. Cuando el balón despegara de la yema de los dedos terminarían todos los movimientos, las fintas, los cálculos, las opciones: “Sólo hay dos posibilidades, que el balón entre o que el balón no entre”.

El mayor reconocimiento que el baloncesto puede otorgar a una acción es darle un nombre. Los mates reciben apodosos rimbombantes que reflejan su espectacularidad como *in your face disgrace* o *tomahawk*, pero no es el caso cuando se produce una jugada decisiva. Si realmente lo es, recibirá un nombre vulgar como “el partido de Willis Reed” o “el triple de Herreros”, y si llega a lo trascendente, si define un lugar y un momento, entonces su expresión será totalmente desnuda, como “el pase” o “el robo”. Más sería menos, porque ese apodo no está para describir la jugada sino para identificar a quienes hablan

de ella, como un apretón de manos masónico. Cleveland, 7 de mayo de 1989: “El Tiro”.

La vida no es como las películas, y a las pocas horas de un final memorable empieza un nuevo día. El nuevo día de los Bulls era la segunda ronda de *playoffs* y los New York Knicks, un ácido reencuentro para Bill Cartwright y Charles Oakley después de su traspaso. El entrenador Rick Pitino había revitalizado al equipo de Nueva York con su estilo basado en el tiro de tres y la presión a toda cancha, y llegaban de ganar 52 partidos en liga y eliminar 3-0 a los Sixers de Charles Barkley. La eliminación de los Cavs había despertado la ilusión de una posible presencia de los Knicks en la final de la NBA: “Teníamos el factor cancha a favor contra Chicago, habíamos demostrado poder ganarle a Detroit y Los Ángeles tenía lesionados. La suerte nos sonreía,” razonaba el *general manager* Al Bianchi. Sin embargo, los Knicks llegaban a la serie sumidos en una auténtica guerra civil entre Pitino y Bianchi que dejaba chica a la de los Bulls. La última gota había sido el fichaje de Kiki Vandeweghe, un alero anotador de indiscutible calidad, pero que no encajaba en el juego de Pitino y que además tenía fama de ser un cáncer en el vestuario. Su llegada había trastocado la delicada química de la plantilla y el rendimiento del equipo se resintió, especialmente al sospechar que Rick Pitino había aceptado en secreto la oferta de la Universidad de Kentucky.

Como sucediera contra Cleveland, los Bulls abrieron la serie robando el factor cancha con una victoria por 120-109 en el Madison Square Garden. Se daba por hecho que el equipo de Chicago llegaría cansado después de su durísima eliminatoria contra los Cavs, y fue precisamente en los últimos minutos cuando jugaron su mejor baloncesto al frenar en seco a los Knicks en defensa y forzar el empate a 103 con un parcial de 8-0. En la prórroga Michael Jordan aplastó a unos desmoralizados Knicks y sumó su primer triple-doble en *playoffs* con 34 puntos, 12 asistencias y 10 rebotes en la victoria por 120-109. Oakley había estado horrible, Cartwright controló a Ewing y los Bulls ganaron el rebote, pero Pitino sabía cuál era la clave para el segundo encuentro: “Marcaje, marcaje y marcaje sobre Jordan desde el principio al final del partido.” Ese marcaje dependía de Gerald Wilkins, hermano menor de “Nique” y escolta titular de los Knicks, que en el segundo partido se ganó el apodo de *Jordan-stopper*. Y es que, efectivamente, Wilkins frenó en seco a

Jordan, dejándolo en 15 puntos con 7 de 17 tiros en juego. La conexión entre el base Mark Jackson y el pívot Pat Ewing funcionó a la perfección, Vandeweghe anotó sus nueve lanzamientos a canasta y los Knicks apalizaron a los Bulls por un contundente 114-97.

De vuelta a Chicago, Doug Collins le enseñó a Michael Jordan antes del tercer partido el vídeo de una jugada del encuentro anterior: después de robarle el balón, Mark Jackson había subido el balón sacando la lengua en un evidente gesto de burla. No hacía falta decir nada más. “No sé que ha pasado”, declaró Oakley. “Salimos a la cancha, intenté jugar duro y lo siguiente que supe es que íbamos perdiendo de 20 puntos.” El partido se rompió en el segundo cuarto en el que Jordan anotó 16 puntos y los Bulls batieron el récord de la franquicia con 42 puntos con más del 70% de acierto en el tiro. Los Knicks lo intentaron todo sin éxito, y ni siquiera una lesión de abductores pudo frenar a un Jordan que terminó con 40 puntos, 15 rebotes, 9 asistencias y 6 balones robados, rompiendo una y otra vez la presión de los Knicks y doblando en la defensa sobre Ewing. Sin embargo, Chicago había pagado un precio muy alto, con un Jordan que tuvo que ser trasladado inmediatamente a un hospital para empezar a tratar su lesión mediante electroestimulación. Esta técnica era el último avance en el tratamiento de lesiones musculares y tenía la ventaja de permitir que el jugador continuara su recuperación en casa usando un equipo portátil.

Rick Pitino había tomado buena cuenta de la oportunidad que le ofrecía esta lesión, y durante el tercer partido mantuvo en cancha a Ewing y Jackson con el marcador ya decidido para impedir que Collins pudiera darle descanso a su jugador estrella. Un Jordan lesionado era un Jordan vulnerable, y con el cuarto partido sólo 24 horas después Pitino decidió usar a la prensa para forzarle hasta empeorar su estado. Michael Jordan estaba precisamente conectado a la máquina de electroestimulación cuando contempló en televisión cómo aparecía el entrenador de los Knicks afirmando que el jugador estaba exagerando la gravedad de su lesión para aumentar la expectación. Durante los tres primeros cuartos pareció que la estrategia de Pitino había dado resultado: la movilidad de Michael Jordan era limitada y los Knicks lograban llevar el partido igualado. Sin embargo, en el último cuarto Gerald Wilkins tuvo que sentarse después de recibir un golpe de Jordan en la ingle (accidental, en

aparición). Michael Jordan aprovechó su ausencia y se fue a los 18 puntos en el último cuarto, incluyendo una secuencia en la que anotó 16 puntos casi consecutivos, dio una asistencia a Pippen y robó un balón a Mark Jackson. Al final, 47 puntos, 11 rebotes y 6 asistencias en la victoria 106-93, mientras los Knicks protestaban por sus 28 tiros libres. “Michael ganó medio partido y los árbitros le dieron el otro medio”, en palabras de Wilkins.

El plan de usar a la prensa para provocar que la competitividad de Michael Jordan se volviera en su contra había fracasado, y con la eliminatoria 3-1 cada partido era ya una final para los Knicks. Lo único que les quedaba era volver a lo que habían sido las claves de su juego durante la temporada, y con una gran defensa más un Pat Ewing que por fin pudo superar a Cartwright en ataque los Knicks ganaron el quinto partido en casa. Los Bulls seguían por delante, pero era necesario cerrar la serie en casa si no querían verse jugando el séptimo en el Madison con Jordan tocado. El sexto partido fue bronco, con ventajas mínimas que se neutralizaban rápidamente, sin decantarse hasta el final. La situación empeoró para los Bulls en la última jugada del tercer cuarto, cuando Scottie Pippen cortó por la línea de fondo y Kenny Walker lo defendió haciendo un uso excesivo de los codos. Pippen se revolvió, y ambos jugadores se enzarzaron en un intercambio de empujones y bofetadas en el que la peor parte se la llevó el árbitro Darrell Garretson cuando intentó separarlos. Y aún pudo ser peor si Johnny Bach no hubiera sujetado a Doug Collins cuando intentó encararse con Garretson por expulsar a los dos jugadores: Walker era un secundario cuya aportación había sido mínima, mientras que Pippen llevaba 19 puntos con cuatro triples. Michael Jordan pasó a ocupar la posición de tres, y en el último cuarto tuvo que defender a Mark Jackson y mantener a los Bulls en ataque hasta sentenciar con ocho tiros libres en el último minuto y medio. Con cuatro puntos de ventaja a falta de nueve segundos el partido parecía decidido, pero Craig Hodges volvió a cometer otro grave error defensivo e hizo falta sobre Trent Tucker mientras éste anotaba un triple, concediéndole un tiro libre adicional para empatar. A pesar de que todos sabían que los Knicks necesitaban un tiro de tres y que Tucker era el especialista del equipo, Hodges se distrajo cuando el balón fue a Ewing en el poste alto y no siguió a su defendido. Tucker recibió el balón y la pantalla de Ewing, y Hodges cometió la falta intentando rodear el bloqueo.

Los Bulls protestaron la falta, afirmando que no había llegado a tocarle y que además Ewing le había empujado, pero no sirvió de nada. Michael Jordan tenía seis segundos para salvar a los Bulls una vez más. Afortunadamente, Mark Jackson no era Craig Ehlo y Jordan pudo superarlo con facilidad para recibir la personal de Johnny Newman en la zona. Anotó los dos tiros libres para poner el 113-111, y Newman no consiguió darle réplica al fallar un triple solo en el último segundo.

“Jordan dinamita los *playoffs*”, anunciaba la portada de la revista *Gigantes*. Michael Jordan se había colado en la final de conferencia sin ser invitado, convirtiéndose en protagonista cuando se suponía que la historia de la temporada era el duelo entre Lakers y Pistons, que marchaban imbatidos camino de revalidar la final del año anterior. En vez de eso, la atención de los aficionados se dirigía hacia unos Bulls aún demasiado jóvenes, que habían ganado de manera dramática dos eliminatorias que deberían haber perdido. En el plazo de un par de semanas, Jordan había enterrado a dos equipos que supuestamente iban en ascenso pero que no sobrevivieron a los *playoffs* de 1989. Los Cavs nunca llegaron a superar *The Shot* ni el hecho de ser eliminados por Chicago tres veces seguidas, y la breve resurrección de los Knicks se marchitó pocos días después de su derrota cuando Pitino anunció su marcha a Kentucky. Reflexionando sobre el MVP que había recibido días antes, “Magic” declaró: “Si se repitiera la votación hoy, me ganaría por 100-0. Hay dos niveles, primero está Michael y luego estamos todos los demás”. Existía una fascinación perversa por comprobar hasta dónde iba a llegar, por volver a escuchar que no tenían posibilidades porque estaban agotados, los Pistons les habían ganado todos los enfrentamientos de la temporada y tenían el factor cancha a favor. ¿No era eso mismo lo que dijeron Cavs y Knicks? “Por lógica, no tenemos ninguna oportunidad de derrotar a los Pistons”, reconocía Collins. “Pero mientras esté Michael Jordan en la cancha, cualquier cosa puede suceder.”

“¿Sabes una cosa? Vamos a ganar. Me apuesto lo que quieras. El primer partido es el más fácil de robar, porque no saben qué esperar.” En el vestuario del Palace de Auburn Hills esa mezcla de cálculo y arrogancia fue como una gota de agua fría que bajara por la espalda de los jugadores de Chicago. Dentro de pocos minutos tendrían que salir a jugar contra el mejor equipo de

la liga, en un pabellón en el que llevaban casi cuatro meses sin perder. No sólo es que Jordan esperara que ganaran, sino que además sabía que sus palabras servirían de acicate a los Pistons, así que no dejaba más opción a los Bulls que salir a morder. Además del factor anímico, Doug Collins había preparado algunos cambios de asignación que esperaba que sorprendieran a los Pistons, con Pippen defendiendo el tiro exterior de Laimbeer, Grant al poste con Aguirre y Jordan marcando a Isiah. El éxito fue completo y Detroit se encontró fuera del partido apenas empezar con un 14-4 en contra. La tripleta exterior de los Pistons (Thomas, Dumars y Vinnie Johnson) no consiguió anotar ni un punto, mientras Jordan sumaba 14 en el cuarto. Por dentro, un sorprendente Dave Corzine anotaba 10 puntos casi consecutivos durante un parcial de 25 a 2, y a mitad del segundo cuarto los Bulls doblaban a los Pistons en el marcador 46-22. Un desastre absoluto. Pero después del descanso Chicago empezó a acusar el cansancio, y los locales empezaron a remontar con uñas y dientes. Dumars y Rodman apretaron en defensa sobre Jordan, y Mahorn y Laimbeer pasaron a dominar el rebote de ataque y a sumar canastas desde debajo del aro. En sólo un cuarto recuperaron el terreno perdido y al comienzo del último ambos equipos estaban igualados. Detroit llegó al último minuto con posesión y una desventaja mínima de tres puntos, pero no logró sumar más. Rick Mahorn, que inesperadamente había liderado a su equipo con 17 puntos, falló dos tiros libres y en el siguiente ataque cometió falta en un bloqueo. Jordan sentenció el 94-88 final desde la línea de personales y los lanzamientos a la desesperada de los Pistons no tuvieron fruto. Por tercera vez consecutiva, Michael Jordan había llevado a los Bulls a robar el factor cancha en el primer partido.

La euforia se desató en el vestuario visitante. Mientras los Pistons lanzaban triples a la desesperada en los últimos segundos, Jack Haley (bromista oficial de la plantilla¹⁸) gritaba: “Hodges, recuerda no hacer falta”. “Si ganamos el primer partido, ganaremos la serie”, había dicho Jordan, aunque Collins era más cauto: “¿Hemos ganado la serie? No, pero nos da la vida”. Pocos días antes, Rick Pitino había abierto la caja de pandora al sugerir en serio que Jordan podría ser el mejor jugador de la historia. Muchos consideraron que no era más que un reconocimiento al jugador que había dominado su eliminatoria, pero tras este partido era inevitable plantearse si

Pitino se había limitado a verbalizar una idea que empezaba a generalizarse. En el otro lado, un avergonzado Rick Mahorn se escondía en el vestuario y decía que no iba a salir en una semana, mientras Isiah Thomas repasaba su 3 de 18 en tiros, incluyendo un triple para terminar el tercer cuarto que no tocó ni aro. En el entrenamiento del día siguiente, Dennis Rodman embarcó el balón de una patada y fue necesario darle un toque de atención. Chuck Daly estaba furioso, ya que después de pasarse una semana advirtiendo sobre el exceso de confianza y el peligro de los lanzamientos exteriores de los Bulls había visto cómo su equipo era derrotado por el exceso de confianza, ayudado por cuatro triples de Craig Hodges. Los Pistons habían demostrado poder frenar a un Jordan que acertó solamente 10 de sus 29 lanzamientos, pero si permitían que volviera a hacer circular el balón para que anotaran jugadores como Corzine o Hodges la empresa se hacía mucho más difícil. Y no podrían remontar si también perdían el segundo en casa.

Fue un clásico partido de *playoffs*, más emocionante que bien jugado y repleto de contactos, faltas, protestas y técnicas. Esta vez, Horace Grant tomó el control del rebote e impidió que los Pistons anotaran tantas segundas opciones, mientras Jordan y Pippen sumaban puntos para Chicago. La tripleta exterior de Detroit seguía sin afinar la puntería, así que se dedicaron a penetrar para forzar faltas y tiros libres. La jugada decisiva fue un contraataque visitante a finales del tercer cuarto, cuando Bill Laimbeer frenó a Scottie Pippen devolviéndolo al parqué con fuerza. Pippen y Laimbeer llevaban todo el partido intercambiando codazos y empujones, así que no fue sorprendente que intentaran llegar a las manos antes de que los separaran los árbitros. En la jugada siguiente, un visiblemente alterado Laimbeer atravesó un bloqueo de John Paxson mediante un codazo en pleno rostro, y fue expulsado. Sin embargo, Pippen también tuvo que abandonar el partido definitivamente: había posado mal el pie cuando Laimbeer le empujó, y eso le produjo una lesión en el empeine de la que ya no se recuperaría del todo en lo que quedaba de serie.

Jordan mantuvo la igualdad en el marcador hasta mediados del último cuarto, pero una inoportuna gripe se había sumado al cansancio de tantos minutos de juego y en la recta final le faltaron las fuerzas. Con Pippen lesionado y Jordan sin fuelle, fue Isiah Thomas el que tomó el mando del

partido y empezó a penetrar la defensa de Chicago una y otra vez, hasta terminar con 33 puntos y llevar a su equipo a la victoria por 91-100. A pesar de ello, al volver al vestuario Isiah Thomas pidió a los entrenadores que los dejaran solos para una reunión de jugadores inmediata. “Les dije que no era bueno para un equipo de baloncesto que un solo jugador tuviera que anotar tantos puntos como había hecho yo”, dijo Thomas. Se quejó de la falta de bloqueos que impedía anotar con fluidez a los exteriores y remarcó la importancia de una buena circulación de balón.

Con Pippen lesionado y Grant con la gripe, los Bulls tuvieron que recurrir a Charlie Davis. A base de trabajo, Davis había adelantado a Brad Sellers en la rotación, y en el primer cuarto del tercer partido anotó seis valiosísimos puntos casi consecutivos. Sin embargo, los Pistons controlaban el rebote, y con un Mark Aguirre justificando su polémico fichaje (18 puntos en la primera parte) empezaron a marcar distancias en el marcador. Michael Jordan intentaba multiplicarse, supliendo la anotación de los aleros y defendiendo a Isiah Thomas, pero sólo lograba mantener a su equipo a unos diez puntos de distancia de los Pistons. A mediados del último cuarto Detroit tenía 14 puntos de ventaja y el partido parecía sentenciado. En el tiempo muerto, Collins exhortaba a sus jugadores a no bajar los brazos y seguir luchando, y ésa era la intención de Michael Jordan. Empezó a anotar canastas y tiros libres mientras borraba a Isiah Thomas en defensa, y la ventaja de los Pistons empezó a menguar hasta quedar en sólo dos puntos después de un canastón de Jordan superando a Isiah, Dumars y Salley. Fue una lástima que ese último minuto quedara emborronado por unas dudosas decisiones arbitrales, primero una falta de Rodman en el rebote y luego una rigurosa personal de Laimbeer en un bloqueo, que permitieron que Horace Grant empatara mediante dos tiros libres y concedieron un último balón a los Bulls a falta de nueve segundos. Pero nada pudo deslucir la actuación de Michael Jordan, que en el último ataque de su equipo superó a Rodman y cuando Isiah vino a la ayuda se elevó muy por encima para anotar a tablero la canasta de la victoria. La última jugada de los Pistons no funcionó, y sólo quedó el recurso al pataleo: “Fue un bloqueo como otros mil bloqueos que he hecho”, protestaba Laimbeer. “El bien siempre derrota al mal”, contestaba Jordan.

Con los Chicago Bulls en ventaja 2-1 llegaron las alabanzas de la prensa.

Collins era el genio que había tenido la idea de usar a Jordan de base y Krause el ejecutivo que había traído a los jugadores que lo apoyaban; mientras, Isiah Thomas había traído a su amigo Mark Aguirre a cambio de Adrian Dantley y ahora se veía entre la espada y la pared. Detroit reaccionó empatando la eliminatoria en Chicago al ganar 80-86, en un partido que como indica el marcador final se vio presidido por las defensas y el escaso acierto anotador. Con tantos fallos en el tiro, la mayor profundidad de banquillo de los Pistons y sus rotaciones interiores terminaron inclinando la balanza: Rodman y Salley dominaron el rebote ofensivo, y el pívot James Edwards salió en los últimos minutos para anotar al poste las canastas decisivas. Los Bulls aguantaron hasta el final gracias a la aportación de todos sus titulares, pero se resentían demasiado cuando tenían que recurrir a los suplentes. Doug Collins llegó incluso a sacar a Jack Haley, un claro signo de desesperación que llevó al comentarista Dick Stockton a exclamar: “Collins ya no sabe de dónde sacar más jugadores. ¡Podríamos terminar viendo incluso a Will Perdue!”. En un partido de anotación tan baja las ventajas eran necesariamente cortas, y Chuck Daly temía que en cualquier momento Jordan tuviera uno de sus “chutes de adrenalina” y lo arruinara todo. Pero ni siquiera él podía conseguirlo cada partido con Dumars y Rodman colgados de los brazos, y la serie volvió a Detroit 2-2.

A partir de ahí, el aspecto deportivo quedó supeditado a la situación interna del vestuario de Chicago. En la cancha los Pistons ganaron los dos partidos siguientes y eliminaron a los Bulls por un global de 4-2; como en los encuentros anteriores, las defensas se impusieron a los ataques y las diferencias en el marcador fueron mínimas hasta que la mayor profundidad de banquillo de Detroit terminaba por imponerse en los minutos finales. En los Bulls, Horace Grant aportó entre poco y nada, y en el primer ataque del sexto partido Bill Laimbeer mandó a Scottie Pippen al hospital con una conmoción cerebral después de un codazo “accidental”. Sin embargo, todo quedaba supeditado a lo ocurrido en el quinto encuentro, en el que Michael Jordan efectuó solamente 8 tiros a canasta en todo el partido, prefiriendo ceder el balón a sus compañeros jugada tras jugada. Doug Collins estalló en la rueda de prensa: “¿El señuelo mejor pagado de la NBA? ¿Cómo podéis hacerme una pregunta tan grosera? ¿Qué queréis que haga, tirar con tres defensores encima?”

Sois increíbles. Cuando anota 46 puntos es un egoísta, pero cuando sólo tira 8 veces es el señuelo mejor pagado de la NBA”. Collins tenía motivos para estar nervioso, porque sospechaba que ese partido había sido su sentencia como entrenador de los Bulls. Aunque Jordan declaró que no había tirado más por causa de la defensa de Detroit y volvió a anotar 32 puntos en el sexto partido, las causas reales de su comportamiento no estaban claras. Collins afirmaba que le había pedido que anotara más en lugar de buscar tanto a sus compañeros, pero se rumoreaba que el jugador contaba otra historia. Según esos rumores, Michael Jordan opinaba que jugar de base repercutía en su anotación, y que se le exigía un sobreesfuerzo al empezar los partidos buscando a Cartwright al poste y luego en el último cuarto subir el ritmo y anotar en 1x1. Tenía que adaptar su juego y derrochar energía para compensar las carencias de unos compañeros que aportaban de manera irregular o desaparecían de la pista en el momento decisivo de la temporada. De ser eso cierto, Jordan habría decidido darle una lección a Collins y enviar un mensaje al resto de la plantilla, haciéndoles sentir cómo sería jugar sin que él metiera 40 puntos.

El 6 de junio de 1989 Jerry Krause convocó a Doug Collins a una reunión con Jerry Reinsdorf. El entrenador acudió con su agente, convencido de que el tema iba a ser la renovación de su contrato, y en lugar de eso se encontró con el anuncio de que iba a ser despedido por “continuas diferencias de filosofía”. Aunque el despido de Collins no cogió de sorpresa a los periodistas que seguían de cerca el día a día del equipo, la decisión de los Bulls desató una tormenta de críticas a lo largo y ancho de la NBA. Muchos entrenadores resaltaron que Collins había sido cesado a pesar de mejorar los resultados del equipo cada año, mientras la prensa local se llenaba de cartas de aficionados furiosos que afirmaban que con ese gesto la franquicia había tirado por la borda la posibilidad de ganar un campeonato en el futuro. El detalle más curioso se produjo cuando Horace Grant señaló que en los Bulls no se hacía nada sin contar con Jordan, insinuando su participación en la salida de Collins. Todos los implicados lo negaron inmediatamente, pero fue la primera de una serie de declaraciones públicas sobre Jordan que Grant iría haciendo durante los años siguientes. Existía un acuerdo de confidencialidad que impedía a ambas partes hacer declaraciones sobre los motivos del cese, pero

se rumoreaba que su exceso de rigor había terminado por alienar a los jugadores, y según el agente de Collins sus desencuentros con Krause habían sido constantes desde poco después de su contratación inicial. El principal enfrentamiento se había producido el verano de 1987, cuando Ricky Pierce se negó a entrenar con los Bucks exigiendo una mejora de su contrato y el equipo lo puso a la venta. Doug Collins insistió en que se realizara el traspaso de Pierce por Brad Sellers, pero Jerry Krause se opuso alegando que no quería traer al equipo a un jugador problemático. Collins sospechó que el motivo real era no admitir el fracaso de su apuesta por Sellers, y acudió a Jerry Reinsdorf para que le ordenara a Krause que aceptara el intercambio. Fue un grave error de cálculo, ya que Reinsdorf se negó a desautorizar a su subordinado y Krause no olvidó la puñalada traperera.

Jerry Krause siempre sostuvo que el único motivo para el despido era el convencimiento de que ese equipo había tocado techo y que hacía falta un enfoque distinto para dar el salto al anillo. Además, a principios de esa temporada había recibido un breve informe de Tex Winter que anunciaba su dimisión: “Éste será mi último año aquí, Jerry. No estoy aportando nada y tengo la sensación de que me han dejado de lado”. Cuando se anunció el cambio de entrenador, Winter no pudo menos que sentir un cierto remordimiento por haber contribuido involuntariamente. Aunque su salida fue amarga, Collins dejó un buen recuerdo de su paso por la franquicia. Años después, cada vez que los Bulls ganaron el campeonato Jerry Reinsdorf le hizo llegar uno de los relojes conmemorativos que se entregaban a los miembros de la franquicia, para que Doug Collins supiera que no habían olvidado que a él se le debía parte del triunfo. Y no era el único: en casa de Collins aún está colgado el regalo que le hizo Michael Jordan después de su cese, una camiseta firmada con la dedicatoria “Entrenador, gracias por todo lo que me has enseñado”.

¹⁸ En el libro *The Jordan Rules*, de Sam Smith, Haley llegó a declarar sin ruborizarse que originalmente Collins designó a David Corzine para efectuar el tiro final contra Cleveland.

Chicago, 1989

Mr. McClosky, ¿cuándo lograremos derrotar a los Pistons?

Doug Collins tenía motivos para sentirse traicionado por Phil Jackson. Lo había contratado sabiendo que era una apuesta de Krause y había alabado su trabajo públicamente incluso después del partido en Milwaukee. También había intercedido en su favor cuando la franquicia se negó a que Jackson aceptara ofertas de otros equipos, aunque en ese caso existía un interés personal por librarse de un competidor y fue la oferta de los Knicks la que precipitó los acontecimientos, ya que Jerry Krause se arriesgaba a perder a Phil Jackson. Aunque ambos han declarado que en el momento de despedir a Doug Collins aún no se había tomado una decisión, durante la temporada anterior Krause le insistió a Jackson en que siguiera viajando con el equipo en lugar de distanciarse para reducir la tensión con Collins.

Phil Jackson llegaba al cargo con la ventaja de ser bien conocido por los jugadores y de disfrutar de una relación estrecha con los más jóvenes después de trabajar con ellos. Además, Collins dejaba en herencia un equipo con una buena estructura defensiva que sólo necesitaba mejorar su juego de ataque. Ahí entraban Tex Winter y su triángulo ofensivo, que era para lo que lo había elegido Jerry Krause (Winter bromearía diciendo que, para ser un entrenador especializado en defensa, Jackson se pasaba todo el tiempo trasteando con el ataque). También era necesario mejorar el ambiente del vestuario, y Jackson era consciente de que sus dos antecesores en el cargo habían terminado siendo devorados por las tensiones que provocaba la presencia de Michael Jordan.

Para ello necesitaba jugadores. Los Pistons habían derrotado a los Bulls en una guerra de desgaste por su mejor banquillo, y Jerry Krause estaba decidido a remediarlo en el *draft*. En 1987 las elecciones de Grant y Pippen

habían completado el quinteto titular de los Bulls, y en 1989 era el momento de conseguir una rotación. Chicago disponía de dos elecciones de primera ronda y consiguieron una tercera enviando al decepcionante Brad Sellers a Seattle, así que tenían la posibilidad de conseguir un base, un alero y un pívot. Johnny Bach había sido tajante respecto a las posibilidades de Will Perdue: “Si Cartwright sigue jugando hasta cumplir los 50, Perdue seguirá siendo su suplente”. Bill Cartwright tenía problemas de rodillas y Dave Corzine había sido traspasado (Krause lamentó que tras pasar toda la etapa de vacas flacas, el veterano pívot no llegara a disfrutar de los triunfos), dejando la rotación interior en cuadro. Eso suponía gastar en un pívot la elección más alta, ya que la estatura cotiza mucho en el *draft*, y el principal candidato era Stacey King. King era un pívot anotador que había llevado a la Universidad de Oklahoma a la final de la NCAA en 1988 y en los torneos previos al *draft* había dado una imagen de superioridad aplastante; era la típica elección obvia con total seguridad de aceptar. Sin embargo, Jerry Krause había oído rumores de una posibilidad intrigante, relacionada con un país europeo llamado Yugoslavia donde se decía que habían aparecido unos pívots con mucho futuro llamados Divac y Radja. Phil Jackson parecía interesado en Vlade Divac, el más prometedor de los dos, pero Jerry Krause tenía muchas dudas. Los anteriores experimentos con jugadores formados en Europa (Glouchkov en Phoenix y Martín en Portland) habían resultado un fracaso, mientras que el fichaje de Sabonis llevaba años empantanado en toneladas de burocracia sin que se vislumbrara un final positivo. Decidió que no valía la pena hacer el viaje para verlo en persona, sino que consiguió los informes elaborados por otras franquicias que seguían más de cerca el mercado europeo. Dichos informes no eran positivos, así que decidió que irían a por Divac en segunda ronda si aún estaba disponible. Los elegidos en primera ronda fueron el pívot Stacey King, el base BJ Armstrong y el ala-pívot Jeff Sanders. Pocos meses después, con Divac convertido en el sustituto de Abdul-Jabbar en Lakers, Jerry Krause admitió públicamente su error y decidió en privado no volver a confiar jamás en informes de otros.

Cuando los Bulls descartaron el fichaje de Rick Mahorn debido a sus problemas de espalda, Michael Jordan decidió que estaba harto de *rookies*. Necesitaba ayuda para enfrentarse a los Pistons y sólo le traían a novatos que

se asustaban en los momentos decisivos. Jordan dejó clara su opinión en pretemporada, cuando el joven Matt Brust le colocó un taponazo en un entrenamiento que lo dejó sentado de culo. Matt era un alero hermano de Chris Brust, compañero de Jordan en North Carolina, con un físico de jugador de fútbol americano que intentaba ganarse un contrato a base de lucha. En la siguiente jugada Jordan volvió a penetrar y, cuando Brust vino al tapón, se cambió el balón de mano, encestó el mate con la izquierda y con la derecha le metió un codazo en la cabeza que lo dejó tumbado con una conmoción cerebral. Era la jugada que Laimbeer le había hecho a Pippen en *playoffs* y Michael Jordan no quería que nadie olvidara a lo que se iban a enfrentar.

“Entre 1986 y 1988 me hice un hombre”, escribió Jordan. En 1989 Michael Jordan estaba teniendo que aceptar una serie de cambios en su vida, no todos agradables y ninguno fácil. El más evidente fue su matrimonio con Juanita Vanoy el 2 de septiembre de 1989, después de una tumultuosa relación de cinco años. Ambos se habían conocido en 1984 en un restaurante y empezaron a salir seis meses después. A pesar de los rumores posteriores que la presentaban como una cazafortunas que había estado relacionada con Reggie Theus, la anterior estrella de los Bulls, Juanita era una mujer independiente y de carácter, con una vida propia. Mantuvieron la clásica relación de “fijos discontinuos” que suelen llevar las estrellas de la NBA hasta que ella se quedó embarazada y Michael le pidió que se casaran en la Nochevieja de 1987. Sin embargo, el compromiso se rompió cuando la prensa filtró que Jordan había estado acompañado durante uno de sus viajes, y no por Juanita precisamente, lo cual hizo que ésta cancelara la boda y el pequeño Jeffrey naciera cuando aún no estaban casados. Después de varias cancelaciones, finalmente la boda se llevó a cabo durante un fin de semana que pasaron en Las Vegas. Fue una ceremonia apresurada celebrada a las 3:30 de la madrugada en una de esas capillitas típicas de las comedias americanas, con el novio en vaqueros y sin la presencia de las familias respectivas. Jordan quiso presentarlo más adelante como una consecuencia de su extraño ritmo de vida y de su naturaleza impulsiva, pero cabe preguntarse qué pensaría su nueva esposa de semejante ceremonia.

El primer enfado de Michael Jordan con la prensa vino precisamente provocado por la publicación de detalles de su vida personal, tales como el

nacimiento de su primer hijo o su compromiso con Juanita. El tratamiento de esos aspectos íntimos fue respetuoso y discreto, pero el jugador no se encontraba en disposición de apreciarlo después de un proceso de deterioro de su relación con el entorno. Cuando llegó a la liga Jordan destacaba por su gran accesibilidad debido a que Dean Smith enseñaba a sus jugadores a no considerarse estrellas “mediáticas”. Tardó meses en descubrir que era el único de la plantilla que contestaba a todas las llamadas y entrevistas, e incluso cuando aceptó que la oficina de prensa de los Bulls sirviera de filtro seguía dedicándole mucho más tiempo que otros jugadores. Los corresponsales que seguían al equipo formaban parte de su círculo de conocidos y pasaban horas jugando a las cartas en los aviones o eran invitados a su casa para una partida al billar o al *ping-pong*. Dedicaba un rato a firmar autógrafos a la entrada y salida del pabellón, y prestaba especial atención a los niños y a los minusválidos. Aunque esas actividades tenían su parte de promoción, respondían también a sentimientos reales. Cada vez que firmaba un autógrafo o posaba para una foto no podía evitar pensar que cada uno de esos niños tenía un padre dispuesto a hacer cola durante horas, y eso merecía una recompensa.

Sin embargo, su popularidad había ido creciendo hasta hacerle perder el control de la situación. Se había vuelto imposible atender a la prensa de manera razonable, y varias apariciones públicas, como firmas de autógrafos, estuvieron a punto de terminar en tragedia por la avalancha de aficionados y la policía tuvo que rescatarle de un centro comercial cuando intentó acudir disimuladamente a comprar unos regalos. Cuando aparecieron noticias de varios asesinatos motivados por el robo de sus zapatillas y prendas deportivas, Jordan quedó paralizado sin ser capaz de decidir si tenía parte de culpa y qué podía hacer para remediarlo. Incluso su colaboración con la organización benéfica Make A Wish Foundation, destinada a hacer realidad el mayor deseo de niños con enfermedades terminales, se terminó convirtiendo en un desfile de niños enfermos de cáncer por el vestuario de los Bulls. Jordan se negaba a reducir su participación, pero no podía evitar que le afectara. “¿Cómo pueden pretender que después de algo así salga a jugar como si nada?” Para protegerse, Jordan había ido creando a su alrededor una burbuja formada por familiares y amigos íntimos, que le acompañaban en todo

momento. En el vestuario, el avión o el hotel se encontraban siempre dos o tres de sus íntimos, principalmente su padre, Howard White, George Koestler, Adolph Shiver o Fred Whitfield. “Una cancha de baloncesto durante un partido es para mí el lugar más pacífico que puedo imaginar. Realmente es donde siento menos presión. En la pista, no me preocupa nada. Cuando estoy ahí, nadie puede molestarme. Es una de las partes más privadas de mi vida”, le explicó a Greene. “Es el único lugar en el que hay normas que prohíben que me hablen o me interrumpan mientras juego. Para mí, jugar a baloncesto organizado es como meditar.”

Phil Jackson decidió utilizar ese progresivo alejamiento de Michael Jordan para involucrarlo en los cambios que pretendía introducir en el equipo y su juego. Jackson era consciente de que no podría aplicar una estrategia tan diferente como el famoso triángulo sin su apoyo, y también que el infantilismo que rige las relaciones dentro del mundo del deporte profesional había sido el mayor obstáculo para la armonía del vestuario de los Bulls. Phil Jackson intentó desde el primer momento establecer una relación adulta con todos los jugadores y especialmente con Michael Jordan. Uno de los errores más habituales en quienes trataban con él era pedirle favores, como alguna de las entradas gratuitas que recibía. Desde que los Bulls empezaron a llenar sistemáticamente el Chicago Stadium, la franquicia impuso un límite estricto al número de entradas que podía recibir cualquiera de sus miembros, y al tiempo de antelación con el que se debían solicitar. Se decía que incluso se le negarían al propietario de la franquicia si pidiera más de las que le correspondían. Excepto a Michael Jordan, que según los rumores podía conseguir en cualquier momento tantas como deseara. Jordan obtenía un perverso placer al ordenar su taco de entradas en el vestuario a plena vista de sus compañeros, mientras le suplicaban que les diera alguna. Phil Jackson y sus asistentes decidieron que jamás le pedirían un favor de ese tipo, ya que era imposible mantener la autoridad sobre un jugador al que andas mendigando.

Lo más delicado era transformar al equipo de *Jordan & the Jordannaires* en un bloque, y la única manera en la que Jordan aceptaría un estilo de juego que dependía de un alto grado de confianza en sus compañeros era cambiando la naturaleza de su relación. El equipo debía ser un círculo íntimo en el que Michael Jordan encontrara refugio de la misma forma que lo encontraba en su

familia y sus amigos. Ello exigía una serie de medidas muy arriesgadas que Phil Jackson hubo de ir tomando poco a poco, coordinadas con los cambios en el juego de los Bulls. El nuevo entrenador definió una serie de momentos que pertenecerían en exclusiva al equipo, definido como los doce jugadores más los tres entrenadores: los entrenamientos se harían a puerta cerrada o bloqueando la visión mediante paneles o cortinas, incumpliendo las propias normas de la NBA si hacía falta, y Jordan prescindiría de su guardia pretoriana durante los viajes. Podrían esperarle en el hotel, pero en el avión su burbuja la formarían sus compañeros de equipo. Aún más sutiles fueron los efectos de otra gran decisión de Jackson, como fue abolir la anotación de los partidillos de entrenamiento. Era consciente de que el mayor enfrentamiento entre Jordan y Collins vino precisamente por ese tema, pero en su opinión Michael Jordan se definía a sí mismo por su anotación y era necesario cambiar ese concepto para que aceptara compartirla.

Al mismo tiempo, Phil Jackson era consciente de que los reparos que sentía su estrella tenían cierta base. Jordan creía que los miembros más jóvenes de la plantilla poseían un talento indiscutible, pero les faltaba la actitud competitiva correspondiente. Ver a Pippen o Grant bromear y reír el día siguiente a una derrota le enfurecía, y no comprendía por qué no les dolía como a él. Los veteranos sí estaban centrados en la victoria, pero bien por problemas físicos o limitaciones técnicas no podían aportar lo que desearían. Phil Jackson quería convencerle de que aplicar un juego ofensivo más diversificado durante los tres primeros cuartos le descansaría para explotar en el último, pero era necesario que los demás jugadores asumieran su parte de responsabilidad; en caso contrario se estaría repitiendo el error de Collins al colocar a Jordan de base, que para éste significaba que durante tres cuartos debía cargar con sus compañeros y luego en el último sacar fuerzas para ganar. Combinar el aprovechamiento de la plantilla con el buen uso del individuo más devastador del baloncesto moderno no sería sencillo.

Para evitar el exceso de autoritarismo que había terminado volviendo a los jugadores en contra de Collins, Phil Jackson intentaba plantear los aspectos tácticos del juego en forma de desafío en lugar de órdenes. De esa forma aprovechaba la competitividad intrínseca de los deportistas profesionales en general y de Jordan en particular, y otorgaba un alto grado de libertad a unos

jugadores a los que se animaba a encontrar por sí mismos la solución. “Cuando Phil llegó, creo que hizo mucho más que adoptar el ataque con triple poste. Creo que devolvió el juego a los jugadores”, explicaba Bach. Y no sólo a los jugadores, sino también a sus asistentes que pasaron a gozar de amplias responsabilidades en sus respectivas facetas (Winter en ataque y Bach en defensa). Phil Jackson consideraba que haría falta mucho tiempo y trabajo antes de poder aplicar el triángulo ofensivo, y mientras tanto confiaba en la defensa como base del juego. La idea era similar a la que usara Rick Pitino en los Knicks, una defensa presionante a toda cancha que anulara al rival y concediera canastas fáciles en contraataque. La diferencia era que los Bulls ya tenían una muy buena defensa “convencional” y eso les permitía reservar la presión para los momentos decisivos. En ataque estático Jackson pretendía ir introduciendo lentamente algunos de los conceptos del triple poste, sin llegar a aplicarlo plenamente sino permitiendo que los jugadores se fueran adaptando. Una de las claves eran los balones interiores a Cartwright “al menos en una de cada tres jugadas” y otra la vuelta de John Paxson a la titularidad. “Es gratificante ver que pasan los años, pasan tantos bases por el equipo y yo sigo siendo titular”, declaró. Krause y Jordan apreciaban a Paxson como un jugador trabajador con un tiro fiable, pero Jackson veía en él algo más que un buen suplente. Su capacidad de abrir espacios era muy apreciada, y a pesar de su fama de mal defensor los entrenadores comprobaron que conseguía mantenerse delante de sus defendidos por pura tenacidad mucho mejor que otros bases más jóvenes y rápidos. Pero Paxson no era un director de juego, y dado que Jordan no volvería a ejercer de base a tiempo completo eso llevaba a otro de los principios del triángulo ofensivo: la presencia de múltiples jugadores capaces de subir el balón e iniciar la jugada.

Todo dependía de Scottie Pippen. Phil Jackson lo había visto progresar desde su llegada al equipo, pero consideraba que poseía un potencial aún mayor por destapar. Esa temporada Pippen había decidido que sus días de juerguista habían terminado y que debía mejorar su ética de trabajo para llegar al nivel de *allstar* que tenía a su alcance. Michael Jordan sentía que Scottie Pippen estaba recorriendo el mismo camino que hiciera él en el pasado, con horas de entrenamiento para mejorar su tiro en movimiento, su bote y su pase para poder jugar en el perímetro. Al final del proceso, Pippen parecía salido

de una universidad de primer nivel y su estilo de juego recordaba poderosamente al de Jordan.

El arranque no fue precisamente deslumbrante, con un 5-5 inicial que no invitaba al optimismo. Sin embargo, una vez que el equipo se adaptó al nuevo estilo de juego las victorias se fueron sucediendo. En diciembre hicieron un brillante 11-3 y el Chicago Stadium se convirtió en un fortín donde sólo perderían cinco partidos en toda la temporada. Cada vez que John Bach se levantaba del banquillo y hacía el gesto de *Aces Up*, la señal para hacer presión a toda cancha, se hacía la noche para los rivales. Incluso si los Bulls terminaban perdiendo, la presión causaba una remontada inmediata que impedía que los contrarios se sintieran seguros en ningún momento. A pesar de ello, el frágil equilibrio en el vestuario amenazaba con romperse cuando los Bulls encadenaron cuatro derrotas consecutivas durante una gira por el Oeste, debido en parte al deterioro de un Bill Cartwright que al final de la temporada tendría que pasar por el quirófano para aliviar su tendinitis de rodilla.

Existía el riesgo permanente de que Michael Jordan decidiera en cualquier momento dejar de lado la táctica de juego que pretendía aplicar Phil Jackson y volviera al estilo que le había proporcionado sus mayores éxitos. No pocas veces al salir de un tiempo muerto Johnny Bach hacía un aparte y le instaba a olvidarse de las tácticas y las estrategias, y a que se limitara a coger el balón y atacar el aro sin más. Jordan y Tex Winter mantenían un constante pulso dialéctico sobre este tema, y después de cada explosión anotadora el jugador se dirigía al veterano entrenador con ironía: “Lo siento, Tex. Creo que me he salido de la táctica un poco al final del partido”. El caso más claro se produjo en Cleveland el 28 de marzo de 1990, cuando estableció su récord de anotación con 69 puntos. Lo más impresionante fue la facilidad con la que Jordan anotaba sus canastas, en penetraciones cómodas y suspensiones sin fallo para acertar en 23 de 27 tiros de dos. Sin embargo, después del partido Scottie Pippen dejó entrever cierto resquemor en el vestuario al hacer hincapié en la dificultad de entrar en racha cuando Jordan no les dejaba tocar el balón. Su actuación individual fue admirable, pero los Bulls necesitaron de una prórroga para derrotar a unos Cavs diezmados por unas lesiones que los habían hundido en el fondo de la liga. Era un resumen del dilema típico de Chicago, según el cual los demás jugadores no rendían cuando se limitaban a

recibir balones doblados, pero se hacía difícil limitar el juego de Jordan cuando su aportación era casi siempre descomunal.

De todas formas, el equipo funcionaba cada vez mejor al avanzar la temporada, y después del *All Star* encadenaron dos rachas de nueve victorias consecutivas que a punto estuvieron de alcanzar a los Detroit Pistons. Los Chicago Bulls entraron en *playoffs* con 55 victorias, superando la mejor marca de la era Collins, y se encontraron en primera ronda con sus viejos rivales de Milwaukee. Sin Moncrieff y sin Cummings, poco tenían que ver estos Bucks con los de años atrás; la plantilla había envejecido mal, y demasiado hizo evitando la barrida un equipo que tenía de aleros titulares a Brad Lohaus y Fred Roberts. Los Bulls pasaron la eliminatoria por un contundente 3-1, y le tocó el turno a Philadelphia. “En toda mi vida no he jugado cuatro partidos seguidos como aquéllos”, diría Jordan de los primeros encuentros de la serie. Los Sixers parecían haber remontado su declive desde que el Doctor J y Moses Malone dejaran el equipo, y con el joven escolta Hersey Hawkins más el fichaje de Rick Mahorn habían terminado primeros de la División Atlántica. Mahorn y Charles Barkley formaban la pareja apodada *Bump & Thump* por su costumbre de castigar físicamente a los rivales, y con el pívot Mike Gminski componían una línea interior difícil de superar. Alternando las dos posiciones de alero con gran éxito, Barkley había terminado segundo la votación del MVP por detrás de “Magic” y por delante de Jordan, y se anticipaba una eliminatoria tan reñida que antes de empezar la NBA advirtió a los dos contendientes de las posibles consecuencias si caían en el juego violento. El resultado, sin embargo, fue otro.

Los Bulls llegaron mucho mejor preparados que sus rivales. Phil Jackson había empezado a usar un recurso inventado por John Bach para reforzar los mensajes que quería transmitir a los jugadores intercalando escenas de películas en los vídeos de los partidos. Bach usaba películas bélicas, alternando discursos o escenas de heroísmo con jugadas del equipo para hacer llegar las emociones que buscaba, y Jackson decidió que se podían usar escenas procedentes de películas de otro tipo. En la cancha, puso a Pippen sobre Gminski, otro pívot que como Laimbeer se encontraba más cómodo en la media distancia, y el efecto fue tan demoledor que produjo una de las imágenes más conocidas de la carrera de Barkley: sin decir palabra, miró a su

entrenador, señaló a Gminski y con el pulgar indicó el camino del banquillo. Mientras, Cartwright mantenía a Mahorn lejos de los tableros, y el propio Barkley encontraba problemas con Grant, un defensor tan rápido como él. El primer partido de la serie fue un espectacular duelo entre Michael Jordan (39 puntos) y Charles Barkley (30 puntos y 20 rebotes), en el que se impusieron los mayores recursos de los Bulls por 96-85. El mayor punto débil de los Sixers era un banquillo casi inexistente, y cuando los titulares desfallecieron no hubo posibilidad de que recibieran ayuda. Barkley se pasó el partido intentando hacer reaccionar a sus compañeros sin éxito, y pasó lo mismo en el segundo. Con los Bulls defendiéndole en dos contra uno, Barkley se dedicó a doblar el balón y los Sixers llegaron al descanso 10 puntos arriba. Pero en la segunda parte los Bulls remontaron, y no pudieron impedirlo ni las tretas de Mahorn, que separado del resto de los Pistons no era tan temible. Intentó descentrar a los Bulls derribando a Jordan y enfrentándose a Stacey King, pero lo único que consiguió fue motivarlos para culminar la remontada.

Los dos mejores partidos fueron, pese a todo, los de Philadelphia. En ambos casos los Sixers tomaron ventajas aparentemente decisivas en el marcador, y los Bulls remontaron gracias a su presión a toda cancha que deshacía a los locales como azucarillos y dejaba en evidencia todas sus carencias. En el tercer partido Chicago entró en el último cuarto perdiendo de 25 y con un quinteto compuesto por Armstrong, Hodges, Jordan, Nealy y King estuvo a punto de remontar. Jordan anotó 24 puntos casi consecutivos y aunque los Sixers fueron salvados por la campana, esa muestra de vulnerabilidad espoleó a los Bulls. La baja de Scottie Pippen para el cuarto encuentro debido a la muerte de su padre daba una oportunidad a los Sixers para igualar la serie, y en la segunda parte tuvieron ventajas de entre 10 y 15 puntos. Pero una vez más los Bulls remontaron de la mano de Michael Jordan, que en ataque sumó 45 puntos y 11 asistencias, y en defensa secó a Hersey Hawkins, y un sorprendente Stacey King que sustituyendo a Pippen anotó 21 puntos. El héroe del partido fue, quién lo iba a decir, Ed Nealy, que en el último cuarto se dedicó a rebotear, anotar y defender a un Barkley que terminó siendo abucheado por su propio público por sus fallos en los tiros libres. Los Bulls finiquitaron la serie en el quinto encuentro por un claro 4-1, para reencontrarse con los Detroit Pistons en la final de conferencia por segundo año consecutivo.

Los Pistons habían ganado el campeonato de 1989 con sólo dos derrotas en *playoffs*, ambas contra los Bulls. Era lógico que los consideraran uno de los principales obstáculos para repetir título, especialmente si Jordan seguía buscando a sus compañeros como había hecho en varias fases de la final de conferencia de la temporada anterior. En opinión de Chuck Daly, dado que los Bulls mejoraban su plantilla año a año era cuestión de tiempo que a los Pistons les faltaran manos para puntear todos los tiros. Se hacía imprescindible recurrir a *The Jordan Rules*, las “reglas de Jordan” diseñadas para amortiguar su impacto. Al día siguiente de la derrota de los Bulls en 1988 un periódico de Detroit publicó dos diagramas que eran la primera revelación al público del sistema de ayudas defensivas para impedir que Jordan repitiera esas exhibiciones anotadoras de más de 50 puntos, aunque no fue hasta 1989 que recibieron el nombre que les daría fama. Y esa fama era la clave, ya que el éxito de esa defensa dependía no solamente de frenar a Jordan sino también de impedir que la esquivara gracias a la aportación de Pippen o Grant. Daly determinó que la mejor manera sería usar la agobiante competitividad de Jordan en su contra, convirtiendo a la defensa de los Pistons en un desafío al que el jugador no se sabría resistir. Esa labor se inició con muchísima antelación y se puede remontar al famoso artículo de Jack McCallum en la revista *Sports Illustrated* de noviembre de 1989. Dicho artículo describía las “reglas de Jordan”, que según Daly “se resumen en que si Jordan va al baño nosotros vamos con él”, y además mencionaba que el entrenador de los Pistons había decidido no usarlas en los *playoffs* de 1989 por temor a dejar demasiado sueltos a los demás jugadores de los Bulls. En la reunión de jugadores convocada por Isiah, la plantilla habría solicitado volver a usarlas, y con el lema *Remember the Jordan Rules!* habrían remontado la eliminatoria y eliminado a Chicago. Durante la temporada 89-90 se fueron sucediendo los comentarios en prensa, especialmente al acercarse el cruce de *playoffs*, y además aprovecharon para anunciar que habían remitido un vídeo a la NBA conteniendo jugadas en las que se había pitado incorrectamente falta al defensor de la estrella de los Bulls, insinuando un favoritismo arbitral. Jordan no sería capaz de resistirse a esa provocación, y cuando el partido o la eliminatoria se pusieran cuesta arriba cedería a la tentación de coger el balón y atacar lo que Bach llamaba “la ciudadela”, es decir el muro formado por los

Pistons alrededor de la canasta. Limitando sus propias opciones y telegrafando sus intenciones, el jugador se metería solito en el corazón de la defensa rival, intentando demostrar que era capaz de imponerse a la mejor defensa de la NBA, según algunos la mejor de la historia.

Los Pistons devoraron a los Bulls en el primer partido. Jordan anotó 26 puntos en la primera parte, pero Hodges y Paxson no consiguieron meter ni una canasta y Rodman frenó en seco a Pippen hasta tal punto que al descanso Daly pudo ordenarle que se olvidara de él y se centrara en Jordan. Rodeado de rivales y sintiendo los efectos de una mala caída en el primer cuarto (según Laimbeer, por “la fuerza de la gravedad”), Michael Jordan sólo anotó 8 puntos más y los Bulls perdieron por un lastimoso 86-77. La defensa de Chicago hizo que sólo Dumars anotara en dobles dígitos, pero su colapso ofensivo impidió que aprovecharan esa oportunidad. “Creo que no podemos jugar peor”, declaró Craig Hodges. Antes del segundo partido Chuck Daly bromeaba con una taza de té en la mano: “¿Qué es lo que veo en estas hojas de té? ¿Podrían ser ‘las reglas de Jordan’?”. Con Michael Jordan renqueante, los Bulls terminaron la primera parte perdiendo de 15 y no hicieron ningún esfuerzo por remontar. Para sorpresa de los presentes, Jordan perdió los nervios al entrar en el vestuario al descanso y empezó a dar patadas a las sillas y a un surtidor de agua. “¡Estamos jugando como una panda de nenazas!”, gritó. Su reacción habitual en caso de enfado era encerrarse en sí mismo, por lo que su exhabrupto fue especialmente impactante. Decidió no hacer más declaraciones a la prensa y dejar que sus compañeros asumieran su propia responsabilidad, e incluso cuando Phil Jackson se negó a que saliera de los entrenamientos por otra puerta se limitó a pasar por delante de los periodistas sin decir palabra.

De vuelta en Chicago, Jackson estaba de acuerdo en el mal rendimiento del equipo, pero seguía intentando convencer a Jordan de que mantuviera el plan de juego. La defensa de los Pistons era una zona y había que romperla mediante circulación de balón. Cuando terminó la primera mitad diez puntos abajo, Michael Jordan lo vio todo rojo y decidió que si no quedaba más remedio que perder, al menos perdería a su estilo. Volvió a instalarse de base, bajando a recibir de fondo, y empezó a atacar la canasta jugada tras jugada, aplastando a todos los defensores que Daly le mandó e ignorando los intentos de Rodman o Laimbeer de descentrarlo. Sus compañeros siguieron su estela, y

con el Chicago Stadium en pie remontaron para ganar por 107-102. Incluso Ed Nealy tuvo sus minutos de gloria, manteniendo a Rodman y Salley lejos del tablero y anotando desde debajo del aro cuando se olvidaban de él. Algo parecido sucedió en el cuarto partido, en el que la defensa de Chicago ahogó a Thomas y Dumars permitiendo que llegaran igualados al último cuarto, y ahí Jordan volvió a tomar el control con 19 puntos que sirvieron para empatar la eliminatoria.

El problema de los Chicago Bulls era la forma en la que se desinflaban en el Palace de Auburn Hills, y en el quinto encuentro los Pistons amordazaron a Jordan, dominaron el rebote e intimidaron al resto de los Bulls. Jordan seguía negándose a hacer declaraciones a la prensa, contestando con monosílabos o frases sueltas en el mejor de los casos, a pesar de los intentos de los periodistas por saber su opinión sobre el parcial de 2-11 que encajó su equipo durante dos minutos de descanso que tuvo en la recta final o sobre el tiro desde medio campo que anotó cuando quedaban diez segundos del primer cuarto (Jordan leyó mal el reloj y creyó que sólo quedaba un segundo). Sin embargo, los Bulls ganaron de paliza el sexto en Chicago a pesar de la baja de John Paxson debido a una torcedura de tobillo. Craig Hodges salió de titular en su lugar y anotó 4 de 4 en triples (“hoy era como meterla en el Lago Michigan”), y el marcador final de 109-91 dejaba una puerta abierta a la esperanza.

La esperanza duró hasta el parcial de 11-0 de los Pistons en el segundo cuarto del “partido de la jaqueca”. Quizá como consecuencia de la muerte de su padre, cuando Scottie Pippen llegó al pabellón con un terrible dolor de cabeza, que combinado con los analgésicos que se le administraron para aliviarle le provocó una dificultad para enfocar la visión. “Vino a verme antes del partido y me dijo que casi no podía ver. Le pregunté si podía jugar, y él empezó a decir que no cuando Michael lo cortó y dijo: ‘*Hell yes*’,” recordaría el fisio Mark Pfeil. “Puede jugar. Que salga de titular. Que juegue ciego si hace falta”, terminó Jordan. Fue el peor partido de la temporada. Pippen hizo 1 de 10, Hodges 3 de 13, Grant 3 de 17; Paxson y Cartwright apenas podían moverse. Michael Jordan siguió luchando hasta el final con 31 puntos, 9 asistencias y 8 rebotes, pero estaba solo contra unos Detroit Pistons que no tenían problemas para mantener veinte puntos de ventaja. “Mi peor momento

en los Bulls fue tener que acabar ese séptimo partido perdiendo contra los Pistons en el Palace”, reconocería Phil Jackson. “Sólo podía estar sentado y rechinar los dientes durante una segunda parte en la que no conseguíamos hacer nada.” Michael Jordan llamó de todo a sus compañeros en el vestuario durante el descanso, y en la segunda parte casi todas las canastas de Chicago vinieron de sus tiros o asistencias en un esfuerzo tan conmovedor como inútil. Al terminar el partido Jordan lloró como un niño, con un desamparo que movió incluso al *general manager* de los Pistons a intentar consolarle. Mientras, Juanita estaba a punto de llegar a las manos con la expedición de los Bulls, exigiendo saber por qué nadie le había echado una mano a su marido y qué clase de excusa de mierda era un dolor de cabeza.

Sentado al fondo del autobús del equipo, James Jordan intentaba en vano reconfortar a su hijo, destacando cómo el equipo iba a más y que su momento llegaría. Pero Michael Jordan sabía que la vida deportiva de un jugador es finita y había visto a otros equipos marchitarse sin llegar al anillo. ¿Y si no volvían a tener otra oportunidad? “Estaba llorando de rabia”, reconoció Jordan. “No dejaba de pensar que yo me estaba partiendo el culo y nadie más lo hacía. Esos tíos nos estaban dando una paliza, robándonos el valor y el orgullo. Decidí en ese momento y lugar que no volvería a pasar.” Sin que nadie lo dijera, todos en el equipo sentían lo mismo. Al día siguiente de volver a Chicago tras la derrota, los entrenadores se encontraron con el gimnasio lleno. Paxson, Pippen y varios jugadores más estaban levantando pesas y usando máquinas de musculación, sin que nadie les hubiera dicho que vinieran y sin dirigirse la palabra. En la comida oficial del equipo previa al comienzo de la temporada 1990-91, Jerry Krause se levantó para decir unas palabras dirigidas a Phil Jackson: “Te he conseguido los jugadores. Ahora depende de ti que funcione.”

Thalassa, 1990

Michael, tu momento va a llegar. Y muy pronto.

Michael Jordan había sido claro en la rueda de prensa posterior a la derrota en Detroit: “Me gustaría que hubiera más veteranos en el equipo, si es posible”. La serie contra los Pistons había convencido a los Chicago Bulls de que necesitaban imperiosamente alguien capaz de anotar desde el banquillo, capaz de sustituir a Jordan o Pippen cuando necesitaran descanso sin que el ataque se viniera abajo. Además, Phil Jackson había decidido que el momento para el triángulo ofensivo había llegado y necesitaba a un anotador individual capaz de resolver los momentos de atasco de la “segunda unidad” (el quinteto suplente). El buen papel de Ed Nealy en *playoffs* le sirvió para recibir una gran oferta de Phoenix, así que también necesitaban a un hombre alto que aportara defensa y rebote, ya que Stacey King había demostrado buena muñeca para anotar pero poca voluntad para pelear en la zona.

Para un posible traspaso Jerry Krause contaba con su elección de primera ronda de *draft*, que era muy baja y por tanto prescindible, y con Craig Hodges, cuya irregularidad le había hecho perder el favor de los entrenadores. Pero Hodges tuvo que pasar por el quirófano durante el verano y ningún equipo iba a ficharlo en esas condiciones, así que era necesario buscar en el mercado de agentes libres. Vinnie Johnson había terminado contrato y se estaba ofreciendo a varios equipos, pero los Bulls buscaban a un exterior grande que compensara la falta de estatura de Paxson, Armstrong y Hodges. Purvis Short y Robert Reid estaban disponibles, pero eran jugadores demasiado veteranos cuya aportación era dudosa. Finalmente Krause se decidió por Dennis Hopson, una antigua estrella universitaria que no se había adaptado a la NBA pero que esperaba relanzar su carrera con un cambio de aires. Los Nets lo dejaban barato, pero había un problema: para que el traspaso cuadrara, era necesario que Michael Jordan retrasara el cobro de parte de su contrato hasta después de

la fecha en la que se ampliaba el tope salarial. El tema económico era un problema potencial, ya que el nuevo contrato televisivo había supuesto la entrada de un río de dinero en la NBA. De la noche a la mañana, jugadores como John Williams de Cleveland pasaron a cobrar bastante más que Michael Jordan, aunque éste se limitó a felicitar a los agraciados y a negar que fuera un problema. Jerry Reinsdorf sabía que Jordan no iba a arriesgar su buena imagen pública reclamando unos miles de dólares cuando esa imagen le reportaba millones en publicidad, pero tampoco era aconsejable hurgar en la herida. Los Bulls ya se habían retirado de la puja por el agente libre Sam Perkins para evitar que entrara en la plantilla un jugador que cobrara más que Jordan, y pedirle justo en este momento que diera aún más facilidades en el pago de su sueldo era delicado. Michael Jordan aceptó retrasar el cobro de \$450.000, pero con una condición: que los Bulls ficharan a Walter Davis.

Walter Davis era un alero anotador de un talento indudable, pero a sus 36 años no estaba claro cuánta gasolina le quedaba en el depósito. Sin embargo, había sido uno de los ídolos de Michael Jordan desde su etapa en North Carolina, y éste exigió su fichaje. Por una vez Reinsdorf cedió, aunque fue necesario llevar las negociaciones al margen de Krause. Jordan fue autorizado a hacerle una oferta a Walter Davis y a cerrar el trato si aceptaba. Para su sorpresa, la oferta fue rechazada: “Mi mujer no quiere que vayamos a Chicago porque hay demasiados gánsters”, explicó Davis. La explicación dejó estupefacto a Jordan, aunque posiblemente la decisión de Walter Davis se debiera al menos en parte a su deseo de no cambiar de ciudad y de seguir a las órdenes del entrenador Doug Moe, otro ex Tar Heel. Al menos, el fracaso de ese fichaje significaba que los Bulls tenían espacio salarial para contratar a un hombre alto. Jerry Krause se inclinaba por Joe Wolf, un jugador que siempre le había interesado, pero Phil Jackson prefería a Cliff Levingston de Atlanta, un buen reboteador que podía ocupar las dos posiciones de alero. Los Bulls terminaron fichando a Levingston, pero alargaron las negociaciones dándole falsas esperanzas hasta que todos los demás equipos cerraron sus plantillas, y entonces le hicieron una oferta muy por debajo de su valor que el jugador no tuvo más remedio que aceptar.

Las causas de ese comportamiento se remontaban al *draft* del año anterior, cuando la elección de Divac fue descartada por falta de información. Después

de eso, Krause decidió que no volvería a confiar en informes ajenos, y convencido de que Yugoslavia era una cantera más que válida empezó a seguirla con interés. Al llegar el *draft* de 1990, estaba convencido de haber descubierto al nuevo “Magic” Johnson, un joven croata llamado Toni Kukoc al que eligieron inmediatamente en segunda ronda. Como le sucedía siempre, Jerry Krause se fue enamorando del jugador que había descubierto e intentó en vano que Phil Jackson acudiera a los Goodwill Games de Seattle a verlo en persona. El problema era que Kukoc se resistía a firmar con los Bulls porque en Italia le ofrecían más dinero, y durante toda la temporada Krause estuvo en contacto permanente tanto por teléfono como en persona, intentando convencerle de que los ingresos publicitarios compensarían sobradamente la diferencia salarial y vendiéndole la idea de jugar junto a Jordan y ganar un campeonato de la NBA. Por eso era necesario que los Bulls mantuvieran suficiente espacio bajo el tope salarial como para incorporar a Kukoc en cualquier momento, y tomaron medidas como apretarle las tuercas a Levingston o retrasar las renovaciones de Cartwright, Pippen y Paxson. Bill Cartwright rechazó la oferta de un año más al mismo sueldo, mientras que Krause advirtió a John Paxson de que no esperara recibir un contrato como el que los Suns habían ofrecido a su amigo Nealy. Horace Grant terminó firmando su renovación cuando amenazó con salir del equipo, pero Scottie Pippen estuvo a punto de no presentarse en pretemporada hasta negociar la suya. En casi todos los casos los jugadores se negaron a seguir tratando con Krause, y Reinsdorf hubo de intervenir personalmente para evitar males mayores, lo cual era una técnica negociadora habitual de la pareja, que usaban el poli bueno/poli malo para terminar sacando buenas condiciones por puro desgaste.

Esta situación levantó ampollas en la plantilla, que no comprendía que se racaneara a los jugadores que estaban allí, luchando por el campeonato, para ofrecerle el oro y el moro a un yugoslavo que encima se hacía de rogar. Michael Jordan se sintió particularmente ofendido por lo que le parecía la receta perfecta para destruir al equipo que tanto había costado formar, y la manía de Jerry Krause de pasarse las horas muertas hablando maravillas de su último descubrimiento no mejoraba el ambiente que digamos. Phil Jackson era sólo el último miembro de la franquicia en sugerirle a Krause que evitara esa

excesiva familiaridad con los jugadores, ya que era un signo de debilidad del que se burlaban en su propia cara (le llamaban *Crumbs*, “migajas”, un apodo que le puso Oakley), pero no podía evitarlo. A Michael Jordan toda esta historia de un alero de casi siete pies botando el balón le sonaba al nuevo Brad Sellers, y cuando Krause le pidió que llamara a Kukoc para convencerle de venir respondió: “Yo no hablo yugoslavo”. Phil Jackson sí aceptó llamarle: “Decídete, chico. O cagas o te quitas del retrete”.

Michael Jordan tenía sus propias preocupaciones el verano de 1990. Después de la serie de artículos sobre crímenes de adolescentes motivados por el robo de productos Nike, llegó otra sobre el uso de mano de obra infantil en sus fábricas de Asia, y finalmente la organización PUSH (“People United to Save Humanity”) del reverendo Jesse Jackson anunció un boicot a los productos de esa marca. El principal objetivo de PUSH era promover la conciencia social sobre las desigualdades raciales, y una de sus herramientas habituales era amenazar con boicotear aquellas empresas que, en su opinión, obtenían sus beneficios de la comunidad afroamericana pero no correspondían mediante la contratación de ejecutivos o publicistas procedentes de esa comunidad. En sí, el boicot fue un fracaso absoluto, las ventas de productos Nike no se vieron afectadas y PUSH sufrió una grave crisis interna causada al menos en parte porque no llegó a quedar clara la razón de boicotear una marca y no las demás; el tema quedó zanjado cuando Nike tomó varias iniciativas de digamos sensibilidad racial, en particular el nombramiento de John Thompson de Georgetown para la junta directiva. A pesar de ese fracaso, Jordan consideró el boicot como un ataque a su imagen, y creía que PUSH había elegido a Nike precisamente porque al ser Michael Jordan la imagen de la marca sus reivindicaciones recibirían mayor atención. Sospechaba que había sido idea de su compañero Craig Hodges y le dolía especialmente porque Jordan había acudido varias veces a los partidos benéficos “PUSH-EXCEL” para recaudar fondos para ambas organizaciones, mientras que el reverendo Jesse Jackson llevaba años aprovechando cualquier oportunidad para hacerse una foto con la estrella. También ese verano se produjo otra muesca en la imagen pública de Jordan, cuando se negó a apoyar al candidato negro que intentaba evitar la reelección del senador por Carolina del Norte Jesse Helms. Helms era un racista declarado, y con las encuestas en empate técnico recurrió

a una serie de anuncios explotando el resentimiento hacia las conquistas sociales de las minorías étnicas. Supuestamente, Michael Jordan se negó a intervenir con la frase “los republicanos también compran zapatillas,” aunque el jugador afirmó que su negativa se debía a sus recelos a intervenir en política sin conocer la situación. Es cierto que Jordan era muy reacio a poner en juego su imagen sin conocer al detalle las implicaciones de su compromiso y también que estaba en su pleno derecho manteniéndose al margen de la política al ser simplemente un deportista, pero también es cierto que su no participación en temas sociales fue mal recibida por el público en general.

Eso sucedía mientras Michael Jordan se estaba embarcando en otra etapa nueva como jugador. Su declaración pública después de la derrota contra Detroit afirmando que necesitaba adquirir más fuerza había llamado la atención de un joven preparador físico llamado Tim Grover. Grover se había especializado en la preparación de jugadores de baloncesto y, aunque aún era poco conocido, sus padres eran amigos del Dr. Hefferon, médico de los Bulls. Cuando lo llamó se encontró con la sorpresa de que ya le habían mencionado su nombre a Michael Jordan, así que acudió a unas reuniones en las que impresionó muy favorablemente tanto al Dr. Hefferon como a Al Vermeil, preparador físico del equipo. A Jordan no le terminaba de convencer lo de trabajar con alguien tan joven, pero estaba buscando un entrenador personal para trabajar en privado, tanto por razones de intimidad como por desconfianza hacia Vermeil. Éste creía que le avergonzaba no ser capaz de levantar pesas al nivel de Grant o Perdue, mientras que Jordan prefería trabajar con un Grover que dependería exclusivamente de él y no de Krause o de la franquicia. Lo que más sorprendió a Tim Grover fue la capacidad de trabajo y concentración de Jordan, una vez que se convenció de que el entrenamiento sería positivo para su carrera. Grover le explicó que su método no le haría más rápido ni más fuerte, que adquiriría músculo a ritmo muy lento y que en lugar de hacerlo mejor jugador provocaría que su porcentaje de tiro empeorara hasta que su cuerpo se fuera adaptando. Las virtudes de esa preparación física se verían a largo plazo, en forma de una menor propensión a las lesiones, una mayor resistencia al cansancio y con suerte una carrera deportiva más larga al máximo nivel. A pesar de que le estaba exigiendo disciplina y trabajo hoy para un beneficio dudoso en un futuro indefinido,

Jordan se aplicó con total entrega, sin perderse sesiones ni ahorrar esfuerzos como hacía cada vez que se convencía de que algo sería beneficioso para su carrera.

Jordan iba a necesitar toda la ayuda que pudiera conseguir para la nueva temporada, ya que Phil Jackson había decidido introducir una serie de cambios buscando conseguir el mejor registro final en la fase regular de la NBA, y con ello el factor cancha en *playoffs*. La victoria sobre los Pistons empezaba en noviembre, no en mayo. Para ello no bastaba con defender fuerte y salir al contraataque como el año anterior, porque ese juego no funcionaba en *playoffs* y además los veteranos de la plantilla funcionaban mejor en estático. Había llegado el momento de aplicar plenamente el triángulo ofensivo, definido por Jordan como “una estrategia de ataque de igualdad de oportunidades.” El éxito de ese juego dependía en gran medida de Scottie Pippen, que en ese momento estaba considerado un mediocre anotador en estático, mal defensor y muy justito de bote y pase. Sin embargo, los Bulls le veían un potencial casi infinito, y creían que la pareja Jordan-Pippen podía llegar a dominar el juego en ambas canastas como ningún otro equipo de la liga. El problema para Phil Jackson era que no podía dejar de pensar que la última vez que el máximo anotador de la NBA había ganado el campeonato fue en 1971, cuando Kareem Abdul-Jabbar aún constaba como Lew Alcindor, y no era casualidad. Michael Jordan había sido el máximo anotador de la liga en cada una de sus temporadas excepto el año de la lesión, y se definía a sí mismo como jugador en función de los puntos que anotaba. No aceptaría prescindir de una parte vital de sí mismo, pero no estaba claro que ese camino llevara al anillo. Como describiría Sam Smith en su libro *The Jordan Rules*, la temporada de los Bulls se vería marcada por una serie de pulsos y desafíos permanentes entre diferentes miembros de la franquicia mientras el equipo ganaba partidos y más partidos; uno de esos pulsos fue el que mantuvieron Jackson y Jordan, con el jugador intentando ganar el título de máximo anotador mientras el entrenador ensayaba mil y un trucos para distraerlo y que compartiera el balón.

Después de una pretemporada muy prometedora, las tres derrotas con las que empezó la competición fueron una amarga decepción. Una vez más, Michael Jordan decidió tomar cartas en el asunto e intentar sumar puntos en el

primer cuarto para dar tiempo al equipo a entrar en juego. Generalmente Jordan prefería emplear los primeros minutos en analizar la defensa rival, pero creía que el empeño de Phil Jackson de racionar su tiempo de juego y sus tiros a canasta le impedían coger el ritmo con el partido más avanzado. Los Bulls reaccionaron y ganaron doce de los siguientes quince partidos, pero ese récord era engañoso: batían con holgura a rivales inferiores, como cuando le sacaron 40 puntos a los Clippers o cuando dejaron a los Cavs en 5 puntos en un cuarto, pero los equipos de cabeza como Blazers, Sixers o Pistons los derrotaban sin apenas esfuerzo. Chicago aguantaba gracias a una buena defensa y a la aportación individual de Jordan y Pippen, pero el llamado “triángulo lateral” no funcionaba. A pesar de que permitía que Paxson, Cartwright y Grant anotaran con regularidad y buenos porcentajes, la mayoría de las victorias parecían conseguirse a pesar del sistema y no gracias a él. Especialmente cuando algún rival cometía el error de entrar en el juego del *trash-talking* con Jordan, como le pasó a los Heat. A pesar de no haber ganado aún el campeonato y de que “Magic” se hubiera llevado los dos últimos MVPs, Michael Jordan había sido aceptado de facto como el mejor jugador de la liga, aquél contra el que debían probarse todos los recién llegados. Eso produjo el famoso cruce de declaraciones con el novato Gary Payton, que afirmaba no tener nada que envidiarle: “Yo también tengo mis millones y puedo comprarme mis Ferraris y mis Testarrosas”. “A mí me los regalan”, contestó un Jordan que fue menos diplomático en el vestuario: “Voy a darle una lección a ese niño”.

Michael Jordan no disimulaba sus críticas. “Si yo fuera el entrenador, identificaría los puntos fuertes y los puntos débiles del equipo, e intentaría aprovechar esos puntos fuertes.” No era difícil adivinar que ese punto fuerte tenía nombre y apellido. “Si yo fuera el *general manager*, tendríamos mejor equipo.” Esas críticas se dirigían al banquillo, cuya aportación estaba siendo decepcionante. Stacey King había llegado del verano con sobrepeso, y en lugar de ponerse en forma prefería pasar el tiempo quejándose en los periódicos por no disfrutar de más minutos y tiros. B.J. Armstrong sí estaba aportando, pero no sabía si seguir jugando a su estilo o adaptarse al de Paxson, con quien todos parecían más cómodos. Los minutos de Will Perdue habían aumentado ligeramente, pero seguía sin tener un hueco definido en la

rotación. El quinteto titular contaba con Jordan y Pippen para jugársela en individual cuando fallaba el triángulo ofensivo, pero los dos flamantes fichajes de la temporada que debían representar ese papel desde el banquillo, Hopson y Levingston, parecían totalmente perdidos y sus puntos llegaban con cuentagotas.

Uno de los problemas que experimentaban los jugadores que llegaban a Chicago era adaptarse a la naturaleza de Jeckyll y Hyde de Michael Jordan en el vestuario. Por norma, Jordan apenas mantenía contacto social con sus compañeros fuera de la pista y, por ejemplo, alguien tan cercano como John Paxson reconocía haberle llamado a casa sólo dos veces en todos los años que llevaban juntos y además no le había cogido el teléfono. (Paxson no sabía o no quiso aclarar que Jordan tenía dos líneas telefónicas independientes en su casa, una de trabajo y otra privada cuyo número sólo conocía su familia cercana y sus amigos íntimos; nunca se cogían las llamadas al teléfono público, sino que las grababa el contestador automático para decidir más tarde si se devolvían o no.) Jordan sí hacía un esfuerzo por integrar a sus compañeros, intentando aconsejarles cómo resolver jugadas o incorporándolos a algunos de sus contratos publicitarios que les proporcionaban prendas deportivas gratis o automóviles a precios muy rebajados; y, a la vez, los devoraba literalmente en los entrenamientos. Muchos jugadores se desorientaban ante la actitud de Michael Jordan, que un día les pasaba el brazo por los hombros y les animaba a seguir entrenando y al siguiente les humillaba de palabra y de acto en un partidillo, pero Jordan lo veía como una manera de separar el grano de la paja. Si no eran capaces de estar a la altura en un entrenamiento, difícilmente sabrían estarlo cuando Rick Mahorn les clavara los codos. Uno de los ejemplos más claros era el novato Scott Williams, un alapívorot que había sido uno de los descubrimientos de los Bulls y que resultaría ser el único jugador procedente de North Carolina que acompañaría a Jordan en los Bulls. Williams había vivido una auténtica tragedia durante su etapa universitaria cuando su padre asesinó a su madre y se suicidó, así que Dean Smith pidió a los Bulls que tuvieran especial cuidado con él. Jerry Krause era reacio a contratar jugadores con apariencia de inestabilidad, pero Scott Williams se ganó un hueco a base de trabajo y Jordan lo acogió bajo su ala. Ahí se pudo ver perfectamente el trato bipolar de

Michael Jordan hacia sus compañeros, ya que un día se le podía ver criticando agriamente a Williams por su mal juego y otro se lo llevaba a casa a cenar para que no estuviera solo.

La situación era especialmente desmoralizante para Dennis Hopson. El rendimiento de Cliff Levingston no era mejor, pero éste se había convertido en el único amigo personal de Jordan dentro de la plantilla. En cambio, Michael Jordan nunca tuvo confianza en Hopson. “Cuando juegas contra alguien, lo notas. Lo ves en sus ojos. Se asusta. No tiene corazón”, dijo a Bach. “Nadie me dijo que tenía que operarse la rodilla. Debería haber dicho lo que pensaba, y entonces nunca lo habrían traído.” Jordan se emparejaba con Hopson en los entrenamientos y parecía obtener un perverso placer en destruirlo. En los partidos la situación no era mucho mejor, con unos entrenadores que no sabían qué hacer con él e intentaban encontrarle alguna utilidad como anotador, como defensor, como escolta, como alero, como lo que fuera. En retrospectiva, el equipo estaba convencido de haber cometido un error cuando lo eligieron a él en lugar de Danny Ainge, a quien los Kings habían puesto a la venta el verano anterior y que terminó yendo a Portland. “Cuando Michael empezara a pedir la bola, lo mandarí a la mierda”, decía Johnny Bach. “A veces es necesario.”

Tanto Michael Jordan como Phil Jackson pedían constantemente refuerzos a Jerry Krause, hasta que el vicepresidente se reunió con ambos por separado y les explicó que también ellos tenían parte de culpa por el fracaso de posibles fichajes, como el del ala-pívot Lasalle Thompson o el base Derek Harper. Era imposible conseguir nada de valor a cambio de unos jugadores a los que su entrenador no daba minutos y a los que la estrella del equipo ponía por los suelos después de cada partido. Jordan, por su parte, creía que esa falta de refuerzos se debía a la costumbre de Krause de regatear hasta que la otra parte perdía la paciencia, y volvía a reclamar el fichaje de Walter Davis. El nuevo entrenador de los Nuggets había implantado un juego rápido que el veterano Davis no podía seguir, y se arrepentía de no haber aceptado la oferta de los Bulls. Se estaba hablando de un posible traspaso a Chicago a cambio de una primera ronda de *draft* y Walter Davis llamaba cada día a Jordan para preguntar si había novedades, pero al final terminó en Portland en el traspaso a tres bandas que llevó a Drazen Petrovic a los Nets. La reacción de Michael Jordan fue tan negativa que Phil Jackson tuvo que ordenar que terminaran las

declaraciones a la prensa y que en adelante los trapos sucios se lavaran en casa. Lo cual no es sorprendente, porque aunque Krause asumió la culpa por no fichar a Walter Davis ni a Adrian Dantley (que estaba sin equipo), en realidad la decisión fue de Jackson y sus asistentes. Consideraron que ninguno de esos dos jugadores era lo que el equipo necesitaba, y además para hacer hueco a Davis hubiera sido necesario cortar a otro jugador. Reinsdorf se negaba a cortar a Hopson, uno de los jugadores mejor pagados del equipo y que hubiera cobrado su sueldo íntegro en caso de ser despedido, y Scott Williams era una promesa de futuro. Phil Jackson decidió que a pesar de que su rendimiento había sido decepcionante, prefería tener la defensa y el rebote que aportaba Cliff Levingston en lugar de la anotación de un Walter Davis de 36 años.

“Cinco años y estaré fuera de aquí. Estoy marcando estos días en el calendario como si estuviera en la cárcel. Estoy harto de que me use esta franquicia, la liga, los periodistas, todo el mundo”, comentó Jordan. “Prefiero preguntarle a Cartwright o a Brad Davis qué piensan de un fichaje antes que hablar con él”, decía Krause. Stacey King quería más minutos, mientras que Horace Grant y Will Perdue no entendían por qué seguía jugando a pesar de su ineficacia y su mala actitud; Tex Winter amenazaba con dimitir si los jugadores seguían saltándose las órdenes del banquillo; Dennis Hopson echaba de menos su etapa en los Nets y soñaba con ser traspasado a los Clippers; Phil Jackson tuvo que recomendarle a B.J. Armstrong que se apartara de Hopson y King si no quería verse arrastrado por su actitud negativa. Scottie Pippen estuvo a punto de enfrentarse físicamente a Phil Jackson durante un tiempo muerto, y posteriormente amagó con faltar a los entrenamientos con la excusa de una supuesta lesión. Michael Jordan se negaba a intervenir, a pesar de que Johnny Bach intentó convencerle de que aportara un mayor liderazgo en el vestuario. Tenía que salir de su burbuja, le dijo, y ver el mundo que le rodeaba. “No quiero ver el mundo”, contestó. “Nunca había visto algo así. Estamos ganando, pero nadie está contento”, reflexionaba Paxson. “Nadie quiere estar en este equipo excepto yo, y a mí no me quieren. Todos quieren irse a otro sitio, nadie está contento ni se divierte. Todos quieren más minutos o más tiros o más dinero. Quieren traspasos o despidos. ¿Qué pasaría si no estuviéramos ganando?”

El punto de inflexión fue el partido en Detroit del 7 de febrero. Isiah Thomas estaba de baja por una fractura de muñeca, y si los Bulls no conseguían ganar aprovechando su ausencia entonces tendrían que asumir que no estaban preparados para aspirar al anillo. Como siempre, el partido se jugó a cara de perro con ventajas mínimas por ambas partes, y en el último cuarto parecía que los locales se iban a llevar el gato al agua cuando apareció una vez más Michael Jordan, que anotó los últimos 10 puntos de su equipo en los dos minutos finales para dar la victoria a los Bulls por 95-93. Una buena noticia, por fin. Fue la segunda de una racha de 11 victorias consecutivas y el cierre del período de fichajes devolvió cierta calma a la franquicia. Ya no seguiría apareciendo en los medios esa catarata de posibles incorporaciones (Ricky Pierce, “Doc” Rivers, Mark Alarie, Darrell Walker, Paul Pressey, Benoit Benjamin, Eddie Johnson, incluso Reggie Theus), King y Pippen tendrían que dejar sus demandas de traspaso hasta el verano, Cartwright había recibido la promesa de una renovación. Sobre todo, era el final del lamentable espectáculo de Krause y el culebrón de Kukoc. Incluso Dennis Hopson había desaparecido del vestuario, alegando un misterioso golpe en un dedo del pie que la franquicia aceptó con tal de perderlo de vista.

Lentamente, se estaba creando en el vestuario un ambiente de desafío que Phil Jackson creía que podía llevarles al campeonato. La plantilla empezaba a sentirse acosada desde todos los flancos, puesta en duda, minusvalorada. Su propia gerencia buscaba traspasos porque desconfiaba de sus posibilidades, la prensa atribuía sus victorias a las rachas de lesiones que asolaban a Pistons y Celtics, y los rivales describían a los Bulls como un conjunto de individualidades que no formaban un equipo. Pocos hablaban de que su defensa era quizás la mejor de la liga, o del progreso de Pippen y Grant, o de que el triángulo ofensivo empezaba a dar señales de vida. Estaba claro que Jackson tenía razón, y que sólo podían confiar en ese círculo de doce jugadores y tres entrenadores, sobre todo cuando la NBA pidió que Bill Cartwright se pusiera coderas acolchadas. Sus codos eran conocidos y temidos a lo largo y ancho del país, y habían lesionado a Olajuwon para dos meses, pero esa petición era humillante y carecía de precedentes cuando los Pistons habían capturado sus dos campeonatos a sangre y fuego. Eran ellos contra el mundo.

Incluso sus derrotas eran épicas, como un 132-135 en Boston después de dos prórrogas que se remitía al mítico *playoff* de 1986 y en el que Pippen, Jordan y Bird rozaron el triple-doble en una de las últimas grandes actuaciones del “pájaro”. Los problemas no habían desaparecido: Stacey King se ausentó de varios entrenamientos, y cuando Jerry Reinsdorf viajó a Europa para reunirse con Kukoc la prensa publicó unas declaraciones de Scottie Pippen insinuando que no veía motivo para jugar al 100% cuando el equipo le buscaba sustituto (en realidad, Reinsdorf había alcanzado un acuerdo con el agente de Pippen para su renovación antes de salir de viaje y las declaraciones del jugador le parecieron una traición en toda regla). Pero esas distracciones ya no repercutían en el juego del equipo, y los Bulls terminaron la temporada regular con 61 victorias, el mejor balance del Este y el segundo de toda la NBA, y con un campeonato de división que no conquistaban desde 1975. Los Chicago Bulls tendrían ventaja de cancha contra los Detroit Pistons.

La primera ronda contra los New York Knicks prácticamente no tuvo historia. Los Bulls habían sido superiores durante toda la temporada, y una de las imágenes del año era un espectacular mate de Michael Jordan sobre Jerrod Mustaf que ilustraba la distancia que separaba a los dos equipos. Además, los Knicks llegaban en plena descomposición interna, con un entrenador que acudió a una entrevista de trabajo en medio de la eliminatoria y un Pat Ewing que había dado por perdida la temporada desde hacía meses. Aunque los entrenadores intentaban advertir de que no hay enemigo pequeño y de que el exceso de confianza es un peligro, era público y notorio que los Knicks habían entrado en *playoffs* de rebote y no eran rival para nadie. El humillante 126-85 del primer partido fue más que suficiente, y los Knicks se contentaron con perder los partidos siguientes por una diferencia digna camino de un 3-0 que clasificaba a los Bulls para segunda ronda después de que Jordan retratara a Pat Ewing con su *baseline dunk*, considerado el mejor mate en juego de la historia de la NBA y auténtico prodigio del control de balón y la explosividad.

Phil Jackson utilizaba citas famosas para encabezar los informes a cada jugador sobre el siguiente rival. Para los Knicks había sido Kipling y su “la fuerza de la manada es el lobo, y la fuerza del lobo es la manada”; para los Sixers en segunda ronda sería Jefferson: “Nada puede evitar que un hombre con la actitud adecuada alcance su objetivo; nada en el mundo puede ayudar a

un hombre con la actitud incorrecta”. Philadelphia era un rival impredecible, con un Charles Barkley cada vez más aislado de sus compañeros. El base Johnny Dawkins llevaba lesionado toda la temporada y habían cambiado a Gminski por Armen Gilliam, con lo que tenían tres ala-pívots titulares (Barkley, Gilliam y Mahorn), mientras que el único cinco de la rotación era Manute Bol, un sudanés de 2,31 y piernas como palillos. No se esperaba que pusieran a los Bulls en apuros serios, y Jordan decidió que iba a sorprenderlos después de su exhibición durante la eliminatoria del año anterior: “Voy a ocultarme en los arbustos porque es lo que menos esperan”.

Charles Barkley estaba viviendo la pesadilla que tanto había temido Jordan. Sus constantes polémicas habían terminado por estallarle en la cara cuando no se le ocurrió mejor idea que escupirle a un aficionado y le dio a una niña que estaba al lado. La gerencia de la franquicia parecía empeñada en desperdiciar los mejores años de su carrera con una serie de traspasos y fichajes que debilitaban cada vez más al equipo. Sus compañeros estaban hartos de ver cómo tiraba 30 veces por partido y a continuación los despellejaba en la prensa. Aún no estaba recuperado de su luxación de hombro, tenía microfracturas en un tobillo, la cadera y la espalda le dolían, y debido a una lesión de ligamentos tenía que jugar con una rodillera que un periodista comparó con “jugar con un bebé abrazado a una pierna”. Había perdido la confianza en el propietario de los Sixers, en el *general manager*, en el entrenador y en los demás jugadores, y sólo le quedaba la huida hacia adelante, sumando galardones individuales como el MVP del *All Star* que le abrieran la puerta de otros equipos.

“Hemos intercambiado nuestras situaciones respectivas”, reconocía Jordan. “Nuestro objetivo principal era contener a Barkley, dejar que anotara sus puntos y defender a los demás.” Los Sixers jugaron como los peores Bulls, con un Barkley que se fue a los 34 puntos y 11 rebotes, pero que se encontró totalmente solo en ataque (el segundo mejor anotador del equipo fue el indescriptible Manute Bol). Mientras, los Bulls jugaron como los mejores Pistons, aprovechando la velocidad de Jordan, Pippen y Grant para destrozarse en defensa a sus rivales y romper el partido en el primer cuarto. Cuando fue al banquillo a descansar al comienzo del segundo, Jordan señaló a Hersey Hawkins: “Lo he frenado. Ahora que no venga otro a dejar que entre en

racha”. Poco después, Hawkins anotó un triple y Michael Jordan pidió volver a la cancha (Hawkins sólo anotó otra canasta más en todo el partido). Jordan sólo hizo 15 tiros, pero entre él, Pippen y Paxson sumaron 17 asistencias en una victoria mucho más holgada de lo que indicaba el 105-92 final. Charles Barkley llevó su imitación de Jordan hasta el extremo de negarse a hacer declaraciones sobre la triste actuación de sus compañeros (por consejo de su “asesor de imagen” Rick Mahorn, bromeó), pero quizás el resultado del segundo partido fuera aún más decepcionante. Esta vez Hersey Hawkins y Armen Gilliam se fueron a 30 y 20 puntos, respectivamente, mientras Ron Anderson y Andre Turner anotaron en dobles dígitos desde el banquillo. Y, sin embargo, los Bulls volvieron a ganar sin demasiados apuros, 112-100, con un 57% en tiros de campo y una ventaja en rebotes de 47-22. Cada vez que los Sixers intentaron remontar, se vieron limitados por su endeblez bajo tableros, ya que Gilliam era un reboteador mediocre y Mahorn apenas podía moverse. Enfrente, Horace Grant se crecía por momentos, y desde que se acostumbró a usar gafas para corregir un problema de profundidad de visión se le veía mucho más seguro.

La situación se complicó en Philadelphia, cuando Michael Jordan apareció con un serio empeoramiento de su tendinitis crónica en la rodilla izquierda a pesar del día de descanso. No tardó en saberse que la causa real eran los 36 hoyos de golf que había completado en lugar de descansar y que provocaron el enfado de Phil Jackson. No era la primera vez que el golf le dejaba secuelas que afectaban a su juego en forma de cansancio, molestias o enfriamiento, y al entrenador le parecía una falta de profesionalidad correr ese riesgo en plenos *playoffs*. Sin embargo, para el jugador se trataba de una especie de hazaña que le permitía presumir de una resistencia y fortaleza superior incluso a la de otras estrellas de la NBA. En su último enfrentamiento en fase regular pocas semanas antes los Sixers habían derrotado sorprendentemente a los Bulls en Chicago a pesar de la baja de Barkley; pocos sabían que justo antes del partido Jordan se había dirigido entre burlón y desafiante a su amigo Fred Carter, asistente de los 76ers: “¿Por qué no has venido a jugar al golf conmigo esta mañana?”. Espoleado por la aparente falta de respeto (jugar al golf horas antes de un partido), Hersey Hawkins anotó 8 de sus 31 puntos en la prórroga y llevó a su equipo a la victoria. Jordan prefería destacar que él había anotado

41 puntos con golf y todo.

En esta ocasión fueron 46 los puntos que anotó Michael Jordan, a pesar de una evidente cojera después de anotar una espectacular bandeja al contraataque. Jordan disfrutaba anotando por encima de Manute Bol, y la frustración del pívot sudanés terminó provocando su expulsión en el último minuto. Pero Jordan falló dos tiros libres y los Bulls perdieron en los últimos segundos gracias a un triple de Hawkins a falta de pocos segundos. “Pedimos tiempo muerto yendo dos puntos abajo cuando quedaban 14,9 segundos. Conozco a Michael Jordan, así que cuando Jim Lynam ordenó que yo recibiría en la cabeza de la zona y penetraría a mi derecha, sabía perfectamente lo que iba a pasar”, recordaba Barkley. “Sabía que vendría a la ayuda cuando penetrara. Eso daría espacio a Hersey para un tiro, así que le dije que se plantara detrás de la línea de tres y esperara el balón.” Los Bulls aún tuvieron una última oportunidad, y Phil Jackson sorprendió a todos al decidir que sería Scottie Pippen el que se jugaría el tiro. Pippen no encontró posición, y rodeado de rivales terminó por lanzar el balón a ciegas.

Phil Jackson tuvo que admitir que se había equivocado al apostar por Pippen, pero había sido un partido difícil. Había discutido con Jordan a cuenta del golf, creía que el arbitraje había sido demasiado casero (40 tiros libres para los locales, frente a 19 para los visitantes) y por poco llegó a las manos con Horace Grant durante un tiempo muerto. Era necesario recuperar la compostura, y para ello se concedió un día de descanso. Jordan se fue inmediatamente a Atlantic City con Barkley a jugar al *blackjack*, pero los casinos no le provocaban tanto desgaste como el golf. Phil Jackson convocó a la plantilla a un desayuno antes del cuarto partido y les habló de recomponer la cadena del grupo. Horace Grant estaba viviendo su propio renacer espiritual, en su caso a través del cristianismo, y era una de las causas de su progresivo alejamiento de Pippen; pero ese día Jackson le pidió que concluyera la comida con una lectura de los Salmos. Que podría haber servido perfectamente como responso para unos Sixers que terminaron apalizados 101-85 en casa. Jordan repartió 12 asistencias, Grant se marcó un 22-11 y Cartwright montó una tangana con Charles Barkley. Éste volvió a encontrarse completamente solo ante un rival muy superior, y en un gesto de desesperación se quitó la rodillera jugándose el físico. No sirvió de nada, y pocos días

después en Chicago se certificó la eliminación de los Sixers en un partido competido pero que Jordan finiquitó con los 12 puntos finales de su equipo para terminar en un abrazo con Barkley en el centro de la pista. Charles Barkley llevaba varios días hablando no de la eliminatoria sino de su futuro en la franquicia, y los Sixers se unieron a los Knicks y los Cavs en la cuneta de la autopista que cada año llevaba de Chicago hasta el anillo.

Había llegado la hora de la final de conferencia y los Detroit Pistons. Los Pistons llegaban en muy mala forma, después de una serie contra los Boston Celtics repleta de lesionados con el aire de despedida de dos viejos guerreros. Al terminar el último partido Isiah Thomas había buscado a Kevin McHale entre la multitud para darle las gracias por tantos años de rivalidad y lucha. Jack McCloskey y Chuck Daly habían construido una joya de orfebrería en delicado equilibrio, y cuando se descompensó la caída fue tan rápida como brutal. Varios jugadores, en particular Isiah, se estaban desmoronando físicamente; otros como Salley y Edwards querían más dinero; Mark Aguirre había empezado con sus paranoias de vestuario, y buena parte de la plantilla no aguantaba más los gritos de Thomas y Laimbeer. Se rumoreaba que Chuck Daly iba a aprovechar la excusa de su nombramiento como entrenador de la selección olímpica para dimitir del club, al darse cuenta de que Dennis Rodman era el jugador menos problemático en esos momentos.

Sin embargo, eso no significaba que los Bulls llegaran a la final de conferencia esperando que les entregaran el triunfo en bandeja. En realidad, Phil Jackson había copiado muchos de los trucos de los Pistons en años anteriores y, al igual que ellos, llevaba todo el año preparando el enfrentamiento. Primero se habían asegurado el liderato de la conferencia Este y con él la ventaja de campo, y después le habían enviado a la liga un vídeo recopilando las acciones menos deportivas de los jugadores de Detroit. Se decía que David Stern, comisionado de la NBA, estaba cansado del juego sucio de los Pistons y había dado instrucciones a los árbitros para sancionarlo con más severidad. Finalmente, los Bulls habían desarrollado su propia estrategia defensiva para ahogar a sus rivales, basada en la presión sobre el balón y en la combinación de altura, fuerza y velocidad de Jordan, Pippen y Grant, que les permitía salir al dos contra uno en el perímetro y recuperar sobre su hombre, o cambiar automáticamente en defensa sin miedo de

quedarse con un emparejamiento desventajoso. Algunos equipos pensaban que desde la marcha de Mahorn a los Sixers, los Pistons ya no eran el equipo más físico de la liga sino que habían sido reemplazados por los Bulls de Bill Cartwright y sus codos de la muerte. La cita elegida por Phil Jackson era de Ernst Jung: “La perfección sólo es posible para Dios. Nosotros esperamos la excelencia”. Antes de empezar la serie preparó una sesión de vídeo con un montaje de jugadas y escenas de cine como hacía Johnny Bach, pero en lugar de usar una película de guerra recurrió a *El mago de Oz*. Al principio los jugadores se rieron al ver errores suyos intercalados con escenas del Espantapájaros, el Leñador de Hojalata o el León Cobarde, hasta que captaron el mensaje. “Nos está diciendo que no tenemos cerebro, ni corazón, ni valor”, resumió Paxson.

Michael Jordan estaba convencido de que el talento para ganar ya había estado en el equipo la temporada anterior, pero les había faltado valor para plantar cara. Estaba decidido a que no se repitiera, y desde el salto inicial empezó un intercambio de codazos y empujones con Joe Dumars destinado a marcar su territorio. Antes de terminar el primer cuarto se había encarado además con Rodman y Aguirre, y cuando anotó una bandeja con personal de John Salley le señaló con el dedo: “¡Taponá esa, perra!”. Bill Laimbeer podía tener un aspecto aún más amenazador de lo habitual con la máscara que protegía su fractura en el pómulo, pero cuando Paxson quedó emparejado con él en un cambio defensivo y logró robarle el balón quedó claro que los Pistons habían dejado de ser los matones de la liga. Detroit protestaba la permisividad arbitral para con los contactos de los locales, quién lo hubiera imaginado, y Daly se veía obligado a tirar del banquillo para que Vinnie Johnson y Mark Aguirre frenaran la escapada de Chicago. Jordan se fue al descanso con 15 puntos, pero no consiguió anotar en el tercer cuarto y Aguirre empató el partido. Incluso entonces los intentos de los Pistons por abrir una brecha en la confianza de los Bulls fracasaban lastimosamente. “¡Nadie puede pararme!”, exclamaba Aguirre. “¡Voy a ir a por ti en el aparcamiento y te voy a matar!” Pero Scottie Pippen sólo se reía. Con sólo dos puntos de ventaja al comenzar el último cuarto, Phil Jackson tomó la arriesgada decisión de apostar por la segunda unidad. Los suplentes habían estado jugando tan mal que cuando John Bach intentó recopilar una selección de sus mejores jugadas para motivarlos

antes de la eliminatoria, tuvo que dejarlo por imposible. Sin embargo, Jackson opinaba que no podrían ganar sin que la segunda unidad fuera capaz de dar un respiro a los titulares, y empezó el último cuarto con Horace Grant más Armstrong, Hodges, Levingston y Perdue. Sorprendentemente, Cliff Levingston tomó el mando del partido. Había desaparecido de la rotación y no esperaba volver a jugar en lo que quedaba de *playoff*. “Ni siquiera me dieron minutos contra los Sixers”, reflexionaba, “a pesar de que todo el mundo sabe que no bloquean el rebote”. Pero la noticia de que Toni Kukoc había firmado un contrato con la Benetton en Italia le abría la posibilidad de seguir en los Bulls un año más, y cuando salió a la cancha se puso a defender a Mark Aguirre con intensidad y a aportar canastas en los momentos candentes del partido. Los suplentes abrieron una brecha de nueve puntos y los titulares regresaron para asegurar la victoria por 94-83. Michael Jordan terminó con sólo 7 puntos en la segunda parte, y en el vestuario se dirigió a todo el equipo: “Gracias por guardarme las espaldas hoy”. Cuando la prensa le preguntó por su 6 de 15 en tiros y sus 6 pérdidas de balón, contestó “esta vez fui yo el que tuvo una jaqueca”.

Curiosamente, la victoria de los Bulls se vivió como una buena noticia para los Pistons. Desde su punto de vista, jugando en Chicago contra un rival más descansado y con una mala actuación de su quinteto titular, Detroit había aguantado hasta el último cuarto y no había cedido grandes diferencias en el marcador. Estos Bulls seguían siendo los mismos Bulls de siempre, pensaban, y aún les faltaba instinto asesino. Por lógica, en Chicago no estaban de acuerdo, y creían que vencer a los Pistons sin un buen partido de Jordan era la señal de que su hora había llegado. Michael Jordan recibió el trofeo del MVP de la temporada justo antes del segundo partido, y aprovechó para convertirlo en una celebración del grupo pidiendo a sus compañeros que subieran con él al estrado. La época en la que le podía hacer auténtica ilusión un premio como ése quedaba atrás y a estas alturas prefería aprovecharlo para recordar la necesidad de un esfuerzo colectivo para alcanzar el triunfo real en la cancha. Los Pistons empezaron el partido buscando a Joe Dumars saliendo de los bloqueos e intentando presionar la subida de balón, pero fueron perdiendo terreno casi inmediatamente. Phil Jackson usaba cada vez más a Scottie Pippen para subir el balón, y en este partido esa responsabilidad pasó a ser suya en

exclusiva. En el pasado los Pistons habían aprovechado su superioridad física para abrumar a Paxson y Armstrong, obligando a Jordan a bajar a por el balón; pero con Pippen haciendo de tercer base la presión ya no era efectiva y amenazaba con desestabilizar la defensa. Esta vez fue Pippen el que permaneció en cancha cuando entró la segunda unidad, y de nuevo fueron los suplentes quienes rompieron el partido. Los Pistons tuvieron que soportar la humillación de ver a Levingston derribar a Salley en un bloqueo para que Perdue machacara, y que hasta Will Perdue les mojará la oreja era más de lo que podían soportar. La reacción de Detroit fueron tres faltas flagrantes, y Dennis Rodman terminó encarándose con Pippen después de anotar un triple improbable. Daba igual; Jordan aseguró el partido en el tercer cuarto y los Bulls ganaron por 105-97.

A los Pistons sólo les quedaba aferrarse a la mística del Palace, que quizás no tuviera la fama del Boston Garden pero había sepultado las esperanzas de los Bulls en el pasado. John Salley intentó provocar a Jordan a través de la prensa como otras veces: “Se cree que como es el mejor jugador del mundo, los demás vamos al partido a quedarnos mirando”, declaró. “Nuestro estilo de juego es intenso y será más intenso el domingo. Va a ser uno de los partidos más intensos que se hayan visto.” Pero los Pistons ya no podían refrendar sobre la cancha sus bravatas, y los Bulls lo sabían. De nuevo empezaron el partido en ventaja y distribuyendo la anotación, y otra vez Chuck Daly tuvo que tirar del banquillo para que la distancia no se hiciera insalvable. El orgullo de los campeones espoleaba a los Pistons a una remontada tras otra, pero los Bulls no se descomponían ni cedían el control del juego. “Cuando remontábamos el año pasado, Michael empezaba a gritarle a los demás y terminaban enfrentados”, tuvo que reconocer Salley. “Pero este año tienen más confianza y no se pasan el tiempo esperando a que Michael los rescate.” Jordan no olvidaba que el único peligro era que los Bulls perdieran la concentración y se derrotaran a sí mismos, y procuraba estar al quite en todo momento. “No les dejes ver que te duele”, le dijo a Grant cuando éste recibió una falta particularmente dura. “No te toques. No te quejes. Levántate como si nada.” Grant asintió: “Creo que cuando mantenemos la compostura, les puede la frustración”. Los Pistons seguirían luchando hasta el final, apostando por un equipo pequeño con Thomas, Dumars, Johnson y Aguirre a la

vez que los puso a cinco puntos a falta de dos minutos, pero en términos baloncestísticos los Bulls eran superiores. Vinnie Johnson metió la mano para robar un balón y Aguirre se tiró al suelo para cogerlo y lanzar el contraataque, pero en la jugada que mejor ilustraría la eliminatoria un Michael Jordan gigantesco logró frenar un 3 contra 1, provocar un tiro forzado, capturar el rebote y sentenciar el partido. No sólo habían tomado una ventaja en la eliminatoria de 3-0, virtualmente imposible de remontar y que amenazaba con la “barrida”, sino que los Pistons estaban teniendo que asumir la derrota inevitable. “Creo que ha sido su último cartucho”, resumió Phil Jackson.

El cuarto partido llegó con aire de puro trámite. A los Pistons les escocía pero se veían incapaces de cambiarlo, y los Bulls ya pasaban a considerar el camino recorrido y lo que les quedaba por delante. Contestando a los periodistas, Jordan reflexionaba sobre la relación con sus compañeros: “Esto es un negocio, y en un negocio no tienes que llevarte bien con todo el mundo, sino ser capaz de trabajar con ellos. Esta temporada hemos sido capaces de diferenciar ambas cosas y mantenernos concentrados en nuestro objetivo deportivo”. ¿Y sobre las capacidades de Jerry Krause como gerente? “Es posible que tenga que reconsiderar mis palabras”, admitió. “Es posible que me las tenga que comer con patatas.” Sin embargo, las frases que llegaron a las portadas se referían a los Pistons: “La gente se alegra de que este deporte vuelva a ser más limpio y se acabe lo de los *bad boys*”. Jordan se presentaba a sí mismo y a los Bulls como una fuerza redentora que venía a rescatar a la NBA de las garras de los Pistons, y Detroit sólo podía reaccionar de manera antideportiva. El cuarto partido se vio constantemente interrumpido por roces y enfrentamientos provocados por el equipo local, especialmente un desquiciado Dennis Rodman que tuvo numerosos choques con Scottie Pippen. El incidente más grave se produjo a mediados del segundo cuarto, cuando Pippen anotó una penetración y al caer Rodman lo empujó fuera de la cancha. “Aquí no queremos maricones y él es un maricón”, gritó Rodman. “La próxima vez lo tiraré más fuerte y ya veréis si me importa.” Los compañeros de Pippen le insistían en que lo ignorara y siguiera jugando, pero ya no hacía falta. “Está loco. No me había dado cuenta antes, y he sido un tonto por dejar que me afectara”, había comentado antes del partido. “Creo que tiene problemas mentales y necesita ayuda. En serio.”

Al terminar la eliminatoria, más de uno se planteaba si Rodman era el único que necesitaba ayuda. De manera inexorable, los Bulls se fueron distanciando en el cuarto partido sin que los Pistons pudieran impedirlo, y con 25 puntos de ventaja a falta de cuatro minutos y medio Chuck Daly empezó a sentar a los titulares para admitir la derrota. Fue un momento emotivo, con Isiah Thomas abrazando a cada uno de sus compañeros con el público de Detroit puesto en pie y un Jack McCloskey al que se le saltaron las lágrimas en el túnel de vestuarios. Desgraciadamente, eso sólo sirvió para resaltar todavía más la bochornosa manera en la que el equipo de los Pistons abandonó la pista cuando aún se estaban jugando los últimos segundos del partido, negándose a saludar a los Bulls. La intención original de Isiah Thomas había sido coger un micrófono para agradecer al público de Michigan su apoyo durante los dos campeonatos, pero Chuck Daly consiguió hacerle cambiar de idea. Isiah se había metido en problemas varias veces debido a su propensión a expresarse de manera confusa o maliciosa delante de los micrófonos, y el mismo jugador procuraba evitarlos por su propio bien. Sin embargo, Daly no pudo evitar que Isiah y Laimbeer convencieran a sus compañeros para retirarse sin saludar a los rivales, ante la completa estupefacción de un Michael Jordan que no entendía qué estaba pasando. Especialmente doloroso fue ver cómo Lance Blanks se marchaba al vestuario como los demás, dejando atrás a quienes como Chuck Daly y John Salley sí se quedaron a saludar a los de Chicago. “MJ había venido a estrecharme la mano y darme un abrazo tres años seguidos después de que los elimináramos”, declaró Joe Dumars. “De ninguna manera iba a irme sin estrechar la mano de los Bulls.” Blanks y Jordan se conocían desde hacía años de coincidir en el campamento de verano de Fred Whitfield, y aunque Jordan entendía que como novato había cedido a la presión de los veteranos del equipo, aún así le pareció una traición y la vengó al verano siguiente, cuando fue a por él en el campamento y le metió 45 puntos en un partidillo.

En cualquier caso, la retirada de los Pistons provocó una auténtica tormenta en la NBA y algunos medios llegaron a pedir el cese de Chuck Daly como seleccionador olímpico argumentando que ese incidente demostraba su incapacidad para controlar a un vestuario repleto de egos. Mientras, los Bulls celebraban su victoria en el avión de vuelta a Chicago, con Jerry Krause

bailando en el pasillo central mientras los jugadores le aclamaban: “¡Vamos, Jerry, menéate!”. Aunque no era el momento de pensar en eso, el ansia de Krause de formar parte del equipo le llevaba a situaciones que erosionaban el respeto que más tarde necesitaría para tratar con los jugadores. A pesar de la celebración, la victoria en la final de la Conferencia Este llevaba a pensar inmediatamente en la final de la NBA contra el campeón de la Conferencia Oeste, a priori los Portland Trail Blazers. Portland venía de ser finalista el año anterior y había conseguido el mejor récord de la liga, por lo que muchos creían que era su momento. Después de su eliminación, Charles Barkley había asegurado que los Bulls llegarían a la final de la NBA, pero serían derrotados por unos Blazers que eran “el mejor equipo del mundo”. Michael Jordan no estaba de acuerdo. Prefería a los Lakers, ya que así tendrían el factor cancha a favor, pero además creía que el juego de Portland era poco inteligente. “Creí que el fichaje de Ainge les ayudaría en ese aspecto, pero no ha sido así.”

Por tanto, no fue una sorpresa completa que Los Angeles Lakers eliminaran a los Blazers en seis partidos y se clasificaran para una final que enfrentaría a Michael Jordan contra “Magic” Johnson y decidiría si había llegado el momento de pasar la antorcha a la siguiente generación. De ello sería testigo Mike Dunleavy, que parecía poseer el don de estar presente en los momentos definitorios de la carrera de Michael Jordan: como jugador, Dunleavy se había enfrentado a Jordan durante la preparación de los JJ.OO. de 1984, había estado en su primera gran actuación como *rookie* y formaba parte de los Bucks durante su primera victoria en *playoffs*. Ahora era el entrenador que había conseguido devolver a los angelinos a la final, después de una temporada difícil. A pesar de que buena parte de la prensa seguía usando el término *showtime* para describir a los Lakers, su juego recordaba poco al de la era dorada con Pat Riley. Ya no eran un equipo joven y veloz, así que Dunleavy había buscado su reconversión a un estilo basado en el poderío interior que ofrecía mayores posibilidades de éxito en *playoffs*. Con el fichaje de Sam Perkins y el progreso de Vlade Divac, los Lakers eran un equipo claramente desequilibrado, ya que acumulaban hasta seis jugadores de calidad para rotar en las tres posiciones interiores de tal forma que hasta les costaba encontrar minutos para Elden Campbell, un *rookie* que tendría una carrera de 14 años como titular en la NBA. Esa potencia física combinada con la experiencia de

un equipo campeón los convertía en favoritos para muchos analistas, como su antiguo entrenador Pat Riley, que como comentarista afirmaba que era muy difícil que se vieran superados por un rival que no sabía lo que era jugar una final. Los Chicago Bulls pensaban que esa opinión ignoraba los años de experiencia luchando a brazo partido contra los Pistons en final de conferencia, y además otros analistas señalaban que se pasaba por alto la vulnerabilidad del perímetro de los Lakers. “Magic” aún era “Magic”, pero Byron Scott se estaba convirtiendo rápidamente en un tirador unidimensional y el banquillo ofrecía poca ayuda: el base suplente Larry Drew se había derrumbado físicamente y el fichaje de Terry Teagle había resultado un completo fracaso. El juego de “Magic” y la movilidad de James Worthy era los únicos eslabones que conectaban al perímetro con el juego interior, y Worthy llegaba con una inoportuna lesión de tobillo que podía sentenciar la final.

“Magic” Johnson era el rival deseado por Michael Jordan. Era su referente, el gran dominador de la década de los ochenta que poseía lo que él ansiaba conseguir. Se habían repartido los últimos cinco galardones de mejor jugador de la NBA, pero no podía compararse con los títulos que sumaba “Magic”. Ya habían quedado atrás las rencillas entre ambos, y “Magic” había despedido al Dr. Tucker precisamente para elegir a un agente que supiera sacar mejor provecho de su fama. La final que los iba a enfrentar suponía la culminación del ascenso de la NBA como espectáculo televisivo, que había pasado de emitirse en diferido en 1980 (el año que “Magic” consiguió su primer anillo) a ocupar el horario estrella del fin de semana. Con un simbolismo fácil de interpretar, la cabecera de la NBA presentaba a “Magic” sacando un balón de un sombrero de mago y lanzándoselo a Larry Bird, que a su vez se lo pasaba a Michael Jordan. El anuncio de la presencia de las estrellas profesionales en los Juegos Olímpicos que se iban a celebrar en 1992 había disparado la atención internacional, y ni siquiera los Lakers habían experimentado jamás una atención de los medios como la que rodeó a la final de la NBA de 1991.

El primer partido respondió a los estereotipos que habían marcado la carrera de ambos jugadores, como si no hubiera sucedido nada desde 1986. Michael Jordan sumaba canasta tras canasta, manteniendo en el partido a unos

Bulls inseguros en los que sólo Pippen parecía capaz de anotar. Mientras, “Magic” dominaba el ritmo, pasando minutos sin lanzar a canasta y asistiendo a sus compañeros con soltura. Byron Scott no podía frenar a Jordan en ningún momento a pesar de un esfuerzo defensivo que le pasaba factura en ataque, pero el triple poste de Worthy, Perkins y Divac dominaba la zona. Dos triples de “Magic” al final del tercer cuarto dieron una mínima ventaja a Lakers, que Jordan remontó en el último. “¿Qué es esta mierda de uno contra uno?”, bramaba Phil Jackson. “¡No os salgáis de la jugada!” Los Bulls aún llevaban dos puntos de ventaja y posesión en el último minuto, pero Jordan falló el tiro y en el siguiente ataque “Magic” dio un pase cruzado a un Sam Perkins solo que anotó el triple que ponía a Lakers por delante. Jordan tuvo el último balón para la canasta decisiva y consiguió quebrar a la defensa para tener un tiro en apariencia cómodo. Se parecía al que anotó contra Georgetown, y también a *The Shot*, pero esta vez se salió de dentro cuando parecía hecho. Los Bulls habían perdido la ventaja de campo.

Michael Jordan estaba furioso con quienes había dado en llamar su *supporting cast* (“reparto” o “secundarios”), especialmente con un Paxson que había fallado varios tiros claros. Sentía que una vez más le habían dejado solo en el momento de máxima intensidad, aunque tampoco podía protestar demasiado, ya que era él quien había fallado los dos últimos tiros. Pippen, convertido en el portavoz no oficial del resto de la plantilla, destacaba la dificultad de entrar en juego cuando la estrella acaparaba tanto balón, pero lo cierto era que casi todos los jugadores habían pasado desapercibidos. Los Lakers estaban convencidos de haber logrado una victoria decisiva, al imponer su ritmo lento de juego y robar el factor cancha a la primera ocasión. No habían logrado detener a Michael Jordan (36 puntos, 12 asistencias, 8 rebotes) pero se había impuesto su juego interior, y si la final se convertía en un monólogo de Michael contra Lakers entonces tenían muchas posibilidades de ganar todos sus partidos en casa. Los Bulls tenían una opinión bastante diferente: dijera lo que dijera la prensa, habían hecho un mal partido y aun así sólo un triple final y un fallo poco frecuente de Jordan les habían privado de la victoria. Además, las mismas circunstancias de la derrota hacían pensar a Phil Jackson que sus jugadores no tendrían más remedio que llegar a las mismas conclusiones que él, y aceptar que Jordan debía recurrir a sus compañeros y

éstos responder a su confianza. La película que había elegido para las sesiones de vídeo era una miniserie televisiva llamada *El Guerrero Místico*, en la que un jefe sioux intentaba usar sus poderes mágicos para salvar a su tribu del futuro incierto que la acechaba y que sólo podrían evitar trabajando juntos.

Con el apoyo de Tex Winter, Johnny Bach sugirió un ajuste defensivo. “Magic” Johnson había leído perfectamente los dos contra uno que intentaban hacer los Bulls, pero en general todos los jugadores de los Lakers eran capaces de postear a sus defensores y luego doblar el balón si llegaba la ayuda. Bach creía que los Blazers habían obtenido mejores resultados cuando hicieron que las ayudas vinieran por la línea de fondo en lugar de la parte alta de la zona, porque pillaban por sorpresa a los atacantes, y propuso que los Bulls hicieran lo mismo. Pero el ajuste más significativo fue en el marcaje a “Magic”. Jackson se había dado cuenta de que cada vez que lo sentaban su equipo se desmoronaba y encajaba parciales muy negativos. “Creo que tenemos más respuestas cuando sentamos a Michael de las que tienen ellos cuando sientan a Magic”, opinaba, lo cual era particularmente preocupante para Los Ángeles porque su estrella venía de una serie muy dura y no se sabía cuánto podría resistir una defensa de desgaste. La decisión de poner a Scottie Pippen a marcar a “Magic” en lugar de Michael Jordan fue una de las claves de la final, aunque no está claro hasta qué punto fue algo deliberado o accidental. Posteriormente Phil Jackson ha declarado que fue una solución de circunstancias provocada por las dos faltas rápidas que cometió Jordan en el primer cuarto del segundo partido, y que su éxito fue una relativa sorpresa. Sin embargo, Jackson ya había mencionado esa posibilidad durante los entrenamientos, ya que temía que pedirle a Michael Jordan que fuera el referente ofensivo y el defensor principal de la estrella rival iba a ser demasiado. De hecho, hubo un momento del primer partido en el que Jordan pidió el cambio por agotamiento, algo inaudito en él especialmente cuando el equipo venía de tener varios días de descanso, lo cual reforzaría esta opinión. Pero Scottie Pippen se había cargado de faltas en ese primer partido y habría obligado a retrasar su aplicación.

Los Bulls empezaron el segundo encuentro de manera muy diferente. Jordan había anotado 15 puntos en el primer cuarto del partido anterior, pero esta vez sólo tiró dos veces a canasta y prefirió meter balones interiores a

Cartwright y Grant. Horace Grant había descartado las gafas durante la primera ronda contra los Knicks, ya que Oakley se las movía durante la lucha por el rebote, pero en Detroit habían visto que John Salley había usado unas gafas de otro modelo que parecían ofrecer mejor sujeción y más visibilidad. Grant decidió darles una oportunidad en este partido y terminó el primer cuarto como máximo anotador de su equipo. Fue en ese cuarto cuando Jordan se cargó con dos personales y Phil Jackson optó por introducir en el partido a Cliff Levingston en lugar de Paxson. Levingston había defendido bien a Worthy, y pudo liberar a Pippen para encargarse de “Magic”. El resultado fue inmejorable y la estrella de los Lakers se vio totalmente superada por el marcaje del alero de Chicago. Le costaba recibir el balón, no obtenía ventajas al poste y cuando intentaba forzar el tiro no lograba encestar. Mientras, los Bulls ofrecían un juego sencillo y efectivo de cortes y pases, y anotaban canasta tras canasta con un acierto inusual. Los Lakers consiguieron remontar fugazmente cuando Jordan se tomó un respiro, pero en la segunda parte los locales abrieron brecha sin misericordia liderados por un Michael Jordan infalible. Los Bulls anotaron 38 puntos con una serie de 17 de 20 en tiros de campo en el tercer cuarto y batieron varios récords en una final: más del 60% de acierto para todo el equipo y más del 70% los titulares, con Jordan anotando trece canastas seguidas sin fallo y Paxson terminando con 8-8. Con 25 puntos de ventaja en el último cuarto Jordan coronó su actuación con la canasta que definiría su primer campeonato, una penetración a pase de Levingston con cambio de mano para convertir un mate en bandeja cuando ya estaba descendiendo. En realidad, era una jugada muy habitual para Michael Jordan, sobre todo en la primera etapa de su carrera, cuando su juego dependía más de las penetraciones, pero repetirla en la final y especialmente en medio de una exhibición de superioridad la convertía en todo un símbolo. Las numerosas cámaras de la NBC ofrecieron infinitas repeticiones desde todos los ángulos, mientras Jordan terminaba el partido levantando los puños tras cada canasta o dedicándosela al banquillo visitante. Mike Dunleavy tuvo que ser contenido por sus asistentes para evitar que se encarara con él, y también Scott mostró su desagrado tras el partido: “Eso no se hace cuando aún queda tanta final”. Jordan intentó quitar hierro a la situación: “No les dije nada ni les señalé. Sólo quería motivarme y mostrar mi alegría”.

Probablemente estaba pensando que al igual que los Pistons en la eliminatoria anterior, los Lakers podían gruñir todo lo que quisieran, pero se veían incapaces de respaldar sus palabras con hechos. “Da igual perder por uno que por veinte, seguimos 1-1”, declaró Magic, pero la superioridad exhibida por los Bulls en el segundo enfrentamiento sugería un final prematuro para la serie. Reconocido como uno de los factores fundamentales del éxito de su equipo, Scottie Pippen por fin podía sentir que había dejado atrás el “partido de la jaqueca”, y algunos aficionados opinaban que hacía mucho tiempo que no se veía una final en la que un entrenador dominara con tanta claridad al otro. Phil Jackson tuvo la fortuna añadida de encontrar el libro de jugadas de los Lakers, olvidado en el banquillo después del segundo partido, y aunque no contenía información que no supieran ya (los Bulls estudiaban tanto las jugadas de los rivales que a veces los provocaban explicándoselas durante los partidos: “Venga, que tienes que cortar para poner el bloqueo”), sí proporcionaba una mayor sensación de seguridad y aumentaba la imagen de descontrol del equipo de Dunleavy.

El mayor halago que se le ocurrió a “Magic” Johnson para describir el primer partido fue que “estuvo casi a la altura de las expectativas”. Eso fue en Chicago, y creían haber llegado al tope de atención de los medios. Y entonces viajaron a Los Ángeles. Con Hollywood a tiro de piedra ambos equipos descubrieron lo que era estar saltando permanentemente de una televisión a un periódico o a una revista extranjera. Michael Jordan tuvo que recluirse en su habitación de hotel, donde jugaba interminables partidas de cartas con sus amigos, entre los que se encontraban el periodista Ahmad Rashad...y el íncito Leroy Smith. Smith vivía en California y mantenía contacto con Jordan, pero quizás también influyera que a éste le apetecía recordar el camino recorrido hasta la final de la NBA. Aunque algunos de sus compañeros se sintieron molestos al ver que se les negaban entradas para sus familiares mientras Jordan las recibía por docenas, esas minucias ya no podían alterar el ambiente del vestuario. Especialmente cuando se supo que Disney se había puesto en contacto con las estrellas de los dos equipos para que el campeón pronunciara la típica frase publicitaria “ahora me voy a Disneyworld”, y Jordan había puesto como condición que sus compañeros formaran parte del anuncio. Además, el fichaje de Kukoc por la Benetton hacía innecesario seguir

manteniendo espacio salarial para él y Krause por fin había firmado la extensión del contrato de Pippen. Incluso la renovación de Paxson parecía asegurada, algo impensable pocos meses antes, y sus compañeros bromeaban imitando el sonido de una caja registradora cada vez que anotaba una suspensión: “¡Ker-ching! ¡Cien mil dólares más al año!”.

Eso no significaba que los Bulls estuvieran vendiendo la piel del oso antes de cazarlo. Phil Jackson pretendía atacar el aro con más decisión para corregir el desequilibrio en tiros libres, muy favorable a Lakers, y así fue. El tercer partido fue un mano a mano entre “Magic” y Jordan, apoyados por Worthy y Grant respectivamente, que llegó igualado al descanso debido a las pérdidas de balón de los Bulls. A pesar de su estatura, los Lakers no eran un equipo que destacara por el dominio del rebote y Chicago estaba sacando provecho de ello, pero las pérdidas les impedían tomar ventaja. Y en el tercer cuarto pareció que se iba a repetir la historia del partido anterior, pero esta vez con los Bulls como sujetos pasivos. Vlade Divac se había convertido en la revelación de la final gracias a su movilidad y manejo de balón, y al comenzar la segunda parte “Magic” empezó a conectar una serie de asistencias que el entonces yugoslavo encestababa sin fallo. Los Bulls no encontraban respuesta a esa jugada, así que Jordan y Pippen decidieron intercambiar sus asignaciones defensivas, ya que durante el segundo cuarto Pippen había logrado que “Magic” apenas tocara el balón. El resultado fue desastroso, ya que los Lakers habían anticipado esa respuesta y buscaron reiteradamente a Divac para que explotara su superioridad sobre el marcaje de Jordan al que le sacaba la cabeza. Phil Jackson no podía creer que sus jugadores estuvieran realizando cambios defensivos sobre la marcha: “¿Qué demonios estáis haciendo?”. Lo cierto era que no encontraban la manera de frenar a los Lakers, que amenazaban con romper el partido con un 12-0. Pero en el último cuarto el desgaste empezó a hacer mella en los locales. Worthy fue incapaz de levantarse en un contraataque con un tobillo que empeoraba por momentos y “Magic” boqueaba intentando tomar aire. Más jóvenes y más descansados, los Bulls llegaron con fuerza a la recta final y empataron el partido a pesar de una actuación no más que correcta de Jordan. El héroe inesperado fue Cliff Levingston, que ya había jugado buenos minutos en la primera parte y volvió a salir para aportar defensa, rebote e incluso unos puntos que valían su peso en

oro. Phil Jackson pudo permitirse el lujo de sentar brevemente a Jordan a falta de cuatro minutos, a pesar de que el partido seguía igualado con unos Lakers que se negaban a perder. Si la historia hubiera sido diferente, quizás la canasta que habría terminado en todas las promos televisivas y vídeos recopilatorios hubiera sido la de Divac a falta de diez segundos con su equipo uno abajo: después de un fallo de Jordan, Divac completó una penetración accidentada con canasta más tiro adicional por la sexta personal de Pippen. La imagen de la final pudo ser la del pívot de Los Ángeles con las manos a la espalda, acercándose a “Magic” para recibir su abrazo. Lo tuvo en la yema de los dedos, cuando saltó al tiro final de Jordan y por un momento pareció que lo iba a taponar. Los Bulls habían optado por sacar de fondo para darle a Michael Jordan tiempo y espacio de leer la defensa, y esta vez no falló a pesar de que el tiro era en apariencia más difícil que el del primer partido. Prórroga, y en la prolongación no hubo color: los Lakers terminaron derrumbándose físicamente y Jordan anotó seis puntos para devolver la ventaja de la eliminatoria a Chicago. “In your face, Arsenio!”, remató Levingston dirigiéndose a Arsenio Hall, el famoso presentador de televisión sentado en primera fila.

La final ya tenía un ganador, y ambos equipos lo sabían. Los Lakers habían agotado todos sus recursos en ese tercer partido y no había sido suficiente. “Jugamos bastante bien, pero cuando juegas contra Michael no basta con jugar bastante bien”, resumió Worthy. Sabían que su resistencia iría a menos por el cansancio, y en el fondo ya sólo aspiraban a evitar que Chicago ganara el campeonato en el Forum de Inglewood. Sus postes chocaban contra las ayudas defensivas de los Bulls cada vez que pivotaban hacia la zona y la presión sobre el balón les hacía perder preciosos segundos de posesión. En el pasado, Celtics y Sixers habían derrotado a los Lakers colocando a Dennis Johnson o Andrew Toney a marcar físicamente a “Magic”, pero ninguno de ellos poseía el tamaño, la fuerza o la velocidad de Jordan y Pippen. Para abrir espacios interiores, Byron Scott había quedado como un tirador exterior en estático, así que Paxson podía pegarse a él confiado en que no penetraría. Mike Dunleavy tomó la medida desesperada de programar un entrenamiento a puerta cerrada justo antes del cuarto partido, y Phil Jackson lo consideró un reconocimiento implícito de su impotencia. Cuando un entrenador recurre a esos trucos,

pensaba, es porque sabe que va a perder y quiere dar la imagen de haberlo intentado todo.

La única preocupación de los Bulls era la sobreconfianza y el estado del pie de Michael Jordan. Es decir, las dos únicas preocupaciones. Jordan no había caído bien después de la canasta que mandó el tercer partido a la prórroga, y un dedo del pie derecho le dolía tanto que en un principio temió habérselo roto. El dolor remitió durante el tiempo extra, y aunque era una molestia los Bulls exageraron su trascendencia para usarlo de excusa para que Jordan se ausentara de una rueda de prensa obligatoria (que el jugador sustituyó por 36 hoyos de golf, demostrando la gravedad de su lesión). Michael Jordan comenzó el partido con una zapatilla a la que le habían recortado un trozo para reducir la presión sobre el dedo, pero al poco de comenzar prefirió volver a un modelo “completo”, ya que le ofrecía mejor agarre. Sus gestos de dolor fueron inconfundibles cuando aterrizó sobre el pie derecho después de un espectacular mate sobre Sam Perkins, pero no le impidieron liderar a su equipo con 28 puntos y 13 asistencias. Un último esfuerzo reboteador mantuvo a los Lakers en el partido, pero en cuanto “Magic” se tomó un respiro se vinieron abajo definitivamente. Esta vez fue el turno de Scott Williams para salir del banquillo y aportar minutos de calidad, aunque no eran momentos fáciles para el *rookie*. Sus padres habían muerto a poca distancia del pabellón y a veces salía al balcón del hotel para quedarse mirando en silencio hacia su antiguo barrio, pero salió en el segundo cuarto a colaborar en una gran defensa sobre Perkins, que estaba siendo uno de los pocos aspectos positivos para los Lakers. Con Worthy empeorando por momentos y Scott avasallado por Jordan, la mala actuación de Sam Perkins (1/15 en tiros) terminó de hundir a su equipo a pesar de los esfuerzos de “Magic”. “¡Vamos! ¿Es que nadie más quiere jugar?”, gritaba a sus compañeros. Al salir del descanso, Jordan animaba a los suyos: “Magic se está peleando con los demás. ¡Ya los tenemos!”. Y así era; los Lakers anotaron sólo 14 puntos en el tercer cuarto y se pusieron 16 abajo. Los Bulls ganaron por un contundente 97-82, y el público local terminó aplaudiendo a Michael Jordan cuando se fue a la grada persiguiendo un balón suelto con el resultado ya decidido.

“Estamos en una zanja, no en un hoyo”, admitió Dunleavy. “Soy realista,

esto es lo que está pasando y tengo que aceptarlo”, declaró “Magic”. “No estoy enfadado. Simplemente nos han dado una paliza de las palizas de toda la vida.” Michael Jordan intentaba jugar la carta de la modestia (“No esperábamos dominar así a un equipo del nivel y la historia de los Lakers”), pero de puertas para adentro mostraba sus auténticos sentimientos. “Es el último entrenamiento de la temporada. Hagámoslo bien”, dijo a sus compañeros antes del quinto partido. Y al subir al autobús que los llevaría al estadio: “Buenos días, campeones”. Sin embargo, en el vestuario antes de saltar a la cancha Jordan experimentó una punzada de esas dudas que aparecen cuando uno se ve por fin tan cerca del éxito. “Estoy nervioso”, admitió. “¿Debo tirar? ¿Debo pasar? No sé qué hacer.” Para la mayor parte de los analistas esas dudas carecían de base. “Magic” Johnson seguía intentando apelar a la épica para impedir que un rival celebrara el título en casa de los Lakers, pero cada vez estaba más solo. El estado de James Worthy había empeorado y sería baja para el quinto partido, y para colmo Byron Scott también se había lesionado y no podría jugar.

Los Bulls habían dominado a los Lakers cuando contaban con todos sus efectivos y sólo habían perdido dos partidos en todo el *playoff* (ambos por triples en los últimos segundos), así que era pan comido. Sin embargo, los nervios les jugaron una mala pasada a Jordan y Pippen, que tuvieron un arranque poco inspirado y tuvo que ser Paxson el que mantuviera al equipo en los primeros minutos. Poco a poco se fueron entonando, y el marcador se mantuvo igualado con “Magic” camino de su segundo triple-doble de la final (con 20 asistencias). La gran sorpresa por parte de los Lakers fue el juego de los *rookies* Elden Campbell y Tony Smith, que salieron desde el banquillo para aportar minutos de calidad a pesar de no haber gozado de oportunidades en los partidos anteriores. En perspectiva fue un error de Dunleavy no probar a Tony Smith ni siquiera cuando Scott y Teagle tocaron fondo, ya que Smith no daba la imagen de futura estrella de la liga, pero sí ofrecía juventud y movilidad, dos atributos escasos en el perímetro de Los Ángeles. Phil Jackson había esperado que recurrieran a él para explotar el punto débil de la defensa de los Bulls: John Paxson podía cubrir el expediente marcando a tiradores estáticos como Scott o Teagle, pero cuando los Lakers vencieron a los Bulls en la fase regular Tony Smith le puso en muchos apuros. Gracias a la aportación

de Campbell y Smith el partido llegó igualado a los minutos finales, cuando Paxson sacó a relucir su sangre fría y anotó 10 puntos en los últimos cuatro minutos para darle a su equipo la victoria. Según Sam Smith, la aparición providencial de John Paxson fue el resultado de un tiempo muerto en el que Phil Jackson se encaró con un Michael Jordan que se había jugado varios tiros seguidos. “¿Quién está abierto?”, habría preguntado una y otra vez el entrenador hasta que Jordan tuvo que responder: “Pax”. Sin embargo, Michael Jordan negó posteriormente que esa conversación tuviera lugar, pero no la aportación de Paxson. “Siempre nos hemos comunicado bien en la pista, pero en la Final fue increíble. Siempre sabía dónde estaba en cuanto me hacían el dos contra uno.” Es posible que Smith haya exagerado algunos detalles para hacer la historia más dramática, pero hasta Jerry Reinsdorf declararía posteriormente que Krause consideraba ese momento como la cúspide de la carrera como entrenador de Phil Jackson. “Quiero que Paxson reciba el balón.”

Era lo de menos. Reinsdorf y Krause pasaron los últimos minutos del partido con David Stern en una salita junto al vestuario para estar preparados para la entrega del trofeo. Jerry Krause andaba de un lado para otro con el rostro congestionado y la respiración agitada como si le fuera a dar un jamacuco. “Sólo es un juego”, intentó tranquilizarle Stern. “No, no lo es”, respondió Krause. Por fin sonó la bocina del final del partido, y todos los miembros de los Chicago Bulls se amontonaron en su vestuario para celebrarlo. Pippen y Grant se abrazaron, repitiendo “¡Mil novecientos ochenta y siete!” (el año que habían sido *draftados*). “Siete años, siete largos años”, gritó Jordan. “Doce años, doce largos años”, respondió Cartwright desde el otro lado. Después de todo, la imagen de la final no sería el rectificado del segundo partido, sino las lágrimas de Michael Jordan abrazado al trofeo que lleva el nombre de Larry O’Brien. El público pudo ver más allá de la imagen cuidadosamente preparada de un jugador que no atendía a la prensa hasta estar completamente vestido, en una de las escasas circunstancias en las que Jordan exteriorizó sus emociones sin ningún disimulo. Rodeado por su padre y su esposa pero al mismo tiempo a solas, Michael Jordan lloraba con su cabeza afeitada reflejando la esfera dorada del trofeo. “Nunca había mostrado mis emociones tan públicamente, pero no me arrepiento.”

Chicago, 1991

Le pregunté qué podía hacer. Vivir la vida, me contestó.

La temporada 91-92 de la NBA giró alrededor de una noche de octubre de 1991, cuando “Magic” Johnson esperó a solas a que su mujer, embarazada, volviera a casa para contarle que era portador del VIH. El 7 de noviembre lo anunció públicamente en una rueda de prensa, pero antes llamó a varios amigos para contárselo personalmente. Entre esos amigos estaban sus tres antiguos rivales: Larry Bird, Isiah Thomas y Michael Jordan. Cada uno reaccionó a su manera, Bird en silencio, Isiah estallando en lágrimas y Jordan a punto de perder el control del coche que conducía cuando supo la noticia. Fiel a su naturaleza, tuvo que ser “Magic” el que consolara a sus amigos y no al revés. “Te quiero”, fueron las últimas palabras de Jordan antes de colgar. El baloncesto quedó en un segundo plano, oscurecido por la nube de noticias, informaciones y rumores sobre la situación médica del jugador, ya ex jugador de los Lakers. En 1991 pocos conocían la diferencia entre VIH y SIDA, que aún era una enfermedad mortal propia de heroinómanos y homosexuales, y su primera tarea fue una labor de información para explicar qué suponía la presencia del virus en su sangre, cómo lo había adquirido, qué efectos tendría en su salud, etcétera. Para Michael Jordan era no sólo que un amigo sufriera una grave enfermedad, sino que requería un ajuste mental para un jugador de la NBA acostumbrado a creerse físicamente invulnerable. De un día para otro, una enfermedad había atacado el cuerpo de uno de los mejores atletas del mundo, poniendo en peligro su carrera y su propia vida. ¿Quién podía seguir creyendo que estaba a salvo?

Desde otra perspectiva, la retirada de “Magic” por el VIH en 1991 sumada a la de Larry Bird en 1992 debido a sus problemas crónicos de espalda suponían el fin de una era. En el plazo de unos meses se retiraban las dos grandes estrellas del baloncesto estadounidense de los ochenta, que habían

sacado de las catacumbas a la NBA y la habían llevado al esplendor de los focos de la televisión. Las finales de la temporada pasada adquirirían así un valor simbólico añadido, el cambio traumático a una época nueva que Jordan aspiraba a definir, como Bird y “Magic” definieran la anterior. Ese “cambio de la guardia” se representó de manera deliberada en la composición del *Dream Team*, la selección olímpica estadounidense que acudiría a los Juegos de Barcelona’92 y que sería la primera en contar con jugadores procedentes de la NBA. El segundo gran tema que relegaría a los partidos de esta temporada a las páginas interiores de la prensa deportiva sería precisamente la plantilla que conformaría este *Dream Team*.

La presencia de jugadores NBA en las selecciones nacionales se aprobó pese a la oposición frontal del organismo federativo estadounidense responsable de la representación internacional, que poco después adquirió su denominación actual de USA Basketball. Estaba organizado como un comité dominado por representantes del baloncesto universitario que se había resistido a ser fagocitado por la NBA, y que tras el desembarco de los representantes de David Stern quedaba compuesto por una mezcla confusa de miembros de los diferentes estamentos del baloncesto estadounidenses. Por lo tanto, el proceso para gestar el llamado *Dream Team* sería largo y controvertido debido a la necesidad de armonizar intereses diversos. Había que determinar cuántas plazas se reservarían a jugadores universitarios, que algunos pretendían que llegaran a cinco; había que nombrar a un seleccionador nacional siguiendo criterios aún no acordados; había que elegir a los jugadores. Inicialmente se concluyó que los jugadores universitarios serían dos y que el entrenador debería poseer experiencia profesional para que lo respetaran las estrellas NBA. Don Nelson poseía contactos en Europa y Larry Brown tenía experiencia internacional, pero el elegido fue Chuck Daly, experto en lidiar con vestuarios repletos de egos.

Cuando el comité exploró voluntad de manera discreta, lo primero que averiguó fue que los jugadores se negaban en redondo a pasar cualquier tipo de prueba o preselección, ya que lo consideraban humillante, y que el compromiso con el equipo olímpico sería lo más breve posible, ya que el verano era para descansar y ganar dinero mediante apariciones publicitarias o campamentos de baloncesto, y no para entrenar. Eso era fácil de solucionar,

pero el auténtico problema era la firme negativa de dos jugadores básicos: Larry Bird, que consideraba que su espalda le impedía competir con garantías, y Michael Jordan, que necesitaba los veranos para sus labores de promoción y que ya poseía un oro olímpico. Posteriormente se sumó la incertidumbre sobre la situación de “Magic”, cuya enfermedad ponía en duda su participación. Durante meses el comité siguió dos líneas de trabajo paralelas, por un lado intentando convencer a esos jugadores de que cambiaran de opinión y por otro preparando escenarios alternativos para el caso de que las renunciaciones fueran definitivas. Suponía resolver un elaborado sudoku en el que cada pieza dependía de las demás, y así, por ejemplo, la presencia de Charles Barkley estaba condicionada a la de Jordan, Bird y/o “Magic”, ya que eran los únicos jugadores que podían controlar su comportamiento; si Jordan finalmente no acudía, eso significaba que podía entrar un escolta con mejor tiro exterior y no haría falta un alero tirador, aunque quizás necesitaran a un tercer base, etcétera. No todos los miembros del comité estaban seguros de querer contar con un jugador con un ego tan desarrollado y que podía solaparse con “Magic”; después de todo, se decía que Clyde Drexler era un jugador más completo y podía ofrecer casi lo mismo. Sin embargo, la mayoría opinaban que la combinación de ataque y defensa de Jordan no tenía igual en la liga, y además no podían prescindir de la gran estrella del momento. Una de las mayores dificultades del comité era la necesidad de armonizar objetivos muy dispares: el *Dream Team* debía no sólo vencer, sino arrasarse a sus rivales; pero también debía ser un catálogo publicitario que presentara al mundo las maravillas de la NBA. Debía incluir estrellas consagradas y también otras que estuvieran en ascenso, y reflejar el pasado reciente y el futuro inmediato de la competición. Sería la avanzadilla del desembarco de la NBA en el mundo más allá de los Estados Unidos.

Después de un año de discusiones no se había tomado ninguna decisión, y se pidió ayuda al entrenador. Chuck Daly presentó dos listas al comité, una con los 26 jugadores candidatos para la selección y otra con los 7 que consideraba básicos. Por orden, estos siete jugadores eran Jordan, “Magic”, Robinson, Ewing, Pippen, Karl Malone y Mullin. Lo más destacable era la importancia que otorgaba a Scottie Pippen, la presencia de Chris Mullin como sustituto de Larry Bird, la ausencia de Isiah Thomas y la presencia de Michael

Jordan. Estos dos últimos factores se unirían en el aspecto más controvertido del *Dream Team*. En principio Jordan había sido tajante en su negativa, pero un comentario de su agente David Falk parecía abrir una puerta a la esperanza. “Cualquier aficionado a la NBA sabe que la relación entre Michael e Isiah es fría, como poco. Y el equipo olímpico tendrá que convivir estrechamente durante 37 días.” Uno de los alicientes para Jordan era precisamente la posibilidad de disfrutar de la camaradería que tanto deseaba con otras grandes estrellas, pero eso no sería posible si estaba Thomas. “Magic” Johnson había sido el principal reclutador de USA Basketball, convenciendo a las demás estrellas para que se comprometieran a acudir a la selección, pero Jordan se hacía de rogar. Entendía el interés de los jugadores que nunca habían participado en unos Juegos, decía, pero él ya había pasado por eso y además era algo propio de jóvenes, no de alguien de su edad. Por otro lado, Charles Barkley había sido siempre muy claro respecto a su nulo interés por ser seleccionado en 1984 para jugar sin cobrar en Los Ángeles, pero en 1992 estaba deseando acudir a la Olimpiada. Una vez más, sus motivos no eran patrióticos sino de interés personal, ya que Barkley percibía claramente que esos JJ.OO. suponían la salida a un mercado internacional, y los jugadores que supieran colocarse partirían en ventaja. Michael Jordan se había convertido en el gran icono comercial de EE.UU. desde su llegada a la liga, pero renunciar al *Dream Team* suponía arriesgarse a perder esa posición dominante. Durante el verano de 1990 Jordan hizo una gira por Europa organizada por Nike y visitó Barcelona para inaugurar la liga ACB y acudir a las instalaciones del denominado Anillo Olímpico. Algunos periodistas tuvieron la impresión de que sólo venía a jugar al golf y promocionar zapatillas, pero Jordan no desperdició la oportunidad de comprobar que las instalaciones que se estaban construyendo y las muchedumbres que acudían a sus actos públicos sugerían que había llegado la hora de exportar el baloncesto NBA a Europa. Permanecer al margen del *Dream Team* sería un error que podría provocar que el rostro de la NBA en el mundo terminara siendo Barkley o Robinson.

El comité sufrió constantes giros de opinión durante el verano de 1991 conforme la situación daba un vuelco tras otro. La operación de espalda de Larry Bird había resultado mejor de lo esperado y en el último momento se

retractaba de su renuncia. Barkley había sido descartado, pero la incorporación de Bird permitía asumir el riesgo de convocarlo. Y luego estaba Jordan, que oficialmente no había tomado ninguna decisión. En realidad, Jordan ya lo admitía en privado, y en una partida de cartas con Jack Haley y Reggie Miller estuvo hablando de cómo se podrían complementar en la selección. Miller y Jordan eran enemigos jurados ante la prensa, pero su rivalidad sólo era deportiva y estuvieron comentando cómo el tiro exterior de Miller (candidato a ocupar una de las dos últimas plazas del equipo olímpico) impediría que las defensas rivales se cerraran sobre Jordan. A esas alturas era muy improbable que Michael Jordan renunciara al *Dream Team* por Isiah Thomas, ya que su forma de ser le impedía actuar en contra de una decisión racional de negocios sólo por causas emocionales, pero el comité no podía estar seguro.

Además, Michael Jordan era la coartada perfecta para ocultar que la lista de enemigos de Isiah Thomas era mucho más larga. La carrera de Isiah era una serie de desplantes y enemistades desde el principio, cuando se dedicó a insultar a las franquicias que poseían las primeras elecciones de su *draft* para poder ser elegido por la que él quería, hasta pocas semanas atrás, cuando emborronó la imagen de la liga al abandonar la pista al terminar la final de conferencia. En medio, Isiah Thomas había insultado a Larry Bird, había provocado traspasos en su equipo y se rumoreaba que estaba moviendo la silla de Daly en los Pistons (voluntaria o involuntariamente). Incluso cuando llevaba a cabo acciones de mérito era criticado: como presidente del sindicato de jugadores, su esfuerzo para promover medidas en favor de los jugadores peor pagados de la liga le había granjeado las antipatías de las estrellas. Aunque su declive físico era evidente, en realidad no pasaba de ser una excusa para justificar una decisión que muchos miembros del comité estaban deseando tomar y que era más cómoda cuanto más se atribuyera a Jordan.

Especialmente porque el largo período de indecisión jugaba en su contra. Como parte de su cobertura de los juegos, la NBC preparó un programa especial para el 21 de septiembre de 1991 en el que se revelaría en exclusiva la lista de diez jugadores de la NBA que formarían la selección (más dos universitarios, que serían designados más adelante). La NBC pidió a los agraciados que mantuvieran el secreto para que el programa generara más

expectación, pero el periodista Jan Hubbard consiguió la lista y la publicó en la revista *Newsweek*. Cumpliendo su compromiso con la NBC, Jordan se negó a confirmar o desmentir su presencia en el *Dream Team*, y eso reforzó la idea de que estaba usando su posible renuncia como amenaza para asegurarse de que Isiah Thomas no formaría parte del combinado nacional. Bob Costas había anunciado que llegaría al fondo del asunto el 21 de septiembre, y durante el programa le preguntó directamente a Jordan si había boicoteado la presencia de Isiah. “Si yo pudiera influir en el proceso de selección, mis hermanos vendrían conmigo a Barcelona. Mi relación con Isiah Thomas no ha tenido nada que ver con la composición del equipo.” Por una vez, Isiah encontró las palabras adecuadas para conducirse con dignidad ante los micrófonos: “Lo único que puedo hacer es aceptar su palabra. Me dijo que no intentó bloquearme. Por mi propia paz interior tengo que creerle, porque tenía muchas ganas de formar parte de esa experiencia olímpica y no tuve la oportunidad”.

La ausencia de Thomas resaltaba aún más considerando que Chuck Daly iba a ser el entrenador de la selección olímpica, y que el *general manager* de los Pistons, Jack McCloskey, era miembro del comité directivo de USA Basketball. McCloskey dimitió de ese puesto afirmando que el no haber conseguido plaza para Isiah le convencía de que no tenía nada que aportar al comité, pero Daly no pudo librarse de las críticas. “Yo no tenía voto, lo hizo todo el comité. No sé la razón, y no quisieron discutirlo conmigo”, declaró posteriormente. Es cierto que el comité había insistido en que el entrenador tuviera un papel puramente consultivo durante el proceso de selección para evitar malos entendidos, pero también era cierto que Daly había presentado las listas que fueron la base para elegir la plantilla. Isiah Thomas no aparecía en la lista de jugadores básicos, y algunos pensaban que había presionado con más fuerza en favor de otros miembros de los Pistons, como Joe Dumars o Dennis Rodman. Un factor que apenas se comentó fue la falta de apoyo de “Magic” Johnson, supuestamente uno de los mejores amigos de Isiah Thomas, pero cuya relación había pasado por varios altibajos durante sus enfrentamientos en las finales de 1988 y 1989. “Magic” era el único jugador más importante que Jordan para USA Basketball debido a su participación activa desde el principio, y podría haber inclinado la balanza en un momento en el que Jordan habría sufrido un grave deterioro de su imagen pública si se

hubiera echado atrás. “Magic” Johnson publicó una carta abierta protestando por la ausencia de Isiah Thomas al día siguiente de anunciarse la composición del equipo, justamente cuando ya no podía cambiar nada. Demasiada casualidad o quizá precisión milimétrica.

Si Jordan esperaba que la polémica se fuera olvidando al empezar la temporada, se debió llevar una decepción. La composición del equipo olímpico era un tema recurrente en todas las entrevistas, y los jugadores descartados estaban deseando demostrar su superioridad sobre los que ocupaban sus plazas (Dominique Wilkins vs Chris Mullin) o vengarse de quienes se sospechaba que habían provocado su descarte (Clyde Drexler vs Don Nelson). El caso más llamativo fue precisamente el de Isiah Thomas, que aprovechó la primera visita de los Utah Jazz a Detroit para cascarle 44 puntos a John Stockton en lo que se consideró toda una declaración de intenciones. Cuando los Pistons devolvieron visita en Utah, Karl Malone decidió salir en defensa de su compañero y de un codazo le abrió a Isiah una brecha en la cabeza que necesitó 40 puntos de sutura. El incidente más inconveniente para Jordan se produjo apenas comenzar la competición, en el primer partido entre los Bulls y los Pistons desde el desaire en final de conferencia de la temporada anterior. Bill Laimbeer derribó a Horace Grant, y cuando Scottie Pippen intentó intervenir, Isiah Thomas le empujó por la espalda. Nada nuevo, pero que provocó la respuesta de Pippen en la rueda de prensa al terminar el encuentro. “Es un artista dando golpes por la espalda”, declaró antes de referirse directamente al equipo olímpico: “Si Isiah juega, yo no voy”. Esas declaraciones se referían al debate sobre el posible sustituto de “Magic” Johnson si su estado de salud le impedía acudir a los juegos. “Magic” estaba tirando de todos los hilos, recurriendo a sus amigos y cobrándose todos los favores pendientes para conseguir que no lo descartaran, pero la decisión no estaba nada clara e Isiah Thomas era uno de los principales candidatos a ocupar su puesto. Poco importó que fuera Pippen y no Jordan el que hiciera esas declaraciones, ni que se retractara pocos días después: para el gran público fue como si Michael Jordan en persona lo hubiera dicho. Al fin y al cabo, ¿quién era Pippen para amenazar con un boicot? Jordan había ejercido un cuidado exquisito (y lo seguiría haciendo) para proteger su imagen de la polémica, respondiendo invariablemente que estaba dispuesto a compartir

equipo con Isiah, con Laimbeer o con Rodman si hacía falta. Incluso su círculo de periodistas, representantes y consejeros había guardado respetuoso silencio sobre el tema desde la indiscreción de Falk, y ahora todo se venía abajo por un descuido de Pippen.

Lo último que necesitaba Michael Jordan eran más controversias. “Sabía que la gente iba a empezar a criticarme. Se llega a un punto en el que la gente está cansada de verte en un pedestal, limpio y reluciente, y empiezan a buscar a ver si hay algo sucio”, declaró a la revista *Playboy*. Es probable que Jordan se estuviera refiriendo a *The Jordan Rules*, el libro publicado por el periodista Sam Smith en diciembre de 1991 que se convirtió en un éxito de ventas inmediato. El libro se presentaba como una mirada crítica y reveladora de la temporada que había culminado en el primer campeonato de los Bulls, e incluía numerosas anécdotas que no dejaban en muy buen lugar a Michael Jordan, Jerry Krause y otros. Jordan se negó a leer el libro, pero los extractos publicados en la prensa no dejaban lugar a dudas (algunos opinan que se equivocó al no leer el libro entero, ya que la imagen global no era tan negativa como podía parecer de las citas aisladas, pero es muy improbable que eso hubiera modificado sustancialmente su opinión, ya que el enfoque crítico era evidente). Mientras, Jerry Krause llegó a intentar denunciar al autor por difamación, y años después Phil Jackson bromearía diciendo que Sam Smith había logrado la difícil hazaña de poner a Jordan y Krause de acuerdo en algo. Las historias relatadas en el libro persiguieron a Michael Jordan durante toda su carrera, y, para colmo, él y Krause seguían teniendo que tratar regularmente con Smith, que seguía siendo el corresponsal del *Chicago Tribune*. Eso sirvió para ilustrar de nuevo algunas coincidencias de carácter entre Jordan y Krause, ya que ambos optaron por tratar al periodista de la misma manera: Sam Smith procuraba hacer preguntas totalmente neutras y Jordan o Krause respondían correctamente pero sin extenderse ni establecer contacto visual. Somos profesionales, parecían decir.

Precisamente era en *The Jordan Rules* donde Michael Jordan reflexionaba sobre su temor a que un escándalo arruinara su imagen. Ese escándalo se empezó a gestar el 1 de octubre de 1991, cuando se supo que Michael Jordan había declinado la invitación para acudir a la recepción del presidente de los Estados Unidos con el resto del equipo. Horace Grant lo completó con una de

sus típicas indiscreciones y declaró a la prensa su desacuerdo con la postura de su compañero, algo que molestó a Jordan, ya que Grant no le dijo nada cuando supo que no iría. Desde su punto de vista se trataba de una manipulación de la prensa, que criticaba su ausencia cuando no había criticado la de Larry Bird años atrás, pero Jordan no quería considerar que Bird había cultivado una imagen de independencia aun a costa de renunciar a jugosos contratos publicitarios, y su negativa a acudir a la Casa Blanca mostraba una coherencia de la que carecía este nuevo caso. Y lo peor estaba por llegar: para evitar las críticas, Jordan había declarado que no acudió a la recepción para pasar tiempo con su familia, pero poco después se supo que había pasado el día jugando al golf con personajes de dudosa catadura. James “Slim” Bouler era un turbio elemento con antecedentes penales por tráfico de drogas y posesión de armas, además de propietario de una tienda de golf en Carolina del Sur desde donde se relacionaba con el mundillo de las apuestas de golf, en el que decenas de miles de dólares cambiaban de mano según el resultado. En 1986 había conocido a un joven jugador de baloncesto llamado Michael Jordan que ya entonces apostaba cientos de dólares en cada hoyo, y como en otros casos se encargó de organizar partidas discretas de alto nivel. Michael Jordan pasó la semana en la que se celebró la recepción en la Casa Blanca jugando al golf de día y a las cartas de noche, y al terminar pagó 57.000 dólares en cheques a “Slim” Bouler para cubrir sus deudas. Estos cheques salieron a la luz en noviembre de 1991 cuando el FBI efectuó un registro en las oficinas de Bouler debido a una investigación sobre posibles delitos de tráfico de drogas y evasión fiscal, aunque Jordan intentó ocultar la naturaleza de su relación con Bouler afirmando que se trataba de un préstamo. Entonces, en febrero de 1992 un prestamista llamado Eddie Dow fue asesinado a la puerta de su casa para robarle varios miles de dólares que llevaba en un maletín de acero. Además de financiar fianzas y de gestionar un club nocturno, Dow se encargaba de guardar parte del dinero de Bouler, y cuando la policía llegó al lugar del crimen encontró dentro del maletín forzado fotocopias de más cheques firmados por Michael Jordan por un valor total de 107.000 dólares.

La NBA llevó a cabo una apresurada investigación que concluyó que Jordan no apostaba sobre partidos de baloncesto y que tampoco estaba siendo

investigado por el FBI, pero esta serie de noticias dejó muy claro a la opinión pública que, como mínimo, su escala de prioridades era muy discutible, y que estaba perdiendo sustanciosas sumas de dinero en apuestas con individuos poco recomendables. La sordidez de los detalles publicados contrastaba con la elegancia y plasticidad que durante años se había asociado a su imagen. Pocos meses antes Jordan estaba en la cima de su popularidad: campeón de la NBA, MVP tanto de la fase regular como de la final, portada holográfica de *Sports Illustrated*. Ahora se pasaba cada vez más tiempo respondiendo a lo que le parecían preguntas hostiles de la prensa sobre Isiah Thomas, sus partidas de golf con delincuentes habituales o el libro de ese hombrecito detestable. “El baloncesto no es mi trabajo”, escribiría al pie de una foto en la que aparecía rodeado de micrófonos, “éste es mi trabajo”. Michael Jordan empezó a aislarse, refugiándose de la prensa en habitaciones de hotel o vestuarios y tratando solamente con un círculo cada vez más reducido de periodistas de confianza.

Y menos mal que estaban ganando. Después de ganar el anillo, Jerry Krause apostó por mantener el bloque, y el único traspaso significativo fue el de Dennis Hopson a Sacramento. Hopson había terminado fuera de la rotación y después de uno de los partidos contra Detroit no pudo contener las lágrimas de pura impotencia; a cambio llegó el escolta Bobby Hansen, un especialista defensivo para emparejarse con Jordan en los entrenamientos. El resto de la plantilla permaneció igual, aunque ni así consiguieron librarse de las tirantezas con la gerencia de la franquicia, especialmente durante la renovación de Scott Williams. Williams sufría un problema en el hombro que fue lo que lo dejó fuera del *draft*, y al avanzar la temporada anterior se había ido agravando hasta extremos ridículos (como una luxación del hombro al saludar a sus compañeros después de derrotar a los Pistons). La franquicia había insistido para que se operara, pero el jugador no estaba seguro del resultado de la operación y la retrasó todo lo que pudo para intentar que lo renovaran antes. Jerry Krause se molestó por lo que consideraba poco menos que un chantaje, y para presionarle eligió en el *draft* a Mark Randall, un alapívot que venía de plantar cara a todo un Christian Laettner en la final de la NCAA. Al final los Bulls le ofrecieron un contrato a Williams después de recuperarse completamente de la operación y cortaron a Randall, aunque Scott

Williams sospechaba que si el *rookie* hubiera cuajado él se habría quedado en la calle. Phil Jackson intentó convencer a Krause más de una vez de que su obsesión por quedar por encima en todas las negociaciones era contraproducente ya que creaba un mal ambiente innecesario, pero era superior a sus fuerzas. También Jerry Reinsdorf sufría del mismo defecto, como pudo comprobar John Paxson cuando firmó su renovación. Después de su gran papel en la final, Paxson recibió un nuevo contrato en el que por fin cobraba un sueldo apropiado después de muchos años de estar entre los titulares peor pagados de la NBA, y en el momento de la firma Reinsdorf exclamó: “No puedo creer que vaya a pagarte esto”. Paxson salió asqueado de la reunión y se lo comentó inmediatamente a sus compañeros, y así una oportunidad perfecta para crear buen ambiente en el equipo mostrando que los veteranos eran recompensados se convirtió en otra prueba de la mezquindad de la empresa.

El extraordinario rendimiento del equipo durante un período tan agitado fue el mayor reconocimiento posible de la maduración de Phil Jackson como entrenador y de Michael Jordan, Scottie Pippen y Horace Grant como jugadores. Grant alcanzó el nivel de *allstar* y Pippen se convirtió en una auténtica estrella de la liga, pero quizás lo más sorprendente es que Jordan continuara su ascenso y se convirtiera en un jugador aún más decisivo que en años anteriores. No sólo eran los recursos técnicos, como la media vuelta en suspensión que empezó a sacar regularmente incluso clavándose a media penetración, ni los tácticos, como la manera en la que fingía retroceder cuando llegaba la ayuda para volver a atacar el aro cuando el defensor intentaba recuperar; era sobre todo la consistencia para dar la cara todos los días de la temporada. Perdieron dos partidos la primera semana, y luego en la gira de enero-febrero por el Oeste. No hubo más derrotas consecutivas, porque incluso en esas noches absurdas en sitios como Milwaukee, jugando el tercer partido en cuatro días, saltaban a la cancha convencidos de que tenían que demostrar que eran los campeones. Camino de las 67 victorias parecían no tener rival (el siguiente equipo estaba a 10 partidos de distancia), ni siquiera esos Blazers que sembraban el terror en el Oeste.

Y apenas se lo reconocía nadie. Lejos de ser objeto de alabanza, los Bulls eran criticados precisamente por su excesivo número de victorias, que

parecían devaluar la competición. Era la prueba, según muchos analistas, de que con la decadencia de Pistons, Lakers y Celtics, más las sucesivas expansiones de la NBA, apenas quedaban rivales de entidad que se les opusieran. Incluso cuando se hablaba de los partidos era muchas veces para quedarse en lo anecdótico, como los dos tiros libres que Michael Jordan anotó con los ojos cerrados en un pique amistoso con Dikembe Mutombo. Se escribía mucho alrededor de Jordan y el baloncesto, pero muy poco sobre Jordan y el baloncesto.

Tampoco el emotivo *All Star* de 1992 se libró de la controversia. Para los aficionados fue la oportunidad de expresarse mediante las votaciones y sentir que habían ayudado a que se produjeran las imágenes finales de ese partido más de las estrellas que nunca, cuando “Magic” Johnson encaraba a Michael Jordan una vez más. Que éramos los únicos que lo habíamos entendido. “Quiero decir aquí y ahora lo tremenda e increíblemente estúpido que soy. Un estúpido enorme. Del tamaño de un trasatlántico. Tan estúpido que creía que lo de Magic Johnson tenía que ver con el baloncesto, con el ego y con no ser capaz de aceptar la retirada”, escribió Rick Reilly. “En algún momento de los dos últimos minutos, entre el uno contra uno de Magic contra Michael Jordan y el festival de triples del final, pude olvidar sólo durante un instante que alguien en la cancha tenía el VIH. Entonces fue cuando comprendí que no tenía que ver con el baloncesto.” Durante un instante estuvimos de vuelta en casa.

No podía durar, y quizá ni siquiera existió. La presencia de “Magic” llegó rodeada de un torbellino de declaraciones a favor y en contra hasta que David Stern zanjó el tema negando la mayor y remitiéndose a los votos de los fans (así que no éramos los únicos que lo habían entendido), pero sobre todo sirvió de ensayo general ante su posible presencia en la selección olímpica. Aunque nadie lo reconociera, la reacción de los demás jugadores, el rendimiento de “Magic” y la respuesta del público durante el *All Star* determinarían si finalmente era excluido del *Dream Team*. Y no era el único, ya que los jugadores que se habían quedado a las puertas tenían una última oportunidad de presentar su candidatura, fuera como sustitutos de “Magic” o para la undécima plaza de la plantilla (según los últimos rumores, sólo entraría un jugador universitario y no dos). Concretamente, Isiah Thomas intentó suavizar su relación con Michael Jordan, y ambos mantuvieron una conversación en la

que el jugador de los Bulls negó ser el responsable de su exclusión.

De todas esas polémicas extradeporativas, es probable que la más importante fuera creada por el propio Michael Jordan cuando exigió a través de Nike y de su agente David Falk que la NBA suspendiera la venta y distribución de cualquier prenda de ropa que llevara su imagen. La liga recurrió a los tribunales, pero de manera cautelosa aceptó cesar la venta de ese tipo de producto, empezando por la propia camiseta conmemorativa del *All Star* (que fue sustituida con Tim Hardaway en su lugar). El primer choque entre la NBA y Michael Jordan en lo referente a los derechos de imagen se había producido en 1989 alrededor de la “superestación” WGN-TV. El concepto de “superestación” surgió cuando Ted Turner tuvo la idea de enviar la señal de su emisora de Atlanta a un satélite, y desde ahí retransmitir para todo el país. Así, una televisión local de bajo coste pasaba a tener una audiencia nacional, con los ingresos que eso suponía. En total, cinco emisoras aprovecharon ese resquicio legal antes de que la Comisión Federal de Comunicaciones cerrara la inscripción hasta resolver las numerosas cuestiones legales planteadas. Una de esas cinco “superestaciones” era la WGN-TV, propiedad del periódico *Chicago Tribune*, y en 1989 adquirió los derechos de emisión de los partidos de los Bulls para Chicago. Eso significaba que la NBA (que gestionaba la venta de derechos de emisión de toda la liga a nivel nacional) estaba compitiendo con los Chicago Bulls, ya que la “superestación” WGN-TV ofrecía a todo el país los partidos de los Bulls a un precio muy interesante justo cuando Michael Jordan se estaba convirtiendo en el mayor reclamo de la competición. La NBA y los Bulls se pasaron la mayor parte de la década de los noventa entrando y saliendo de los juzgados, y Jerry Reinsdorf no hizo muchos amigos cuando esos procesos legales revelaron que varias franquicias (incluyendo a los Bulls) habían ocultado parte de sus ingresos para mantener el tope salarial por debajo de su valor real. Mientras, la exigencia de Michael Jordan a través de Nike de controlar sus derechos de imagen amenazaba con hacerse extensiva a las demás estrellas de la liga, y explicaba los sentimientos encontrados de David Stern hacia un Jordan que por un lado era la gallina de los huevos de oro de la NBA y por el otro no dejaba de provocarle un problema tras otro.

En medio de todo esto, los Chicago Bulls llegaron a *playoffs* con el mejor

récord de la liga y Michael Jordan repitiendo como MVP de la NBA, pero persistían las dudas sobre su auténtico nivel. No era infrecuente leer artículos en los que se los describía como un buen equipo, pero no uno de los grandes, como sugerían sus 67 victorias, y la eliminatoria de primera ronda contra los Miami Heat no sirvió para despejar esas dudas. Los Heat habían logrado su primera presencia en *playoffs* con sólo 38 victorias y su cruce con los Bulls suponía el reencuentro de Jordan con su primer entrenador, Kevin Loughery. Los equipos de Loughery se caracterizaban por atacar mejor de lo que defendían, y tampoco se puede decir que Miami tuviera equipo para otro estilo de juego. Las previas apuntaban a un duelo anotador en las alas, con Steve Smith y Glen Rice frente a Michael Jordan y Scottie Pippen, y así fue. Jordan completó una ronda espectacular en el aspecto individual, con una serie de 46, 33 y 56 puntos, pero el juego ofensivo de los Bulls degeneró en una serie de unos contra unos de Jordan y Pippen mientras sus compañeros permanecían al margen. En el tercer partido, Miami aprovechó el apoyo de su público para coger ventaja en el primer cuarto, hasta que Jordan se detuvo un momento junto al comentarista “Red” Kerr. “Allá vamos”, dijo antes de recordarle a Loughery los tiempos del *Guardian Angel* y finiquitar la eliminatoria. No era lo que se esperaba del gran favorito para el anillo.

Tampoco se esperaba que en segunda ronda los Knicks fueran un auténtico desafío, a pesar de que Pat Riley hubiera conseguido terminar con los clásicos conflictos internos de la franquicia al hacerse cargo del equipo. Riley había desterrado a Kiki Vandeweghe al fondo del banquillo, quedándose con Pat Ewing como único estilete ofensivo y reinventando a los Knicks como equipo defensivo. A pesar de ello, los Bulls los habían derrotado en todos sus enfrentamientos de la temporada, y en primera ronda Jordan y Pippen los llamaron por teléfono para desearles suerte contra los Pistons, lo cual dejaba claro el poco temor que inspiraban. Eso cambió tras el primer partido, cuando los Knicks dieron la campanada al vencer en el Chicago Stadium por 89-94 y robar el factor cancha. El estilo físico y defensivo implantado por Pat Riley era particularmente apropiado para triunfar en *playoffs*, y las comparaciones con los Pistons de años atrás fueron inmediatas.

En realidad, las diferencias entre el estilo defensivo de los Pistons y los Knicks eran una prueba de lo mucho que habían progresado Jordan y los Bulls

en las últimas tres temporadas. Los Pistons habían apostado por intentar negarle la canasta permanentemente, pero eso ya no era una opción válida, porque exigía dos contra uno constantes por toda la pista. Por una parte, Jordan había aprendido a superarlos doblando el balón, dividiendo a la defensa o esperando a que la ayuda tuviera que recuperar y atacando en ese momento; por otra, el ascenso de Pippen al nivel de estrella le permitía castigar a cualquier rival que intentara doblar sobre Jordan de esa manera. Los Knicks apostaron por abandonar a su suerte a sus escoltas, Gerald Wilkins y John Starks, en lo referente al tiro exterior. Las ayudas defensivas llegarían solamente cuando Michael Jordan intentara penetrar en la zona, lo cual reduciría el desgaste de un Ewing que se cargaba de faltas demasiado rápido contra los Bulls. Wilkins y Starks pecaban de cierta irregularidad, pero también eran dos jugadores rápidos y atléticos capaces de pegarse a Jordan tan bien como cualquiera si sabían que detrás había una línea interior que los respaldaba. Los Knicks habían fichado a Xavier McDaniel, un rocoso alero conocido por su intensidad, y a Anthony Mason, un ala-pívot fortísimo más ancho que alto. Con Ewing y Charles Oakley formaban la rotación interior más física de la NBA, y estaban dispuestos a demostrárselo a Jordan y a los Bulls.

Para Jordan era como una pesadilla. Por fin se habían librado de los Pistons, y a continuación aparecía otro equipo con el mismo estilo de juego. Cada vez que intentaba progresar hacia el aro aparecían sucesivas líneas de defensores, y volvía a faltarle el apoyo de unos compañeros que parecían intimidados por el rival. En especial por Xavier McDaniel, apodado “X-Man”, que se convirtió en la estrella de la eliminatoria al anular a un Scottie Pippen que se suponía había superado sus temores del pasado. Jordan no consiguió encestar ni un mate en los dos primeros partidos, los Bulls anotaron menos de 90 puntos y sólo una gran actuación de B.J. Armstrong desde el banquillo en el segundo impidió que se colocaran con un 0-2 en casa que les hubiera dejado al borde de la eliminación. En el pasado Bill Cartwright había sido capaz de frenar a Ewing, pero Pat Riley le dio libertad de salir al perímetro y jugar de cara a canasta, con los demás cargando el rebote. La gran arma de los Bulls, la defensa, servía de poco contra un equipo que practicaba un ataque ineficiente y al que no le importaba quedarse en 85 puntos. Michael Jordan decidió echarse el equipo a las espaldas y atacar la zona de los Knicks

al precio que fuera. Aunque el público neoyorquino se burló de él cuando falló un mate solo, Michael Jordan recuperó el factor cancha en el tercer partido, manifestando una vez más su capacidad para generar imágenes que definían el momento: en este caso, un poderoso mate superando un “bocadillo” formado por Ewing y McDaniel, que rodaron por el suelo mientras un victorioso Jordan gritaba su superioridad.

La pugna se extendió a la prensa, donde Phil Jackson se quejaba de la permisividad arbitral hacia el juego duro de los Knicks y Pat Riley protestaba por los 17 tiros libres concedidos a Jordan en el quinto partido. En el global de los seis anillos que terminaría consiguiendo, sólo dos veces tuvo que afrontar Michael Jordan un séptimo y definitivo partido. Una de esas dos veces fue 1992 contra los Knicks, después de que un gran John Starks le superara en ambos lados de la pista del Madison Square Garden. Pero Jordan le puso fin en el séptimo encuentro, con otra de las muchas actuaciones legendarias que marcan su carrera: 18 puntos en el primer cuarto, 29 al descanso y los Knicks que se desmoronaron en el tercero. Durante mucho tiempo Phil Jackson tuvo colgado en su despacho una ampliación de la foto del momento decisivo del partido, cuando Scottie Pippen y Xavier McDaniel se encararon camino de un tiempo muerto y Michael Jordan acudió a controlar la situación. “Fuck you, X”, se podía leer en sus labios con la cámara centrada en sus cabezas afeitadas frente contra frente. “Fuck you too, Mc-Daniel. ” Es posible que Jordan nunca llegara a ser el clásico líder del vestuario, pero en la cancha no había dudas.

Con el tiempo, estas eliminatorias contra los Knicks se valorarían como un difícil triunfo contra un rival correoso y bien preparado, pero en el momento los Bulls habían dado una imagen de fragilidad, necesitando siete partidos y el arbitraje de Jake O’Donnell para eliminar a un equipo al que habían anunciado que iban a barrer. La final de conferencia contra los Cleveland Cavaliers no ayudó precisamente a disipar esas dudas. Los Cavs estaban disfrutando de lo que sería el último fulgor de esa plantilla que tanto prometiera en los ochenta, y por una vez llegaban todos en situación de jugar: Price, Daugherty, Nance, Williams, Ehlo. Pero seguían siendo los mismos Cavs contra quienes Jordan batía un récord distinto cada temporada, un equipo que, como los Miami Heat, jugaba y dejaba jugar. Unos Cavs a los que la prensa de Chicago apodó como

“merengue” después de que los Bulls los apalizaran en el primer partido sin bajarse del autobús. Se rumoreaba que a los jugadores no les había gustado lo de “merengues”, pero ¿qué iban a hacer? Eran los Cavs, y lo más parecido que tenían a un jugador duro era Danny Ferry.

Y esos Cavs ganaron en Chicago nada menos que por 26 puntos de ventaja, 81-107. Fue el comienzo de una serie loca, en la cual los Bulls ganaron de paliza tres partidos y los Cavs dos, sin que se encontrara ningún marcador equilibrado hasta el sexto y último encuentro. El partido llegó empatado al último cuarto con un decepcionante Jordan (13 puntos, 5/20 en tiros), gracias a una brillante actuación de Pippen y Grant. “Mis compañeros aguantaron al equipo cuando yo tiraba rematadamente mal, y cuando me recuperé siguieron ahí.” Michael Jordan tomó el control en el último cuarto y anotó 16 puntos para conseguir la clasificación para la final de la NBA por un ajustado 99-94. Los Bulls sumaban ya cinco derrotas en *playoffs* cuando el año anterior habían sufrido sólo dos, y sus jugadores clave mostraban signos de fatiga. A pesar de que Chicago había disfrutado de muchas victorias holgadas, el mal rendimiento del banquillo había impedido dar descanso a Jordan, Pippen y Grant, y se esperaba que eso les pasara factura contra los Blazers, un equipo capaz de anotar como los Cavs pero físico como los Knicks, con una rotación más larga y un Clyde Drexler deseoso de demostrar que la supuesta superioridad de Jordan era un mito. “Sea como sea”, declaró Jordan, “aquí estamos otra vez”.

Por lo menos, los Bulls podían tener la tranquilidad de saber que no había la posibilidad de un exceso de confianza, como ante Knicks o Cavs. Los Blazers habían hecho una gran temporada y Clyde Drexler había quedado segundo en la votación por el MVP. Jordan era muy consciente de que no sólo había quienes colocaban a Drexler a un nivel comparable al suyo, sino que incluso algunos periodistas sugerían que podía estar por encima. Era claramente peor defensor, pero se decía que Drexler era mejor pasador (según Sam Smith, el propio Phil Jackson creía que Jordan había perdido la visión de juego que permitió que Doug Collins lo pusiera de base años atrás) y tenía mejor tiro exterior. Los Bulls no estaban muy de acuerdo, ya que consideraban que la toma de decisiones de Drexler era muy discutible y que su tendencia a recurrir al tiro de tres lo apartaba de otras opciones más eficientes para su

equipo. Michael Jordan estaba decidido a zanjar el debate de una vez por todas, y le faltó tiempo para hacerlo: los Blazers tuvieron un buen comienzo en el primer partido, pero en el segundo cuarto el cielo se desplomó sobre sus cabezas cuando Michael Jordan anotó seis triples improbables que remató volviéndose teatralmente hacia la mesa de comentaristas y encogiéndose de hombros delante de “Magic” Johnson. “Los triples parecían tiros libres”, explicó. “No sé qué estaba haciendo, pero me entraba todo.”

Phil Jackson temía que la obsesión de Michael Jordan por superar a Clyde Drexler terminara siendo contraproducente. Su intensidad en defensa estaba anulando a la estrella de los Blazers, pero cuando Drexler fue eliminado por personales a falta de cuatro minutos en el segundo partido, Jordan sufrió una sorprendente pérdida de concentración y provocó la derrota de su equipo. Los Bulls ganaban de 10 puntos y parecían tener la victoria en el bolsillo cuando una serie de errores de Jordan permitió que Portland empatara el partido y luego Danny Ainge resultó decisivo en la prórroga. Phil Jackson pensaba que los Blazers jugaban mejor con Ainge en pista que con Drexler, pero aun así era sorprendente una derrota para un equipo especializado en rematar a los rivales cuando se mostraban vulnerables. “Teníamos el partido en la mano y se lo regalamos”, resumió acertadamente Horace Grant. Los Portland Trail Blazers habían conseguido ganar un partido en Chicago y recuperar el factor cancha, pero se estaban viendo superados claramente por los Bulls, y sus perspectivas no eran buenas. Esas sensaciones se vieron ratificadas en un tercer partido que Chicago ganó con comodidad con la ayuda inesperada de Stacey King. King se había convertido en el blanco de las burlas del vestuario de los Bulls (un día llegó con una caja y Jordan le dijo que esperaba que dentro llevara un buen tiro en suspensión, porque le hacía falta), y antes del tercer encuentro alguien repartió fotocopias de un imaginario “Campamento de Baloncesto ‘Stacey King’ para pivots blancos de más de 120 kilos”; Phil Jackson apostó por el presumible deseo de reivindicarse por parte de King y lo puso en cancha en un momento importante. Clyde Drexler hizo buenos números, pero no tuvo apenas presencia en el partido, y Rick Adelman admitió que fue un error empeñarse en volver inmediatamente a Portland después del segundo partido. Llegaron de madrugada, y con un solo día de descanso el equipo dio imagen de cansancio y falta de recursos, mientras los Bulls (que habían viajado más relajadamente)

ejecutaban el balance defensivo con soltura y tomaban el control del partido. Sin embargo, los Bulls volvieron a perder una oportunidad perfecta para tomar una ventaja decisiva en la eliminatoria, cuando permitieron que los Blazers remontaran en los minutos finales del cuarto partido. Fue un acierto de Adelman apostar por un quinteto pequeño con Jerome Kersey y Cliff Robinson como pivots, pero en la recta final fueron Pippen y Jordan quienes no lograron mantener la ventaja en el marcador, tal y como ocurriera en el segundo partido.

Durante un momento los Bulls dieron la imagen de estar a punto de desmoronarse. Michael Jordan criticó públicamente a Scottie Pippen, afirmando que había alterado la rotación normal de los Bulls al cargarse de faltas. “A Scottie le entraron las dudas en la serie contra New York y empezó a perder confianza”, declaró. “Creo que en este momento le entra cierta inseguridad en algunos partidos.” Los Blazers no paraban de quejarse de que no se les reconocía el mérito en sus victorias, ya que cada derrota de los Bulls se atribuía a errores propios no forzados, pero lo cierto es que esa era la impresión. El equipo de Chicago había controlado todos los partidos con holgura y sólo dos desfallecimientos finales habían empatado la eliminatoria. “Por lógica, esta serie debería haberse acabado ya”, sentenciaba Jackson. El quinto partido en Portland fue otra prueba más de ello, ya que los Bulls tomaron una ventaja inicial que mantuvieron sin dificultad hasta el 119-106 final. Jordan y Pippen habían vuelto a ser los de siempre, el primero con 46 puntos (a pesar de torcerse el tobillo al tropezar con un fotógrafo) y el segundo rozando el triple doble con un 24-11-9. Pero en el sexto los Blazers volvieron a la carga y los Bulls se deshicieron como azucarillos. Jordan y Pippen se borraron del partido, y Portland terminó el tercer cuarto con 15 puntos de ventaja.

Fue el momento de gloria de Phil Jackson, el partido que cimentó su fama futura y lo convirtió definitivamente en algo más que el entrenador de Michael Jordan. Jackson decidió salir en el último cuarto con los suplentes, dejando solamente a Pippen en lo que parecía un gesto de rendición concediendo la derrota. Michael Jordan admitió posteriormente que cuando vio en la pista a B.J. Armstrong, Bobby Hansen, Scott Williams y Stacey King lo último que se esperaba era verlos remontar el partido. Y sin embargo, así fue: con Hansen presionando en defensa y King aportando minutos de calidad, los Blazers

perdieron la compostura y ofrecieron una imagen de fragilidad sorprendente en un equipo que pocos minutos antes tenía la victoria en el bolsillo. Terry Porter y Buck Williams completaron su mala actuación en la final con una serie de errores que metieron a los Bulls en el partido, y aunque seguían por delante en el marcador cuando los titulares volvieron a la cancha, la marea había cambiado. “Ya no jugábamos para ganar, sino para no perder”, admitió Ainge. Jordan felicitó a Hansen al sustituirlo, y a continuación terminó con la agonía de los Blazers. Portland anotó sólo 6 puntos en los últimos 4 minutos, Adelman agotó sus tiempos muertos sin fruto y Michael Jordan dominó la recta final del partido para llevar a los Chicago Bulls a su segundo anillo. “Dos campeonatos consecutivos son la marca de un gran equipo”, les dijo Phil Jackson. “Este segundo título nos pone por encima.” Cuando se enteraron de que los aficionados estaban bailando en la pista, Jackson y Reinsdorf decidieron volver a salir con el trofeo para celebrarlo con ellos. Los altavoces emitieron la canción *Eye in the Sky* (que se usaba cada partido en la presentación del equipo), y los jugadores volvieron al parqué a mezclarse con los aficionados en una fiesta improvisada que duró más de media hora.

No hubo lágrimas de Michael Jordan en 1992. En vez de eso, Jordan encabezó una conga llevando el trofeo de campeones y al terminar subió de un salto a la mesa de anotadores, hizo el gesto de agarrar un palo de golf y levantó ocho dedos en un mensaje dirigido a sus amigos: mañana a las ocho, golf.

Barcelona, 1992

Todo el equipo somos mercenarios, no finjamos que somos otra cosa.

Para los aficionados, el problema de ciertos miembros del equipo olímpico estadounidense con el logotipo de la equipación oficial surgió pocos días antes de la final. En realidad el conflicto se había planteado abiertamente durante el vuelo a Europa, y sus raíces se remontaban al debut de Michael Jordan en la NBA.

En términos estrictamente deportivos, los partidos más interesantes del *Dream Team* tuvieron lugar en los entrenamientos. Michael Jordan llegó a las instalaciones deportivas en La Jolla (California) para la preparación del 22 al 26 de junio deseando disfrutar de su victoria sobre Clyde Drexler. Drexler había entrado en el equipo en el último momento, algunos decían que debido a que el Torneo de las Américas se iba a jugar en Portland, y tuvo que soportar el acoso de Jordan en los entrenamientos. “¿Te resulta familiar algo de esto, Clyde?”, le preguntaba burlescamente. “Cuidado con los triples.” Jordan creía que a Drexler le faltaba agresividad y seguridad en sí mismo, y creyó verlo confirmado el día que éste trajo por error dos zapatillas del pie izquierdo y jugó así porque no se atrevió a reconocer que se había equivocado. Finalmente los entrenadores tuvieron que hablar con Jordan para que le diera cuartelillo, ya que temían que terminara afectando a su moral de manera permanente. Afortunadamente para Drexler pronto llegaron otros rivales que distrajeron la atención de Jordan: el comité había reunido a un equipo de estrellas universitarias como Chris Webber, “Penny” Hardaway o Grant Hill para que jugaran partidillos de entrenamiento a 20 minutos contra el equipo olímpico, y dieron la sorpresa el primer partido, celebrado el 24 de junio, gracias a siete triples de Allan Houston. Pero cometieron el error de celebrar la victoria de

manera ostentosa, abrazándose y dedicando algunas frases desafiantes a los profesionales. El entrenador asistente de ese equipo era Roy Williams, el viejo amigo de Jordan, y durante una partida de golf al día siguiente intentó disculparse ante Daly, Barkley y el propio Jordan. “No te preocupes, entrenador”, le respondió. “Ya nos ocuparemos nosotros de eso mañana.” Antes de empezar el segundo partidillo, Jordan apuntó con el dedo a Houston: “Ése no va a meter siete triples hoy”. Al terminar los 20 minutos de juego los profesionales llevaban 38 puntos de ventaja, que fueron 56 después de que Chuck Daly prolongara el partidillo 10 minutos más. A pesar de las bajas de Larry Bird y John Stockton, el *Dream Team* ganó los seis partidos del Torneo de las Américas por una diferencia mínima de 38 puntos.

Parte del enfado Michael Jordan relacionado con las marcas deportivas procedía del convencimiento de que habían intentado engañarle tomándole por tonto. Cuando exigió en febrero de 1992 que la NBA le devolviera el control de su imagen también presentó simultáneamente una exigencia similar a USA Basketball, así que el comité debía conocer su opinión al respecto. Los jugadores se vieron sorprendidos cuando Dave Gavitt, presidente de USA Basketball, les enseñó los uniformes que se habían diseñado para la entrega de medallas. “Dave, tengo un problema serio con esto”, respondió inmediatamente Jordan, refiriéndose al logotipo de Reebok, patrocinador del equipo olímpico. “Todos tenemos nuestros propios contratos publicitarios. ¿Cómo puedes haber vendido esos derechos y pedirnos ahora que nos pongamos esto?” Sin embargo, cuando Jordan leyó los documentos legales que debía firmar en el vuelo desde EE.UU. a Europa volvió a encontrar una cláusula exigiendo que llevara el chándal de Reebok en el pódium. Michael Jordan tachó esa cláusula y la marcó con sus iniciales, pero en el vuelo de Montecarlo a Barcelona se les comunicó oficialmente que tendrían que vestir los uniformes. “Nunca me pondré algo de Reebok.”

El traslado desde Montecarlo a Barcelona no modificó mucho el ritmo de vida de Michael Jordan y el resto de los olímpicos. Las aburridas ceremonias palaciegas (en una de las cuales hubo que convencer al príncipe Rainiero de que el entrenador Chuck Daly no podía sentarse junto a él todo el partido para explicarle el juego) fueron sustituidas ventajosamente por los actos promocionales de las marcas que anunciaban los diferentes jugadores, pero el

resto permaneció inalterado: golf por las mañanas, por las tardes un entrenamiento ligero y partidas de cartas o visitas a los clubes nocturnos por las noches, todo ello en un ambiente de camaradería y rivalidad amistosa. “Magic” Johnson y Charles Barkley eran los principales responsables de ese buen ambiente, que se había fraguado muchos meses antes en diferentes actos promocionales de la selección, como las sesiones de fotos realizadas durante la temporada. En una de las anécdotas más conocidas, “Magic” advirtió a Bird de que no se acercara demasiado a Jordan para la foto que les iban a sacar a los tres, ya que por mucho menos a él le habían pitado personal en las finales del 91. Y es que Dios dijo hermanos pero no primos, como se pudo comprobar en la pueril competencia por ser el último en llegar a las sesiones de fotos y obligar así a que fueran los demás quienes estuvieran esperando. Chuck Daly tuvo ocasión de experimentar en primera persona la competitividad de Michael Jordan cuando cometió el error de ganarle una partida de golf en Barcelona. Al día siguiente a las 4 de la mañana lo despertó un frenético golpeteo en la puerta de su habitación. “Chuck, soy Michael. Quiero la revancha.”

Esa rivalidad culminó en lo que David Halberstam inmortalizó como “el mejor partido que nadie llegó a ver”, un entrenamiento en el que “Magic” Johnson picó a Michael Jordan más allá de lo prudente. Los escasos testigos difieren en los detalles, y por ejemplo no está claro si fue casual o el resultado de la sugerencia por parte de “Magic” (que ejercía de enlace entre los técnicos y la plantilla) de que el equipo necesitaba un entrenamiento más fuerte. Según algunos fue “Magic” el que provocó la situación, convencido de que Chuck Daly lo asignaba siempre al equipo más débil mientras Jordan siempre formaba pareja con Pippen. “¡Te estoy reventando, MJ¹⁹!” Según otros fue Charles Barkley, a pesar de que “Magic” intentó impedirlo: “Cállate ya, luego no eres tú el que tiene que defenderlo”. Casi coinciden en la composición de los dos equipos: “Magic”, Mullin, Barkley, Robinson y Drexler (o Laettner) por un lado, frente a Jordan, Pippen, Bird, Malone y Ewing por el otro. “Magic” Johnson había empezado el partidillo penetrando y doblando, y su equipo tomó una ventaja de 14-2 ó 14-0. Fue entonces cuando llegaron las burlas, y con ellas la reacción de Jordan. Cogió el balón, fintó, penetró y machacó, y se volvió a su rival. “Te estoy reventando, M.J.”, le

imitó. Empezó a atacar el aro y a defender estrechamente a “Magic”, hablando sin parar. “¿Vas a permitir que te haga eso?”, le espetó a Karl Malone después de un mate de Barkley. Malone respondió con otro mate, y a continuación Barkley provocó una falta y se puso a protestar por unos tiros libres no concedidos. Los jugadores rivalizaban unos contra otros con tanta intensidad que Chuck Daly temió que terminaran lesionándose. “Magic” intentó dar réplica a Jordan, pero éste encadenó 12 ó 16 puntos consecutivos. “¿Dónde estamos, en Montecarlo o en el Chicago Stadium?”, estalló después de que pitaran falta a favor de Jordan. “Te diré dónde estamos”, respondió, “estamos en los noventa, no en los ochenta”. A falta de unos segundos Jordan estaba en la línea de tiros libres, y desde la banda Mike Krzyzewski instruía a su equipo: “Aún queda mucho tiempo”. “Y una mierda”, respondió Jordan. “¡Esto se acabó!” Anotó los dos tiros libres y su equipo ganó por 36-30 cuando Chuck Daly denegó todas las peticiones de alargar el entrenamiento. Alguien le preguntó a Jordan por su necesidad obsesiva de ganar siempre. “Intento convertirlo en costumbre”, bromeó.

Fue el único rival a su altura que encontraría el *Dream Team*. La disolución de la URSS y de Yugoslavia había fragmentado a las selecciones de mayor nivel de Europa, y sólo los anfitriones consiguieron aguantar hasta la segunda parte con un marcador digno. Los demás rivales se dieron por satisfechos con haber compartido la pista con las estrellas de la NBA, que se rotaban para que cada día fuera uno distinto el que se luciera. Jordan y Pippen eligieron el partido contra Croacia, dispuestos a enseñarle a Toni Kukoc lo que le esperaba si se le ocurría dar el salto. Especialmente Pippen, que secó a Kukoc en defensa y posteriormente admitió que a quien habría deseado tener delante era a Jerry Krause. “Scottie tenía a Kukoc totalmente aterrorizado,” declaró Barkley. “Le daba miedo hasta botar el balón.” Como era su costumbre, Jordan prefirió adoptar un tono menos conflictivo. “Era su primer partido contra nosotros y estaba nervioso. Sé que puede hacerlo mejor.” Pero cuando le preguntaron si intentarían hacerlo sentir bienvenido en Chicago sí respondió con dureza. “Creo que ni Scottie ni yo nos dedicamos a dar apoyo psicológico.” Ambos tuvieron palabras más elogiosas para Kukoc después de la final, en la que una Croacia domesticada mejoró su imagen a costa de no perseguir la victoria (a excepción, siempre, de Petrovic), pero a esas alturas

la prensa ya sólo hablaba de un tema: la entrega de medallas y Reebok. El presidente de Nike había comunicado formalmente a Michael Jordan que vestir el uniforme conmemorativo no sería considerado una violación de su contrato de imagen, en un intento mal disimulado por convencerlo de que cediera. Al fin y al cabo, el deporte profesional se nutre de una especie de suspensión del escepticismo por la cual los aficionados dejan en segundo plano los aspectos económicos y fingen creer que clubes y jugadores se mueven por aspectos deportivos. Un boicot hacia la selección nacional que representa a todo el país supondría una ruptura de la cuarta pared en la que Nike tenía poco que ganar. Sin embargo, olvidaba o no comprendía que Jordan no estaba defendiendo a la marca sino a sí mismo, en la forma de unos derechos sobre su imagen que decidía vender a Nike pero que seguían residiendo en él. Era Jordan y no Nike quien no aceptaba esos cambalacheos, en parte por interés (en el futuro, quien adquiriera derechos sobre su imagen sabría que eran realmente exclusivos sin excepción) y en parte por un sentimiento de autonomía. Michael Jordan se había sentido como un trozo de carne demasiadas veces dentro y fuera de las canchas, pero había conseguido que su relación con Nike fuera como deseaba, la que hubiera querido tener con los Bulls. Era un socio y no una propiedad, un príncipe en el reino de Nike.

La relación de Michael Jordan con Nike venía del verano de 1984, cuando dejó la universidad para dar el salto a la NBA. Dean Smith supervisaba el paso a la profesionalidad de todos sus jugadores, y antes incluso de que se declarara oficialmente para el *draft* organizó una serie de reuniones con un grupo selecto de agencias de representación para que Jordan y Sam Perkins pudieran elegir. Una de ellas era ProServ, especializada en tenistas, pero que a través de un joven abogado llamado David Falk se estaba expandiendo hacia el baloncesto. El entrenador Smith tenía una buena relación con ProServ y estaba muy satisfecho del trabajo que habían hecho con James Worthy, pero pocos meses antes la agencia había sufrido la dolorosa separación de sus dos fundadores: Donald Dell se había quedado con el nombre de ProServ, mientras que Frank Craighill había creado Advantage International. Esas dos agencias eran las mejor situadas para obtener los derechos sobre Perkins y Jordan, unos derechos que Dean Smith había dividido en tres categorías (negociaciones contractuales, derechos de imagen y gestión financiera). Smith

insistía en tratar directamente con los presidentes, así que David Falk tuvo que adoptar un rol secundario mientras Donald Dell presentaba la oferta de la agencia, pero aún así ProServ consiguió las tres categorías de derechos sobre Michael Jordan y dos de tres sobre Perkins (Advantage International obtuvo la gestión de sus ingresos). Sin embargo, poco después se produjo una disputa entre Dean Smith y Donald Dell que terminó provocando que Perkins firmara con Advantage International en exclusiva. Dell y Falk sospechaban que Smith había decidido que era mejor que sus dos estrellas firmaran con agencias distintas, mientras que Smith pensaba que ProServ no había mostrado un interés real en Sam Perkins. Fuera como fuese, la relación preferencial con North Carolina terminó, y ProServ no consiguió representar a ningún otro jugador de Dean Smith.

Una vez que Jordan se comprometió con ProServ, pasó a trabajar directamente con David Falk, que le explicó el ambicioso plan que había concebido para gestionar sus derechos de imagen. Uno de los axiomas de la publicidad era que ningún afroamericano podía servir de reclamo para una sociedad estadounidense predominantemente anglosajona, y otro de esos axiomas era que un jugador de un deporte de equipo como el baloncesto no podía servir de reclamo con el mismo impacto que si practicara un deporte individual, como el tenis. David Falk estaba convencido de que esos axiomas ya no eran ciertos, y se apoyaba en ejemplos recientes como el éxito generalizado del actor Bill Cosby. Falk acababa de conseguirle a Worthy un contrato récord de 1,2 millones de dólares con la marca de zapatillas New Balance, y eso le hacía pensar que para una estrella más popular con una marca de primera línea el cielo era el límite. Sólo la falta de visión impedía que Converse y “Magic” Johnson coparan el mercado, y David Falk creía que Michael Jordan tenía el mismo potencial. Cuando se entrevistó con los diferentes fabricantes de calzado deportivo, Falk adoptó la actitud sin precedentes de preguntar qué podían aportar a la imagen de Jordan. Adidas, la marca favorita del joven Mike, apenas se molestó en hacerles una oferta; Converse dominaba el mercado de la NBA, pero no parecían tener muy claro qué hacer con él. Sus anuncios se limitaban a enseñar a las estrellas que tenían bajo contrato con una zapatilla Converse en la mano, lo que incluso su padre James Jordan encontraba vulgar. “¿No tienen ideas nuevas, creativas?”

Afortunadamente, había una empresa que estaba buscando la imagen que representara sus nuevas ideas creativas: Nike.

Nike surgió en Oregón, en 1964, con el nombre Blue Ribbon Sports. El entrenador de atletismo de la Universidad de Oregón, Bill Bowerman, aborrecía el calzado deportivo de la marca Adidas, que era casi el único disponible, y empezó a modificarlo de manera artesanal para adecuarlo a sus necesidades. Poco después él y uno de sus corredores, Phil “Buck” Knight, fundaron la empresa Blue Ribbon para distribuir en EE.UU. las zapatillas de la marca japonesa Onitsuka Tiger, que prácticamente vendían desde el maletero del coche hasta que abrieron su primera tienda en 1966. En 1971 terminó la relación entre Onitsuka y Blue Ribbon, que pasó a denominarse “Nike” con el objetivo de sacar al mercado su propia línea de calzado. Las ideas fundamentales de Knight eran que sus zapatillas combinarían el diseño estadounidense más avanzado con la fabricación a bajo coste en Asia, y que Nike era una empresa “de deportistas y para deportistas”. La búsqueda constante del confort y la sujeción culminó en una suela característica que alcanzó gran popularidad entre los corredores y revolucionó el calzado deportivo a finales de los setenta. Hasta entonces las zapatillas habían sido un producto destinado a la práctica del deporte, pero la moda del *footing* las introdujo al público general y la juventud las adoptó como calzado de uso diario. Nike salió a bolsa en 1980 y sus fundadores se convirtieron en millonarios.

La crisis llegó a mediados de la década de los ochenta, cuando la moda volvió a cambiar y encumbró a una marca de zapatillas de aerobio llamada Reebok. Aunque Nike seguía manteniendo como política oficial la fabricación de zapatillas “de deportistas y para deportistas”, para entonces estaba claro que el auténtico mercado era el calzado *casual* para jóvenes y adolescentes. Nike quería recuperar el primer puesto y para eso necesitaba anticipar cuál sería el siguiente deporte en ponerse de moda, que según algunos ejecutivos de la compañía iba a ser el baloncesto profesional. Uno de esos ejecutivos era Sonny Vaccaro, una controvertida figura del baloncesto de base estadounidense que había sido contratado por Nike en 1978 para que dirigiera su penetración en la NCAA. Vaccaro había conseguido que los entrenadores de las universidades más prestigiosas del país calzaran su marca, y estaba

convencido de que el paso siguiente era la NBA: la liga estaba dejando atrás los escándalos de drogas y creciendo gracias a la llegada de “Magic” y Bird. Pronto firmarían un nuevo contrato televisivo que haría evidente su nueva situación, pero Nike aún estaba a tiempo de adelantarse. En términos de calzado deportivo, la NBA era un reducto de épocas pasadas, y seguía dominada por una marca como Converse, que había desaparecido de otros deportes más populares hacía una década. Nike tenía bajo contrato a unos cuantos jugadores poco reseñables, así que Vaccaro y otros sugirieron que sería más productivo concentrar sus esfuerzos en una sola estrella como imagen de la marca. Converse había copado a todos los grandes jugadores de la NBA, y conseguir robarle alguno saldría demasiado caro, así que era mejor idea apostar por algún *rookie* que aún no se hubiera comprometido con ninguna marca y que apuntara maneras de estrella.

Michael Jordan no compartía el interés de David Falk por Nike. No conocía la marca, las zapatillas que le enseñaron le parecían aparatosas y estrafalarias, y sólo quería saber si le regalarían un coche. Falk había preferido negociar un pago directo inferior a cambio de una serie de bonificaciones, como primas por ventas o el compromiso de una inversión importante en publicidad, mientras Nike incluía una serie de salvaguardas que le permitirían romper el contrato en el caso de que Jordan no consiguiera convertirse en *allstar* o no se clasificara para *playoffs* (en retrospectiva resulta increíble que hubiera un momento en el que esas cláusulas se creyeran necesarias). Por sorprendente que parezca, no estaba siendo fácil que Jordan consiguiera contratos publicitarios de firmas como McDonalds, e incluso el concesionario de Chevrolet en Chicago se había hecho de rogar. El argumento de Falk iba a ser que no compraban solamente el derecho a rodar unos cuantos anuncios o imprimir algunos carteles, sino que al asociarse con la imagen de Jordan recibirían una promoción secundaria de las retransmisiones de los partidos y los anuncios de Nike. Si Jordan anunciaba un producto, cada vez que la imagen de Jordan apareciera en televisión lo haría subir de valor independientemente de si el anuncio era de una empresa u otra. La idea era crear una imagen publicitaria de Jordan con un contenido propio y autónomo al que se asociarían esas marcas. David Falk no era aún consciente de que la realidad superaría con mucho a sus fantasías. “No me importa lo que diga

nadie”, comentaría Jordan años después. “Nadie sabía lo que iba a pasar, ni David Falk ni nadie. Ni yo mismo lo terminé de entender. Si alguien te dice que lo sabía por anticipado, miente.” Michael Jordan era muy escéptico, y fueron Falk y su padre quienes le convencieron para acudir a Oregón a ver la presentación del proyecto de Nike. Allí le proyectaron un vídeo de la idea básica que tenían para la campaña, con imágenes de Jordan en juego sobre la canción “Jump”, de las Pointer Sisters, pero lo que convenció al joven Mike fue la posibilidad de poner en el mercado una zapatilla con su nombre: “Air Jordan”, idea de David Falk después de descartar “Prime Time”. Ningún jugador de baloncesto había dado nombre a una zapatilla desde Chuck Taylor en 1923, y no es de extrañar que “Buzz” Peterson creyera que se había vuelto loco cuando se lo contó.

Nike pretendió realizar una campaña distinta con una estética diferente de sus competidores desde el primer momento, y lo consiguió gracias a las “zapatillas prohibidas”: el calzado originalmente suministrado por la empresa en rojo y negro no se correspondía con el de sus compañeros y la normativa de la NBA exigía que todo el equipo vistiera en colores uniformes. Cuando los Chicago Bulls amenazaron a Michael Jordan con multarle por cada partido que jugara con ese calzado, Nike anunció que pagarían gustosos esa multa y lanzaron inmediatamente una campaña publicitaria sobre “las zapatillas que la NBA no puede impedir que te pongas”. El éxito fue inmediato, aunque algunos periodistas encontraron toda esta historia un poco sospechosa. Resultaba extraño que los Bulls se hubieran arriesgado a enfrentarse con su apuesta de futuro por un tema trivial, y Nike había sacado los anuncios con tanta rapidez como si los hubieran tenido preparados de antemano...

A pesar de ese éxito, el gran salto de Michael Jordan se produjo en 1986. Rob Strasser, de Nike, se habían independizado para crear su propia empresa y le ofreció crear toda una línea de productos con su nombre, y la propia Nike tuvo que hacer lo mismo para evitar perder a uno de sus mejores reclamos en plena crisis. Esto encajaba con los planes de David Falk de crear todo un segmento publicitario alrededor de Jordan, que en previsión de ello se había constituido en empresa con el nombre de Jump Inc. antes incluso de debutar en la NBA. Falk consiguió que Nike aceptara crear una línea de productos Jordan independiente dentro de la empresa, con su propio logotipo (el *jumpman* o

saltador), eslogan y empresa publicitaria. El cambio a la pequeña y dinámica agencia Wieden & Kennedy resultó trascendental. Jim Riswold, el responsable de la campaña, era un aficionado al baloncesto al que habían impresionado unas declaraciones del legendario Bill Russell felicitando a los padres de Jordan por la educación de su hijo. Nadie recordaba un cumplido así viniendo de Russell, y eso llevó a Riswold a pensar que los anuncios anteriores se habían centrado en lo que Michael Jordan hacía en sus canastas y en sus mates. Pero eso la audiencia ya lo podía encontrar en los partidos, así que sería más efectivo si los anuncios complementaran esa imagen ilustrando lo que Jordan era: un joven atractivo, elegante, inteligente y simpático. Riswold tropezó con el medio ideal casi por casualidad, cuando vio una película independiente dirigida y protagonizada por un director novel llamado Spike Lee. La película se titulaba *She's Gotta Have It*, y el personaje interpretado por Lee era un joven obsesionado por el baloncesto y Michael Jordan llamado Mars Blackmon. Spike Lee dirigió una serie de anuncios que revolucionaron la publicidad deportiva y que sentaron la base de su imagen de marca. Eran anuncios frescos y divertidos, y Jordan al lado de Mars Blackmon parecía aún más alto, más atlético y más elegante.

La contribución de Spike Lee fue mucho más allá de popularizar el apodo "Money" o la frase *do you know—do you know—do you know*; Lee estaba intentando transmitir una imagen de la cultura afroamericana urbana muy distinta a la que se tenía en ese momento. Él no veía Brooklyn como un nido de pobreza y droga carente de valor e interés, sino como un crisol de culturas donde negros, italianos, hispanos y asiáticos convivían mejor o peor. Pocos sabían que Spike Lee tenía razón y que esa cultura afroamericana urbana estaba a punto de tomar por asalto el país, y que, cuando lo hiciera, las "Air Jordan" estarían estrechamente unidas a ella. David Falk había apostado porque Michael Jordan saltara la barrera racial y se convirtiera en una imagen sin color, ni blanco ni negro, y hasta cierto punto fue así; pero también sucedió que la comunidad blanca pasó a aceptar esa cultura afroamericana como referente, desde el rap a las zapatillas de deportes.

Esa asociación de la imagen de Jordan no fue siempre positiva, como se demostró en sucesivas polémicas relacionadas con los robos con violencia de productos Nike, el boicot promovido por PUSH o las noticias sobre las

condiciones de trabajo en sus fábricas del sudeste asiático. Michael Jordan sospechaba que estos incidentes se centraron en Nike y no en otros fabricantes de prendas deportivas debido solamente a su fama, lo cual suponía intentar manipular su imagen aprovechando su éxito sin precedentes. Riswold había acertado al apostar por difundir la imagen real de Jordan (dentro de lo que es la publicidad), ya que, a diferencia de los actores o cantantes, su celebridad tenía una base real. Michael Jordan no interpretaba a un deportista de éxito, sino que realmente salía a la cancha y era el jugador más dominante y espectacular del mundo. Nike siguió insistiendo en variaciones sobre este concepto después de la marcha de Spike Lee, e incorporó las circunstancias vitales del jugador en la publicidad, como en el famoso anuncio en el que Charles Barkley insistía en que “yo no soy un modelo de comportamiento”.

Michael Jordan gozaba de amplios poderes para sugerir o rechazar ideas para las campañas publicitarias de Nike. En años posteriores se harían famosos anuncios en los que reflexionaba sobre todos los tiros fallados en su carrera o despertaba de un sueño en el que había estado jugando al béisbol. El anuncio que rodó para los *playoffs* de 1993 se titulaba “What if”: “¿Y si mi nombre no estuviera en los titulares? ¿Y si mi cara no saliera por televisión a cada segundo? ¿Y si no me encontrara una muchedumbre en cada esquina? ¿Y si yo fuera simplemente un jugador de baloncesto? ¿Te lo puedes imaginar? Yo sí puedo”.

¹⁹ Michael Jordan tenía la costumbre de dirigirse a sus amigos por sus iniciales, y de ahí surgió la broma con “Magic” de llamarse el uno al otro “MJ”.

Chicago, 1992

Sabía que sería duro, pero ha sido mucho más duro de lo que esperaba.

David Halberstam creía que la historia de la NBA se dividía en dos partes, antes del *Dream Team* y después. No le faltaba razón, porque 1992 fue el año que David Stern logró su sueño de ver a su liga unirse en igualdad de condiciones con los otros tres grandes deportes profesionales en EE.UU. (béisbol, hockey y fútbol americano). Además, era el único de ellos con proyección internacional y su imagen promocional era Michael Jordan. Un campo de juego reducido y unos uniformes que resaltan más que cubren hacen al baloncesto un deporte muy atractivo visualmente, que permitía incluir a jugador, balón y aro en cualquier fotografía o encuadre televisivo. Las propias características físicas y técnicas de Jordan lucían esplendorosas en la pantalla o el papel satinado de los pósters, mostrando en detalle su exquisito control muscular, el dramatismo de la situación y la tensión concentrada en su rostro. Su propia fisonomía y estatura hace especialmente reconocibles a los jugadores profesionales de baloncesto, y esa exposición íntima y próxima de sus rostros y extremidades hacía aún más fácil convertirlos en iconos. Una generación de aficionados había crecido frotándose la suela de las zapatillas porque era un gesto propio de Bird, y ahora otra generación mucho mayor creció adoptando el hosco “rostro de partido” (*game face*) de Jordan como la manera mejor y casi única de jugar.

Michael Jordan había disfrutado de ese desembarco publicitario en un mundo casi virgen, y también del asombro en los ojos de los demás miembros del *Dream Team* después de convivir con él. Chuck Daly creía conocerlo después de tantos enfrentamientos en *playoffs*, pero incluso él quedó sorprendido por su patente superioridad sobre esas otras estrellas de la NBA

en cada entrenamiento. Sin embargo, en retrospectiva Jordan terminó por creer que su presencia en la selección olímpica había tenido un precio: había mostrado sus cartas. Charles Barkley por fin consiguió el traspaso que quería, de Philadelphia a Phoenix, y formar parte de un equipo competitivo pareció darle nuevas alas y convertir a los Suns en claros aspirantes al anillo. Pero Jordan creía que parte de ello se debía a las semanas compartiendo vestuario con el equipo nacional. Barkley pensaba que durante su carrera había dado el 100% en pos de la victoria, pero al ver a Jordan se dio cuenta de lo que le faltaba, y de que ganar exigía un compromiso mayor de lo que él creía.

Los Bulls no estaban en la mejor situación para afrontar ese desafío. Jordan y Pippen sufrieron molestias físicas durante toda la temporada que se achacaron al cansancio de los Juegos Olímpicos, mientras que John Paxson y Bill Cartwright habían vuelto a pasar por el quirófano y no recuperaron su nivel de juego anterior. El banquillo seguía sin ser la solución, porque al pasar B.J. Armstrong a titular en sustitución de Paxson quedaba compuesto casi exclusivamente por especialistas como Trent Tucker, un triplista llegado para sustituir a Craig Hodges. Phil Jackson se estaba ganando una reputación de entrenador capaz de sacar rendimiento a ese tipo de jugadores, alternando por ejemplo a Stacey King, Scott Williams y Will Perdue en el puesto de cinco según buscara anotación, defensa o intimidación; pero se trataba de recursos puntuales para un momento de partido y no servían para descargar de minutos a los jugadores fundamentales. Los Bulls habían fichado al veterano alero Rodney McCray buscando esa aportación, pero fracasó, igual que antes había fracasado Dennis Hopson. “Jordan destruyó su confianza en sí mismo”, comentaba un miembro de la franquicia, “y para el final de la temporada no era capaz de meter ni una bandeja”.

El paso por el *Dream Team* también aumentó las tensiones en el vestuario, especialmente con un Horace Grant que en pretemporada montó en cólera al saber que Pippen y Jordan quedaban excusados de algunos de los ejercicios más fatigosos. Pippen había demostrado en Barcelona ser una auténtica estrella, y eso terminó de convencerle de que seguir el camino de Jordan había sido un acierto. Eso no significaba que dejara de criticarlo cuando pensaba que se equivocaba, como el partido contra los Orlando Magic en el que Jordan anotó 64 puntos pero los Bulls perdieron en la prórroga. Era evidente que

Michael Jordan estaba decidido a demostrar su superioridad sobre la nueva generación de jóvenes estrellas, yendo a taponar a Shaquille O'Neal o a robarle el balón a Billy Owens en sus primeros enfrentamientos, y Pippen declaró públicamente que centrarse en ese tipo de desafíos individuales no era productivo para el equipo. Pero esas declaraciones no cambiaban el hecho de que Jordan y Pippen se encontraban cada vez más cómodos jugando juntos y que habían establecido una especie de reparto de roles en el vestuario: Jordan era el "poli malo" que abroncaba a quienes jugaban mal, mientras que Pippen era el "poli bueno" que les daba ánimos y les sugería cómo mejorar. Mientras, Horace Grant se dejaba los pulmones en defensa, donde constantemente tenía que salir a la ayuda en el perímetro y luego recuperar al interior, sin obtener recompensa. Casi nunca se hacía jugada para que anotara, los medios apenas le prestaban atención y Jordan no escondía su desdén. A pesar de que se había convertido en un jugador fundamental (sobre todo en defensa y rebote), no se había ganado el respeto de la estrella del equipo como sí lo había logrado Pippen. Jordan parecía disfrutar humillándolo en público, como en una ocasión en el avión de los Bulls cuando agarró la bandeja con la cena de Grant y la arrojó al suelo, gritando que tal y como había jugado en el partido no se merecía comer.

La publicación de *The Jordan Rules* había empeorado las cosas. Para Michael Jordan había sido especialmente doloroso que las críticas procedieran de "la familia", es decir, del interior del equipo, que había proporcionado a Sam Smith los datos para escribir su libro. Phil Jackson había intentado hablar con Horace Grant sobre su ingenuidad ante los medios, que intentaban poner palabras en su boca y hacerle preguntas-trampa cuyas respuestas pudieran sacar de contexto. Grant se defendía alegando que nunca había dicho nada que fuera mentira, pero Jackson pensaba que estaba eludiendo afrontar el tema central de que los temas del equipo se debían resolver en la intimidad del vestuario. Después de la publicación del libro y de los escándalos sobre sus apuestas con miembros del hampa, Michael Jordan se había recluso aún más y era difícil verlo fuera de su habitación de hotel. Los Bulls no habían renovado a Cliff Levingston (meses más tarde Jerry Krause acudió a la Final Four de la Euroliga, donde se enfrentaron Levingston y Toni Kukoc con victoria de éste último), pero Jordan había encontrado un

nuevo amigo en Darrell Walker, un veterano base contratado a mitad de temporada. Walker era un especialista defensivo (durante su etapa en los Knicks se decía que su mecánica de tiro había hecho prorrumpir en llanto a los entrenadores) apodado “leopardo” por los arañazos que dejaba en los rivales, y se unió al reducido grupo de jugadores que fueron capaces de defender a Jordan en los entrenamientos. Así se ganó sus simpatías, y era prácticamente el único miembro de la plantilla con el que tenía contacto fuera de la pista.

Las lesiones de algunos titulares y el bajo rendimiento del banquillo obligó a Michael Jordan a realizar un esfuerzo suplementario y a moverse en números olvidados desde los tiempos de Doug Collins, algo que en su opinión la prensa no le reconocía: cuando a final de temporada algunos periodistas comentaron que había superado los 2.000 tiros a canasta, él respondió irritado que nadie mencionaba que también había liderado la NBA en balones robados. Sobre todo porque esas marcas se lograron superando más lesiones y molestias de lo que se supo entonces, ya que Jordan consideraba que admitir en público cualquier tipo de limitación era ofrecer una posible ventaja al rival. Así, durante mucho tiempo no se supo que había sufrido una fractura de pómulo, ya que ponerse la máscara protectora de rigor hubiera sido como colocarse el cartel de “vulnerable”. En cambio, la prensa celebraba hasta el delirio su superación de molestias extradeportivas, tales como resfriados o diarreas. El extremo llegó en marzo de 1993, cuando la victoria sobre los Sonics se presentó como un triunfo sobre una infección que había llegado a provocar su hospitalización y a poner en peligro su vida (se trataba de un caso de pie de atleta). Más allá de exageraciones periodísticas, la capacidad de Jordan para ignorar el dolor era muy real, como pudo comprobar el propio Jerry Krause en diciembre de 1986, cuando Michael Jordan anotó 43 puntos frente a los Spurs a pesar de una infección en un dedo del pie que le había sajado el médico la noche anterior. “La sangre salpicó toda la habitación, fue lo más asqueroso que he visto”, recordaba Krause. Jordan ignoró los tres días de descanso necesarios, y se hizo frecuente verle salir de un partido con muletas y seguir jugando. En diciembre de 1992 fue una fascitis plantar que no le impidió realizar una de las jugadas más espectaculares de su carrera, su clásico mate al rebote de un tiro libre cuando el defensor se distraía. En febrero un esguince de tobillo contra los Bucks le obligó a coger las muletas, y

dos días después estaba jugando en Orlando. En primera ronda de *playoffs* contra los Hawks sufrió el peor susto cuando resbaló en una mancha de sudor: “Oí que algo se rompió y pensé que era el tendón”. Afortunadamente sólo era el esparadrapo del tobillo, pero no tuvo la misma suerte contra los Cavs, cuando la inflamación de la muñeca derecha le obligó a lanzar varios tiros libres con la mano izquierda. Para Jordan nada de eso era digno de admiración, sino un simple ejercicio de profesionalidad, algo que el equipo podía exigirle en virtud de su contrato. Quizás fuera por eso que a veces mostraba poca paciencia con las molestias de sus compañeros, como cuando Horace Grant insinuó que no estaba en disposición de jugar debido a un dolor de cabeza. “Tómame una aspirina”, le cortó.

Esa interminable serie de problemas físicos impidió a los Bulls establecer un ritmo de juego como habían hecho la temporada anterior, y su balance de victorias se resintió. Además, Phil Jackson se vio obligado a renunciar a la defensa presionante que había sido su mejor arma debido a que suponía un desgaste excesivo para los titulares, pero el equipo estaba hecho para defender y correr, así que el cambio a un juego más lento supuso renunciar a un gran número de canastas fáciles. Ese juego más trabajoso se combinaba con cierta sensación de rutina después de ganar dos campeonatos, y producía un ambiente de hastío en el vestuario; no es casual que Jordan prefiriera relacionarse con Walker y Tucker, quienes vivían la temporada con la ilusión de ganar su primer anillo, a pesar de que él mismo comentaba cada vez con mayor frecuencia que el baloncesto había dejado de ser un refugio y una diversión. En esas circunstancias adversas fue cuando se empezó a percibir un mayor liderazgo de Michael Jordan sobre sus compañeros. En el pasado, Jordan se había señalado por su torpeza a la hora de tomar el pulso del vestuario y encontrar las palabras adecuadas para obtener la reacción que deseaba, pero justamente en esta temporada mostró una notable precisión para tocar las teclas adecuadas con una sola frase. Así, un día estaba en el vestuario escuchando las quejas de Grant y Armstrong por tener que entrenar al día siguiente de volver de una larga gira por el Oeste, y al pasar por delante de ellos dijo solamente: “Vamos, millonarios”. Del mismo modo, sus declaraciones a la prensa sobre el dilema táctico que afrontaba Phil Jackson resultaban sorprendentemente elaboradas comparadas con las que había hecho

en el pasado. “Nos arriesgamos a quedarnos sin piernas”, declaró. “Aun así, creo que no es el momento de ser conservadores. Cuando intentamos jugar más lento, nos volvemos demasiado deliberados.” Jordan no estaba de acuerdo con el sistema de contraataque por cuatro calles instaurado por Jackson, pero comprendía sus razones y reconocía que estaba ejecutando demasiados tiros. “Muchos son tiros tontos. No hay otra palabra, son tontos. La cuestión es por qué.”

Los Chicago Bulls dieron la sensación de no intentar siquiera luchar por el mejor récord de la NBA y terminaron con 57 victorias, diez menos que la temporada anterior y por detrás no sólo de los Phoenix Suns de Charles Barkley sino también de los New York Knicks de Pat Riley. Pero cuando empezaron los *playoffs* volvió el fuego a los ojos de un Michael Jordan que parecía poder cambiar de marcha a voluntad. Ya lo había anunciado cuando perdieron el factor cancha en el penúltimo partido de la fase regular: “Estaremos mejor cuando sintamos el desafío de los *playoffs*. Sabemos que lo más duro son estos 82 partidos, y después nos rejuveneceremos”. Tenía razón. La primera ronda contra los Atlanta Hawks se intentó vender como el enfrentamiento entre Jordan y Dominique Wilkins, pero los Hawks ya no estaban en disposición de plantar cara a los Bulls. El único momento de intriga vino por una fea caída de Michael Jordan, afortunadamente sin consecuencias, y en segunda ronda se volvieron a encontrar con sus viejos amigos, los Cleveland Cavaliers. Al igual que los Hawks, los Cavs estaban llegando al final de una etapa, en su caso la de Mark Price y Brad Daugherty, y soñaban con dar la sorpresa de superar por fin a su archienemigo Michael Jordan gracias al fichaje de Gerald Wilkins. Curiosamente, ese fichaje se lo debían agradecer a David Falk, que había convencido a Wilkins de rechazar la oferta de renovación de los Knicks y salir al mercado como agente libre en lo que resultó un grave error de cálculo. Las ofertas no cuajaron, y al final Gerald Wilkins tuvo que fichar por una miseria en el único equipo que aún tenía hueco. Para los Cavs supuso conseguir al alero atlético que habían estado buscando desde la marcha de Ron Harper, y Wilkins declaró públicamente que se iba a convertir en la clave para derrotar a los Bulls, apodándose a sí mismo como *Jordan stopper* en referencia a su defensa el año anterior con los Knicks.

El resultado fue ligeramente decepcionante, a pesar de que Jordan volvió a eliminar a los Cavs con una canasta en el último segundo por encima de Wilkins (apodada *The Shot II*). Pero esa eliminación se produjo por un contundente 4-0, así que carecía de dramatismo. Michael Jordan sufría una lesión de muñeca que según sus declaraciones le hacía difícil coger el ritmo del partido, pero cuando llegaban los momentos importantes en la segunda parte tomaba el control con total dominio. Aficionados y periodistas estaban un tanto desconcertados con el rendimiento de los Bulls: al comienzo de la temporada eran los favoritos para llegar a la final, pero su irregularidad había hecho que los pronósticos apostaran por los Knicks. Sin embargo, una vez en *playoffs* volvían a recordar a los Bulls intratables de las dos temporadas anteriores; nadie esperaba que Hawks o Cavs les pusieran en dificultades, pero la autoridad con la que los habían despachado por la vía ejecutiva proyectaba una sombra de duda sobre las posibilidades de los Knicks.

Durante mucho tiempo se especuló sobre los rumores poco creíbles que afirmaban que Michael Jordan había encargado a David Falk que debilitara a unos Knicks que les habían puesto en serios aprietos la temporada anterior. Al fin y al cabo era el agente de Gerald Wilkins y Xavier McDaniel, dos titulares fundamentales de ese equipo que habían rechazado las ofertas de renovación que les presentó la franquicia, y sin ellos el potencial de la plantilla se veía sensiblemente reducido. Sin embargo, Pat Riley había creado un equipo orientado exclusivamente para derrotar a los Bulls, y confiaba en que esta vez tendría éxito. Para ello había fichado al veterano Rolando Blackman, un escolta que en Dallas había destacado como defensor de Jordan, y había puesto como objetivo conseguir la ventaja del factor cancha, ya que el año anterior había resultado decisivo en el séptimo partido. Pero el auténtico corazón de los Knicks era John Starks, un escolta surgido del extrarradio marginal de la CBA para convertirse en el favorito de la grada del Madison. Era un jugador irregular con unas carencias evidentes, pero las compensaba sobradamente con el tipo de agresividad y juego atlético que adoran los neoyorquinos, y en los dos primeros partidos salió a morder con una intensidad que contagió a sus compañeros. Michael Jordan no fue capaz de superar su defensa y completó dos actuaciones muy mediocres, con lo que los Bulls se encontraron abajo 0-2 antes de darse cuenta de lo que estaba pasando.

Además de la agresividad y el juego de contactos, los Knicks estaban consiguiendo cerrar la zona a las penetraciones de Jordan o Pippen a la vez que punteaban los tiros exteriores, y la historia se resumía en el espectacular mate de John Starks en el segundo partido. “Cuando remonté la línea de fondo, tuve un segundo para pensar en lo que iba a hacer”, recordaba. “Me dejaron un hueco, y estaba tan cargado de energía que simplemente despegué”. Mientras, Jordan se veía obligado a disculparse ante sus compañeros por su bajísimo rendimiento.

El baloncesto pasó a segundo plano cuando el *New York Times* publicó que Jordan había sido visto en un casino de Atlantic City a las 2:30 de la madrugada del día del segundo partido. Esta noticia venía a coincidir con la distribución a la prensa de un libro escrito por Richard Esquinas, otro personaje de dudosa catadura, que afirmaba que Michael Jordan había perdido más de un millón de dólares apostando contra él al golf en septiembre de 1991. Inmediatamente se desató la especulación sobre una posible ludopatía o adicción al juego por parte del jugador, que según algunos periodistas demostraba haber perdido el control sobre esa afición si había llegado al punto de permitir que la falta de descanso afectara a su rendimiento en la cancha. Una emisora de televisión local de Chicago aprovechó una rueda de prensa para hacerle una serie de preguntas que vinculaban estos incidentes con los sucedidos el año anterior, y Jordan estalló. Abandonó la rueda de prensa visiblemente enfadado y anunció que no haría ninguna declaración ni respondería ninguna pregunta en lo que quedaba de *playoffs*. Es James Jordan, su padre, quien acudió al quite declarando repetidamente que la idea de la excursión a Atlantic City fue suya y que convenció a su hijo de que así se despejaría después de su mala actuación en el primer partido. Nadie lo cree, igual que nadie creyó a Michael Jordan cuando afirmó que había vuelto al hotel antes de medianoche, o que sus deudas con Richard Esquinas eran menos de la mitad de lo declarado por éste; después de la serie de mentiras sobre su relación con James Bouler y el dinero que le había entregado, la palabra de Jordan sobre estos temas no tiene apenas credibilidad. La tormenta mediática no amainaba, y se produjo la extraña circunstancia de que en el descanso de uno de los partidos Bob Costas entrevistó a David Stern en relación con este tema mientras por el pinganillo un ejecutivo de la NB (que poseía los

derechos televisivos y no deseaba enturbiar su imagen) le abroncaba por el tono incisivo de sus preguntas. Michael Jordan lo consideraba una intolerable intromisión en su vida privada, y no comprendía que era inevitable pensar en la ludopatía cuando no le bastaba la emoción de una final de conferencia y necesitaba una noche en el casino. Finalmente tuvo que ceder, y concedió una entrevista algunas semanas más tarde a su amigo Ahmad Rashad, que tuvo buen cuidado de evitar cualquier pregunta crítica o comprometida. Jordan negó que el juego fuera un problema de cualquier tipo e insinuó la posibilidad de abandonar la práctica profesional del baloncesto en un futuro no lejano. En ese momento, sin embargo, el mayor impacto lo produjo la propia imagen del jugador, delante de un fondo negro y escondido tras unas gafas oscuras que le daban un aspecto hosco de apostador profesional o gánster.

Como refugio cada vez más reducido, el baloncesto. Michael Jordan volvió a tener otra noche aciaga en el tiro con 3 de 18 en el tercer partido (“ahora sé lo que siente Darrell Walker”, declaró), pero esta vez estaba preparado. En lugar de obcecarse con seguir tirando para desmentir los rumores sobre su bajo rendimiento atribuido a sus noches de juego, Jordan se dedicó a asistir a Pippen y Paxson, que desarbolaron a los Knicks. Los Bulls aplicaron una defensa férrea, y en ataque se confiaron a un Scottie Pippen que buscaba su reivindicación. Los Knicks creían, como los Pistons, que Pippen podía ser intimidado mediante el juego físico, pero éste deseaba demostrar que esos días quedaban ya muy lejos. Sus diez canastas de doce tiros lideraron a los Bulls en una aplastante victoria por 103-83, y la eliminatoria quedó sentenciada a pesar de que quedaba mucho por jugar. En la rueda de prensa posterior al partido Ewing intentó quitar hierro a la derrota, afirmando que con la ventaja de campo a favor los Knicks no necesitaban ganar ninguno de los tres partidos en Chicago, y los Bulls vieron el miedo en sus ojos. Pat Ewing se estaba preparando para perder los tres partidos, y esa renuncia revelaba una debilidad que iban a explotar.

Michael Jordan decidió cambiar de estrategia. Los Knicks habían pagado la escalada de tensión en su defensa con expulsiones, Greg Anthony en el segundo partido y John Starks en el tercero, pero a cambio habían logrado descentrarle hasta el extremo de amenazar a Anthony (con el que ya había tenido un choque el año anterior): “Si me lo encuentro fuera, saldaremos

cuentas”. Jordan se pasaba más tiempo intercambiando codazos y encarándose con sus defensores que anotando canastas, y decidió que el cuarto partido iba a ser diferente. En lugar de seguir intentando penetrar en la zona, Michael Jordan optó por el lanzamiento exterior, ya que así evitaba enredarse con los defensores. El resultado fueron 54 puntos con 5/6 en triples, y una nueva victoria de los Bulls para empatar la serie. A pesar de la exhibición de Jordan, Chicago seguía mostrando problemas para atacar en estático, pero la vuelta a una defensa más presionante causaba muchos problemas a los Knicks y permitía que los Bulls robaran balones que se convertían en fáciles contraataques.

De vuelta en Nueva York, Jordan repitió la táctica del tercer partido renunciando a su anotación personal para buscar a sus compañeros, especialmente a un Scottie Pippen que hizo una primera parte espectacular. Fue al final del tercer cuarto cuando Michael Jordan tomó el control con 17 puntos consecutivos, que no fueron suficientes para despegarse de unos Knicks que seguían pisándoles los talones en el marcador hasta el triple final de Armstrong desde la esquina a pase de Jordan. El partido se decidió en el último ataque de los locales, una secuencia hipnótica en la que el alero Charles Smith intentó hasta cuatro veces levantarse desde debajo del aro para ver cómo Jordan, Pippen y Grant taponaban sus cuatro intentos y aseguraban la victoria de Chicago por 97-94. Smith había intentado imitar la pose de duro de Anthony Mason, encarándose con los rivales y negándose a estrecharles la mano en la presentación, pero su imagen de impotencia y falta de contundencia en el momento decisivo terminó convirtiéndose en el retrato de unos Knicks correosos a los que terminó faltándoles serenidad y voluntad de imponerse. Enfrente, Michael Jordan firmó un triple doble con 29 puntos, 14 asistencias y 10 rebotes para devolver la serie a Chicago para el sexto y definitivo encuentro.

Estaba claro que los Bulls no iban a desaprovechar la oportunidad, y tomaron una ventaja desde el principio que ya no cedieron. Michael Jordan fue de más a menos, con un comienzo muy efectivo que se fue diluyendo a base de protestas y peleas contra los rivales, especialmente un “Doc” Rivers que le hizo un gran marcaje y permitió que New York llegara con opciones al último cuarto. Ahí surgió Scottie Pippen, que se había convertido en la auténtica

estrella de los Bulls durante la eliminatoria y anotó dos tiros exteriores para asegurar la victoria. Los Chicago Bulls jugarían su tercera final consecutiva, pero por primera vez el factor cancha correspondería a su rival, los Phoenix Suns. Antes de viajar a Arizona, Phil Jackson insistió en la importancia de ganar al menos uno de los partidos para recuperar la ventaja de campo lo antes posible. “¿Sólo uno?”, respondió Jordan. “No te preocupes, entrenador, ganaremos los dos.”

Fueron unas finales extrañas, en las que, como sucediera durante todos los *playoffs*, el baloncesto pareció quedar en segunda fila. Era el precio del éxito del *Dream Team*, que había disparado la atención por el baloncesto, incluyendo aspectos más propios de la prensa rosa. Por un lado estaba Charles Barkley, con sus declaraciones inapropiadas y sus citas con Madonna; por el otro estaba Michael Jordan, con su boicot a la prensa y los rumores sobre sus apuestas (fue durante el intermedio del primer partido de la final cuando se emitió la entrevista grabada con Ahmad Rashad); y luego estaba la amistad entre ambos, que Scottie Pippen describió como que “Barkley le besa el culo a Michael”. Durante toda la final se especuló con el impacto que esa amistad podría estar teniendo en el rendimiento de Barkley (nunca en el de Jordan, cuya actitud seguía siendo la de no tomar prisioneros), que reconocía sorprendentemente sentirse inferior a su rival y amigo. Buena parte de las dudas sobre la concentración de Barkley procedían del primer partido, en el que Horace Grant lo defendió brillantemente para dejarlo en 9/25 tiros de campo. Mientras, Johnny Bach había diseñado una defensa para anular a la otra estrella de Phoenix, el base Kevin Johnson, a quien B.J. Armstrong conducía hacia un bosque de brazos cuando intentaba penetrar a canasta. Johnson se quedó en cuatro canastas de trece intentos, y mientras los dos mejores jugadores de los Suns naufragaban lastimosamente, Jordan y Pippen se exhibían en la otra canasta en una cómoda victoria por 100-92 que zanjaba el tema de la ventaja de campo.

La situación se volvió desesperada para los Suns en el segundo partido. Charles Barkley se recuperó de su mala actuación anterior y se fue a los 42 puntos para liderar la remontada, pero Michael Jordan le respondió canasta a canasta en una final que se presentaba como el enfrentamiento en la cumbre entre esos dos jugadores. Sin embargo, con ese empate fueron sus compañeros

quienes marcaron la diferencia, especialmente la defensa de perímetro de los Bulls que secó casi totalmente a Kevin Johnson y Dan Majerle. El último cuarto fue humillante para “KJ”, abucheado por su propio público y sustituido por un jornalero como Frank Johnson ante su incapacidad para conducir el balón. Los Phoenix Suns se convertían en el primer equipo en la historia de la NBA que perdía los dos primeros partidos de una final en casa, y viajaban a Chicago con la expectativa de una barrida brutal. Sin embargo, el tercer partido se convirtió en un maratón interminable en el que los Suns impusieron su mayor profundidad de banquillo para lograr la victoria después de tres prórrogas. El partido cambió la dinámica de la serie y sirvió para redimir a Kevin Johnson, que dirigió a su equipo con brillantez y defendió a Jordan con eficacia. La decisión de su entrenador de poner a marcar a la estrella rival al jugador en peor situación anímica parecía una locura, pero resultó todo un acierto: aunque Jordan anotó 44 puntos sus porcentajes fueron malos, y en el momento decisivo durante el último cuarto y las prórrogas falló casi todos sus tiros para convertirse en una de las claves de la derrota de los Bulls.

Esa noche, Michael Jordan fue incapaz de acostarse, y permaneció jugando a las cartas hasta la madrugada con Adolph Shiver, Quinn Buckner, Ahmad Rashad y “Magic” Johnson. Éste se dedicó a pincharle, alabando la defensa de Kevin Johnson y burlándose de las dificultades que le había causado hasta que Jordan saltó. “OK, MJ. Cree que me ha frenado”, respondió con agitación. “Bueno, pues ya veremos si me frena el próximo partido.” Durante la temporada había sido evidente que Jordan usaba desafíos reales o imaginados para motivarse cada noche superando la rutina y el cansancio: taponar a Shaquille O’Neal, robarle el balón a Billy Owens, anotar en la primera parte tantos puntos como le metiera LaBradford Smith (un escolta de los Bullets de poco renombre que tuvo la mala suerte de hacer un buen partido contra los Bulls) en su enfrentamiento anterior. Michael Jordan se sentía insultado al leer que su defensor había logrado frenarle cuando había anotado 44 puntos, ignorando deliberadamente las circunstancias reales del partido, y respondió con una actuación que recordaba tiempos pasados. Michael Jordan ignoró a sus compañeros y se convirtió en la imparable máquina de anotar en individual que había sido años atrás, con 55 puntos que suponían la segunda anotación más alta en una final de la NBA. Especialmente en el segundo

cuarto, en el que atacó la defensa de Majerle y Johnson para anotar 22 puntos en una serie de penetraciones y tiros exteriores que los Suns no pudieron parar en ningún momento. Charles Barkley (a quien habían tenido que extraer líquido sinovial del codo antes del tercer partido) mantuvo a su equipo hasta el final con un triple doble espectacular, pero Jordan remató su actuación con una canasta final forzando la falta de un Barkley que quedó de rodillas sobre la cancha. En un gesto revelador, Jordan apartó a B.J. Armstrong para celebrar la canasta decisiva a solas delante de su público, y luego abandonó el pabellón a toda velocidad para jugar 18 hoyos de golf y quedarse hasta las tantas en otra partida de cartas con “Magic”, Buckner y Rashad.

Con un 3-1 a su favor, el quinto partido se afrontaba en Chicago con la ciudad tomada por la policía en previsión de incidentes durante la celebración de lo que se anticipaba como el triunfo definitivo. Los Suns tenían otra idea, y por primera vez en la serie salieron a ganar desde el primer minuto, tomando ventaja en el arranque y no cediéndola hasta el final. Michael Jordan se fue a los 41 puntos, pero ninguno de sus compañeros acudió en su apoyo. En el vestuario durante el descanso, Jordan lloró y maldijo como en los negros días contra los Pistons: “No quiero volver a Phoenix, si perdemos este partido tendréis que ir solos”. Nadie más dio un paso adelante, y Jordan abandonó precipitadamente el estadio sin querer hablar con nadie en cuanto terminó el partido con el marcador de 98-108. La derrota cayó como un jarro de agua fría en el vestuario de Chicago. Perder dos de tres partidos en casa para devolver la ventaja de cancha al rival no era algo que sucediera a los Bulls, era algo que los Bulls hacían a los demás. Las circunstancias de la derrota, además, hacían temer la reacción de Jordan después de su evidente enfado por el bajo rendimiento de sus compañeros en el quinto partido. Sin embargo, su respuesta los cogió a todos por sorpresa, y demostró cuánto había progresado en la comprensión de su papel como líder del equipo. Entró en el avión de los Bulls con un enorme puro en la boca y saludando a sus compañeros sin el menor atisbo de enfado. “Buenos días, campeones. Ahora vayamos a Phoenix a patear unos cuantos culos y ganar un anillo.”

Barkley intentó calentar el partido declarando que el destino de los Suns era ganar el campeonato, pero Jordan respondió con tres de cuatro triples para poner a los Bulls por delante en el partido. Chicago mantuvo la ventaja hasta

el último cuarto, pero 7 minutos sin anotar debido a una defensa numantina de los Suns permitió que los locales tomaran la delantera en el marcador. Con los Bulls 4 puntos abajo y posesión para Suns a falta de 50 segundos se vislumbraba la derrota, pero Michael Jordan capturó el rebote defensivo y anotó un relampagueante costa-a-costa para poner el 96-98 en el marcador. Una gran defensa de los Bulls les permitió recuperar el balón, y una vez más Jordan se encontró ante la jugada decisiva con 14 segundos por jugar. Kevin Johnson lo obligó a soltar el balón, y Pippen finalizó su penetración con un pase a Horace Grant en la línea de fondo. No era una buena elección, ya que Grant había fallado todos sus lanzamientos en el partido, pero en lugar de forzar el tiro devolvió el balón a John Paxson, totalmente solo en la línea de tres y que con su triple dio la victoria a los Bulls después de que Grant rematara su momento de gloria con un contundente tapón sobre el intento final de los Suns.

Durante la temporada, Michael Jordan había mencionado varias veces que su motivación era un tercer campeonato consecutivo, el “triple” que no habían conseguido ni “Magic”, ni Bird, ni Isiah. En la entrevista con Ahmad Rashad había especulado con la dificultad de encontrar más desafíos, y un periódico de Chicago llegó a publicar una lista con sugerencias de tareas imposibles para Jordan si lograba el anillo, como por ejemplo lograr explicar la diferencia entre Carolina del Norte y Carolina del Sur o encestar el tiro final de su legendario anuncio con Larry Bird para McDonalds. No fue necesario.

Ese verano dos delincuentes se encargarían de resolver el tema.

Purgatorio, 1993-95

Están diciendo algo sobre su padre en televisión.

Especular sobre los motivos que llevaron a Michael Jordan a retirarse intempestivamente en otoño de 1993 es recorrer un camino en el que después de cada paso la meta queda más lejos. Uno de los principales argumentos era que ya no le quedaba nada por demostrar después de su tercer campeonato consecutivo, superando así a “Magic”, Larry e Isiah; pero según el propio Jordan sus intenciones cristalizaron durante la temporada, y ha llegado a afirmar que tomó la decisión antes de la final. Muy probablemente debido a sus propias dudas y confusiones en unos momentos de gran tensión emocional, las diferentes explicaciones que ha ofrecido resultan contradictorias y hacen difícil estar seguro de nada.

Michael Jordan había fantaseado sobre la retirada, algo habitual en las estrellas de la NBA que a menudo hablan de marcharse jóvenes antes de que su nivel de juego se deteriore, aunque lo habitual es que esas declaraciones de intenciones se queden en nada y sigan en activo hasta superar los 35 años. Probablemente esa sea la razón por la cual ninguno de sus compañeros prestó atención a los comentarios de Michael Jordan, que quizás no fueran más que un desahogo de la presión de los medios y la competición. Era innegable que la temporada 92-93 había supuesto para Jordan un desgaste mayor que las anteriores en todos los aspectos. Su estado físico y el del equipo se habían deteriorado, exigiendo un esfuerzo para superar las bajas médicas y las molestias de quienes aún estaban en activo, y además los Bulls habían empezado a mostrar los síntomas de lo que Pat Riley denominaba “the disease of more”: los miembros del equipo sublimaban sus deseos individuales para perseguir el éxito colectivo, pero una vez alcanzado éste desaparecía la motivación para el sacrificio y empezaban las exigencias. Pippen quería más dinero, Grant más tiros, Armstrong más minutos, siempre más. Incluso Scott

Williams y Will Perdue dejaban de estar satisfechos con su papel secundario. Entre los problemas físicos y las quejas de sus compañeros, el vestuario había dejado de ser un refugio. “La mayor lección de tener éxito es que tú no cambias, cambia la gente a tu alrededor”, declaró. “Los entrenamientos empezaron a parecerme aburridos. Cuando eso sucedió, supe que se acercaba el momento de irme. Los entrenamientos siempre habían sido la parte más divertida para mí. Me levantaba con ganas de ir porque de esa competición surgía el desafío. No eran algo que tenía que hacer.” Jordan comprendía que los problemas físicos habían hecho imposible mantener el ritmo de trabajo de otros años, pero eso no cambiaba sus conclusiones. “Nadie más parecía tomarse los entrenamientos como yo, dejó de ser divertido y por tanto me quedé sin nada que hacer.”

Había que añadir la creciente presión de la prensa, que desde que dejó de ser un simpático perdedor había tomado un giro negativo. Algunos miembros de su entorno ya habían avisado de que Jordan estaba cansado de que cada uno de sus actos fuera analizado y criticado, y de que existía el riesgo de que terminara haciéndole huir del baloncesto. Lo había soportado para alcanzar la victoria, pero una vez conquistado el anillo se planteaba si realmente valía la pena. En cierto sentido era una variante de “la enfermedad de más” que mencionaba Riley: Jordan se había sacrificado para ganar, pero después surgía con más fuerza el deseo de más tiempo, más descanso, más intimidad. No fue por casualidad que esa temporada su antiguo entrenador Dean Smoth acudiese a Chicago por primera vez a ver un partido de Jordan en los Bulls; sospechaba que el fin podía estar cerca, y no era el único. “Siempre pensé que seguiría jugando hasta que cambiáramos de pabellón”, recordaba Reinsdorf. “Me cogió de sorpresa. Debí reconocer las señales, la tensión del campeonato después de la Olimpiada, cuando no tuvo descanso ese verano, los rumores sobre apuestas. Pero recuerdo cómo estaba en el avión volviendo de Phoenix después del tercer anillo, fumando un puro y diciendo que íbamos a ganar seis o siete campeonatos.”

La muerte de su padre precipitó la crisis. En la madrugada del 23 de julio de 1993 James Jordan desapareció mientras viajaba desde Wilmington, donde había asistido al funeral de un amigo, al aeropuerto de Charlotte. En principio su ausencia no provocó excesiva preocupación, ya que le gustaba viajar solo y

cambiar de planes sobre la marcha, y ni siquiera se alarmaron cuando pasó la fecha de su cumpleaños, el 31 de julio, sin noticias. Pero el 11 de agosto apareció desmantelado el coche de James Jordan, un lujoso Lexus Coupe SC-400 rojo matrícula UNC0023 que le había regalado su hijo, y Michael supo que había pasado algo grave. En realidad, ya habían encontrado el cuerpo en un pantano de Carolina del Sur dos días antes, pero hasta el 13 de agosto no pudo ser identificado. Poco después el rastro de llamadas realizadas desde el teléfono móvil de la víctima condujo a la policía hasta Daniel Green y Larry Martin Demery, dos jóvenes con un amplio historial delictivo a quienes se les encontró un reloj y dos anillos del *All Star* que Michael Jordan le había regalado a su padre (incluso habían grabado un vídeo casero en el que Green aparecía con esas joyas cantando un rap sobre el asesinato que acababan de cometer). Demery declaró en el juicio que buscaban posibles víctimas a las que robar cuando vieron el coche aparcado en la entrada de una tienda, y Green realizó un disparo con una pistola calibre 38 que seccionó la aorta de James Jordan. Ambos fueron condenados a cadena perpetua.

Además del asesinato, las circunstancias parecían elegidas para exacerbar el sufrimiento de la familia. Resultaba inexplicable, por ejemplo, que tardaran seis días en identificar el Lexus solamente porque le habían arrancado la matrícula, a pesar de la abundancia de objetos personales en su interior. Aún más doloroso era que hubiera sucedido lo mismo con el cadáver de James Jordan, encontrado el 3 de agosto por un pescador local. El condado de Marlboro carecía de medios para conservar el cuerpo, así que realizaron la autopsia y tres días después efectuaron la cremación (más barato que un entierro) guardando solamente la mandíbula y las manos para una posible identificación futura. Este aspecto fue objeto de polémica cuando se insinuó que quizás no se habrían dado tanta prisa si se hubiera tratado de una víctima de raza blanca, pero en cualquier caso supuso que Michael Jordan ni siquiera tuvo ocasión de despedirse de su padre a la manera habitual. El ataúd que cargaron durante el funeral era poco más que una pieza de *atrezzo*.

Lo que desató la ira de Jordan fue la reacción de parte de la prensa, que aprovechó para especular con una posible participación del crimen organizado y la mafia de las apuestas a raíz de la controversia que había rodeado al jugador durante las temporadas anteriores. La aparición del coche abandonado

hizo que la policía tratara el caso como un posible asesinato o secuestro, y la declaración por parte del FBI de que no descartaban ninguna posibilidad fue explotada por medios poco rigurosos que le atribuyeron una falsa ambigüedad. “Cuando James Jordan fue asesinado, perdí a mi padre y a mi mejor amigo”, declaró en un comunicado de prensa. “No puedo comprender que otros hayan puesto intencionadamente sal en una herida abierta al insinuar que los fallos y errores de mi vida pudieran estar relacionados con la muerte de mi padre.” Este espectáculo sensacionalista terminó de agriar su relación con los medios de comunicación, a pesar de que ese mismo comunicado reconocía que las críticas se dirigían a una minoría poco representativa. La mayor parte de los medios adoptaron una posición decididamente protectora y prefirieron pasar por encima de algunos aspectos turbios del caso. Apenas se mencionó la antigua condena por estafa de James Jordan, ni los rumores sobre la contabilidad en las tiendas de ropa deportiva que gestionaba, ni siquiera las razones de que decidiera dormir en la cuneta a poca distancia de su casa familiar. James y Deloris Jordan parecían vivir por separado desde hacía tiempo, y eso explicaría por qué el padre de Jordan dormía en su coche cuando lo asesinaron, y por qué su mujer declaró inicialmente que había recibido una llamada suya el 26 de julio, tres días después del crimen. Esa discreción por parte de la mayor parte de los medios no sirvió para aliviar la irritación de Jordan, convencido de que el buen nombre de su padre había sido ensuciado sin motivo y de que a la injusticia de haberlo perdido antes de tiempo se añadía tener que soportar para los restos las groseras especulaciones de cualquier plumilla con ansias de notoriedad.

Michael Jordan ha afirmado que la muerte de su padre no influyó en su decisión de abandonar la práctica del baloncesto, aunque es difícil de creer. En momentos distintos ha declarado que el tercer campeonato fue uno de sus motivos, que desde los JJ.OO. de 1992 ya estaba convencido y que durante el verano de 1993 no sabía qué camino tomar. En unas entrevistas dijo que la decisión de hacer un intento en el béisbol fue posterior a su retirada, mientras que en otras aclaró que ya durante su última temporada en el baloncesto le pidió a Tim Grover un programa de entrenamientos específico para cambiar de deporte. Ese torbellino de contradicciones sugiere un momento de crisis personal, probablemente interna, pero agravada por el asesinato de James

Jordan. El baloncesto había sido el vínculo entre ellos, ya que antes Michael Jordan no había mostrado ninguno de los rasgos que James admiraba en los varones de su familia. Con el baloncesto había pasado de ser el hijo que no sabía hacer nada útil al centro de la vida de su padre, que viajaba frecuentemente con los Bulls sirviendo de portavoz y apoyo para la estrella. Michael mantenía una relación muy estrecha con su padre, y su muerte pareció provocar una especie de retorno a la infancia o primera adolescencia. La única pega que le ponía James Jordan al éxito de su hijo era que no hubiese tenido lugar en el béisbol, y con frecuencia reiteraba su convencimiento de que sus triunfos en el baloncesto demostraban que poseía la capacidad física para destacar en otros deportes de élite. Cuando Michael Jordan decidió finalmente retirarse de la práctica activa del baloncesto, lo hizo con la idea de intentar dar el salto al béisbol.

Curiosamente, la noticia de la posible retirada de Michael Jordan se hizo pública el miércoles 6 de octubre de 1993, cuando él y otros miembros de los Bulls estaban en el Comiskey Park viendo un partido de *playoffs* de los White Sox, el equipo de béisbol de Jerry Reinsdorf. Se lo había insinuado a Scottie Pippen el día anterior pero no terminaba de creérselo, mientras que Scott Williams corrió al palco donde estaba Jordan y a punto estuvo de echarse a llorar. David Falk había solicitado una reunión con Reinsdorf el domingo día 3 en Washington, y lo primero que dijo Michael Jordan fue “no se trata de una cuestión de dinero”. Reinsdorf llamó inmediatamente a Jerry Krause: “Si estás de pie será mejor que te sientes porque no te lo vas a creer. Michael se va a retirar”. El propietario de los Bulls creía que aún existía una posibilidad de hacerle cambiar de opinión, y había conseguido que Jordan se comprometiera a reunirse con Krause y Phil Jackson antes de anunciar oficialmente su marcha. “Jerry quería que hablara con él antes de tomar una decisión, y conociendo a Phil y su título de psicólogo intentaría leerme la mente para ver mi postura.”

Michael Jordan respetaba la capacidad de Phil Jackson para argumentar convincentemente, pero esta vez estaba seguro de que no lograría hacerle cambiar de opinión. El principal razonamiento de Jackson era que su juego era un don de dios y no debía privar al público de su disfrute, pero desde el punto de vista de Jordan era el público quien había recibido el don de poder disfrutar de su juego. Además, era ley de vida que ese don se acabara, y el

asesinato de su padre le había hecho comprender que se podía perder en cualquier momento. De manera un tanto inmadura, Jordan pensaba que el público se había acomodado y quizás apreciaran más su juego cuando lo hubieran perdido. Phil Jackson intentó ofrecerle alternativas, como tomarse un año sabático o permanecer de baja durante la temporada y volver para los *playoffs*, pero ambos sabían que no era viable. Jordan no quería dejar cabos sueltos y la prensa, los aficionados y los compañeros no hubieran aceptado el espectáculo de verlo llegar a salvar la temporada como si fuera el séptimo de caballería. Sorprendentemente, esa conversación reforzó la relación entre ambos, ya que en lugar de intentar convencerle de cambiar de opinión, Phil Jackson se limitó a exponer su postura y a asegurarle que respaldaría la decisión que tomara. Jordan se había sentido manipulado muchas veces durante su carrera, y apreció que su entrenador analizara la situación sin mostrar dudas o debilidad ante la perspectiva de perder a la estrella de su equipo. “Supe que se iba a marchar en cuanto salió de la oficina de Phil”, declaró Krause. “Miré a Phil a los ojos y supe que había usado su mejor argumento, así que yo ni lo intenté. Si Phil no había logrado convencerle, yo no lo iba a conseguir.” Jerry Krause se reunió con Jordan para intentar aclarar los malentendidos y enfrentamientos que habían marcado su relación desde el principio, queriendo al menos que no quedaran como enemigos. Sin embargo, el despliegue de emotividad por parte de Krause dejó frío a Jordan, que no veía sentido a intentar cambiar una relación que durante años había sido exclusivamente profesional.

En la rueda de prensa, Michael Jordan explicó que su decisión se debía a la pérdida de su ansia competitiva, de seguir demostrando que era el mejor. Tuvo un recuerdo emocionado para su padre, de quien dijo que le alegraba pensar que había visto todos sus partidos, y anunció su intención de pasar más tiempo con su familia. Lo que más llamó la atención fue su actitud hostil hacia la prensa, a quienes se refirió varias veces con las palabras *you guys* en una especie de desafío. “Siempre he dicho que no me echaríais del baloncesto, así que no penséis que lo habéis conseguido.” Esas palabras resultaron hirientes para los periodistas locales que habían seguido su carrera día a día desde el principio, y con quienes había confraternizado en infinidad de partidas de cartas y golf. Algunos de ellos no pudieron evitar sentirse culpables al

recordar al joven abierto y sociable que llegó a Chicago en 1984, y al que habían visto irse encerrando en sí mismo ante la presión de los medios.

El momento emotivo para Michael Jordan había llegado antes, en la reunión con el resto de la plantilla. Estaba preparado para ver a Scott Williams llorar como un niño o a Scottie Pippen dolido, pero la reacción de los compañeros con los que había mantenido una relación más turbulenta, como Stacey King o B.J. Armstrong, le sorprendió. “Horace fue el único que no habló conmigo, ni me llamó ni acudió a la conferencia de prensa.” Si el abrazo de Bill Cartwright le conmovió, nada le sorprendió tanto como las lágrimas de Toni Kukoc, a quien apenas conocía. “Lo sentí por él, ya que tomó la decisión de venir en parte pensando que yo formaría parte del equipo.” Sentía que había engañado a los recién llegados como Steve Kerr o Bill Wennington, que habían aceptado cobrar el salario mínimo pensando que iban a competir por el campeonato. De modo similar pensaba que les estaba fallando a Cartwright y Paxson, que después de una temporada de sufrimiento habían decidido no retirarse sin saber que las perspectivas del equipo iban a cambiar de un día para otro. Michael Jordan se excusaba en que peor habría sido retirarse en medio de la temporada como Laimbeer, pero al retrasar su decisión hasta octubre había dejado a los Bulls sin margen de maniobra. No sólo tenían el problema de que su salario seguía contando para el tope, es que además todos los agentes libres interesantes habían encontrado acomodo y los posibles traspasos se habían completado. Krause se vio obligado a ofrecerle inmediatamente una extensión de contrato a B.J. Armstrong, a quien en origen pretendían dejar marchar, y fichó al especialista defensivo Pete Myers, un escolta *drafteado* en 1986 por los Bulls que había desarrollado la mayor parte de su carrera en Europa (por ejemplo en el CAI).

Nada de eso preocupaba a Jordan, que en diciembre empezó a entrenarse en el Comiskey Park para incorporarse a la pretemporada de los Chicago White Sox en Sarasota. “Poned el estadio a su entera disposición”, ordenó Reinsdorf, “pero no le prometáis nada”. El primer día Walt Hrinik, el entrenador de bateo, le hizo una pregunta directa: “¿Te lo vas a tomar en serio o es un truco?”. Jordan acudió puntualmente cada día a las 7:30 para entrenar y en febrero de 1994 recibió la invitación para formar parte de la plantilla, pero no consiguió un nivel que le permitiera soñar con un puesto en las ligas

mayores. Pasaron varios partidos de pretemporada hasta que conectó su primer golpe, y el “día de pruebas” (una especie de entrenamiento con público que sirve de presentación del equipo) cometió la clase de error que no se ve en un profesional, cuando midió mal una bola bombeada y se le escapó del guante. Un puesto en la primera plantilla era impensable, y los White Sox lo asignaron a uno de sus equipos vinculados en las ligas menores, los Birmingham Barons de la Clase Doble A²⁰. Se estaban cumpliendo los peores pronósticos de las voces que se habían levantado dentro del béisbol para criticar lo que parecía un capricho de un deportista endiosado. Incluso en los White Sox molestaba que la pretemporada se viera atestada de un público al que sólo interesaba la participación de Michael Jordan, y el 14 de marzo la revista *Sports Illustrated* lanzó una portada que se haría famosa, “Bag it, Michael!”, con el subtítulo “Jordan y los White Sox avergüenzan el deporte del béisbol”. Michael Jordan no perdonó a la revista por ese artículo, en parte porque consideraba que durante años habían ganado dinero a su costa mediante promociones tales como la portada holográfica o un vídeo de sus mejores jugadas, y ahora aprovechaban para atacarle. No volvió a conceder ninguna entrevista a *Sports Illustrated*, y cuando su viejo amigo Jack McCallum hizo un intento años después para un especial por su cuarenta cumpleaños lo dejó bien claro: “A ti te tengo cariño, pero a la revista para la que trabajas no. Nunca perdono una ofensa”.

Para entonces, nadie en el entorno de Michael Jordan y los White Sox seguía pensando que fuera una vergüenza o un capricho. Muchos entrenadores y jugadores estaban deseando verle fracasar aunque sólo fuera porque confirmaría que el béisbol era un deporte muy exigente, pero la actitud de Jordan hizo cambiar de opinión incluso a los críticos más recalcitrantes. En cierto sentido la gente del béisbol había caído en el mismo error que criticaban, dando por supuesto que Michael Jordan había llegado a lo más alto en la NBA sin disciplina y voluntad de mejora, sólo a base de talento innato. En realidad, Jordan ofrecía su mejor cara en los entrenamientos, donde Phil Jackson lo echaba de menos más aún que en la pista. Rodeado de jugadores como Perdue, que siempre tenía una explicación de por qué en realidad no había sido fallo suyo, o Armstrong, que se enfadaba ante cualquier crítica, añoraba la actitud de un Michael Jordan siempre dispuesto a admitir un error y

a intentar corregirlo. Eso sucedía en el baloncesto, un deporte que creía tener tan dominado que normalmente no se molestaba en prestar atención a los comentarios tácticos antes de los partidos, así que mucho más en el béisbol, en el que era consciente de ser probablemente el peor jugador del equipo. Sus horas en la jaula de bateo, su obediencia ciega a Hriniak y el interés con el que pedía consejo a los demás jugadores le hicieron ganarse el respeto de sus compañeros. Podían dudar de su capacidad, pero no de su compromiso.

Más difícil era aceptar la constante atención del público, que acudía en masa a los partidos de una liga menor que normalmente se jugaba casi en familia. Esos espectadores no prestaban atención a los jugadores importantes ni al marcador final, sino que se pasaban todo el tiempo aclamando a Michael Jordan, sacándole fotos y pidiéndole autógrafos. El símbolo de esa aventura era el “JordanCruiser”, el nuevo autobús del equipo decorado con una enorme firma de Jordan en la carrocería. A su llegada a cada estado, los aficionados rodeaban al vehículo intentando ver si respondía a los rumores que decían que en su interior había una barra de bar, una cama o una mesa de billar. La realidad era mucho más prosaica, y los lujos se limitaban a un mayor espacio para sus pasajeros, seis pantallas de televisión y un sistema de sonido estéreo. Eso no impedía que la prensa le prestara una atención desorbitada, entrevistando varias veces al conductor del “JordanCruiser” y preguntando a los jugadores si provocaba la envidia de los rivales por ridículo que pareciera. La auténtica noticia la encontró el periodista Jim Patton, quien descubrió que a diferencia de lo que se había dado a entender, Jordan no había pagado el autobús. A través de David Falk había solicitado que cumpliera ciertos requisitos, pero el vehículo era propiedad de una empresa de transportes local y el club se hacía cargo del alquiler.

Las horas de trabajo con Walt Hriniak dieron sus frutos, y el promedio de bateo de Michael Jordan durante sus primeras semanas en la Southern League (la liga regional en la que competían los Birmingham Barons) estuvo por encima del 30%, una cifra más que notable. Los rivales lo trataban como a un novato y buscaban dejarlo en evidencia con bolas rápidas, pero Jordan estaba preparado para ello y conectaba con regularidad. Cuando le visitaban amigos o conocidos, lo primero que les llamaba la atención era la calma que parecían embargarle después de tantos años de tensión. “Ojalá fueras un cabrón”, le

dijo abiertamente un periodista, “así sería más fácil criticarte.” Cuando se retiró había dicho que pensaba dedicarle más tiempo a su familia, y aunque intentó convencerse de que el calendario del béisbol era menos exigente, de nuevo se encontraba lejos de su esposa y de sus hijos. A pesar de ello, Jordan se encontraba a gusto con los Barons, recorriendo el Sur en autobús, jugando bajo el sol y compartiendo vestuario con jugadores diez años más jóvenes. “Tengo que agradecerle al béisbol haber podido revivir cosas que hice con mi padre”, diría en referencia a sus pinitos en el deporte cuando era niño. Mientras aún estaba en los Bulls, Jordan le había confesado a Bob Greene que no soñaba con el baloncesto, sino con un estadio de béisbol aclamándole. Nadie acudía al estadio esperando ver al mejor bateador de la historia, y si eso hacía que le avergonzaran los flashes también suponían un descanso. La presión de los aficionados y el seguimiento de la prensa eran desproporcionados para un jugador marginal de las ligas menores, pero estaban muy lejos de lo que había sufrido en la NBA. “Lo único raro de Michael es que siempre que estamos juntos tenemos que quedarnos en la habitación del hotel porque no puede salir”, había declarado Charles Barkley.

“Ya puedo darle a las bolas rápidas, pero todos me dicen que eso no significa nada, que cuando se corra la voz por la liga dejarán de tirármelas”, había declarado. “Me estoy divirtiendo mucho más que el año pasado.” Efectivamente, una vez que se supo que podía batear una bola rápida, los lanzadores rivales empezaron a lanzarle bolas curvas. Con su estatura era un blanco imposible de fallar, y le faltaba coordinación para conectar con los lanzamientos. Michael Jordan empezó un declive que pronto se convirtió en una sima, encadenando partidos sin conseguir golpear la bola hasta ponerse por debajo de la temida *Mendoza Line*. La línea Mendoza se refiere al promedio de bateos del 20%, por debajo del cual se considera que un jugador no es válido por muchas cualidades que muestre en otros aspectos del juego. Jordan no sólo había caído más allá de la línea Mendoza, sino que fue incapaz de recuperarse. Era fácil despreciar las cualidades atléticas de los jugadores de béisbol, con su 1,60 de estatura y su 20% de grasa corporal, pero esos hombrecitos rechonchos poseían unos reflejos cegadores y una potencia de bateo inalcanzable para unos músculos hechos para volar. El número de espectadores también fue descendiendo, aún por encima de la media en las

ligas menores pero lejos de las cifras de las primeras semanas, conforme el público se hacía a la idea de que ver a Michael Jordan jugar poco y mal al béisbol no era tan emocionante como verlo brillar en una cancha de baloncesto.

Después de varias semanas atascado, Jordan fue a hablar con el entrenador jefe, Terry Francona, y le pidió una opinión sincera. No temía al fracaso en el béisbol porque consideraba que no repercutía en sus éxitos en el baloncesto, pero empezaba a preguntarse si *Sports Illustrated* tenía razón y le estaba robando el puesto a algún joven más capacitado. “Si Terry me hubiera dicho que no tenía ninguna posibilidad, me habría marchado esa misma noche.” Pero Francona le animó diciéndole que su progreso era real y que era pronto para darse por vencido. Jordan remontó con un porcentaje de bateo de casi el 26% en el último mes, y tres *home runs* que dedicó a su padre señalando al cielo. En el último partido estaba justo por encima de la línea Mendoza y el entrenador le ofreció no jugar para asegurarse de que no terminaba por debajo, pero Michael Jordan prefirió jugar y consiguió golpear la bola. Terminó con un 20,2%, muy lejos de lo que necesitaría para dar el salto a las ligas mayores, y su única estadística positiva eran 30 bases robadas, entre los mejores del equipo. Para continuar trabajando, Michael Jordan solicitó a los White Sox que lo inscribieran en la Liga de Otoño de Arizona, donde Terry Francona iba a entrenar a los Scottsdale Scorpions. Pero antes de eso tenía un partido de baloncesto que jugar.

El 9 de septiembre de 1994 se iba a jugar en el Chicago Stadium el partido anual de exhibición organizado por Scottie Pippen a beneficio de Operation PUSH/Excel. Los Bulls habían construido un complejo deportivo de última generación donde pasarían a jugar sus encuentros de liga, así que este partido se iba a convertir en una especie de despedida antes de que el viejo Stadium fuera demolido para dejar sitio a un aparcamiento. Al igual que muchas estrellas de la NBA, como Horace Grant, Ron Harper, Jason Kidd o Penny Hardaway, Michael Jordan estaba invitado, pero su participación no era segura. Jordan había declinado asistir debido a sus compromisos en el béisbol, y parecía haber molestado a un Pippen que respondía a cualquier pregunta sobre este tema dando las gracias a los muchos amigos que sí habían aceptado jugar. Sin embargo, o bien Jordan cambió de opinión o bien fue todo

un montaje, ya que durante la rueda de prensa en la que se iban a anunciar los equipos, Scottie Pippen recibió una llamada de su antiguo compañero (en un móvil con el logotipo del patrocinador bien visible) que en el último momento confirmaba su asistencia. Grant ya había firmado con los Orlando Magic y se rumoreaba que Pippen tenía un pie fuera de los Bulls, así que este amistoso podía ser la última oportunidad de ver juntos en Chicago a los tres jugadores más importantes de la franquicia durante sus tres campeonatos.

Iba a ser un acontecimiento casi íntimo, sin televisión, sólo para los aficionados locales. Habían desmontado ya buena parte de los accesorios, como el marcador electrónico o las banderas conmemorativas, y el Chicago Stadium tenía un aspecto casi desolado. Michael Jordan sentía un cariño muy especial por ese edificio medio en ruinas, por sus vestuarios minúsculos y sus cañerías con personalidad propia. Era hostil para los rivales, a quienes atacaba con escalones ocultos y salientes traicioneros, pero él conocía hasta el último de sus rincones. Jordan pertenecía a ese tipo de estrella que sabe tratar a quienes trabajan a su alrededor, y era capaz de llamar por su nombre a cualquier miembro del servicio de limpieza, mantenimiento o atención al público. Los chaquetas amarillas (el personal de seguridad, en su mayoría policías fuera de servicio) se comportaban como una auténtica guardia pretoriana, y recordaban su fracaso la noche maldita que alguien logró robar los patucos del hijo de Jordan que éste había colgado en el retrovisor de su coche. El veterano locutor Ray Clay se negó a usar la presentación que habían sugerido los Bulls (“procedente de los Birmingham Barons, y parece que no se le da mal el baloncesto...”) porque sabía lo que el público quería escuchar: “From North Carolina...”. Era lo apropiado para un día de nostalgia y reconocimiento. Michael Jordan había acudido a los entrenamientos de los Bulls durante la semana anterior para prepararse, y desde el salto inicial quiso demostrar que sus capacidades no habían menguado durante su ausencia. Anotó 52 puntos con 24 de 46 tiros de campo, siete mates y una media vuelta final sobre Pippen que selló la victoria de su equipo por 187-150. Jordan dio la mano a su antiguo compañero, saludó al público y a continuación se arrodilló en el centro de la cancha y besó el toro pintado en el parqué. “Estaba pensando en lo que ese edificio ha significado para mí, y comprendí que es más que un edificio, es un amigo”, explicó. “Así que pensé en lo que uno hace

cuando se despide de un buen amigo, y supe que las palabras no son suficiente. Pensé en cómo se lo transmitiría a un amigo que significara tanto para mí, y comprendí que lo haría con un beso.” Fue una imagen ridícula, artificial y terriblemente emotiva.

Esa capacidad para combinar lo comercial y lo auténtico, los sentimientos y la publicidad, era uno de los rasgos más visibles de Michael Jordan. Algunos críticos lo consideraban una falta de sinceridad, pero en realidad se trataba de una virtud muy infrecuente, como se pudo apreciar en la ceremonia del 1 de noviembre de 1994, cuando los Chicago Bulls retiraron su número 23 y presentaron *The Spirit*. Se trataba de una estatua de cuatro metros de altura que representaba a Michael Jordan volando hacia el aro por encima de un torbellino de rivales²¹, con la inscripción “El mejor que ha habido, el mejor que nunca habrá”. Jordan detestaba el monumento, instalado a la entrada del United Center para vincular su imagen a la de un pabellón en el que nunca había jugado, y no comprendía cómo se pudo convertir en una atracción turística. No entendía qué podía pasar por la cabeza de la gente para depositar al pie de la estatua flores, monedas o mensajes como si se tratara de un incono religioso. El resto de la ceremonia fue aún peor, un desfile de famosos con nula vinculación con un Michael Jordan que sólo aguantó en su asiento porque los beneficios del acto se iban a destinar a una fundación benéfica que llevaba el nombre de su padre. Los Bulls no eran el paradigma del buen gusto y la elegancia a la hora de organizar celebraciones, pero al menos tenían el convencimiento de que el baloncesto debía ser el centro de la velada. Pero al final la NBA se había hecho cargo de la celebración y la había convertido en un espectáculo televisivo en el que figuras como Phil Jackson o “Magic” Johnson estaban ausentes o como mucho aparecían en una pantalla con un mensaje grabado, mientras que el peso de la ceremonia lo llevaban el periodista Larry King o el actor Kelsey Grammer. La principal intervención de Michael Jordan se produjo cuando tuvo que pedir al público que dejara de abuchear a Reinsdorf y Krause, algo habitual pero que en esa situación hizo llorar a la esposa de Jerry Krause. Jordan no quería ni pensar qué estarían diciendo sus compañeros en el equipo de béisbol si estaban viendo semejante espectáculo.

Las cosas no fueron bien en Arizona. Añadió veinte kilos de músculo y su

promedio de bateo subió a un respetable 25,2% aprovechando el menor nivel de la competición, pero no consiguió ningún *home run* y él mismo admitía que era el peor jugador del equipo. Había mejorado lo suficiente como para no destacar negativamente durante los partidos, y la revista *Sports Illustrated* publicó una disculpa por haber sugerido que era una vergüenza, pero el tiempo avanzaba más rápidamente que él. Un jugador de 18 años que ofreciera ese nivel sería un proyecto de buen jugador, e incluso con 25 años tendría casi la seguridad de llegar a las ligas mayores; pero con 31 años costaba creer que pudiera mantener su ritmo de mejora o que consiguiera llegar al primer equipo antes de que la edad le empezara a pasar factura. Mientras, las ligas menores parecían un lujo asiático comparadas con Arizona, donde no había vestuarios para los equipos visitantes y era normal ver a menos de cien espectadores en las gradas. Gracias a su presencia, los Scorpions acumularon el 87% del público total de la liga (la plantilla rotaba constantemente para que fueran jugando todos, y los taquilleros tenían instrucciones de avisar a los posibles compradores si Jordan no iba a jugar ese partido), pero aun así los números ni se acercaban a los de los Barons. Su familia y sus amigos lo veían cansado, como si le pasaran factura tantos viajes en autobús y tantos partidos en estadios desconocidos sin conseguir acercarse a su meta. En cada entrevista repetía que no tenía intención de volver al baloncesto, incluso con metáforas de béisbol: “No pretendo lanzarle una bola curva a los aficionados”. Sin embargo, durante ese invierno se le pudo ver con frecuencia en Chicago, paseando con su familia o comiendo en su restaurante, algo que apenas había hecho en verano.

Michael Jordan se había distanciado de los Bulls porque creía que su presencia haría más difícil que la plantilla aceptara su ausencia y siguiera adelante. Por eso había dejado de acudir a los entrenamientos, y declaraba públicamente que apenas veía partidos de la NBA por televisión, pero la realidad era otra. Jordan seguía la temporada de los Bulls; por ejemplo, mejoró su opinión de Toni Kukoc y hablaba periódicamente con B.J. Armstrong. Su relación como compañeros no había sido fluida, pero durante su etapa en el béisbol establecieron una amistad sincera mientras Jordan le hacía preguntas sobre las interioridades del equipo y de la liga. En el invierno de 1994 Armstrong empezó a notar que sus preguntas eran más concretas y se

centraban en la nueva generación de escoltas y aleros, como si Jordan estuviera interesado en posibles rivales. También Phil Jackson había percibido ese cambio después de una conversación con Jordan en la que medio en broma le sugirió volver para los tres últimos meses de competición. “Eso sería demasiado tiempo”, respondió Jordan, pero no rechazó la idea. Jackson estaba convencido de que Michael Jordan se estaba acercando al momento en el que estaría preparado para volver.

El conflicto laboral en el béisbol impidió que la marcha de Michael Jordan fuera tan natural como esperaba Phil Jackson. Jordan acudió al entrenamiento de primavera de los White Sox en febrero de 1995, donde el plan era asignarlo al equipo vinculado de los Nashville Sound de Clase Triple A, lo cual suponía el ascenso a la segunda categoría del béisbol profesional. Eso significaba que en teoría no le afectaba el conflicto entre los propietarios y los jugadores de las ligas mayores, pero en la práctica el nombre de Michael Jordan era un recurso demasiado valioso para no aprovecharlo. Don Fehr, el representante de los jugadores, emitió un comunicado estableciendo que cualquier jugador de las ligas menores que participara en un partido en el que se cobrara por las entradas sería considerado automáticamente un esquirolo. Era tan evidente que ese comunicado pretendía colocar a Jordan en la disyuntiva de ser un traidor o negarse a jugar que la norma fue conocida como *Jordan Rule*. El *general manager* de los White Sox, Ron Schueler, respondió anunciando que cualquier jugador de las ligas menores que se negara a jugar sería expulsado del vestuario y del primer equipo, otro intento igualmente transparente de presionar a Jordan. Eso supuso su ruptura total con Schueler, y por extensión con el béisbol: “Una vez que pierdo la confianza que he tenido con alguien, para mí no hay marcha atrás. No volveré a confiar en esa persona”. Jordan había acordado con Jerry Reinsdorf que no le presionarían para que jugara, y además la orden de Schueler parecía calculada para golpear sus puntos más vulnerables. No sólo atentaba contra su orgullo, desterrándolo al vestuario de los jugadores de ligas menores, sino que pretendía que aparcara su coche en plena calle y entrara a pie, algo inviable cuando cada día docenas de aficionados y periodistas sitiaban la entrada del estadio cada mañana.

Jerry Reinsdorf se reunió inmediatamente con Michael Jordan para

explicarle que Schueler se había equivocado y que se haría una excepción atendiendo a su situación, por lo que no se le exigiría que jugara y no se le sancionaría por no hacerlo. Sin embargo, Jordan le sorprendió cuando contestó que el problema iba más allá de eso, ya que el conflicto laboral le hacía imposible jugar los partidos de exhibición y esos partidos suponían su única oportunidad de ganarse una plaza en la primera plantilla de los White Sox. Reinsdorf quedó estupefacto, ya que su rendimiento apenas justificaba su ascenso a la Triple A y en ningún caso existía una posibilidad real de que diera ya el salto a las ligas mayores (según Francona aún faltaban por lo menos dos temporadas antes de poder tomar una decisión). O bien Jordan estaba sobreestimando su nivel más allá de lo razonable o bien estaba buscando una excusa para dar por finalizado su paso por el béisbol. Cada vez se parecía menos a la aventura infantil que había imaginado, y volvía a verse rodeado de gente intentando aprovecharse de su nombre y su imagen. Los White Sox lo habían puesto en la portada de su guía de prensa a pesar de que no había debutado con ellos en partido oficial, y es posible que su reunión con Reinsdorf fuera un órdago planteado para ver si creían en sus habilidades o sólo pretendían aprovecharlo publicitariamente. De ser así, la reacción del propietario le aclaró cualquier duda al respecto.

La locura se desató el 2 de marzo de 1995, cuando Michael Jordan abandonó la concentración de los White Sox en Sarasota para no volver. Según las normas de la NBA, al haber transcurrido más de un año desde su retirada podía retornar en cualquier momento, pero la falta de confirmación oficial dio pie a la especulación. Los medios de comunicación iniciaron un seguimiento de la noticia las 24 horas del día, intentando bloquear el acceso de los jugadores al pabellón para ver si venía Jordan y dando pábulo a los rumores más descabellados que lo situaban en el hotel del equipo o en las oficinas de la franquicia. El comunicado de prensa de David Falk anunciando la retirada de Jordan del béisbol el 10 de marzo hizo creer a los aficionados que podría jugar esa misma noche contra los Cavs, y aunque no fue así, el partido dejó la imagen más recordada de esos días frenéticos: sentado en el banquillo, Scottie Pippen levantó su pie calzado con unas Air Jordan X y ante la cámara señaló el logo que representaba a Michael Jordan e hizo el gesto de invitarlo a venir. Fue el acabóse. Con su vuelta prácticamente segura, la

prensa empezó a pronosticar posibles fechas para su primer partido y a comentar supuestas reuniones con diferentes estamentos de los Bulls hasta el extremo de llegar a asustar al propio Michael Jordan, a pesar de su larga experiencia en el trato con los medios. Se anunciaban ruedas de prensa que no se producían o se informaba de reuniones de la plantilla que ningún jugador recordaba haber celebrado. El mismísimo presidente de los EE.UU., Bill Clinton, hizo referencia a la situación durante su discurso sobre el estado de la nación cuando afirmó que se habían creado seis millones de puestos de trabajo “y si Michael Jordan vuelve a jugar, entonces serán 6.000.001.”

Finalmente, el jueves 16 de marzo Michael Jordan y Jerry Krause acordaron que su debut oficial se produciría ese domingo en Indiana. La NBA fue informada al día siguiente, y el sábado David Falk publicó el breve anuncio en nombre de su representado: “He vuelto”. El periodista Bob Greene le preguntó a B.J. Armstrong cuándo supo con seguridad que Jordan iba a volver a jugar. “Siempre lo supe.” ¿Incluso cuando insistía en que no lo iba a hacer?, comentó, ¿Por qué? “Porque uno no puede evitar ser lo que es”, sentenció Armstrong.

²⁰ El tercer nivel profesional, por debajo de las ligas mayores y de la Triple A.

²¹ A pesar de la ausencia de rasgos identificativos, hay quien sugiere que uno de ellos es Bill Laimbeer.

Chicago, 1993-95

I'm back.

Uno de los motivos sugeridos por Phil Jackson por los que Michael Jordan podría estar interesado en volver a jugar era que los Chicago Bulls de 1995 se parecían muy poco a los de 1993. La salida más traumática había sido la de Horace Grant, cansado de recibir menos de la atención que creía merecer, mientras que Phil Jackson creía que se preocupaba más de evitar lesionarse que de ayudar al equipo. Los Bulls usaron como última carta al propietario, Jerry Reinsdorf, que se mantenía al margen para poder intervenir en casos así, pero su reunión con Grant terminó en desastre, con ambas partes convencidas de que el otro había intentado timarles. Habían dejado marchar a Scott Williams, un jugador demasiado frágil físicamente para darle minutos con continuidad, y John Paxson y Bill Cartwright se habían retirado (en el último momento éste había aceptado una oferta de Seattle por un año más).

La temporada 1993-94 había sido difícil. Las lesiones dejaron al equipo en cuadro muchos partidos, y tampoco habían contado con una gran armonía en el vestuario. Steve Kerr había resultado ser el tipo de jugador que le gustaba a Phil Jackson, y como consecuencia B.J. Armstrong se encontraba sentado en el vestuario con mucha más frecuencia de lo que esperaba, Will Perdue veía cómo el equipo llegaba a juntar a cinco pivots a la vez en una clara muestra de desconfianza hacia su futuro y Scottie Pippen mantenía una guerra abierta con Toni Kukoc. En el pasado Jordan era el que hacía pasar las de Caín a los recién llegados y Pippen el que procuraba facilitarles la integración en la plantilla y con los entrenadores, pero las circunstancias de su fichaje provocaron que el croata se encontrara permanentemente en el punto de mira de su nuevo compañero. Scottie Pippen no sobrellevó bien las tensiones derivadas de su nuevo papel como estrella del equipo, y además de su rivalidad con Kukoc entabló un pulso permanente con la gerencia por lo que él

consideraba ausencia de refuerzos después de la marcha de Jordan. Los Sixers habían puesto a la venta al escolta Jeff Hornacek, pero pedían como parte del pago la elección de primera ronda del *draft* y Krause no estaba dispuesto a aceptar. Si los Bulls se desfondaban, esa primera ronda sería muy alta y serviría para iniciar la reconstrucción, así que representaba una póliza de seguros de la que no quería prescindir. El caso más publicitado fue el del base Derek Harper, que se ofreció insistentemente a través de la prensa. Sin embargo, Jackson y Krause consideraban que Harper había perdido velocidad en defensa con los años, así que finalmente la única incorporación fue el pívot australiano Luc Longley, que llegó a cambio de Stacey King. Algunos analistas como Isiah Thomas consideraron un acierto el fichaje de Longley, un pívot grande que sabía pasar el balón, pero a Pippen le parecía poco menos que una broma de mal gusto como gran refuerzo cuando para colmo Derek Harper terminó en los Knicks, un rival directo.

A pesar de las lesiones y los problemas internos, los Chicago Bulls ganaron 55 partidos y colocaron a tres jugadores en el *All Star* (Armstrong, Grant y Pippen, que se llevó el MVP). En primera ronda batieron a los Cavs, siempre los Cavs, y en segunda ronda fueron eliminados en siete partidos por los New York Knicks. Los Bulls consideraron que la serie se decidió en el quinto partido, cuando los Bulls estuvieron a punto de robar el factor cancha hasta que una dudosísima personal sobre Hubert Davis a falta de dos segundos le dio la victoria a New York. Phil Jackson se había quejado varias veces por los arbitrajes de Hue Hollins, especialmente después de la derrota en Philadelphia en los *playoffs* del 93 cuando los Sixers dispusieron de 43 tiros libres, pero la respuesta de la NBA había sido asignarlo al máximo posible de partidos de los Bulls, como parte de la guerra sorda entre la oficina central de la liga y la franquicia de Chicago que duraba ya años. Es muy posible que esa jugada, un contacto posterior a la acción de tiro y muy exagerado por Davis, decidiera el resultado de la serie. Posteriormente el entrenador de los Knicks admitió que se habían beneficiado de un error, e incluso el presidente de los árbitros declaró a la prensa que la decisión de Hollins había sido “terrible”, pero todo eso quedó ensombrecido por lo sucedido en el tercer partido.

A falta de dos segundos Toni Kukoc recibió el saque de banda y se giró para anotar una difícilísima media vuelta que daba el triunfo a los locales,

pero la auténtica noticia se produjo cuando se corrió la voz de que Scottie Pippen se había negado a saltar a cancha en esa jugada final cuando Phil Jackson decidió que el último tiro sería para el croata. Pippen creía que siendo la estrella del equipo él debía hacer ese lanzamiento, y además estaba furioso con Kukoc, ya que si los Bulls se encontraban en esa situación desesperada se debía a un error del novato, que se cruzó por equivocación al lado fuerte e hizo que Pippen se comiera el final de la posesión. Phil Jackson consideraba que Kukoc era un jugador especialmente dotado para finales apurados (algo que Jordan había comentado durante la temporada), y no quiso cambiar de opinión. Los demás jugadores rodeaban a Pippen en un momento de gran confusión y pareció que Pippen iba a ceder, pero Jackson resolvió el tema. “A la mierda, lo haremos sin él.” Después del partido, Bill Cartwright se encaró con Pippen a pesar de que se le saltaban las lágrimas por la frustración, y le hizo ver que el equipo había trabajado mucho y llegado muy lejos para que los dejara tirados en el peor momento. Grant y Armstrong habían olvidado sus disputas con la gerencia, English y Myers estaban peleando como gatos panza arriba y el propio Cartwright había dejado atrás sus lesiones para ofrecer minutos de calidad. Pippen había sido su líder, mejor jugador del *All Star*, candidato a MVP y autor de un mate sobre Pat Ewing que no tenía nada que envidiar a Jordan, pero después de ese tiempo muerto lo había estropeado todo. Lo único que se recordaría era que no había querido salir a jugar porque su entrenador había elegido a otro para el último tiro.

Esa jugada fue la gota que colmó el vaso para Jerry Reinsdorf, que aprobó la sugerencia de Krause de buscar un traspaso provechoso. Durante el verano de 1994 los Bulls alcanzaron un acuerdo con los Sonics por el cual enviarían a Pippen a Seattle a cambio del ala-pívot Shawn Kemp y una elección del *draft* que podría convertirse en el escolta Eddie Jones, con lo que cubrían las ausencias de Jordan y Grant además de hacerle un hueco de titular a Kukoc. Pero en el último momento el propietario de los Superonics se echó atrás, y aún peor fue que Pippen se enteró del acuerdo por la prensa, lo cual provocó que rompiera relaciones definitivamente con Jerry Krause. Los Bulls se encontraban sin ningún refuerzo, habiendo perdido a Horace Grant y dependiendo de una estrella que estaba enfrentada con la gerencia. Para intentar contentarlo ficharon deprisa y corriendo al agente libre Ron Harper,

un amigo de Pippen que había sido un anotador espectacular antes de destrozarse la rodilla. Cuando Harper se incorporó al equipo, los entrenadores seguramente pensaron lo mismo que Jordan cuando se enteró del fichaje: “¿Han pagado veinte millones por eso?”. Las lesiones lo habían convertido en un jugador marginal, que en defensa carecía de desplazamiento lateral y en ataque no conseguía ni desbordar con explosividad ni dominar las sutilezas del triángulo ofensivo. Los Bulls tuvieron que repescar apresuradamente a Pete Myers, que por lo menos defendía, y Krause se encontró con su carísimo agente libre sentado en el banco.

La temporada 1994-95 fue más dura que la anterior, sobre todo porque el agujero negro en el puesto de cuatro amenazaba con tragarse al equipo. Phil Jackson estaba muy orgulloso de su trabajo con los pivots del equipo, usando a Perdue, Wennington o Longley (cuando estaba sano) dependiendo de las características del rival, pero ninguno era un cinco dominante y eso hacía más evidente la falta de un ala-pivot de garantías. Habían intentado pescar en el *draft*, pero ni Corie Blount ni Dickie Simpkins parecían ser la respuesta, y el batallador Larry Krystkowiak no se había recuperado de la noche en la que *por casualidad* se destrozó la rodilla en las proximidades de Bill Laimbeer. Jackson había optado por sacar a Toni Kukoc como “falso cuatro”, aceptando perder la batalla en los tableros a cambio de mejorar las escuálidas capacidades ofensivas de su equipo. Los Bulls andaban por el 50% de victorias, y Michael Jordan era tan consciente de ello que ignoró a Krause y se dirigió directamente a Jerry Reinsdorf para saber los planes del equipo. Scottie Pippen creía que Jordan pondría como condición para su vuelta un nuevo contrato para su compañero, pero probablemente era imposible en esos momentos (la NBA estaba pendiente de negociar un nuevo convenio colectivo con el sindicato de jugadores, y se vislumbraba la amenaza de la huelga o cierre); la mayor preocupación de Jordan era si los Bulls estaban decididos a desprenderse de Scottie Pippen, y Reinsdorf le aseguró que eso sólo se produciría en caso de una oferta claramente ventajosa que mejorara la plantilla.

La expectación por el debut de Michael Jordan era tan exagerada que le impidió viajar con el resto de la plantilla. Dado que el número 23 seguía oficialmente retirado, Jordan iba a usar el 45 como en el béisbol, algo que

provocaría algunos rumores cuando las tiendas de Chicago aparecieron con su nuevo número de la noche a la mañana, sugiriendo que las circunstancias de su vuelta se habían decidido con más antelación de lo dicho. También fue una noche de sorpresas para Jordan, que se encontró en el pabellón con Carmen Villafane, una joven con parálisis cerebral que comenzó siendo una fan y terminó convertida en una amiga. “¿Qué haces aquí? ¿No podías esperar al partido del viernes en Chicago?”, exclamó el jugador. “He esperado demasiado”, respondió ella, y no era la única. Michael Jordan salió de titular contra los Pacers, y en la primera jugada robó un balón suelto a Rik Smits. El resto del partido no fue tan fructífero, y acertó solamente 7 de sus 28 tiros en una derrota en la prórroga. “Ese porcentaje de acierto puede ser bueno en el deporte que jugabas antes”, le dijo en broma Phil Jackson, “pero aquí esperamos algo más cercano al 50%”. Jordan admitía que los nervios le habían pasado factura: “Por eso los tiros me salieron largos y las bandejas se me quedaron cortas”. Su primera actuación memorable fue contra Atlanta, donde se encontraban sus viejos rivales Lenny Wilkens y Craig Ehlo, que estaba en la lista de lesionados y suplicó en vano que lo activaran para ese partido. “Es la revancha, no puede volver sin mí. No podrá meter sus sesenta puntos si no estoy yo.” No llegó a tanto, pero sí alcanzó los 32 puntos, incluyendo la canasta de la victoria a falta de cinco segundos.

A pesar de esa brillante actuación, Michael Jordan sufría de una evidente falta de ajuste, sobre todo en el tiro exterior. Se buscaron muchas explicaciones, desde los nervios a la dureza de los aros pasando por suprimir los fuegos artificiales de las presentaciones que dejaban una película de residuos sobre el parqué, sin demasiado éxito. Parte de ello se debía seguramente a su falta de familiaridad con el nuevo United Center, un pabellón que detestaba. “Es muy bonito”, había declarado durante la ceremonia de retirada de su número meses atrás. “Parece un centro comercial.” Sin embargo, la mayor diferencia era el propio Jordan, que llegaba después de meses sin jugar partidos oficiales y con un físico más ancho, por lo que se cansaba en los partidos y no alcanzaba la misma elevación en los tiros en suspensión. Phil Jackson ha declarado posteriormente que decidió intentar proporcionarle una gran actuación en el Madison Square Garden que aumentara su confianza explotando su superioridad al poste, aunque las

afirmaciones del Maestro Zen hay que tomarlas siempre con reservas. No fue al poste donde Jordan hizo el mayor daño a los Knicks, sino en tiros de media distancia clavándose después de amagar la penetración. Esa noche parecía infalible, y los números se amontonaban como en sus mejores partidos: 20 puntos en el primer cuarto con 9/11 tiros, tres de cuatro triples, récord de anotación en el Garden con 55 puntos totales. Como todos los grandes momentos de la carrera de Jordan, este partido quedó inmortalizado con un apodo exageradamente modesto para resaltar su mismo impacto: el *double nickel*, por la monedita de cinco centavos. No fue el Jordan estratosférico de antes de la retirada, sino un jugador que puso al Garden en pie anotando casi a voluntad con máxima eficacia. Todo gran partido necesita un rival a la altura, y los Knicks liderados por un magnífico Pat Ewing plantaron cara hasta el último segundo, cuando Michael Jordan coronó su exhibición con la canasta de la victoria: “En una jugada anterior creí haber superado a Starks cuando Patrick vino a la ayuda y me taponó”, explicó. “Mentiría si dijera que pensaba dar un pase, mi intención era tirar. Pero cuando Patrick vino, pude pasársela al que estaba solo.” Los Bulls hicieron un aclarado para Jordan, la sorpresa fue que cuando Ewing acudió a la ayuda, en lugar de insistir en la jugada individual Michael le dobló el balón a Bill Wennington solo debajo de canasta y éste se convirtió en el sorprendente héroe del partido.

En realidad, esa jugada ponía de relieve el notable cambio de actitud que había experimentado Michael Jordan. Seguía acaparando demasiados tiros, ya que su reacción a su propia irregularidad era tirar más, ignorando a Steve Kerr solo en la línea de tres, y seguía sin ocultar su pobre opinión sobre algunos compañeros, como Blount o Krystkowiak. Sin embargo, su trato con los demás jugadores y con la prensa era mucho más suave, más calmado después de su paso por el béisbol. Dedicaba tiempo a las entrevistas, bromeaba con los viejos conocidos e incluso reaccionó a una columna decididamente crítica llamando a su autor y explicándole de manera amistosa por qué no estaba de acuerdo con sus argumentos y qué aspectos pensaba que no había considerado. Perdue se quedó de piedra cuando Jordan afirmó públicamente que se sentía mucho más cómodo con él que con Longley, adoptó a Kukoc y Simpkins como discípulos, y durante los partidos intentaba buscar a B.J. Armstrong para que saliera de su mala racha de tiro. “Está animando a sus compañeros, intentando

explicarles cómo jugar con él”, afirmó Phil Jackson. “Está jugando uno contra uno con gente como Dickey, sólo por divertirse. Sigue con lo de las apuestas a ver quién hace un tiro y cosas así, pero también hay una aceptación que nos ha facilitado mucho el trabajo a los entrenadores.” Aún era capaz de pegarle un grito a Myers si a éste se le ocurría tirar en vez de pasársela, pero estaba recorriendo el camino que lo llevaría desde necesitar un tiempo muerto para comprender que Paxson estaba solo hasta darle el balón decisivo a Wennington.

A pesar de que Jordan bromeaba sobre su falta de acierto en el tiro (“los Bulls estaban jugando bien hasta que llegué yo”), su presencia sirvió para corregir el principal defecto de Chicago durante la temporada, que eran las pérdidas de concentración. En numerosas ocasiones los Bulls tomaron ventajas aparentemente decisivas que terminaron perdiendo en la segunda parte, y la llegada de Michael Jordan al menos solucionó ese fallo. Los Chicago Bulls terminaron la temporada con un parcial de 14-3 desde su incorporación, y adelantaron a los Cavs para evitar a los Knicks en primera ronda en favor de los Charlotte Hornets, un equipo dividido por las lesiones y el enfrentamiento entre sus figuras Alonzo Mourning y Larry Johnson. Ese cruce supuso además el reencuentro de Pippen y Jordan con Johnny Bach, convertido en asistente de los Hornets. “No temo a ninguno de vuestros jugadores, te temo a ti”, le dijo Pippen antes del primer partido. Bach había salido de Chicago de manera traumática, oficialmente porque Jerry Krause no estaba de acuerdo con que un asistente concediera entrevistas. Phil Jackson admitió que había renunciado a defender la continuidad de John Bach, pero según los rumores la historia real era aún más sombría: Jackson, molesto por la confianza de los jugadores en su subordinado y por su costumbre de ignorar las instrucciones, había convencido a Krause (o permitido que éste se convenciera) de que Bach era la fuente que filtró a Sam Smith los párrafos más hirientes del libro *The Jordan Rules*. Años después Krause se enteró de que la auténtica fuente había sido el propio Phil Jackson, y buscó a Johnny Bach para pedirle perdón entre lágrimas.

Michael Jordan anotó a voluntad contra los Hornets, sumando 48 y 32 puntos en los dos partidos jugados en Charlotte, pero el resultado global fue decepcionante. Ganaron el primero en la prórroga y perdieron el segundo

cuando Johnson y Mourning arrollaron la débil defensa interior de los Bulls, y el equipo era consciente de que podrían haberse llevado los dos partidos. Phil Jackson decidió hacer cambios y anunció que Longley y Buechler serían titulares en detrimento de Perdue y Kukoc, arriesgándose al enfado de un Jordan que ya había discutido la elección de Blount por delante de Simpkins para la plantilla de *playoffs*. En el último momento Jackson anuló la titularidad de Buechler, quizás porque sólo buscaba asustar al jugador croata, y si fue así funcionó a la perfección. Toni Kukoc jugó a gran nivel los dos partidos siguientes, y los Bulls pasaron de ser un monólogo de Jordan a un equipo más diversificado en ataque. En defensa, Jackson ordenó que flotaran a Muggsy Bogues, explotando sus limitaciones ofensivas, para doblar sobre Alonzo Mourning. Los Bulls resolvieron la eliminatoria por un claro 3-1, aunque no faltaron las acusaciones de favoritismo arbitral: en el último segundo del cuarto partido Hersey Hawkins capturó un rebote de ataque y Michael Jordan le agarró del brazo para obstaculizarle el tiro sin que los árbitros indicaran personal. Fue el típico final en el que los árbitros se limitan a dejar seguir, pero Mourning declaró que se trataba de una prueba de que la NBA estaba interesada en favorecer a un jugador con más tirón como Jordan (los Bulls respondieron que el pívot de Charlotte había dispuesto de 16 tiros libres, casi tantos como todo el equipo local).

Si el partido de los 55 puntos en el Madison fue el punto culminante de la vuelta de Michael Jordan al baloncesto, la serie contra los Orlando Magic fue el punto más bajo, especialmente el final del primer partido. Los Bulls lograron imponer su ritmo lento, y a falta de pocos segundos para la conclusión parecían haber robado una importante victoria en Orlando: un *alley-oop* de Kukoc a Pippen los había puesto por delante, y a continuación Armstrong robó el balón en defensa. Para sorpresa de Phil Jackson, los Magic no intentaron hacer falta, así que Jordan sólo tenía que aguantar la posesión para ganar el partido. Superó a Nick Anderson, cruzó la línea de medio campo...y de repente Anderson llegó por detrás y le arrebató el balón de la mano. "Penny" Hardaway lo recogió y asistió a Horace Grant para el mate, y Jordan remató su actuación perdiendo también el último ataque, cuando se levantó en la línea de personal y rectificó sobre la marcha, intentando el pase sobre un Pippen que en ese momento corría a colocarse al rebote. Michael Jordan fue el

máximo anotador de su equipo, pero sus ocho pérdidas condenaron a los Bulls, y especialmente las dos últimas resultaban casi increíbles en un jugador que parecía crecerse en los momentos de exigencia máxima. Phil Jackson no recordaba verle perder la referencia del defensor así.

Nick Anderson aprovechó su momento de fama para hurgar en la herida, apoyando la idea de que Jordan estaba acusando su edad. “Antes de retirarse tenía más velocidad y explosividad, y ahora no es que no tenga, pero no es igual que cuando era el número 23. Aún hace algunas cosas, pero no como el número 23. El número 23 era imposible de alcanzar, el número 45 acelera pero no llega a despegar.” Estas declaraciones hirieron el orgullo de Jordan, y cuando el utillero de los Bulls le dejó caer que siempre llevaba una camiseta con el 23, “por si acaso”, decidió que había llegado el momento de volver a su número de siempre. Ese gesto ponía de relieve la curiosa contradicción de un Michael Jordan que insistía en trazar su propio camino con independencia, y luego se dejaba arrastrar por cualquier crítica. Había puesto gran énfasis en la supuesta trascendencia de su nuevo número 45, ya que significaba que su difunto padre había visto todos sus partidos con el 23, y cuatro palabras de un rival crecido bastaban para echarlo todo por tierra. Además, eso suponía enfrentarse a la NBA, que por motivos de márketing prohibía los cambios de número a mitad de temporada, e indisponerse con los aficionados que habían adquirido a toda prisa las nuevas camisetas para encontrarse con que pocas semanas después perdían todo valor. Jordan podía ignorar las multas de la NBA (que ya le había sancionado por llevar unas zapatillas diferentes a las de sus compañeros), pero atribuyó la respuesta negativa del público a una campaña de la prensa, muy crítica después de su mala actuación en el primer partido.

Jordan se reivindicó con 38 puntos que rompieron el segundo partido de la serie y devolvieron la ventaja de cancha a los Bulls. El viejo número 23 mostraba la magia de siempre, y los Magic parecían a punto de descomponerse. El “monstruo de tres cabezas” (o más bien las 18 personales posibles que sumaban Longley, Perdue y Wennington) impedía que Shaquille O’Neal dominara los partidos, habían maniatado a “Penny” Hardaway y se estaba jugando al ritmo que quería Phil Jackson. Éste había elegido la película *Cadena perpetua* como tema de la eliminatoria, ya que consideraba que

Orlando era el mayor obstáculo que podían encontrar y si lo superaban el anillo estaba a su alcance. Sin embargo, estas expectativas sufrieron un duro golpe en el tercer partido, en el que los Bulls intentaron seguir a los jóvenes Magic hasta que les fallaron las fuerzas en el último cuarto, cuando nadie fue capaz de apoyar a Jordan y Pippen. A pesar de que empataron la eliminatoria 2-2 en el siguiente encuentro con un juego mucho más equilibrado, habían vuelto a perder la ventaja de campo y cada vez era más evidente que no tenían respuesta para Horace Grant. Jackson había apostado por flotarle a Grant, pero el afán de éste por reivindicarse ante su antiguo equipo hacía que estuviera jugando los mejores partidos de toda su carrera.

Michael Jordan no comprendía qué le pasaba. En el partido de exhibición que jugó contra Pippen se había encontrado muy cómodo, y en los entrenamientos parecía el de siempre. Pero en los partidos perdía la concentración, le fallaban las fuerzas, cometía errores de principiante y permitía que fueran los rivales quienes culminaran las jugadas decisivas. Le recordaba a la desagradable sensación que le había producido en el béisbol ver las gradas llenas de espectadores atraídos por el reclamo de su nombre, siendo incapaz de ofrecer una actuación a la altura necesaria en el terreno de juego. En el quinto partido sus puntos pusieron a los Bulls por delante en la primera parte, pero en la segunda Dennis Scott por fuera y Horace Grant por dentro lideraron a los Magic, mientras Jordan, Pippen y Wennington fallaban hasta los tiros más fáciles. La eliminatoria llegó a un triste final en el sexto encuentro, en unos minutos finales con Michael Jordan convertido en una caricatura de sí mismo que se obcecaba en buscar una canasta que se le negaba, y que se tiraba hasta las zapatillas ignorando a sus compañeros y sin el acierto de temporadas pasadas.

Para sorpresa de los periodistas, la nueva actitud de Michael Jordan sobrevivió a la derrota, y se sentó a hablar en profundidad y con calma sin ningún resto de las tiranteces que siguieron al primer partido. En lugar de convertir cada entrevista en un pulso como sucedió durante los tres campeonatos, hablaba con sinceridad y sin evitar los temas difíciles. Era el primero en bromear sobre su fracaso en el béisbol y en reconocer que había sido un período de crisis personal (“estaba perdido dentro de mí mismo y ni siquiera me daba cuenta”). También asumió su responsabilidad personal por la

derrota, sobre todo en lo referente al primer y al último partido, y atribuyó el mérito de la victoria a la gran actuación de Horace Grant. Quiso dejar claro que su intención era seguir jugando la temporada siguiente, y se lo veía casi feliz a pesar de haber sido eliminado minutos antes. “Estoy muy contento de haber vuelto. Es una decepción no haber sido capaz de robar un campeonato, si se puede llamar así, pero me alegro de haber vuelto. Me sigue gustando el baloncesto y sigo encontrando desafíos en él. Ha sido una temporada divertida.”

Cuando estaba a punto de marcharse, Michael Jordan volvió sobre sus pasos para una última reflexión: “Deberían volar este edificio”.

Chicago, 1995

Sólo nos falta un reboteador.

Es posible que fueran las disputas laborales las que forzaron a Michael Jordan a dejar el béisbol, pero en ese caso no debieron dejarle secuelas permanentes. Jordan dedicó buena parte del verano de 1995 a un esfuerzo por “descertificar” al sindicato de jugadores, es decir, a anular su capacidad de representar a todos los jugadores de la NBA en la negociación de un nuevo convenio colectivo. El sindicato había aceptado la propuesta de la NBA de incluir un nuevo tope salarial (el llamado impuesto de lujo, que penalizaría a las franquicias que superaran cierto nivel de gasto), pero la asamblea de jugadores se negó a ratificarlo temiendo que eso produjera un recorte en sus ingresos. Los más amenazados eran por una vez los jugadores de la élite de la NBA, que encontrarían más dificultades para obtener los gigantescos contratos que se estaban haciendo comunes en la liga, y con ellos, sus agentes. David Falk organizó una rebelión que estaría liderada por dos de sus representados, Michael Jordan y Pat Ewing, y que pretendía presentar una demanda contra la NBA argumentando un abuso de su posición como monopolio. En el pasado se habían presentado demandas similares, pero habían sido rechazadas alegando que no era coherente con la existencia de un convenio colectivo firmado por los representantes de los jugadores. El grupo de jugadores liderados por Jordan inició el procedimiento de descertificación del sindicato como paso previo a esa demanda, y logró que se convocara una votación para decidir su futuro.

David Falk y los suyos fueron derrotados en toda línea, aunque el tema de fondo no se resolvería hasta el *lockout* de 1999. David Stern usó la táctica del palo y la zanahoria, amenazando con la posibilidad de suspender la competición por un lado y por otro ofreciendo un sustancial aumento del tope salarial, y los jugadores terminaron rechazando la disolución del sindicato con

dos tercios de los votos totales. Se abría la puerta al impuesto de lujo, al tope salarial para *rookies* y a la larga a los salarios máximos preestablecidos, pero aunque Falk y Jordan no olvidaron esa derrota, a corto plazo el aumento del tope permitiría que los contratos de las estrellas siguieran su escalada.

Michael Jordan no había permanecido ocioso todo este tiempo. Estaba rodando su primera película, una cinta de animación con los personajes de la Warner que se iba a titular *Space Jam* y que sería un rotundo éxito. Durante el rodaje exigió que se montara una cancha de baloncesto junto al estudio, y pasaba en ella todos sus ratos libres intentando recuperar el tiempo perdido con la ayuda de antiguos compañeros y amigos. Curiosamente, Jordan se encontraba muy cómodo en esta situación, con la prensa y los aficionados especulando sobre su posible decadencia y teniendo que trabajar para volver a la cumbre del baloncesto. Volvía a tener un desafío real, definido en el baloncesto, y el dominio que había ejercido desde 1991 a 1993 se había desvanecido. Cuando hablaba de su paso por el béisbol, comparaba sus dificultades con el esfuerzo de subir una escalera, a diferencia del baloncesto, que se había convertido en coger un ascensor. Jordan se sentía más cómodo consigo mismo cuando sentía que estaba subiendo una escalera, superando con esfuerzo un obstáculo, y en 1995 el baloncesto le había devuelto esa sensación.

Mientras, Jerry Krause sondeaba el mercado buscando un ala-pívot después de que Horace Grant le dejara en evidencia (durante la serie contra los Magic le había exigido a Phil Jackson que impidiera que Grant fuera el jugador que les derrotara, sin resultado). Reinsdorf seguía fantaseando con la idea de traspasar a Scottie Pippen a los Clippers, algo que el jugador rechazaba por consejo de su amigo Ron Harper, que conocía los entresijos de esa franquicia. Era tentador plantearse qué podrían hacer con todas las elecciones de primera ronda del *draft* que sacarían de un intercambio como ése, pero Michael Jordan no aceptaría pasar por una reconstrucción en ese momento. Los Bulls habían *drafteado* hombres altos en primera ronda durante tres años seguidos, pero ninguno daba el nivel de titular. Corie Blount, tan atlético como falto de fundamentos, fue enviado a los Lakers a cambio de que no filtraran a la prensa que se trataba de un regalo; mientras, a Jordan le gustaba la capacidad de poner bloqueos que mostraba Dickie Simpkins, pero

él y Jason Caffey (el *rookie* de esta temporada) no pasaban de ser suplentes discretos.

Así que Krause seguía buscando un cuatro, a pesar de que el nombre que más sonaba era el de un jugador que no le gustaba en absoluto: Dennis Rodman. Rodman se había convertido en el cáncer que había dinamitado desde dentro las opciones de los Spurs en *playoffs*, y buscaban quitárselo de encima al precio que fuera. Deportivamente era lo que necesitaban los Bulls, un especialista en defensa y rebote que les permitiera dejar de usar a Toni Kukoc en una posición que no era la suya, pero su historial de indisciplina y su pasado como archienemigo de Pippen y Jordan desaconsejaban su fichaje. Jerry Reinsdorf lo había mencionado como una posibilidad el año anterior, y en esta ocasión el *scout* Jim Stack volvió a insistir. Los Bulls habían preparado una lista de siete candidatos para el puesto, pero la mayoría eran parches, como Loy Vaught o Jayson Williams, mientras que Rodman era el único jugador potencialmente dominante que estaba en el mercado. Jerry Krause habló con Phil Jackson, que le remitió a la plantilla alegando que era una decisión que debían tomar entre todos. Por una vez Krause aceptó pedirle opinión a Jordan y Pippen, y éstos se manifestaron a favor de la contratación de Rodman, considerando que la posibilidad de ganar otro campeonato haría que se centrara. Además, Phil Jackson era el entrenador ideal para tratar con Rodman, que en algunos aspectos se parecía mucho a Jordan: ambos jugadores planteaban su relación con el entrenador como un pulso constante, un juego que intentaban ganar. Jackson se negaba a dejarse arrastrar, y daba a entender que sabía que todo era un juego y que ambos eran los únicos que lo comprendían. Phil Jackson no participaba en los juegos de los demás, eran los jugadores quienes participaban en los suyos.

El precio por Dennis Rodman era un jugador que ya no formaba parte de los planes de los Bulls, el pívot Will Perdue. Jackson nunca había tenido muy buena opinión de él, y se había indisputado con su principal apoyo, Jerry Krause. Perdue había cometido el error de escribir un artículo para un periódico local, algo casi inaceptable para la franquicia, y encima lo había dedicado a explicar que según su opinión uno de los problemas del equipo era la insistencia de Krause de viajar con la plantilla, lo cual generaba nerviosismo entre los jugadores. Después de eso su suerte estaba echada, y su

buena temporada sólo sirvió para que los Spurs mostraran cierto interés por sus servicios. Para fichar a Dennis Rodman los Bulls hicieron la investigación más detallada de su historia, incluyendo entrevistas con su terapeuta, con sus amigos, con ex compañeros y sobre todo con Chuck Daly, cuya aprobación resultó decisiva. Como medida de seguridad, Jerry Krause contrató a la vez a Jack Haley, un amigo de Rodman que se pasó la temporada en la lista de lesionados, y a James Edwards y John Salley, dos antiguos Pistons con fama de haberse llevado bien con él. “Cuando quisieron ficharme, los Bulls me hicieron pasar un examen psiquiátrico de cuatro horas. Y luego contrataron a Dennis Rodman”, resumió Jayson Williams.

En el perímetro, Jordan no pudo reparar la relación entre B.J. Armstrong y Phil Jackson, así que los Bulls dejaron marchar al popular base en el *draft* de expansión. Sin embargo, la gran sorpresa la dio Ron Harper cuando acudió a la reunión de final de temporada. Su mal año y la vuelta de Michael Jordan lo hacían prescindible, y la intención de Jerry Krause era informarle de que intentarían buscarle el mejor destino posible en un traspaso. Sin embargo, Harper acudió a dicha reunión con un plan definido de cuál podía ser su nuevo rol en el equipo: “Con la vuelta de Michael, seré un jugador que defiende y que se ocupa de la intendencia. Sólo anotaré cuando se presente la oportunidad”. A Phil Jackson le atraía la idea de una línea exterior formada por tres jugadores grandes como Harper, Jordan y Pippen que pudieran marcar a cualquier rival indistintamente, y le ofreció a Ron Harper la oportunidad de reinventar su carrera si trabajaba todo el verano y volvía dispuesto a darlo todo. Randy Brown, un especialista defensivo para frenar a bases pequeños y rápidos, llegó para completar un banquillo compuesto de retales y descartes de otros equipos. Aunque la predicción de Lacy Banks de que estos Bulls podrían llegar a las setenta victorias fue objeto de burlas generalizadas, el periodista tenía razón al señalar que individualmente jugadores como Jud Buechler o Bill Wennington no daban miedo a nadie, pero colectivamente permitían que Phil Jackson dispusiera de numerosas opciones tácticas en ataque y defensa.

Sabiendo que ese equipo encadenaría tres anillos consecutivos, es fácil dar por hecho que después del traspaso de Rodman se convertirían en favoritos, pero persistían algunas dudas. Michael Jordan venía de dejar una

imagen de impotencia en los *playoffs* anteriores, no era seguro que Scottie Pippen continuara en plantilla y Dennis Rodman podía descarrilar al equipo en cualquier momento como había hecho en San Antonio. La gran diferencia se encontraba en el vestuario, más unido y seguro de sí mismo que nunca antes. Cuando Rodman montó uno de sus espectáculos en el primer amistoso de pretemporada, Phil Jackson se limitó a reírse y exclamar: “Dios mío, cómo me recuerda a mí mismo”. Michael Jordan y Steve Kerr se liaron a puñetazos en un entrenamiento (“él me dio un codazo, yo le di otro codazo y a continuación me atacó”), y el resultado fue que Jordan adquirió una mayor dosis de respeto por ese base rubito con cara de niño que no le tenía miedo a nadie. A pesar de que Dennis Rodman se lesionó tras el tercer partido y se perdió el primer mes de competición, con lo cual los Bulls estaban jugando con prácticamente el mismo equipo que el año anterior, su comienzo de temporada fue arrollador. Ganaron los cinco primeros partidos, y después de una humillante derrota ante unos Magic sin Shaquille O’Neal, encadenaron otras cinco victorias más, y luego trece, y luego dieciocho. En febrero derrotaron a los Lakers para ponerse con una marca histórica de 41 victorias y sólo tres derrotas, y ya nadie se burlaba de la predicción de Lacy Banks. Inspirado en parte por el éxito de Jordan, “Magic” Johnson había decidido intentar su propia vuelta a las canchas, pero después de jugar contra los Bulls parecían haberle caído diez años encima: “Son tan buenos como nuestros equipos campeones. Son mejores que los tres equipos con los que ganaron el anillo. Dan miedo, tío”.

Aparte de los puntos de Jordan y los rebotes de Rodman, pocas estadísticas llamaban la atención en estos Bulls. Sin embargo, colectivamente presentaban el mejor ataque y la mejor defensa de la liga, y según Bill Wennington salían a la cancha convencidos de que la victoria estaba en sus manos y de que ningún rival podría superarlos si jugaban a su nivel. Dennis Rodman aportaba lo esperado en positivo y en negativo, como cuando fue sancionado por un cabezazo a un árbitro, pero el equipo se sentía con fuerza para superar cualquier baja. Harper y Kukoc habían encontrado su lugar, e incluso los jugadores del fondo del banquillo como Edwards estaban preparados para saltar a la pista y aportar minutos de calidad. Sin embargo, la clave del éxito de los Chicago Bulls seguía siendo Michael Jordan. En pretemporada Tex Winter había insistido en que Phil Jackson le preguntara si

estaba de acuerdo en seguir basando el juego del equipo en el triángulo ofensivo, ya que por primera vez el veterano asistente tenía dudas de que fuera la estrategia idónea, y para su sorpresa Jordan respondió a favor de mantenerlo. En el pasado, la estrella de los Bulls había sido muy crítico con el triángulo, pero después de su paso por el béisbol había adquirido una mayor comprensión de las limitaciones de algunos de sus compañeros. Seguía exigiendo el mismo compromiso y entrega de siempre, pero ahora era capaz de ver cómo se podían aprovechar las virtudes de jugadores tan especializados que eran casi marginales. El triángulo ofensivo les proporcionaba una referencia y permitía que Jordan se dosificara cuidadosamente para los momentos decisivos. Así sucedió, por ejemplo, en Vancouver a comienzos de la temporada, cuando Darrick Martin cometió el error de alardear de lo que parecía ser una victoria de los Grizzlies antes de que Jordan tomara el control y anotara 19 puntos en seis minutos para convertir una desventaja de 8 puntos en una ventaja igual que sentenció el partido. O los 53 puntos a los Pistons de Doug Collins, que según el propio Jordan lo reconciliaron con el United Center. “Ahora ya puedo decir que ésta es mi casa. He comprobado que puedo jugar bien aquí. No sabía cuándo llegaría y ha llegado esta noche.”

En el pasado, Phil Jackson había mostrado cierta reluctancia hacia los récords, que en su opinión distraían a los jugadores del objetivo último, que era el campeonato. Esta temporada, sin embargo, no intentó limitar las posibilidades del equipo sino que decidió mandar un mensaje a sus propios jugadores y al resto de la liga. Los Chicago Bulls terminaron la temporada con 72 victorias, récord en la historia de la NBA, y por el camino cosecharon una larga lista de galardones individuales: Michael Jordan fue elegido MVP de la liga y del *All Star*, Phil Jackson fue entrenador del año, Jerry Krause mejor ejecutivo, Toni Kukoc el mejor sexto hombre, Jordan y Pippen en el quinteto ideal de la NBA. Quizá lo más significativo es que tres jugadores de los Bulls fueron elegidos en el quinteto defensivo de la liga (Jordan, Pippen y Rodman). Estos premios venían a reconocer lo que se había visto en la cancha, donde prácticamente no tuvieron rival. Jordan había recuperado su resistencia después de los entrenamientos veraniegos, pero eso no significaba que hubiera vuelto a ser el de antes de retirarse. Había ensanchado, y físicamente se parecía cada vez más a su padre. Aunque volvía a ser capaz de volar hasta el

aro, las jugadas acrobáticas eran más infrecuentes que en el pasado, y se producían en momentos elegidos con cuidado. A cambio había mejorado su mecánica de tiro en suspensión, y su tren inferior reforzado le permitía ejecutar la media vuelta al poste con mayor eficacia que nunca. Ya no podía levantarse en cualquier posición y decidir después qué iba a hacer, pero parecía más peligroso que nunca.

Fue Ron Harper el que inventó el lema del equipo para *playoffs*: “72-10 no sirve de nada sin el anillo” (en el original rima, de verdad). En primera ronda Phil Jackson volvió a encontrarse con su archienemigo Pat Riley y sus Miami Heat. Se suponía que entre las escasas debilidades de los Bulls se encontraban los bases rápidos y los pívots dominantes, y los Heat contaban con dos de los mejores, como eran Tim Hardaway y Alonzo Mourning. Sin embargo, la defensa de Chicago atenazó a Miami, especialmente a un Mourning que fue muy criticado por su bajo rendimiento, y tres palizas consecutivas clasificaron a los Bulls para segunda ronda. Pero derrotar a un equipo de Riley siempre tiene un precio, y en este caso fue una lesión de espalda en una caída de Michael Jordan. En el primer partido de la eliminatoria contra los Knicks los dolores fueron tan intensos que tuvo que pedir el cambio y tumbarse sobre el parqué para aliviar su espalda, pero aun así fue capaz de anotar 44 puntos y arrancar una victoria en una mala noche del equipo. Cuando volvió del béisbol el año anterior, Phil Jackson vio que los demás jugadores tendían a quedarse mirando cuando Jordan tenía el balón, pero esta temporada sabían qué hacer. Incluso si Jordan tomaba el mando absoluto del juego de ataque, sus compañeros sabían que si se aplicaban en defensa y cargaban el rebote la victoria caería de su lado. Aunque la atención de la prensa se centró en los puntos de Michael Jordan, el partido se decidió en defensa cuando los Bulls impidieron que los Knicks anotaran ninguna canasta en juego en los últimos cinco minutos.

Ese primer partido estableció el tono de la eliminatoria, que como era habitual contra los Knicks derivó a una guerra de desgaste basada en la defensa y los contactos, con marcadores bajos y poco espectáculo. Los Bulls se quejaban de que su escaso acierto en el lanzamiento a canasta era el resultado de la costumbre de sus rivales, en especial Derek Harper, de tocar el codo de los tiradores disimuladamente, a lo que había que añadir sus

problemas físicos. Además de Jordan, tanto Pippen como Harper estaban tocados, y Toni Kukoc se perdió los tres últimos partidos de la serie por una lesión de espalda. En el segundo encuentro los Bulls diversificaron más su ataque para no depender tanto de Jordan, pero la clave volvió a estar en una defensa que maniató a Pat Ewing y los Knicks en el último cuarto. El héroe del tercer partido en Nueva York fue John Starks, que por una vez consiguió despegarse de la defensa de los Bulls y anotar 30 puntos decisivos. Michael Jordan forzó la prórroga con dos triples en el último minuto, pero no consiguió evitar que los Knicks se apuntaran la victoria al final. Ambos equipos sabían que el cuarto encuentro sería decisivo y que se ganaría en defensa, y así sucedió. Fue un partido jugado a cara de perro, de mucho sudor y poco brillo, que terminó en polémica cuando los árbitros pitaron pasos en un triple de Starks que habría supuesto el empate. El escolta de los Knicks hizo algo extraño al recibir el balón, y aunque más extraño era que pitaran pasos en esas circunstancias, lo cierto era que lanzó el triple después de que el juego se hubiera detenido. La serie estaba sentenciada y las protestas de los locales no podían cambiar eso, estuvieran justificadas o no. Jordan se fue a los 35 puntos en el quinto partido y los Bulls se clasificaron para la final de conferencia y la ansiada revancha contra los Orlando Magic.

Esta temporada Michael Jordan recuperó el placer del baloncesto como auténtico desafío, en lugar de esas rivalidades imaginarias que había tenido que crear justo antes de retirarse. Los Bulls habían batido el récord de victorias de la NBA y llegaban a la final de conferencia con autoridad, pero también eran un equipo veterano frente a unos Magic jóvenes y pujantes. Toni Kukoc se había recuperado durante los días de descanso, pero ni él ni Jordan se encontraban al 100%; Pippen se había unido al club con un tirón de espalda en el cuarto partido contra los Knicks, y las rodillas de Harper se inflamaban cada vez más. Sin embargo, fueron los de Orlando quienes terminaron la eliminatoria cribados por las lesiones, especialmente determinantes para un equipo que presumía de un quinteto titular rutilante pero carecía de un banquillo de suplentes a su altura. Horace Grant se lesionó el codo izquierdo al final del primer partido, luego fue la muñeca de Nick Anderson y encima sus sustitutos naturales, Brian Shaw y Jon Koncak, jugaron también con serias molestias.

Esas lesiones no podían ocultar la realidad de que los Orlando Magic eran un equipo falto de dureza defensiva y anímicamente frágil, que ofrecía su mejor cara con el viento a favor pero carecía de la entereza para superar a un rival decidido. Eso se pudo apreciar en el primer encuentro, cuando con la plantilla al completo fueron aniquilados por un escandaloso 121-83. Jerry Krause pudo disfrutar del espectáculo de un Dennis Rodman soberbio que anuló totalmente a Horace Grant (0 puntos y 1 rebote en 28 minutos), mientras Dennis Scott y Nick Anderson se borraban del partido. Los Bulls dominaron el rebote y circularon cómodamente el balón en ataque, aprovechando las facilidades defensivas de los aleros de los Magic. Su única preocupación era Toni Kukoc, que estaba pasando sus peores momentos en el tiro y llevaba una racha de 1/27 en triples. “Yo tengo la solución”, bromeó Steve Kerr. “Que me pase todos los balones a mí.” Shaquille O’Neal se había limitado a maquillar estadísticas en el primer partido, pero en el segundo salió decidido a echarse el equipo a las espaldas. A mitad del tercer cuarto los Magic tenían 18 puntos de ventaja, y estaban a punto de empatar la serie y recuperar el factor cancha. “Los tenemos justo donde queremos”, dijo en un tiempo muerto Phil Jackson. Los Chicago Bulls subieron la intensidad de la defensa y remontaron casi toda la diferencia en apenas seis minutos, después resistieron los últimos coletazos de Orlando en la recta final y ganaron 93-88. Los Magic eran conscientes de que habían perdido su última oportunidad y no les quedaba capacidad de reacción. “Parece que no tienen una idea muy clara de cómo quieren atacarnos”, resumió Jordan.

La situación rozó lo humillante en el tercer partido, en el que los Magic sólo anotaron 10 puntos en el último cuarto jugando en casa y batieron el récord de anotación más baja en *playoffs* en la derrota por 86-67. La película elegida por Phil Jackson como tema para esta ronda de *playoffs* era *Pulp Fiction*, y los Bulls se comportaron como asesinos a sueldo. Dennis Rodman comparó el juego de ataque del rival con un fregadero atascado y declaró que el equipo de Orlando tenía talento suficiente para ser campeones, pero no estaban dispuestos a pagar el precio. Eso inició un cruce de declaraciones con Shaquille O’Neal, que después de las críticas por sus fallos en los tiros libres no tuvo mejor idea que meterse en una polémica que no podía ganar. Ya daba todo igual en una serie que los Bulls sentenciaron con un contundente 4-0; a

pesar de negarlo ante la prensa, pocos dudaron que los 45 puntos de Michael Jordan en el último partido eran un mensaje dirigido a los Heat como recuerdo de la camiseta que llevara el año anterior.

Se daba por hecho que la final iba a ser un simple trámite para coronar a un equipo sobre el cual la única duda que persistía era si se trataba del mejor de la historia. Los otros finalistas serían los Seattle Superonics, un equipo tan poco convencional como su entrenador, George Karl, y liderado por dos jóvenes estrellas con el ceño permanentemente fruncido, el base Gary Payton y el ala-pívot Shawn Kemp. También supondría el reencuentro de Jordan con otro Tar Heel al que ya se enfrentó en su primera final, un Sam Perkins que había perdido casi toda su movilidad y cuyo aspecto era más extraño que nunca. Los Sonics eran un equipo desequilibrado falto de juego en estático, pero buenos defensores y muy agresivos con el balón. De todas formas, se estimaba que su techo era perder en cinco partidos en lugar de en cuatro, cuando Payton se encontrara con la defensa de perímetro que había hecho llorar a los Magic y Kemp tuviera que lidiar con Rodman. “Nuestra ejecución ofensiva ha pasado por altibajos”, reconocía Jordan. “Nuestro acierto en el tiro ha pasado por altibajos. Pero lo que nunca nos ha fallado es la defensa.” Los Sonics habían fichado al asistente Brendan Malone, uno de los creadores de las viejas “reglas de Jordan” que usaron los Pistons, pero incluso él creía que el mayor problema contra los Bulls era su capacidad de recuperación, que les permitía doblar al poste y volver al perímetro antes que el balón.

Como es habitual, ambos equipos se habían reservado alguna sorpresa para la final, y así los Bulls alternaron a Longley y Rodman en la defensa sobre Kemp, mientras que los Sonics usaban a Detlef Schrempf y a Hersey Hawkins sobre Jordan, lo que hizo que éste se dedicara principalmente a asistir a sus compañeros. Fue el clásico partido que los Bulls controlaron de principio a fin, y cuando Seattle intentó remontar para dejar claro que no estaban en la final por casualidad, Toni Kukoc recuperó el acierto y encadenó diez puntos consecutivos al comienzo del último cuarto para sellar la victoria. A pesar de la buena actuación de Shawn Kemp, no pudo evitar que la aportación de Dennis Rodman fuera vital para el triunfo de los Bulls. George Karl tenía fama de encontrar soluciones poco ortodoxas a sus problemas, y también de que con frecuencia esas soluciones terminaban siendo

contraproducentes para su propio equipo. Ése fue el caso de Frank Brickowski, un jornalero de la defensa y el rebote que salió a la pista con el objetivo evidente de sacar de sus casillas a Rodman. En apariencia, el plan de Karl era intentar privar a Chicago de uno de sus jugadores más importantes, arriesgando a un jugador secundario como Brickowski. Sin embargo, Rodman confirmó la sospecha de que muchos de sus estallidos en realidad estaban fríamente calculados, y se negó a caer en las provocaciones del rival. Es más, consiguió invertir la situación, provocar la expulsión de Brickowski y a partir de ese momento usarlo para desconcentrar a los Sonics cada vez que saltaba a la cancha, mediante acciones extemporáneas como girarse durante un tiro libre y quedársele mirando.

Mientras Dennis Rodman se dedicaba a ejercer su dominio sobre el juego y la moral de los rivales, ambos equipos tenían que afrontar los problemas de algunos de sus veteranos. El base Nate McMillan tenía en su equipo un papel similar al de Ron Harper, defender duro y ayudar a la circulación del balón; ambos compartían además un deterioro físico que haría que no pudieran jugar algunos partidos o lo hicieran muy disminuidos. Los Sonics tuvieron que afrontar la baja de McMillan para el segundo encuentro, sabiendo que debían evitar a toda costa un 2-0 que se antojaba decisivo. Las defensas se impusieron a los ataques durante todo el segundo partido, y los Bulls no consiguieron despegarse hasta que Toni Kukoc anotó dos triples consecutivos después de recibir una bronca de Jordan por su actitud poco decidida. “¿Tienes miedo?”, le espetó. “Si tienes miedo, te sientas. Si has salido para tirar, tira.” Parecían tener la victoria en el bolsillo cuando los Sonics apretaron en defensa, y los de Chicago fueron incapaces de anotar una canasta en los últimos minutos. Jordan falló todos sus tiros, y en los últimos segundos se mascaba la tragedia con unos tiros libres que Pippen no pudo anotar hasta que llegó Rodman al rescate. En un partido con tantos fallos sus 11 rebotes ofensivos valían su peso en oro, y después de sacar petróleo de otra jugada que convirtió en un salto entre dos, consiguió asegurar el triunfo de los Bulls.

La serie viajó a Seattle, donde pocos creían que los locales pudieran plantar cara. Habían hecho el intento en el segundo partido y después de ese fracaso sólo les quedaba rendirse, y lo ratificaron en el tercer encuentro. Los Bulls salieron completamente concentrados desde el primer minuto, y fueron

tomando ventajas cada vez más amplias: 7-0, 34-12, 62-38. Los Sonics no paraban de perder balones frente a la defensa de los Bulls, y al otro lado Michael Jordan anotó 15 puntos seguidos para romper el partido en la primera parte. Los Sonics terminaron completamente hundidos, con Brickowski expulsado por segunda vez y viendo cómo se ponían las botas hasta jugadores que normalmente apenas participaban en ataque, como Longley, Wennington y Randy Brown. Fue una humillación que levantó ampollas en los locales, y Shawn Kemp llamó cobardes a sus propios compañeros ante los medios. George Karl no se quedó atrás y anunció que el pívot titular Ervin Johnson (nada que ver con “Magic”) y el alero suplente Vincent Askew quedaban expulsados de la rotación por bajo rendimiento. Frank Brickowski, que casi salía a expulsión por partido, quedaba ascendido a titular, y Gary Payton pasaría a defender a Jordan. Viendo a los Bulls imparables y con una ventaja de 3-0, la mayor parte de la prensa consideró las medidas de Karl como una especie de reordenamiento de las sillas de cubierta del Titanic, ejemplo clásico de esfuerzo baldío que no sirve para impedir la catástrofe, pero se equivocaban.

Tex Winter le echó la culpa al triunfalismo y las distracciones que rodeaban al equipo, con los representantes de la liga ensayando la entrega del trofeo y los ejecutivos de la franquicia planificando las celebraciones, pero el auténtico cambio de actitud se produjo en el otro equipo. La situación se invirtió respecto del tercer partido, y esta vez fueron los Sonics quienes salieron a por todas desde el primer minuto. Después del partido Jordan apenas quiso concederle crédito a Gary Payton, que había solicitado repetidas veces ser su defensor, pero se le vio incómodo en todo momento, al igual que a sus compañeros. En otras ocasiones la defensa había sido la salvación de los Bulls en los días en que los tiros no entraban, pero esa noche los Sonics acertaron desde todas las posiciones. El momento más emocionante fue la ovación a Nate McMillan cuando el capitán saltó a la pista, y poco después se unió a la fiesta con dos triples mortíferos. Michael Jordan terminó peleándose con sus compañeros, con los árbitros y consigo mismo, y a punto estuvo de conseguir que lo expulsaran. Ya llevaba en su cuenta una técnica y una falta flagrante cuando le señalaron unos dobles en el último cuarto, y se lanzó a rugirle al árbitro ante las protestas del público local que recordaba las dos

expulsiones de Brickowski. “Parece que tocaba el día de pitármelo todo a mí”, se quejó tras el partido. “Vaya, ya hablo como Dennis, ¿verdad?”

Michael Jordan podía culpar a los árbitros y Phil Jackson negar que una derrota indicara un cambio de situación, pero se engañaban a sí mismos. Los Sonics no querían terminar la temporada como los Orlando Magic, otro equipo joven y prometedor arrancado de raíz por los Bulls, como sucediera con los Cavs de Price y Daugherty. Los Magic no se recuperarían de la pobre imagen que dejaron en la final de conferencia, y poco después el entrenador sería despedido a raíz de un motín en el vestuario y Shaq haría las maletas rumbo a Los Ángeles; los Sonics, en cambio, iban a pelear. En el quinto partido su defensa siguió asfixiando a los Bulls, y Jordan volvió a encararse con sus compañeros y los árbitros. Seattle rompió el partido en el último cuarto para ponerse 3-2 y amenazar una victoria que se daba por segura. La serie volvía a Chicago, y eso no estaba en el guión.

No hubo más ensayos con el trofeo ni planes para la celebración. Si sufrían una tercera derrota consecutiva no importarían nada las 72 victorias ni la eliminación de los Magic, y tendrían que ir a un séptimo partido de resultado incierto. Los Bulls salieron decididos a recuperar la actitud con la que empezaron la final y a no dar ninguna oportunidad a los Sonics. Michael Jordan, que había sido la mejor baza anotadora de su equipo en los momentos de sequía, ofreció su peor actuación de la serie, pero sus compañeros cogieron el relevo. Pippen superó por fin su racha de errores, Harper pidió a sus rodillas un último esfuerzo y los triples de Kukoc y Kerr hicieron el resto. Pero la gran estrella del partido fue Dennis Rodman, que se fue creciendo con el paso de los minutos hasta alcanzar una estatura homérica. Según él mismo, su error en Seattle había sido cambiar de rutina y acostarse temprano; en Chicago volvió a encadenar una noche entera de juerga e ir directamente al sexto partido, y el resultado fue inmejorable. Sacó de sus casillas a Kemp, dominó los rebotes, asistió a Jordan e incluso anotó una inesperada canasta a aro pasado, y llegó un momento en el que parecía estar defendiendo al quinteto entero de los Sonics él solo. George Karl tuvo que pedir tiempo muerto para intentar desfibrilar a un equipo que se desmoronaba delante de sus ojos, y no sirvió de nada. El día del padre de 1996 Michael Jordan ganó su cuarto campeonato de la NBA y fue elegido MVP de la final convirtiéndose en el

segundo jugador de la historia que ganaba en una misma temporada los tres galardones de mejor jugador: liga regular, *allstar* y final. Con todo, hubo quien consideró que el premio de la final debería haber sido para Rodman. “Dennis Rodman ganó dos partidos de esta final”, declaró George Karl en referencia al segundo y al sexto. Todo eso era secundario para Jordan. “Me pasaron muchas cosas por la cabeza y el corazón. Mi cabeza estaba centrada en lo que es más importante para mí, mi familia y mi padre, que no está hoy aquí. Pero mis compañeros acudieron al rescate”, declaró. “Ha sido duro, pero se supone que ganar un campeonato es duro. Creo que todo ha pasado como tenía que pasar.”

Empezaba una época de dominio de la NBA más autoritario que el que había ejercido en 1991-1993. Michael Jordan había pasado de controlar su propio cuerpo y el balón a determinar todo lo que sucedía en la cancha, y su capacidad para imponer su voluntad sobre las circunstancias y los rivales era escalofriante. Scottie Pippen abrazó a Ron Harper. “¡Te lo dije! ¡Los sueños se hacen realidad!”

Chicago, 1996

Qué viaje tan largo y tan extraño hemos realizado.

La raíz última de casi todos los problemas es el dinero. Algunos creen que son el dinero y el sexo, pero si eso fuera cierto la renovación de Rodman no habría sido la más sencilla. Se suponía que los Chicago Bulls estaban en el punto más alto de su historia después de conquistar el anillo de 1996, pero en realidad estaban a punto de disolverse en una serie de disputas intestinas provocadas por las discusiones para renovar a varias piezas claves.

Phil Jackson, Michael Jordan y Dennis Rodman terminaban contrato. Se podría pensar que Jerry Reinsdorf estaría ansioso por renovarlos a cualquier precio, pero desde el punto de vista del propietario, el gran éxito de los Chicago Bulls era haber generado unos fabulosos beneficios gracias a la combinación de ingresos enormes y gastos salariales limitados. Los larguísimos contratos firmados por Jordan y Pippen habían resultado ser un gran negocio, pero había llegado el momento de empezar a pagar valor de mercado. La principal duda era si renovar a Dennis Rodman, y después de su gran actuación en la final era casi obligado. Rodman le había enviado una nota entre bromas y veras al palco del propietario durante un partido de la fase regular solicitando diez millones, y efectivamente consiguió un contrato por una temporada y una cantidad cercana a ésta.

Desgraciadamente, las otras renovaciones no fueron tan sencillas, sobre todo la de Phil Jackson. “Mi relación con Jerry perdió su naturaleza de cooperación debido a la dureza de las negociaciones”, explicó sobre el verano de 1996. Los Bulls sugirieron un contrato por cinco años, pero Jackson lo rechazó alegando que ya llevaba más tiempo del previsto sin un descanso y pronto necesitaría una pausa; la franquicia temía que fuera una excusa para no comprometerse más allá de la vida útil de Jordan y que seguía jugando con la idea de terminar entrenando a su equipo de toda la vida, los Knicks. Krause

siempre había dicho que no pagaría a ningún entrenador más de un millón de dólares, pero el mercado había superado esa cifra de largo. Sin embargo, el dinero no era más que un símbolo de las relaciones de poder existentes dentro de la organización, y ambas partes eran conscientes de que el auténtico problema es que si un entrenador cobraba más de cierta cantidad entonces era algo más que un simple entrenador, y pasaba a ser alguien con voz y voto en las decisiones económicas y deportivas de la franquicia. La historia de los Chicago Bulls hexacampeones es la de una organización basada en tres pilares líderes de la NBA cada uno en su terreno: Jordan en la pista, Jackson en el banquillo y Krause en las oficinas, tres individuos con mucha personalidad que se ofendían si alguno de los otros intentaba enseñarles a hacer su trabajo, pero siempre dispuestos a enmedarle la plana a los demás. La tensión fue en aumento, ya que, a diferencia de los jugadores, no existen plazos ni restricciones para negociar contratos con los entrenadores, así que Krause y Jackson estaban echando su pulso en medio de la final contra los Seattle Supersonics. El incidente que rompió la amistad entre ambos se produjo después de un entrenamiento y una rueda de prensa, cuando Phil Jackson dio orden de que el autobús del equipo partiera sin esperar a Jerry Krause (no se sabe si deliberadamente o por equivocación). Krause montó en furia, y a pesar de que terminaron firmando una renovación por un año y cinco millones de dólares, la relación entre ambos no se recuperó, y el vicepresidente adoptó una actitud exageradamente cortante durante las reuniones de fin de temporada con los jugadores para dejárselo claro.

Aunque Phil Jackson se comportaba en ocasiones como un auténtico liante, tenía razón al señalar que el problema de Krause y Reinsdorf era su manía de intentar ganar todas sus negociaciones. Ambos valoraban extraordinariamente la lealtad, como lo demostraron al mantener en su puesto al jefe de prensa, Tim Hallam, cuando fue arrestado por posesión de drogas, pero su concepto de deslealtad incluía ponerse de parte de Scottie Pippen cuando pedía una mejora de contrato. Jackson había intentado explicarle a Krause que ahorrarse unos cientos de miles de dólares no compensaba indisponerte con un jugador con el que ibas a trabajar durante años, y que sería más beneficioso a la larga no ir a degüello durante las negociaciones y a cambio sentar las bases para una relación más cordial. Michael Jordan tuvo ocasión de comprobarlo en sus

propias carnes cuando terminó su contrato en julio de 1996. Si Jerry Reinsdorf esperaba algún tipo de agradecimiento por haberle seguido pagando durante los casi dos años que su estrella pasó en el béisbol se iba a llevar una sorpresa. Jordan consideraba que ese dinero era una compensación por todas las temporadas que había trabajado por un salario casi simbólico para su valor real, y sabía que el propietario era consciente de haberse estado aprovechando de que el jugador no podía amenazar con plantarse sin poner en riesgo sus pantagruélicos ingresos publicitarios. Durante la retirada de Jordan corrió el rumor de un posible plan para hacerle volver mediante una oferta económica sin precedentes sufragada a partes iguales por todas las franquicias de la NBA, ya que todas se beneficiarían si regresaba. Según los Bulls fue una sugerencia de los demás propietarios, según el resto de la liga fue un intento de chantaje por parte de Chicago, y lo más probable es que no fuera más que un invento de una mente calenturienta (según la leyenda, los Warriors habían intentado hacer algo así en los años sesenta con Wilt Chamberlain), pero que revelaba el convencimiento de que había estado mal pagado durante años. Reinsdorf defendía que los contratos estaban para cumplirlos, y Jordan le iba a tomar la palabra.

Michael Jordan no hizo el menor intento por tratar con Jerry Krause, y en realidad prefería evitar una negociación como tal. Instó a su abogado, David Falk, a que pidiera que los Bulls sugirieran una cifra, algo que había aprendido del propio Reinsdorf, pero la franquicia se hizo de rogar. El tiempo iba pasando en este tira y afloja sin que la solución se viera más cercana, hasta que entraron en escena los New York Knicks. Debido al tope salarial, los Knicks no podían ofrecerle a Jordan más de la mitad de lo que podía obtener en Chicago, pero según Sam Smith se estaría hablando de una compensación bajo cuerda en especie, concretamente una participación en la lucrativa cadena de hoteles Sheraton. Hay varias contradicciones en esta historia, y resulta difícil creer que la NBA hubiera consentido semejante violación del sistema salarial, pero Michael Jordan siempre ha defendido que consideró muy seriamente la oferta de los Knicks. Jerry Reinsdorf, en cambio, creía que se trataba de un truco de David Falk para forzar la negociación, y le ofendió profundamente que le plantearan un ultimátum. Según Jordan no era más que una consecuencia de sus esfuerzos por retrasar un acuerdo, que hizo que el

jugador perdiera la paciencia y pusiera las cartas sobre la mesa: treinta millones por una temporada o cincuenta millones por dos, y en el plazo de una hora tenían una cita con los Knicks. Jerry Reinsdorf no estaba acostumbrado a negociar cuando la otra parte ostentaba una posición ventajosa, y eso le llevó a cometer un error infantil después de aceptar la oferta de treinta millones por un año. Mientras firmaba el contrato exclamó: “Algún día me arrepentiré de esto”. En su época de jugador, Bill Cartwright había criticado la costumbre de Jordan y otros de ofenderse por niñerías con los ejecutivos como Krause que, al fin y al cabo, les pagaban millones de dólares por sus servicios. Sin embargo, en esta ocasión Michael Jordan tenía razón al sentirse ofendido, y Reinsdorf lo admitió implícitamente cuando alegó que en realidad había dicho que “podría arrepentirse” o que se refería a tomar la opción de una temporada en lugar de dos. Al final del año, el propietario quiso remarcar que no se arrepentía del contrato firmado, pero ya era tarde. Los Bulls habían conseguido pagarle a Michael Jordan el contrato más alto de la historia de la NBA y al mismo tiempo provocar su enfado.

Además de las disputas contractuales, los Bulls afrontaban la nueva temporada con dudas sobre el estado físico de algunos de sus jugadores. Eran una plantilla veterana cuya única incorporación destacada era Robert Parish, el que fuera pívot de los Celtics campeones y antiguo amigo de Krause, que llegaba para sustituir a James Edwards. Scottie Pippen, Ron Harper y Luc Longley pasaron por el quirófano durante el verano y además tanto Pippen como Toni Kukoc habían sacrificado sus vacaciones para acudir a los Juegos Olímpicos con sus selecciones. Lo más preocupante, de todas formas, era la actitud de Dennis Rodman, que poco después de firmar su nuevo contrato por unos nueve millones de dólares aprovechó una rueda de prensa para declarar que le empezaba a aburrir el baloncesto. No es que fuera novedad que Rodman pronunciara declaraciones estridentes, es que su actitud parecía confirmar ese desinterés y falta de concentración. La temporada anterior se habían producido varios incidentes, pero la novedad era que en ésta empezaron a afectar a su rendimiento deportivo. Una cosa era que se pasara de la raya y usara palabrotas ante los micrófonos, y otra que se viera superado por los rivales o que su nivel de juego sufriera unos altibajos alarmantes. Los Bulls estudiaron la posibilidad de repescar a Jack Haley, que estaba hibernando en la CBA,

pero la sugerencia pareció ofender a Rodman. “No necesito una niñera. No necesito a Jack Haley. No necesito a nadie. Soy un adulto”, declaró. En enero de 1997 Dennis Rodman tocó fondo cuando dio una patada a un cámara durante un partido en una acción casi inexplicable. Aunque públicamente algunos miembros de la franquicia intentaron quitarle hierro a la situación señalando que la víctima había exagerado los efectos del golpe, en privado Jordan y Jackson le dejaron claro que esa espiral de descontrol y excesos tenía que acabar de inmediato o se vería fuera de los Bulls.

Lo realmente sorprendente es que después de tantas distracciones y sin refuerzos dignos de mención, los Bulls tuvieron un arranque de temporada mejor aún que el anterior, con doce victorias consecutivas antes de su primera derrota. Phil Jackson consideraba que uno de los puntos fuertes del equipo era esa misma falta de novedades, que suponía una ventaja después de una de las épocas de mayor movimiento de jugadores en la historia de la NBA. “No hay ningún otro club de la liga que haya mantenido al mismo grupo, y tenemos un pasado jugando juntos. Eso supone menos trabajo que hacer y mucho más que experimentar como equipo, porque tenemos el recuerdo y el conocimiento de qué es lo que tenemos que hacer en la cancha.” El único peligro según Jordan era el exceso de confianza, y seguía creyendo que la clave de los Bulls era la defensa, especialmente por el tipo de juego que se estaba imponiendo en la década de los noventa en la NBA. Después del éxito de los Detroit Pistons, muchos equipos habían adoptado la defensa colectiva y física para anular la circulación de balón del rival. A pesar de los intentos de la liga por sancionar los contactos, el panorama de la competición lo dominaban los Knicks, los Heat de Pat Riley o los “ninjas de Pitino” en Cleveland. Para superar esas defensas el recurso habitual eran los aclarados, para que los jugadores desequilibrantes intentaran desbordar y forzar ajustes, pero esos aclarados eran inútiles contra los Bulls. “Nos viene mejor el ataque estático basado en aclarados”, explicaba Jordan. “Creo que nuestra defensa colectiva es bastante buena cerrándose, si tenemos que hacer el 2x1 rotamos bien, y tenemos buenos defensores individuales. Si el rival falla, capturamos el rebote y salimos al contraataque.”

Los partidos seguían el mismo esquema de la temporada anterior, con cierta falta de fluidez en ataque que sólo servía para mantener las ilusiones de

los rivales hasta el momento en el que decidían apretar las clavijas en defensa y darlo por finiquitado. “Es muy satisfactorio salir cada noche y saber que desmantelaremos al rival en cierto momento del partido. Lo hacemos todos los partidos y es divertido”, explicaba Luc Longley. Según él, lo más agradable era detectar el miedo en los ojos del rival cuando pisaban el acelerador y rompían el partido. Aunque pudiera sonar arrogante, era difícil no aceptar la realidad después de partidos como el del 17 de diciembre contra los Lakers, una derrota aparentemente segura hasta que aplicaron la presión a toda cancha. Los Lakers apenas podían subir el balón, los Bulls remontaron a toda velocidad y terminaron ganando el partido en la prórroga por 129-123. Lo más destacable era la forma en la que las bajas y ausencias apenas afectaban al rendimiento del equipo, aunque terminaran con Caffey y Parish como pareja interior, ya que la falta de profesionalidad no era exclusiva de Dennis Rodman: Luc Longley se perdió dos meses de competición con una clavícula dislocada que sufrió haciendo surf, una actividad de alto riesgo prohibida expresamente en su contrato.

La clave de la regularidad de los Bulls residía en el alto nivel constante mantenido durante toda la temporada por Michael Jordan y Scottie Pippen. “Quiero ser consistente cada noche, salir a jugar y aceptar cualquier desafío”, había dicho Jordan antes de comenzar, y dio muestra de ello siendo elegido mejor jugador del mes de noviembre. En opinión de Tex Winter, la mayor novedad en su juego era el uso del tiro exterior para sumar puntos con menor desgaste, reservando sus fuerzas para los momentos decisivos. Jordan era evidentemente un jugador veterano y los partidos parecían jugarse cada vez más dentro de su cabeza. Siempre había destacado por su comprensión de los momentos de juego y la situación espacial de compañeros y rivales, pero ahora incluía el partido entero e incluso la temporada, sabiendo dosificarse y aprovechar las cualidades de los demás jugadores para concentrar sus estallidos anotadores en fases decisivas de los encuentros. Se imponía una visión más reflexiva de Jordan, a quien se empezaba a considerar una leyenda en vida que no le quedaban muchas temporadas en activo por delante. Eso se hizo particularmente evidente en el *All Star*, cuando la NBA presentó la lista de los 50 mejores jugadores de sus 50 años de historia. Michael Jordan y Scottie Pippen formaban parte de esa lista (y Phil Jackson en la de los 10

mejores entrenadores), y luego Jordan sumó el primer triple-doble de la historia del partido de las estrellas con una estadística propia de un veterano astuto. Alcanzó los 25.000 puntos en su carrera a comienzos de la temporada, y cerca del final de la misma Bill Clinton acudió a un partido de los Bulls en Washington. Ningún presidente de los EE.UU. había asistido a un partido de la NBA desde los tiempos de Jimmy Carter, pero nadie se sorprendió demasiado. Se extendía la idea de que las oportunidades de ver a Michael Jordan en acción podían estar cerca de acabarse.

Esa actitud de Michael Jordan se hacía especialmente evidente en su trato con Jud Buechler. Buechler era la clase de jugador que encanta a los entrenadores, siempre dispuesto a obedecer órdenes y a entregarse a tope en un entrenamiento, pero también era uno de los que hacían que la prensa se preguntara por qué había tantos blanquitos en el fondo de banquillo de los Bulls: se aplicaba en defensa, pero no era un gran defensor; tenía un tiro aceptable, pero no era un triplista nato; no era lento ni rápido, era fuerte pero no lo bastante grande. Era, en resumen, un jugador que no aportaba nada que interesara a Jordan, y éste lo había dejado claro desde el principio. Con el tiempo, sin embargo, Jordan pasó a apreciar que Buechler aportaba diez minutos de descanso para Pippen, y eso suponía una contribución al equipo aunque fuera minúscula. Después de su paso por el béisbol, Michael Jordan parecía más dispuesto a entender y aceptar que cada uno tenía un papel que desempeñar en la franquicia, y eso facilitó que pudiera mantener unas relaciones más fluidas y provechosas con sus compañeros y con los miembros de la prensa. Al mismo tiempo, hizo que dichas relaciones no volvieran a pasar de lo estrictamente profesional. Se acabaron los tiempos en los que tenía amigos en la plantilla, aunque fueran pocos, o en los que pasaba ratos de ocio con periodistas. Durante los *playoffs* Jordan creó el llamado *Breakfast Club*, que consistía en una sesión de pesas en su gimnasio privado seguido de un desayuno preparado por su chef antes de acudir a los entrenamientos del equipo. Scottie Pippen y Ron Harper eran fijos, y otros jugadores del equipo acudieron con más o menos regularidad. Lo que no hacían era hablar entre ellos salvo lo mínimo indispensable. Era trabajo, ni más ni menos.

Quizá fue la frustración al no poder impedir que los Bulls marcharan por la liga a su antojo lo que provocó la serie de enfrentamientos con los

entrenadores rivales que jalonaron la temporada de Michael Jordan. Posiblemente comenzó en el cuarto partido de liga contra los Miami Heat de Pat Riley, sobre quien Phil Jackson no ocultaba sus sentimientos. “No quiero que perdáis jamás contra ese tipo”, había dicho a los jugadores años atrás, y Jordan se aseguró de que así fuera anotando 50 puntos en la apurada victoria de los Bulls. El caso más conocido fue en enero contra los Knicks, cuyo entrenador expuso ante la prensa su teoría de que Jordan era un *con artist*, un estafador que se ganaba la confianza de rivales como Pat Ewing fingiendo ser su amigo, para luego aprovecharse de ello durante los partidos. No era una acusación nueva, ya que se había comentado durante las finales de 1993 con Charles Barkley, pero para Michael Jordan era muy doloroso que se pusiera en duda lo poco que había de sincero en su vida como deportista profesional. Su respuesta fueron 51 puntos y una victoria sin Rodman ni Harper. Incluso unas declaraciones relativamente inocuas de George Karl, en las que especulaba con la pérdida de explosividad de un Jordan que parecía restringirse cada vez más al tiro exterior, provocaron un tercer estallido anotador de 45 puntos.

Los Bulls necesitaron todos los puntos de Jordan en los últimos meses de competición, cuando se empezaron a amontonar las bajas. La más grave fue la lesión de rodilla de Dennis Rodman, que lo dejó fuera de combate hasta *playoffs*, pero no fue la única: Bill Wennington se rompió un tendón en el pie, Toni Kukoc tuvo que parar por su fascitis plantar, en el caso de Randy Brown fueron los tobillos y Ron Harper se pasó toda la temporada entrando y saliendo de la lista de lesionados con diferentes molestias. Afortunadamente, Jerry Krause se apuntó un tanto con el fichaje por sorpresa de Brian Williams, un pívot atlético y con buena mano que podía alternar ambas posiciones interiores. Williams se encontraba sin equipo después de una operación de rodilla, pero había aportado puntos el año anterior con los Clippers y su incorporación a falta de nueve partidos reforzaba una línea interior disminuida por las lesiones. Irónicamente, es posible que este fichaje influyera en que los Bulls no superaran la marca de las 70 victorias por segunda temporada consecutiva, después de alcanzar las 68 a falta de cuatro partidos. Phil Jackson consideraba que el equipo había pagado muy caro el desgaste de sumar 72 victorias el año anterior, y decidió no forzar la recuperación de

Rodman y Kukoc. En lugar de eso, los dejó en la lista de lesionados hasta la primera ronda y aprovechó para dar minutos al recién llegado Williams y a otros suplentes, como Buechler, e integrarlos así en el juego del equipo de cara a los *playoffs*. Los Bulls perdieron tres de esos cuatro últimos partidos, y “sólo” empataron la segunda marca más alta de la historia de la NBA, las 69 victorias de los Lakers en 1972.

El comentario generalizado al terminar la liga regular era la falta de emoción en una competición dominada por Bulls y Jazz, dos equipos que destacaban más por su eficiencia que por su espectacularidad. Incluso cuando la NBA era noticia, con frecuencia se debía a los peores motivos, como las salidas de tono de Rodman o la trifulca entre Knicks y Heat. Sólo las exhibiciones periódicas de Michael Jordan rompían la monotonía, como sus 55 puntos en el segundo partido de la eliminatoria contra los Washington Bullets. “Le pedí disculpas a Tex después del partido”, dijo. “Me olvidé del triángulo, una vez que cogí velocidad ya no pude parar.” Más criticable que su acaparamiento del juego ofensivo (Pippen fue el único que anotó en el último cuarto además de él) fue el mediocre rendimiento defensivo de Jordan, ya que permitió que primero Rod Strickland y luego Tracy Murray compensaran su anotación. Fue lo único reseñable de una eliminatoria feúcha, con más rebotes que canastas y que apenas sirvió para ir dando ritmo de juego a Toni Kukoc y Dennis Rodman (cuando no lo expulsaban, como en el primer encuentro). El 3-0 final fue engañoso y no reflejó las dificultades que sufrieron los Bulls contra unos Bullets supuestamente inferiores, a los que sólo lograron eliminar con una canasta final de Pippen después de un tapón a Jordan.

Chicago salió de esa eliminatoria con su prestigio sensiblemente disminuido. En el descanso del segundo partido Jordan había tenido que abroncar a sus compañeros para hacerles reaccionar, y en el tercero a pesar de que los propios Bullets lo presentaron como la despedida de su viejo pabellón (admitiendo así la eliminación antes de jugar) tomaron ventajas sustanciales y sólo una remontada final salvó a los Bulls. Para terminarlo de arreglar, Pippen se hizo daño en la espalda con la caída después de su mate para ganar el tercer partido. La segunda ronda contra los Atlanta Hawks de Lenny Wilkens no ayudó a disipar las dudas precisamente por más que Jordan dijera que le gustaba enfrentarse al escolta Steve Smith. “Me gusta jugar contra Steve.

Tenemos la misma personalidad en la pista, nos gusta hablar todo el rato y picarnos, pero tenemos cuidado de no pasarnos nunca de la raya.” El temor de los entrenadores de los Bulls no era Steve Smith, sino la irregularidad ofensiva del equipo y el efecto del *pick’n’roll* del base “Mookie” Blaylock, a quien gustaba culminarlo abriéndose para el triple con efectos impredecibles.

Smith hizo un gran trabajo en la primera mitad y permitió que los Hawks se fueran al descanso en ventaja, pero en el tercer cuarto del partido inaugural Michael Jordan se zafó de su marcaje para anotar 20 puntos y poner a los Bulls por delante. Sin embargo, el marcador volvió a apretarse en la recta final y con Jordan desacertado tuvieron que ser los triples de Scottie Pippen los que salvaran los muebles, especialmente el último para poner el definitivo 100-97. Y eso después de sobrevivir a un tiro sobre la bocina de “Mookie” Blaylock en un tremendo error defensivo de los Bulls en la última jugada, cuando Jordan cambió en el bloqueo y nadie siguió al base rival. El problema se agravaba por el bajísimo rendimiento de Dennis Rodman, no recuperado de su lesión de rodilla y sumando más técnicas que rebotes, lo que obligaba a un sobreesfuerzo de Jordan y Pippen para compensarlo. En el segundo partido volvieron a dejar solo a “Mookie” Blaylock en la línea de tres, y esta vez no perdonó: ocho triples de nueve intentos y la primera derrota de *playoffs* en casa en muchísimo tiempo. “Llevábamos cuatro partidos jugando con fuego y nos hemos terminado por quemar”, sentenció un Jordan que llegó visiblemente fatigado al último cuarto.

Sin los rebotes de Rodman no había contraataques, en estático Jordan y Pippen no encontraban el ritmo y no conseguían frenar a “Mookie” Blaylock. Las cosas tenían que cambiar, y la primera decisión fue cambiar los emparejamientos defensivos para que Ron Harper marcara a Blaylock. Harper se había convertido en el “perro de presa” del perímetro de los Bulls, y aunque Phil Jackson intentaba reservarlo debido a sus problemas físicos ya no podía esperar más. El base de los Hawks se encontró mucho más incómodo que con la defensa de Jordan, y eso frenó el juego ofensivo de todo su equipo. Por otra parte, el banquillo de los Bulls apenas había dado señales de vida, pero en el tercer partido Toni Kukoc y Brian Williams aportaron puntos muy valiosos que sirvieron para abrir brecha en el marcador en la segunda parte y sumar una clara victoria por 100-80. El desplome de Atlanta en la parte final

del partido parecía indicar que habían agotado sus oportunidades, pero tal y como estaba jugando Chicago cualquier rival podía reponerse y volver a plantarles cara. El cuarto partido fue buena muestra de ello, cuando los puntos de Jordan y los triples de Pippen colocaron a los Bulls veinte puntos arriba al comienzo del último cuarto sólo para dejarse remontar por los Hawks y terminar pidiendo la hora. Habían tenido una victoria cómoda al alcance de la mano y al final sólo el acierto en los tiros libres evitó una derrota vergonzosa. No eran el equipo clínicamente eficaz de la temporada anterior, aunque algunos periodistas no dejaban de señalar que por mal que jugaran, al final ganaban casi siempre.

La serie acabó en el quinto partido con una victoria holgada de los Bulls, pero lo más recordado fue el enfrentamiento con Dikembe Mutombo, un enorme pívot taponador que había provocado considerables dolores de cabeza a los de Chicago. Después de una eliminatoria pésima, por fin Dennis Rodman reaccionó y ofreció una buena actuación en el quinto encuentro, aunque terminara expulsado después de encararse con Mutombo. Sin embargo, la jugada del partido se produjo en el primer cuarto, cuando Michael Jordan recibió el pase de vuelta de Luc Longley, remontó la línea de fondo y consiguió por fin machacar por encima de Mutombo, algo que éste había conseguido evitar hasta entonces. Jordan celebró la canasta imitando el gesto de “no” con el dedo que el pívot de los Hawks hacía después de cada tapón, y aunque recibió una técnica por ello valió la pena. Después de tantas tribulaciones y dificultades, los Bulls se habían clasificado para la final de conferencia frente a los Miami Heat con una única derrota en *playoffs*.

Inicialmente se esperaba que su rival fueran los New York Knicks cuando se pusieron con una ventaja de 3-1, pero una riña tumultuaria y el endurecimiento de las sanciones por parte de la NBA hundieron a Pat Ewing y los suyos. Los Bulls no estaban seguros de haber salido ganando con el cambio, y no sólo por volver a encontrarse con Pat Riley. La temporada anterior habían derrotado con relativa facilidad a Miami ahogando al pívot Alonzo Mourning, pero el base Tim Hardaway había dado por fin el salto al estrellato apoyado en su imparable *crossover*. Después de los problemas causados por Rod Strickland y “Mookie” Blaylock, otro enfrentamiento contra un base rápido y anotador era lo que menos les apetecía. Afortunadamente

para los Bulls, Dennis Rodman había vuelto. El primer partido fue del tipo que los aficionados estaban acostumbrados a ver, mucha defensa, pocas canastas y un rival por delante hasta que Chicago apretó las tuercas en defensa y zanjó el tema con autoridad en el último cuarto; pero la noticia fue el buen juego de Rodman, que por fin apareció para dominar el rebote y endurecer la defensa. Ésa fue también la tónica del segundo partido, del cual Phil Jackson dijo que sólo podía hablar de la defensa porque apenas había existido el ataque. Tanto Hardaway, como Mourning, como Jordan, como Pippen rivalizaron en desaciertos para terminar con un vergonzoso 75-68 que suponía la anotación conjunta más baja en la historia de los *playoffs* de la NBA desde la introducción del reloj de posesión. “Somos capaces de mirarnos al espejo y reconocer que hemos jugado mal”, admitió Jordan. “Nuestro juego fue feo contra Atlanta. Fue feo contra Washington. No son los rivales, somos nosotros. Excepto en defensa. Nuestra defensa gana los partidos.”

La preocupación de Phil Jackson y Tex Winter es que los Heat también defendían. Los jugadores de Riley sabían que dejar un tiro sin puntear suponía ir de cabeza al banquillo, y ejercían una presión especial sobre los pases de entrada desde los laterales para asfixiar el triángulo ofensivo. Los apuros que habían sufrido en Chicago no sería nada comparado con lo que les esperaba en Miami si no resolvían ese problema (Riley ya estaba calentando el arbitraje, quejándose de una supuesta permisividad hacia Jordan), y la respuesta fue un juego más abierto, abriendo espacios en la zona y aprovechándolo mediante cortes y puertas atrás. Este cambio de juego pilló totalmente por sorpresa a los Heat, que en defensa encajaron una sucesión de bandejas y en ataque establecieron un récord negativo con 32 balones perdidos. “Es probable que éste sea el punto más bajo de esta temporada, una auténtica vergüenza”, declaró Riley después de perder 98-74 en casa. Alonzo Mourning prometió ante la prensa que los Heat ganarían el cuarto partido, pero nadie le creía.

Claro que nadie se esperaba que Michael Jordan decidiera echarle una mano, dedicando el día de descanso a jugar 45 hoyos de golf. Jordan podía decir que no tenía nada que ver, que era una casualidad, pero lo que sucedió en ese cuarto encuentro se salía de lo causal. Michael Jordan falló sus primeros catorce lanzamientos a canasta, y al comienzo del último cuarto estaba en un 2/20 más propio de John Starks. Los Bulls aguantaban en el

partido gracias a su defensa y a la inesperada aportación ofensiva de un Dennis Rodman que parecía estar en todas partes, incluyendo la grada a donde fueron a parar Mourning y él en una trifulca. Y en el último cuarto se le encendió la bombilla, y de repente todos los tiros empezaron a entrar. Michael Jordan anotó 20 puntos en esos doce minutos, liderando una furiosa remontada que a punto estuvo de darle la victoria a los Bulls. Al final ganaron los Heat 87-80, pero Jordan ya no estaba para bromas: “Esto es personal”. Se negó a estrecharle la mano antes del quinto partido a Alonzo Mourning, cuyos codos habían quedado marcados en la frente de Pippen, y anotó 15 puntos en el primer cuarto para abrir brecha desde el principio. A pesar de que no pudo mantener ese ritmo y de que Scottie Pippen hubo de retirarse lesionado, los Bulls mantuvieron una cómoda ventaja gracias a una anotación diversificada y una defensa que dejó a Mourning con una sola canasta en juego, para sumar el 4-1 definitivo y volver a la final de la NBA. Los Bulls estaban deseando enfrentarse a los Houston Rockets, el equipo que había ganado los campeonatos de 1994 y 1995, como una especie de “reválida”, aunque objetivamente se pensaba que el poderío interior de la pareja Olajuwon-Barkley podía ser insuperable para Chicago. Pero el momento de gloria de los Rockets había pasado, y su rival sería el esperado: los Utah Jazz.

Las similitudes entre ambos finalistas eran notables. Al igual que los Bulls, los Jazz se basaban en un núcleo veterano de jugadores que se mantenía con continuidad rodeado de especialistas desde el banquillo, debían gran parte de su éxito a la defensa y en ataque seguían a rajatabla el sistema impuesto por su entrenador Jerry Sloan. Para más inri, Sloan era una antigua estrella de Chicago, uno de los dos únicos jugadores a los que la franquicia había retirado la camiseta (tres contando a Jordan) y un antiguo ídolo del vicepresidente Jerry Krause, que solía picar a Michael Jordan afirmando que un Sloan en sus años mozos habría sido muy capaz de defenderle con éxito. El sistema de ataque de los Jazz se articulaba a partir del *pick'n'roll* o “bloqueo y continuación” realizado entre el base John Stockton y el ala-pívot Karl Malone, apodado “el cartero” y elegido recientemente como MVP de la NBA por delante de Michael Jordan. Aunque los Bulls eran los favoritos, con tanta ventaja que antes del primer partido ya se grabó un mensaje pidiendo a los aficionados que se comportaran con civismo, la final de 1997 resultaría ser la

más competida de las que jugaron. Se parecían aún más de lo que creían los aficionados, que consideraban a los de Utah un equipo sólido y eficiente pero un tanto aburrido sin darse cuenta de que sólo el recuerdo de los mates de Jordan y Pippen, cada vez más infrecuentes, disimulaba el hecho de que los de Chicago a estas alturas destacaban por su solidez y eficiencia. Contra lo que pudiera parecer, las dos finales consecutivas que jugaron estos equipos fueron cualquier cosa menos aburridas, ya que la durísima competitividad y el énfasis en la concentración y ejecución durante los momentos críticos las elevaron a espectáculo deportivo de primera magnitud del que podía disfrutar tanto el aficionado casual buscando *highlights* como el crítico purista abonado a algún tipo de pureza baloncestística. El grito de guerra de los Bulls fue más cierto que nunca: “What time is it? Game time, ho!”. Había llegado la hora de jugar.

El marcador final, un corto 84-82, podría hacer pensar en un mal partido plagado de errores, pero no fue así. Los Jazz mantuvieron controlado a Jordan lanzándole dobles y triples marcajes, controlaron el rebote defensivo y recibieron la ayuda de sus suplentes; mientras, Pippen dio muestras de estar recuperado de su lesión jugando a gran nivel, y los Bulls consiguieron negarle el centro de la pista a Stockton y hacerle perder un número sorprendentemente alto de balones.

Fue un partido muy igualado con leves ventajas para los visitantes que se resolvió en un final de infarto con algunas decisiones arbitrales un tanto rigurosas. Jordan empató el partido con un tiro libre a falta de 40 segundos, Malone bloqueó a Stockton para un último triple y, cuando el aro lo escupió, recibió la falta de Rodman luchando por el rebote casi en medio campo. En cierto sentido, esos últimos siete segundos resumieron las finales entre estos dos equipos, dándole a Karl Malone la fama de desmoronarse en los instantes decisivos y confirmando la de Michael Jordan como el mayor finalizador de partidos de la NBA moderna. Malone falló sus dos tiros libres, el segundo después de que Pippen le recordara que era domingo y “el cartero no trabaja los domingos”, y los Bulls pidieron tiempo muerto para poner en cancha a todos los tiradores de la plantilla. Todos sabían para quién iba a ser ese último tiro, pero Phil Jackson esperaba retrasar las ayudas defensivas del rival al obligarle a flotar a Kerr, Kukoc o Buechler. Para su sorpresa funcionó mejor de lo esperado, y los Jazz dejaron solo a Bryon Russell sobre Michael

Jordan incluso después de recibir el balón. “Intentaba ver el dos contra uno, pero no venía. Hice un cambio de mano y él intentó el robo. Sabía que conseguiría una buena posición de tiro yéndome para la izquierda.” Russell efectivamente metió la mano, alterando su posición y obligándole a rectificar, pero no sirvió de nada. Jordan se elevó, corrigió la posición y anotó una suspensión infalible sobre la bocina desde el toro pintado en el lado izquierdo.

Michael Jordan bromeaba con los fallos finales desde el tiro libre de los dos jugadores que habían competido por el MVP, pero a menudo la diferencia se veía en el partido siguiente. Los Bulls salieron totalmente concentrados, encajonando a Stockton en defensa y circulando el balón con comodidad en ataque, y tomaron el control desde el primer minuto. Pippen tuvo una mala noche en el tiro, pero Jordan la compensó sobradamente anotando 11, 9 y 10 puntos en los tres primeros cuartos y permitiendo así que Chicago llegara a los veinte puntos de ventaja en el último cuarto. Mientras, Karl Malone supo que no iba a ser su día cuando falló dos tiros libres apenas comenzar el partido, provocando las burlas del público. Debido a la diferencia de tamaño con Rodman, Phil Jackson asignó su defensa a Luc Longley y Brian Williams, y Malone nunca llegó a encontrarse cómodo en el partido. Los Jazz maquillaron el resultado en los minutos finales, cuando a los Bulls sólo les preocupaba que Jordan consiguiera la asistencia que le faltaba para el triple-doble (un par de fallos clamorosos de Pippen lo impidieron) o ver a Dennis Rodman anotar una canasta de tres con desparpajo a falta de ocho segundos. De camino a Utah para el tercer partido se hablaba incluso de la posibilidad de una barrida, algo que los Jazz no estaban dispuestos a admitir.

Phil Jackson le echó la culpa a la altitud de Salt Lake City, al humo de la motocicleta de la mascota de los Jazz y al ruido de los fuegos artificiales durante la presentación del equipo local, pero incluso él sabía que el dramático cambio de la serie entre el segundo y el tercer partido tenía otras causas. Karl Malone había tenido que afrontar las críticas por su conformismo en Chicago, tirando de fuera en lugar de meterse al poste donde hacía más daño, y después de soportar que se hablara de Jordan como el auténtico MVP por fin había llegado la hora de responder. Malone y el pívot suplente Greg Foster aplastaron a los Bulls y abrieron una brecha antes del descanso que ya

no se pudo cerrar a pesar del festival de triples de Scottie Pippen y de los puntos de Brian Williams. Los Jazz aprovecharon su ventaja reboteadora para salir en velocidad antes de que los Bulls pudieran montar su defensa, y mejoraron el marcaje sobre Michael Jordan usando a defensores más altos. Aunque seguirían rotando a casi todos sus exteriores en esa defensa, el papel principal pasó del escolta Jeff Hornacek al alero Bryon Russell, más grande y fuerte para producir un mayor desgaste.

Se considera que con el formato 2-3-2 estadísticamente el partido más importante de una eliminatoria es el cuarto, ya que suele ser donde se decide si el equipo que juega los tres encuentros seguidos en casa podrá ganarlos los tres o no. El cuarto partido de la serie fue una vuelta a los marcadores bajos y apretados, a la igualdad y la defensa, con Jordan maniatado durante muchos minutos y los Bulls sobreviviendo a base de balones robados, y lo terminó ganando quien supo ejecutar mejor sus opciones en los minutos finales. Un mate al contraataque de Michael Jordan pareció definitivo al proporcionar una ventaja de cinco puntos a los Bulls quedando dos minutos y medio, ya que su capacidad para rematar al rival en esas circunstancias era bien conocida. Sin embargo, esta vez fue John Stockton el que tomó el control con nervios de acero para encestar un triple, robar el balón y provocar una rigurosa falta de Jordan, y finalmente con la jugada conocida como "The Pass". No hace falta más, cualquier aficionado conoce qué pase es "el pase": último minuto, Jazz uno abajo, Stockton captura el rebote y lanza el balón a una mano a la otra punta del campo. "Si el tiempo se hubiera parado mientras el balón iba por el aire, Jerry me habría estrangulado", declaró Stockton sobre su entrenador. El pase llegó a la mano de Karl Malone medido al centímetro para anotar la bandeja y poner a su equipo por delante, y cuando no entró el lanzamiento triple de Steve Kerr los Bulls se vieron obligados a hacer falta. Esta vez Jeff Hornacek no dejó que Scottie Pippen se acercara a Malone, y éste anotó los dos tiros libres. El triple a la desesperada de Jordan no entró, y la serie quedaba 2-2. Tiempo después se dijo que los fallos finales de los Bulls se pudieron deber al menos en parte a un error de un subalterno, que en lugar de la bebida isotónica Gatorade dio a los jugadores Gator Lode, un líquido hipercalórico utilizado para recuperarse después de jugar que cayó a plomo en sus estómagos. No es sorprendente que Jordan llegara a pensar que lo estaban

envenenando.

Nunca ha quedado clara la naturaleza de la enfermedad que sufrió Michael Jordan antes del quinto partido. Parece evidente que se trataba de algún tipo de virus estomacal que le provocó náuseas, arcadas, diarrea, deshidratación y agotamiento. “Estaba asustado, no sabía qué me estaba pasando.” Inicialmente los médicos del club sospecharon de algún tipo de gripe vírica, y así ha pasado a la historia: “The Flu Game”, el partido de la gripe. Otros, como su acompañante George Koehler, sospechaban una posible intoxicación. “Pidió una pizza en un local cercano. Si no recuerdo mal era una pizza de pepperoni. Nadie comió pizza excepto Michael. A las dos o las tres de la mañana, Michael se despertó con el estómago revuelto.” Hubo quien planteó si no sería más bien el llamado “virus del golf”, que era el apodo de los enfriamientos que sufría periódicamente después de jugar demasiados hoyos en días de viento; al fin y al cabo, Dennis Rodman no había ocultado su viaje a Las Vegas para distraerse. Pero pronto se comprobó que esta vez era algo serio, tanto como para impedirle entrenar e incluso para poner en duda su participación en el encuentro que podría ponerlos al borde de la derrota definitiva. “No había dormido en más de 36 horas...pizza de pepperoni, antiácidos, somníferos, laxantes, quién sabe cuántos cafés, y Gator Lode en el cuerpo”, recordaba Koehler. “Michael debería haber ido al hospital. Pero él es como és, y es difícil comprender la intensidad de su fuerza de voluntad.”

Los Jazz no dejaron escapar la oportunidad y se escaparon en los primeros minutos con un amenazador 23-9. Jordan jugaba a rachas, alternando fases de desaparición con momentos de brillantez, y era Scottie Pippen el que tenía que sostener con regularidad al equipo en las dos canastas. Michael Jordan anotó 17 puntos en el segundo cuarto para impedir que los Jazz rompieran el partido, pero en el descanso se encontraba tan débil que le pidió a Phil Jackson que lo usara esporádicamente. Sin embargo, en las finales se aplica el dicho de que si puedes andar entonces puedes jugar, y con los Bulls al límite Jackson apenas pudo darle descanso. Después de otro cuarto desaparecido, Jordan reaccionó con 15 puntos rematados por un triple en el último minuto con el partido empatado. Aguantaba de pie como un boxeador sonado que se niega a besar la lona, y la imagen de la final no fue una canasta espectacular sino un jugador enfermo al que llevaban abrazado al banquillo. “Ni siquiera me di cuenta de si

entró el triple o no. Apenas me tenía en pie.”

De vuelta en Chicago con dos “bolas de set”, los jugadores pidieron a Phil Jackson que se olvidara de vídeos y les dejara ver la película que había elegido como tema para la final: “Silverado”. Igual que el film, el sexto partido se dirigió de forma inexorable hacia un desenlace dramático, después de más defensa, más rebotes de los Bulls, más angustias desde el tiro libre para Karl Malone y una remontada de los locales gracias a que el *rookie* Shandon Anderson falló un par de canastas de ésas que no se pueden fallar. Quedaba medio minuto, un punto abajo y balón para Chicago. “Steve lo había pasado mal desde el cuarto partido, cuando falló un triple al final y se metió en su dormitorio. Él no sabe que su mujer me contó que se pasó horas con la cabeza enterrada en la almohada porque pensaba que nos había fallado.” Era el final de la metamorfosis, un Michael Jordan que ya no necesitaba que nadie le dijera quién estaba solo para tirar, y que incluso sabía reconocer el estado anímico de un compañero y aprovecharlo para ganar. Steve Kerr estaba muy lejos del nivel de juego de Jordan, pero a su manera también se definía por su aportación al equipo, y como tirador los fallos carcomían su propia identidad. Kerr necesitaba redimirse, y en 1997 Jordan era capaz de verlo y de entender que el equipo podía usar esa necesidad para triunfar. “Todo el mundo en el pabellón, todos los espectadores por televisión, sabían que el balón sería para mí. Miré a Steve Kerr y le dije ‘ésta va a ser tu oportunidad’.” Al final del tiempo muerto, después de que Phil Jackson hubiera diseñado la jugada, Michael Jordan se volvió hacia Kerr: “Stockton va a flotarte y vendrá a la ayuda”. “Cuando salga a la ayuda”, respondió Steve Kerr, “estaré preparado”. Como en el final de una película, Michael Jordan recibió en el lado izquierdo frente a Bryon Russell, Stockton vino a la ayuda y Hornacek tuvo que intentar cubrir a Kukoc en la esquina y a Kerr en el centro. Kerr se deslizó hacia el tiro libre, recibió el pase de vuelta y anotó la canasta que ponía fin a todas las comparaciones negativas con John Paxson. Luego Pippen robó el último balón y Kukoc cerró con un mate, pero el título del 97 quedaría vinculado con la canasta de Steve Kerr a pase de Jordan.

El propio Kerr lo reconoció durante la celebración del título: “Cuando pedimos tiempo muerto a falta de 25 segundos, Phil le dijo a Michael ‘quiero que hagas el último tiro’, y Michael contestó ‘no me siento cómodo en estas

situaciones, mejor usemos otra alternativa'. Y yo pensé, bueno, otra vez que tengo que salvarle el culo a Michael". Michael Jordan, recuperado del enfado que sufrió cuando descubrió que durante el último partido alguien había entrado en el vestuario y le había robado \$100.000 en joyas (incluida su alianza de boda) prefirió enviar un mensaje: "Tenemos derecho a defender lo que hemos conquistado".

Chicago, 1997-99

¿Qué legado? Yo no tengo ningún legado. Sólo tengo mi vida.

La frase de Michael Jordan delante del “todo Chicago” fue un torpedo a la línea de flotación de Jerry Reinsdorf. Durante toda la temporada la especulación sobre qué iba a suceder cuando llegara el verano había sido tan intensa que Phil Jackson temió no poder mantener la concentración de la plantilla. Brian Williams había hecho una gran final, defendiendo a Malone mejor que Dennis Rodman y aportando puntos, así que recibiría ofertas muy superiores a lo que podían pagarle los Bulls. Rodman había hablado de no renovar si no ganaban el anillo, pero después de los incidentes que había provocado era la franquicia la que estaba dispuesta a tomarle la palabra. “Espero que Dennis no empiece a creerse sus propias fantasías”, declaró Reinsdorf. Michael Jordan también terminaba contrato, y se esperaba que renovara...si continuaba Jackson. “Si Phil se va, yo me voy a mi casa con mi familia.” La renovación de Phil Jackson el año anterior había sido difícil, y dependía de mantener el bloque campeón incluido Scottie Pippen, al que la franquicia estaba estudiando traspasar. “No quiero que nos convirtamos en los Boston Celtics de la próxima década”, repetía Reinsdorf en referencia a la franquicia histórica que llevaba diez años arrastrándose por la liga. Reinsdorf y Krause usaban frecuentemente a los Celtics como ejemplo de construcción de un equipo ganador que se iba reformando para mantenerse en lo más alto durante años, pero en este caso se referían a la idea de que la decadencia de la franquicia de Boston se debía a su incapacidad para renovar el equipo cuando Bird, McHale y Parish envejecieron (este análisis simplista obviaba el impacto de las muertes de Len Bias y Reggie Lewis). “No sé qué está pasando por la cabeza de Phil, pero creo que quiere el control absoluto. Si eso es lo

que quiere, no va a poder conseguirlo aquí.”

La crisis llegó el 25 de junio de 1997, el día que se celebraba el *draft* de la NBA. Phil Jackson y sus asistentes acudieron al Berto Center para estar disponibles si Jerry Krause necesitaba su aportación, pero éste informó a Jackson de que estaban en tratos para el posible traspaso de Scottie Pippen. Dado que Phil Jackson había dejado claro que en ese caso no renovaría, era preferible que se marchara para no intervenir en el proceso hasta determinarse si seguiría entrenando a los Bulls o no. Aunque Jerry Krause evitó cualquier falta de respeto hacia el entrenador, la situación fue muy desagradable para Phil Jackson, y supuso la cancelación de las reuniones de fin de temporada con la plantilla. Además, fue imposible evitar que la prensa se enterara de lo sucedido, y la noticia de que los Bulls estaban planificando la disolución del equipo campeón no mejoró precisamente la imagen de Krause y la franquicia. Un complicado traspaso a tres bandas con Boston y Denver de Pippen y Longley por la elección de Keith van Horn se vino abajo cuando los Nets escalaron posiciones, y Krause no veía claro lo de mandar a Pippen a los Grizzlies a cambio del número cuatro para usarlo en Tracy McGrady, así que Jerry Reinsdorf optó por el plan B: renovarlos a todos por una temporada más. De ahí el enfado del propietario por las palabras de Jordan durante la celebración del campeonato, ya que su intención era presentar las renovaciones como un acto de generosidad y no como una cesión a las demandas de la estrella del equipo.

El principal escollo para llevar a la práctica ese plan B era la renovación de Phil Jackson, ya que el año anterior Krause y Reinsdorf habían terminado enfrentados con su agente de forma tan agria que el propietario de los Bulls tuvo que pedir disculpas por haberse excedido. Fue necesario que trataran directamente Reinsdorf y Jackson para alcanzar un acuerdo por una última temporada y seis millones de dólares, pero eso no trajo la calma a la franquicia. Jerry Krause anunció la renovación de Phil Jackson haciendo hincapié en que se trataba de un único año improrrogable, con un tono casi festivo que le traicionaba al revelar sus auténticos sentimientos. Aunque luego se declarara ofendido por la idea de que se alegraba de librarse del entrenador, todos sabían ya que estaba contando los días para traer a su nuevo descubrimiento, el entrenador de Iowa State Tim Floyd. Phil Jackson, que

apodó a su rival “Pinky” Floyd (en referencia a la serie de animación *Pinky y Cerebro*, con Krause en el papel de “Cerebro”), reconocía bien la situación: “Jerry se enamora de cierta gente. Hubo una época en la que estuvo enamorado de mí”. La situación explotó en pretemporada, cuando Jerry Krause invitó a Tim Floyd a la boda de su hija adoptiva pero no a Phil Jackson alegando que se trataba de una celebración privada ajena al trabajo. Pero Jackson sabía que Krause no tenía vida privada y que había aprovechado la ocasión para presentar a su amigo Tim Floyd a la plana mayor de los Bulls. Ambos mantuvieron un durísimo enfrentamiento a voces en las oficinas, durante el cual Krause le recordó que el propietario había dejado claro que era la última temporada de Jackson en Chicago: “I don’t care if we go 82-0, you’re fucking gone”, bramó, y le exigió que lo reconociera delante de la prensa para evitar malos entendidos. “Este será el último año”, declaró Jackson a los periodistas. “No queremos hacernos ilusiones como el año pasado, ni que se repita si accidentalmente ganamos el campeonato o algo así. Le he asegurado que me marcharé al terminar la temporada, y él me ha ayudado a tomar esa decisión.”

Y a continuación, Jerry Krause cometió su peor equivocación en el “Día de la Prensa”, cuando respondiendo a las preguntas sobre la situación interna de la franquicia pronunció la frase que se quedaría asociada a su nombre: “Los jugadores y entrenadores no ganan campeonatos, son las organizaciones quienes los ganan”. Posteriormente afirmó que la frase había sido citada incompleta y que lo que había dicho era que los jugadores y entrenadores no ganaban “solos”, aunque la opinión generalizada era que Krause había cometido uno de sus clásicos lapsus diciendo lo que realmente pensaba en lugar de lo que pretendía decir. En cualquier caso, más allá de las palabras textuales la frase se convirtió en la descripción de la política deportiva de los Bulls y puso en bandeja que Jordan respondiera que no recordaba a ningún ejecutivo de la franquicia jugando enfermo el quinto partido de la final. “Quizá pagaron el avión que nos llevó”, concedió con ironía. Después de esa sucesión de errores ante la prensa, Reinsdorf y Krause se encontraron en una posición muy vulnerable durante toda la temporada, incapaces de responder públicamente a las críticas de Jackson y Jordan sin dar una imagen de ingratitud por criticar al entrenador y a la estrella que habían traído a Chicago

todos esos campeonatos.

La renovación de Michael Jordan fue más sencilla, una vez que Reinsdorf se hizo a la idea de que no iba a convencer al jugador de que el salario de treinta millones por temporada era una compensación por lo poco que había cobrado en el pasado. Jordan sabía que ése era su valor real de mercado, y quería un aumento del 20% que se quedó en la mitad por un total de 33 millones, lo cual significaba que el jugador cobró un total de 63 millones por sus dos últimas temporadas cuando el verano anterior había ofrecido firmar por 50 millones; al final, Reinsdorf sí que se arrepintió del contrato que había firmado. Los Chicago Bulls acudieron al Open McDonalds en París sin haber firmado aún a Dennis Rodman, quien declaró inicialmente que estaba dispuesto a jugar gratis y luego se encastilló en los diez millones de dólares, pero se trataba de un puro trámite. París representaba para Michael Jordan uno de los últimos refugios que le quedaban, un lugar por el que aún podía pasear sin verse asediado por los curiosos incluso después de los JJ.OO. de 1992, pero la promoción del torneo (que ganaron los Bulls sin excesiva brillantez) le obligó a recluirse en el hotel y a renunciar a sus planes de recorrer la ciudad de la luz con su familia.

Después de un *draft* que sólo produjo la curiosidad de ver a Roberto Dueñas elegido por los Bulls en segunda ronda, Jerry Krause completó la plantilla con Joe Kleine, un voluminoso pívot que ocuparía la plaza del retirado Robert Parish, y el alero Scott Burrell, obtenido de los Warriors a cambio de Dickey Simpkins para parchear la polémica lesión de Scottie Pippen. Pippen no se había recuperado del daño que sufrió en su pie izquierdo durante la serie contra Miami y se enfrentó a la franquicia cuando decidió esperar hasta la pretemporada para operarse como forma de protestar por su situación contractual. Era uno de los 50 mejores jugadores de la historia de la NBA y Jordan había dicho que la mitad del MVP de la última final era suyo, pero ganaba menos que Longley, Harper o Kukoc, y se pasaban el día intentando traspasarlo. Una cosa era que Jordan recibiera un trato especial y otra muy distinta cobrar menos de la mitad que Rodman, así que Pippen fue retrasando una operación que debió realizarse apenas terminar la temporada. Jerry Krause intentó tener paciencia, pero cuando supieron que Pippen había participado en dos amistosos sin autorización le mandaron un fax

prohibiéndole volver a jugar sin el visto bueno de los médicos del club. Esa prohibición incluía el partido benéfico patrocinado por el propio Pippen, lo cual provocó el enfado del jugador, que se quejó de que la redacción del fax rozaba el racismo. Scottie Pippen llevaba mucho tiempo disgustado con Krause y con los Bulls, pero hasta este momento sus sentimientos no habían afectado a su rendimiento deportivo. Pero su decisión de retrasar la operación suponía una ausencia durante varios meses de liga, lo cual obligaría a un sobreesfuerzo por parte de los demás jugadores. Michael Jordan ya estaba trabajando con Tim Grover una preparación física específica para la situación, y la actitud de Pippen durante la primera mitad de la fase regular agravaría el problema hasta provocar su aislamiento y poner en peligro el objetivo común del anillo.

Scott Burrell llegaba para ayudar a cubrir esa ausencia, y casi inmediatamente se convirtió en el blanco de las burlas de Jordan. “Vamos a mandarte otra vez a los Warriors y pedirles que nos devuelvan a Simpkins”, le decía. Burrell era un jugador muy completo, rápido y fuerte, con tiro exterior, buen salto y defensa más que aceptable. Su facilidad para lesionarse le había impedido asentarse en la liga, pero los Bulls confiaban en que los excelentes preparadores de la franquicia conseguirían que jugara con continuidad. A veces Michael Jordan decidía convertirse en mentor de los nuevos fichajes, pero se volvía especialmente exigente con los jugadores que en su opinión no aprovechaban todo su talento, como Toni Kukoc. En lugar de hacer como Kukoc e intentar que se olvidara de él, Burrell decidió plantarle cara y lo desafió a un uno-contra-uno. Jordan ganó, luego volvió a ganar en la revancha y finalmente se negó a seguir jugando. “Quieres jugar para contarle a tus hijos cuando crezcan que le ganaste a Jordan, pero ¿qué voy a decirle yo a mis hijos? ¿Que le gané a Scott Burrell?” Sin embargo, esa actitud combativa del joven alero le gustó mucho a Jordan, y empezó a dedicarle más atención y a felicitarle por cada acción positiva.

Los Bulls tuvieron un comienzo de temporada tan decepcionante que Michael Jordan los comparó a un equipo de expansión. Con Pippen de baja el rendimiento ofensivo del equipo se resentía, y la irregularidad de Kukoc sumado a la decadencia física de Harper (apodado “patapalo” por sus compañeros) hacía que los rivales pudieran centrar su defensa exclusivamente

en Jordan. “Me están dando con todo”, se quejaba. Cerraron el primer mes de competición con un mediocre 9-7 y gracias, que hasta para derrotar a los tristes Clippers necesitaron dos prórrogas y una nueva exhibición de Michael Jordan, que empató el partido al rebote de su propio tiro libre y luego anotó todos los puntos de los Bulls durante el segundo tiempo extra. Para colmo también se había lesionado Kerr, y Dennis Rodman mostraba su peor cara y recordaba los malos momentos de la temporada anterior, más interesado en discotecas y casinos que en jugar. Una personal en ataque suya impidió que Jordan empatara el partido contra los Hawks en los últimos segundos, y provocó el enfado de la estrella. Además, la idea de Phil Jackson de que Scottie Pippen viajara con el equipo durante la tradicional gira de noviembre para que se fuera integrando fue un desastre debido a la insistencia de Jerry Krause de acompañarles.

El fax de Krause había sido la gota que colmaba el vaso para Pippen, y sentía que después de entregarse al 100% a pesar de su mal contrato como recompensa intentaban traspasarlo. Por su parte, los dos Jerrys veían al jugador como un ingrato que sólo sabía quejarse, incluso después de que le adelantaran una importante cantidad de dinero que por contrato debería haber cobrado mucho después. Después de un partido, Pippen hizo unas declaraciones incendiarias en las que pedía ir a otro club, expresaba su deseo de no volver a jugar con la camiseta de los Bulls y llegaba al extremo de insinuar que estaba fingiendo no estar recuperado de la cirugía para retrasar su incorporación al equipo. Era evidente que estaba intentando forzar su traspaso, y ante la falta de respuesta decidió ir a más provocando un enfrentamiento durante el viaje a Seattle. En sí no era ninguna novedad, ya que tanto Pippen como Jordan habían aprovechado los viajes para usar a Krause como blanco de sus burlas con tanta frecuencia que Phil Jackson había sido criticado por no ponerles freno (el entrenador parecía creer que Krause se lo buscaba con su presencia). Jordan en especial solía dedicar los trayectos en autobús a mofarse de sus compañeros, desde jugadores a utilleros, y a excepción de Scott Burrell la mayoría intentaba ignorar las pullas de Jordan y esperar a que se cansara. Pero de Jerry Krause nunca se cansaba, aunque éste se limitaba a murmurar “ya empieza el bocazas de North Carolina”. Durante la final en Utah el autobús tenía que ir más lento al subir las empinadas cuestas de la zona, y

Jordan aprovechaba para atribuir la falta de velocidad al peso extra del vicepresidente.

Lo que sucedió en Seattle fue mucho más allá. Scottie Pippen había estado bebiendo en el avión, cuando subieron al autobús del aeropuerto al hotel estaba evidentemente embriagado. Empezó a hacer comentarios sarcásticos que fueron subiendo de tono hasta terminar en gritos pidiendo que le hiciera un nuevo contrato o le dejaran irse a otro equipo, salpicados de insultos y burlas. La situación se hizo tan violenta que Phil Jackson se vio obligado a intervenir. El entrenador cogió una botella de cerveza y la alzó hacia Pippen, lo cual hizo pensar a algunos de los presentes que estaba brindando con el jugador. Nada más lejos de su intención, según Jackson, que estaba intentando hacerlo callar: “Has bebido demasiadas cervezas”. Jerry Krause aguantó en silencio el chaparrón, y cuando volvió a encontrarse con Pippen a la mañana siguiente intentó seguir adelante olvidando lo sucedido. “Buenos días, Scottie”, le dijo. “Vete al infierno, Jerry.”

A pesar de ello, Krause seguía manteniendo que no traspasarían a Scottie Pippen salvo que recibieran una oferta claramente ventajosa. Phil Jackson sabía que lo necesitaba para tener posibilidades de ganar, así que eran dos las complicaciones que se le presentaban: por un lado corría el peligro de que Pippen cumpliera su amenaza y no volviera a jugar con los Bulls, y por otro existía la posibilidad de que aunque volviera las disensiones internas hicieran imposible la victoria. Para navegar estas aguas turbulentas necesitaría mucha mano izquierda y el apoyo de Michael Jordan. Lo primero era hacerle comprender que se había excedido y estaba dañando al equipo, y para eso Jackson y Jordan realizaron unas declaraciones criticando la postura de Pippen. El entrenador recordó que Jordan había vuelto del béisbol después de que Pippen se lo pidiera, mientras que la estrella de los Bulls hizo hincapié en que todos habían tenido problemas con Krause pero nunca habían dejado que afectara al juego del equipo. También contaban con el apoyo de Ron Harper, uno de los mejores amigos de Pippen y un jugador muy respetado en el vestuario por cómo se sacrificaba por el bien del equipo. Cuando Harper vino a decirle que se equivocaba, Pippen le escuchó. Fue entonces cuando Phil Jackson empezó la segunda parte de su plan, que consistía en convencerle de que no había quemado sus naves y que aún era posible dar marcha atrás y

volver a formar parte del equipo. La reacción de Pippen fue tan inesperada como su estallido, ya que decidió llamar personalmente a Jerry Reinsdorf. El propietario de los Bulls le aseguró que nunca lo habían ofrecido en un traspaso sino que se habían limitado a estudiar las ofertas recibidas, y aunque el jugador no terminó de creerlo se abrió una puerta a su reincorporación a la plantilla. En uno de los actos navideños de los Bulls, un niño se acercó a Pippen y le preguntó si iba a volver al equipo. “Yeah”, y le sonrió.

La vuelta de Scottie Pippen a las canchas aún sufriría otro retraso, ya que las pruebas médicas que debían confirmar su recuperación revelaron que el jugador se había deteriorado significativamente durante su baja. El enfado de Pippen con la franquicia había hecho que descuidara su rehabilitación, y su forma física estaba lejos de lo necesario para jugar en la NBA. Eso significaba que el equipo debería reaccionar por sus propios medios y Phil Jackson encontró la manera perfecta: nada un tanto como un enemigo común, así que creó una dinámica de “nosotros contra ellos” dentro de la propia franquicia. La motivación de la plantilla sería ganar para demostrarle a la gerencia que eran mejores de lo que creían, que no se merecían verse tratados así, que romper el equipo sería el mayor error de los Bulls en su historia. Jackson llegó a declarar que sospechaba que algunos informaban a Krause de lo que sucedía en el vestuario, lo cual hizo que los jugadores más próximos al vicepresidente como Kukoc o Wennington se plantearan si estaba recortando su tiempo de juego por eso.

La estrategia de Phil Jackson funcionó porque se apoyaba en una base real de resentimiento de la plantilla hacia Jerry Krause, especialmente desde que se trasladaron al Berto Center. Este centro de entrenamiento estaba diseñado para alejar a la prensa, pero también significaba que Krause y los jugadores trabajaban en el mismo edificio y estaban en contacto permanente, lo cual exacerbaba cualquier fricción. Después de ganar el anillo se produjo una breve reconciliación cuando Jordan abrazó a Krause y a su esposa con sentimiento, reconociendo su aportación a la victoria, pero cuando empezó la nueva temporada la situación reversionó a lo habitual. La insistencia del ejecutivo por viajar con el equipo seguía siendo el mayor foco de tensiones, sobre todo cuando se empeñaba en usar las instalaciones del vestuario a pesar de que sabía que para los jugadores eso se trataba de algo muy cercano a una

invasión de su intimidad. Uno de los momentos más ridículos de la pretemporada se produjo cuando Michael Jordan encontró el retrete del vestuario ocupado por Jerry Krause justo antes de salir a jugar. Jordan seguía una rutina muy definida antes de cada partido, que empezaba poniéndose los pantalones de North Carolina debajo de los de los Bulls y terminaba salpicando resina a “Red” Kerr, y una de sus prerrogativas era ser el último jugador en vendarse los tobillos y luego pasar por el servicio. La presencia de Krause en ese momento resultaba de lo más inoportuna, y la respuesta de Jordan fue realizar una serie de comentarios burlones y punzantes sobre el directivo fingiendo no haberse dado cuenta de quién ocupaba el excusado, provocando la hilaridad entre sus compañeros. Phil Jackson había convertido a los Bulls en una especie de esfera protectora dentro de la que Jordan se sentía cómodo, e intentó hacerlo extensivo a Pippen.

Después de un mes de noviembre mediocre, los Bulls reaccionaron en diciembre y encadenaron ocho victorias consecutivas. Toni Kukoc subió su rendimiento de manera perceptible, y con la mejora colectiva Michael Jordan recuperó sus porcentajes de tiro habituales. A eso había que sumar el cambio de Dennis Rodman, que dejó de lado sus excentricidades y volvió a recordar al ala-pívot que les había impresionado dos años atrás. A pesar de que fue suspendido después de una noche de juerga por faltar a un entrenamiento, en general su rendimiento fue sobresaliente y su actitud más que satisfactoria, algo que Phil Jackson atribuía a las primas por buen comportamiento incluidas en su nuevo contrato. El resurgir de los Bulls hizo que aumentara la expectación por su enfrentamiento con los Lakers a mediados de diciembre. Los angelinos llegaban con la baja por lesión de Shaquille O’Neal y eso hizo que los locales rompieran el partido desde el primer cuarto, pero el interés del público se centraba en el duelo entre Michael Jordan y un joven llamado Kobe Bryant que se decía que intentaba imitar todos sus movimientos dentro y fuera de la pista. A pesar de que aún estaba lejos del maestro, Bryant se estaba convirtiendo en una de las estrellas de la liga a ojos vista, y Jordan se encontró con la extraña sensación de estarse defendiendo a sí mismo. Con el partido resuelto, los Lakers decidieron no hacer dos contra uno para dejar que Kobe se midiera con Jordan, y aunque éste resultó vencedor el joven aprendiz dejó algunas jugadas para el recuerdo. “¿Nosotros saltábamos tanto?”, le

preguntó Jordan a Pippen. “A mí me parece que no.” Para su asombro, Kobe Bryant no tuvo reparos en acercarse a él durante unos tiros libres y hacerle unas preguntas sobre cómo colocarse al poste. “Me sentí viejo”, declaró Jordan. “Le dije que cuando estoy al poste para la media vuelta en suspensión, siempre uso las piernas para detectar dónde está la defensa y reaccionar.”

Los Bulls estaban volviendo a jugar como un equipo campeón antes incluso de recuperar los servicios de Scottie Pippen. En diciembre derrotaron a los Bucks por 84-62 batiendo el récord de la franquicia de anotación más baja del rival, y poco después convirtieron a Phil Jackson en el entrenador más rápido en alcanzar las 500 victorias. Y en enero volvió por fin Pippen, que parecía dispuesto a poner en segundo plano su mala relación con la gerencia. “Me gustaría terminar aquí la temporada”, declaró. “El equipo está deseando ir a por el sexto campeonato.” Y entonces Jerry Krause cometió el error de ir a la prensa, en un gesto incongruente en una persona que en la intimidad solía referirse a los periodistas como “prostitutas”. Los éxitos del equipo proporcionaban constantes oportunidades para que Jackson y los jugadores hicieran declaraciones a los medios, y Krause estaba cansado de ver cómo Jordan aprovechaba cualquier oportunidad para repetir que los estaban echando de los Bulls y que no jugaría para otro entrenador. Krause concedió una larga entrevista al *Chicago Tribune* en la que se limitaba a insistir en que no estaba intentando echar a nadie, pero volvió a equivocarse el momento y las formas. El tono de sus declaraciones sólo sirvió para confirmar a los aficionados que el vicepresidente estaba ansioso por iniciar la reconstrucción y demostrar que era capaz de ganar sin Jordan, y además se publicaron justo antes del fin de semana del *All Star*, cuando Michael tendría a su disposición a toda la prensa del país para contestarle a gusto.

“No veo ninguna luz al final del túnel. Creo que la gerencia ha expuesto su postura y no veo cómo puede resolverse a mi favor”, declaró delante de un millar de periodistas. “Es triste, pero siempre es triste que termine una etapa.” Michael Jordan volvió a insistir en que sólo jugaría para Phil Jackson, y en que desearía que el bloque de los Bulls se mantuviera una temporada más. En su opinión se trataba de una lucha por el control del equipo, y no otorgaba credibilidad a los rumores de que los propietarios minoritarios estaban presionando a Reinsdorf para reducir los gastos y repartir beneficios. La

prensa neoyorquina había fantaseado con la posibilidad de verlo con Jackson en los Knicks, ya que se trataba del equipo favorito del entrenador y Jordan había considerado esa opción en 1996, pero el jugador lo descartó tajantemente: “O Chicago o nada”. A continuación, Michael Jordan saltó a la pista del Madison Square Garden y completó su respuesta a Krause con 23 puntos, 8 asistencias y 6 rebotes para conquistar su tercer MVP en un *All Star*. Jerry Reinsdorf ya no podía más; la estrella de su equipo había obtenido uno de los principales galardones de la NBA y en lugar de promocionar a los Bulls sólo había servido para dejarlos en evidencia debido a la torpeza de su vicepresidente. Hizo circular una nota interna exigiendo que cesaran las declaraciones a la prensa sobre el futuro del equipo, aunque probablemente llegaba demasiado tarde y el daño ya estaba hecho. Poco después, el joven Kevin Garnett aparecía por televisión descartando un posible futuro en Chicago después de ver el trato que los Bulls estaban dispensando a Michael Jordan.

La fecha límite para traspasos pasó y Scottie Pippen seguía en el equipo, pero eso no evitó la polémica. En el último momento, Jerry Krause envió al alaplivot Jason Caffey a los Warriors a cambio de David Vaughn, un jugador que ya había sido descartado por los Bulls y que volvió a ser cortado pocos días después. Caffey era un buen defensor y reboteador útil como suplente de Rodman, así que deshacerse de él sin obtener nada a cambio provocó el enfado de la plantilla y las críticas de la prensa, que llegó a insinuar que Krause podría estar intentando sabotear la temporada para hundir a Phil Jackson. En realidad, el entrenador no se opuso al traspaso, ya que Caffey terminaba contrato y eso era una posible fuente de problemas. Su marcha dejaba una plaza libre que podían ocupar con Dickey Simpkins, casualmente cortado por los Warriors poco después, un jugador en el que Jackson estaba interesado como especialista para defender a rivales como Mourning o Kemp que eran demasiado grandes para Rodman y demasiado rápidos para Longley. “Les dije lo que quería, un jugador tipo Brian Williams”, admitió en privado. Jerry Krause se enfadó al ver que Phil Jackson no aclaraba a los jugadores y a la prensa que estaba de acuerdo con el cambio, pero el entrenador había decidido dejar de facilitarle la vida a la gerencia.

Michael Jordan no iba a dejar que la orden de evitar declaraciones a la

prensa le impidiera mandar su mensaje. El último partido de los Bulls en el Madison Square Garden podía ser la última visita que hiciera como jugador al legendario pabellón, y apareció con un par de Air Jordan I de 1984. Jordan declaró que se las había encontrado por casualidad en un armario, pero el significado de la imagen de esas zapatillas de su temporada *rookie* era demasiado evidente como para creer en coincidencias. Y no era sólo el calzado, también su juego parecía remontarse a 1984, con 42 puntos y una canasta a la remanguillé mientras lo abrazaba Terry Cummings que recordaba a sus primeros años en la liga. El Madison se puso de pie quizás por última vez para despedirle porque era un rival, pero había sido el mayor de todos. Después de verlo con esas zapatillas era evidente que Jordan reconocía el sentimiento de que el final estaba cerca; desde entonces las entrevistas dedicaron la mayor parte de su espacio a recordar su carrera y a un futuro lejos de las canchas. Pero cuando le preguntaban si le había quedado algo por conseguir en el baloncesto, volvía al presente: “Aún no he logrado ganar seis anillos”.

Una consecuencia positiva de la larga ausencia de Scottie Pippen es que estaría más descansado para la segunda mitad de la temporada. Eso mismo sucedía con Steve Kerr, y con Scott Burrell aportando cada vez más los Bulls encadenaron 13 victorias entre marzo y abril para colocarse con el mejor récord de la liga. Por contra, los interminables problemas de rodilla de Luc Longley eran un problema en el rebote defensivo, ya que no contaban con otro pívot grande que ocupara su papel. A falta de seis partidos aún llevaban una victoria de ventaja sobre los Jazz, pero dos derrotas consecutivas en la última semana permitieron que Utah les alcanzara. Ambos equipos terminaron empatados con un balance de 62-10, pero los Jazz habían ganado sus dos enfrentamientos directos y tendrían ventaja de cancha si como se esperaba llegaban a la final. Para eso tendrían que superar los *playoffs*, y Phil Jackson decidió aprovechar que se trataba del último momento de intimidad que tendrían para convocar una reunión especial sólo para el equipo, es decir jugadores y entrenadores. Jackson había llamado a la temporada “The Last Dance”, el último baile, y los indicios de que estaba terminando una época se multiplicaban: su matrimonio se dirigía de manera inexorable al divorcio, le habían diagnosticado un cáncer a Gus Lett, el maduro guardaespaldas que se

había convertido en una figura paterna para Jordan, y el fisioterapeuta Chip Schaefer se había enterado de que le estaban buscando sustituto para eliminar cualquier recuerdo de Phil Jackson en cuanto se marchara. El entrenador pidió que cada miembro del equipo escribiera un pequeño texto de no más de cincuenta palabras expresando qué había significado la temporada, y después de leerlos en común los quemarían al final de la reunión. En otras circunstancias podría haber resultado ridículo, pero se convirtió en un momento muy íntimo marcado por la sinceridad y las emociones. Michael Jordan rara vez expresaba sus sentimientos en público, pero sorprendió a sus compañeros con un pequeño poema: “¿Es éste el final? Y si es así, ¿qué traerá el futuro?”.

El presente era mucho más prosaico. Como la temporada anterior, los Bulls empezaron la primera ronda dando imagen de vulnerabilidad contra un rival inferior como los New Jersey Nets de John Calipari, clasificados para *playoffs* en el último momento. Los Nets llegaban además en baja forma, con Sam Cassell y Michael Cage lesionados, Jayson Williams con la mano escayolada y Keith Van Horn enfermo. Los Bulls tomaron amplias ventajas hasta bien entrada la segunda parte, pero en el último cuarto los Nets aprovecharon su dominio interior para dar la sorpresa y empatar el partido. Sin Longley, Jayson Williams arrampló con los rebotes y Chris Gatling ametralló el aro de los locales, y a punto estuvieron de llevarse la victoria. Incluso llegaron empatados al último minuto de la prórroga, pero Michael Jordan robó un balón decisivo que culminó con un mate más tiro adicional y Scottie Pippen taponó la última oportunidad de los Nets. Los Bulls se habían escapado del desastre por pura suerte, y en el segundo partido se volvió a repetir la historia cuando los Nets remontaron una diferencia de veinte puntos y se pusieron con opciones de victoria en el último cuarto. De nuevo Chicago salvó los muebles en los minutos finales, pero no estaban jugando como un equipo de 62 victorias que aspiraba al anillo. Los Nets, un equipo con carencias pero joven y agresivo al que su entrenador hacía jugar al límite, parecían estar exponiendo con crudeza el envejecimiento de las piezas fundamentales de los Bulls. Michael Jordan decidió poner fin a la situación en el tercer partido con una exhibición de tiro exterior que los Nets no fueron capaces de frenar. “Cuando decide ponerse la capa, no hay mucho que

podamos hacer”, admitió Calipari. Jordan terminó la primera parte con 23 en 9/10 tiros, y en la segunda se unió Scott Burrell con 9/11 tiros para impedir cualquier intento de remontada de los Nets. Como en el año anterior, la imagen de debilidad de los Bulls chocaba con el 3-0 final.

Desafortunadamente, los Bulls seguían ocupando más titulares por sus disputas internas que por su juego. La cadena de televisión ESPN había inaugurado una revista quincenal de deportes pocos meses antes, y una de sus primeras exclusivas iba a ser un extracto del diario que Phil Jackson y el periodista Rick Telander estaban escribiendo sobre la última temporada de los Bulls. Aunque finalmente el libro no se llegó a publicar, la revista convenció al entrenador de que publicaran el extracto de todas formas. Jackson tenía entendido que el artículo no saldría antes del final de temporada y, sobre todo, que podría revisarlo antes de que lo imprimieran, pero problemas de fechas hicieron que ESPN publicara el texto sin avisarle durante la eliminatoria contra los Nets. El artículo contenía revelaciones muy inoportunas sobre su situación conyugal (en esos momentos Phil Jackson ya se había trasladado a un hotel), su opinión sobre algunos jugadores de la plantilla, críticas a Jerry Krause y especulaciones sobre su posible fichaje por los Lakers. Este artículo levantó ampollas en la franquicia, aunque Krause obedeció la orden de Reinsdorf y resistió la tentación de contestar en la prensa, pero sobre todo provocó la primera reacción en contra de Phil Jackson. Hasta entonces las críticas se habían dirigido exclusivamente contra el propietario y el vicepresidente, pero en su diario el entrenador daba una imagen de arrogancia que confirmaba algunas de las acusaciones que le habían hecho en el pasado. De esto se aprovechó “Skip” Bayless, un nuevo corresponsal del *Chicago Tribune* conocido por su olfato para la polémica, que primero entrevistó a Krause y luego pidió una contrarréplica a Phil Jackson. Cuando publicó su columna sólo hizo referencia a las declaraciones del entrenador, que de nuevo quedó retratado como un ser vengativo y manipulador.

Afortunadamente para los Bulls, sus rivales de segunda ronda ya tenían sus propios problemas. Los Charlotte Hornets llevaban años de escándalos dentro y fuera de la pista, y llegaban a los *playoffs* con el ala-pívot Anthony Mason enfrentado con el entrenador Dave Cowens. En el primer partido los Bulls jugaron con los Hornets en la primera parte y en la segunda apretaron en

defensa, dejándoles en 32 puntos y ganando con una superioridad insultante. Los Bulls pagaron ese exceso de confianza en el segundo partido, que perdieron en casa a pesar de ir por delante hasta mediados del último cuarto. La defensa de Mason hizo que Jordan prefiriera quedarse en el perímetro, y el veterano Dell Curry salió del banquillo para encestar dos triples seguidos y junto con B.J. Armstrong provocaron un parcial de 15-2 que le dio la vuelta al marcador. Contra otro rival sería un problema haber perdido el factor cancha, pero Chicago estaba seguro de que en cualquier momento podría imponerse gracias a la defensa. El marcaje de Pippen sobre Glen Rice y de Rodman sobre Mason era un problema insoluble para los Hornets, como se pudo ver en un tercer partido que los Bulls controlaron desde el primer minuto. La imagen del público local abandonando el pabellón mientras Anthony Mason discutía en el banquillo con su entrenador dejaba bien claro que los de Charlotte no eran rival, y la serie acabó pocos días después con un rotundo 4-1.

El otro finalista en el Este eran los Indiana Pacers de Reggie Miller y su flamante “Entrenador del Año” Larry Bird. Michael Jordan mantenía una buena relación personal con Miller (y con su hermana Cheryl, considerada la mejor jugadora de la historia), pero como rival sentía un odio casi físico hacia él. No era el único, ni mucho menos; al fin y al cabo, Reggie Miller había titulado su autobiografía *Me encanta ser el enemigo* después de que Spike Lee admitiera que se había sentido tentado a ponerle la zancadilla durante un partido contra los Knicks. Miller se pasaba el partido provocando verbalmente a los rivales, pero lo que ponía más nervioso a Jordan era la forma en la que buscaba los contactos y se dejaba caer pidiendo personal. “Jugar contra Reggie Miller me vuelve loco”, admitía pocas semanas antes en una entrevista para ESPN. “Es como pelearse con una mujer. Lo único que hace es dejarse caer, pesa menos de 85 kilos así que has de tener cuidado porque si lo tocas es falta. En ataque uso mi peso para apartarlo, pero tiene las manos encima todo el tiempo, como cuando una mujer se te abraza a la cintura.” Aunque estas declaraciones recibieron algunas críticas por su tono sexista, en privado Miller las consideró muy reveladoras después de que Michael Jordan perdiera los nervios varias veces contra él y llegara a las manos.

La clave del éxito de los Pacers era que Larry Bird había establecido una

jerarquía clara y un reparto de papeles adecuado a las habilidades de cada uno de sus jugadores. En ataque Mark Jackson asistía a una auténtica batería de tiradores formada por Reggie Miller, Chris Mullin y el espigado Rik Smits, la defensa quedaba en manos de los rocosos “hermanos” Antonio y Dale Davis (en realidad su apellido era coincidencia) con Derrick McKey, y del banquillo salían Travis Best y Jalen Rose a cambiar el ritmo. El plan de Bird era aprovechar esos recursos para rotar diferentes defensores sobre Jordan y desgastar a los veteranos Bulls. El primer partido resultó poco vistoso, sobre todo por parte de Chicago, que hasta el último momento no logró evitar irse al descanso con clara desventaja en el marcador. Phil Jackson había decidido salir con Toni Kukoc de titular en lugar de Rodman para mejorar la fluidez ofensiva del equipo, pero el resultado había sido decepcionante, ya que Jordan, Pippen y Kukoc sumaron 3/24 tiros. En la segunda parte, en cambio, se impuso la defensa de Scottie Pippen sobre Mark Jackson, un base grande y lento acostumbrado a meter a los rivales al poste. Pippen era demasiado alto para eso y lo bastante rápido como para presionarlo a toda cancha sin descanso. El ataque de los Pacers dependía de que Jackson llevara el balón al lugar preferido de cada uno de los tiradores, pero la defensa de Pippen lo hizo imposible y además le robó siete balones que permitieron que los Bulls aliviaran sus carencias ofensivas anotando al contraataque. “A veces parecía que tenían siete u ocho defensores”, admitió Mullin después de la derrota.

El segundo partido siguió una tónica muy similar, con ventajas iniciales de los Pacers mientras los Bulls aguantaban en defensa. La diferencia fue que antes de comenzar Michael Jordan había recibido el trofeo de jugador más valioso de la temporada, el quinto en su carrera, y como declaró después en la segunda parte decidió demostrar que “no se habían equivocado votándome”. Jordan anotó varias canastas seguidas que dieron una cómoda ventaja a los Bulls al terminar el tercer cuarto, y cuando en los últimos minutos los Pacers remontaron volvió a tomar el mando del partido con dos jugadas difíciles en las que se resbaló y tuvo que recuperar el equilibrio para anotar. A pesar de sus 41 puntos, Larry Bird volvió a centrarse en la defensa de Scottie Pippen sobre Mark Jackson, que recordaba a la que hizo sobre “Magic” Johnson en la final de 1991. “Me gustaría ver a Scottie Pippen defender a Michael Jordan por toda la cancha de la manera en la que Scottie defiende a Mark Jackson, a

ver cuánto duraba en la pista”, se quejó. “Larry Bird ya habla como un entrenador”, respondió Jordan de buen humor.

Ni las victorias ni el trofeo de MVP sirvieron para rebajar la tensión dentro de los Bulls, que se veían agravadas por los incidentes más casuales. La revista *New Yorker* publicó una entrevista con Michael Jordan en la que éste mencionaba la frase de Jerry Reinsdorf sobre arrepentirse del contrato firmado, y eso molestó al propietario ya que éste creía que el tema había quedado aclarado meses atrás. El origen de la confusión procedía del retraso en publicar la entrevista que en realidad se había realizado un año antes, así que Jordan pudo deshacer el malentendido pero no antes de otro enfrentamiento con Jerry Krause. El ejecutivo no tuvo mejor idea que aparecer en el vestuario justo después del segundo partido para informar a Jordan del enfado de Reinsdorf e intentar arreglar las cosas, y el resultado fue el que cabía esperar. “No te atrevas a llamarme la atención después de toda la manipulación que habéis hecho vosotros a través de la prensa”, le respondió un enfadado Jordan. Eso fue sólo el principio. En el vuelo a Indianápolis Jerry Krause reprendió duramente a Phil Jackson por ignorar una sesión obligatoria con la prensa, por lo que los Bulls habían recibido una multa de 50.000 dólares y una queja formal de la liga. Al llegar al aeropuerto Jackson hizo un aparte para advertir a Krause que no volviera a censurarlo en público sino que tratara esos temas en privado, y ambos se enzarzaron en otra discusión mientras el resto de la expedición esperaba en el autobús. Las causas del enfado de Krause no estaban claras, ya que tanto él como Jackson y Jordan compartían un mismo desdén hacia la prensa, así que resultaba sorprendente que se enfadara por una acción que otras veces había aceptado gustoso. Su explicación era que Phil Jackson había actuado deliberadamente buscando dejar en evidencia a la franquicia, y el entrenador respondió afirmando que eso demostraba que algunos miembros del equipo servían como espías para Krause (con lo que Jackson parecía confirmar que las sospechas del vicepresidente eran correctas).

La inestable paz que habían forjado Krause y Jackson después de la gran pelea de pretemporada se estaba resquebrajando, y la difícil situación deportiva afilaba los ánimos. Los Bulls iban 2-0 gracias a su defensa, pero en ataque sobrevivían a base de arranques de individualismo con un banquillo

que aportaba cada vez menos. Mientras, Larry Bird había decidido apostar por la velocidad de Best y Rose para no depender de un Mark Jackson totalmente anulado por Pippen y por la defensa de McKey en lugar de la anotación de Chris Mullin. Los Bulls tuvieron controlado el siguiente partido hasta el final del tercer cuarto, cuando su rotación de solo seis jugadores les pasó factura y permitió la remontada de los locales. Sin embargo, la gran estrella fue Reggie Miller, que a pesar de una torcedura de tobillo en el tercer cuarto anotó cuatro canastas consecutivas en los últimos minutos del partido para dar una ventaja de ocho puntos a los Pacers. “Dio un paso adelante como hacen todos los grandes jugadores en esa situación”, admitió Jordan. A la desesperada, los Bulls llegaron a ponerse a un punto gracias a la presión a toda cancha, pero Indiana anotó los tiros libres finales y se llevó la victoria. Aún más dolorosa para los Bulls fue la derrota en el siguiente encuentro, cuando desperdiciaron varias oportunidades en los últimos segundos después de que los Pacers volvieran a remontar en la recta final gracias a una andanada de triples. Reggie Miller anotó la canasta de la victoria para su equipo a falta de tres segundos, pero antes Dennis Rodman cometió falta en ataque con un bloqueo y Scottie Pippen falló dos tiros libres vitales, y sobre la bocina Michael Jordan hizo un rectificadito que rebotó varias veces en el aro y no quiso entrar. El triple de Miller merecía ganar el partido, pero no era normal que los Bulls fallaran sus tres ataques en el último medio minuto de juego.

Phil Jackson cargó contra el arbitraje, comparándolo con el sufrido por la selección estadounidense en la final olímpica de Múnich 1972 por lo que consideraba un intolerable favoritismo hacia el equipo local. Es cierto que la personal en ataque de Rodman era cuanto menos discutible, y después del tapón de Jordan a McKey a falta de diez segundos no se sancionó nada cuando Reggie Miller pareció lanzarle un puñetazo a Ron Harper, pero el propio Jackson sabía que el auténtico problema era la falta de recursos y de frescura de los Bulls en los momentos decisivos. “Ahora mismo parece el fin de un equipo de baloncesto que ha hecho grandes temporadas”, admitió. La vuelta a Chicago para el quinto partido alivió los problemas de los Bulls gracias a unos Pacers que apenas plantaron cara. Pippen buscaba redimirse de su fallo en los tiros libres y se unió a Jordan para abrir una brecha entre el primer y el segundo cuarto que Indiana ya no pudo remontar. “No les dejamos coger la

posición al poste bajo, eso fue la clave”, declaró Michael Jordan. “En el cuarto partido Rik Smits lo hizo y dio espacio en el perímetro para sus tiradores.” Los Bulls aplastaron a los Pacers con un bochornoso 106-87, pero sabían que la serie no había acabado. En el sexto partido el banquillo de Indiana les permitió superar la mala actuación de Miller y Mullin gracias a Smits y Best, y sumar otra victoria en los últimos segundos. Cada encuentro en Indianápolis terminó igual, con unos Bulls incapaces de anotar en los instantes finales y protestando por el arbitraje, en este caso una rigurosa defensa ilegal señalada por su viejo amigo Hue Hollins y un último ataque en el que Michael Jordan dio con sus huesos en el suelo. “Fue una falta clarísima”, afirmó Jordan. “Podéis pensar que tropecé yo solo, pero no soy tan torpe.” Las repeticiones mostraron un contacto con el pie del defensor, pero eso no cambiaba que los Bulls sólo anotaron cuatro tiros libres en los últimos dos minutos y medio.

Michael Jordan no jugaba un séptimo partido de *playoffs* desde 1992 contra los Knicks, y no afrontaba la posibilidad de una eliminación desde los Magic en 1995, cuando sólo llevaba unos meses de vuelta en la NBA. Se suponía que habían jugado todos esos partidos de fase regular para contar con la ventaja de que se decidiera en Chicago una serie en la que ninguno de los contendientes había logrado ganar fuera, pero los Pacers se saltaron el guión anotando sus ocho primeros tiros y tomando ventaja en el primer cuarto de la mano de Reggie Miller. Todo el quinteto titular de los Bulls naufragaba en ataque, y sólo la aparición de Dennis Rodman permitió que se mantuvieran a tiro gracias a la defensa y al rebote ofensivo. En plena crisis Phil Jackson decidió recurrir a unos suplentes cuya aportación hasta entonces había sido casi nula. “Era un riesgo porque Best me había superado toda la serie”, admitió Kerr. “Tuvo la intuición de sacar a Jud, que hizo un gran partido. Nos demostró que confiaba en nosotros, que confiaba en el banquillo.” Steve Kerr anotó tres triples en momentos decisivos, mientras que Jud Buechler capturó cinco rebotes y se entregó en defensa. Durante el descanso y los tiempos muertos Michael Jordan arengaba a sus compañeros, animándolos a alcanzar la intensidad de los Pacers. “¡No vamos a perder este partido!”, rugió durante un tiempo muerto. Y Toni Kukoc respondió. Jordan y Pippen seguían sin encontrar el aro, así que el croata tomó la responsabilidad en el tercer cuarto y

anotó cinco canastas sin fallo, incluidos tres triples, para poner a los Bulls por delante.

En el último cuarto los Pacers remontaron. Seguían sin entrar los tiros de Jordan y Pippen, y ya no le quedaban más trucos a Phil Jackson. Lo que siguió, minutos de baloncesto trabado y difícil sin elegancia ni estilo, se terminó convirtiendo en un vídeo que Jackson preparó de cara a la final para mostrar a sus jugadores qué hace un grande cuando se le acaban las fuerzas. “Bajó la cabeza, se metió en la zona y forzó personales”, resumió Larry Bird. Al borde del agotamiento, Michael Jordan demostró que debajo de su juego de dominio y control se escondía un núcleo duro formado por la voluntad de no dejarse ganar nunca. Pidió el balón y encaró una canasta defendida sin concesiones por los Pacers, sacando faltas o metiendo canastas por pura insistencia. Robó rebotes a pivots que le sacaban la cabeza, capturó balones sueltos y defendió a rivales jóvenes y rápidos sobre unas piernas que pesaban cada vez más. Todas las cosas increíbles y maravillosas que sucedieron antes, y todo lo que sucedió después, son como nada comparadas con ese momento. A falta de 17 segundos cogió el rebote del último intento triple de Indiana, y los Bulls ganaron 88-83.

Se puede argumentar que de las seis finales de la NBA que jugaron los Bulls, fue la de 1998 la que contribuyó en mayor medida a grabarlos en el recuerdo de los aficionados como el equipo imbatible que ejerció un dominio tiránico sobre el baloncesto estadounidense en la década de los noventa. La desproporción entre los pronósticos previos que apostaban por los Jazz y el resultado final con la superioridad manifiesta de Chicago terminó de forjar la imagen de un Michael Jordan cuyo destino ineludible era la victoria. Se suponía que había llegado el turno de Utah, que ya había puesto en apuros a los Bulls el año anterior y llegaba con aún más argumentos. La ventaja de cancha, decisiva en 1997, pertenecía esta vez a los Jazz, y además habían aplastado a los jóvenes y atléticos Lakers en su final de conferencia para disfrutar de diez días de descanso mientras Chicago sufría horrores contra los Pacers y mostraba signos de agotamiento. La prensa nacional centraba sus artículos en Karl Malone, John Stockton y el entrenador Jerry Sloan, y alimentaba el interés sobre el posible nuevo campeón con noticias como el novedoso análisis informático sobre Jordan que desgranaba porcentajes de sus

movimientos al poste, sus penetraciones e incluso sobre cuándo prefería tirar al recibir (normalmente desde la esquina en la jugada *double out, step out*) después de bote o ganar espacio con el *jab step*. “Jordan prefiere ejecutar el *pick-and-roll* en el lado izquierdo, fintar la entrada por el centro y remontar la línea de fondo saliendo del bloqueo”, explicaba el informe. “Los jugadores de Utah pueden comprender así la importancia de empujar hacia la pantalla, lejos de la línea de fondo y cerca del centro de la zona donde prefiere pasar el balón el 66% de las veces”. Los Jazz poseían muchos más recursos que los Pacers, mientras que los Bulls llegaban con un banquillo casi inexistente y un juego interior en el que Longley y Rodman parecían aportar cada vez menos.

Michael Jordan, Phil Jackson y los Bulls procuraban no mostrar que su análisis era muy diferente. Los Utah Jazz eran sin duda un rival sólido que ejecutaba a la perfección el estilo de juego que más le convenía, pero también era un equipo rígido al que le costaba reaccionar en situaciones inesperadas. Karl Malone había trabajado muy duro para convertirse en un gran jugador, pero dependía del apoyo de Stockton y le costaba tomar el mando en los momentos decisivos. Por su parte, Jerry Sloan era reconocido por montar equipos que competían al máximo de su capacidad, pero pocos percibían cierta inflexibilidad en la gestión de la plantilla: el base suplente Howard Eisley rindió mejor que nunca y ayudó a prolongar la carrera de Stockton, por ejemplo, pero quizás una final era el momento para exprimir a los titulares. Como muchos entrenadores, apreciaba a los jugadores más disciplinados y trabajadores mientras mostraba su impaciencia con sus compañeros dotados de más talento pero menos esfuerzo. Todos alababan la profesionalidad de Adam Keefe o Greg Foster, pero prescindir voluntariamente de la anotación de Chris Morris o Antoine Carr suponía desaprovechar unos recursos que podían ser muy necesarios.

La final se decidió en los tres primeros partidos. El desafío que Michael Jordan había creado en su mente para esta eliminatoria era demostrar que el factor cancha no había tenido nada que ver en la derrota de los Jazz el año anterior, y el resultado fue que sólo una gran actuación de Stockton en la prórroga impidió que los Bulls se llevaran los dos partidos en Utah. En un principio algunos analistas consideraron que la apurada victoria de los Jazz en el primer partido confirmaba sus pronósticos, ya que la habían logrado sin

jugar a su mejor nivel frente a unos Bulls cuyos desaciertos culminaron en un inesperado fallo de Jordan cuando se le terminó el tiempo de posesión en un momento crucial sin llegar a lanzar a canasta. Las protestas por los posibles bloqueos ilegales y el enfado de Jordan durante un tiempo muerto después de que Pippen se atreviera a lanzar (y anotar) un triple en lugar de pasarle el balón alimentaban la imagen de un equipo al borde de la descomposición. Sin embargo, para Phil Jackson y sus jugadores ese partido había revelado la vulnerabilidad de Karl Malone, especialmente cuando problemas de faltas obligaron a recurrir a Dickie Simpkins para defenderle durante varios minutos. Los Jazz intentaron explotar ese desequilibrio mediante aclarados para Malone, pero éste había sido incapaz de imponerse sobre un rival muy inferior. Stockton había tomado el mando en la recta final, pero no podría hacerlo siempre. Así sucedió en el segundo partido, igual de trabado que el anterior pero resuelto en el último minuto gracias a un robo de Toni Kukoc y un inesperado rebote de Steve Kerr a su propio tiro, que asistió a Jordan para que anotara la canasta con adicional.

John Stockton opinaba que el resultado de la final de 1997 se debía a que los Jazz no habían sido capaces de encontrar respuesta a la defensa de Scottie Pippen, pero ni siquiera él se esperaba lo que sucedió en el tercer partido. Dos robos, un tapón, tres faltas en ataque provocadas...los números no revelan el devastador impacto de Pippen durante el partido, cuando cerró la zona a las penetraciones rivales y junto con Harper y Jordan abrumó físicamente al perímetro de los Jazz. Los puntos los anotaron Kukoc y Jordan, pero el partido lo rompió la omnipresencia de Pippen en defensa, especialmente porque Sloan había decidido darle una oportunidad a Greg Ostertag. La lentitud de movimientos del pivot de Utah permitió que Scottie Pippen acudiera a la ayuda en el perímetro sabiendo que si intentaban doblarle el balón al hombre libre tendría tiempo suficiente para recuperar antes de que Ostertag pudiera anotar. El ataque de los Jazz naufragó cuando Stockton y Eisley se vieron arrinconados en los laterales, y el marcador final reflejó un humillante 96-54, la mayor diferencia de puntos en la historia de las finales de la NBA y la anotación más baja de un equipo en *playoffs* desde la introducción del reloj de posesión. “¿Es éste el marcador de verdad? ¿El marcador final?”, preguntó medio en broma Jerry Sloan cuando miró las estadísticas durante la

rueda de prensa.

Los Utah Jazz no pudieron sobreponerse al resultado del tercer partido, especialmente después de que se les negara la redención en el encuentro siguiente. Los Jazz salieron a morder dispuestos a hacer olvidar la “vergüenza” de la paliza recibida, pero un festival de triples anotados por Scottie Pippen mantuvo a los Bulls por delante. El último cuarto lo decidieron dos actores inesperados, primero un Chris Morris espectacular compensando las canastas de Michael Jordan al poste y luego cuatro tiros libres seguidos de Dennis Rodman en la recta final del partido. Los Chicago Bulls ganaron 86-82 para ponerse 3-1 en el global de una eliminatoria sobre cuyo resultado final ya nadie tenía dudas. La única discusión posible en la prensa local se refería a la sugerencia casi herética de que el MVP podría ser para alguien no llamado Michael Jordan. Una de las claves de la victoria de los Bulls era que en los momentos clave de cada partido su estrella había logrado zafarse del carrusel de defensores que se turnaban en su marcaje (a diferencia de un Karl Malone que empezaba los partidos a buen nivel y luego desaparecía en los últimos cuartos), pero esta vez la auténtica diferencia la estaba marcando Scottie Pippen en defensa. Pocos sabían que su esfuerzo le estaba pasando factura, y estaba a punto de limitar seriamente su juego.

La inesperada derrota de los Bulls en el quinto partido se achacó al exceso de confianza de los locales, que habían estado presumiendo públicamente de que sólo una prórroga había evitado que se llevaran el título por un contundente 4-0. Aunque era cierto que Jordan y sus compañeros pecaron de falta de concentración y de acierto ofensivo, también los Jazz se esforzaron al límite para mantener viva la esperanza de la remontada. En concreto, Karl Malone estaba harto de Dennis Rodman, cuya gran defensa de la estrella de los Jazz le permitía desaparecer de una final para irse a jugar a los dados a un casino o a participar en un espectáculo de lucha en televisión sin apenas recibir críticas. Por una vez Malone volvió a ser el jugador imparable que dominaba la NBA, y con el apoyo de Antoine Carr desde el banquillo se apuntaron la victoria que ponía el 3-2 en la eliminatoria. En otras circunstancias eso podría haber supuesto un problema para los Bulls antes de los dos últimos partidos de la serie en la cancha hostil de Salt Lake City, pero Michael Jordan recordaba cómo habían resuelto una situación similar en

Phoenix en 1993. Además, los Jazz habían obtenido la victoria con muchos apuros a pesar de la falta de acierto de Jordan y Pippen. Un acertadísimo Toni Kukoc se había bastado él solito para mantener a Chicago en el partido hasta el último segundo, cuando Michael Jordan falló un tiro a la desesperada.

Las dudas aparecieron el mismo día del sexto partido, después de que ni Ron Harper (con una gastroenteritis) ni Pippen pudieran asistir al entrenamiento. Scottie Pippen se había lesionado la espalda en el tercer partido al caer sobre el parqué, y su estado se había ido agravando con el paso de los días hasta que ni siquiera dos inyecciones de cortisona fueron suficientes para garantizar su presencia en el encuentro. Pippen anotó un mate en la primera jugada, pero ese sencillo esfuerzo en su estado le provocó espasmos que le recorrían la espalda y bajaban por las piernas. No podía correr ni saltar, y a los pocos minutos pidió el cambio para irse al vestuario donde una masajista terapéutica empezó a trabajar para intentar devolverle a la pista. Sumado a un Harper que tampoco estaba al 100% y a un Luc Longley que volvió a cargarse de faltas en pocos minutos, eso suponía que sólo quedaba Toni Kukoc como apoyo de Jordan en ataque. Michael Jordan vivía para esos momentos de partido, donde la exigencia era máxima y todo dependía de él. Phil Jackson le había avisado de que estuviera preparado para jugar los 48 minutos si era necesario, y Jordan respondió con una auténtica lección sobre dosificación de recursos. Cuando Karl Malone amenazaba con romper el partido y los Bulls tenían que recurrir a un quinteto de circunstancias con Bill Wennington o Scott Burrell, dejó de lado la defensa para responder a todas las canastas del rival y llegar al descanso sólo cinco puntos abajo. Los Jazz no habían sido capaces de tomar una ventaja significativa cuando estaban diezmados, y eso hacía que Jordan estuviera convencido de la victoria. Pippen volvió a la pista en la segunda parte, pero su estado físico le impedía aportar algo más que colocación y pase mientras Jeff Hornacek le castigaba inmisericorde la parte baja de la espalda. En cambio, el que sí fue subiendo prestaciones conforme pasaban los minutos fue Dennis Rodman, cuya defensa con las ayudas de sus compañeros logró imponerse a Karl Malone en momentos clave.

Mientras, Jordan empezaba a mostrar signos de cansancio sobre todo en el tiro en suspensión, y en un tiempo muerto a falta de pocos minutos Phil

Jackson le insistió en que fuera al aro. “Lo sé”, respondió Jordan. “Están jugando sin un pívot, así que el camino está libre.” Jerry Sloan había apostado por la anotación de Antoine Carr en detrimento de la intimidación de Greg Ostertag, y había que aprovechar esa vulnerabilidad. “Si tienes que recurrir al tiro en suspensión, intenta mejorar la continuación porque no lo estás haciendo bien”, le advirtió Jackson en referencia a la parte final de la ejecución del lanzamiento, cuando la mano acompaña al balón para aumentar su precisión. Jordan anotó los últimos ocho puntos de su equipo, pero lo que más se recuerda son los 42 segundos finales, después de que John Stockton encestrara el triple que ponía el 83-86 para los Jazz en el marcador. Tex Winter marcó una jugada sacada de los viejos Knicks campeones conocida por el apropiado nombre de “Whatthefuck”, un aclarado para Michael Jordan en el lado derecho que obligaba a la defensa a elegir entre concederle el uno contra uno o mandar una ayuda larguísima dejando solo a un tirador como Kukoc o Kerr. La ejecución de Jordan, escondiendo el balón pegado al cuerpo para evitar los manotazos de Russell y extendiéndose en el último momento para echarlo a volar suavemente por encima de Carr, fue perfecta.

Pero los Jazz seguían uno arriba y con posesión. Roy Williams estaba en Kansas, viendo el partido por televisión con varios colegas, vio cómo Jordan se detenía bajo el aro en lugar de seguir el corte de Jeff Hornacek: “¡Mirad, mirad!”. Era una jugada que había empleado con frecuencia en sus primeros años, cuando remontaba la línea de fondo oculto detrás del corpachón de Dave Corzine para sorprender a los pívots rivales. Sabía que Utah buscaría a Karl Malone para intentar asegurar la canasta y también que durante toda la final Dennis Rodman había usado sus larguísimos brazos para interceptar esos pases. Apenas unos minutos antes había sacado un balón de las mismas manos de Malone, y el ala-pívot de los Jazz centraría su atención en Rodman para evitarlo. “Karl ni siquiera me vio venir.” De nuevo, el exquisito control de la situación de juego y de los movimientos de su propio cuerpo, que mantuvo lejos del rival para evitar cualquier tentación de pitar falta. Y después, lo de siempre: avanzar sin pedir tiempo muerto, esperar a menos de diez segundos y atacar. “Todo empieza a moverse muy despacio, empiezas a ver la pista muy clara. Empiezas a entender qué es lo que quiere hacer la defensa. Lo vi todo. Vi el momento.” Los Jazz estaban sentenciados, en el pasado habían probado a

ir a la ayuda y sólo había servido para que les derrotara Steve Kerr. “Esta vez fue a la derecha y cambió a la izquierda para tirar. El año pasado fue al revés, fue a la izquierda y cambió a la derecha para tirar. Era imposible que ese Russell pudiera con él”, reflexionó Leroy Smith. Un ligero toque, cuidadosamente calculado para terminar de desequilibrar al defensor sin dar motivos a los árbitros para hacer sonar el silbato, y una canasta acompañada con una estética de estatua griega.

En el último segundo de su etapa triunfal en los Bulls fue cuando su dominio fue más extremo, cuando se hizo más difícil encontrar limitaciones o vulnerabilidades en su juego. Segundos antes del final de su último partido vestido de rojo Michael Jordan ejerció el control más implacable de toda su carrera sobre lo que sucedía dentro de una pista de baloncesto. Esa mañana Chuck Daly había jugado una partida de golf con un amigo que había mencionado los problemas físicos de los Bulls y las posibilidades de victoria de los Jazz. “Olvídalo. Llegará igualado al final, y cuando queden unos 20 segundos Michael subirá el balón, mantendrá la vista en el reloj y en los últimos segundos se levantará y la clavará. Los Bulls ganarán y la leyenda seguirá viva. Es quien es, y eso es lo que hace”.

Washington, 2000-03

For the Love of the Game

Michael Jordan anunció oficialmente su segunda retirada el miércoles 13 de enero de 1999. El camino a la final del 98 había hecho especular a las “fuerzas vivas” de los Bulls en voz alta sobre la posibilidad de seguir un año más. Jerry Krause había redescubierto a Scottie Pippen cuando le vio soportar el dolor sobre una camilla para volver a la pista y el propio Phil Jackson admitió dudas a pesar de haber elegido para la final la película *El abogado del diablo*, en referencia al vicepresidente de los Bulls. Pero ya era demasiado tarde, como revelaba la frase que pronunció Krause justo después de la victoria: “Jerry y yo lo hemos conseguido por sexta vez”. El cierre patronal de la NBA, que comenzó a los pocos días, fue lo único que retrasó el anuncio de la retirada. A pesar de que el conflicto era mucho más serio que el de 1995, Michael Jordan ocupó un papel secundario y ni siquiera acudió al partido organizado por David Falk en nombre de los jugadores. Quizá no quería socavar la posición de Pat Ewing como presidente del sindicato, pero lo cierto es que se limitó a asistir a un par de reuniones y a mantener abierta la posibilidad de seguir jugando como baza negociadora.

El lunes 4 de enero de 1999 Jerry Reinsdorf había intentado en vano ponerse en contacto con él, de vacaciones en las Bahamas, en un último intento de convencerle para jugar una temporada más ahora que parecía estar cerca un acuerdo con el sindicato. Reinsdorf no logró localizarlo ni siquiera a través de David Falk y eso le hizo sospechar que podría estar evitándolo, y aunque sí logró hablar con Phil Jackson éste no quiso considerar su oferta. El 6 de enero la NBA y el sindicato de jugadores alcanzaron un acuerdo para poner fin al cierre patronal e iniciar inmediatamente la temporada, y dicho acuerdo estipulaba que los equipos no podrían ponerse en contacto con los jugadores ni sus agentes antes del viernes 8 de enero. Al fin, el 11 de enero a mediodía

Michael Jordan le anunció a Reinsdorf sus intenciones, y a continuación se las comunicó al comisionado David Stern. El día 13 Jordan lo hizo oficial en una rueda de prensa celebrada en el United Center. “Bueno, aquí estamos haciendo lo mismo por segunda vez”, comenzó. Su despedida en 1999 tuvo poco que ver con la de 1993, había desaparecido el rencor y la agresividad hacia la prensa, el dolor y la ira. “Estoy aquí para anunciar mi retirada del baloncesto. No habrá otro anuncio sobre béisbol ni nada parecido”. Su tono era reflexivo, más propio del fin de una etapa. “He jugado lo mejor que he podido. He intentado aportar al juego. He intentado ser el mejor jugador de baloncesto que podía ser”, resumió. “Ha sido un tiempo fantástico.” Jordan terminó con la típica declaración de intenciones sobre pasar más tiempo con su familia y dedicarse a sus hijos, y luego fue el turno de la ronda de preguntas, que se centraron en la posibilidad de que cambiara de opinión en un futuro. “Nunca digas nunca jamás, pero estoy seguro al 95% o 99,9% de mi decisión.” Uno de los periodistas le preguntó por qué se reservaba ese pequeño margen. “Porque ese 1% es mío y de nadie más”, respondió. “Gracias, Chicago.”

“Michael será dueño de un equipo antes de dos años”, afirmó Darrell Walker. A diferencia de su primera retirada, Jordan afrontó 1999 como un cambio de etapa. No habría más aventuras como la del béisbol, sino las empresas habituales de un jugador retirado. No está claro qué contactos hubo entre el ya ex jugador y la gerencia de los Bulls, pero desde el principio se vio muy difícil que recorriera el camino desde la pista hasta las oficinas del club al que había llevado a lo más alto. La táctica de “poli bueno y poli malo” de los dos Jerrys había evitado una confrontación irreparable entre Jordan y Reinsdorf, pero resultaba impensable que le cedieran parte del control de la franquicia o que el ex jugador aceptara un puesto subordinado a Krause. Jordan ya había definido el nuevo desafío de su carrera, que iba a ser lograr lo que no habían conseguido ni “Magic”, ni Bird, ni Isiah: una franquicia de la NBA. Thomas había fracasado en su intento de ampliar su participación en los Raptors y “Magic” se había tenido que conformar con un porcentaje nominal de los Lakers a pesar del cariño de Jerry Buss. No era ésa la idea de Jordan, cuyo objetivo era un puesto de auténtica responsabilidad respaldado por una porción significativa de la propiedad del equipo.

Las primeras ofertas llegaron pronto, por ejemplo de los Vancouver

Grizzlies, pero carecían de una mínima entidad. Equipos como los Milwaukee Bucks estaban interesados solamente en el nombre de Michael Jordan como reclamo, y éste vino a responderles que para ejercer de comercial se hubiera quedado en los Bulls. Mucho más interesante era la situación de los Charlotte Hornets, a punto de verse exiliados debido a la pobrísima reputación de su propietario, George Shinn. La franquicia necesitaba un nuevo pabellón, pero la ciudad había dejado claro que no sufragaría ese gasto mientras Shinn siguiera al mando, así que en mayo de 1999 la NBA organizó un grupo de inversores encabezados por Jordan que comprarían la mitad de la franquicia a su propietario. El retorno de la gran estrella a su estado natal supondría la inyección de popularidad necesaria para salvar a los Hornets, y a cambio Michael Jordan controlaría las operaciones deportivas. Sin embargo, en el último momento Shinn se echó atrás y exigió mantener el control de la franquicia como socio mayoritario con Jordan como subordinado, algo que éste rechazó. La operación no se completó y los Hornets hicieron las maletas poco después.

Fue entonces cuando entró en escena Ted Leonsis, un alto ejecutivo de AOL que controlaba el 44% de los Washington Wizards (irónicamente, una franquicia nacida en Chicago en 1962 con el apodo de Zephyrs y también el equipo contra el que debutó Jordan en la NBA) con opción de compra preferente sobre el resto. Leonsis pertenecía a ese nuevo estilo de propietarios-aficionados que estaba popularizando Mark Cuban en Dallas, y le fascinaba tanto la idea de contar con el legendario Michael Jordan para su proyecto que en medio de la cena que celebraron en septiembre llamó a su familia para contarles con quién estaba reunido. En enero de 2000 Leonsis le ofreció a Jordan el puesto de presidente de operaciones deportivas de los Wizards y una participación valorada entre 30 y 50 millones de dólares en Lincoln Holdings, la empresa que controlaba a los Wizards, los Capitals de la NHL y las Mystics de la WNBA, y el ex jugador aceptó (no llegó a estar suficientemente claro si Jordan pagó por esa participación o la recibió sin coste alguno). A priori, no parecía el destino más evidente para Jordan, que durante los conflictos laborales de 1998-99 se había enfrentado agriamente con Abe Pollin, el anciano propietario de los Wizards. Pollin se había quejado de los crecientes costes salariales de la NBA, a lo que Jordan contestó

sugiriendo que dejara su franquicia en otras manos más dispuestas a afrontarlos. “Ni tú, Michael, ni nadie me va a decir a mí cuándo tengo que vender mi equipo”, contestó fríamente.

Abe Pollin era un propietario de la vieja escuela, filántropo y paternalista. Las oficinas de los Wizards estaban llenas de viejos conocidos como el *general manager* Wes Unseld, que a pesar de estar considerado poco menos que un incompetente se mantenía en el puesto gracias al campeonato de 1978 y a su buena relación con el propietario. Los Wizards eran conocidos por traspasar a jugadores de calidad pero problemáticos, como Chris Webber, a cambio de buenos ciudadanos como Mitch Richmond, un escolta veteranísimo en la recta final de su carrera. El equipo acumulaba una de las mayores cargas salariales de la NBA pero sólo ganaba un tercio de sus partidos e iba camino de quedar por debajo de las 30 victorias. La base del equipo la formaban Richmond y Rod Strickland, dos jugadores al borde de la retirada, más Juwan Howard, un ala-pívot especialista en hacer puntos y escaquearse de labores defensivas o reboteadoras. Varios amigos de Jordan le advirtieron que podía estar cometiendo un error al intentar enderezar el rumbo de los Wizards sin tener experiencia previa como directivo, pero Michael Jordan era consciente de que sólo una franquicia que estuviera en una situación desesperada habría accedido a sus condiciones. Jordan había aprovechado su posición ventajosa hasta el último momento de la negociación, disminuyendo al mínimo sus compromisos y obligaciones hasta provocar el enfado de Pollin. Para sorpresa de la prensa, según su contrato Jordan desempeñaría sus funciones de presidente desde Chicago y apenas estaba obligado a asistir a media docena de partidos en toda la temporada.

Además, no estaría solo. A pesar de que al llegar había hecho el típico anuncio de que el entrenador Gar Heard tendría la oportunidad de demostrar su capacidad, sólo diez días después fue despedido junto con sus asistentes y sustituido de manera interina por Darrell Walker, antiguo amigo y compañero de Michael Jordan. Walker terminó la temporada y luego pasó a jefe de *scouting*, a la vez que llegaban a la franquicia otros amigos de Jordan como Fred Whitfield (director de personal), John Bach (entrenador asistente) o Rod Higgins (asistente del mánager general). Aunque Wes Unseld permanecía en su puesto tal y como exigía Pollin, quedó convertido en un cargo puramente

decorativo, ya que Jordan pasó a tomar todas las decisiones a través de Higgins. La aparición de esta facción de partidarios de Jordan dentro del organigrama de los Wizards provocó ciertas tensiones debido a lo que parecía un deseo poco disimulado de que Abe Pollin desapareciera de escena y dejara el club en las manos más jóvenes y atrevidas de Ted Leonsis y Michael Jordan. El propio Jordan hablaba de un futuro en el que tomaría las decisiones junto con Leonsis “y Pollin, claro, si aún forma parte de la situación”. Es fácil imaginar la gracia que le hacía al aún propietario mayoritario que hablaran de él como si estuvieran en su funeral, especialmente cuando el flamante nuevo ejecutivo no estaba teniendo un gran éxito.

La llegada de Michael Jordan había servido para cambiar la imagen de la franquicia, que por fin era noticia por algo más que por su racha de derrotas o por los incidentes extradeportivos de sus jugadores. Aportaba la fama y el caché que ansiaban Ted Leonsis y Abe Pollin, que habían invertido en el deporte profesional para convertirse en celebridades y hasta entonces no lo habían logrado, pero en términos empresariales y deportivos el impacto fue muy relativo. Los Wizards vendieron algunos cientos de abonos más que la temporada anterior, pero los aficionados no hacían cola en el pabellón para ver a un ejecutivo en el palco de lujo, y eso en las raras ocasiones en las que se dejaba ver. Es más, Jordan había chocado reiteradamente con Susan O'Malley en el tema de la promoción, algo que el nuevo ejecutivo consideraba por debajo de su posición en la empresa. Susan O'Malley era la responsable de los aspectos empresariales de los Wizards, además de ser hija del abogado de Pollin. No sólo era mujer en un mundo de hombres, sino que era una cuarentona soltera con unos modales autoritarios dignos de Margaret Thatcher. Ya había chocado con otros miembros de la ejecutiva de los Wizards, pero incluso sus peores enemigos reconocían su enorme capacidad e inteligencia, y Abe Pollin la consideraba prácticamente una ahijada. Una y otra vez O'Malley intentó convencer a Jordan para que tomase parte en actividades promocionales de la franquicia, desde anuncios a encuentros con inversores, patrocinadores o abonados, pero la respuesta era casi invariablemente negativa. Michael Jordan temía verse convertido en una mera figura publicitaria, y además creía que su reputación se vería perjudicada si se implicaba demasiado en la promoción de un equipo cuyo rendimiento en la

cancha era lastimoso. Si los Wizards ganaran y dieran espectáculo, confesaba a sus íntimos, sí intentaría convencer a la gente de que viniera a los partidos.

De las discusiones con Krause sobre qué jugadores del pasado podrían haberse enfrentado a Jordan le quedó a éste la admiración por Jerry West, que era el modelo que pretendía seguir de estrella que había sabido dar el paso a ejecutivo de éxito. Sin embargo, el régimen de trabajo de Jordan se parecía poco al de West, a quien siempre se describía viajando a algún pueblucho de Kentucky en medio de una granizada para ojear a un jugador semidesconocido. Michael Jordan permanecía en Chicago atendiendo a sus negocios y compromisos publicitarios, y se limitaba a mantener contacto telefónico permanente con Rod Higgins y Wes Unseld. Muchos ejecutivos de la NBA se sentían ofendidos por ese relajamiento y pensaban que Jordan no era consciente de la disciplina y aplicación necesarias para ese trabajo. Tampoco poseía un conocimiento detallado de los mecanismos del tope salarial ni de la liga universitaria, así que cabía preguntarse qué aportaba Michael Jordan a la franquicia. Conocía bien a los jugadores de la NBA, eso era innegable, pero la situación contractual de los Wizards hacía difícil traspasos y fichajes así que esa información era de poca utilidad.

Conforme pasaban los meses, la falta de movimientos en la plantilla iba desluciendo el brillo inicial de la presidencia de Jordan. En realidad no era culpa suya, la franquicia sabía que el único planteamiento viable era esperar a que fueran expirando los contratos más gravosos y disponer así de espacio salarial en el plazo de dos o tres años, pero con la llegada del famoso Michael Jordan muchos habían esperado ver un cambio en el equipo que no se producía. Para el verano de 2000 los Wizards ni siquiera disponían de una elección de primera ronda de *draft*, traspasada muchos años antes, y prácticamente la única tarea de la gerencia era elegir a un nuevo entrenador. Jordan mantuvo conversaciones informales con Eddie Fogler y también con John Thompson, aunque su candidato ideal era Roy Williams, su antiguo descubridor convertido en entrenador de éxito en Kansas. Intercambiaron llamadas de teléfono en las cuales ambas partes bromeaban sobre esa posibilidad dejando abierta la posibilidad de ponerse serios si se percibiera un interés mutuo, pero no llegaron a nada. Michael Jordan pasó a negociaciones más serias primero con Lenny Wilkens, que llegó a anunciar que

aceptaba el puesto, y con Mike Jarvis, entrenador de la universidad de St. John's cuya reputación estaba subiendo como la espuma. Pero Jarvis pedía mucho más de lo que Jordan estaba dispuesto a pagar, y el elegido terminó siendo Leonard Hamilton, un antiguo amigo que entrenaba a la Universidad de Miami. La prensa criticó duramente la imagen de vacilación que dio Jordan durante estas negociaciones y también el hecho de que renunciara a los candidatos más destacados por motivos económicos. "Es cierto que no fue mi primera elección, pero yo tampoco fui el número uno del *draft*", declaró Jordan al anunciar la contratación de Hamilton. "Yo fui la segunda opción de mi esposa, y llevamos casados 31 años." No sería el caso de Leonard Hamilton, clásico entrenador universitario incapaz de controlar un vestuario NBA y que dimitió al terminar la temporada.

Michael Jordan había asegurado que los Wizards estarían en el 50% de victorias durante la temporada 2000-01 y que se clasificarían para *playoffs*, pero terminaron con un 19-63 que era el tercer peor balance de la NBA. Tampoco podía esperarse más de esa plantilla, como presumía Reggie Miller durante un partido de los Pacers en Washington. "Decidle a Michael Jordan que haga algún fichaje", exclamó señalando a Mitch Richmond. "Ése no puede defenderme, es demasiado viejo." Durante la temporada llegaron el veterano "Popeye" Jones y el voluntarioso Tyrone Nesby, dos buenos refuerzos pero demasiado secundarios para influir en la marcha del equipo. Como explicación de la falta de resultados tangibles de su gestión, los partidarios de Jordan dentro de la franquicia hicieron llegar a la prensa el rumor de que varios traspasos habían sido vetados por Abe Pollin, incluso después de que Leonsis se ofreciera a pagar personalmente el impuesto de lujo si el equipo superaba el gasto máximo autorizado. Pollin negó reiteradamente que eso fuera cierto, y esos rumores se convirtieron en otro motivo de tensión entre él y Jordan.

El mayor éxito de Michael Jordan como ejecutivo fue el traspaso de Juwan Howard, un jugador considerado imposible de colocar, pero que consiguió enviar a Dallas a cambio de los veteranos Hubert Davis y Christian Laettner, más los jóvenes Courtney Alexander y Etan Thomas. Además de librarse de Howard, Alexander se convirtió en la revelación del equipo después de no haber gozado de oportunidades en los Mavericks. Él y el alero de segundo año

Richard Hamilton representaban el futuro de los Wizards, aunque el presente siguiera siendo tan tormentoso que Jordan prefería ver los partidos de Washington en su oficina por miedo a perder el control de sus nervios en el palco delante de las cámaras de televisión. Como en los negros días de la lesión de 1986, Jordan se encontró lanzando latas de cerveza contra el televisor y gritando a jugadores que no podían oírle: “¿Por qué has hecho esa mierda de tiro? ¿Por qué?”. Sus estallidos asustaban a sus acompañantes, como Rod Higgins. “Vale ya, Michael, que no soy yo el que ha hecho ese tiro.” Se había recluido desde el 6 de diciembre de 2000, cuando contempló desde el palco privado de Abe Pollin cómo sus Wizards perdían una ventaja de 19 puntos en el último cuarto para ser derrotados en casa por los Clippers. Michael Jordan había soportado las miradas de los escasos aficionados presentes, que parecían pedirle que se vistiera de corto y bajara al parqué a arreglar la situación, y cuando terminó el partido bajó al vestuario a decirle a los jugadores que eran una vergüenza, que el público tenía razón al abuchearlos y que el único motivo por el que no los traspasaba a todos era porque nadie los quería. Fue posiblemente el comienzo de su descenso a las pistas.

En realidad, se trataba del siguiente paso lógico en un proceso por intentar influir en el juego de los Wizards. Michael Jordan había intentado controlar más y más aspectos del equipo, y Abe Pollin había permitido que llenara las oficinas de antiguos amigos y compañeros, que trasladara la pretemporada a Wilmington o que dispusiera que el equipo dejara de alojarse en el hotel del hermano de Pollin. Michael Jordan había llegado a plantearse colocar un intercomunicador en el banquillo para darle órdenes al entrenador, aunque en el último momento un resto de respeto instintivo hacia la figura del técnico se lo había impedido. Lo había hecho todo para influir en el juego del equipo, excepto salir a jugar él mismo. O cumplir con su papel de ejecutivo, claro, ya que los grandes fichajes que iba a atraer gracias a su nombre y a su relación privilegiada con el superagente David Falk brillaban por su ausencia. La NBA había obligado a Jordan a distanciarse de Falk para evitar posibles conflictos de intereses, y durante la negociación con los Wizards su relación se había enfriado. En diciembre de 1997 Falk había logrado un éxito sin precedentes, tres contratos publicitarios por un total de 75 millones de dólares que ni

siquiera exigían la presencia física de Jordan, que no tendría que acudir a ninguna sesión de fotos ni fiesta de lanzamiento para cobrar su dinero. Y Jordan los rechazó, igual que rechazó la sugerencia de iniciar una carrera cinematográfica del estilo de Arnold Schwarzenegger, otro deportista convertido en actor. Michael Jordan estaba decidido a dejar en segundo plano la venta de su imagen para convertirse en ejecutivo de alto nivel, y para ello eran fundamentales sus negociaciones con Ted Leonsis, tanto en lo relativo a los Wizards como a posibles aventuras *online* en las que Jordan había hecho varias incursiones con más entusiasmo que acierto. Esas reuniones se veían constantemente interrumpidas por David Falk, que insistía en obtener garantías de que los Wizards no intentarían sacar al mercado zapatillas, bebidas o artículos de colección que violaran los contratos anteriores de Jordan que él había negociado. Michael Jordan llamó al servicio de habitaciones y pidió el vino más caro que tuvieran, un Bordeaux de 3.500 dólares, con cargo a Falk. “A partir de ahora, cada vez que interrumpas pediré otra botella.”

Michael Jordan siempre se había referido a David Falk como su abogado, no su agente ni su representante, y ahora sus asuntos los llevaba su socio Curtis Polk. Al igual que le sucedía a Jordan, la era de Falk estaba pasando. Seguía siendo un gran agente con una impresionante cartera de clientes, pero ya no era el referente que había sido mientras Jordan estuvo en activo. Incluso algunos jóvenes jugadores preferían firmar con otros agentes, insinuando que podrían recibir así una mayor atención y un trato más personalizado que con un David Falk que siempre los pondría por detrás de sus estrellas en su orden de prioridades. Cuando Jordan volvió a las pistas circuló el rumor de que existía un acuerdo secreto con Ted Leonsis para que Jordan recomprara su parte de la franquicia cuando colgara las botas, pactado a espaldas de Falk. Resultó ser falso, pero el simple hecho de que se le diera credibilidad a un rumor así era muy ilustrativo sobre el distanciamiento entre Jordan y Falk.

A finales de marzo de 2000 Rick Reilly publicó un artículo en *Sports Illustrated* en el que anunciaba que Michael Jordan podría estar considerando su retorno a las pistas: “Lo sé, lo sé, Jordan sigue diciendo lo mismo de siempre, que hay un 99,9% de posibilidades de que no vuelva. Pero confía en mí, podrías hacer desfilar la banda de música del Estado de Ohio a través de ese 0,1%”. Además, la revista sugería que Charles Barkley podría estar

planteándose unirse a él en un último intento de conquistar el anillo. Inmediatamente el artículo de Reilly fue atacado como pura especulación sin base real. David Falk llamó a Reilly para decirle “alguien te ha mentado”, el periodista Lacy Banks escribió que la herida sufrida en el dedo hacía imposible que Jordan volviera a jugar y que una simple llamada a Tim Grover “le habría evitado pasar por esta vergüenza”. Peter Vecsey escribió “Tierra llamando a Rick, Elvis está muerto de verdad y Jordan no va a volver a jugar en los Wizards”.

En realidad, Michael Jordan llevaba ya semanas embarcado en un proyecto secreto para intentar una vuelta a las canchas que tenía su base en Hoops the Gym, el gimnasio privado de Tim Grover. En ese mes de marzo Jordan estaba jugando regularmente partidillos contra ex jugadores universitarios, ejecutivos que como él pretendían recuperar la forma. Sin embargo, ya entonces sus compañeros en esas pachangas notaban que su interés iba más allá de perder el flotador de grasa que se había instalado en su cintura. Michael Jordan había descrito su retirada en 1999 como una marcha del baloncesto de acuerdo con sus propios términos, a diferencia de lo que sucediera en 1993, y en las entrevistas se negaba a arrepentirse. Pero Jordan tenía dificultades para aceptar que la vida sigue, y le irritaban profundamente las alabanzas a su juicio excesivas que se dedicaban a las estrellas de la NBA que seguían en activo. ¿Cómo podían festejar que un jugador anotara 50 puntos cuando él lo había hecho en tres partidos consecutivos? ¿Y sus más de 40 puntos en cuatro partidos seguidos de una Final? No le molestaba la búsqueda por parte de la prensa del “nuevo Jordan”, lo consideraba contraproducente, pero recordaba que también él había sido una vez “el nuevo Dr. J” y era ley de vida que al igual que Jordan había ascendido apoyándose en Erving y antes West o Baylor, ahora Vince Carter o Kobe Bryant ascendieran al estrellato apoyados en el nombre de Michael Jordan. Lo que no podía soportar era perder su lugar preeminente en el baloncesto, tanto dentro como fuera de las canchas. La idea de que una nueva generación de aficionados crecería sin haberlo visto jugar en directo le sublevaba, y, en un aspecto más material, aunque los productos de la marca “Air Jordan” seguían vendiéndose muy bien, era inevitable que fueran convirtiéndose en material de coleccionistas, de aficionados nostálgicos de mediana edad que seguirían vistiendo el número 23

mientras sus hijos preferían la camiseta de Iverson o Garnett.

La tentación de volver a jugar, reconocida públicamente por Michael Jordan en abril aunque sólo como una posibilidad, era instintiva. Jordan reconocía en privado que había sido un error retirarse en 1999, que aún podría haber aguantado como mínimo otras tres temporadas, que había sido una víctima colateral de la pugna entre Phil Jackson y Jerry Krause. Convertirse en ejecutivo sólo había servido para recordarle lo cerca y lo lejos que estaba del auténtico baloncesto. “No hay nada comparable con eso”, declaró al periodista Michael Leahy. Yo no tengo partido hoy, respondía cuando jugaban los Wizards, *ellos* tienen un partido. “Es como un picor que tengo que rascarme”, intentaba explicar. Pero una vez tomada la decisión por razones íntimas e impulsivas, entraba en juego la mente fría y calculadora de Michael Jordan. Un retorno a las canchas supondría el relanzamiento de su línea de productos Nike y serviría de reclamo para los Wizards mucho más que su presencia como ejecutivo. Además, la Conferencia Este de la NBA pasaba por uno de los momentos más bajos de su historia y un equipo con tantas carencias como los Philadelphia 76^{ers} de Allen Iverson había sido capaz de colarse en la final. Con Shaq en Los Ángeles no quedaba ningún pívot dominante en el Este. ¿Hasta dónde podrían llegar unos Wizards con Jordan?

Michael Jordan sabía que no podría comprobar si realmente estaba en condiciones de volver a la NBA echando unas canastas con una pandilla de ejecutivos que buscaban perder barriga. Aunque en el fondo la decisión estaba tomada, sobre todo después del éxito alcanzado por el jugador de hockey Mario Lemieux en un intento similar, Jordan no estaba dispuesto a arriesgarse a hacer el ridículo. Uno de los primeros recuerdos de su carrera NBA era la imagen de Julius Erving siendo ridiculizado por Larry Bird en su última temporada, y posteriormente había visto de primera mano a Scottie Pippen abusando de la decadencia del propio Bird. Para asegurarse de que no le sucediera algo parecido, apenas terminada la temporada 1999-2000 Michael Jordan invitó a una serie de jugadores y ex jugadores de la NBA a participar en un campamento de baloncesto informal en Hoops the Gym. Las grandes estrellas del momento como Kobe, Garnett o Iverson estaban invitadas, pero la mayoría declinaron la oferta. A ese campamento, que con el tiempo se terminó apodando *Camp Comeback* (campamento el retorno), asistieron jugadores

relacionados con los Bulls, como Marcus Fizer o Elton Brand, amigos como Charles Oakley o Antoine Walker, y otros como Michael Finley, Jerry Stackhouse o Tyson Chandler. Aunque procuró mantener esos partidillos fuera de la vista de la prensa, los rumores que salían del gimnasio indicaban que Jordan apenas parecía acusar los efectos de la edad y la inactividad. No era el caso de Charles Barkley, que según el periodista Rick Telander terminaba los ejercicios con “el aspecto de una morsa medio ahogada” y renunció a sus planes de volver a jugar.

Mientras intentaba preparar su forma física, Michael Jordan también debía preparar al equipo que le iba a acompañar en la aventura. Al fin y al cabo, seguía siendo presidente de los Wizards. Jordan tenía muy buena opinión de Rod Strickland, el único jugador de la plantilla en cuyos ojos creía ver el mismo fuego competitivo que en los suyos, pero después de sus problemas físicos y de sus actos de indisciplina sus días en Washington habían terminado. La franquicia usó la opción de cortar a Strickland y a Mitch Richmond pagándoles la mayor parte del resto de sus contratos, mientras que consiguieron los derechos sobre dos *rookies*, el alero Bobby Simmons y el pívot Brendan Haywood. También fichó al diminuto base Tyrone Lue, que venía de hacer un muy buen papel con Lakers en la final de la NBA, cuando había defendido a Allen Iverson con tanta intensidad que varias veces estuvieron a punto de llegar a las manos. El gran refuerzo de la plantilla, de todas formas, debía llegar a través del número uno del *draft* que la lotería había asignado a Washington (entre protestas de que la NBA había amañado el sorteo para dar impulso a Michael Jordan y sus Wizards). El único problema era que en el *draft* de 2001 no existía un candidato definido a número uno, debido en parte a la abundancia de jugadores procedentes de institutos o del extranjero cuyo rendimiento futuro era una incógnita. No había ningún jugador exterior de garantías y además los Wizards necesitaban hombres altos, así que en principio les interesaba elegir a un pívot; el mítico Red Auerbach declaró que Michael Jordan estaba cometiendo un grave error al no seleccionar a Pau Gasol, pero en un grave error del *scouting* de la franquicia apenas lo consideraron, y los demás candidatos (Kwame Brown, Tyson Chandler, Eddie Curry) eran todos jugadores de instituto aún por hacer. Otra posibilidad era un traspaso, ya que los Memphis Grizzlies ofrecían a Shareef Abdur-Rahim y los

Chicago Bulls a Elton Brand a cambio de una elección de lotería. Posteriormente David Falk ha afirmado que Jordan estaba interesado en Brand y fue la gerencia de la franquicia la que insistió en el efecto publicitario de conseguir al primer jugador de instituto en ser número uno del *draft*, aunque es difícil saber qué hay de verdad en ello. Jordan sabía que los Bulls tenían unos intereses muy parecidos a los suyos (de hecho, terminaron eligiendo a Chandler y Curry), pero su mala relación con Jerry Krause era un obstáculo para un posible acuerdo. No habían vuelto a hablar desde su salida del equipo, y tuvo que ser Rod Higgins el que intentara sonsacarle a Krause cuáles eran sus opiniones y qué pretendía hacer.

Dos semanas antes del *draft* parecía decidido que los Wizards elegirían a Tyson Chandler con su número uno. Cuando Kwame Brown llegó a Washington para hacer su prueba, Chandler llevaba ya varios días reuniéndose con Jordan y los técnicos. No había nadie para recibir a Brown en el aeropuerto, y en el pabellón tuvo que esperar a que su rival terminara sus ejercicios. “Era como si le estuvieran entrenando. ‘¡Venga, Tyson!’ Parecía que ya fuera su jugador”, recordaba Kwame. “Y entonces fui yo y lo destrocé.” Kwame Brown aplastó a Tyson Chandler en el entrenamiento de uno contra uno, y cuando terminó se acercó a Michael Jordan. “Si me eliges el primero, nunca te decepcionaré.” Refiriéndose a un posible uno contra uno entre ambos, el joven Kwame lo remató: “Y te ganaré”. Jordan y Higgins quedaron muy impresionados por la manera en la que había reaccionado al desafío, usándolo para motivarse, y decidieron que sería su número uno del *draft* en una elección que terminaría siendo histórica por las peores razones.

Después de resolver el tema del *draft*, la principal tarea como ejecutivo que le quedaba pendiente a Michael Jordan era elegir a un entrenador. Leonard Hamilton había dimitido minutos antes de que lo cesaran, y su candidato ideal, que hubiera sido Phil Jackson, estaba comprometido con los Lakers. Jackson y Jordan habían bromeado sobre la posibilidad de que si éste volvía a las pistas lo hiciera con el equipo de Los Ángeles, pero ambos sabían que no era viable. Jordan estaba decidido a evitar el desastre del verano anterior, en el que la prensa había criticado sus vacilaciones y terminaron seleccionando a un técnico incapaz de controlar a jugadores profesionales. Buscaba a alguien con experiencia NBA, y que fuera de absoluta confianza para mantener la

discreción. Jordan le ofreció el puesto a John Paxson, pero éste lo rechazó alegando que no deseaba trasladar a su familia de Chicago. Paxson era en ese momento comentarista de los Bulls, pero era un secreto a voces que la franquicia lo consideraba el futuro sucesor de Krause en la franquicia (al igual que Bill Cartwright tenía todos los números para suceder a Tim Floyd como entrenador). Eso llevó a Michael Jordan a volver a acordarse de Doug Collins, en quien ya había pensado un año antes. Collins había terminado perdiendo el apoyo del vestuario en Chicago y posteriormente en Detroit debido a sus excesos de emotividad, pero era un entrenador muy capacitado para hacer progresar a los jugadores jóvenes y dar solidez inmediata a un proyecto. Más aún, Doug Collins había manifestado siempre una profunda admiración por Jordan, y era de esperar que su lealtad aumentara si éste le daba la oportunidad de volver a los banquillos. Antes de contratarlo, Jordan celebró una reunión con Collins en la que hizo hincapié en la necesidad de que el entrenador ejerciera su autoridad sobre él si volvía a las canchas, ya que de lo contrario los demás jugadores le perderían el respeto; sin embargo, a pesar de la buena voluntad de ambas partes, la posición de Doug Collins pronto se revelaría como insostenible, arrinconado por un Michael Jordan que era a la vez su estrella en la cancha y su jefe en los despachos.

El desastre se produjo el 13 de junio de 2001. Los entrenamientos en *Camp Comeback* iban en serio, y así por ejemplo el escolta de los Bulls Jamal Crawford sufrió una rotura del ligamento lateral cruzado de su rodilla izquierda en agosto y se perdió varios meses de liga (el verano siguiente otro jugador de los Bulls, Roger Mason, se lesionó el hombro en otro partidillo con Jordan en Hoops the Gym; a partir de entonces, Jerry Krause prohibió a sus jugadores entrenarse fuera del Berto Center). Jordan lo experimentó en primera persona ese 13 de junio, cuando recibió un codazo del alero Ron Artest de los Bulls que le fracturó dos costillas. “Yo le estaba defendiendo, él me posteó y no sé muy bien lo que pasó”, explicó Artest. “Fue lo que se llama un contacto accidental. Él tropezó con mi codo.” Todos los presentes desmintieron los rumores sobre una pelea, durante la cual Artest habría derribado a Jordan causándole la fractura y además habría lanzado un puñetazo. “Yo hice un pivote y Artest tenía la mano rodeándome”, aclaró Jordan. “Nunca jamás había oído que nadie se rompiera una costilla jugando

al baloncesto. Supongo que es lo que pasa cuando tienes 38 años.” Más allá del desarrollo de la jugada, que efectivamente parecía casual, el problema era que entre curación y reposo Michael Jordan tendría que parar cuatro semanas, lo que suponía perder todo el trabajo hecho y tener que volver a empezar prácticamente de cero. En opinión de Tim Grover eso hacía necesario retrasar su debut y aceptar que no estaría listo para el comienzo de la temporada regular, pero Jordan no quiso oír hablar de ello sino que decidió acelerar su preparación para estar listo para la fecha prevista. Eso era contrario a lo que creía Grover, un preparador que siempre trabajaba a medio y largo plazo porque en su opinión el cuerpo humano era un mecanismo delicado en el que los cambios debían irse ajustando paulatinamente para evitar descompensaciones. Advirtió a Michael Jordan de que si no daba tiempo para que se fueran reforzando sus articulaciones corría el riesgo de sufrir un “efecto dominó” en el que cada lesión por pequeña que fuera repercutiría en su cuerpo al intentar compensarla, y se irían acumulando los problemas hasta amenazar con poner fin a su temporada y quizás a su carrera. Jordan decidió asumir el riesgo, y desde pretemporada empezaron a verse las primeras señales de que el negro vaticinio de Tim Grover se iba a hacer realidad. El regreso apresurado a la actividad física le provocó un ataque de tendinitis en la rodilla izquierda, y cuando el cuerpo intentó compensarlo eso sentó las bases para otra tendinitis más grave en la rodilla derecha.

El único que podía proteger a Michael Jordan de sí mismo era el entrenador, pero Doug Collins se encontraba en una posición particularmente débil para enfrentarse a quien seguía llamando *my boss* ante los periodistas incluso después de que Abe Pollin le recordara que Jordan ya no era su jefe. La NBA prohibía expresamente que un jugador ocupara cargos en la ejecutiva de una franquicia, no digamos ya que fuera propietario, debido a los posibles conflictos de intereses y a que se usara para eludir los topes salariales, así que Michael Jordan hubo de devolver a Ted Leonsis todos sus poderes y titularidades en los Wizards para reincorporarse como jugador en activo. A pesar de ello, ni Jordan ni nadie de la franquicia de Washington se molestaba en ocultar que Jordan seguía actuando como directivo a través de Rod Higgins y Wes Unseld. La capacidad de Collins para limitar el tiempo de juego de Jordan se veía condicionada aún más por el hecho evidente de que los

Wizards lo necesitaban angustiosamente, como consecuencia de la composición de una plantilla en la que casi todos los jugadores eran demasiado jóvenes o muy veteranos. Los escoltas Richard Hamilton y Courtney Alexander eran los mejores anotadores del equipo, pero su aportación defensiva era escasa o nula. Aparte de Jordan, “Rip” Hamilton era el mejor jugador de los Wizards gracias a un certero tiro de media distancia y una velocidad endiablada, pero su físico añorado facilitaba que los rivales explotaran sus debilidades en defensa. Alexander se había destapado como un tirador excepcional, pero no mostraba interés por ninguna otra faceta del juego. Por contra, los aleros Bobby Simmons y Tyrone Nesby eran dos especialistas defensivos fuertes y agresivos, pero incapaces de meter un balón en una piscina. Nesby se había ganado fama de indisciplinado después de lo que él llamaba *la cosa*, un incidente la temporada anterior en el que cuando fue sustituido reaccionó con una retahíla de palabrotas hacia el entrenador que provocó que tuvieran que llamar a seguridad para que se lo llevaran al vestuario. “T-Nez”, que era su apodo, llevaba desde entonces intentando recomponer su imagen, ya que terminaba contrato, y había causado una impresión inmejorable a Collins por su capacidad de trabajo y voluntad defensiva. Sin embargo, eso no cambiaba el hecho de que Jordan era el único alero capaz de atacar y defender. La rotación la completaba el veterano escolta Hubert Davis, un triplista procedente de North Carolina por el que Jordan sentía un respeto singular: “Es sobrino de Walter Davis”, explicaba. Los bases eran el pequeño Tyronn Lue y Chris Whitney, clásico base suplente cuya mayor virtud es la ausencia de defectos, un buen triplista que se limitaba a no perder el balón. Por dentro, el rendimiento de los jóvenes Kwame Brown, Brendan Haywood y Etan Thomas era una incógnita, así que dependerían de Christian Laettner y “Popeye” Jones, ambos en la recta final de sus respectivas carreras después de haber superado graves lesiones de rodilla. Jones era uno de los jugadores más respetados de la plantilla, un obrero de la defensa y el rebote al que le gustaba el trabajo duro y enseñar a los jóvenes, pero Laettner era una bomba en potencia. De su glorioso pasado colegial sólo quedaba una manita infalible en la media distancia y una buena visión de juego, mientras que en su historial abundaban demasiados enfrentamientos con entrenadores y compañeros. Finalmente estaba Jahidi White, un anchísimo

pívor de movimientos tan lentos como torpes al que los aficionados consideraban poco menos que un bufón. Tampoco ayudaba que cada acción positiva de White fuera celebrada haciendo sonar el *Minnie de Moocher*, con su estribillo burlón: *ya-haidi-haidi-haidi-ho*. Schadenfreude en estado puro.

El problema del estado de salud de Jordan se planteó apenas comenzar la pretemporada. Al ver los vídeos de los entrenamientos Michael Jordan murmuró “parece como si me moviera a cámara lenta”, y tuvo que asumir que Tim Grover y el Dr. Hefferon tenían razón. Anunció que no jugaría los dos primeros amistosos en Detroit y Miami, pero los Pistons y los Heat protestaron ante la oficina central de la NBA alegando que habían vendido toda la taquilla para esos partidos con el reclamo de ver a Michael Jordan y no podían decepcionar así a sus aficionados. La NBA a través de Russ Granick insistió en que jugara, y Jordan se vio obligado a elegir entre perder el descanso que necesitaba o reconocer públicamente que su rodilla le estaba dando problemas. Michael Jordan no quería ver cómo su estado de salud se convertía en el tema periodístico de la temporada, así que terminó accediendo. Doug Collins contaba con intentar limitar los minutos de juego, pero sabía que una vez empezado el partido era difícil convencer a Jordan de que se sentara.

Michael Jordan debutó con los Wizards el 12 de octubre de 2001 en el Auburn Hills Palace. Fiel a su costumbre no concedió entrevistas antes del partido, ni tampoco se permitió tomar fotos del momento en el que se vistió el uniforme de Washington, y permaneció arropado por Tim Grover, George Koehler y el guardaespaldas Larry Wooten hasta el momento de saltar a la cancha. La etapa de Jordan en los Wizards empezó con espectacularidad, cuando taponó a Ben Wallace en la primera jugada del partido. Falló su primer tiro, un triple, pero anotó los primeros puntos del partido. Jordan jugó sólo 17 minutos, sobre todo de base y sin destacar especialmente después de un *alley-oop* a pase de Courtney Alexander que apenas llegó a palmejar. El segundo partido amistoso sí mostró al Jordan que todos esperaban, con 18 puntos en el primer cuarto contra los Heat, anotando con facilidad frente a cualquier defensor que intentaron ponerle. “Esto no va a ser otro como lo de New York, ¿verdad?”, le gritó desde el banquillo Pat Riley, en referencia a los 55 puntos en su primer retorno. “No”, contestó Jordan con una sonrisa, “no voy a jugar

tantos minutos”. Efectivamente, Michael Jordan aprovechó que el resultado estaba decidido para descansar el resto del partido, alegando molestias en el pie izquierdo. El siguiente encuentro era otra vez contra los Pistons y Jerry Stackhouse volvió a superar a “Rip” Hamilton, a pesar de que Jordan aguantó en pista 33 minutos intentando en vano la remontada.

Fueron los Nets quienes tuvieron el honor de reencontrarse con lo que la prensa describió como “Vintage Jordan”: 41 puntos en 33 minutos coronados por el primer mate con el uniforme de los Wizards, para llevarse la victoria después de llegar a ir 18 puntos abajo. Se había sentido especialmente motivado al saber que Kenyon Martin había anunciado su baja para el partido, algo que Michael Jordan atribuyó a la “jordanitis”, una enfermedad imaginaria que según el jugador era la causa de que muchos rivales alegaran lesiones repentinas justo antes de tener que enfrentarse contra él. Para Jordan era un síntoma de debilidad, y salió a la pista dispuesto a explotarla. En retrospectiva, la pretemporada fue una versión en miniatura de lo que sería la temporada real: habría buenas actuaciones, como el segundo partido contra los Nets en el que Jordan dominó a placer el último cuarto, y actuaciones mediocres, como el partido en Toronto en el que Vince Carter mostró una superioridad insultante, y sería difícil de entender, como el partido contra Boston. Después del partido contra los Celtics acudió a la inauguración del quinto restaurante de su cadena en el Casino Mohegan Sun en Uncasville y se pasó la noche entera jugando al *blackjack* con Antoine Walker y Richard Hamilton. Varios miembros de su séquito intentaron insinuar la imprudencia de robar horas al sueño en esas circunstancias, pero Jordan estaba perdiendo varios cientos de miles de dólares y se negó a marcharse hasta recuperarse. Al final cambió su suerte y salió del casino ya de día, con la alegría que sólo le daba el dinero ganado apostando. Quedaban tres días para el primer partido oficial.

El retorno de Michael Jordan a las pistas se vio ensombrecido por la cadena de atentados del 11 de septiembre de 2001. Sólo un día antes en la puerta de Hoops the Gym Jordan había avisado a los periodistas de que esa misma semana se produciría el anuncio oficial, pero los atentados hicieron aconsejable retrasar la rueda de prensa. Jordan hizo dicho anuncio a finales de mes, añadiendo que donaría su salario íntegro (más de un millón de dólares, el

mínimo para un agente libre veterano) al fondo para las víctimas del 11-S. A pesar de ello, Jordan no parecía entender plenamente el impacto en la sociedad de los atentados, y así, por ejemplo, renunció a participar en un entrenamiento especial abierto a bomberos y policías como reconocimiento a su labor, y tuvieron que insistir para que al menos pronunciara unas palabras. No era algo particular de Jordan, sino que parecía extensivo a la NBA e incluso a todo el deporte de élite estadounidense. El deporte vive en gran medida de simular una dialéctica bélica en tiempos de paz, de enfrentamientos descritos como batallas y héroes que caen con honor o triunfan ante un enemigo superior. Pero en septiembre de 2001 la sociedad necesitaba la épica real, no la simulada. Los héroes pasaron a ser los policías y bomberos que entraron en los edificios en llamas, y poco después los soldados desplegados en Afganistán. Resultaba de alguna manera inapropiado sufrir por la derrota de un equipo cuando pocas semanas antes los muertos se contaban por millares, y la última canasta ganadora palidecía ante la última llamada desde un avión condenado.

Algunos esperaban que el deporte sirviera para cerrar esas heridas y recuperar una sensación de normalidad, y ponían como ejemplo el primer evento en Nueva York después de los atentados: un partido de béisbol en el que los aficionados de los Mets terminaron en pie coreando el estribillo de la canción *New York, New York* de Frank Sinatra, el himno no oficial de sus eternos rivales los Yankees. La vuelta de Jordan a las pistas, que además tendría lugar en el Madison Square Garden, parecía encajar con ese intento de recuperar la imagen optimista de los Estados Unidos invulnerables. Era inevitable recordar el *double nickel*, el partido de los 55 puntos poco después de su primer retorno, y Spike Lee cedía a la nostalgia o a la épica cuando anunció que subastaría la entrada de su esposa a beneficio de las viudas y huérfanos del cuerpo de bomberos, pero que nada en el mundo le haría ceder su asiento. El benefactor anónimo que ganó la puja regaló a su vez la entrada a la hija de un bombero fallecido, y la imagen de Spike Lee junto a la joven Jessica DeRubio esperando a que Michael Jordan saliera del túnel de vestuarios parecía casi alegórica. Lo único que falló fue el baloncesto, en un partido poco vistoso en el que ambos equipos rivalizaron en errores.

Jordan salió en el puesto de base y fue de más a menos, con un buen primer

cuarto en el tiro de media distancia que desapareció en la segunda parte cuando le fallaron las fuerzas. Tuvo una última oportunidad a falta de veinte segundos con un triple que podría haberle dado la victoria a su equipo, y cuando se levantó pareció que aún podía invocar la magia de antaño. “Creía que iba dentro. Todos nos sorprendimos cuando no entró”, declaró el entrenador Jeff Van Gundy. Los Wizards perdieron 91-93, y lo más preocupante fue la pobre imagen del equipo. Alexander, Laettner y Hamilton estuvieron horribles, y Kwame Brown tuvo un debut profesional para olvidar. Las escasas buenas noticias vinieron del banquillo, con Nesby y Jones aportando y un Chris Whitney que a punto estuvo de levantar el partido a golpe de triple. Algo parecido estuvo a punto de suceder la noche siguiente en Atlanta, cuando Michael Jordan tuvo un arranque espectacular antes de que los 40 minutos de juego le pasaran factura y le hicieran venirse abajo en la segunda parte. La noticia fue su arranque de furia en el descanso, al que los Wizards llegaron perdiendo a pesar de su aportación y que según los rumores provocó que Jordan describiera el juego del equipo como “basura”. Al menos sirvió para ganar, y en el primer partido en casa, contra unos Sixers sin Iverson, tuvo que ser Doug Collins el que abroncara a sus jugadores después de una primera parte calamitosa para que Richard Hamilton rescatara a los Wizards.

A pesar de llevar dos victorias en tres partidos estaban jugando con fuego, derrotando con demasiado esfuerzo a rivales inferiores sin dar buena imagen, y lo iban a pagar. Los Wizards empezaron una racha de ocho derrotas consecutivas que deslucieron el retorno de Michael Jordan a las pistas. No he vuelto a jugar para esto, bramaba ante sus íntimos. A través de la prensa había desafiado a los “jóvenes cachorros” de la NBA a ver quién ladraba a quién, pero de momento el resultado estaba siendo que por primera vez la imagen de Jordan se veía asociada a la derrota sin paliativos. Esta situación revelaba otro problema en la estrategia de la temporada: durante semanas todos los estamentos de los Wizards habían insistido en que Jordan volvía para enseñar a ganar a una plantilla joven e inexperta, para intentar transmitirles su competitividad y destruir esa comodidad en la derrota que distinguía a los equipos de Washington desde hacía años. Pero Jordan se había visto obligado a reducir su participación en los entrenamientos cada vez más debido a su

estado físico, y eso le impedía enseñar desde el ejemplo como había hecho en Chicago. Seguía siendo un modelo de preparación antes de los partidos, cuando seguía una rutina estricta para favorecer su concentración, pero ya no era el que más trabajaba en los entrenamientos. Sólo podía recurrir a trucos como sentarse en el vestuario rodeado de zapatillas de Nike y regalar un par a un compañero acompañadas de algún comentario punzante. “A ver si te ayudan a coger algún rebote”, le dijo a Courtney Alexander. “Las de color mostaza no, ésas no son zapatillas de sexto hombre. Son zapatillas de titular”, contestó a Tyrone Nesby cuando éste le pidió un par del color favorito de Jordan.

Su relación con Kwame Brown era la más representativa. Al principio de la pretemporada Jordan intentó ejercer de hermano mayor, pasando tiempo con el *rookie* y aconsejándole constantemente sobre aspectos deportivos o comerciales, pero ese trato no duró mucho. Kwame Brown recordó a Jordan el desafío antes del *draft* de jugar un uno contra uno, y durante ese partidillo el novato mostró una actitud demasiado presumida para su gusto. “You reach and I’ll teach”, exclamó después de que Jordan intentara en vano robarle el balón. “Intenta enseñarme y te tumbo”, contestó un enfadado Jordan, y a continuación se esforzó hasta derrotar a Kwame Brown por una diferencia humillante. “A partir de ahora llámame ‘papi’, cabrón.” Desde ese momento la situación entre ambos se agrió, a pesar de los intentos esporádicos por parte de Jordan de recuperar su papel de mentor. No ayudaba que el verano le había sentado fatal a Kwame, y se había incorporado al equipo pasado de peso y quejándose de varias molestias físicas. Estaba aceptado que un jugador que llegaba directamente desde el instituto necesitaba tiempo para empezar a aportar, pero los entrenadores no veían en él esos destellos que un Garnett o un Kobe habían mostrado desde sus inicios. Cada vez que le miro las manos, murmuraba Jordan, me parecen más pequeñas. El clímax llegó en un entrenamiento en el que Kwame Brown sintió que los veteranos estaban abusando de su estatus para castigarle físicamente, y después de un golpe de cadera que le hizo perder el balón protestó: “Eso ha sido falta”. Michael Jordan estalló de una manera que nadie recordaba. “No se pide falta por un toquecito de mierda, maricón. Mueve el culo de una vez y sigue jugando. No quiero volver a oír una mierda como ésa.” Kwame Brown estuvo a punto de echarse a llorar. Era muy joven, poco más que un adolescente, y hacía un par de meses que había salido

de la escuela. “Flaming faggot.”

Pero no era el único. Tyrone Lue terminó enterrado en el banquillo después de que Jordan se quejara de que intentaba correr en lugar de pasarle el balón y abrirse para el tiple, como hacía Whitney, encontraba inaceptable que Alexander usara su salto exclusivamente para tirar en suspensión en lugar de penetrar o rebotar, y no consiguió conectar con Hamilton. Se suponía que Richard Hamilton era la estrella de futuro de los Wizards, y Michael Jordan hacía constantes comentarios sobre su supuesto papel de apoyo refiriéndose a su compañero como “El Llanero Solitario” y a sí mismo como al indio “Tonto”²². Rip Hamilton apenas conocía al Llanero Solitario y no terminaba de entrar en sintonía con el tono de Jordan, y sobre todo se mostraba cada vez más molesto por la atención casi exclusiva que recibía éste por parte de los medios. “No soy un Jordanaire”, repetía en referencia al apodo despectivo que la prensa de Chicago había dado a sus compañeros de los primeros años en los Bulls. La franquicia había realizado una notable inversión en jugadores como Hamilton, Alexander, Lue, Brown, Haywood y Thomas que parecían más adecuados para un juego rápido al contraataque, pero Michael Jordan obligaba a jugar andando y a dar demasiados minutos a veteranos como Whitney, Laettner o Jones. Doug Collins argumentaba, con razón, que parte del problema era la pobre aportación de los jóvenes. Lue parecía desorientado, Alexander no recordaba en nada al del año anterior y Kwame...era Kwame. Incluso Hamilton se veía sobrepasado por rivales como Jerry Stackhouse, que aprovechaban su superioridad física para castigarle en ambas canastas. Collins era de natural nervioso, y en esas circunstancias inició un carrusel de cambios que no mejoraron la situación, con experimentos como colocar al *rookie* Bobby Simmons de titular en lugar de Richard Hamilton. Simmons era un defensor esforzado, pero los Wizards necesitaban los puntos de Hamilton.

Mientras, el estado físico de Michael Jordan se seguía deteriorando hasta tal punto que nadie consideraba significativas las bolsas de hielo y los cables de electroestimulación que rodeaban permanentemente sus rodillas precisamente porque siempre estaban ahí. Doug Collins intentaba resguardarlo colocándolo en la cabeza de la zona en ataque y dándole la asignación más fácil en defensa, pero las carencias del equipo terminaban exigiendo que marcara a la estrella rival algunos minutos y que forzara la rodilla intentando

avanzar hacia canasta. Además, el dedo índice de la mano derecha no se había recuperado del accidente sufrido en Bahamas cuando se cortó un tendón, desgastado por años de esfuerzo y abuso de la articulación. No podía controlar el balón como antes, cometía pérdidas sorprendentes y uno de los motivos por los que evitaba ir a canasta era precisamente esa falta de “tacto”, de ese control que había sido uno de sus rasgos distintivos. Se apoyaba en los tiros de media y larga distancia, y sus jugadas espectaculares eran sobre todo fintas con las cuales hacía saltar a los rivales para dejarlos en evidencia. Cuando el físico le respondía podía ofrecer actuaciones más que sólidas, como una racha de tres partidos anotando más de treinta puntos por encima del 50% en tiros, pero faltaba la magia. George Koehler lo llamaba “el truco del conejo”, como si fuera un prestidigitador. El truco del conejo era la jugada contra Lakers, la penetración con el cambio de mano, pero en términos amplios se refería a la promesa implícita de que asistir a un partido de Michael Jordan era contar con muchas posibilidades de ver algo único e irrepetible, algo exclusivo y diferente. Podía ser una gran jugada, un mate, una canasta final, una anotación brutal, nadie lo sabía. Pero estaría ahí, y Jordan lo había convertido en su referencia para motivarse después de los campeonatos cuando se veía jugando tantos partidos en apariencia intrascendentes en pabellones lejanos. Un periodista recordaba un partido contra unos Timberwolves sin Marbury en el que los Bulls ganaban holgadamente a pesar de una pobre actuación de Jordan. Con el resultado decidido, Phil Jackson quiso sentarlo para darle descanso, pero el jugador se negó. “Aún no.” Se esforzó en la segunda parte y logró al fin varias jugadas espectaculares que pusieron al público en pie. “Ahora”, le dijo a su entrenador, y lo explicaba diciendo que en alguna parte del pabellón había un espectador que no acudiría a ningún partido suyo antes ni después y le debía algo espectacular. Eso era lo que le faltaba al Jordan de los Wizards, incluso cuando ofrecía una buena actuación como el partido contra Celtics en el que superó claramente a Paul Pierce, el jugador de la nueva hornada al que encontraba más parecido consigo mismo. Su estilo no era tan similar como el de Bryant o Carter, pero Jordan se sentía reflejado en el afán de mejora constante de Pierce y su esfuerzo por no tener puntos débiles en su juego. A pesar de la victoria, la jugada que quedaba era el enorme tapón que le colocó Pierce en el último

minuto. Durante su carrera muchos de sus tiros habían sido taponados, pero no con tanta superioridad; era el primero de una serie de tapones que recibiría en esta temporada en la que se enfrentaba a escoltas rápidos y atléticos a los que no podía superar como antes.

Ésos eran los días buenos, cuando el cuerpo le respondía aunque terminara sin aire en el último cuarto. Luego estaban los días malos, cuando anotaba menos del 40% de sus tiros y se veía obligado a justificarse en la rueda de prensa, declarando que el mérito de las canastas de sus compañeros procedía de sus pases o del sobremaraje de los rivales. Se había convertido en un jugador más ancho y lento, que aprovechaba su conocimiento del juego y su astucia para robar balones y rebotes por colocación, asistir al hombre libre y fintar a los defensores, pero incluso eso era un esfuerzo cada vez más duro. El 24 de noviembre Jordan viajó a Chicago en secreto para que el doctor Hefferon le drenara el líquido sinovial que bloqueaba su rodilla derecha, a pesar de que el médico le advirtió que se trataba de una medida temporal que podía llegar a agravar su estado. Llevaba ocho partidos promediando más de 40 minutos, y tres días después volvió a jugar más de 30 minutos en una nueva derrota (3-10 en el global). Unos Cavs en plena reconstrucción ganaron de paliza en lo que sería el punto más bajo de la temporada de los Wizards, y Michael Jordan no se mordió la lengua ante la prensa. “Apestanos. Nadie me guarda las espaldas pero todos esperan que yo guarde la suya. Es algo que no voy a tolerar mucho tiempo”, declaró. “No me gusta no ver esfuerzo, especialmente cuando yo no estoy al cien por cien.”

El partido siguiente, en Philadelphia, tenía el peor aspecto posible para los Wizards: segundo encuentro en dos días consecutivos, con el equipo en caída libre y contra el finalista de la NBA habiendo recuperado a Iverson. Para colmo, Jordan jugaría con una media protectora que hacía imposible ocultar su viaje a Chicago, y Collins tuvo que informar en la rueda de prensa del drenaje al que había sido sometido. Pero los Wizards dieron la campanada con una victoria épica gracias a una brillante actuación de Richard Hamilton apoyado por un buen partido de Jordan en ataque y de Lue en defensa, que terminó con Iverson desafiándole a resolver sus diferencias en el parking a bofetadas. Aún más importante, fue el comienzo de una racha de victorias cuando menos se esperaba. Michael Jordan obedeció a los médicos y se tomó

el primer partido de descanso de la temporada, pero los Wizards perdieron en San Antonio y decidió volver para los siguientes en Houston y Dallas. “¿Es que nadie se da cuenta de que no podemos perder los tres partidos en Texas?” Sentía que el equipo empezaba a responder, y había que aprovechar la oportunidad. Los Wizards encadenaron nueve victorias seguidas en diciembre y otras cuatro a principios de enero a pesar de las lesiones de Courtney Alexander y Christian Laettner, y se empezó a hablar seriamente de las posibilidades de Michael Jordan para el MVP. Ya no se hablaba de su rodilla, a pesar de que el 3 de diciembre hubo de someterse a un segundo drenaje.

Una de las causas de la racha de victorias era la recuperación del lesionado Brendan Haywood, el *rookie* procedente de los Tar Heels que se convirtió en una de las mejores noticias de la temporada aportando intensidad, defensa y rebote. Pero la principal era que Jordan empezó a sentirse más a gusto en la cancha después de que los drenajes aliviaran las molestias de la tendinitis y sus compañeros se fueran adaptando a jugar con él. “Popeye” Jones se había convertido en el complemento perfecto, un reboteador incansable que sabía colocarse para los bloqueos que liberaban a los aleros. Con él y el anchísimo Jahidi White abriéndole espacios, el tiro de Jordan se volvió mucho más efectivo a pesar de otra tendinitis más, esta vez en la muñeca derecha. Nesby y Lue eran dos perros de presa en defensa y Haywood aportaba lo que no hacía Kwame. Volvió la magia, y la redención en el Madison Square Garden el 22 de diciembre cuando Michael Jordan volvió a tener el tiro final con el partido empatado a falta de cuatro segundos, y esta vez no falló. Quizá ya no fuera un volador y sólo le quedara la mente, pero esa mente seguía siendo la de Michael Jeffrey Jordan. Sprewell no saltó a la finta porque todos sabían que este Jordan siempre finta, y no fintó. Se levantó solo y anotó para la victoria, y un estadio entero pudo volver a casa a celebrar la Nochebuena recordando lo que habían tenido la suerte de contemplar.

La Nochevieja trajo aún más magia: primero 51 puntos a los Hornets el 29 de diciembre, después 45 a los Nets el mismo 31 y sin bajar del 50% en tiros, y para terminar el primer enfrentamiento contra los Chicago Bulls el 4 de enero en el MCI Center. Los Bulls acababan de despedir a Tim Floyd para reemplazarlo por Bill Cartwright, y Michael Jordan no dejó pasar la oportunidad de dedicarle unas cuantas puyas a Jerry Krause y su

“reconstrucción” después del campeonato de 1998. “Contratar a Bill ha sido una buena decisión”, declaró, “ahora sólo les falta despedir a Krause y sustituirlo por John Paxson”. Viniendo de quien era de facto máximo responsable de una franquicia rival, las palabras de Jordan suponían una violación de protocolo, y también un torpedo en plena línea de flotación de los Bulls. Superando la defensa de Ron Artest, el jugador que le rompió las dos costillas en verano, Michael Jordan anotó 25 puntos en la primera parte y superó la marca de los 30.000 en su carrera. En la segunda parte volvieron a fallarle las fuerzas, pero le quedaba suficiente para la magia: con Wizards seis arriba en el último minuto, Artest tocó el lanzamiento de Jordan y los Bulls salieron al contraataque. Ron Mercer encaró a Hubert Davis para lo que iba a ser una bandeja fácil y Michael Jordan taponó su tiro llegando desde atrás. No sólo lo taponó, sino que lo clavó a dos manos contra el tablero y bajó con el balón cogido. “Aún puedo saltar si tengo que hacerlo, especialmente si me cabrean.”

Las victorias no podían llegar en mejor momento, porque Jordan estaba enfrascado en un complicado intento de mantener su vida privada fuera del alcance de la prensa. Karla Knafel, una antigua amante, le había abordado en un casino de Las Vegas durante el paro forzoso de 1998 para exigirle el pago de cinco millones de dólares que según ella le había prometido. Sus abogados llevaban negociando desde entonces, pero después de una reunión el 18 de diciembre de 2001 la señorita Knafel parecía dispuesta a recurrir a la prensa. Las amenazas de sus abogados aún podrían retrasarlo, pero nada podría impedir que se supiera que en navidades Juanita Jordan había presentado una solicitud de divorcio. La noticia saltó inmediatamente a los titulares de todo el país y las ruedas de prensa se llenaron de periodistas que no procedían de la sección de deportes de ningún medio sino que pedían insistentemente declaraciones sobre el tema. “No es asunto vuestro”, fue la única respuesta de Jordan mientras el circo mediático alzaba su carpa. Bobby Mercer, un estafalario *stripper* apodado *Rumpshaker* (no es broma) se unió al espectáculo enviando una carta a Juanita Jordan en la que afirmaba que el jugador había mantenido una relación con su esposa, Pam Jones, de la que estaba separado. Aunque los abogados de Jordan le atemorizaron para renunciar a la rueda de prensa que tenía prevista, sí llegó a sacar un libro

sobre el tema, y los medios aprovecharon para reciclar historias como la de Lisa Miceli, una joven aparentemente alterada que insistía en que Jordan era el padre de su hijo a pesar de haber quedado desmentido por varias pruebas de paternidad. Era la peor pesadilla de Jordan, su nombre asociado a una galería de fantoches televisivos y su mujer pidiendo el divorcio.

La relación entre ambos nunca había sido fácil desde que ella le forzó a poner fecha a la boda mediante una demanda de paternidad de su primer hijo, y el matrimonio había estado cerca de la ruptura varias veces. A pesar de sus recurrentes comentarios sobre dedicar tiempo a su familia y ver crecer a sus hijos, Jordan siempre tenía una aventura en la que abstraerse. Cada vez que su esposa pensaba que por fin iban a mantener una relación estable, Michael Jordan encontraba una nueva excusa para recorrer el país de punta a punta. Las amenazas de Karla Knafel fueron probablemente la última gota, ya que violaban la ley matrimonial no escrita de la NBA: lo censurable no es la infidelidad si es discreta, sino cualquier escándalo que deje en evidencia al cónyuge. Jordan se tomó muy en serio la petición de divorcio, pero pensaba que aún tenía una oportunidad de reparar su matrimonio. Como siempre, creía que aún le quedaba un último tiro para remontar el partido.

El baloncesto era su refugio, y por eso fue una suerte que coincidiera con los mejores momentos de Michael Jordan en la franquicia, cuando la vuelta al servicio activo parecía un éxito completo en lo deportivo. En lo financiero nunca había estado en duda, ya que el número de abonados a los Wizards se había disparado y tenían garantizado el lleno absoluto en casa y fuera (en toda la temporada sólo quedaron entradas sin vender en tres partidos, todos fuera de casa y con Jordan ya de baja). Día sí y día también aparecían en la televisión nacional, y Abe Pollin podía cumplir su sueño de bajar al vestuario acompañado de un grupo de amigos o empresarios boquiabiertos y presentarles al ídolo. Michael Jordan despreciaba lo que definía como “espectáculo de feria”, pero en este caso respetaba la posición del propietario y atendía a sus invitados con paciencia y educación. Jordan no era el único al que molestaban las visitas de Pollin, que usaba un tono excesivamente paternalista en presencia de los jugadores. “Estoy muy orgulloso de mi equipo”, presumía. Ni siquiera “nuestro equipo”, algo que irritaba incluso a los entrenadores. Abe Pollin no era el tipo de propietario implicado en la

franquicia, estilo Mark Cuban (en su etapa como presidente, uno de los primeros objetivos de Jordan fue mejorar las instalaciones y equipamiento de los jugadores, que rozaban lo cicatero), ni tampoco la clase de propietario remoto estilo Jerry Reinsdorf, que confiaba el equipo al criterio de sus responsables. Pollin se apuntaba gustoso a la foto, pero no trabajaba para que se sintieran apoyados ni respaldados de ninguna forma.

Por su parte, Abe Pollin sentía que su labor apenas recibía reconocimiento. Ted Leonsis había entrado en la franquicia precisamente porque Pollin había construido el MCI Center con su propio dinero, sin financiación pública, después de décadas colaborando en programas sociales para el desarrollo de la ciudad. Sin embargo, la prensa atribuía enteramente el florecimiento económico de esa parte de Washington a Michael Jordan, cuya aportación tangible se limitaba a abrir el sexto restaurante de su cadena. Esa ambivalencia se reflejaba en el *All Star* del año 2002. Michael Jordan era el gran reclamo para que Abe Pollin pudiera lucirse después de que el *All Star* de 2001 se celebrara en Washington con los Wizards en el fondo de la liga, pero las votaciones para el quinteto titular revelaban que el tirón popular de Jordan no era tan seguro como se suponía. Su titularidad estaba garantizada, *por supuesto*, pero en número total de votos aparecía por detrás no sólo de Shaquille O'Neal sino de jóvenes estrellas como Vince Carter y Kobe Bryant. Incluso en la clasificación parcial de bases/ escoltas de la conferencia Este fue mucho tiempo por detrás del polémico Allen Iverson, algo sorprendente al tratarse de un concurso de popularidad en el que participaba el que posiblemente fuera el deportista más carismático de todos los tiempos. La “tercera venida” de Jordan empezaba a definirse como un ejercicio en nostalgia de aficionados cuarentones, que no le servía para conquistar a una nueva generación ni para medirse a los nuevos talentos de la liga. Empezaba a dar un poco igual si jugaba bien o mal, si superaba a Carter o era superado por Kobe, porque ya no estaba en ese plano.

El partido de las estrellas sirvió para confirmar esa percepción. Michael Jordan dominó la rueda de prensa compartida con Allen Iverson, y cuando un periodista le pidió que comparara a Kobe con Jordan éste saltó inmediatamente: “Yo no contestaría a esa pregunta si fuera tú, pero adelante”. “Ya lo habéis oído”, sentenció Iverson. Pero en el partido la estrella

indiscutible fue Kobe Bryant, elegido MVP sobre los abucheos del público de su Philadelphia natal, y lo único que se comentó de Jordan fue su fallo en el mate del primer cuarto, cuando salió solo al contraataque y estrelló el balón contra el aro. No importaba el mate posterior sobre Tim Duncan, Jordan sabía que el fallo sería lo único que se recordaría. “Bien, ¿quién va a ser el primero en preguntármelo?”, dijo para comenzar la rueda de prensa. “Tengo que reírme. Si no soy capaz de reírme de mí mismo, no me puedo reír de nadie.” La comparación con el mate a tablero de Tracy McGrady provocaba su añoranza. “Recuerdo cuando yo solía hacer cosas así”, declaró. “Cuando te haces viejo, no tienes la misma confianza. Tienes que comprobar una lista, y cuando terminé de repararla y estuve listo para el mate, ya me había pasado.” Aún no lo sabía ni él, pero en retrospectiva se haría evidente que estaba anunciando el final de su temporada.

La última catástrofe había sido la lesión de Richard Hamilton el 21 de diciembre, una rotura fibrilar en el abdomen que lo dejó incapacitado hasta finales de enero. Con Courtney Alexander también de baja eso limitaba al extremo las armas ofensivas de los Wizards, y hubo que abandonar el intento de mantener a Michael Jordan por debajo de los 35 minutos por partido. Lo peor, recordaba Collins, es que no era solamente un tema de minutos, sino del enorme esfuerzo que desarrollaba en esos minutos. Jordan mantuvo la buena marcha del equipo gracias a los triples de Hubie Davis y a la defensa de Tyrone Nesby, incluso dejó otro momento para el recuerdo con una canasta final para derrotar a los Cavs (a quién si no) después de un saque de banda diseñado por Doug Collins con su habitual maestría. El problema era que Jordan promedió más de 40 minutos por partido durante enero y febrero, y el 7 de febrero sufrió una contusión en la rodilla en un choque con Etan Thomas.

Michael Jordan no quería ni oír hablar de reducir su tiempo de juego, mucho menos de perderse partidos, con el equipo sumido en una racha negativa. A pesar de la vuelta de Hamilton los Wizards sumaron siete derrotas consecutivas después del *All Star*, y su presencia en *playoffs* estaba en peligro. Jugando de base o *point forward*, Michael Jordan aún podía oxigenar el juego de ataque de su equipo gracias a sus pases, pero los rivales habían aprendido que apenas podía moverse e ignoraban sus fintas. Mientras, Rip Hamilton era objeto de sucesivas defensas de contactos a cada cual más dura, que

terminaron por convencerle de que Jordan y Collins tenían razón y era necesario que empezara inmediatamente una preparación física para fortalecerse. Se puso en manos de Tim Grover, pero los resultados tardarían en verse y los Wizards no podían esperar. En un último intento, Michael Jordan anotó 37 puntos el 23 de febrero con una rodilla ardiendo, y aun así los Heat les ganaron de dos. “Si tienes que caer, cae disparando”, era una de las lecciones que repetía en el vestuario de los Wizards. “Que cuando caigas no queden balas en tu pistola.” En el vuelo a Miami después del partido, Jordan no podía soportar el dolor. Caminaba por el pasillo del avión incapaz de sentarse, mientras Tim Grover intentaba en vano calmarlo usando hielo, siempre más hielo, electroestimulación, lo que fuera. El médico de los Heat le volvió a drenar la rodilla e intentó jugar, pero tuvo que pedir el cambio a mediados del último cuarto con el resultado aún por decidir. A Michael Jordan no le quedaban balas.

Protegido por sus leales, Jordan volvió en silencio a Washington. “Me estoy haciendo viejo. Esto es una señal de que estamos llegando al final.” Con su sobriedad característica aceptaba que la decisión había sido suya, y que las advertencias de Tim Grover y el Dr. Hefferon habían resultado ciertas. Era bueno saber que tenía en quién confiar. Tres días después el Dr. Stephen Haas, médico de los Wizards, le operó la rodilla derecha con resultados mejores de lo esperado. En lugar de la artrosis degenerativa que creían, la artroscopia halló y reparó un desgarró en el cartílago del menisco lateral de su rodilla derecha, con lo cual el pronóstico era de una recuperación completa. Michael Jordan había entrado en el quirófano con serias dudas sobre si podría cumplir su segundo año de contrato, y al salir el Dr. Haas le anunció que podría volver esa misma temporada después de un tiempo de baja de entre tres y seis semanas. El Dr. Hefferon no compartía este optimismo, y consideraba que Michael Jordan debería pasar al menos cuatro semanas de recuperación antes de plantearse siquiera volver a los entrenamientos. Conocía a Jordan y sabía que intentaría regresar a la cancha en sólo tres semanas confiando en su legendaria capacidad de recuperación, y en su estado eso podía hacerle más mal que bien.

El alejamiento de Michael Jordan del equipo fue tan repentino como completo. A preguntas de los periodistas, Doug Collins tuvo que admitir que

desconocía dónde se encontraba Jordan, cuáles eran sus planes para regresar a las pistas o cuándo iba a aparecer por el vestuario. El entrenador tuvo que pasar por el mal trago de excusar su ausencia justo antes de que el jugador decidiera asistir a un partido en el banquillo vestido de calle, evidenciando que Jordan no le informaba por anticipado de sus intenciones. Mientras, el resto de jugadores se mostraban visiblemente aliviados y hablaban de aprovechar la oportunidad para jugar al estilo que más les convenía y demostrar así que eran mejores de lo que se creía. La prensa los había apodado *Wiz Kids*, y cuando se dirigían a ellos era para preguntarles si la última declaración de Jordan les había motivado o si no podían hacer el esfuerzo de ofrecerle un mejor apoyo. Ellos se denominaban a sí mismos *The New Jacks*, en referencia a la película *New Jack City*, sobre el ascenso de un nuevo tipo de bandas en los barrios, y estaban hartos. Tyronn Lue ya no sabía cómo obedecer las instrucciones contradictorias de un Jordan que le pedía a la vez que se fuera a la esquina a abrirle espacios al triple y que estuviera preparado para bajar a defender el rebote rival (al pasar muchos minutos en aclarados en la cabeza de la zona, en caso de contraataque Jordan se veía solo frente a dos o tres rivales encarándole por velocidad), mientras que Courtney Alexander y Kwame Brown carecían de ritmo de juego después de que Doug Collins los metiera y sacara de la rotación durante toda la temporada. Aunque Richard Hamilton intentaba mantener un tono respetuoso y hablaba de cuatro o cinco años para referirse al futuro post-Jordan, se había dirigido al entrenador para quejarse de que no entendía cómo un jugador de 38 años recibía más balones que el que se suponía que era el futuro de los Wizards. Y ni siquiera los veteranos se sentían cómodos compartiendo vestuario con quien seguía siendo presidente de los Wizards en todo excepto en el nombre. Era imposible establecer lazos de compañerismo con la misma persona que mañana podía despedirte, y se hacía difícil jugar con naturalidad pensando todo el tiempo si estabas tirando demasiado o demasiado poco para el gusto de Jordan, y si eso influiría en tu contrato.

El primer partido sin Jordan fue como un día de recreo. Perdieron en casa, pero fue contra un rival muy superior como los Blazers, por culpa de unos discutidos tiros libres finales y después de anotar 101 puntos. Libres de condicionantes y jugando sin el freno de mano puesto, Hamilton, Alexander y

Nesby mostraron una alegría que no se había visto en toda la temporada. Incluso Kwame Brown mostró por fin un destello de lo que se espera de un número uno del *draft*, cuando encaró a Rasheed Wallace y culminó la canasta con un semigancho tras pivote que hizo que Doug Collins llamara a Jordan inmediatamente después del partido. “Creo que elegimos al jugador correcto.” También perdieron el siguiente, pero a continuación ganaron dos partidos seguidos gracias a un Courtney Alexander espectacular, que se atrevió a insinuar que los aficionados disfrutaban más de estos Wizards sin Jordan: “Claro, es excitante y es el futuro. Es lo que esperábamos de este estilo de juego, Rip y yo, y ahora véis lo que pasa cuando nos dan la oportunidad de aplicarlo”. No tuvieron mucho tiempo para sacar pecho estos *new jacks*, que después del partido contra Chicago encadenaron cinco derrotas seguidas que ponían muy difícil su acceso a los *playoffs*. La presencia de Jordan también servía de excusa para que los más jóvenes de la plantilla evitaran afrontar sus carencias y limitaciones, atribuyéndolas a la dificultad de contar con los minutos y tiros que creían merecer. Con o sin Jordan, Alexander era un tirador unidimensional e irregular, Hamilton un jugador físicamente vulnerable y Kwame un proyecto con más sombras que luces. Además, las defensas rivales podían centrarse en ellos, y los Wizards volvieron a ser el equipo mediocre de principios de temporada que competía hasta el último cuarto pero terminaba perdiendo aunque fuera con marcadores más altos.

Michael Jordan volvió a jugar a las tres semanas justas de su operación. Las evaluaciones de su rodilla calculaban que estaba entre un 50% y un 65%, y Tim Grover le advirtió que una recaída antes de estar totalmente recuperado podría suponer una lesión incurable. Pero Jordan creía que aún era posible entrar en *playoffs* con una remontada final, y durante toda la temporada había hablado de que sentía que aún quedaba dentro de él un último gran tiro. En esta etapa de su carrera una última canasta en *playoffs* sería como ganar otro campeonato, y Michael Jordan era incapaz de dudar de su capacidad para imponer su voluntad en la pista. Era capaz de visualizar la victoria y eso significaba que había una posibilidad de conquistarla. John Bach bromeaba diciendo que su increíble capacidad de recuperación le hacía sospechar que Jordan era un extraterrestre, pero esta vez no se trataba de una torcedura o un tirón sino de la primera operación quirúrgica real de su carrera. “Yo necesité

tres meses, y hacía rehabilitación todos los días”, declaró Steve Kerr. “Quizá sea diferente para él. Quizá siga siendo Michael.”

Doug Collins había declarado que era impensable que Michael Jordan intentara volver a jugar sin al menos pasar dos o tres entrenamientos para confirmar su recuperación. Sin embargo, Collins ya no estaba al tanto de la situación ni de las intenciones de Jordan, y cuando los Wizards llegaron a Denver el 19 de marzo se lo encontraron esperándoles en el hotel. Al día siguiente derrotaron a los débiles Nuggets gracias a la aportación de Hamilton, Alexander y Nesby, para ponerse 32-36 aún a tiro de *playoffs*. Jordan sólo jugó 16 minutos, dando muestras de no estar aún recuperado, y tenían otro partido a la noche siguiente. Jordan anotó un bonito mate, pero el equipo estaba muy fatigado y los Jazz les derrotaron con facilidad. Bryon Russell se permitió el lujo de anotar un triple en su cara al final seguido de un robo de balón que provocó la ovación del público de Utah. “Espero que sigas oyendo esto, Mike, durante todo el viaje de vuelta.” Aún más dolorosa fue la siguiente derrota en Toronto, cuando Michael Jordan lideró la remontada y capturó un rebote defensivo en el último minuto con los Wizards ganando de uno. Y entonces, lo que más temía Jordan, verse convertido en la clase de jugador capaz de arrebatarse la derrota de las fauces de la victoria: Antonio Davis le robó el balón para anotar la bandeja que ponía a los Raptors por delante, y en el último ataque el tiro final de Michael Jordan se salió de dentro y sentenció la derrota de su equipo. Como siempre, Jordan asumió las consecuencias de ese fallo final, había hecho un buen tiro y simplemente no entró, pero tuvieron que separarlo de unos árbitros a los que se quería comer por no haber pitado falta en el rebote. Sentía que esos errores finales y la falta de respeto arbitral eran señales del final de su estatus de estrella.

A pesar de todo, Michael Jordan seguía insistiendo en que era posible el milagro, y otro triunfo sobre los Nuggets ponía a los Wizards con un balance de 2-2 desde su retorno. Sin embargo, las dos victorias habían sido contra Denver, uno de los peores equipos de la liga, y Jordan apenas había contribuido. Contra los Nuggets volvió a ser noticia negativa, en este caso por un brutal tapón de Voshon Lenard que le hizo acabar en el suelo. A falta de once partidos, los Wizards necesitaban ganarlos casi todos para entrar en *playoffs*, así que era el peor momento para que Doug Collins provocara otra

tormenta en el seno de la franquicia. Collins fue invitado al programa de la ESPN *Pardon the Interruption* y allí declaró textualmente que le sorprendería mucho que Michael Jordan jugara la temporada siguiente. Esas declaraciones contradecían la “versión oficial” precisamente en el período de renovación de abonos, y la gerencia exigió una rectificación pública e inmediata. El entrenador tuvo que recurrir a la típica excusa de que sus palabras habían sido sacadas de contexto, ante unos periodistas que no conseguían imaginar un contexto en el que significaran algo diferente y especulaban sobre un posible enfado de Jordan. Sin embargo, Michael Jordan acudió a la rueda de prensa a respaldar a Collins: “A mí también me sorprendería que yo volviera el año que viene. Si voy a pasar por la misma situación, no sería buena idea jugar”. Los periodistas deberían haber imaginado que unas declaraciones de Doug Collins en un programa presentado por Michael Wilbon, amigo declarado de Jordan, respondían a los deseos e intereses del jugador. Los Wizards se habían embarcado en una campaña publicitaria para el año siguiente en la cual el gran reclamo para adquirir abonos o contratar partidos de pretemporada era la presencia de Michael Jordan, y a éste le molestaba ese afán tan poco disimulado por hacer dinero a su costa sin contar con su opinión.

Jordan estaba de particular buen humor antes del partido contra los Bucks. Sus dos hijos mayores habían venido a verle y su presencia indicaba la mejoría en la relación con su esposa. Michael Jordan había aprovechado las visitas a la consulta del Dr. Hefferon en Chicago para ver a Juanita, y había arreglado la situación de forma que ésta retiró su demanda de divorcio apenas un mes después de haberla presentado. Jordan permaneció largo rato en el pabellón viendo a sus hijos jugar al baloncesto con los hijos de Rod Higgins, y para muchos de los miembros de los Wizards fue la única vez que lo vieron reír de verdad. “No tengas miedo de sacarme hoy”, advirtió a Collins. “Me siento bien.” Así comenzó la última buena actuación de Jordan en la temporada, 34 puntos en 26 minutos para derrotar a Milwaukee. Hubo momentos de desfallecimiento físico, pero por una noche las fintas funcionaron y esa mecánica arrastrada tan larga que había desarrollado le permitió superar a sus defensores y anotar con acierto. Era el tipo de partidos que le permitían seguir afirmando que su estado físico no era preocupante, que sólo necesitaba recuperar el ritmo, que el hielo y la electroestimulación eran algo normal. No

era cierto. Sólo dos días después contra los Mavs volvió a dar una imagen de impotencia frente al marcaje de Adrian Griffin, y sólo pudo anotar dos tiros libres antes del último cuarto. Anotó tres canastas importantes en la recta final para darle a su equipo una posibilidad, pero no logró evitar la victoria de los Mavs que prácticamente certificaba la eliminación de los Wizards para *playoffs*. Jordan había terminado el partido arrastrando la pierna y la inutilidad de su esfuerzo provocó una reacción inesperadamente crítica hacia Collins. “En el partido contra Milwaukee pude aprovecharme mejor jugando de base, pero eso no pasó hoy. Me podría haber utilizado mejor”, declaró. Pero lo más importante fue un comentario de pasada ante sus íntimos sobre un pequeño problema sin demasiada trascendencia: no era capaz de flexionar completamente la rodilla.

Por más que intentara quitarle hierro, eso suponía que Michael Jordan no estaba en condiciones de seguir jugando ni un día más. Volvía a despertarse por las mañanas con la rodilla inflamada como antes de la operación, pero rechazó la petición de Collins de dar por terminada la temporada. Aún no estaban eliminados matemáticamente, y el siguiente partido era contra los Lakers de Phil Jackson y Kobe Bryant. Jordan decidió probar una media terapéutica que se suponía que facilitaba la circulación pese al excepticismo del fisio de los Wizards. Phil Jackson reconoció que le dolía ver a Jordan en ese estado, incapaz de bajar a defender y siendo superado en velocidad por el suplente Brian Shaw, y después de diez minutos Doug Collins se lo pidió como algo personal. “Michael, por favor, no quiero que sigas jugando.” Después del partido, Jordan admitió ante la prensa que se habían cumplido los peores augurios de Tim Grover: “Volví sin dedicar el tiempo suficiente a prepararme, y ahí empezó todo: los problemas de rodilla, la tendinitis. Partes de tu cuerpo empiezan a fallar, intentas compensar y otras partes fallan”. Insistió en que se encontraba bien y que no había ningún problema, pero a la mañana siguiente habló con Doug Collins y se marchó sin despedirse de sus compañeros. “Creo que Michael necesita estar solo durante un tiempo.”

Después de anunciar su baja definitiva, Michael Jordan volvió a distanciarse del día a día del equipo. Ocasionalmente apareció por algún partido para ver cómo los Wizards terminaban 37-45, pero en general prefirió empezar a plantear la temporada siguiente. Nadie se esforzaba ya en fingir que

Wes Unseld era algo más que una figura decorativa y Michael Jordan trabajaba pensando en la temporada siguiente. Aunque públicamente seguía afirmando que sus posibilidades de jugar otro año eran escasas, en realidad se trataba del pulso con Susan O'Malley y el departamento publicitario de los Wizards, que en su opinión seguían empeñados en intentar sacar dinero gracias a su nombre. “Cuando miro a mi alrededor, no veo a Pippen ni a Rodman.” Fue su manera de anunciar después de su último partido que tenía la intención de hacer una profunda renovación del vestuario aunque para ello fuera necesario prescindir de jugadores que habían cumplido satisfactoriamente, como Chris Whitney, “Popeye” Jones, Hubert Davis o Tyrone Nesby (o no tan satisfactoriamente, como Courtney Alexander). A cambio llegaron Larry Hughes y el veterano Bryon Russell para evitar que los rivales pudieran seguir explotando la falta de altura del perímetro de los Wizards. Después de la mala experiencia con Kwame Brown, Jordan prefirió elegir en primera ronda del *draft* a dos jugadores con irreprochables credenciales universitarias, como el ídolo local Juan Dixon de Maryland y Jared Jeffries de Indiana (en segunda ronda eligió a un escolta llamado Juan Carlos Navarro). Aunque era difícil encontrar algo mejor con esas elecciones, algunos analistas creyeron detectar cierta intención de evitar críticas. Se trataba de jugadores que tendrían dificultades para trasladar su juego a la NBA. Dixon era un escolta con cuerpo de base y Jeffries un alero falto de tiro como exterior y de fuerza como interior, pero sí eran dos opciones sensatas, razonables, de las que no se recuerdan para bien ni para mal.

El mayor cambio fue, sin duda, el traspaso de Richard Hamilton a los Detroit Pistons a cambio de Jerry Stackhouse. Michael Jordan no había llegado a conectar con Hamilton, y Doug Collins consideraba que su falta de fortaleza y aplicación defensiva obligaba a un mayor desgaste de Jordan. Stackhouse había tenido grandes actuaciones contra los Wizards explotando su superioridad atlética, y eso había dejado huella. Además, ya había tratado con Collins (que fue quien lo fichó para Detroit) y con Jordan, como corresponde a un Tar Heel hecho y derecho. A pesar de ello, su fama universitaria como “el nuevo Jordan” había provocado que su relación con Michael Jordan se viera marcada por la rivalidad desde que jugaran sus primeros partidillos en Chapel Hill antes de dar el salto a la NBA. Según los rumores, Stackhouse había

mostrado una actitud poco respetuosa, y el resultado habían sido 48 puntos de Jordan en su primer enfrentamiento en la NBA. Se suponía que los Wizards trabajaban para el futuro, pero deshacerse de un jugador de 24 años a cambio de uno de 28 evidenciaba las contradicciones de un equipo que parecía estar trabajando para el presente.

No era la única señal preocupante para la temporada que se avecinaba. Los abogados de Jordan no habían logrado un acuerdo con Karla Knafel y era cuestión de tiempo que su vida íntima terminara en las revistas. No era posible intimidarla ni seguir retrasando lo inevitable, porque Karla Knafel era casi una profesional que ya había ganado una demanda de paternidad a otro jugador de la NBA (Dale Davis) y sabía manejar perfectamente estos asuntos. En sí, sus exigencias carecían de cualquier peso legal: el hijo por el cual Michael Jordan habría aceptado pagar cinco millones de dólares había resultado ser de otro deportista, concretamente un jugador de las ligas menores de los White Sox, con lo cual ni siquiera demostrando la validez de ese acuerdo verbal podía exigir el pago. El arma de Karla Knafel era el propio juicio, con la posibilidad de que Michael Jordan tuviera que subir al estrado y declarar de viva voz los detalles sórdidos de su relación. Como último recurso, Jordan decidió tomar la iniciativa y llevar el caso al juzgado él mismo acusándola de extorsión. Si no podía evitar el juicio, al menos así dejaba de estar a merced de esa mujer.

Las sucesivas vistas y decisiones judiciales fueron noticia durante todo el año 2003, durante el cual Karla Knafel y sus abogados revelaron detalles de su relación incluida una foto de ambos poco halagadora en la que un Jordan vestido con un chándal vulgar en una especie de pensión quedaba muy lejos de su elegancia habitual. La NBA se vio obligada a realizar una investigación interna por “relaciones impropias” cuando se supo que había sido un árbitro el que los había presentado en Las Vegas cuando Karla Knafel intentaba pasar de peluquera a cantante. Lo más dañino para la imagen de Jordan era cómo su amante había descrito el matrimonio con Juanita como una operación puramente comercial, pero hasta eso era preferible a que el propio Michael Jordan tuviera que subir al estrado y declarar. El caso fue perdiendo fuelle y quedó zanjado definitivamente alrededor de 2005 con la desestimación de todas las exigencias de Karla Knafel, pero el daño era irreparable. Por más

que Michael Jordan se negara a entenderlo, su imagen se había basado en la extensión de la superioridad deportiva a la moral, convirtiéndolo en un ideal en términos absolutos al que el consumidor deseaba imitar. Estas historias eran casi provincianas en su vulgaridad, y carecían de los elementos más censurables, como drogas, violencia y alcohol, que marcaban los escándalos de otros jugadores; pero su efecto era mayor porque afectaban a una figura que se había colocado por encima del mal, y además su desmitificación moral coincidía con el momento en el que su superioridad deportiva llegaba a su ocaso.

Michael Jordan anunció en agosto que iba a disputar la temporada 2002-03, pero cuando se incorporó Doug Collins quedó horrorizado por lo que vio. Jordan no podía elevarse para una suspensión ni mucho menos correr, y según las estimaciones del entrenador estaba al 20% de su capacidad. Collins estaba convencido de que la realidad se haría evidente para el jugador y se anunciaría su retirada antes del comienzo de la competición, lo que no sabía era que Michael Jordan estaba siguiendo un cuidadoso plan formulado por Tim Grover para asegurarse de que no se repetiría el culebrón del año anterior con su rodilla. De esa experiencia había salido con aún mayor confianza en Grover y en el Dr. Hefferon, ya que ambos le habían dicho siempre la verdad, así que ahora los creía cuando afirmaban que siguiendo la preparación adecuada podría jugar la temporada completa. El plan de Grover incluía no jugar en pretemporada, empezar la liga sin estar al 100% y alcanzar el pico de forma hacia enero. Esta preparación eliminó los altibajos y la incertidumbre sobre el estado físico de Jordan, pero redujo también el dramatismo de su temporada. Abe Pollin repetía que los Wizards seguían dando beneficios por primera vez en décadas, pero el interés por la vuelta de Michael Jordan estaba descendiendo conforme se hacía evidente que no podía repetir las proezas del pasado. El número de abonados descendió en la segunda temporada, y aunque se siguió vendiendo todo el papel para los partidos en el MCI Center era imposible no darse cuenta de que cada vez se veían más claros en las gradas.

Michael Jordan confesó a su amigo George Koehler que aunque todavía sentía que era capaz de tomar el control del juego, esos momentos eran cada vez más limitados. En algún punto del partido imposible de predecir sentiría que entraba en ese estado superior de concentración y que era imbatible, pero

ya sólo conseguía mantenerlo durante quizás diez minutos. Ni siquiera podía asegurar que sucediera en muchos partidos. En parte esto se podía deber a que Jordan no aceptaba que se había convertido en un tirador de media y larga distancia. No era un jugador unidimensional, ya que ayudaba al rebote y asistía con muy buena visión de juego, pero su papel fundamental era de tirador, y por tanto había días que le entraban los tiros y su aportación era relevante, y otros días en los que no entraban y pasaba casi desapercibido. Las explosiones atléticas hacia el aro casi habían desaparecido, y el público tenía cada vez menos esperanzas de contemplar el “truco del conejo”. Convertido en poco más que un veterano sólido, la última temporada de Michael Jordan degeneró a gira de despedida, en la que los momentos destacados eran ceremonias, cortesías y últimos partidos en tal o cual pabellón, y no el juego. Jordan había sido testigo de algo similar cuando se retiraron Julius Erving y Kareem Abdul-Jabbar, y lo despreciaba. Los homenajes habían desconcentrado a ambas estrellas haciendo que su juego se resintiera, y la atmósfera en general resultaba falsa y forzada. Jordan había decidido que no quería pasar por algo así, y sin embargo sus propios actos habían terminado provocando esa situación.

Michael Jordan se vio marcado por esa falta de claridad y decisión, esa forma de actuar en contra de sus propios intereses durante toda su etapa en los Washington Wizards. Carecía de criterio definido y unidad de propósito, algo que no es imprescindible para un jugador pero sí para el responsable en la sombra del equipo. Como presidente a Jordan le interesaba dar juego a los jóvenes de la plantilla, pero como jugador sólo tenía el presente y necesitaba a los veteranos. Habían traspasado a Alexander y Hamilton porque no encajaban con Jordan, pero habían traído a Hughes y Stackhouse que presentaban los mismos problemas. Los Wizards seguían teniendo el inconveniente de que sus dos mejores jugadores ocupaban una misma posición, carecían de un tres alto, ya que Bryon Russell era demasiado veterano, y una vez más habían formado una plantilla cuyo estilo ideal era la velocidad y el contraataque cuando Michael Jordan sólo podía jugar al paso. Tenían todas las papeletas para reproducir los mismos problemas de la temporada anterior, agravados por una menor tolerancia a la frustración. A diferencia de Hamilton, Jerry Stackhouse era un jugador establecido en la liga, con reputación de malas pulgas y con una

relación tirante con Jordan. No dejaba de recordar sus victorias sobre los Wizards la temporada anterior y Jordan decidió jugar un partidillo con la intención de darle una lección. El equipo de Jordan resultó vencedor después de una asistencia final a Horacio Llamas (un pívot mexicano con contrato temporal), y Stackhouse se marchó sin hablar con nadie. Menudo principio.

El mal juego individual de Michael Jordan durante los pocos partidos de pretemporada que jugó estaba dentro de lo previsto, pero incluso entonces empezaba a percibirse una falta de acoplamiento con sus compañeros. Larry Hughes no era un base puro sino un *comboguard*²³ que brillaba penetrando en velocidad, pero Jordan prefería que le pasara el balón y se abriera al triple a pesar de que el tiro exterior no era una de sus virtudes (años después, un aficionado creó una página web con el nombre “Hey Larry Hughes deja de hacer tantos tiros malos punto com”). El estilo lento y deliberado con mucho pase que pretendía implantar Doug Collins no coincidía con las habilidades de la mayoría de sus jugadores, y los numerosos cambios en la plantilla lo hacía aún más difícil especialmente porque habían producido una falta de liderazgo en el vestuario tras la marcha de “Popeye” Jones y Chris Whitney. Aparte de Jordan, los veteranos de este año eran Christian Laettner, Bryon Russell y Charles Oakley, al que por fin había fichado después de considerarlo la temporada anterior. Russell se ganó el aprecio de sus compañeros, pero Laettner era un solitario y Oakley llegaba por decisión personal de Jordan sin contrar con la opinión de Doug Collins (al igual que Pat Ewing, entrenador asistente que según los rumores podría ser activado como jugador si se clasificaban para *playoffs*). Collins había decidido apostar por los pívots jóvenes, y eso provocó las protestas de Laettner y Oakley que se encontraron jugando menos minutos de lo esperado. En lugar de crear buen ambiente, los veteranos serían los primeros en quejarse del entrenador. Michael Jordan había mejorado sus relaciones con algunos de los jóvenes de la plantilla, como Tyronn Lue, Bobby Simmons y Juan Dixon. Creía ver en ellos la actitud competitiva que deseaba e intentaba darles consejo para que progresaran en sus carreras. No era el caso de Kwame Brown, que ofreció un rendimiento esperanzador en el comienzo de la temporada pero pronto se vino abajo de nuevo. Había llegado otra vez con sobrepeso y el equipo médico empezaba a sospechar que había algún problema de salud que le impedía mantenerse en

forma, pero los técnicos lo achacaban a su poco espíritu de trabajo y sacrificio al ver su nulo progreso ofensivo. Kwame mostraba algunas virtudes en defensa y rebote, pero de manera intermitente y sin aportación ofensiva.

El partido inaugural de la temporada fue un desastre individual y colectivo. Jordan anotó 4 de 14 tiros, falló un mate y sólo unos tiros libres de Stackhouse evitaron la anotación más baja de la franquicia. La imagen mejoró en el debut en casa, cuando Russell y Brown aportaron defensa y rebote mientras “Stack” y Jordan castigaban el aro de los Celtics para inflingirles la peor derrota de su historia. El arranque de los Wizards invitaba al optimismo gracias a un espectacular Jerry Stackhouse que parecía anotar a voluntad, y contra Lakers Doug Collins llegó al extremo de diseñar una jugada para él yendo uno abajo a falta de tres segundos. Con Jordan reducido al papel de señuelo, Stackhouse se abrió camino hasta el aro y anotó ante el delirio del público. Se pusieron 6-4 y parecían ir hacia arriba, pero en realidad seguían viviendo en el filo de la navaja. Como el año anterior, su escasez de recursos ofensivos hacía casi imprescindible que sus dos anotadores, Stackhouse y Jordan, hicieran un buen partido para tener opciones. Sin embargo, la falta de tiro exterior del primero y la decadencia física del segundo hacían impredecible su rendimiento, que pasaba por largas fases de irregularidad en cada encuentro. El mismo Jerry Stackhouse que había comenzado la temporada con brillantez entró repentinamente en una racha de desaciertos, y los Wizards se desplomaron con él para terminar noviembre con seis derrotas seguidas.

Entonces se reveló otra disparidad de opiniones entre Michael Jordan y su entrenador. Doug Collins creía que la idea era que jugara entre 25 y 30 minutos desde el banquillo, mientras que el jugador lo consideraba “un punto de partida”, susceptible de ser modificado cuando fuera necesario. Al terminar el mes Jordan determinó que hacía falta un cambio, y sugirió volver a la titularidad en lugar de Bryon Russell después de anunciar que sería su último año: “Cuando termine la temporada, no tengo intención de firmar otro contrato”. Su primer partido como titular fue otra decepción cuando no logró lanzar a canasta en la última jugada perdiendo de uno (“no puede ser que NO podamos hacer un tiro en esa situación”, declaró, a pesar de que la jugada la hizo él), pero dos victorias consecutivas levantaron las esperanzas de repetir la remontada del año anterior, cuando el equipo jugó su mejor baloncesto en

navidades. Esas ilusiones no duraron demasiado y los Wizards quedaron atascados ligeramente por debajo del 50% de victorias, alternando rachas de victorias y buen juego con derrotas y marcadores bajos. El juego de Jordan seguía un patrón similar, capaz de quedarse en 2 puntos una noche e irse a más de 30 la siguiente.

Mientras, el ánimo del vestuario seguía empeorando. Larry Hughes jugaba cada vez menos en detrimento de Tyronn Lue, Collins había recurrido a Laettner debido al pobre rendimiento de los pivots más jóvenes, y Jerry Stackhouse no tenía reparos en hacer público su desacuerdo con el estilo de juego del equipo. Sus mejores partidos habían venido ocupando el puesto de dos, pero con Jordan en el quinteto titular había tenido que desplazarse al puesto de tres, donde no era tan efectivo. Michael Jordan no había conseguido llegar a conectar con Hamilton (que para más inri estaba triunfando en los Pistons), pero su relación con Stackhouse era aún peor. A “Stack” no le gustaban las bromas y juegos que Jordan usaba en el vestuario, y se sabía que en el pasado había llegado a las manos con los compañeros, así que ambos procuraban evitarse en lo posible. En febrero, con Stackhouse de baja por un problema muscular, el jugador creyó que Collins le estaba presionando para volver a la pista y estalló en un chorro de insultos y palabrotas que hizo temer por la integridad física del entrenador. El jugador se calmó sin llegar a las manos y posteriormente se disculpó, pero eso no resolvió los problemas de fondo.

El *All Star* de 2003 no podía llegar en peor momento. Michael Jordan había terminado las votaciones por detrás de Allen Iverson y Tracy McGrady, lo cual significaba que no sería titular en el partido de las estrellas. Sin embargo, la prensa rescató el precedente de 1978, cuando Doug Collins renunció a la titularidad en favor del veterano John Havlicek, que estaba a punto de retirarse, y en menor medida el de 1992, con Tim Hardaway y “Magic” Johnson. La presión popular para que Vince Carter renunciara a su plaza fue creciendo, aunque éste no entendía por qué sus votos valían menos ni por qué tenía que perder su plaza y no Iverson o McGrady. “Vince, depende de ti. ¿Qué vas a hacer?”, le preguntó Isiah Thomas, el entrenador del Este. “Le estás preguntando al jugador equivocado”, contestó. Michael Jordan mantuvo una posición equívoca durante esta controversia, declarando por un lado que

ser titular no le preocupaba y que Vince Carter se lo había ganado, y por otro que él habría renunciado en favor del Dr. J si hubiera sido necesario. Uno de los responsables de la titularidad de Jordan fue Isiah Thomas, que parecía interesado en mejorar su controvertida imagen en su nueva etapa como entrenador y ejecutivo. Ya había intentado reparar su relación con Jordan en el pasado, y aprovechando el *All Star* mostró una grabación del partido de las estrellas de 1985, desafiando a cualquiera de los presentes a encontrar pruebas de un *freeze out*. Thomas terminó siendo decisivo para el numerito organizado en el banquillo durante la presentación de los titulares antes del partido, cuando Jason Kidd y Vince Carter representaron la escena en la cual obligaban a Michael Jordan a quitarse el chándal. “Si no hubiera aceptado, creo que los jugadores se habrían negado a empezar el partido”, declaró Isiah. De nuevo Michael Jordan parecía conspirar contra sí mismo, ya que su intención había sido ocupar un segundo plano en el *All Star*. Sabía que la NBA iba a tributarle algún tipo de homenaje, pero hizo llegar a David Stern que prefería algo discreto, alegre pero con clase. “A la mierda con los funerales. Nunca juegas bien después de uno. Ni lo necesito, ni lo quiero.” Sin embargo, al permitir que la polémica sobre su titularidad se extendiera, sin zanzarla de manera terminante, se había colocado en pleno foco de atención.

En el partido de las estrellas hizo una mala primera parte, pero después de la canción de Mariah Carey y de un discurso en el que habló de dejar el baloncesto en buenas manos, ofreció sus mejores minutos en el último cuarto. Cuando anotó la que parecía la canasta decisiva a falta de cinco segundos, la posibilidad de conseguir el MVP con 40 años cumplidos sobrevoló la pista, pero una torpe falta de Jermaine O’Neal llevó a una segunda prórroga que ganó el equipo del Oeste liderado por Kevin Garnett. Como sucedía en la competición oficial, Michael Jordan tenía momentos brillantes, pero el éxito final se quedaba justo fuera del alcance de sus dedos. Jordan se había definido en términos absolutos, por las victorias y los récords conquistados; pero en su Tercera Venida se veía reducido a términos relativos. Estaba jugando bien para su edad, casi no se notaba la inactividad, era el primer jugador en anotar tantos puntos con más de cuarenta años. Éxitos que necesitaban ser cualificados, que sólo eran destacables por sus circunstancias y que otros jugadores más jóvenes imitaban sin aparente esfuerzo. Nunca antes había sido

necesario contar con la buena intención del observador para admirar a Michael Jordan, precisamente en el momento en que su imagen pasaba por sus peores momentos. Los rumores sobre su comportamiento con sus compañeros se perdonaban cuando ganaba y daba espectáculo, pero no cuando perdía. Con su dudoso paso por la gerencia, amenazaban con convertir en un fracaso su etapa en Washington si no lograba entrar en *playoffs*, y provocaron un nuevo enfriamiento de sus relaciones con la prensa. Un efecto colateral fue el enfrentamiento en el *Washington Post* entre Michael Wilbon, cronista de la NBA y amigo personal de Jordan, y Michael Leahy, destacado por el periódico para un seguimiento individual de la estrella.

La situación empeoró después del *All Star*, con una gira de cuatro partidos por el Oeste que se saldó con tres derrotas. De vuelta en Washington, Jordan hizo una de sus mejores actuaciones de la temporada con 43 puntos y 10 rebotes, y puso en pie al pabellón al tirarse a por un balón suelto. “Sólo me quedan 28 partidos en mi carrera, y haré lo que tenga que hacer para entrar en *playoffs*”, declaró. “Si los demás no pueden ver mi amor por el juego, entonces su sitio no es de uniforme ni en este equipo.” Esa amenaza levantó ampollas en la franquicia e hizo aún más evidente la complicación que suponía que la estrella del equipo fuera también el ejecutivo responsable de los contratos de los demás jugadores. La situación se repitió dos semanas después en la última visita de Michael Jordan al Madison Square Garden. Anotó 39 puntos, capturó 8 rebotes y se abrió la barbilla al tirarse a por otro balón, pero volvieron a perder. “Es descorazonador que un jugador de cuarenta años muestre más deseo que otro de veinticinco, veintiséis o veintitrés.” Los Wizards tocaron fondo con la derrota en Phoenix por 26 puntos y la promesa de Jordan de irse a jugar al golf si seguían mostrando esa falta de interés, y el síntoma más preocupante fue el enfrentamiento entre Kwame Brown y Doug Collins. Kwame creía que Collins aplicaba un doble baremo, y durante un partido en febrero contra los Cavs explotó. “No sentarías a MJ o a Stack por hacer esos tiros”, dijo al ser sustituido después de unos fallos. En Phoenix fue más breve: *Fuck you*. Escandalizado, Michael Jordan convocó inmediatamente una reunión. “No se puede tratar así al entrenador.” Kwame Brown se disculpó, al igual que se había disculpado después del partido contra Cleveland, pero la relación con Doug Collins era irreparable. Y no era la

única, ya que cada vez más jugadores se sentían molestos por las amenazas de Jordan, la arrogancia de Stackhouse (que contrastaba con las simpatías que despertaba Richard Hamilton) o la manera en la que Collins racionaba minutos y tiros. “Si hubiera sabido esto”, declararía Charles Oakley al terminar la temporada, “no habría firmado con este equipo. No quería terminar así. No quería ver a Michael terminar su carrera así”.

Los últimos dos meses de Michael Jordan como jugador fueron un ejercicio en frustración. Increíblemente, gracias a la endebles del Este, los Wizards aún tenían posibilidades de alcanzar el último puesto para *playoffs*, y Jordan peleó hasta el final: 26 puntos y 10 rebotes en Seattle, 22 puntos 14 rebotes y 7 asistencias en Atlanta, 25 puntos 13 rebotes y 7 asistencias en Boston, donde se pasó todo el partido metiéndose con su amigo Antoine Walker: “Vas cero de seis...ahora cero de siete...”. Pero jugaba prácticamente solo, con un Jerry Stackhouse que hablaba abiertamente del futuro “cuando termine esta especie de gira de despedida”, y Larry Hughes en el banquillo sustituido por Tyronn Lue. Eso provocaba que fuera de más a menos durante los partidos conforme el cansancio le pasaba factura, y se hizo habitual verle jugar muy buenos minutos en la primera parte para desaparecer en la segunda. Incluso la fortuna parecía ponerse en su contra, con derrotas en los últimos segundos contra Hawks y Celtics debido a tiros a la desesperada de los rivales cuando los Wizards parecían haberse asegurado la victoria. En Miami, a falta de cuatro partidos, necesitaban ganarlos todos y que sus competidores los perdieran, algo casi imposible con Stackhouse de baja por molestias físicas. Los Heat retiraron el número 23 como homenaje, y a cambio Jordan ofreció su última gran actuación anotando en suspensión y a la media vuelta para irse a los 23 puntos en la primera parte. Los Wizards ganaron a pesar de que sólo sumó dos tiros libres en la segunda, pero fue inútil, ya que esa misma noche las victorias de Orlando y Milwaukee los eliminaron de *playoffs*.

No se habían cumplido los peores augurios cuando anunció su vuelta dos años antes: no sufrió una quiebra física total, no se convirtió en una caricatura de sí mismo incapaz de ofrecer un nivel de *allstar*, no bajó de los 20 puntos por partido. Pero tampoco podía decir en abril del 2003 que su leyenda hubiera aumentado, llevando a los Wizards a la victoria y conquistando a una nueva generación de aficionados. Michael Jordan había conseguido jugar los

82 partidos sin más molestias que un cierto cansancio en la rodilla, pero el balance final fue de 37 victorias por 45 derrotas, el mismo que la temporada anterior. En su último partido como local, el 14 de abril frente a los Knicks, el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, le regaló la bandera que ondeó sobre el Pentágono en el aniversario del 11-S. Hubo algunos intentos por parte de la franquicia de darle un cierto aire de homenaje a la velada, pero los actos resultaron escasos y poco destacables, como solía suceder cuando dependían de Pollin. Además, Michael Jordan estaba molesto porque los Wizards seguían usando su imagen como reclamo en la campaña de abonos, y decidió no dirigirse a los aficionados presentes, lo cual produjo cierta atmósfera fría de fin de fiesta. Como muestra de su relación con sus compañeros, cuando Tyrone Lue sugirió hacerle un regalo sólo Bobby Simmons manifestó su aprobación. El resto no se mostró a favor ni en contra, y la iniciativa quedó olvidada. Lo que no se pudo olvidar fue la conferencia de prensa de Doug Collins después del partido, que terminó de ensombrecer las celebraciones. Collins sabía que Pollin había estado a punto de cesarlo durante la segunda mitad de la temporada, y consciente de que sus días estaban contados decidió aprovechar para desahogarse por el comportamiento de la plantilla durante el año. Hizo hincapié en los incidentes cuando uno u otro de los jugadores faltó al respeto hacia el entrenador sin recibir posteriormente sanción de la gerencia, y atribuyó a esa falta de disciplina el fracaso en el empeño de alcanzar los *playoffs*. Aunque la intención de Doug Collins era justificarse a sí mismo y a Jordan, sus comentarios tuvieron el efecto contrario, ya que revelaban unos profundos problemas internos que la presencia del jugador había agravado y que el entrenador había sido incapaz de controlar. Con sus palabras había extinguido cualquier remota posibilidad de un futuro para ambos en la franquicia, y facilitaba al propietario el prescindir de ellos alegando que habían perdido el respaldo del vestuario.

El estallido de Collins fue el tema recurrente de los últimos días de la temporada, de la que no quedaba mucho más que comentar. En Philadelphia, Michael Jordan terminó su último partido oficial con 15 puntos, 4 rebotes, 4 asistencias y una cómoda victoria de Iverson y los Sixers. Cerca del final, el público pedía un último saludo: “We want Mike... We want Mike...”. A Jordan seguían sin gustarle esos gestos de cara a la galería, pero Doug Collins tenía

un pasado con los Sixers y no quería mancharlo. “Michael, yo jugué aquí. Tengo que poder volver a esta ciudad”, le pidió. “Sal aunque sea un minuto, que te hagan la ovación...Michael, por favor.” Michael Jordan volvió a la cancha, e inmediatamente Larry Brown ordenó a Eric Snow que le hiciera falta para que anotara sus últimos puntos desde el tiro libre y volviera al banquillo. “Supongo que me di cuenta de repente de que no volveré a vestirme de corto”, declaró. “No quiero seguir jugando. Es el momento de dejarlo, y es más fácil aceptarlo porque físicamente sé que lo es. Lo noto.” Las palabras con las que resumió su carrera parecían definir sus últimos meses en el equipo: “Físicamente, he dado todo lo que podía al juego del baloncesto”. Terminó la rueda de prensa señalando la ironía de que el final llegara en la ciudad en la que se suponía iba a comenzar su carrera profesional, allá en 1984. “Creo que Billy Cunningham le había asegurado al entrenador Smith que si duraba hasta la tercera elección, vendría a Philly. Entonces Chicago empezó a perder partidos, subió en el *draft* y Philly terminó eligiendo a ese chico grandote de Auburn. Y así fueron las cosas.”

Durante las dos temporadas de Michael Jordan como jugador, todos habían dado por hecho que a su retirada ocuparía de nuevo la presidencia de los Washington Wizards. En ningún momento lo afirmó el propietario Abe Pollin, que se limitaba a declarar que hablarían de ello cuando fuera oportuno, pero la opinión generalizada era que se trataba de una simple precaución para no contravenir las normas de la NBA sobre negociaciones y contratos. Sin embargo, cuando el periodista Michael Leahy repasó a posteriori sus grabaciones y notas pudo percibir claramente que antes incluso de que Jordan hubiera anunciado oficialmente su vuelta a las canchas, la intención de Pollin era impedir su retorno a las oficinas de la franquicia. Aunque la facción más joven de la ejecutiva lo considerara poco menos que senil, Abe Pollin era un animal político de primer nivel con una vida de experiencia a sus espaldas, y había maniobrado con astucia para aprovechar el momento en el que Jordan tenía que renunciar a sus derechos y cargos en los Wizards sin que nadie se lo esperara. Había recibido gustoso el incremento en los ingresos de la franquicia que su presencia le había reportado, pero no tenía la menor intención de dejarle volver a los despachos.

Michael Jordan había filtrado al *Washington Post* historias poco

halagadoras sobre el propietario, pero Abe Pollin sabía jugar a ese juego. En las semanas posteriores al fin de la temporada regular, el *New York Times* se hizo eco de rumores procedentes de los Wizards que criticaban la etapa de Jordan como ejecutivo, destacando su falta de hábitos de trabajo y su ausencia casi total. El equipo no había mejorado significativamente bajo su control, y los agentes libres que iban a llegar atraídos por su renombre brillaban por su ausencia. La teoría de que los jóvenes aprenderían a ganar gracias a su ejemplo no había cuajado, había desperdiciado un número uno del *draft* y había traspasado a un Richard Hamilton que triunfaba en Detroit. Por si fuera poco, el último mes de competición había revelado que el vestuario estaba al borde del motín contra el entrenador que había fichado, y se sospechaba que algunos jugadores podrían negarse a renovar sus contratos si Jordan seguía en la franquicia. El remate fue el anuncio de que Jerry Krause había dimitido alegando motivos de salud, lo cual hizo que Michael Jordan mencionara imprudentemente su sueño de volver algún día a Chicago para hacerse cargo de su antiguo equipo. Era sólo una fantasía, y nadie de los Bulls se puso en contacto con él antes de que anunciaran que el sustituto de Krause sería John Paxson, pero permitía dar a entender una falta de compromiso con los Wizards.

El 7 de mayo del 2003 Michael Jordan acudió por fin a la reunión con Abe Pollin y Ted Leonsis. La campaña periodística le había provocado las primeras dudas sobre su situación, especialmente cuando el propietario retrasó el encuentro entre ambos, pero seguía confiando en su éxito y venía con un plan estratégico para el futuro de los Wizards que pensaba discutir. La reunión apenas duró unos minutos: Abe Pollin informó a Jordan de que habían decidido “tomar otro camino”, y ése fue el final. Michael Jordan estaba convencido de que existía un acuerdo verbal para su retorno a la presidencia del equipo y exigió que Pollin cumpliera su palabra, a lo que le respondió que cumplirían sus obligaciones contractuales que especificaban una compensación de diez millones de dólares. Jordan intentó recurrir a Leonsis, pero éste había quedado casi apartado de la toma de decisiones después de que la relación entre él y Pollin fuera empeorando durante los últimos meses. No había venido buscando dinero, dijo Jordan, sino para volver a su lugar como ejecutivo y socio de la franquicia. “No te quiero como socio, Michael”,

sentenció Pollin.

En realidad, era el propio Michael Jordan el que se había colocado en esa situación. Al renunciar a todos sus cargos y derechos sobre los Wizards, se había puesto en manos de un propietario con el que su relación era tensa y al que hablaba públicamente de sustituir. No había tomado la precaución de protegerse con algún tipo de compromiso por parte de la franquicia cuando aún poseía capacidad de negociación, cuando podía negarse a volver a jugar si no se cumplían ciertos requisitos. Un acuerdo secreto como el que se había rumoreado habría sido imposible de poner por escrito, pero al menos sí podría haber exigido declaraciones públicas de Abe Pollin y sus principales ejecutivos que hicieran difícil volverse atrás en un futuro. Nada de eso se había preparado, quizás debido a su alejamiento de David Falk. Hasta cierto punto eso era un efecto de la arrogancia propia de una estrella, incapaz de creer que llegaría el día en que alguien no deseara contar con sus servicios. Pero también venía de que Michael Jordan había sido víctima de su ansia por volver a jugar una vez más al coste que fuera. Al final resultó ser verdad: *for the love of the game*.

“Gracias por meterme en esta mierda”, le dijo a Ted Leonsis antes de irse.

²² Nombre del compañero nativo del Llanero Solitario en el original. Las traducciones al español suelen cambiar su nombre por el de “Toro”, por razones evidentes.

²³ Jugador que muestra características de escolta, pero con estatura de base.

Lo que hoy es presente

Hasta 1999 la vida de Michael Jordan parecía haber seguido la trama de una de esas novelas para jóvenes articuladas sobre una especie de viaje iniciático. Empezó como el adolescente ignorante de su destino, luego se encontró con el viejo maestro que le ayudó a descubrir sus poderes, encontró obstáculos durante su juventud y alcanzó el éxito en la madurez. Después de perderlo todo, volvió a reencontrarse a sí mismo y recuperó su lugar en la élite.

Lo sorprendente es que durante tantos años siguiera el guión de una película de éxito, rematada con la pose final contra Utah. El folleto publicitario de su campamento de baloncesto el verano después de marcharse de los Bulls hacía hincapié en ello, con una doble página mostrando a un lado el tiro decisivo contra Georgetown en 1982 y al otro el de Utah en 1998. “Some things never change”, decía al pie. Pero las cosas sí cambian, y la narrativa heroica descarriló a su paso por los Wizards. Además de salir de forma poco airosa, tuvo que soportar la humillación de un comunicado oficial de la franquicia que lo presentaba como decisión conjunta de Abe Pollin y Ted Leonsis, cuando en realidad Jordan y Leonsis habían cenado juntos la noche anterior para hablar de su futuro en Washington. Incluso los intentos de sus partidarios por defenderle resultaron contraproducentes, después de unas desafortunadas declaraciones de John Thompson. Thompson afirmó en su programa de radio que Pollin había explotado a Jordan y luego lo había enviado de vuelta a la plantación, y este desencaminado intento de introducir el factor racial hizo casi imposible tomarse en serio cualquier crítica a la gerencia de los Wizards.

Michael Jordan estaba en el paro. La NBA había concedido una nueva franquicia a Charlotte en sustitución de los Hornets, y su propietario Bob Johnson le ofreció un puesto de directivo buscando la conexión con Carolina del Norte. Suponía un paso atrás, ya que no incluía una participación en la titularidad de la franquicia ni tampoco recibiría la responsabilidad última

sobre las decisiones deportivas, pero aún así Jordan estuvo a punto de aceptar. Sin embargo, sus planes cambiaron en junio del 2003 con la noticia de que el senador Herb Kohl estaría dispuesto a vender los Milwaukee Bucks. Jordan presentó una oferta muy tentadora como cabeza visible de un grupo de inversores interesados en la franquicia, y durante unos días pareció que el Dr. Kohl estaba dispuesto a aceptar. Aunque no se llegó a saber por qué el senador Kohl se echó atrás en el último momento, la hipótesis más probable es que temía que los nuevos propietarios se llevaran a los Bucks del estado, y que eso repercutiera negativamente en su carrera política. Jordan no desistió, y durante los años siguientes intentó abrirse un hueco en la propiedad de varias franquicias de la NBA, tales como los Miami Heat y los Phoenix Suns.

El año 2006 trajo muchos cambios a la vida de Michael Jordan. La demanda de Karla Knafel llegó por fin a su conclusión definitiva, pero eso no sirvió para salvar su matrimonio. Se separaron en febrero, y el 29 de diciembre Michael y Juanita Jordan presentaron una demanda de divorcio por mutuo acuerdo. No se revelaron detalles, aunque se habló de una compensación de 168 millones de dólares, que sería la más alta de la historia según la revista Forbes. A cambio, el 15 de junio consiguió por fin volver a la NBA como propietario. Las dificultades de los Bobcats terminaron convenciendo al magnate televisivo Bob Johnson de ofrecerle a Jordan un porcentaje significativo de la propiedad de la franquicia y el puesto de Directivo de Operaciones Deportivas. Como sucediera en Washington, Michael Jordan se apresuró a incorporar a una serie de amigos y asociados, aunque en este caso se podía argumentar la conveniencia de asociarse con nombres ilustres de los Tar Heels que aún tenían tirón en la zona, como Larry Brown o Phil Ford. De todas formas, algunos medios han cuestionado la decisión de rodearse de casi el mismo personal con el que no consiguió alcanzar el éxito en los Wizards, y atribuyen la presencia de Rod Higgins, Fred Whitfield o “Buzz” Peterson a su amistad con Jordan y no a sus posibles virtudes o capacidades.

Aún es pronto para valorar su labor en los Bobcats, aunque ni aficionados ni periodistas se muestran demasiado impresionados. La franquicia no termina de despegar a pesar de su incorporación, quizás porque Jordan dejó claro desde un primer momento que no estaba dispuesto a usar su imagen como

promoción. Sin embargo, eso podría tener consecuencias positivas, ya que se rumorea que Bob Johnson estaría dispuesto a vender los Charlotte Bobcats y que Michael Jordan podría reunir a un grupo de inversores para dar el salto a propietario mayoritario. No hay precedentes de un caso similar, y ningún jugador ha logrado convertirse en propietario de una franquicia de la NBA. Claro que desde otro punto de vista, ¿cuándo ha habido precedentes de Michael Jordan?

A pesar de ello, su reacción en abril del 2009 cuando se anunció que iba a ser incluido en el Salón de la Fama de Springfield puso de relieve que para él su labor como ejecutivo no era más que una pálida sombra de su carrera como jugador. “No me parece divertido. No me gusta entrar en el *Hall of Fame* porque significa que tu carrera se ha terminado completamente. Esperaba que este día tardara 20 años más en llegar o incluso que me llegara después de muerto”, declaró. “Es un gran premio, no quiero hacerle de menos. Pero nunca me imaginé llegando tan pronto. Quería que sucediera cuando tuviera 70 u 80 años. Tengo 45 y aún creo que puedo jugar.” Daba la impresión de que Jordan no terminaba de aceptar que sus días como jugador habían terminado, y quizá por eso su discurso durante la ceremonia oficial el 11 de septiembre dejó un sabor agri dulce a muchos de los presentes. No podía evitar que sus lágrimas fueran tan sinceras como su insistencia en recordar incidentes como el *All Star* de 1985, porque la relación de Michael Jordan con el baloncesto se nutría de esas dos caras de su naturaleza. “Un día levantaréis la mirada y me veréis jugando con cincuenta años. No os riáis. No digas nunca, porque a menudo las limitaciones, igual que los miedos, son sólo una ilusión.”

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

No veo manera de vincular todas y cada una de las citas al texto del que proceden sin volverme loco. Pero sí puedo explicar qué material ha sido la fuente, y a qué libros se puede dirigir el lector que esté interesado en más información sobre alguno de los aspectos de la vida y milagros de Michael Jordan.

Si sólo puedes leer un libro sobre Michael Jordan, ese libro debe ser *Playing for Keeps*, de David Halberstam. Halberstam era un mito del periodismo estadounidense por sus escritos sobre política interior y exterior, y también nos dejó el libro mejor escrito sobre baloncesto (*Breaks of the Game*). Aunque se ve lastrado por la imposibilidad de entrevistar directamente al jugador y no alcanza la altura del anterior, su biografía de Jordan es imprescindible para cualquier aficionado a leer sobre baloncesto.

Taking to the Air, de Jim Naughton, es una biografía más convencional y, aunque no resiste la comparación con el libro de Halberstam, es un trabajo sólido que sirvió de base al telefilme sobre la vida de la estrella. *Michael Jordan: A Biography*, de David Porter, es en comparación una obra menor, aunque a diferencia de los anteriores cubre también su etapa en los Wizards. *Michael Jordan, Rey de Reyes*, de Jesús Sánchez, cuenta con la ventaja de ser el único en español.

Es imposible dejar de lado *The Jordan Rules*, de Sam Smith, el primer libro que mostró el lado oscuro de Michael Jordan y que terminó convertido en parte de su misma historia. No tuvo el mismo éxito con *Second Coming*, una crónica del retorno de Jordan en 1995 ensombrecida por un tono apocalíptico superado por los éxitos posteriores.

Roland Lazenby es el estajanovista del baloncesto. Ha escrito infinidad de libros sobre temas muy variados siempre con rigor y solidez. El precio ha sido una molesta tendencia a reciclar material cuando se solapan los temas, y así sucede que *Mindgames*, su biografía de Phil Jackson, repite páginas enteras de

Blood on the Horns (su crónica de la temporada 1997-98) y de sus libros autorizados sobre los campeonatos de 1996 y 1997.

Cameron Stauth es el autor de *The Franchise*, el fantástico libro que sigue la temporada de los Detroit Pistons hasta el anillo de 1989, y de *Golden Boys*, que recoge las interioridades del *Dream Team*. Ambos libros ofrecen una interesante perspectiva sobre Michael Jordan fuera de los Bulls, además de ser apasionantes de por sí. *Tip Off*, de Flip Bondy, es un análisis bien documentado sobre la situación que rodeaba al *draft* de 1984.

No soy un gran apasionado de *Sacred Hoops*, de Phil Jackson, pero he de admitir que su lectura es necesaria, y además existe una traducción al español. *Bull Session*, la heterodoxa autobiografía del ex-jugador, ex-entrenador y comentarista de los Bulls “Red” Kerr, aporta detalles que no aparecen en otros libros, aunque no sea ése su objetivo. *Tales from the Tar Heels*, de Jimmy Black, es quizás el retrato más íntimo del campeonato universitario de North Carolina de 1982.

Bob Greene, un periodista procedente de temas ajenos a lo deportivo, ha escrito dos libros sobre su amistad con Michael Jordan: *Hang Time*, que transcurre en la temporada 1991-92, y *Rebound*, que cubre su paso por el béisbol y su vuelta a la NBA. Aunque su valor se ve limitado por una total ausencia de espíritu crítico, estos dos libros ofrecen lo más cercano a una idea de cómo es Jordan personalmente.

Mitchell Krugell es coautor junto a Jordan de varios libros, como *Michael Jordan, the Man, His Words, His Life*, cuyo contenido hace justicia al pretencioso título y constituye una hagiografía sin mucho interés. Sin embargo *One Last Shot*, su crónica de la primera temporada de Jordan en los Wizards, resulta ser un libro muy estimable que aprovecha su amistad con la estrella pero mantiene una razonable actitud crítica. Pese a ello, no puede competir con el majestuoso *When Nothing Else Matters*, de Michael Leahy, el libro definitivo sobre la etapa en Washington de Michael Jordan, al que sólo se le puede criticar cierta reiteración sobre los problemas físicos del jugador.

Michael Jordan es autor junto a Mark Vancil de una serie de libros sobre su propia historia con más fotos que texto. Aunque manifiestan un marcado tonito a publibreportaje, es el único acceso a sus palabras que tenemos la mayoría. *Rare Air, Driven from Within y For the Love of the Game* se

diferencian muy poco entre sí.

La naturaleza del juego de Michael Jordan lo hace especialmente apropiado para documentales audiovisuales, como demostró el pionero *Come Fly with Me* en 1989. El pack *Ultimate Jordan* en DVD reúne los VHS editados en la década de los noventa además de cinco partidos completos, mientras que el pack dedicado a los Bulls dentro de la *Dynasty Series* contiene documentales de cada uno de los campeonatos y un partido completo de cada una de las finales. Además de estas recopilaciones editadas comercialmente, la cadena de televisión oficial de la liga, NBA TV, ha producido infinidad de programas, tanto documentales como entrevistas, que tratan directa o indirectamente sobre la carrera de Michael Jordan. Esa misma abundancia y variedad hace que su calidad e interés oscilen de unos a otros, pero al menos cuentan con la ventaja de centrarse casi exclusivamente en los aspectos deportivos de Jordan, dejando de lado las polémicas y especulaciones que ocupan demasiado espacio en las obras impresas. En español se puede encontrar uno de los documentales más completos, emitido por Canal+ en 1999.

Nada puede sustituir a la materia prima, y cualquier aficionado descubrirá en el televisor perspectivas diferentes a las que se encuentran en los libros. La redifusión de partidos antiguos en NBA TV y las numerosas posibilidades de Internet (Youtube y otros) hacen muy fácil disfrutar de un material que hasta hace bien poco era casi imposible de conseguir. Que no se diga. Al hilo de esto, páginas web como *Basketball Reference* y *SportsStats* han dejado obsoletas las estadísticas impresas. He intentado no convertir a Michael Jordan en una cascada de números que terminan por abrumar y perder significado, pero un vistazo a la red permitirá contemplar la marca dejada en la NBA por ese prodigio estadístico. Las hemerotecas del *New York Times* o de *El Mundo Deportivo* facilitan notablemente la labor de documentación, pero palidecen ante el monumental archivo de *Sports Illustrated*. La *SI Vault* contiene más tesoros que la cueva de Alí Babá.

Todo proyecto ha de contar con cómplices y conspiradores, como Juan Francisco Escudero o Gonzalo Vázquez, o los miembros más fatiguitas del foro de la ACB. Jesús, Jorge, Chenchó, Irene, Alba y Javier merecerían todos una dedicatoria, al igual que Chuck Daly y “Red” Kerr que, como mi padre,

fallecieron durante la elaboración de este libro, pero no es posible. Pido perdón a las personas mayores por dedicarle este libro a un niño, pero tengo una buena excusa.

A Alberto, cuando era un niño pequeño.

Natalia Talavera
DISEÑO EDITORIAL

EDICIONES JC Colección **Baloncesto para leer**
PRIMERA EDICIÓN: mayo 2010.

© Máximo José Tobías
© Del prólogo, Tim Shea
© De la presente edición, Ediciones JC
Rodríguez San Pedro, 2. Madrid 28015 (España).
Tfno/Fax: 91 446 96 92
edicionesjc@telefonica.net

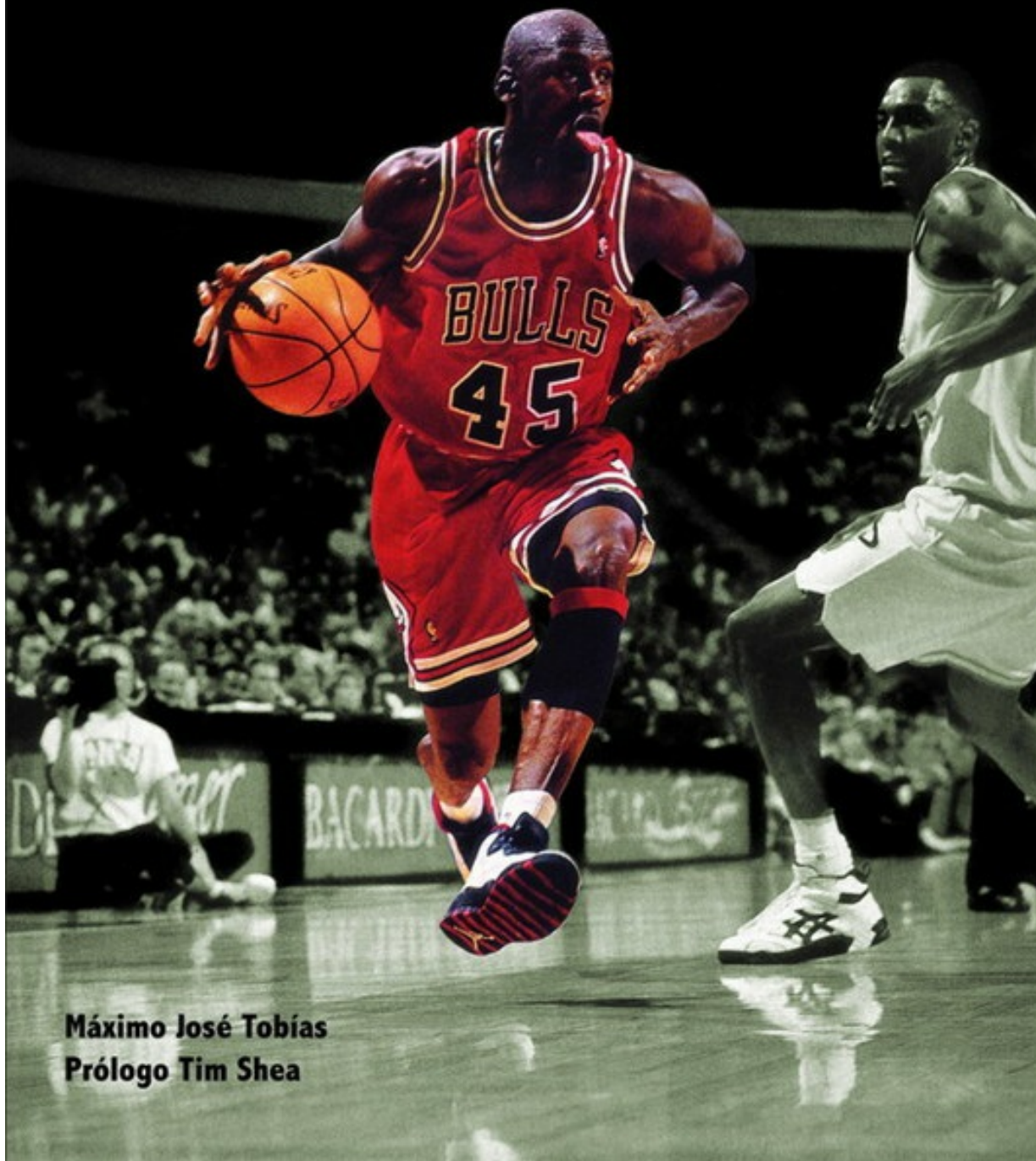
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-95121-51-6
Depósito Legal:



MICHAEL JORDAN

El rey del juego



Máximo José Tobías
Prólogo Tim Shea